LACAN

EL SEMINARIO

La Relación de Objeto

4



Paidós

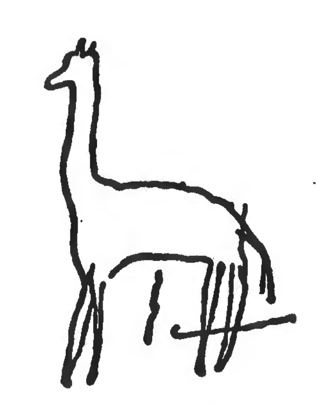
EL SEMINARIO DE JACQUES LACAN

(Títulos Provisionales)

Libro 1 - Los escritos técnicos de Freud
Libro 2 - El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica
Libro 3 - Las psicosis
Libro 4 - La relación de objeto
Libro 5 - Las formaciones del inconsciente
Libro 6 - El deseo y su interpretación
Libro 7 - La ética del psicoanálisis
Libro 8 - La transferencia
Libro 9 - La identificación
Libro 10 - La angustia
Libro 11 - Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis
Libro 12 - Problemas cruciales para el psicoanálisis
Libro 13 - El objeto del psicoanálisis
Libro 14 - La lógica del fantasma
Libro 15 - El acto psicoanalítico
Libro 16 - De un otro al Otro
Libro 17 - El reverso del psicoanálisis
Libro 18 - De un discurso que no fuese semblante
Libro 19 - ... o peor
Libro 20 - Aun
Libro 21 - Los desengañados se engañan o los nombres del padre

HS

EL SEMINARIO DE JACQUES LACAN



EDITOR ASOCIADO:
JUAN GRANICA

TRADUCCIÓN DE
ENRIC BERENGUER

ÚNICA EDICIÓN
AUTORIZADA

Diseño de la colección:
CR Communication & Design Services

EL SEMINARIO DE JACQUES LACAN

LIBRO 4

LA RELACIÓN DE OBJETO

1956-1957

TEXTO ESTABLECIDO POR
JACQUES-ALAIN MILLER

EDICIONES PAIDÓS
BUENOS AIRES - BARCELONA
MÉXICO

Título del original francés
Le Séminaire de Jacques Lacan, Livre IV
La relation d'objet

Publicado en francés por Éditions du Seuil, París, 1994

150.195 LAC

Lacan, Jacques
El seminario de Jacques Lacan : libro 4 : la relación con el objeto.- 1ª ed. 7ª reimp.- Buenos Aires : Paidós, 2008.
448 p. ; 22x16 cm.- (El seminario de Jacques Lacan)
Traducción de: Enric Berenguer

ISBN 978-950-12-3904-1

I. Título 1. Psicoanálisis

1ª edición, 1994
7ª reimpresión, 2008

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Gráfica MPS,
Santiago del Estero 338, Lanús, en marzo de 2008
Tirada: 2000 ejemplares

ISBN: 978-950-12-3904-1

SUMARIO

TEORÍA DE LA FALTA DE OBJETO

LAS VÍAS PERVERSAS DEL DESEO

EL OBJETO FETICHE

LA ESTRUCTURA DE LOS MITOS EN LA OBSERVACIÓN DE LA FOBIA DE JUANITO

ENVÍO

TEORÍA DE LA FALTA DE OBJETO

I

INTRODUCCIÓN

El esquema en Z.
El objeto perdido y vuelto a encontrar.
Perlas.
El objeto, la angustia, el agujero.
El fetiche y el objeto fóbico.

Este año hablaremos de un tema que en la evolución histórica del psicoanálisis, o lo que así suele llamarse, podría adquirir, de forma articulada o no, una posición central en cuanto a la teoría y a la práctica.

Este tema es la relación de objeto.

Si ya era actual, primordial, crítico, ¿por qué no lo elegí cuando dimos comienzo a estos seminarios? Precisamente por la razón que constituye el motivo de la segunda parte de mi título, y *las estructuras freudianas*.

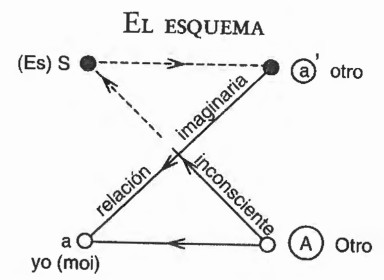
En efecto, este tema sólo se podría tratar después de haber tomado cierta distancia con respecto a esta cuestión. Primero teníamos que preguntarnos qué constituye a las estructuras en las que Freud nos mostró que el análisis se mueve y opera, y muy especialmente la estructura compleja de la relación entre los dos sujetos presentes en el análisis, o sea el analizado y el analista. A esto se consagraron nuestros tres años de comentarios y de críticas de los textos de Freud, que voy a recordarles brevemente.

El primer año trató de los elementos mismos de la conducción técnica de la cura, es decir, de las nociones de transferencia y de resistencia. El segundo se refería al fondo de la experiencia y el descubrimiento freudianos, o sea la noción del inconsciente, y creo haberles mostrado sobradamente qué le había impuesto a Freud los principios que introdujo, literalmente paradójicos en el plano dialéctico, que figuran en *Más allá del principio del placer*. Finalmente, durante el tercer año, les di un ejemplo manifiesto de la necesidad absoluta del simbolismo llamado significante para comprender algo, sea lo que sea, hablando desde un punto de vista analítico, en el campo propiamente paranoico de las psicosis.

Finalizados estos años de crítica, aquí estamos, armados por lo tanto

de cierto número de términos y de esquemas. La espacialidad de estos últimos no debe tomarse en el sentido intuitivo del término de esquema, sino en otro sentido, perfectamente legítimo, que es topológico — no se trata de localizaciones, sino de relaciones de lugar, por ejemplo interposición o sucesión, secuencia. Nuestra elaboración culmina en un esquema que podemos llamar *el* esquema y que es el siguiente:

El esquema



Este esquema inscribe en primer lugar la relación del sujeto con el Otro. Tal como está constituida al inicio del análisis, es la relación de palabra virtual por la que el sujeto recibe del Otro su propio mensaje, bajo la forma de una palabra inconsciente. Este mensaje le está prohibido, es objeto por su parte de un profundo desconocimiento, está deformado, detenido, capturado, por la interposición de la relación imaginaria entre *a* y *a'*, entre el yo y el otro, que es su objeto típico. La relación imaginaria, que es una relación esencialmente alienada, interrumpe, aminora, inhibe, invierte las más de las veces, desconoce profundamente la relación de palabra entre el sujeto y el Otro, el gran Otro, como otro sujeto, un sujeto por excelencia capaz de engañar.

No fue vano introducir este esquema en la experiencia analítica, en vista de cómo la formulan hoy en día un número cada vez mayor de analistas, que hacen prevalecer en la teoría analítica la relación de objeto como algo primario, pero sin ir más allá al comentarla. En ella centran la dialéctica del principio del placer y el principio de realidad, y basan el progreso analítico en una rectificación de la relación del sujeto con el objeto, considerada como una relación dual que, añaden refiriéndose a la situación analítica, sería excesivamente simple. Pues bien, eso mismo es lo que pondremos a prueba, esta relación del sujeto con el objeto que tiende a ocupar cada vez más el centro de la teoría analítica.

Dado que la relación de objeto como dual está relacionada precisamente con la línea *a-a'* de nuestro esquema, ¿podemos acaso construir satisfactoriamente sobre esta base el conjunto de fenómenos que

se ofrecen a nuestra observación en la experiencia analítica? ¿Permite por sí solo este instrumento responder de los hechos? El esquema más complejo que nosotros le oponemos, ¿puede ser obviado, hay que descartarlo incluso?

Como testimonio continuado de que la relación de objeto se ha convertido, al menos aparentemente, en el principal elemento teórico en la explicación del análisis, mencionaré una obra colectiva de reciente aparición, y en efecto el término de colectiva se le puede aplicar particularmente bien. No puedo decir que les invite a empaparse de ella. Verán como en todo momento se pone de relieve y se promueve la relación de objeto de una forma que sin duda no es siempre muy satisfactoria, pero desde luego con una monotonía, con una uniformidad chocante. Verán la promoción de la relación de objeto en un artículo titulado «Evolución del psicoanálisis» y, como último término de esta evolución, verán en el artículo «La clínica psicoanalítica» una presentación de la propia clínica, completamente centrada en la relación de objeto. Tal vez les dé alguna idea de hasta dónde puede llegar una presentación así.

El conjunto es chocante, sin lugar a dudas. Vemos a practicantes del análisis tratando de poner en orden su pensamiento, la comprensión que pueden tener de su propia experiencia, centrada en la relación de objeto, sin estar completamente, plenamente satisfechos, pero, por otra parte, sin que esto deje de orientar su práctica penetrando en ella profundamente. No puede decirse que el hecho de concebir su experiencia en este registro carezca de consecuencias en los modos mismos de su intervención, en la orientación que le dan al análisis y, al mismo tiempo, en sus resultados. Es algo que con sólo leerlos no se puede ignorar. La teoría analítica y la práctica, siempre se ha dicho, no pueden disociarse una de otra, y si se concibe la experiencia en una determinada dirección, es inevitable conducirla igualmente en esa dirección. Por supuesto, los resultados prácticos sólo pueden entreverse.

Para introducir la cuestión de la relación de objeto, y precisamente la pregunta de si es legítimo, si está o no justificado otorgarle una posición central en la teoría analítica, les recordaré brevemente al menos lo que esta noción le debe, o no le debe, al propio Freud. Ante todo, lo haré porque partir del comentario freudiano es para nosotros como una guía y casi una limitación técnica que nos hemos impuesto aquí.

Además, este año me han llegado algunos interrogantes, si no inquietudes, en cuanto a saber si iba o no a partir de los textos freudianos. Y

no cabe duda que es muy difícil, en lo que a la relación de objeto se refiere, partir de los textos mismos de Freud, porque no está. Me refiero, claro, a lo que aquí se plantea formalmente como una desviación de la teoría psicoanalítica. Así que he de partir de textos recientes y, al mismo tiempo, de una crítica de sus posiciones. Por otra parte, que a fin de cuentas nos hemos de referir a las posiciones freudianas, eso es indudable, y al hacerlo no podemos omitir, aunque lo mencionemos muy rápidamente, aquello que en los temas fundamentales propiamente freudianos se sitúa en torno a la noción de objeto en sí misma.

Al principio no podremos hacerlo de forma desarrollada. Precisamente al final, nos lo encontraremos de nuevo y entonces será cuando tendremos que articularlo.

Quisiera hacer pues tan sólo un breve repaso, que ni siquiera sería concebible si no tuviéramos ya detrás nuestros tres años de colaboración en el análisis de textos y si no hubiéramos encontrado ya el tema del objeto, bajo formas diversas.

1

En Freud se habla, por supuesto, de objeto. La última parte de los *Tres ensayos para una teoría sexual* se llama precisamente *El reencuentro del objeto, Die Objektfindung*. Se habla implícitamente de objeto siempre que interviene la noción de realidad. Hay también una tercera forma de hablar de él, siempre que está en juego la ambivalencia de ciertas relaciones fundamentales, es decir, el hecho de que el sujeto se hace objeto para el otro, cuando hay cierto tipo de relaciones en las cuales la reciprocidad por el rodeo de un objeto es patente, incluso constituyente.

Quisiera subrayar con mayor énfasis bajo qué tres modalidades se presentan las nociones relativas al objeto de enfrente. Si se remiten ustedes al capítulo tres de los *Tres ensayos*, verán algo que está ahí desde la época en que fue redactado el *Entwurf*, texto que, se lo recuerdo, si se publicó fue sólo por una especie de accidente histórico, pues Freud no pretendía que se publicara, incluso puede decirse que se publicó contra su voluntad. Sin embargo, si nos remitimos a este primer esbozo de su psicología, encontramos la misma fórmula a propósito del objeto. Freud

insiste en que para el hombre, no hay ninguna otra forma de encontrar el objeto sino la continuación de una tendencia en la que se trata de un objeto perdido, un objeto que hay que volver a encontrar.

No se trata en absoluto del objeto considerado por la teoría moderna como objeto plenamente satisfactorio, el objeto típico, el objeto por excelencia, el objeto armónico, el objeto que da al hombre una base para una realidad adecuada, prueba de madurez — el famoso objeto genital. Es sorprendente ver que cuando Freud está teorizando la evolución instintual tal como se desprende de las primeras experiencias analíticas, nos indica que el objeto se alcanza por la vía de una búsqueda del objeto perdido. Este objeto que corresponde a un estadio avanzado de la maduración de los instintos es un objeto recobrado, el objeto recobrado del primer destete, el objeto que de entrada fue el punto al cual se adhirieron las primeras satisfacciones del niño.

Está claro que por el solo hecho de esta repetición se instaura una discordancia. El sujeto está unido con el objeto perdido por una nostalgia, y a través de ella se ejerce todo el esfuerzo de su búsqueda. Dicha nostalgia marca al reencuentro con el signo de una repetición imposible, precisamente porque no es el mismo objeto, no puede serlo. La primacía de esta dialéctica introduce en el centro de la relación sujeto-objeto una profunda tensión, de tal forma, que lo que se busca no se busca al mismo título que lo que se encontrará. El nuevo objeto se busca a través de la búsqueda de una satisfacción pasada, en los dos sentidos del término, y es encontrado y atrapado en un lugar distinto de donde se lo buscaba. Hay ahí una profunda distancia introducida por el elemento esencialmente conflictivo que supone toda búsqueda del objeto. Bajo esta forma aparece en primer lugar la relación de objeto en Freud.

Para dar a lo que estoy subrayando todo el énfasis necesario, deberíamos decidirnos a articularlo en términos filosóficamente elaborados. Si no lo hago, intencionadamente, es porque lo reservo para cuando volvamos a considerar este término. Pero aquellos para quienes estos términos tienen ya algún sentido, por ciertos conocimientos filosóficos, pueden percibir la distancia que separa a la relación freudiana del sujeto con el objeto de las concepciones antes mencionadas, basadas en la noción del objeto adecuado, el objeto esperado por adelantado, coaptado a la maduración del sujeto. La perspectiva platónica basa toda aprehensión del objeto en el reconocimiento, la reminiscencia, de un tipo de alguna manera preformado. Tal perspectiva está separada, por toda la distancia existente entre la experiencia moderna y la experiencia antigua, de la no-

ción que aporta Kierkegaard en el registro de la repetición, repetición siempre buscada, pero nunca satisfecha. Por su naturaleza, la repetición se opone a la reminiscencia. De por sí es siempre imposible de saciar. En este registro se sitúa la noción freudiana de encuentro del objeto perdido.

Tendremos presente este texto, que muestra claramente como Freud sitúa de entrada la noción de objeto en el marco de una relación profundamente conflictiva del sujeto con su mundo. ¿Cómo podía ser de otro modo, si ya en esa época se trata esencialmente de la oposición entre principio de realidad y principio del placer?

Principio del placer y principio de realidad no pueden separarse uno de otro. Aún diría más, se implican y se incluyen el uno al otro en una relación dialéctica.

El principio de realidad está constituido tan sólo por lo que al principio del placer se le impone para su satisfacción, no es más que una prolongación suya, y a la inversa, implica, en su dinámica y en su búsqueda fundamental, la tensión fundamental del principio del placer. De todos modos, entre ambos, y esto es lo esencial que aporta la teoría freudiana, hay una hiancia que no cabría distinguir si uno fuera sólo la prolongación del otro. En efecto, el principio del placer tiende a realizarse en formaciones profundamente antirrealistas, mientras que el principio de realidad implica la existencia de una organización o de una estructuración diferente y autónoma, la cual supone que lo que aprehende puede ser precisamente y fundamentalmente distinto de lo que se desea. Esta relación de por sí introduce en la dialéctica del sujeto y el objeto otro término, planteado aquí como irreductible.

Al igual que el sujeto, como acabamos de ver, se halla siempre consagrado por sus exigencias primordiales a un retorno, que por esa razón es un retorno imposible, del mismo modo la realidad está, como lo demuestra la articulación del principio de realidad y el principio del placer, en una profunda oposición respecto de lo que busca la tendencia. En otros términos, la satisfacción del principio del placer, siempre latente, subyacente, en todo ejercicio de la creación del mundo, tiende siempre en mayor o menor grado a realizarse bajo una forma más o menos alucinada. La organización subyacente al yo, la de la tendencia del sujeto propiamente dicho, siempre cuenta con la posibilidad fundamental de satisfacerse con una realización irreal, alucinatoria. He aquí otra posición que Freud subraya con toda su fuerza, y ello desde la *Traumdeutung*, es decir, desde su primera formulación plena y articulada de la oposición entre el principio de realidad y el principio del placer.

Estas dos posiciones no están, en sí mismas, articuladas la una con la otra. El hecho de que se presenten en Freud como distintas, indica ciertamente que el desarrollo no se centra en la relación del sujeto con el objeto. Si cada uno de estos dos términos ocupa un lugar en puntos distintos de la dialéctica freudiana, es simplemente porque la relación sujeto-objeto no es en ningún caso central.

Si puede parecer que esta relación se sostiene directamente y sin ninguna hiancia, sólo es cuando se trata de las relaciones que luego se llamaron pregenitales, ver-ser visto, atacar-ser atacado, pasivo-activo. El modo en que el sujeto vive estas relaciones implica siempre, de forma más o menos implícita, más o menos manifiesta, su identificación con el partener. Estas relaciones se viven en la reciprocidad —aquí el término es válido— de una ambivalencia entre la posición del sujeto y la de partener.

En este plano, en efecto, se introduce una relación entre el sujeto y el objeto que no sólo es directa y sin ninguna hiancia, sino que es literalmente equivalencia del uno al otro. Esta relación es la que pudo servir de pretexto para poner en primer plano la relación de objeto propiamente dicha. Tal relación de reciprocidad entre el sujeto y el objeto, que merece el nombre de una relación en espejo, plantea en sí misma tantos interrogantes que yo mismo, para tratar de resolverlos, introduje en la teoría analítica la noción de estadio del espejo.

¿Qué es el estadio del espejo? Es el momento en que el niño reconoce su propia imagen. Pero el estadio del espejo no se limita de ningún modo a connotar un fenómeno que se presenta en el desarrollo del niño. Ilustra el carácter conflictivo de la relación dual. Todo lo que el niño capta al quedar cautivo de su propia imagen es precisamente la distancia que hay entre sus tensiones internas, mencionadas en aquel informe, y la identificación con dicha imagen. Esto, sin embargo, sirvió como tema, como punto central, para poner en primer plano esa relación sujeto-objeto tomada como la escala fenoménica para una medición válida de lo que hasta entonces se presentaba en términos, no sólo pluralistas, sino ciertamente conflictuales, introduciendo una relación esencialmente dialéctica entre los distintos términos.

Uno de los primeros en dar este nuevo acento, pero no tan pronto como se cree, es Karl Abraham.

Hasta entonces, la evolución del sujeto siempre se había considerado por reconstrucción, de forma retroactiva, a partir de una experiencia central, la de la tensión del conflicto entre consciente e inconsciente. Tensión creada por un hecho fundamental — lo que la tendencia busca es

oscuro, tanto, que lo primero que la conciencia alcanza a reconocer es, principalmente, desconocimiento. Si el sujeto se reconoce, no es por la vía de la conciencia, hay algo más, un más allá. Al ser este más allá radicalmente desconocido por el sujeto, al quedar fuera del alcance de su conocimiento, se plantea al mismo tiempo la cuestión de su estructura, su origen y su sentido.

Pero esta perspectiva fue abandonada, por iniciativa de cierto número de personalidades, seguidas de corrientes significativas en el interior del análisis. Todo se centró en la función de un objeto y, más precisamente, de su estado terminal. Mientras que nosotros, por nuestra parte, vamos hacia atrás para comprender cómo se alcanza ese punto terminal, que por otra parte no siempre se observa, puesto que el objeto ideal es literalmente impensable — en la nueva perspectiva, este objeto ideal es concebido, por el contrario, como un punto de mira, una culminación a la que están dirigidas toda una serie de experiencias, de elementos, de nociones parciales del objeto. Esta perspectiva se impuso progresivamente desde que Abraham la formuló en 1924, en su teoría del desarrollo de la libido. Su concepción funda para muchos la ley misma del análisis, el merco de todo lo que en él sucede, traza el sistema de coordenadas en el interior de las cuales se sitúa toda la experiencia analítica y determina su punto de culminación, ese famoso objeto ideal, terminal, perfecto, adecuado, presentado como si él solo indicara el objetivo alcanzado, o sea la normalización del sujeto.

El término de normalización introduce ya, por sí mismo, un mundo de categorías bien ajeno al punto de partida del análisis.

2

De acuerdo con el testimonio de quienes se han comprometido en esta vía, el progreso de la experiencia analítica habría consistido en poner en primer plano las relaciones del sujeto con su entorno.

Este énfasis en el entorno constituye una reducción de lo que aporta toda la experiencia analítica. Es un retorno a la posición claramente objetivante que pone en primer plano la existencia de determinado individuo en su relación más o menos adecuada, más o menos adaptada, con su entorno. Para ilustrárselo, creo que lo mejor que puedo hacer es remi-

tirles a las formulaciones que encontrarán de la página 761 a la 773 de esa obra colectiva que hemos mencionado.

Tras insistir en que si de algo se trata en el progreso del análisis es de las relaciones del sujeto con su entorno, nos informan accesoriamente que esto es particularmente significativo en la observación de Juanito, con esos padres que, según dicen, parecen no tener *personalidad propia*. No estamos obligados a suscribir esta opinión. Lo importante es lo que sigue — *Era antes de la guerra de 1914, en una época en que la sociedad occidental, segura de ella misma, no se planteaba preguntas sobre su propia perennidad; por el contrario, después de 1926 se destaca la angustia y la interacción del organismo con el entorno; las bases de la sociedad han sido conmovidas y la angustia de un mundo cambiante se vive día a día, los individuos se ven distintos. Es la época en que la física se busca a sí misma, relativismo, incertidumbres, probabilismo, parecen dejar al pensamiento objetivo sin su confianza en sí mismo.*

Esta referencia a la física moderna como fundamento de un nuevo racionalismo no me parece que merezca ningún comentario. Lo importante es algo que, curiosamente, se confiesa de forma indirecta, que el psicoanálisis sería una especie de remedio social. Esto es lo que destacan y presentan como característico del elemento impulsor de su progreso. Poco importa si tiene algún fundamento, porque a decir verdad estas cosas nos parecen de poca entidad — lo instructivo aquí es la gran ligereza con que se admiten estas cosas.

El primer artículo, que citaba hace un momento, formula resueltamente que a fin de cuentas, la concepción general necesaria para la comprensión actual de la estructura de una personalidad viene dada por un *punto de vista* considerado como *el más práctico y el más prosaico posible*, el de las *relaciones sociales del enfermo* — expresión esta última subrayada por el autor.

Dejaré de lado otros términos que tienen el carácter de una confesión — *es imaginable que ante tal concepción del análisis se pueda experimentar una penosa impresión de algo movedizo, escurridizo, artificial, pero esto no depende del objeto de esta disciplina en sí mismo, actividad cuyas variaciones a lo largo del tiempo nadie se atrevería a discutir.* He aquí en efecto una explicación del carácter un poquito pulverulento de los diferentes planteamientos nacidos en esta línea. Aun así, no ha de satisfacernos del todo, pues no me parece que haya ninguna disciplina cuyos objetos no estén sometidos a variaciones en el tiempo.

En cuanto a *las relaciones del sujeto con el mundo*, vemos que se afir-

ma *un paralelismo* en todo momento *entre el estado de maduración más o menos avanzado de las actividades instintivas y la estructura del yo en un sujeto dado.* Por decirlo todo, a partir de cierto momento, se considera que la estructura del yo dobla* el estado de maduración de las actividades instintivas en sus distintas etapas y que, a fin de cuentas, es su representante.

Puede que en sí mismos estos términos no les parezcan, a algunos de ustedes, muy criticables. No importa, no es ésta la cuestión, y ya veremos hasta qué punto podemos o no aceptarlos. Pero su consecuencia es la instauración en el propio centro del análisis de algo que se presenta precisamente como una tipología a base de pregenitales y genitales.

Está escrito — *Los pregenitales son individuos con un Yo débil* —, y en ellos *la coherencia del Yo depende estrechamente de la persistencia de relaciones objetales con un objeto significativo.* Aquí, podemos empezar a plantear preguntas. De paso, tal vez veremos enseguida, si seguimos leyendo el mismo texto, a dónde puede conducir la noción de este objeto significativo que no se explica. La noción técnica que ello implica es que se destacan las relaciones pregenitales dentro de la relación analítica. *La pérdida de estas relaciones, o de su objeto, sinónimos en este caso puesto que aquí el objeto existe sólo en función de sus relaciones con el sujeto, acarrea graves desórdenes de la actividad del Yo, tales como problemas de despersonalización, problemas psicóticos.* Aquí tenemos el punto donde se busca el test que mostraría la profunda fragilidad de la relación del yo pregenital con su objeto. *El sujeto se esfuerza por mantener sus relaciones de objeto a toda costa, recurriendo a toda suerte de componendas con este fin, cambio de objeto mediante desplazamiento, o simbolización, que le permitirá, mediante la elección de un objeto simbólico cargado arbitrariamente de los mismos valores afectivos que el objeto inicial, no verse privado de relaciones objetales. Usar aquí el término de «Yo auxiliar» está plenamente justificado.*

Los genitales, por el contrario, poseen un Yo que no hace depender su fuerza y el ejercicio de sus funciones de la posesión de un objeto significativo. Mientras que para los primeros la pérdida de una persona importante subjetivamente hablando, por tomar el ejemplo más simple, ponía en peligro su individualidad, para ellos esta pérdida, por dolorosa que sea, no perturba en nada la solidez de su personalidad. No son dependientes de una relación objetal. Esto no quiere decir que puedan prescindir fácilmente de toda relación objetal, algo prácticamente irrealizable por otra parte, tan múltiples y variadas son las relaciones objetales, sino tan sólo que su unidad no está a merced de la pérdida de un contacto con un objeto significativo. Esto es lo que les diferencia radicalmente de los anteriores desde el punto de vista de la relación entre el Yo y la relación de objeto.

* *...est la doblure...* puede entenderse como «forro» o como «doble», en el sentido en que un actor dobla a otro en escena. (T.)

Más adelante — [...] *en toda neurosis, la evolución normal parece haberse visto dificultada por la imposibilidad en la que se halla el sujeto de resolver el último de los conflictos estructurantes de la infancia, aquél cuya liquidación perfecta, si puede decirse así, culmina en esa adaptación tan feliz al mundo llamada la relación de objeto genital, que da a cualquier observador la sensación de una personalidad armónica, y en el análisis, la percepción inmediata de una especie de limpidez cristalina del espíritu, lo que es, lo repito, más un límite que una realidad* [...].

Limpidez cristalina. Vemos hasta dónde puede llevarle a este autor la idea de perfección de la relación objetal.

Mientras que las pulsiones en su forma pregenital presentan un *carácter de necesidad de posesión incoercible, ilimitado, incondicional, que comporta un aspecto destructivo,* en su forma genital *son verdaderamente tiernas, amorosas, y si el sujeto no se muestra oblativo, es decir desinteresado, si sus objetos son tan profundamente narcisísticos como en el caso anterior, ahora es capaz de comprensión, de adaptación a la situación del otro. Por otra parte, la estructura íntima de sus relaciones objetales muestra que la participación del objeto en su propio placer es indispensable para su felicidad como sujeto. La conveniencia, los deseos, las necesidades del objeto, son tomados en consideración en gran medida.*

Con esto basta para plantear un problema muy grave que, en efecto, no podemos dejar de plantear — ¿qué significa el desenlace de una infancia, o de una adolescencia, o de una madurez normales?

Hay una distinción esencial que se debe hacer, sugerida tanto por la noción de objetividad como por la experiencia más elemental. No podemos de ninguna forma confundir la noción a la que se apunta más o menos implícitamente en estos textos, bajo los términos distintos de objetividad y de plenitud del objeto, con el establecimiento de la realidad y todos los problemas de adaptación que ésta plantea por el hecho de que resiste, se resiste y resulta compleja. Esta confusión está articulada, de tal forma que la objetividad se presenta en determinado texto como característica de la relación con el otro en su forma culminante. Hay por el contrario, sin lugar a dudas, una distancia entre lo que implica determinada construcción del mundo, considerada como más o menos satisfactoria en una época dada, y el establecimiento de la relación con el otro en su registro afectivo, incluso sentimental, incluyendo la toma en

consideración de las necesidades, la felicidad, el placer del otro. La constitución de este otro en sí, es decir, como hablante, es decir, como sujeto que es, nos lleva indudablemente mucho más lejos.

Tendremos que volver a referirnos a estos textos, obra de auténticos cagadores de perlas. Pero no basta con citarlos, aun formulando las observaciones humorísticas que por sí mismos sugieren. Antes es preciso hacer el progreso que se impone.

3

Esta concepción extraordinariamente primaria de la noción analítica de evolución instintual está muy lejos de ser admitida universalmente.

Textos como los de Glover, por ejemplo, nos harían volver a una exploración muy distinta de las relaciones de objeto, expresamente mencionadas y definidas. Si frecuentan estos textos, verán ustedes que la función del objeto, cuyas etapas caracterizan a las distintas épocas del desarrollo individual, es concebida de forma muy distinta.

El análisis insiste en introducir una noción funcional del objeto de una naturaleza muy distinta que la de un puro y simple correlato del sujeto. No se trata de una pura y simple coaptación del objeto con determinada demanda del sujeto. El objeto tiene aquí un papel muy distinto, se sitúa, por decirlo así, sobre un fondo de angustia. El objeto es un instrumento destinado a enmascarar, a modo de una protección, el fondo fundamental de angustia que caracteriza a la relación del sujeto con el mundo en las distintas etapas de su desarrollo. Así, en cada etapa, el sujeto debe ser caracterizado.

Al llegar al fin de nuestra charla de hoy, no puedo dejar de ilustrar lo que les digo con un ejemplo que le da todo su relieve. Me bastará con puntuar la concepción clásica, fundamental, freudiana, de la fobia.

Freud y todos aquellos que han estudiado la fobia, con él o después de él, señalan la ausencia de relación directa entre el objeto y el pretendido miedo que lo colorea con su marca fundamental, constituyéndolo en cuanto tal, como un objeto primitivo. Hay, por el contrario, una distancia considerable entre el miedo en cuestión, que bien puede ser en unos casos un miedo primitivo y en otros casos no serlo, y el objeto, constituido esencialmente para mantener ese miedo a distancia. El objeto encierra al sujeto en determinado círculo, una muralla, donde se protege de los miedos. Está esencialmente vinculado con el resultado de una señal de alarma. El objeto es, ante todo, una avanzadilla contra un miedo instituido. El miedo le da su papel al objeto en determinado momento de cierta crisis del sujeto que, sin embargo, no es ni típica ni evolutiva.

Esta noción moderna, si puede decirse así, de la fobia, ¿se afirma legítimamente? Por nuestra parte, también tendremos que criticarla, mostrando que está en el origen de la noción de objeto tal como se promueve en los trabajos de Glover, así como en la forma de conducir el análisis característica de su pensamiento y de su técnica.

Que la angustia en cuestión es la angustia de castración, nos dicen, ha encontrado pocas objeciones hasta hace poco. Sin embargo, es notable que el deseo de reconstrucción en el sentido genético haya acabado tratando de deducir, de la eclosión de las construcciones fóbicas objetales primitivas, la construcción misma del objeto paterno, que sería como su continuación y su culminación. Un informe de Mallet sobre la fobia, en la obra colectiva que he citado, va exactamente en este sentido, por una curiosa inversión del camino que nos había permitido remontarnos desde la fobia hasta la noción de cierta relación con la angustia, así como establecer la función de protección que juega el objeto de la fobia respecto de dicha angustia.

En otro registro, no es menos notable comprobar en qué acaban las nociones de fetiche y de fetichismo. Lo introduzco hoy para mostrarles que, si lo consideramos en la perspectiva de la relación de objeto, resulta que el fetiche cumple en la teoría analítica una función de protección contra la angustia, y, cosa curiosa, la misma angustia, es decir, la angustia de castración. No parece que se establezca por el mismo rodeo la relación más específica del fetiche con la angustia de castración, puesto que ésta está vinculada con la percepción de la ausencia de órgano fálico en el sujeto femenino, y con la negación de esta ausencia. ¿Qué importa? No puede pasarles desapercibido que, también en este caso, el objeto tiene cierta función de complemento con respecto a algo que se presenta como un agujero, incluso como un abismo en la realidad.

La cuestión es saber si el objeto fóbico y el fetiche tienen algo en común.

Pero si planteamos estas cuestiones en tales términos, y sin privarnos de abordar los problemas a partir de la relación de objeto, tal vez debemos hallar en los mismos fenómenos la oportunidad, el punto de partida de una crítica. Aceptemos someternos a la pregunta que nos plan-

tean sobre el objeto típico, el objeto ideal, el objeto funcional y todas las formas de objeto que puedan ustedes suponer en el hombre, y abordemos pues la cuestión bajo esta luz — pero entonces, no nos contentemos con explicaciones uniformes para fenómenos distintos. Centremos por ejemplo nuestra pregunta de partida en cuál es la diferencia entre la función de una fobia y la de un fetiche, dado que tanto la una como el otro se plantean sobre el mismo fondo de angustia fundamental, ambos convocados supuestamente como medidas de protección o de garantía por parte del sujeto.

Ahí es donde he decidido establecer mi punto de partida. Partiremos de nuestra experiencia para llegar a los mismos problemas, procediendo así de una forma no ya mítica, ni abstracta, sino directa, a partir de los objetos que se nos proponen.

No basta con hablar del objeto en general, ni de un objeto que, por no sé qué vía de comunicación mágica, tendría la propiedad de regularizar las relaciones con el resto de objetos, como si el hecho de haber conseguido convertirse en un genital bastara para resolver todas las cuestiones. Lo que puede ser un objeto para un genital desde el punto de vista esencialmente biológico, que aquí se plantea en primer plano, no me parece que deba ser menos enigmático que alguno de los objetos de la experiencia humana corriente, por ejemplo una moneda.

¿Puede acaso decirse que la moneda no plantea por sí misma la cuestión de su valor objetal? El hecho de que, en un registro determinado, la perdamos como medio de intercambio, o la propia toma en consideración, para el intercambio, de cualquier otro elemento de la vida humana trasladado a su valor de mercancía — ¿no nos introduce esto de mil formas en una cuestión que fue efectivamente resuelta en la teoría marxista con un término, si no sinónimo, al menos muy cercano al que acabamos de mencionar, o sea el fetiche? En suma, la noción de objeto fetiche, la de objeto pantalla y, al mismo tiempo, la función tan singular de esa constitución de la realidad sobre la que Freud aportó una luz verdaderamente sobrecogedora, y que nos preguntamos por qué no se le sigue concediendo su valor, la noción de recuerdo pantalla como muy especialmente constitutiva del pasado del sujeto — he aquí cuestiones que merecen ser tratadas por sí mismas y en sí mismas.

De igual forma, deberán ser analizadas en sus relaciones recíprocas, porque de estas relaciones podrán surgir las necesarias distinciones de planos que nos permitirán definir de forma articulada por qué una fobia y un fetiche son cosas distintas.

¿Qué relación hay entre el uso general del término de fetiche y el empleo preciso del término para designar una perversión sexual? Así es como introduciremos el tema de nuestra próxima charla, que tratará de la fobia y del fetiche.

Por la vía de este retorno a la experiencia podremos resituar el término de relación de objeto y darle su verdadero valor.

21 de noviembre de 1956

II

LAS TRES FORMAS DE LA FALTA DE OBJETO

¿Qué es un obsesivo?
La tríada imaginaria.
El falicismo y lo imaginario.
Realidad y Wirklichkeit.
El objeto transicional del señor Winnicott.

Esta semana, por ustedes, he leído algunas cosas. He leído lo que los psicoanalistas han escrito sobre el tema que este año será el nuestro, es decir, el objeto, y más especialmente el objeto genital.

El objeto genital, por llamarlo por su nombre, es la mujer. Entonces, ¿por qué no llamarlo por su nombre?

Así que me he regalado con cierto número de lecturas sobre la sexualidad femenina. Estas lecturas, lo importante sería que las hicieran ustedes y no yo. Esto les haría más fácil de entender lo que me veré llevado a decirles sobre esta cuestión. Además, estas lecturas son muy instructivas también desde otros puntos de vista, y principalmente desde éste. *La estupidez humana da una idea del infinito*, decía Renan. Pues bien, si viviera hoy día, añadiría — *y las divagaciones teóricas de los psicoanalistas.*

No crean ustedes que las equiparo con la estupidez. No, pero son de tal clase que dan una idea del infinito. En efecto, resulta chocante ver a qué extraordinarias dificultades se han visto sometidas las mentes de los distintos analistas a consecuencia de los enunciados de Freud, tan abruptos y sorprendentes.

¿Qué fue lo que aportó Freud, siempre tan solo, sobre este tema? — lo que hoy voy a decirles probablemente no irá más allá. Es esto. La idea de un objeto armónico, que por su naturaleza consuma la relación sujeto-objeto, la experiencia la contradice perfectamente — no ya la experiencia analítica, sino incluso la experiencia común de las relaciones entre el hombre y la mujer. Si la armonía no fuese en este registro un asunto problemático, no habría análisis en absoluto. No hay nada más preciso que las formulaciones de Freud al respecto — hay, en este registro, una hiancia, algo que no va, lo cual no significa que eso baste para

definirlo. La afirmación positiva de que la cosa no marcha está en Freud, la encontrarán ustedes en *El malestar en la cultura*, así como en las *Nuevas conferencias sobre el psicoanálisis*, lección 31.

Esto nos lleva de nuevo a preguntarnos por el objeto.

1

Les recuerdo que el olvido de la noción de objeto en el que, por lo general, se incurre no queda tan acentuado en su relieve si se sigue la forma en que la experiencia y la doctrina freudianas sitúan y definen este objeto.

El objeto se presenta de entrada en una búsqueda del objeto perdido. El objeto es siempre el objeto vuelto a encontrar, objeto implicado de por sí en una búsqueda, opuesto de la forma más categórica a la noción del sujeto autónomo, conclusión a la que lleva la idea del objeto culminante.

Ya destaqué igualmente la última vez la noción del objeto alucinado sobre un fondo de realidad angustiante. Este es el objeto tal como surge de la acción de aquello que Freud llama el sistema primario del placer. En total oposición a esto, en la práctica analítica hay una noción del objeto que se reduce a fin de cuentas a lo real. Se trata de volver a encontrar lo real. Este objeto sobresale, no ya de un fondo de angustia, sino del fondo de realidad común, por así decirlo, y el término de la experiencia analítica es darse cuenta de que no hay razón para tenerle miedo. *Miedo* es un término a distinguir del de angustia.

Finalmente, el tercer encabezamiento bajo el cual encontramos al objeto, si lo seguimos en Freud, es el de la reciprocidad imaginaria, o sea que, en toda relación del sujeto con el objeto, el lugar del término en relación es ocupado simultáneamente por el sujeto. Así, la identificación con el objeto está en el fondo de toda relación con él.

A este punto, evidentemente, se consagra más aún la práctica de la relación de objeto en la técnica analítica moderna, con el resultado de lo que llamaré un imperialismo de la identificación. Si tú puedes identificarte a mí, si yo puedo identificarme a ti, sin duda de los dos el yo es el que tiene la mejor adaptación a la realidad y es el mejor modelo. A fin de cuentas, en un caso ideal, el progreso del análisis se reduce a

la identificación con el yo del analista. Semejante parcialidad en el manejo de la relación de objeto puede condicionar una desviación extrema. Esto lo ilustra más en particular la práctica de la neurosis obsesiva.

La neurosis obsesiva es, como piensan la mayoría de quienes aquí están, una noción estructurante que puede expresarse aproximadamente así. ¿Qué es un obsesivo? En suma es un actor que desempeña su papel y cumple cierto número de actos como si estuviera muerto. El juego al que se entrega es una forma de ponerse a resguardo de la muerte. Se trata de un juego viviente que consiste en mostrarse invulnerable. Con este fin, se consagra a una dominación que condiciona todos sus contactos con los demás. Se le ve en una especie de exhibición con la que trata de mostrar hasta dónde puede llegar en ese ejercicio, que tiene todas las características de un juego, incluyendo sus características ilusorias — es decir, hasta dónde puede llegar con los demás, el otro con minúscula, que es sólo su *alter ego*, su propio doble. Su juego se desarrolla delante de un Otro que asiste al espectáculo. Él mismo es sólo un espectador, y en ello estriba la posibilidad misma del juego y del placer que obtiene. Sin embargo, no sabe qué lugar ocupa, esto es lo inconsciente que hay en él. Lo que hace, lo hace a título de coartada. Esto sí lo puede entrever. Se da perfecta cuenta de que el juego no se juega donde él está, y por eso casi nada de lo que ocurre tiene para él verdadera importancia, lo cual no significa que sepa desde dónde ve todo esto.

A fin de cuentas, ¿qué dirige el juego? Sabemos que es él mismo, pero podemos cometer mil errores si no sabemos a dónde se dirige este juego. De ahí la noción de objeto, del objeto significativo para este sujeto.

Sería erróneo creer que se pueda designar este objeto en términos de relación dual, recurriendo a la noción de relación de objeto tal como la elabora el autor en cuestión. Ya verán a qué conduce esto. Está claro que, en esta situación tan compleja, la noción de objeto no está dada inmediatamente, porque el objeto participa de un juego ilusorio, un juego de retorsión, un juego tramposo, que consiste en aproximarse a la muerte tanto como sea posible quedando a salvo de todos los golpes, porque el sujeto, de algún modo, ha matado su propio deseo por adelantado, lo ha, por así decirlo, mortificado.

Aquí la noción de objeto es infinitamente compleja y merece ser destacada en todo momento si queremos saber al menos de qué objeto estamos hablando. Trataremos de darle a esta noción de objeto un empleo uniforme, que nos permita orientarnos en nuestro vocabulario.

De esta noción, yo no diría que es escurridiza, sino que se muestra

absolutamente difícil de circunscribir. Para acentuar nuestra comparación, digamos que se trata de demostrar lo que él ha articulado para ese Otro espectador que es él mismo sin saberlo y en cuyo lugar nos va poniendo a medida que avanza la transferencia.

Tomen por favor el caso del obsesivo del autor al que me refiero y lean lo que, según él, representa el progreso del análisis. Verán que el manejo de la relación de objeto consiste, en este caso, en hacer algo análogo a lo que ocurriría si asistieran a una escena de circo con Auguste y Chocolat administrándose alternativamente una serie de pares de bofetadas. Tú te vas de la pista por miedo a recibir alguna, mientras que por el contrario el sujeto sigue repartiendo en virtud de su agresividad. Entonces aparece el señor Loyal* y dice — *Veamos, esto no es razonable, que cada uno se coma el garrote del otro, así lo tendrán donde corresponde, lo habrán interiorizado.* En efecto, es una forma de resolver la situación y encontrarle una salida.

Todo esto podría acompañarse con una tonadilla, verdaderamente inolvidable, debida a un tal N*, una especie de genio. Quienes no le conocieron cuando actuaba en un cabaret de París no pueden hacerse una idea del carácter sagrado que le daba a aquella exhibición de clown a propósito de un simple sombrero. Es posible que de no haber visto esa especie de misa, que parecía negra, ese oficio, esa especie de ritual al que asistimos en cierta oportunidad, resulte imposible entender qué es, hablando con propiedad, la relación de objeto. Lo que trasluce, lo que surge en el fondo, es el carácter profundamente oral de la relación de objeto imaginaria. Si toma la relación dual como real, una práctica no puede sustraerse a las leyes de lo imaginario, y a lo que conduce esta relación de objeto es al fantasma de incorporación fálica.

¿Por qué? No sólo la experiencia no sigue la noción ideal que podamos tener de su realización, sino que esta noción se limita a dar todavía más relieve a sus paradojas, y así, cuanto más nos aproximamos a la realización de la relación dual, más aparece en primer plano ese objeto imaginario llamado el falo. Ése es el paso que trato de hacerles dar hoy.

La noción de relación de objeto es imposible entenderla, incluso ejercerla, si no se introduce el falo como uno de sus elementos, no digo mediador, porque eso sería dar un paso que todavía no hemos dado juntos, sino tercero. Lo destaca el esquema que les di, al final del pasado año,

* Se alude a personajes reales del circo. Chocolat era un payaso de tez oscura y el señor Loyal un regidor de pista. (T.)

como conclusión del análisis del significante al cual nos había llevado la exploración de la psicosis, pero también como introducción a lo que pensaba proponerles este año sobre la relación de objeto. Éste es nuestro esquema inaugural:

La tríada imaginaria

Falo

Madre

Niño

La relación imaginaria, sea cual sea, está modelada en base a una determinada relación que es efectivamente fundamental — la relación madre-hijo, con todo lo que tiene de problemática. Sin duda, esta relación es como para dar la idea de que se trata de una relación real, y en efecto, ahí se dirige en la actualidad toda la teoría de la situación analítica. Tratan de reducirla en última instancia a no ser más que el desarrollo de las relaciones madre-hijo, y en toda la secuencia de la génesis encontramos las huellas de tal posición inicial.

Ahora bien, es imposible, incluso para los autores que hacen de ella la base de toda la génesis analítica, hacer intervenir este elemento imaginario sin que se manifieste como un punto clave, en el centro de la relación de objeto, lo que podemos llamar el falicismo de la experiencia analítica. Lo demuestran tanto la experiencia como la evolución de la teoría analítica, y trataré de hacerles ver, a lo largo de esta conferencia, a qué callejones sin salida conduce toda tentativa de reducir este falicismo imaginario a un dato real, cualquiera que sea. En efecto, cuando se busca el origen de toda la dialéctica analítica en ausencia de la trinidad de los términos simbólico, imaginario y real, a fin de cuentas es inevitable referirse a lo real.

Para aportarles una última pincelada, un rasgo más en mi descripción de cómo se conduce la relación dual en determinada orientación y teorización de la experiencia analítica, me referiré una vez más al encabezamiento de la obra colectiva que antes mencioné.

Cuando el analista, entrando en el juego imaginario del obsesivo, in-

siste en hacerle reconocer su agresividad, es decir, que hace situar al analista en la relación dual que un momento antes designaba como recíproca, el texto aporta, como prueba del desconocimiento de la situación por parte del sujeto, el hecho de que nunca quiere expresar su agresividad y sólo puede expresarla mostrando una ligera irritación, provocada por la rigidez técnica. El autor confiesa entonces que insiste en remitir siempre al sujeto al tema de la agresividad, como si se tratara del tema central. El autor añade de forma significativa que a fin de cuentas la irritación y la ironía pertenecen a la clase de las manifestaciones agresivas. ¿Es acaso evidente que la irritación sea característica de la relación agresiva? Es bien sabido, sin embargo, que la agresión puede ser provocada por cualquier otro sentimiento y que en absoluto se excluye, por ejemplo, que un sentimiento de amor esté en el origen de una reacción agresiva. En cuanto a decir que una reacción como la ironía, por ejemplo, es agresiva por naturaleza, no me parece compatible con algo que todo el mundo sabe, que lejos de ser una reacción agresiva la ironía es, ante todo, una forma de interrogación, una modalidad de pregunta.

Esto les demuestra a qué reducción de perspectiva conduce semejante concepción de la relación de objeto, concepción que he decidido no volver a mencionar de ahora en adelante.

Llegamos pues por fin a la pregunta fundamental que deberá ser nuestro punto de partida, porque a ella hemos de volver, y será también nuestra meta. Toda la ambigüedad de la cuestión suscitada en torno al objeto y su manejo en el análisis se reduce a esto — el objeto, ¿es o no lo real?

2

Llegamos a esta pregunta tanto por la vía del vocabulario elaborado que utilizamos aquí, simbólico, imaginario y real, como por la vía de la intuición más inmediata.

Cuando les hablan de la relación de objeto en términos de acceso a lo real, acceso que debe conseguirse al término del análisis, ¿qué representa esto para ustedes, espontáneamente? ¿Es real el objeto, o no lo es? Lo que se encuentra en lo real, ¿es el objeto?

Merece la pena que nos lo preguntemos. Incluso sin llegar al núcleo de la problemática del falicismo que hoy estoy introduciendo, podemos

ver, porque es un punto verdaderamente llamativo de la experiencia analítica, que toda la dialéctica del desarrollo individual, así como toda la dialéctica de un análisis, giran alrededor de un objeto principal, que es el falo. Ya veremos más detenidamente que no se debe confundir falo con pene. Cuando por los años 1920-1930 hubo una inmensa polémica que se ordenó alrededor de la noción de falicismo y la cuestión del periodo fálico, de lo que se trataba era de distinguir el pene, como órgano real, con funciones definibles por determinadas coordenadas reales, del falo en su función imaginaria. Sólo por esto, ya valdría la pena que nos preguntáramos qué quiere decir la noción de objeto.

No puede decirse que el falo no sea en la dialéctica analítica un objeto predominante y que el sujeto no se haga una idea de él como tal objeto. Si bien nunca se llegó a formular que sólo es concebible aislar este objeto en el plano de lo imaginario, no es menos cierto que eso mismo se desprende línea a línea de lo que Freud aportó en determinada fecha, y de las respuestas que le dieron algunos otros, como Helene Deutsch, Melanie Klein, en particular Ernest Jones. La noción de falicismo implica de por sí aislar la categoría de lo imaginario.

Pero antes de entrar en ello, preguntémonos qué significa la posición recíproca del objeto y lo real. Hay más de una forma de abordar esta cuestión, puesto que, en cuanto la abordamos, vemos que lo real tiene más de un sentido. Algunos de ustedes, creo, dejan escapar cierto suspiro de alivio — *Por fin va a hablarnos de ese famoso real que hasta ahora había quedado en la sombra*. En efecto, no hay motivo de sorpresa, lo real se encuentra en el límite de nuestra experiencia.

Esa posición con respecto a lo real se explica sobradamente por la pantalla de nuestra experiencia, cuyas condiciones son muy artificiales, contrariamente a lo que nos dicen cuando la presentan como una situación tan simple. Sin embargo, cuando teorizamos no tenemos más remedio que referirnos a lo real. Pero ¿qué queremos decir cuando nos referimos a lo real? Es poco probable que todos partamos de la misma noción, pero es verosímil que podamos acceder a ciertas distinciones o disociaciones esenciales que se pueden aportar en cuanto al manejo del término de real, o de realidad, si examinamos cuidadosamente qué uso se hace de ellos.

Cuando se habla de lo real, puede tratarse de cosas diversas. De entrada, se trata del conjunto de cosas que ocurren efectivamente. Esta es la noción implicada en el término alemán *Wirklichkeit*, cuya ventaja es que distingue en la realidad una función que la lengua francesa no per-

mite aislar correctamente. Se trata de lo que implica de por sí cualquier posibilidad de efecto, de *Wirkung*. Es el conjunto del mecanismo.

Sólo voy a hacer aquí algunas reflexiones de paso, para mostrar hasta qué punto los psicoanalistas permanecen prisioneros de categorías verdaderamente ajenas a algo a lo que su práctica debería, sin embargo, introducirles cómodamente, diría yo, con respecto a la noción misma de la realidad. Si bien es concebible que, para un espíritu de la tradición mecano-dinamista, que se remonta al siglo XVIII con la tentativa de La Mettrie y Holbach de elaborar el hombre máquina, todo lo que sucede en el terreno de la vida mental exija ser referido a algo planteado como material, ¿qué interés puede tener esto para un analista? — si el principio mismo del ejercicio de su función pone en juego efectos que por hipótesis, tratándose de un analista, admite que tienen su orden propio. Si sigue a Freud, si concibe lo que rige todo el espíritu del sistema, la perspectiva que debe captar es una perspectiva energética.

La materia, la *Stuff* primitiva, ejerce tal fascinación sobre el espíritu médico que, cuando afirman de forma totalmente gratuita que nosotros, como los demás médicos, ponemos una realidad orgánica en el fundamento de lo que se produce en el análisis, creen estar diciendo algo importante. Freud también lo dijo, sólo que hay que ver dónde lo dijo y qué función cumple. Él da a esta realidad un alcance muy distinto. En los analistas, la referencia al fundamento orgánico responde tan sólo a una especie de necesidad de seguridad que les lleva a entonar una y otra vez esa cantinela en sus textos, como quien toca madera — *Al fin y al cabo, sólo hacemos intervenir mecanismos superficiales, todo debe remitirse, en última instancia, a cosas que tal vez sabremos algún día, a la materia principal que está en el origen de todo lo que ocurre.* Esto es una especie de absurdo para un analista, si admite el orden de efectividad en el que suele moverse.

Déjenme hacerles una simple comparación para mostrárselo. Es más o menos como si alguien encargado de una central eléctrica hidráulica en plena corriente de un gran río, por ejemplo el Rin, se pusiera a fantasear sobre la época en que el paisaje era aún virgen y las ondas del Rin fluían en abundancia, cuando ha de hablar de lo que sucede en esa máquina. Ahora bien, es la máquina lo que se halla en el principio de la acumulación de una energía cualquiera, en este caso la fuerza eléctrica que luego puede distribuirse y ponerse a disposición de los usuarios. Lo que se acumula en la máquina tiene, ante todo, la relación más estrecha con la máquina. Diciendo que la energía estaba ya ahí virtualmente en

la corriente del río no adelantamos nada. Propiamente, no quiere decir nada, porque la energía, en este caso, sólo empieza a interesarnos en cuanto se acumula, y sólo se acumula a partir del momento en que las máquinas entran en acción. Sin duda, lo que las anima es una propulsión que proviene de la corriente del río, pero creer que la corriente del río es el orden primitivo de la energía, confundir con una noción del orden del *mana* eso tan distinto que es la energía, incluso la fuerza, querer a toda costa encontrar en algo que estaría eternamente presente la permanencia de lo acumulado al final como elemento de *Wirkung*, de una posible *Wirklichkeit* — esto sólo se le puede ocurrir a alguien que esté completamente loco.

Esta necesidad nuestra de confundir la *Stuff*, o la materia primitiva, o el impulso, o el flujo, o la tendencia, con lo que está realmente en juego en el ejercicio de la realidad analítica, representa un desconocimiento de la *Wirklichkeit* simbólica. El conflicto, la dialéctica, la organización, la estructuración de elementos que se combinan y se construyen, dan a la cuestión un alcance energético muy distinto. Mantener la necesidad de hablar de la realidad última, como si estuviera en algún lugar más que en el propio ejercicio de hablar de ella, es desconocer la realidad donde nos movemos. Puedo calificar esta referencia, hoy, de supersticiosa. Es una especie de secuela del postulado llamado organicista, que no puede tener literalmente ningún sentido en la perspectiva analítica. Les mostraré que allí donde aparentemente Freud se sirve de ella, no tiene ya ningún sentido de este orden.

En el análisis se hace un uso distinto de la noción de realidad, mucho más importante, y que no tiene nada que ver con el anterior. La realidad, en efecto, participa del doble principio, principio de placer y principio de realidad. Se trata de algo muy distinto, porque el principio de placer no se ejerce de una forma menos real que el principio de realidad, el análisis precisamente lo demuestra. El uso del término de realidad es aquí muy diferente.

Hay aquí un contraste bastante chocante. Este uso que al comienzo se había mostrado tan fecundo, que había permitido introducir los términos de sistema primario y sistema secundario en el orden psíquico, se reveló, cuando el análisis fue progresando, como más problemático, pero de forma muy inaprehensible. Para darse cuenta de la distancia recorrida desde el primer uso que se hizo de la oposición entre los dos principios y el punto donde nos encontramos en la actualidad, tras algún deslizamiento, casi resulta necesario referirse, como de vez en cuan-

do sucede, al niño que dice que el rey está desnudo. Este niño, ¿será un cándido? ¿Será un genio? ¿Un descarado? ¿Un bestia? Nunca se sabrá. Seguramente alguien bastante liberador.

Pues bien, a veces ocurre. Vemos analistas que vuelven a una especie de intuición primitiva y perciben que todo lo que se había dicho hasta entonces no explicaba nada. Esto es lo que le pasó al señor Winnicott en un pequeño artículo donde habla de lo que llama *transitional object* — pensemos en *transición de objeto* o *fenómeno transicional.*

El señor Winnicott llama la atención simplemente sobre el hecho de que cada vez nos interesamos más en la función de la madre y la tenemos por absolutamente decisiva en la captación de la realidad por parte del niño. Es decir, la oposición dialéctica e impersonal de los dos principios, el principio de realidad y el principio de placer, la hemos sustituido por actores. Sin duda estos sujetos son completamente ideales, sin duda se trata más bien de una especie de figuración, o de guiñol imaginario, pero en eso estamos. El principio del placer lo hemos identificado con una determinada relación de objeto, es decir, la relación con el seno materno, mientras que el principio de realidad lo hemos identificado con el hecho de que el niño debe aprender a prescindir de él.

El señor Winnicott, de forma muy pertinente, señala en qué condiciones todo va bien — porque es importante que todo vaya bien, y lo que va mal lo hacemos derivar de una anomalía primordial, de la frustración, término que se convierte en clave en nuestra dialéctica. Winnicott observa que en suma, para que las cosas vayan bien, o sea para que el niño no quede traumatizado, la madre debe operar estando presente siempre que es necesario, es decir, precisamente introduciendo, en el momento de la alucinación delirante del niño, el objeto real que lo colma. Al principio pues, en la relación madre-hijo, no hay ninguna distinción entre la alucinación del seno materno, por principio surgida del sistema primario de acuerdo con la noción que de él tenemos, y el encuentro con el objeto real en cuestión.

Por lo tanto, si todo va bien, el niño no tiene forma de distinguir lo que corresponde a la satisfacción basada en la alucinación *a priori* vinculada con el funcionamiento del sistema primario, y la aprehensión de lo real que lo colma y le satisface efectivamente. Por lo tanto, se trata de que la madre enseñe progresivamente al niño a experimentar las frustraciones y, al mismo tiempo, a percibir, en forma de cierta tensión inaugural, la diferencia que hay entre la realidad y la ilusión. Esta diferencia sólo puede instalarse por la vía de una desilusión, cuando, de

vez en cuando, la realidad no coincide con la alucinación surgida del deseo.

Winnicott señala simplemente en primer lugar que, en el interior de tal dialéctica, es inconcebible la posibilidad de elaborar algo que vaya más allá de la noción de un objeto estrictamente correspondiente al deseo primario. La extrema diversidad de los objetos, tanto instrumentales como fantasmáticos, que intervienen en el desarrollo del campo del deseo humano, es impensable en una dialéctica así, si se encarna en dos actores reales, la madre y el niño. En segundo lugar, como la experiencia lo demuestra, incluso en el niño más pequeño vemos aparecer esos objetos que Winnicott llama objetos transicionales porque no podemos decir de qué lado se sitúan en la dialéctica reducida, y encarnada, de la alucinación y el objeto real.

Todos los objetos del juego del niño son objetos transicionales. Juguetes, estrictamente hablando, el niño no necesita que se los demos, porque se los hace él mismo con todo lo que cae en sus manos. Se trata de objetos transicionales. No cabe preguntarse si son más subjetivos o más objetivos, son de una naturaleza distinta. Aunque Winnicott no franquea el límite de nombrarlos así, nosotros los llamaremos simplemente imaginarios.

En sus trabajos, sin duda dubitativos, llenos de rodeos y confusiones, vemos sin embargo que los autores que buscan explicarse el origen de un hecho como la existencia del fetiche sexual acaban refiriéndose a estos objetos. Se ven llevados a buscar, tanto como sea posible, puntos en común entre el objeto en el niño y el fetiche que ocupará el primer plano de las exigencias objetales para la mayor satisfacción alcanzable por parte de un sujeto, es decir, la satisfacción sexual. Espían en el niño la manipulación por poco privilegiada que sea de un pequeño objeto, de un pañuelo que le quita a su madre, una punta de la sábana de una cama, alguna parte de la realidad que accidentalmente se pone a su alcance, lo cual surge durante un periodo que, aunque se llame aquí transicional, no constituye sin embargo un periodo intermedio, sino permanente en el desarrollo del niño. Esos autores se ven llevados a confundir casi estos dos tipos de objeto, sin preguntarse por la distancia que pueda haber entre la erotización del objeto fetiche y la primera aparición de un objeto como imaginario.

Lo que se olvida en esta dialéctica — olvido que obliga a esa especie de añadidos, de suplementos, que subrayo a propósito del artículo de Winnicott —, es que uno de los mecanismos más esenciales de la experiencia analítica es, desde el principio, la noción de la falta del objeto.

3

Nunca, en nuestro ejercicio concreto de la teoría analítica, podemos prescindir de una noción de la falta del objeto con carácter central. No es negativa, sino el propio motor de la relación del sujeto con el mundo.

Desde sus inicios, el análisis, el análisis de la neurosis, empieza con la noción de castración, tan paradójica, que puede decirse que todavía no ha sido completamente elaborada.

Creemos que seguimos hablando de ella igual como se hacía en tiempos de Freud. Es un gran error. Cada vez hablamos menos de castración, y hacemos mal. De lo que hablamos cada vez más es de la frustración. Y todavía hay un tercer término del que se empieza a hablar o, más exactamente, cuya noción ha sido necesario introducir, ya veremos por qué vía y frente a qué exigencia.

No son en absoluto tres cosas equivalentes. Hay que distinguirlas. Haré algunas observaciones tan solo para tratar de hacerles entender de qué se trata.

Empecemos por la que resulta más familiar por su uso, la noción de frustración.

¿Qué diferencia hay entre una frustración y una privación? Partiremos de esto, porque Jones se pone a introducir la noción de privación, y a decir que estas dos nociones se experimentan en el psiquismo de la misma forma. Esto es muy atrevido. Está claro que si hay que referirse a la privación es porque el falicismo, o sea la exigencia de falo, es, como plantea Freud, el punto fundamental de todo el juego imaginario en la progresión del conflicto descrita en el análisis del sujeto. Ahora bien, si puede hablarse de privación es a propósito de lo real como algo muy distinto de lo imaginario. La exigencia fálica no se ejerce por ese medio. Parece en efecto muy problemático que un ser que se presenta como una totalidad pueda sentirse privado de algo que, por definición, no tiene. Diremos pues que la privación, en su naturaleza de falta, es esencialmente una falta real. Es un agujero.

La noción que tenemos de la frustración, si nos referimos simplemente al uso que hacemos del término cuando hablamos, es la de un daño. Es una lesión, un perjuicio que, tal como solemos verlo, de acuerdo con nuestra forma de hacerlo intervenir en nuestra dialéctica, no es más que un daño imaginario. La frustración es por su esencia el dominio de la reivindicación. Concierne a algo que se desea y no se tiene,

pero se desea sin referencia alguna a la posibilidad de satisfacción o de adquisición. La frustración es en sí misma el dominio de las exigencias desenfrenadas y sin ley. El núcleo de la noción de frustración como una de las categorías de la falta es un daño imaginario. Es en lo imaginario donde se sitúa.

A partir de estas dos observaciones nos resulta tal vez más fácil ver de qué se trata en el caso de la castración, cuya naturaleza esencial, su *Wesen*, ha sido mucho más dejada de lado que estudiada en profundidad.

Freud introdujo la castración de forma totalmente coordinada con la noción de la ley primordial, lo que la prohibición del incesto y la estructura del Edipo tienen de ley fundamental. Éste es, si lo pensamos ahora, el sentido de lo que Freud enunció de entrada. Cuando Freud situó una noción tan paradójica como la de la castración en el centro de la crisis decisiva, formadora, principal, que es el Edipo, lo hizo entrando en la experiencia con una especie de salto mortal. Retrospectivamente este hecho no puede sino maravillarnos, porque sin duda es maravilloso que todo lo que se nos ocurra sea no hablar de ello. La castración sólo puede clasificarse en la categoría de la deuda simbólica.

Deuda simbólica, daño imaginario y agujero o ausencia real, he aquí cómo podemos situar esos tres elementos que llamaremos los tres términos de referencia de la falta del objeto.

Sin duda a algunos les parecerá que esto no está tan claro. Y con razón, porque para que sea válido hay que ajustarse mucho a la noción central de que se trata de categorías de la falta del objeto. He dicho *falta del objeto* y no *objeto*, porque si nos situamos con respecto al objeto, entonces podremos plantearnos la pregunta — ¿cuál es el objeto que falta en cada uno de estos tres casos?

Donde más claro está es en la castración. Lo que falta, en la castración, constituida como está por la deuda simbólica, ese algo que sanciona la ley y le da su soporte, y su inverso, el castigo, evidentemente no es en nuestra experiencia analítica un objeto real. Que aquél que se acueste con su madre habrá de cortarse los genitales y, con ellos en la mano, dirigirse hacia el oeste en línea recta hasta morir, eso sólo se dice en la ley de Manu. Hasta nueva orden, nosotros sólo hemos observado cosas así en casos excesivamente raros, que no tienen nada que ver con nuestra experiencia, y por otra parte, en nuestra opinión, merecen explicaciones al fin y al cabo de un orden muy distinto que los mecanismos estructurantes y normalizantes habitualmente en juego en nuestra experiencia.

El objeto es imaginario. La castración en cuestión lo es siempre de

un objeto imaginario. Esta comunidad entre el carácter imaginario de la falta en la frustración y el carácter imaginario del objeto de la castración, el hecho de que la castración sea una falta imaginaria del objeto, ha favorecido que creyéramos que la frustración nos permitiría llegar con más facilidad al núcleo de los problemas. Pero la falta y el objeto, e incluso un tercer término que llamaremos el agente, no son forzosamente del mismo nivel en estas categorías. De hecho, el objeto de la castración es un objeto imaginario, y por eso hemos de preguntarnos qué es el falo, eso que tanto tiempo ha costado identificar.

El objeto de la frustración, a la inversa, es claramente, por su naturaleza, un objeto real, por muy imaginaria que sea la frustración. Eso por lo que padece, por ejemplo, el niño, sujeto por excelencia de nuestra dialéctica de la frustración, es siempre un objeto real. Esto nos ayudará a percibir una evidencia que requiere un dominio metafísico de los términos, superior al habitual entre quienes se refieren a esos criterios de realidad que antes mencionábamos — el objeto de la privación, por su parte, es siempre un objeto simbólico.

Está muy claro — ¿cómo algo podría no estar en su lugar, no estar en un lugar donde precisamente no está? Desde el punto de vista de lo real, esto no quiere decir absolutamente nada. Todo lo que es real está siempre obligatoriamente en su lugar, aun cuando lo desordenemos. Lo real tiene la propiedad de llevar su lugar pegado a la suela de sus zapatos. Por mucho que revuelvas lo real, no es menos cierto que nuestros cuerpos estarán en el mismo lugar tras la explosión de una bomba atómica, en su lugar de pedazos. La ausencia de algo en lo real es puramente simbólica. Si un objeto falta de su lugar, es porque mediante una ley definimos que debería estar ahí. No hay mejor referencia que ésta — piensen en lo que ocurre cuando pides un libro en un biblioteca. Te dicen que falta de su lugar, aunque pueda estar justo al lado, y no es menos cierto que en principio falta de su lugar, que por principio es invisible. Eso significa que el bibliotecario vive enteramente en un mundo simbólico. Cuando hablamos de privación, se trata de un objeto simbólico y de ninguna otra cosa.

Esto puede parecer un poco abstracto, pero ya verán lo útil que nos resultará luego para detectar los malabarismos con los que consiguen dar soluciones que no lo son a falsos problemas. Como verán, se hacen esfuerzos desesperados contra algo que parece intolerable, a saber, la evolución completamente distinta de lo que se llama la sexualidad en el hombre y en la mujer — y para reducir los dos términos a un solo principio.

Pero tal vez hay ya de entrada algo que permite concebir de forma muy simple y clara por qué es tan distinta la evolución en los dos sexos.

Sólo quiero añadir una noción que luego irá adquiriendo toda su importancia, la de un agente. Aquí doy un salto que exigiría volver a la tríada imaginaria de la madre, el niño y el falo, pero no tengo tiempo de hacerlo. Sólo quiero completar la tabla. El agente también juega su papel en la falta del objeto.

Tratándose de la frustración, se impone la noción de que es la madre quien juega el papel de agente. Pero este agente, ¿es simbólico, imaginario o real? ¿Y qué es el agente de la castración? ¿Es simbólico, imaginario o real? ¿Y el agente de la privación? ¿No habría en verdad ninguna especie de existencia real, como he subrayado hace un momento? He aquí preguntas que al menos merecen ser planteadas.

Las dejaré, al final de esta sesión, abiertas. Si pudiera esbozarse la respuesta, o deducirse de manera completamente formal, no podría ser en ningún caso satisfactoria en el punto donde nos encontramos, porque la noción del agente excede el marco al que hoy nos hemos limitado, el de una primera pregunta sobre las relaciones del objeto con lo real, mientras que el agente es aquí, manifiestamente, de otro orden.

Ya ven, sin embargo, que la calificación del agente en estos tres niveles es una cuestión que nos es manifiestamente sugerida por el inicio de la construcción del falo.

28 de noviembre de 1956

III

EL SIGNIFICANTE Y EL ESPÍRITU SANTO

La imagen del cuerpo y su significante.
La factoría del yo.
El significante, el significado y la muerte.
La transmisión significante del objeto.
Su discordancia imaginaria.

Ayer escucharon una exposición de la señora Dolto sobre la imagen del cuerpo. Las circunstancias quisieron que únicamente pudiera decir lo bien que me parecía. De haber tenido que hablar de él, hubiera sido para situar ese trabajo en relación con lo que estamos haciendo aquí, es decir, en suma, para producir enseñanza, y esto es algo que me disgusta hacer en un contexto de trabajo científico, que es algo de una naturaleza muy distinta. Así que de todas formas no me molesta no haber tenido que hacerlo.

Si ahora partimos de la imagen del cuerpo tal como ayer nos fue presentada, para situarla en relación con este seminario, diría algo que todos ustedes saben de sobra y es evidente como algo primordial — la imagen del cuerpo no es un objeto.

Si ayer noche se habló de objeto, fue para tratar de definir los estadios del desarrollo, y en efecto la noción de objeto es importante en este sentido. Sin embargo, no sólo la imagen del cuerpo no es un objeto, sino que además no puede convertirse en un objeto. Esta observación tan simple, que nadie ha hecho sino de forma indirecta, les permitirá situar exactamente el carácter de la imagen del cuerpo en oposición a otras formaciones imaginarias.

Efectivamente, en la experiencia analítica nos ocupamos de objetos a propósito de los cuales podemos preguntarnos por su naturaleza imaginaria. No digo que su naturaleza sea imaginaria, sino que ésta es la cuestión central que nos planteamos como introducción al nivel de la clínica que ahora nos interesa en la noción del objeto. Esto no quiere decir que nos atengamos a la tesis del objeto imaginario, ni que sea nuestro punto de partida — tanto es así, que precisamente es lo que cuestionamos.

Este objeto posiblemente imaginario tal como se da de hecho en la experiencia analítica, ustedes ya lo conocen. Para fijar las ideas, ya tomé dos ejemplos en los que, como ya dije, voy a centrarme — la fobia y el fetiche.

Se equivocarían si pensaran que estos objetos ya han revelado su secreto. Ni mucho menos. Por muchos ejercicios, acrobacias, contorsiones o génesis fantasmática que se hayan llegado a hacer, sigue siendo de todos modos bastante misterioso que en ciertas épocas de su vida, los niños, machos o hembras, se consideren obligados a tener miedo de los leones, si el león no es un objeto que suela encontrarse demasiado a menudo en su experiencia. Es difícil hacer surgir su forma de un dato primitivo, inscrito por ejemplo en la imagen del cuerpo. Puede uno empeñarse en eso, como en cualquier otra cosa, pero queda sin embargo un residuo. Ahora bien, los residuos en las explicaciones científicas son siempre lo más fecundo si se tienen en cuenta, y en todo caso como se progresa no es ocultándonos, sin lugar a dudas.

Del mismo modo, ya han podido ustedes constatar que el número de fetiches sexuales es bastante limitado. ¿Por qué? Aparte de los zapatos, cuyo papel es tan sorprendente que podemos preguntarnos por qué no se les presta más atención, encontramos ligas, calcetines, sujetadores y poca cosa más — todo ello muy próximo a la piel. Lo principal es el zapato. ¿Cómo se podía ser fetichista en la época de Cátulo? Aquí también hay un residuo.

He aquí objetos a propósito de los cuales nos preguntaremos si son objetos imaginarios. ¿Cómo concebir su valor cinético en la economía de la libido? ¿Se trata de algo que pueda resultar de una génesis, es decir, a fin de cuentas, de una ectopia con respecto a determinada relación típica? ¿Surgen estos objetos simplemente de la sucesión típica de lo que llaman estadios?

De cualquier forma, estos objetos, si lo son, de los que ayer se ocuparon ustedes, nos resultan muy incómodos. A juzgar por el interés suscitado en la asamblea y la importancia de la discusión, el tema es fascinante. A primera vista se trata, como se dijo, de construcciones que ordenan, organizan, articulan algo vivido. Pero lo más chocante es el uso que de dichas construcciones hace — uso que no dudamos ni por un instante que sea eficaz — la operadora, en este caso la Sra. Dolto. Sin duda se trata de un hecho que sólo puede situarse a partir de las nociones de significado y de significante, que sólo así puede entenderse. Este objeto, o supuesto objeto, esta imagen, la señora Dolto la usa como un significante. Como significante participa la imagen en su diálogo, como significante representa algo. Esto es particularmente evidente por el hecho de que ninguna se sostiene por sí misma. Cada una de esas imágenes adquiere en relación con otra su valor cristalizador, orientador, penetra en el sujeto en cuestión, o sea en el niño pequeño.

Así que una vez más nos encontramos con la noción del significante.

1

Como aquí se trata de una enseñanza y no hay nada más importante que los malentendidos, empezaré destacando que he podido constatar, directa e indirectamente, que algunas de las cosas que dije la última vez cuando hablé de la noción de realidad no se entendieron.

Dije que los psicoanalistas tenían de la realidad una noción tan mítica que resulta ser como la que durante decenios ha obstaculizado el progreso de la psiquiatría, cuando se hubiera podido creer que el psicoanálisis iba a liberarla. Este obstáculo consiste en ir a buscar la realidad en algo cuya característica sería la de ser más material. Para hacerme entender, di el ejemplo de la central hidroeléctrica y dije que era como si, frente a los distintos accidentes posibles, incluyendo entre estos accidentes la disminución de actividad, sus ampliaciones o sus reparaciones, se pretendiera estar razonando correctamente sobre lo que se debe hacer remitiéndose a la materia primitiva que interviene para hacerla funcionar, en este caso el salto de agua.

En esto, vinieron a decirme — ¿Qué busca ahí? Imagínese que para el ingeniero todo se reduce a ese salto de agua. Habla usted de energía acumulada en la central, pero esta energía no es más que la transformación de la energía potencial dada de antemano en el lugar donde instalamos la central. Para calcularla, le basta al ingeniero con medir la altura del pantano con respecto al nivel al que ha de caer el agua. Todo esto ya está comprendido en la energía potencial. La potencia de la central está ya determinada por las condiciones anteriores.

Esta objeción reclama diversas observaciones. En primer lugar, para hablarles de la realidad, empecé definiéndola por la *Wirlichkeit*, la eficacia del sistema, en este caso el sistema psíquico. Por otra parte, quise precisarles el carácter mítico de cierta concepción de la realidad y la situé

con el ejemplo de la central eléctrica. No tuve tiempo de exponerles la tercera perspectiva que puede servir para presentar el tema de lo real, es decir, precisamente, poner el énfasis en lo que está antes.

Siempre nos encontramos con esto. Desde luego, es una forma legítima de considerar la realidad fijarse en lo que hay antes de que se haya producido un funcionamiento simbólico, incluso es lo más sólido del espejismo que sostiene la objeción que me hicieron. No estoy en absoluto negando que antes haya algo. Por ejemplo, antes de que *Yo* (Je) advenga, había algo, estaba el ello. Se trata simplemente de saber qué es este ello.

En el caso de la central hidroeléctrica, me dicen, lo que hay antes es la energía. Nunca he dicho lo contrario. Pero entre la energía y la realidad natural, hay un mundo. La energía sólo empieza a contar en cuanto la medimos. Y ni siquiera puede pensarse en contarla antes de que haya centrales en funcionamiento. Éstas nos obligan a hacer numerosos cálculos, incluyendo en efecto la energía de la que se deberá disponer. En otros términos, la noción de energía se construye efectivamente a partir de la necesidad que se impone una civilización productiva que quiere que le salgan las cuentas — ¿qué trabajo se debe invertir para obtener una retribución disponible de eficacia?

Esta energía, la medimos siempre por ejemplo entre dos puntos de referencia. No existe una energía absoluta de un depósito natural, hay una energía de este depósito con respecto a un nivel inferior al que irá a parar el líquido que fluye cuando se añada al depósito un canal de vertido. Pero por sí solo el canal de vertido no basta para permitir el cálculo de la energía — la energía sólo es calculable en relación con el nivel inferior del agua.

Pero no es ésta la cuestión. La cuestión es que se requieren determinadas condiciones naturales para que haya el menor interés por medir la energía. No importa cuál sea la diferencia de nivel en el descenso del agua, que se trate de chorritos o incluso de gotitas, eso puede suponer ciertamente en potencia cierto valor de energía en reserva, sólo que no le interesa a nadie. Hace falta todavía que, en la naturaleza, las materias que empleará la máquina se presenten en cierta forma privilegiada y, por decirlo todo, de forma significante. Sólo se instala una central allí donde algunas cosas privilegiadas se presentan en la naturaleza como utilizables, como significantes y, dado el caso, como mensurables. Es preciso que se esté ya en la vía de un sistema tomado como significante. Esto no admite discusión.

Lo importante es la similitud que he establecido con el psiquismo. Veamos ahora cómo se plantea.

La noción energética condujo a Freud a forjar una noción que debe usarse en el análisis de forma comparable a como se usa la de la energía. Se trata de una noción que, como la de la energía, es completamente abstracta y consiste en una simple petición de principio, destinada a permitir cierto juego del pensamiento. Sólo permite plantear, y aun de forma virtual, una equivalencia, la existencia de un término de comparación, entre manifestaciones que se presentan como muy distintas cualitativamente. Se trata de la noción de libido.

No hay nada menos fijado a un soporte material que la noción de libido en el análisis. Hay quien se maravilla de que Freud, en los *Tres ensayos*, hablara por primera vez, en 1905, del soporte psíquico de la libido en términos tales que la difusión ulterior de la noción de hormona sexual no le obligó apenas a modificar este pasaje. No hay de qué maravillarse. La referencia a un soporte químico no tiene estrictamente hablando ninguna importancia tratándose de la libido. Freud lo dice — que sea una, o que hayan varias, o una para la feminidad y una para la masculinidad, dos o tres para cada una de ellas, o que sean intercambiables, o que haya una y sólo una como en efecto es muy posible que suceda, todo eso no tiene ninguna importancia porque, de todos modos, la experiencia analítica nos exige pensar que no hay más que una sola y única libido. Así, Freud sitúa enseguida la libido en un plano, si puedo decirlo así, neutralizado, por paradójico que este término les parezca.

La libido es lo que vincula el comportamiento de los seres entre sí y les dará, por ejemplo, una posición activa o pasiva — pero, nos dice Freud, esta libido tiene, en todos los casos, efectos activos, incluso en la posición pasiva, pues desde luego hace falta una actividad para adoptar la posición pasiva. De este modo viene Freud a indicar que, por este hecho, la libido se presenta siempre bajo una forma eficaz y activa, aspecto que la emparentaría más bien con la posición masculina. Freud llega a decir que sólo la forma masculina de la libido está a nuestro alcance.

Todo esto sería muy paradójico si no se tratara simplemente de una noción que sólo está ahí para permitirnos encarnar ese vínculo que se produce a un nivel determinado, estrictamente hablando el nivel imaginario, en el cual el comportamiento de un ser vivo en presencia de otro ser vivo le está vinculado por los lazos del deseo, la apetencia, efectivamente uno de los resortes esenciales del pensamiento freudiano para organizar lo que está en juego en todos los comportamientos de la sexualidad.

Estamos acostumbrados a considerar el *Es* como una instancia estrechamente relacionada con las tendencias, los instintos, la libido. Pero ¿qué es el *Es*? ¿Con qué nos permite compararlo la noción de la central eléctrica? Pues bien, precisamente con la central, tal como se le presenta a alguien que no sabe en absoluto cómo funciona. El personaje inculto que la ve, cree tal vez que el genio de la corriente se pone a hacer de las suyas en el interior y transforma el agua en luz o en fuerza.

El *Es* es lo que, en el sujeto, es susceptible, por mediación del mensaje del Otro, de convertirse en Yo (Je). He aquí la mejor definición.

Si el análisis nos aporta algo, es esto — el *Es* no es una realidad bruta, ni simplemente lo que está antes, el *Es* ya está organizado, articulado, igual como está organizado, articulado, el significante.

Esto es cierto igualmente para lo que produce la máquina. Toda la fuerza que ya está ahí podrá ser transformada, sólo con una diferencia, que no sólo se transforma, también se puede acumular. Éste es incluso el interés esencial del hecho de que se trate de una central eléctrica y no sólo de una central hidromecánica, por ejemplo. Aunque toda esa energía esté antes, sin embargo, una vez construida la central, nadie puede discutir que hay una diferencia sensible, no sólo en el paisaje, sino en lo real.

La central no se ha construido por intervención del Espíritu Santo. Más exactamente, se ha construido por intervención del Espíritu Santo, y si lo dudan, se equivocan.

Si les hago esta teoría del significante y del significado, es precisamente para recordarles la presencia del Espíritu Santo, que es absolutamente esencial para el progreso de nuestra comprensión del análisis.

2

Planteemos esto a otro nivel, el del principio de realidad y el principio de placer.

¿En qué sentido los dos sistemas, primario y secundario, se oponen? Si nos atenemos únicamente a lo que los define desde fuera, podemos decir esto — lo que sucede en el sistema primario está gobernado por el principio del placer, es decir, por la tendencia a volver al reposo, y lo que sucede en el sistema de realidad se define por lo que fuerza al

sujeto a la conducta del rodeo en la realidad, como suele decirse, exterior. Ahora bien, nada en estas definiciones concuerda con la sensación resultante del carácter conflictivo y dialéctico del uso de estos dos términos en la práctica, en su uso concreto, al que ustedes se libran todos los días. Nunca usan de estos sistemas sin añadirles un índice particular que es de alguna forma, para cada cual, su propia paradoja, a veces eludida, pero nunca olvidada en la práctica.

La paradoja del principio del placer es ésta. Lo que en él ocurre se representa sin duda, tal como se indica, como vinculado con la ley del retorno al reposo, la tendencia del retorno al reposo. Sin embargo, si Freud introdujo la noción de libido, y él lo dice formalmente, es porque el placer en el sentido concreto, el *Lust*, tiene en alemán un sentido ambiguo que él subraya — es a la vez el placer y la apetencia,* es decir, el estado de reposo pero también la erección del deseo. Estos dos términos, aun pareciendo contradictorios, no están menos eficazmente vinculados en la experiencia.

No es menor la paradoja que se encuentra en el nivel de la realidad. Del mismo modo que en el principio del placer hay, por una parte, el retorno al reposo, pero por otra parte está la apetencia, igualmente no sólo hay esa realidad contra la cual se tropieza, también está el rodeo, el desvío de la realidad.

Esto parece mucho más claro si, correlativamente a la existencia de los dos principios, hacemos intervenir los dos términos que los vinculan y permiten su función dialéctica — es decir los dos niveles de la palabra expresados en las nociones de significante y de significado.

Ya situé en una especie de superposición paralela el curso del significante, o el discurso concreto por ejemplo, y el curso del significado — en él, y como significado, se presenta la continuidad de lo vivido, el flujo de las tendencias en un sujeto y entre sujetos.

Esquema de las paralelas

__________________ Significante

__________________ Significado

* *Envie.* (T.)

Esta representación es tanto más válida, cuanto que no puede concebirse nada, no sólo de la palabra, ni del lenguaje, sino tampoco de los fenómenos que se presentan en el análisis, sin admitir la posibilidad de perpetuos deslizamientos de significado bajo el significante y de significante sobre el significado. Nada se explica en la experiencia analítica sin este esquema fundamental.

Este esquema supone que lo que es significante de algo puede convertirse en todo momento en significante de otra cosa, y todo lo que se presenta en la apetencia, la tendencia, la libido del sujeto, está siempre marcado por la impresión de un significante — lo cual no excluye que haya tal vez alguna otra cosa en la pulsión o en la apetencia, algo que de ningún modo está marcado por la impresión del significante. El significante se introduce en el movimiento natural, en el deseo o en la *demand*, término al que recurre la lengua inglesa como expresión primitiva del apetito, calificándolo como exigencia, aunque el apetito no esté de por sí marcado por las leyes propias del significante. Así, puede decirse que la apetencia se convierte en significado.

La intervención del significante plantea un problema que me llevó a recordarles hace un momento la existencia del Espíritu Santo, que hace dos años ya vimos qué era para nosotros, qué es en el pensamiento y en la enseñanza de Freud. El Espíritu Santo es la entrada del significante en el mundo.

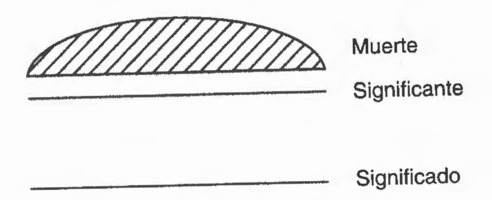
Esto es sin lugar a dudas lo que Freud aportó bajo el término de instinto de muerte. Se trata de ese límite del significado nunca alcanzado por ningún ser vivo, que incluso nunca se alcanza en absoluto, salvo en este caso excepcional, probablemente mítico, porque sólo lo encontramos en los escritos últimos* de cierta experiencia filosófica. Con todo, se trata de algo que se encuentra virtualmente en el límite de la reflexión del hombre sobre su vida, que le permite entrever la muerte como condición absoluta, insuperable, de su existencia, tal como lo expresa Heidegger. Las relaciones del hombre con el significante en su conjunto se encuentran vinculadas de forma muy precisa con esta posibilidad de supresión, de puesta entre paréntesis de todo lo vivido.

Lo que se encuentra en el fondo de la existencia del significante, de su presencia en el mundo, vamos a ponerlo aquí, en nuestro esquema, como una superficie eficaz del significante donde se refleja, de algún modo, lo que podemos llamar la última palabra del significado, es decir, de la

* En francés, *ultime* evoca la muerte (T.)

vida, de lo vivido, del flujo de las emociones, del flujo libidinal. Se trata de la muerte, como soporte, base de la operación del Espíritu Santo que hace existir al significante.

ESQUEMA DE LAS PARALELAS (2)



Este significante que tiene sus leyes propias, sean o no reconocibles en un fenómeno dado, ¿es esto lo que se designa como *Es*? Planteamos esta pregunta — y la resolveremos. Para comprender algo de lo que hacemos en el análisis, hay que responder — sí.

El *Es* del que se trata en el análisis, es significante que ya está en lo real, significante incomprendido. Ya está ahí, pero es significante, no se trata de no sé qué propiedad primitiva y confusa correspondiente a no sé qué armonía preestablecida, hipótesis a la que vuelven siempre quienes no dudaré en llamar esta vez espíritus débiles.

Entre los más destacados, se presenta un tal Sr. Jones, de quien más tarde les contaré cómo aborda el primer desarrollo de la mujer y su famoso complejo de castración, el cual les plantea un problema insoluble a todos los analistas desde que vinieron al mundo.

El error consiste en partir de la idea de que hay el hilo y la aguja, la chica y el chico, y entre el uno y el otro una armonía preestablecida, primitiva, de forma que si se manifiesta alguna dificultad, debe tratarse únicamente de algún desorden secundario, algún proceso de defensa, algún acontecimiento puramente accidental y contingente. Cuando uno se imagina que el inconsciente significa que lo que hay en un sujeto sirve para adivinar qué le corresponde en otro, está suponiendo una armonía primitiva, nada más y nada menos.

A esta concepción se opone la observación tan simple de Freud en sus *Tres ensayos*, a saber que lamentablemente no hay nada en el desarrollo del niño, y precisamente en su relación con las imágenes sexuales, que indique que ya estén construidos los carriles del libre acceso del hombre a la mujer y viceversa. No se trata en absoluto de un encuentro obstaculizado tan solo por los accidentes que puedan producirse por el ca-

mino. Lo que dice Freud es todo lo contrario, o sea que las teorías sexuales infantiles, cuya huella quedará impresa en el desarrollo de un sujeto, en toda su historia, todo lo que será para él la relación entre los sexos, están relacionadas con la primera maduración del estadio genital, la cual se produce antes del desarrollo completo del Edipo, o sea la fase fálica.

Si esta fase se llama fálica, en este caso no es en nombre de una igualdad energética fundamental, que sólo figura a título de una comodidad para el pensamiento, no es porque haya únicamente una libido, sino porque en el plano imaginario sólo hay una representación primitiva del estado, del estadio genital — el falo en cuanto tal.

El falo no es el aparato genital masculino en su conjunto, es el aparato genital masculino exceptuando su complemento, el escroto por ejemplo. La imagen erecta del falo, esto es lo fundamental. Sólo hay una. No hay más elección que una imagen viril o la castración.

No es que ratifique lo que dice Freud. Les indico que éste es su punto de partida cuando reconstruye el desarrollo. Se pueden tratar de encontrar referencias naturales para esta idea descubierta en el análisis, y sin duda eso hizo todo lo que precede a los *Tres ensayos*. Pero el análisis subraya precisamente que la experiencia nos ha hecho descubrir multitud de accidentes que están muy lejos de ser tan naturales.

Lo que ahora estoy poniendo en el principio de la experiencia analítica es la noción de que hay significante ya instalado y ya estructurado. Ya hay una central construida y en funcionamiento. No la han hecho ustedes. Esta central es el lenguaje, en funcionamiento desde hace tanto tiempo como puedan ustedes recordar. Literalmente, no pueden recordar más allá, me refiero a la historia de la humanidad en su conjunto. Desde que hay significantes en funcionamiento, los sujetos están organizados en su psiquismo por el propio juego de esos significantes. Por este hecho, el *Es*, que van a buscar ustedes a las profundidades, no es nada tan natural, y menos aún que las imágenes. A decir verdad, la existencia en la naturaleza de la central hidroeléctrica producto de la operación del Espíritu Santo es incluso lo contrario de la noción de naturaleza.

En lo escandaloso de este hecho — en eso radica la posición analítica. Cuando abordamos al sujeto, sabemos que hay ya en la naturaleza algo que es su *Es*, el cual está estructurado según la modalidad de una articulación significante que marca todo aquello que se produce en el sujeto con sus huellas, con sus contradicciones, con su profunda diferencia respecto de las coaptaciones naturales.

Me ha parecido que debía recordar estas posiciones que me parecen

fundamentales. Detrás del significante, les he puesto en el esquema esta realidad última, completamente velada para el significado, como también para el uso del significante — la posibilidad de que nada de lo que hay en el significado exista. En efecto, el instinto de muerte no es sino darnos cuenta de que la vida es improbable y completamente caduca. Nociones de esta clase no tienen la menor relación con ninguna especie de ejercicio de la vida, porque ésta consiste precisamente en trazar un pequeño camino en la existencia exactamente como lo hicieron todos aquellos que nos precedieron en el mismo linaje típico.

La existencia del significante sólo está vinculada con el hecho, porque es un hecho, de la existencia del discurso, y que éste se introduce sobre un fondo, más o menos conocido o desconocido, el cual curiosamente Freud sólo pudo caracterizarlo, llevado por la experiencia analítica, diciendo que el significante funciona sobre el fondo de cierta experiencia de la muerte.

La experiencia en cuestión no tiene que ver en absoluto con nada de lo vivido. Si nuestro comentario de *Más allá del principio del placer* de hace dos años consiguió mostrar algo, es que se trata nada más y nada menos de una reconstrucción, motivada por ciertas paradojas de la experiencia, precisamente por la de este fenómeno inexplicable — que el sujeto se ve llevado a comportarse de una forma esencialmente significante, repitiendo de forma indefinida algo que le resulta mortal, hablando con propiedad.

Y a la inversa, igual que la muerte se refleja en el fondo del significado, del mismo modo el significante toma en préstamo toda una serie de elementos vinculados con un término profundamente comprometido en el significado, es decir el cuerpo. Tal como en la naturaleza hay ya determinadas reservas, hay en el significado cierto número de elementos que en la experiencia se dan como accidentes del cuerpo, pero el significante los toma, y toma así de ellos, por así decirlo, sus primeras armas. Se trata de esas cosas inaprehensibles y sin embargo irreductibles, entre las cuales está el término fálico, la pura y simple erección. La piedra erigida es uno de sus ejemplos, la noción del cuerpo humano, como cuerpo erecto, es otro. Así es como cierto número de elementos, vinculados todos ellos con la efigie corporal y no tan sólo con la experiencia vivida del cuerpo, constituyen elementos primeros, tomados de la experiencia, pero completamente transformados por el hecho de ser simbolizados. Simbolizados quiere decir que han sido introducidos en el lugar del significante propiamente dicho, caracterizado por el hecho de articularse de acuerdo con leyes lógicas.

Si en cierta ocasión les hice jugar al juego de par e impar a propósito del instinto de muerte, si les enseñé a escribir series de *más* y de *menos* agrupadas de dos en dos o de tres en tres en una secuencia temporal, era para recordarles que hay leyes últimas y éstas son las leyes del significante, presentes en todo inicio, sin duda implícitas, pero ineludibles.

Volvamos ahora al punto donde dejamos las cosas la última vez, en el terreno de la experiencia analítica.

3

La relación central de objeto, la que es dinámicamente creadora, es la de la falta. En la experiencia, toda *Findung* del objeto, nos dice Freud, es una *Wiederfindung*.

No se pueden leer los *Tres ensayos* como si se tratara de una obra escrita de un tirón. Cierto es que no hay obra de Freud que no haya estado sujeta a revisión, todas llevan notas añadidas, las modificaciones del texto son extremadamente frecuentes. Pero si la *Traumdeutung*, por ejemplo, se enriqueció, fue sin alterar en nada su equilibrio original. Por el contrario, si leyeran la primera edición de los *Tres ensayos*, se quedarían estupefactos — porque no reconocerían ninguno de los temas que tan familiares les resultan en el libro tal como lo leen habitualmente, con las adiciones hechas principalmente en 1915, varios años después de la *Einfürung des Narzissmus*. Eso es lo primero que deberían tener en mente al estudiar este texto. Todo lo que concierne al desarrollo libidinal sólo es concebible tras la aparición de la teoría del narcisismo y una vez aisladas las teorías sexuales del niño con sus malentendidos fundamentales, consistentes, dice en particular Freud, en el hecho de que el niño no tiene ninguna noción ni de la vagina, ni del esperma, ni de la generación. Ése es su principal defecto. La promoción de la noción de fase fálica sólo llegará después de la última edición de los *Tres ensayos*, en el artículo de 1923 sobre *La organización genital infantil*. Este momento crucial de la genitalidad en el desarrollo queda fuera de los límites de los *Tres ensayos*. Pero aun sin llegar del todo a ese punto, el progreso de estos ensayos en la investigación de la propia relación pregenital sólo se explica por la importancia de las teorías sexuales. Lo mismo ocurre con la propia teoría de la libido.

El capítulo titulado *La teoría de la libido* concierne a la noción del narcisismo propiamente dicho. Si podemos dar cuenta del origen de la idea de teoría de la libido, Freud nos lo dice, es después de disponer de la noción de una *Ichlibido* como reserva de la libido que constituye los objetos, y añade, a propósito de esta reserva — sólo podemos echar un vistazo por encima de las murallas. En suma, es la noción de la tensión narcisista, de la relación del hombre con la imagen, lo que introdujo la idea de la medida común libidinal, y al mismo tiempo la del centro de reserva a partir del cual se establece toda relación objetal como fundamentalmente imaginaria. Dicho de otra manera, una de las articulaciones esenciales es la fascinación del sujeto por la imagen, que a fin de cuentas siempre es una imagen que lleva en sí mismo. Esta es la última palabra de la teoría narcisista.

Si luego, en determinada orientación psicoanalítica, se les pudo reconocer a los fantasmas un valor organizador, es porque no se suponía una armonía preestablecida, una conveniencia natural del objeto para el sujeto. Tal como nos muestran los *Tres ensayos* en su primera versión, la original, el desarrollo de la sexualidad infantil se caracteriza por un escalonamiento en dos tiempos. Debido al periodo de latencia, es decir, la memoria latente que atraviesa este periodo, el objeto primero, precisamente el objeto materno, es rememorado de una forma que no ha podido cambiar, y es, dice Freud, irreversible, de manera que el objeto nunca será sino un objeto vuelto a encontrar, *wiedergefunden*, y seguirá llevando la marca del estilo primero del objeto. Siempre hay por lo tanto una división esencial, fundamentalmente conflictiva, en el objeto recobrado y en el hecho mismo de su reencuentro, hay siempre por lo tanto una discordancia del objeto recobrado con respecto al objeto buscado. Ésta es la noción a partir de la cual se introduce la primera dialéctica freudiana de la teoría de la sexualidad.

Esta experiencia fundamental supone que hay, durante el periodo de latencia, conservación del objeto en la memoria, sin saberlo el sujeto, es decir, transmisión significante. Luego este objeto resultará discordante, tendrá un papel perturbador, en toda relación de objeto ulterior del sujeto. En este marco, con ciertas articulaciones idóneas y en momentos determinados de esta evolución, se descubrirán las funciones propiamente imaginarias. Todo lo que corresponde a la relación pregenital está capturado en el interior de este paréntesis. En una dialéctica que de entrada es esencialmente, en nuestro vocabulario, una dialéctica de lo simbólico y de lo real, se introduce entonces la capa imaginaria.

La introducción de lo imaginario, que luego llegó a gozar de tal preeminencia, se produjo únicamente a partir del artículo sobre el narcisismo, no se articula con la teoría de la sexualidad hasta 1915, no se formula a propósito de la fase fálica hasta 1920, pero entonces se afirma de forma tan categórica, que desde ese momento lo cambia todo y deja a toda la audiencia analítica sumida en la perplejidad, de forma que la dialéctica llamada de la etapa pregenital, y no preedípica, como les he advertido, quedó situada con respecto al Edipo.

El término *preedípico* fue introducido a propósito de la sexualidad femenina, y diez años más tarde. En 1920, se designa como relación pregenital el recuerdo de las experiencias preparatorias de la experiencia edípica, pero que tan solo se articularán en esta última. La relación pregenital sólo puede aprehenderse a partir de la articulación significante del Edipo. Las imágenes y los fantasmas que constituyen el material significante de la relación pregenital provienen en sí mismos de una experiencia que se ha producido en el contacto con el significante y el significado. El significante extrae su material de alguna parte en el significado, de cierto número de relaciones vivas, efectivamente ejercidas o vividas. Todo este pasado es tomado *a posteriori* y entonces se estructura aquella organización imaginaria que ante todo se presenta, en cuanto la descubrimos, con un carácter paradójico. Más que concordar con ella, se opone a la idea de un desarrollo armónico regular. Se trata por el contrario de un desarrollo crítico, en el cual desde el origen los objetos, tal como se les llama, de los distintos periodos, oral y anal, ya se toman por algo distinto de lo que son. Se trata de objetos ya trabajados por el significante, y revelan estar sometidos a operaciones de las que es imposible extraer la estructura significante.

Esto es precisamente lo que se designa con todas las nociones de incorporación, que son las que las organizan, las dominan y permiten articularlas.

Esta experiencia, ¿cómo organizarla? Tal como les dije la última vez, debemos hacerlo en torno a la noción de la falta del objeto.

Ya les mostré los tres niveles de esta falta, que es esencial situar cada vez que se produce una crisis, o un encuentro, o una acción eficaz en el registro de la búsqueda del objeto, que en sí misma tiene siempre un carácter crítico. Estos niveles son los siguientes — castración, frustración, privación. Lo que son cada uno como falta, la estructura central de cada uno de ellos, son cosas esencialmente distintas.

En las lecciones siguientes, situaremos el punto exacto donde se instalan la teoría moderna y la práctica actual. Los analistas de hoy en día reorganizan en efecto la experiencia analítica a partir del nivel de la frustración, y descuidan la noción de castración, que sin embargo fue el descubrimiento original de Freud junto con el del Edipo. Así, el próximo día partiré de un ejemplo tomado al azar del volumen 3-4 del *Psychoanalytic Study of the Child*, aparecido en 1949, que contiene una conferencia de Anneliese Schnurmann, alumna de Anna Freud.

Schnurmann observó el desarrollo de una fobia, durante un corto periodo, en una de las niñas confiadas al cuidado de la *Hampstead Nursery* de Anna Freud. Esta observación, una entre mil, la leeremos, veremos qué podemos entender en ella, también trataremos de ver qué entiende la misma que la narra con una apariencia de fidelidad ejemplar, sin excluir el uso de categorías preestablecidas. Lo que recoge es suficiente para aportar la noción de una sucesión temporal en el curso de la cual aparece y luego desaparece una fobia, es decir, una creación imaginaria privilegiada, que prevalece durante cierto tiempo y tiene toda una serie de efectos en el comportamiento del sujeto. Tendremos que valorar si al autor le resulta en verdad posible articular lo esencial en esta observación a partir de la noción de frustración tal como se concibe actualmente, relacionándola con la privación de un objeto privilegiado, el correspondiente al estado en que se encuentra el sujeto en el momento de la aparición de dicha privación. Efecto más o menos regresivo, que puede incluso ser progresivo en algunos casos, ¿por qué no? — pero, ¿puede entenderse un fenómeno como el de la fobia sólo a partir de su posición en determinado orden cronológico? ¿No se explican mejor las cosas si nos referimos a los tres términos que he enumerado? Ya lo veremos.

Tan sólo voy a subrayar lo que quiere decir cada uno de estos términos. En la castración, hay una falta fundamental que se sitúa, como deuda, en la cadena simbólica. En la frustración, la falta sólo se entiende en el plano imaginario, como daño imaginario. En la privación, la falta está pura y simplemente en lo real, límite o hiancia real.

Cuando digo que, en el caso de la privación, la falta está en lo real, quiero decir que no está en el sujeto. Para que el sujeto acceda a la privación, ha de concebir lo real como algo que puede ser distinto de como es, es decir, que ya lo simbolice. La referencia a la privación tal como aquí la planteamos consiste en poner lo simbólico antes — antes de que pudiéramos decir cosas sensatas. Se opone así a la génesis del psiquismo como habitualmente se plantea.

En la psicogénesis corriente que actualmente nos hacen en el análi-

sis, todo se produce al estilo de un sueño idealista — cada sujeto es como una araña que extrae de sí mismo todo el hilo de su tela, ahí está envolviéndose de seda en su propio capullo, y toda su concepción del mundo debe sacarla de él y de sus propias imágenes. Así, se ve que el sujeto va secretando sus relaciones sucesivas, en nombre de no sé qué maduración preestablecida, con objetos que acabarán siendo los objetos del mundo humano, el nuestro. Se libran a tal ejercicio porque, en efecto, según todas las apariencias el psicoanálisis lo hace posible. Pero eso es porque, de la experiencia, sólo se quieren tomar los aspectos que van en esa dirección, y si se hacen un lío, entonces creen que sólo se trata de una dificultad de lenguaje, cuando es una manifestación del error en el que están. La somatognosia, la imagen del cuerpo como significante, lo demuestra claramente.

Sólo se puede plantear correctamente el problema de las relaciones de objeto a partir de cierto marco que debe considerarse como fundamental para su comprensión. Este marco, o el primero de estos marcos, es que, en el mundo humano, la estructura como punto de partida de la organización objetal es la falta del objeto. Esta falta de objeto, debemos concebirla en sus diferentes estratos en el sujeto — en la cadena simbólica, que se le escapa, tanto en su principio como en su fin — en el plano de la frustración, donde en efecto él mismo se instala en lo vivido como pensable — pero también hemos de considerar esta falta en lo real, porque cuando hablamos de privación no se trata de una privación sentida.

La privación es el eje de referencia que necesitamos. Hasta tal punto, que todo el mundo se sirve de ella, pero la treta consiste, y así es como procede el Sr. Jones, en hacer de la privación en un momento dado el equivalente de la frustración. La privación está en lo real, completamente fuera del sujeto. Para que el sujeto capte la privación, antes ha de simbolizar lo real. ¿Qué lleva al sujeto a simbolizarlo? ¿Cómo introduce la frustración el orden simbólico? Ésta es la pregunta que nos plantearemos, y veremos que el sujeto ni está aislado, ni es independiente, y que no es él quien introduce el orden simbólico.

Es sorprendente que nadie hablara anoche de un pasaje fundamental en lo que nos aportó la señora Dolto, a saber, según ella, sólo se convierten en fóbicos los niños de uno u otro sexo cuya madre ha tenido que soportar un trastorno en la relación objetal que la vinculaba con su progenitor — de ella, de la madre — del sexo opuesto. Esta noción sin duda hace intervenir algo muy distinto que las relaciones del niño con la madre, y por eso he planteado el trío de la madre, el niño y el falo.

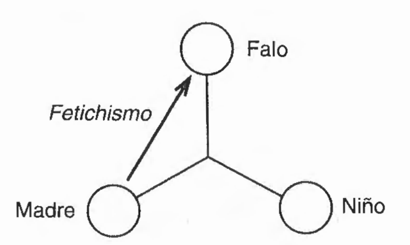
Junto al niño, para la madre siempre está el falo, la exigencia del falo que el niño simboliza o realiza más o menos. Por su parte, el niño, en su relación con la madre, no tiene ni idea. Cuando ayer se habló de imagen del cuerpo a propósito del niño, hay algo que sin duda debieron advertir — si esta imagen del cuerpo es efectivamente el niño, si incluso es accesible al niño, ¿acaso la madre ve necesariamente así a su hijo? Esta es una pregunta que hasta ahora no se ha planteado.

Del mismo modo, ¿en qué momento es capaz el niño de advertir que eso que la madre desea en él, lo que satura y satisface con él, es su propia imagen fálica, la de la madre? ¿Qué posibilidad tiene el niño de acceder a este elemento relacional? ¿Es algo así como una efusión directa, una proyección? ¿No equivaldría esto a suponer que toda relación entre sujetos es semejante a la relación de la Sra. Dolto con su sujeto? Me sorprende que nadie le preguntara si, aparte de ella misma, que ve todas estas imágenes del cuerpo, y un o una analista, y además de su escuela, alguien más las ve. Sin embargo, el punto importante es éste.

El hecho de que, para la madre, el niño esté lejos de ser sólo el niño, porque es también el falo, constituye una discordancia imaginaria, y se plantea la cuestión de saber cómo se induce, cómo se introduce al niño en ella, tanto el macho como la hembra. Está al alcance de nuestra experiencia. Ciertos elementos que de ella se desprenden nos muestran por ejemplo que el acceso del niño sólo se produce después de una época de simbolización, pero en ciertos casos el perjuicio imaginario ha sido abordado de una forma en cierto modo directa — no el suyo, sino el de la madre, por la privación del falo. ¿Es un imaginario lo que aquí se refleja en lo simbólico? ¿Es por el contrario un elemento simbólico lo que aparece en lo imaginario? Estos son los puntos cruciales en torno a los cuales nos planteamos esta pregunta, tan esencial en el desarrollo de la fobia.

Para no dejarles del todo en ascuas y para empezar a ver claro, les diré además que se trata de plantear, con el triple esquema de la madre, el niño y el falo, la cuestión del fetichismo. La cuestión de la fobia es muy distinta, y seguramente nos llevará lejos.

ESQUEMA DEL FETICHISMO



¿Por qué llega el niño a ocupar más o menos la posición de la madre con respecto al falo? ¿O por el contrario, en algunas formas muy particulares de dependencia en las que pueden presentarse anomalías con toda la apariencia de la normal, la posición del falo con respecto a la madre? ¿Qué le conduce hasta ahí? Lo que está en juego es el vínculo que el niño establece entre el falo y la madre. ¿Hasta qué punto pone de su parte? ¿La relación madre-falo se le plantea al niño de forma espontánea y directa? ¿Todo se produce simplemente porque contempla a su madre y advierte que lo que desea es un falo? Desde luego, parece que no. Volveremos a ocuparnos de ello.

La fobia, cuando se desarrolla, no es en absoluto de este orden. No se basa en ese vínculo. Constituye otra forma de solución al difícil problema introducido por las relaciones del niño con la madre. El año pasado ya se lo mostré — para que haya los tres términos del trío, se requiere un espacio cerrado, una organización del mundo simbólico, que se llama el padre. Pues bien, la fobia es más bien de este orden. Está relacionada con ese vínculo asediante. En un momento particularmente crítico, cuando ninguna vía de otra naturaleza se abre para la solución del problema, la fobia constituye una llamada de socorro, la llamada a un elemento simbólico singular.

¿En qué consiste su singularidad? Digamos que se manifiesta siempre como extremadamente simbólica, es decir, extremadamente alejada de lo imaginario. En el momento en que se le pide auxilio para mantener la solidaridad esencial, amenazada por la hiancia que introduce la aparición del falo entre la madre y el niño, el elemento que interviene en la fobia tiene un carácter verdaderamente mítico.

5 de diciembre de 1956

IV

LA DIALÉCTICA DE LA FRUSTRACIÓN

La frustración es el verdadero centro de la relación madre-hijo.
De vuelta al Fort-Da.
La madre, de lo simbólico a lo real.
El niño y la imagen fálica.
La fobia de la inglesita.

AGENTE	FALTA DE OBJETO	OBJETO
	Castración *Deuda simbólica*	imaginario
	Frustración *Daño imaginario*	real
	Privación *Agujero real*	simbólico

Aquí tienen la tabla que hemos hecho y que permite articular con precisión el problema del objeto tal como se plantea en el análisis.

La falta de rigor en esta materia, la confusión que demuestran los analistas, han tenido como resultado un curioso deslizamiento.

El análisis partió de una noción de las relaciones afectivas del hombre que llamaré escandalosa. Creo que ya he subrayado en diversas ocasiones qué fue lo que al principio provocó tanto escándalo en el análisis. No es tanto que destacara el papel de la sexualidad y contribuyera a convertirla en un lugar común — en cualquier caso, a nadie se le ocurre ya ofenderse por eso. Sino precisamente que introducía, junto con esta noción, sus paradojas, es decir, que el abordaje del objeto sexual presenta una dificultad esencial de orden interno.

Es singular que desde ahí nos hayamos deslizado hacia una noción armónica del objeto.

Para que puedan medir la distancia que hay entre esta noción y lo que el propio Freud articulaba con el mayor rigor, he elegido para ustedes una cita de las más significativas sobre el objeto, no sobre la relación del objeto. Hasta la gente peor informada se da cuenta de que la obra de Freud contiene muchas cosas sobre el objeto — por ejemplo, la elección de objeto —, pero que la propia noción de relación de objeto no es en absoluto destacada, ni cultivada, ni ocupa el primer plano de la cuestión. He aquí, extraída de su artículo sobre *Las pulsiones y sus destinos*, la frase de Freud — *El objeto de la pulsión es aquél a través del cual el instinto puede alcanzar su objetivo. Es lo más variable que tiene el instinto, no es nada que esté pegado a él desde el origen, sino algo que le está subordinado a consecuencia de su apropiación para su apaciguamiento.* También puede decirse — *de la posibilidad de su apaciguamiento.* Se trata de su satisfacción en la medida en que, de acuerdo con el principio del placer, la meta de la tendencia es llegar a su propio apaciguamiento.

La noción de que no hay armonía preestablecida entre el objeto y la tendencia, está pues articulada. El objeto se vincula con ella literalmente por lo que son sus condiciones propias. En suma, se hace lo que se puede. Esto no es una doctrina, sino una cita. Pero una cita entre otras que van en la misma dirección. La cuestión ahora es articular la concepción del objeto que está en juego aquí y, con este fin, ver por qué rodeos nos lleva Freud para hacernos concebir su instancia eficaz.

Ya hemos conseguido poner de relieve, gracias a diversos puntos articulados en Freud de distintas formas, que la noción del objeto es siempre la de un objeto vuelto a encontrar a partir de una *Findung* primitiva, de tal forma que el *Wiederfindung*, el reencuentro, nunca es satisfactorio. Además hemos visto, por otras características, que el objeto es, por una parte, inadecuado y, por otra, que escapa incluso a su aprehensión por un concepto. Y ahora nos vemos llevados a ajustar más las nociones fundamentales, y en particular a revisar la que se encuentra en el centro de la teoría analítica actual, la noción de frustración.

¿En qué medida ha sido necesaria esta noción? ¿En qué medida conviene rectificarla? Por nuestra parte, hemos de criticarla para hacerla utilizable y, por decirlo todo, coherente con lo que constituye el fondo de la doctrina analítica, es decir, eso en lo que consiste fundamentalmente el pensamiento de Freud, en el cual la noción de frustración resulta marginal, como he subrayado muchas veces.

1

Les he recordado lo que se presentaba en los datos de partida — la castración, la frustración y la privación. Lo fecundo es marcar las diferencias entre estos tres términos.

¿Qué hay de la castración?

La castración está esencialmente vinculada con un orden simbólico instituido, que supone una larga coherencia, de la que no puede aislarse al sujeto en ningún caso. Todas nuestras reflexiones anteriores ponen de manifiesto el vínculo de la castración con el orden simbólico, pero basta con esta simple observación — en Freud, de entrada, la castración estuvo relacionada con la posición central atribuida al complejo de Edipo como elemento de articulación esencial de toda la evolución de la sexualidad. Si he escrito en la tabla *deuda simbólica*, es porque el complejo de Edipo contiene ya en sí mismo, como algo fundamental, la noción de la ley, noción imposible de eliminar. El hecho de que la castración esté en el plano de la deuda simbólica queda ya sobradamente justificado, me parece, por esta observación preciada, que se sostiene en todas nuestras reflexiones anteriores. De modo que prosigo.

¿Qué objeto es el que está en juego, o es puesto en juego, en la deuda simbólica instituida por la castración? Como se lo indiqué la última vez, se trata de un objeto imaginario, el falo. Al menos esto es lo que afirma Freud, y de ahí partiré hoy para tratar de llevar un poco más lejos la dialéctica de la frustración.

Ahora, la frustración. Ocupa la posición central en esta tabla, lo cual en sí mismo tampoco tiene por qué producir ningún desorden ni desequilibrio en vuestra concepción. Al acentuar la noción de frustración, no nos apartamos mucho de la noción que Freud puso en el centro del conflicto analítico, que es la de deseo. Lo importante es captar qué quiere decir la frustración, cómo se introdujo, con qué está relacionada.

La noción de frustración, cuando se pone en primer plano en la teoría analítica, es remitida a la primera edad de la vida. Está vinculada con la investigación de los traumas, fijaciones, impresiones, provenientes de experiencias preedípicas. Esto no implica que sea exterior al Edipo — de alguna forma constituye su terreno preparatorio, su base y su fundamento. Modela la experiencia del sujeto y prepara ciertas inflexiones que decidirán la vertiente hacia la que el complejo habrá de inclinarse, de forma más o menos acentuada, en una dirección que podrá ser atípica o heterotípica.

¿Qué forma de relación con el objeto es la que está en juego en la frustración? Introduce, manifiestamente, la cuestión de lo real. He aquí en efecto que con la noción de frustración se introduce en el condicionamiento, en el desarrollo del sujeto, toda una cohorte de nociones que suelen traducirse en un lenguaje de metáforas cuantitativas — se habla de satisfacción, de gratificación, de cierta cantidad de beneficios adaptados, adecuados, a cada una de las etapas del desarrollo del joven sujeto, cuya saturación más o menos completa o, por el contrario, su carencia se considera un elemento esencial. Se trata de condiciones reales, que supuestamente debemos localizar en los antecedentes del sujeto a través de la experiencia analítica.

Este interés por las condiciones reales, que salta a la vista en ciertas muestras de la literatura analítica actual, está ausente en las primeras observaciones analíticas en su conjunto, o al menos está articulado de otra forma en el plano conceptual. Esta advertencia nos abrirá los ojos para que podamos ver algunas pruebas, que no faltan. Basta con ir a los textos para ver cuál ha sido el paso que se ha dado en la investigación del niño guiada por el análisis, por el sólo hecho del desplazamiento del interés en la literatura analítica. Pueden apreciarlo fácilmente, al menos quienes estén lo bastante familiarizados con las tres nociones de la tabla como para reconocerlas sin dificultad.

La frustración se considera pues como un conjunto de impresiones reales, vividas por el sujeto en un periodo del desarrollo en el que su relación con el objeto real se centra habitualmente en la *imago* del seno materno, calificada de primordial, en relación con la cual se formarán en él las que he llamado primeras vertientes y se inscribirán sus primeras fijaciones, aquellas que permitieron describir los tipos de los diferentes estadios instintuales. Así han podido articularse las relaciones del estadio oral y del estadio anal con sus subdivisiones fálica, sádica, etc. — y mostrar como están todas ellas marcadas por un elemento de ambivalencia que hace que la propia posición del sujeto participe de la posición del otro, que el sujeto sea dos, que participe siempre de una situación dual imprescindible para una asunción general de su posición. En suma, nos encontramos ante la anatomía imaginaria del desarrollo del sujeto.

Limitándonos a esto, veamos a dónde nos lleva. Estamos pues ante un sujeto que se encuentra en una posición de deseo con respecto al seno como objeto real. Llegamos así al quid de la cuestión — ¿qué es esta relación, la más primitiva, del sujeto con el objeto real?

Los teóricos del análisis se encontraron metidos en una discusión llena

de malentendidos. Como Freud había hablado del estadio del autoerotismo, unos mantuvieron esta noción interpretando este autoerotismo como la relación primitiva entre el niño y el objeto materno primordial. Otros objetaron que era difícil relacionar, con una noción aparentemente fundada en el hecho de que el sujeto sólo se conoce a sí mismo, ciertos datos, obtenidos en la observación directa de las relaciones del niño con la madre, que parecen contradecir que en esa ocasión no haya relaciones eficaces del sujeto con un objeto. ¿Qué puede ser más exterior al sujeto que ese objeto, el primer alimento por excelencia que responde a su necesidad más acuciante?

Hay aquí un malentendido, surgido de una confusión, que ha impedido el avance en este debate y conduce a fórmulas tan diversas que no puedo enumerarlas enseguida antes de progresar en la conceptualización. Tan sólo les recordaré esa teoría de la que ya hemos hablado, la de Alice Balint.

Esta teoría pretende conciliar la noción de autoerotismo, tal como Freud la plantea, con lo que parece imponerse en la realidad del objeto al que se enfrenta el niño en un estadio primitivo de su desarrollo. Conduce a una concepción articulada y chocante que el señor y la señora Balint llaman el *Primary Love*. Según ellos, se trata de la única forma de amor en la que egoísmo y don son perfectamente compatibles, porque se establece una perfecta reciprocidad entre lo que el niño exige de la madre y lo que la madre exige del niño, una perfecta complementariedad de los dos polos de la necesidad.

Esta concepción es perfectamente contraria a toda experiencia clínica. En el sujeto encontramos siempre la evocación de la marca de todas las discordancias verdaderamente fundamentales que han podido producirse. Por otra parte, la teoría de este amor supuestamente primitivo, perfecto y complementario, contiene en su propio enunciado la marca de esta discordancia. Se trata de la observación, hecha por Alice Balint en *Mother's Love and Love of the Mother*, de que cuando las relaciones son naturales, es decir, entre los salvajes, el niño se mantiene siempre en contacto con la madre. Por otra parte, como se sabe, es en el país de los sueños, en el Jardín de las Hespérides, donde la madre lleva siempre a su hijo a cuestas. De hecho, la noción de un amor tan estrictamente complementario y como destinado a encontrar por sí mismo su reciprocidad constituye una evasión, tan poco compatible con una teorización correcta, que los autores acaban confesando que se trata de una posición ideal, si no ideativa.

Sólo he tomado este ejemplo para introducirnos en lo que será el elemento motor de nuestra crítica de la noción de frustración, la teoría kleiniana. Evidentemente, la representación fundamental que nos da la teoría kleiniana no es igual que la de la teoría del *Primary Love*, y por eso es divertido ver por qué lado atacan ellos la reconstrucción teórica que proponen.

Ha llegado a mis manos cierto boletín, el de la Asociación de los psicoanalistas de Bélgica. En el sumario, hay autores que figuran en el volumen que mencioné en mi primera conferencia, centrado en una visión optimista, sin pudor y desde luego sin la menor crítica, de la relación de objeto. En este boletín más confidencial, se abordan las cosas con más matices, como si la falta de seguridad les diera algo de vergüenza y no la dejaran traslucir sino en lugares apartados donde, seguramente, cuando se da a conocer parece incluso más meritoria.

Así, en este boletín se encuentra un artículo de los señores Pasche y Renard con la reproducción de la crítica que hicieron de las posiciones kleinianas en el congreso de Ginebra. Le reprochan a Melanie Klein una teoría del desarrollo que, según ellos, lo pone todo dentro del sujeto, como si estuviera preformado. Todo el Edipo con su desarrollo posible estaría ya incluido en lo instintivo, y los distintos elementos, ya articulados potencialmente, no tendrían más que ir surgiendo. Los autores proponen compararlo con la forma en que, para algunos, en la teoría del desarrollo biológico, el roble estaría ya contenido enteramente en la bellota. A un sujeto así, nada le vendría del exterior. Al principio habría las primitivas pulsiones agresivas — en efecto, la agresividad prevalece manifiestamente en Melanie Klein, si se entiende en esta perspectiva —, luego los contragolpes de estas pulsiones agresivas, experimentadas por el sujeto como provenientes del exterior, o sea del campo materno, y, a través suyo, la progresiva construcción de la totalidad de la madre, que, nos dicen, sólo puede ser concebida como un esquema preformado, a partir del cual se instaura la supuesta posición depresiva.

Sin tomar ahora todas estas críticas una tras otra, como haría falta para apreciarlas en su justo valor, quisiera tan sólo subrayar aquí la formulación a la que conducen paradójicamente en conjunto y que constituye el corazón del artículo.

Los autores parecen aquí fascinados por la cuestión de saber cómo se inscriben en el desarrollo las aportaciones exteriores. Creen leer en Melanie Klein que eso está ya dado desde el principio en una constelación interna, de forma que luego no sería extraño que la noción del objeto interno ocupara el primer plano y prevaleciera. Llegan así a la conclusión que según creen se puede extraer de la aportación kleiniana — que de hecho se trata de la noción de esquema preformado hereditario, y subrayan que resulta muy difícil representárselo. Así, dicen, el niño nace con instintos heredados frente a un mundo que no percibe, sino que lo recuerda, y luego no ha de partir ni de sí mismo ni de ninguna otra cosa, no ha de ir descubriendo mediante una serie de hallazgos insólitos, sino reconociendo.

A nadie se le escapa el carácter platónico de esta fórmula y muchos de ustedes la reconocerán. Este mundo que sólo debe ser recordado se instaura en función de cierta preparación imaginaria a la que el sujeto está predispuesto. Esto lo formulan a modo de crítica, incluso de oposición. Pero vamos a comprobar, no sólo si esta crítica pudiera ir contra todo lo que escribió Freud, sino también si los autores se hallan más cerca de lo que creen de la posición que le reprochan a Melanie Klein. Porque son ellos, sin duda, quienes indican la existencia en el sujeto, en su herencia, en estado de esquemas preformados y dispuestos a aparecer en el momento oportuno, de todos los elementos que le permitirán coaptarse a una serie de etapas, llamadas ideales precisamente porque son los recuerdos del sujeto, y muy concretamente sus recuerdos filogenéticos, los que determinarán su tipo y su norma.

¿Fue esto lo que quiso decir Melanie Klein? Resulta estrictamente impensable sostenerlo. Precisamente, si hay algo que Melanie Klein quiso plantearnos — ¿no es éste acaso el sentido de la crítica de estos autores? — es que la situación primera es caótica, verdaderamente anárquica. Lo característico del origen es el ruido y el furor de las pulsiones, y se trata tan sólo de saber cómo puede establecerse sobre esta base una especie de orden.

Que hay en la concepción kleiniana algo mítico, es indudable. Por supuesto, estos fantasmas sólo tienen un carácter retroactivo. Es en la construcción del sujeto donde los vemos proyectarse sobre el pasado, a partir de puntos que pueden ser muy precoces. Pero ¿por qué estos puntos pueden ser tan precoces? ¿Cómo puede tomar la señora Melanie Klein a un sujeto de la edad extremadamente avanzada de dos años y medio y, cual la pitonisa en su espejo mántico, es decir adivinatorio, leer retroactivamente en su pasado nada menos que la estructura edípica? Hay alguna razón para ello.

Sin duda se produce ahí algún espejismo, y no se trata de seguirla cuando ella nos dice que el Edipo ya esta ahí, presente en las formas del

pene, aunque sean formas fragmentadas, que se desplazan por entre los hermanos y las hermanas en esa especie de campo definido por el interior del cuerpo materno. Pero el hecho de que pueda revelarse esta articulación en determinada relación con el niño y se pueda articular muy precozmente, esto sí que nos plantea sin duda un interrogante fecundo.

Esta articulación teórica, puramente hipotética, sitúa en el origen un dato que, por muy satisfactoria que sea para nuestra idea de las armonías naturales, no es conforme con lo que nos enseña la experiencia.

Todo esto, me parece, les va indicando por qué ángulo podemos introducir algo nuevo en la confusión que sigue habiendo con respecto a la relación primordial madre-hijo.

2

Es un error no partir de la frustración, que es verdaderamente el centro cuando se trata de situar las relaciones primitivas del niño. Pero además hay que tener una noción justa de esta noción central. Se gana mucho con abordarla de la siguiente forma — hay desde el origen en la frustración dos vertientes, que vemos estrechamente enlazadas de principio a fin.

Por un parte, está el objeto real. No cabe duda de que un objeto puede empezar a ejercer su influencia en las relaciones del sujeto mucho antes de que haya sido percibido como objeto. El objeto es real, la relación directa. Sólo en función de una periodicidad en la que pueden aparecer agujeros y carencias, podrá establecerse cierta forma de relación del sujeto que no requiere en absoluto admitir, ni siquiera por su parte, distinción de un yo y un no yo. Así ocurre por ejemplo en la posición autoerótica tal como la entiende Freud, en la que no hay propiamente constitución del otro, ni puede plantearse la relación de ninguna forma concebible.

Por otra parte, está el agente. En efecto, al objeto sólo le corresponde alguna instancia, sólo opera, en relación con la falta. Y en esta relación fundamental que es la relación con la falta de objeto, corresponde introducir la noción del agente, que nos permitirá aportar una fórmula esencial para el planteamiento general del problema. En este caso, el agente es la madre.

Para mostrárselo, me bastará con recordarles lo que ya hemos estudiado en estos últimos años, o sea lo que Freud articuló sobre la posición inicial del niño en los juegos de repetición, captados de forma fulgurante en su comportamiento.

La madre es algo distinto que el objeto primitivo. No aparece propiamente desde el inicio, sino, como Freud lo subrayó, a partir de esos primeros juegos, juegos que consisten en tomar un objeto perfectamente indiferente en sí mismo y sin ninguna clase de valor biológico. Para el caso, se trata de una pelota, pero también podría ser cualquier cosa que un niño de seis meses haga saltar por encima de la baranda de su cuna para recuperarlo a continuación. Este par presencia-ausencia, articulado de forma extremadamente precoz por el niño, connota la primera constitución del agente de la frustración, que en el origen es la madre. Podemos escribir como S(M) el símbolo de la frustración.

De la madre, nos dicen que en cierta etapa del desarrollo, la de la posición depresiva, introduce un elemento nuevo de totalidad opuesto al caos de objetos despedazados que caracterizan a la etapa precedente. Pues bien, este elemento nuevo, es con más razón la presencia-ausencia.

Esta no sólo se plantea objetivamente, sino que es articulada por el sujeto. Ya lo enunciamos en nuestros estudios del año pasado — la presencia-ausencia está, para el sujeto, articulada en el registro de la llamada. La llamada al objeto materno se produce propiamente cuando se halla ausente — y cuando está presente, es rechazado, en el mismo registro que la llamada, o sea mediante una vocalización.

Por supuesto, esta escansión de la llamada está muy lejos de darnos de golpe todo el orden simbólico, pero nos da un esbozo de él. Nos permite así aislar un elemento distinto que la relación de objeto real que, a continuación, ofrecerá precisamente al sujeto la posibilidad de establecer una relación con un objeto real, con su escansión y con las marcas o las huellas que deja. Esto ofrece al sujeto la posibilidad de conectar la relación real con una relación simbólica.

Antes de mostrárselo de forma más manifiesta, quiero únicamente destacar lo que supone el solo hecho de que en la experiencia del niño se introduzca el par de opuestos presencia-ausencia. Esto que así se introduce es lo que tiende naturalmente a adormecerse en el momento de la frustración. El niño se sitúa pues entre la noción de un agente, que participa ya del orden de la simbolicidad, y el par de opuestos presencia-ausencia, la connotación más-menos, que nos da el primer elemento de un orden simbólico. Sin duda este elemento no basta por sí solo para

constituirlo, porque luego hace falta una secuencia, agrupada como tal, pero en la oposición del más y el menos, presencia y ausencia, está ya virtualmente el origen, el nacimiento, la posibilidad, la condición fundamental, de un orden simbólico.

La cuestión ahora es la siguiente — ¿cómo concebir el momento de viraje en que la relación primordial con el objeto real se abre a una relación más compleja? ¿Cuál es el momento decisivo en el cual la relación madre-hijo se abre a elementos que introducirán lo que hemos llamado una dialéctica? Creo que podemos formularlo de forma esquemática planteando la siguiente pregunta — ¿qué ocurre si el agente simbólico, el término esencial de la relación del niño con el objeto real, la madre en cuanto tal, no responde? ¿Si ya no responde a la llamada del sujeto?

Demos nosotros mismos la respuesta. Cae. Si antes estaba inscrita en la estructuración simbólica que hacía de ella un objeto presente-ausente en función de la llamada, ahora se convierte en real.

¿Por qué? Hasta entonces existía en la estructuración como agente, distinto del objeto real que es el objeto de satisfacción del niño. Cuando deja de responder, cuando de alguna manera responde a su arbitrio, se convierte en real, es decir se convierte en una potencia. Esto, advirtámoslo, es el esbozo de la estructuración de toda la realidad en lo sucesivo.

Correlativamente, se produce un vuelco en la posición del objeto. Mientras se trata de una relación real, el seno — tomémoslo como ejemplo — puede considerarse tan cautivador como se quiera. Por el contrario, en cuanto la madre se convierte en una potencia y como tal en real, y de ella depende manifiestamente para el niño su acceso a los objetos, ¿qué ocurre? Estos objetos, que hasta entonces eran pura y simplemente objetos de satisfacción, se convierten por intervención de esa potencia en objetos de don. Y he aquí que entonces, ni más ni menos como la madre hasta ahora, pueden entrar en la connotación presencia-ausencia, como dependientes de ese objeto real que de ahora en adelante es la potencia materna. En suma, los objetos en el sentido en que nosotros lo entendemos aquí, que no es metafórico, los objetos que se pueden tomar, poseer — dejo de lado la pregunta, pregunta de observación, de saber si la noción de *not-me*, de no yo, se introduce por la imagen del otro o por lo que se puede poseer —, los objetos que el niño quiere conservar junto a él, ya no son tanto objetos de satisfacción, sino la marca del valor de esa potencia que puede no responder y que es la potencia de la madre.

En otros términos, la situación ha dado un vuelco — la madre se

ha convertido en real y el objeto en simbólico. El objeto vale como testimonio del don proveniente de la potencia materna. El objeto tiene desde ese momento dos órdenes de propiedades de satisfacción, es por dos veces objeto posible de satisfacción — como antes, satisface una necesidad, pero también simboliza una potencia favorable.

Es muy importante recordarlo, si tenemos en cuenta que una de las nociones más incómodas de la teoría desde que se convirtió, según cierta fórmula, en psicoanálisis genético, es la noción de omnipotencia del pensamiento, la omnipotencia. Es fácil atribuírsela a todo lo que queda lejos de nosotros. Pero ¿es concebible que el niño tenga la noción de la omnipotencia? Tal vez sí en lo esencial, pero eso no quiere decir que la omnipotencia en cuestión sea precisamente la de él. Sería absurdo. Esta concepción conduce a callejones sin salida. Esa omnipotencia es la de la madre.

En este momento, que les estoy describiendo, de realización de la madre, es ella la que es omnipotente, no el niño. Es un momento decisivo, en el cual la madre pasa a la realidad a partir de una simbolización del todo arcaica. En este momento, la madre puede dar cualquier cosa. Es erróneo, completamente impensable, que el niño tenga la noción de que él es omnipotente. En su desarrollo nada nos lo indica, pero además, casi todo lo que nos interesa en este desarrollo y los accidentes de que está salpicado, nos enseñan que esta supuesta omnipotencia y los fracasos con los cuales supuestamente se enfrenta no cuentan para nada en este asunto. Lo que cuenta, como van a ver, son las carencias, las decepciones, que afectan a la omnipotencia materna.

Esta investigación puede parecerles algo teórica. Al menos ha tenido la ventaja de introducir distinciones esenciales y abrir vías que no son las que habitualmente se toman. Ahora verán a dónde nos conducen inmediatamente.

Así, el niño se encuentra en presencia de algo que ha realizado como potencia. Lo que hasta entonces se situaba en el plano de la primera connotación presencia-ausencia, pasa de pronto a un registro distinto y se convierte en algo que puede negarse* y detenta todo aquello de lo que el sujeto puede tener necesidad. Y aunque no lo necesite, desde el momento en que eso depende de aquella potencia, se convierte en simbólico.

* *Se refusser.* También en el sentido de «dar calabazas». (T.)

3

Ahora planteemos la cuestión desde un punto de partida muy distinto.

Freud nos dice que en el mundo de los objetos hay uno con una función paradójicamente decisiva, el falo. Este objeto se define como imaginario, de ningún modo puede confundirse con el pene en su realidad, es propiamente su forma, su imagen erecta. Este falo tiene un papel tan decisivo, que tanto su nostalgia como su presencia, o su instancia en lo imaginario, resultan al parecer más importantes todavía para los miembros de la humanidad a quienes les falta su correlato real, o sea las mujeres, que para quienes pueden consolarse con tener de él alguna realidad, pero aun así toda su vida sexual está subordinada al hecho de que imaginariamente asuman cabalmente su uso y, a fin de cuentas, lo asuman como lícito, como permitido — es decir los hombres.

Esto constituye para nosotros un hecho. Consideremos sobre esta base a nuestra madre y nuestro niño, que, según Michaël y Alice Balint, forman una sola totalidad de necesidades, tal como los esposos Mortimer de Jean Cocteau tienen un sólo corazón. De todas formas, los mantendré en la pizarra como dos círculos exteriores.

Por su parte, Freud nos dice que entre las faltas de objeto esenciales de la mujer está incluido el falo, y que esto está íntimamente vinculado a su relación con el niño. Por una simple razón — si la mujer encuentra en el niño una satisfacción, es precisamente en la medida en que halla en él algo que calma, algo que satura, más o menos bien, su necesidad de falo. Si no tenemos esto en cuenta, no sólo desconocemos la enseñanza de Freud, sino también fenómenos que constantemente se manifiestan en la experiencia.

Tenemos pues a la madre y al niño en determinada relación dialéctica. El niño espera algo de la madre, también él recibe algo de ella. No podemos omitir este hecho. Digamos, de forma aproximada, a la manera de los Balint, que el niño puede creer que es amado por él mismo.

La cuestión entonces es la siguiente — ¿qué ocurre, si la imagen del falo para la madre no se reduce por completo a la imagen del niño, si hay diplopia, división del objeto deseado supuestamente primordial? Lejos de ser armónica, la relación de la madre con el niño es doble, con, por una parte, una necesidad de cierta saturación imaginaria y, por otra parte, lo que pueden ser en efecto las relaciones reales y eficientes con el niño, en un nivel primordial, instintivo, que en definitiva resulta ser mí-

tico. Para la madre, siempre hay algo que permanece irreductible en todo esto. A fin de cuentas, si seguimos a Freud, diremos que el niño como real simboliza la imagen. Más precisamente — el niño como real ocupa para la madre la función simbólica de su necesidad imaginaria — están los tres términos.

Aquí podrán introducirse todas las variedades. Todo tipo de situaciones ya estructuradas existen entre el niño y la madre. En cuanto la madre se introduce en lo real como potencia, se le abre al niño la posibilidad de un objeto que, como objeto de don, es propiamente intermedio. La cuestión es saber en qué momento y cómo puede ser introducido el niño directamente en la estructura simbólico-imaginario-real, tal como se produce para la madre. Dicho de otra manera, ¿en qué momento puede entrar el niño — para asumirla de una forma, como veremos, más o menos simbolizada — en la situación imaginaria, real, de la relación con aquello que es para la madre el falo? ¿En qué momento puede el niño, en cierta medida, sentirse él mismo desposeído de algo que exige de su madre, al darse cuenta de que lo amado no es él sino cierta imagen?

Aquí hay algo que va más lejos. Esta imagen fálica, el niño la capta en él, y ahí interviene lo que es propiamente la relación narcisista. Cuando el niño capta la diferencia de los sexos, ¿en qué medida se articulará esta experiencia con lo que está a su alcance en la presencia de la madre y en su acción? ¿Cómo se inscribe entonces el reconocimiento de este tercer término imaginario que es el falo para la madre? Más aún, la noción de que a la madre le falta ese falo, que ella misma es deseante, no sólo de algo distinto de él, sino simplemente deseante, es decir, que algo hace mella en su potencia, será para el sujeto lo más decisivo.

El otro día les anuncié la observación de una fobia en una niña y enseguida voy a indicarles en qué consiste su interés.

Como esto sucede durante la guerra y quien lleva a cabo la observación es una alumna de Anna Freud, hay toda clase de condiciones favorables. La niña es observada minuciosamente y por una buena observadora, que no comprende nada, porque la teoría de la señorita Anna Freud es falsa. En consecuencia, no sale de su asombro ante los hechos, de ahí la precisión de la observación — lo apunta todo día a día — y su fecundidad.

La niñita — tiene dos años y cinco meses — se ha dado cuenta de que los niños tienen un *hacepipí*,* como diría Juanito, y se pone a actuar

* *Fait-pipi*. En adelante, cuando Lacan se refiere a *petit Hans*, lo llamaremos «Juanito», siguiendo la tradición instaurada por Ballesteros. En los casos en que Lacan dice sólo *Hans*, suprimimos el diminutivo. (T.)

en posición de rivalidad. Hace cualquier cosa con tal de hacer como los niños. Esta niña se encuentra separada de su madre, no sólo por la guerra, sino porque la madre perdió a su marido al empezar la guerra. Cuando va a ver a su hija — la presencia-ausencia es regular — se entrega cada vez a pequeños juegos de aproximación — va de puntillas, destila su llegada. En suma, se ve su función de madre simbólica. Así que todo va muy bien, la niña tiene objetos reales que quiere cuando la madre no está y, cuando sí está, la madre desempeña su papel de madre simbólica. Así, cuando la niñita descubre que los niños tienen un *hacepipí*, quiere imitarles y también manipulárselo. Esto da lugar a un drama, pero sin consecuencias.

Si nos plantean esta observación, es a título de una fobia, y en efecto, una buena noche la niña se despierta presa del terror. Hay un perro que quiere morderla. Como no quiere quedarse en su cama, hay que ponerla en otra cama, y la fobia evoluciona durante algún tiempo.

La fobia, ¿aparece tras el descubrimiento de la ausencia del pene? ¿Por qué planteamos esta pregunta? Porque este perro es manifiestamente un perro que muerde y que muerde en el sexo. Esto lo sabremos si analizamos a la niña, es decir si seguimos y entendemos lo que cuenta. La primera frase verdaderamente larga y articulada que pronuncia — hay algún retraso en su evolución — es para decir que el perro le muerde en una pierna al niño malo, y esto en pleno *acting* de su fobia.

Ven ustedes igualmente la relación que hay entre la simbolización y el objeto de la fobia. ¿Por qué el perro? — luego hablaremos de eso. Pero lo que quiero mostrarles es que el objeto de la fobia aparece como agente que retira algo cuya ausencia había sido más o menos admitida en un principio.

¿Vamos acaso a hacer un cortocircuito diciendo que en la fobia se trata simplemente de un paso al registro de la ley? — es decir, de la intervención de un elemento que, como les decía hace un rato, posee una potencia, para justificar la ausencia de lo que está ausente, por el hecho de haber sido mordido, quitado.

El esquema que he tratado de articular hoy va sin duda en esta dirección. Es un salto que se da constantemente. El señor Jones nos lo dice de forma muy clara — después de todo, el superyó tal vez no sea para el niño más que una excusa imaginaria, mientras que las angustias son, ellas sí, primordiales, primitivas. En otros términos, la cultura, con todas las prohibiciones que supone, es algo caduco, y en ella viene a cobijarse y a hallar su descanso lo fundamental, es decir, las angustias en su

estado todavía no constituido. En esta concepción hay algo cierto — éste es el mecanismo de la fobia. Pero el mecanismo de la fobia es el mecanismo de la fobia, y extenderlo como lo hace el señor Pasche al final del artículo que mencioné, para llegar a decir que en el fondo explica el instinto de muerte, por ejemplo, o que las imágenes del sueño son sólo cierta forma que tiene el sujeto de vestir sus angustias, como quien dice personalizarlas, todo ello es volver a la misma idea, o sea al desconocimiento del orden simbólico, que sería tan solo una especie de revestimiento y un pretexto que recubre algo más fundamental. ¿Será esto lo que yo quiero decirles cuando traigo aquí esta observación de una fobia? No.

El interés de la observación está en la indicación precisa de las ausencias de la madre durante el mes que precede a la eclosión de la fobia. Sin duda, el tiempo que tarda la fobia en manifestarse es mucho más largo, pasan cuatro meses entre el descubrimiento por parte de la niña de su afalicismo y la eclosión de la fobia, pero en ese intervalo ha tenido que pasar algo. En primer lugar, la madre había dejado de acudir porque estuvo enferma y hubo que operarla. La madre no es ya la madre simbólica, ha faltado, pero no ocurre nada. Vuelve a venir, vuelve a jugar con su hija y todavía no pasa nada. Vuelve entonces apoyándose en un bastón, débil, ya no tiene ni la misma presencia ni la misma alegría, ni las mismas relaciones semanales de aproximación y alejamiento que hacen de ella un punto de amarre suficiente para la niña. Y es en este momento, por lo tanto en el tercer tiempo, muy distante, cuando surge la fobia.

Descubrimos así gracias a la observación que no ha bastado con el afalicismo, sino que se requería aún esta segunda ruptura en el ritmo alternado de las idas y venidas de la madre. La madre aparece primero como alguien que podría faltar, y su falta se inscribe en la reacción y en el comportamiento de la niña — la niña está muy triste, hay que animarla, pero de todos modos no hay fobia. Luego la niña vuelve a ver a su madre bajo esa forma débil, con un bastón, enferma, cansada — al día siguiente surge el sueño del perro y la fobia se instala. No hay nada más significativo y paradójico en la observación, salvo otro punto que les comentaré.

Volveremos a hablar de esta fobia, de cómo la abordaron los terapeutas, de lo que creyeron entender. Sólo quiero indicarles la pregunta que se plantea si se consideran los antecedentes de la fobia. ¿Cuándo se hace necesaria la fobia? En cuanto a la madre le falta el falo. ¿Qué es lo que determina la fobia por lo tanto? ¿Qué es lo que se equilibra con ella? ¿Por qué es suficiente? Abordaremos esto la próxima vez.

Hay otro punto no menos sorprendente. Tras la fobia, se acaba tam-

bién la *Blitz*, la madre recupera a su hija y vuelve a casarse. La niña se encuentra con un nuevo padre y un nuevo hermano, el hijo del padrastro. Este hermano que ha adquirido de golpe y es mayor que ella, con una diferencia aproximada de cinco años, se dedica con ella a toda clase de juegos a la vez de adoración y violentos. Le pide que se desnude y se entrega manifiestamente a una actividad enteramente vinculada con el interés que le despierta por ser apeniana. Y la psicoterapeuta se sorprende — debía ser una buena ocasión para una recaída de su fobia.

En efecto, la teoría ambiental en la que se funda toda la terapéutica de Anna Freud indica que las discordancias se establecen en la medida de la mayor o menor información que el yo tiene de la realidad. La presencia del hombre-hermano, personaje no sólo fálico sino además portador del pene, que le hace tener presente su propia falta, ¿no debería constituir una ocasión para la recaída de la pequeña? Por el contrario, no hay el menor indicio de trastorno mental, nunca había estado tan bien.

Por otra parte, nos dicen por qué — es que ella es la preferida de su madre frente a ese chico. De todas formas, el padre está lo bastante presente como para introducir precisamente un nuevo elemento, del cual todavía no hemos hablado, pero que está vinculado de forma esencial con la función de la fobia, a saber un elemento simbólico, situado más allá de las relaciones con la madre, más allá de lo que pueda ser su potencia o su impotencia, y que desprende la propia noción de potencia de su implicación en la madre. En suma, sustituye a lo que entendemos que debía saturar la fobia, o sea el miedo al animal propiamente castrador, el cual se había mostrado como el elemento de articulación esencial, necesario, y había permitido a la niña atravesar la grave crisis en la que entró frente a la impotencia materna. La niña tiene ahora saturada su necesidad por la presencia materna, por la presencia del padre y, además, por su relación con el hermano.

Pero la terapeuta, ¿lo ve tan claro? Esta relación que convierte ya a la niña en la *girl* del hermano, está preñada de toda clase de posibilidades patológicas. Podemos ver que, desde otro punto de vista, en ese momento toda ella se ha convertido en algo que vale más que el hermano. Seguramente se convertirá en esa *girl-phallus* de la que tanto se habla. Se trata de saber en qué medida evitará quedar implicada en esta función imaginaria. Pero en lo inmediato, no tiene que colmar ninguna necesidad esencial mediante la articulación del fantasma fálico, porque el padre está ahí y con él basta. Basta para mantener entre los tres términos de la relación madre-niño-falo un margen suficiente, y así el sujeto

no tiene que mantenerlo poniendo algo suyo, poniendo algo de su parte.

¿Cómo se mantiene esta distancia, por qué vía, con qué identificación, mediante qué artificio? Esto es lo que empezaremos a abordar la próxima vez comentando de nuevo esta observación. Y al mismo tiempo nos introduciremos así en lo más característico de la relación de objeto preedípica, o sea el nacimiento del objeto como fetiche.

12 de diciembre de 1956

V

DEL ANÁLISIS COMO *BUNDLING*, Y SUS CONSECUENCIAS

La pulsión a simple vista.
La verdadera naturaleza de la relación analítica.
La solución fetichista.
El paroxismo perverso.
Perversión transitoria de un fóbico.

La concepción analítica de la relación de objeto conoce ya cierta realización histórica. Lo que yo trato de mostrarles la reconsidera en un sentido que en parte difiere y en parte es el mismo — pero el solo hecho de estar inserta aquí en un conjunto distinto le da una significación distinta desde todos los puntos de vista.

Al llegar a este punto, es conveniente puntuar bien la significación que adquiere la relación de objeto al situarla en el centro de la concepción del análisis, como hace el grupo formado por todos aquellos que se refieren a ella cada vez más. Leyendo recientemente algunos de sus artículos, pude darme cuenta de que esta formulación, que se ha ido consolidando a lo largo de los años, se precipita en la actualidad y se convierte en una concepción muy firmemente articulada.

En otro tiempo solicité irónicamente en algunos textos que alguien hiciera una verdadera exposición de la noción de la relación de objeto tal como se concibe en determinada orientación. Luego más de uno ha dado satisfacción a mi anhelo, y si bien esa formulación, en el mismo que introdujo esta noción a propósito de la neurosis obsesiva, Bouvet, se ha ido debilitando, otros han hecho un esfuerzo de precisión.

El artículo de los Srs. Pierre Marty y Michel Fain sobre *La importancia del papel de la motricidad en la relación de objeto*, aparecido en el número de enero-junio de 1955 de la *Revue française de psychanalyse*, nos proporciona un vivo ejemplo de la concepción dominante. Les resumiré pues este trabajo, advirtiéndoles por otra parte que leyendo el propio artículo, y no por las pocas palabras que yo pueda pronunciar aquí, es como verán lo lejos que van las cosas.

La relación entre analizado y analizante se concibe al principio como establecida entre un sujeto, el paciente, y un objeto exterior, el analista. Para expresarlo en nuestro vocabulario, el analista se concibe aquí como real. Se supone que esta pareja constituye por sí misma el elemento animador del desarrollo analítico. La tensión de la situación analítica se concibe sobre esta base — entre un sujeto, estirado o no sobre el diván, y el objeto exterior que es el analista, en principio sólo puede establecerse y manifestarse lo que llaman la relación pulsional primitiva. Ésta se manifiesta normalmente mediante una actividad motriz — tal es el presupuesto del desarrollo de la relación analítica.

De todo ello se deduce que la última palabra sobre lo que se produce en el nivel de la pulsión la encontraremos en pequeñas huellas, cuidadosamente observadas, en los diversos esbozos de la reacción motriz del sujeto. Aquí se localiza de algún modo la pulsión y el analista la experimenta como algo vivo. Obligado el sujeto a contener sus movimientos por la relación tal como está establecida en la convención analítica, a este nivel precisamente es donde se localiza en el espíritu del analista lo que se trata de manifestar, es decir la pulsión a medida que emerge.

A fin de cuentas, planteada así en su misma base, la situación sólo puede exteriorizarse con una agresión erótica. Si no se manifiesta, es porque está convenido que no se debe manifestar, pero es deseable que su erección surja, digámoslo así, en todo momento. Precisamente porque, en el interior de la convención analítica, debido a la regla, no puede producirse la manifestación motriz de la pulsión, podremos percibir lo que interfiere en la situación constituyente y veremos como a la relación con el objeto exterior se superpone una relación con un objeto interior. Según el artículo en cuestión, el sujeto tiene en efecto una relación con un objeto interior, que es la persona presente, pero capturada en los mecanismos imaginarios ya instituidos en el sujeto, convertida en objeto de una relación fantasmática. Hay cierta discordancia entre este objeto imaginario y el objeto real, en función de la cual, a cada momento, el analista será apreciado, calibrado, y deberá modelar sus intervenciones. Como según esta concepción ninguna otra persona debe participar en la situación analítica, aparte de los que están presentes, uno de estos autores, seguido por todos los demás, se vio llevado a destacar la noción de la distancia neurótica que el sujeto impone al objeto. El objeto fantasmático, interior, deberá, al menos en esa posición suspendida en la que se encuentra, ser reducido a la distancia real, que es la del sujeto al ana-

lista — y así deberá vivirlo el propio sujeto. En esta medida el sujeto captará a su analista como presencia real.

Los autores llegan muy lejos en esta dirección. Ya he mencionado en diversas ocasiones que uno de estos autores, si bien es cierto que en un periodo postulante de su carrera, había planteado como momento crucial de un análisis el instante en que su analizado había conseguido olerle. No era una metáfora, no se trataba de que hubiera conseguido olerle psicológicamente, se trataba del momento en que el paciente había percibido el olor del analista. El surgimiento de esta relación husmeante, el hecho de ponerla en primer plano, es una consecuencia matemática de tal concepción de la relación analítica. Si se concibe como una posición real, aunque contenida, en el interior de la cual debe realizarse poco a poco una distancia que es la distancia activa y presente respecto del analista, indudablemente una de las formas más directas de la relación con el otro es esta aprehensión a distancia que permite el husmeo.

Sepan que este ejemplo que he tomado no es excepcional, y esto se ha repetido en diversas ocasiones. Parece que en este medio se tiende cada vez más a dar una importancia crucial a tales formas de aprehensión.

He aquí pues cómo llega a concebirse la posición analítica cuando se cree que se inscribe en una situación de relación real entre dos personajes, que ambos se hallan separados en este reducto por una barrera convencional y que algo debe realizarse en estas condiciones. Tras la formulación teórica, veamos ahora sus consecuencias prácticas.

De entrada está claro que una concepción tan exorbitante no se puede llevar hasta sus últimas consecuencias. Por otra parte, si lo que yo les enseño es cierto, no porque el practicante comparta esa concepción la situación en la que opera ha de convertirse realmente en lo estipulado por dicha concepción. No basta con concebirla así para que sea tal como se la concibe. Será mal dirigida, por la forma de concebirla, pero en realidad seguirá siendo igualmente lo que trato de expresarles mediante el esquema que hace intervenir, entrecruzándose, a la relación simbólica y la relación imaginaria, de tal forma que una sirve de filtro a la otra. Esta situación no queda anulada por el hecho de desconocerla, y esto es suficiente para poner de manifiesto la insuficiencia de esa concepción. Pero por otra parte, esta insuficiencia puede tener consecuencias en la forma de llevar a buen puerto el conjunto de la situación.

Así, la situación analítica es concebida como una situación real en la que se lleva a cabo una reducción de lo imaginario a lo real. En el marco de esta operación, se desarrolla cierto número de fenómenos que

permitirán situar las diferentes etapas en las que el sujeto sigue más o menos adherido o fijado a la relación imaginaria. Se produce entonces lo que llaman la exhaución de sus diversas posiciones, esencialmente imaginarias, y la relación pregenital se convierte cada vez más en lo esencial de todo lo explorado en el análisis.

Lo único que no elucida en absoluto tal concepción de la situación analítica, y no es poca cosa, porque ahí está todo, puede expresarse así — no se sabe por qué se habla. Que no se sepa no significa que se pueda prescindir de ello. Nada nos dicen de la función del lenguaje y de la palabra. Pero por otra parte, saldrá a relucir el valor muy especial que se le da sólo a la verbalización compulsiva, a gritos dirigidos al analista del tipo de — *¿Y ahora por qué no me responde usted?* Esto lo encontrarán en distintos autores, puntuado con la mayor precisión. Una verbalización sólo tiene importancia para ellos si es impulsiva, es decir, una manifestación motriz.

¿A qué conduce la operación de ajuste de la distancia respecto del objeto interno a la que se somete toda la técnica? Nuestro esquema permite pensarlo.

La línea a-a' se refiere a la relación imaginaria, que relaciona al sujeto, más o menos discordante, descompuesto, a merced de la fragmentación, con esa imagen unificadora, narcisista, que es la del otro con minúscula. En la línea S-A, que no es tal línea, sino que conviene establecerla, se produce la relación del sujeto con el Otro. El Otro no es tan sólo el Otro que no está presente, sino, literalmente, el lugar de la palabra. Ahí está, ya estructurado en la relación hablante, ese más allá, ese Otro con mayúscula más allá del otro que uno aprehende imaginariamente, el Otro supuesto que es propiamente el sujeto, el sujeto en quien la palabra de uno se constituye, pues no sólo puede acogerla, percibirla, sino también responder. En esta línea se establece todo lo que corresponde a la transferencia, y lo imaginario juega precisamente un papel de filtro, incluso de obstáculo. Desde luego, en cada neurosis, el sujeto ya tiene, por así decirlo, su propio reglaje. Su reglaje con respecto a la imagen le sirve en efecto al mismo tiempo para oír y para no oír lo que hay que oír en el lugar de la palabra.

No vamos a decir nada más que esto. Si nuestro esfuerzo, nuestro interés, se dirige sólo a la relación imaginaria que está aquí en posición transversal con respecto al advenimiento de la palabra, si se desconoce todo de la relación entre la tensión imaginaria y lo que debe realizarse, ver la luz, de la relación simbólica inconsciente — y sin embargo ahí

está potencialmente toda la doctrina analítica — si olvidamos que hay algo que debe permitir al sujeto su culminación, realizarse como historia y como confidencia, si obviamos la articulación de la relación imaginaria con lo simbólico y la imposibilidad de advenimiento simbólico que es la neurosis, si no pensamos constantemente cada uno de ellos en función del otro, si sólo nos interesamos en aquello que los defensores de esta concepción llaman la distancia con respecto al objeto, y para anularla, si acaso es posible interesándose exclusivamente en ella — sepan tan sólo que conocemos algunos de sus resultados. Sí, nos han llegado sujetos que habían pasado por este estilo de aprehensión, por esta prueba. Es indudable que en cierto número de casos, y precisamente en casos de neurosis obsesiva, si hacemos de todo el desarrollo de la situación analítica una búsqueda de la reducción de esa famosa distancia supuestamente característica de la relación de objeto en la neurosis obsesiva, obtenemos lo que podemos llamar reacciones perversas paradójicas.

Se observan entonces fenómenos del todo inhabituales, que no solían aparecer en la literatura analítica antes de ganar protagonismo esta modalidad técnica. Pienso por ejemplo en la explosión, la precipitación de un vínculo homosexual con un objeto de alguna forma paradójico, que persiste como un artefacto, una especie de congelación o de cristalización de una imagen alrededor de los objetos al alcance del sujeto. El fenómeno puede mostrar una persistencia bastante duradera.

Todo esto no tiene nada de sorprendente si tomamos como referencia la tríada imaginaria.

2

En el punto a donde llevé las cosas la última vez, vieron dibujarse una línea de investigación sobre la tríada imaginaria madre-niño-falo, como preludio a la puesta en juego de la relación simbólica, que sólo se produce con la cuarta función, la del padre, introducida por la dimensión del Edipo.

El triángulo es en sí mismo preedípico. Sólo lo aislamos aquí por abstracción, y únicamente nos interesa en la medida en que inmediatamente se integra en el cuarteto constituido por la intervención de la función paterna, a partir de lo que podemos llamar la decepción fundamental del niño. Ésta se produce cuando reconoce — hemos dejado abierta

la pregunta de cómo ocurre — no sólo que no es el objeto único de la madre, sino que a la madre le interesa, de forma más o menos acentuada según los casos, el falo. A partir de este reconocimiento, ha de reconocer en segundo lugar que la madre, precisamente, está privada, que a ella misma le falta este objeto. He aquí a qué habíamos llegado la última vez.

Se lo mostré mencionando el caso de una fobia transitoria en una niña muy pequeña. Se trata de un caso muy adecuado para estudiar la fobia, porque todo ocurre en el límite de la relación edípica. Al principio hay una doble decepción imaginaria — localización por parte del niño del falo que le falta y luego, en un segundo tiempo, percepción del hecho de que a la madre, esa madre en el límite de lo simbólico y lo real, le falta también el falo. A continuación, el niño apela a un término que sostenga esa relación insostenible. Entonces se produce la eclosión de la fobia, con el surgimiento de aquel ser fantasmático, el perro, que interviene aquí propiamente como responsable de toda la situación, el que muerde, el que castra y, gracias a él, el conjunto de la situación resulta concebible, simbólicamente vivible, al menos durante un periodo provisional.

Cuando se rompe el enganche* de los tres objetos imaginarios, hay más de una solución posible. Siempre se produce la llamada a una tal solución, tanto si la situación es normal como si es anormal.

¿Qué ocurre en la situación edípica normal? Por mediación de cierta rivalidad del sujeto con el padre, puntuada como identificación en una alternancia de relaciones, se establece algo que hace que el sujeto reciba, dentro de ciertos límites, precisamente los que lo introducen en la relación simbólica, la potencia fálica. Esto no sucede igual según la posición de niño o de niña.

Para el niño, está muy claro. Como les dije el otro día, la madre hace del niño como ser real símbolo de su falta de objeto, de su apetito imaginario del falo. La salida normal de esta situación es que el niño reciba simbólicamente el falo que necesita. Pero para necesitarlo, previamente ha tenido que experimentar la amenaza de la instancia castradora, primordialmente la instancia paterna. La identificación viril que se encuentra en la base de una relación edípica normativa, se funda aquí en el plano simbólico, es decir, en el plano de una especie de pacto, de derecho al falo.

* *Attelage*. Es el término que en adelante se utilizará para el caballo y los medios de transporte. (T.)

Haré una observación lateral sobre las fórmulas que hallamos en Freud para introducir la distinción entre la relación anaclítica y la relación narcisista. Son muy singulares, incluso paradójicas.

En los tipos de relación libidinal en el adolescente, Freud distingue dos tipos de objeto de amor, el objeto de amor anaclítico, que lleva la marca de una dependencia primitiva respecto de la madre, y el objeto de amor narcisista, modelado en base a la imagen narcisista del sujeto, que aquí hemos tratado de elaborar mostrando su raíz en la relación especular con el otro.

El término anaclítico, aunque se lo debamos a Freud, está mal, porque en griego no tiene el sentido que Freud le da, indicado por la palabra alemana *Anlehnung* — una relación de *apoyo contra*. Por otra parte, esto se presta a todo tipo de malentendidos, y algunos llevaron las cosas hasta el extremo de hacer de este *apoyo contra* una reacción de defensa. De hecho, si leemos a Freud, vemos claramente que se trata de una necesidad de apoyo, que sólo pide desembocar en una relación de dependencia.

Si profundizamos más, veremos que hay singulares contradicciones en la formulación hecha por Freud de estos dos modos de relación, anaclítico y narcisista, como opuestos. Se ve llevado curiosamente a hablar, con respecto a la relación narcisista, de una necesidad de ser amado, más que de una necesidad de amar. Por el contrario, y de forma muy paradójica, el narcisista aparece de golpe en una perspectiva que nos sorprende. En efecto, parece haber un elemento de actividad inherente al comportamiento tan especial del narcisista. Se muestra activo en la medida en que, hasta cierto punto, siempre ignora al otro. Pero a la inversa, Freud lo reviste con el deseo de amar y le confiere este atributo, convirtiéndolo así, de algún modo, en el lugar por naturaleza de lo que en otro vocabulario llamaríamos el oblativo, algo que por fuerza ha de resultar desconcertante.

Una vez más, estas perspectivas paradójicas se originan y al mismo tiempo se justifican en el desconocimiento de la posición de los elementos intersubjetivos.

La relación anaclítica, en lo que interesa, es decir, en su persistencia en el adulto, se concibe siempre como una pura y simple supervivencia, o prolongación, de lo que se llama una posición infantil. Esta posición Freud la llama, en su artículo sobre los tipos libidinales, ni más ni menos, la posición erótica, lo que demuestra que es la posición más abierta. Sería desconocer su esencia no darse cuenta de lo siguiente — en la medida en que el sujeto masculino es investido con el falo en la relación

simbólica, como algo que le pertenece y ejercita legítimamente, se convierte en portador del objeto del deseo para el objeto sucesor del objeto materno, o sea la mujer, el objeto recobrado y marcado por la relación con la madre primitiva que es en principio su objeto en la posición normal del Edipo, y esto lo expone Freud desde el origen en sus planteamientos. Si esta posición se convierte en anaclítica, es porque la mujer depende de él, del falo cuyo amo será él a partir de ahora.

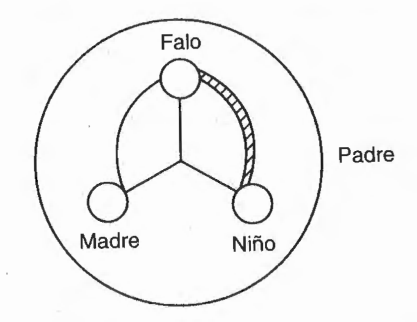
La relación de dependencia se establece por cuanto, identificándose con el otro, con el partener objetal, el sujeto sabe que le resulta indispensable, que es él y sólo él quien la satisface, porque en principio es el único depositario de ese objeto que es el objeto del deseo de la madre. En función de esta forma de culminar la posición edípica, el sujeto se encuentra en una posición que podemos calificar, de acuerdo con cierta perspectiva, como óptima respecto del objeto recobrado, sucesor del objeto materno primitivo para el que él se ha convertido en objeto indispensable, sabedor de que es indispensable. Una parte de la vida erótica de los sujetos que participan de esta vertiente libidinal está totalmente condicionada por la necesidad por parte del Otro, la mujer maternal, de hallar en él su objeto, el objeto fálico, necesidad que ellos experimentaron en alguna ocasión y asumieron. Esto constituye la esencia de la relación anaclítica por oposición a la relación narcisista.

Este paréntesis está destinado a mostrarles la utilidad de hacer intervenir la dialéctica de los tres objetos primeros y el cuarto término, que los acoge a todos y los vincula en la relación simbólica, o sea el padre. Este término introduce la relación simbólica, y con ella la posibilidad de trascender la relación de frustración o de falta de objeto en la relación de castración, algo muy distinto, porque introduce esta falta de objeto en una dialéctica en la que se toma y se da, se instituye y se inviste, en suma una dialéctica que confiere a la falta la dimensión del pacto, de una ley, una interdicción, en particular la del incesto.

Volvamos a nuestro tema y preguntémonos qué ocurre si, a falta de la relación simbólica, la relación imaginaria se convierte en regla y medida de la relación anaclítica. Puede ocurrir, en efecto, que un accidente evolutivo o una incidencia histórica afecte a los vínculos de la relación madre-hijo con respecto al tercer objeto, el objeto fálico, lo que a la mujer le falta y, al mismo tiempo, el niño descubre que le falta a la madre. Si hay discordancia, no hay vínculo o los vínculos se destruyen, faltará coherencia. Para restablecerla, hay otras formas distintas que las simbólicas. Están las imaginarias, que son no típicas.

Por ejemplo, la identificación del niño con la madre. A partir de un desplazamiento imaginario con respecto a su partener materno, el niño hará por ella la elección fálica, realizará en su lugar la asunción de su *longing* por el objeto fálico.

ESQUEMA DEL FETICHISMO (2)



Este esquema es ni más ni menos el de la perversión fetichista. Es, si ustedes quieren, un ejemplo de solución. Hay una vía más directa. Existen otras soluciones para acceder a la falta de objeto. Ya en el plano imaginario, la falta de objeto constituye propiamente la vía humana, la realización de la relación del hombre con su existencia, en la medida en que es posible ponerla en tela de juicio. Con eso basta para hacer de él algo distinto del animal y de todas las relaciones animales posibles en el plano imaginario. Este acceso imaginario a la falta de objeto se cumple dentro de ciertas condiciones puntuadas, extra históricas, como siempre se presenta el paroxismo de la perversión.

En efecto, una propiedad de la perversión es que realiza una forma de acceso a este más allá de la imagen del otro característico de la dimensión humana. Pero sólo lo realiza en momentos como los que siempre producen los paroxismos de la perversión, momentos sincopados dentro de la historia del sujeto. Se observa una convergencia o un crescendo hacia un momento que puede calificarse muy significativamente de paso al acto. En el curso de este paso al acto, algo se realiza, algo que es fusión y acceso a ese más allá. La teoría anaclítica freudiana formula propiamente esta dimensión transindividual, llamando *Eros* a la unión de dos individuos en la que cada uno se ve desposeído de sí mismo y, durante un instante más o menos frágil, más o menos transitorio, virtual incluso, se convierte en parte constituyente de dicha unidad. Tal unidad se realiza en ciertos momentos de la perversión, pero lo propio de la perver-

sión es precisamente que la unidad nunca puede realizarse, salvo en momentos que no están simbólicamente ordenados.

En el fetichismo, el propio sujeto dice encontrar más satisfactorio su objeto, su objeto exclusivo, por cuanto es un objeto inanimado. Así al menos puede estar tranquilo, seguro de que no va a decepcionarle. Que te guste una zapatilla es verdaderamente tener a mano el objeto de tus deseos. Un objeto desprovisto de toda propiedad subjetiva, intersubjetiva, incluso transubjetiva, resulta más seguro. En lo que se refiere a realizar la condición de la falta propiamente dicha, la solución fetichista es indiscutiblemente una de las más concebibles, y la hallamos realizada de forma efectiva.

Dado que es propio de las relaciones imaginarias ser siempre perfectamente recíprocas, por tratarse de relaciones en espejo, previsiblemente veremos aparecer de vez en cuando en el fetichista la posición, no de identificación con la madre, sino de identificación con el objeto. Esto es en efecto lo que veremos producirse en el análisis de un fetichista, pues tal posición es siempre en sí misma lo menos satisfactorio que hay. Que por un instante la iluminación fascinadora del objeto que fue el objeto materno satisfaga al sujeto, no basta para establecer un equilibrio global. Y en efecto, si con lo que se identifica por un momento es con el objeto, perderá entonces, por así decirlo, su objeto primitivo, o sea la madre, y se considerará como un objeto destructor para ella. Este juego perpetuo, esta profunda diplopia, deja su huella en toda manifestación fetichista.

Esto es tan evidente, que una Phyllis Greenacre, quien buscó profundizar seriamente en el fundamento de la relación fetichista, plantea esta fórmula — parece como si estuviéramos ante un sujeto que muestra demasiado rápidamente su propia imagen en dos espejos opuestos. Esta fórmula le salió así, sin saber muy bien por qué en ese momento, porque le viene muy a contrapelo, pero de repente tuvo la sensación de que era así — el sujeto nunca está donde está, sencillamente porque abandona su lugar, entra en una relación especular de la madre con el falo y se encuentra alternativamente en una y otra posición. Sólo hay estabilización cuando se atrapa ese símbolo único, privilegiado y al mismo tiempo fugaz, que es el objeto preciso del fetichismo, es decir algo que simboliza el falo.

Así, los resultados, al menos transitorios, de cierto manejo de la relación analítica — cuando se centra por entero en la relación de objeto haciendo intervenir sólo a lo imaginario y lo real, y cuando se regula la acomodación de la relación imaginaria en base a la presencia supues-

tamente real del analista — deben manifestarse en un plano, si no idéntico, sí al menos análogo a las relaciones que podemos concebir como de naturaleza esencialmente perversa.

Lo veremos a continuación.

3

En mi informe de Roma mencioné el uso de esta forma de relación de objeto en el análisis. Lo comparaba entonces con una especie de *bundling* llevado hasta límites supremos en materia de proezas psicológicas.

Este pequeño pasaje debió pasar desapercibido, pero en él ilustro al lector con una nota aclarando que el *bundling* es una práctica muy precisa, vigente todavía en esa especie de islotes culturales donde persisten viejas costumbres. Stendhal lo explica como un particularismo de suizos imaginativos presente igualmente en el sur de Alemania, geografía en absoluto indiferente.

Este *bundling* es una concepción de las relaciones amorosas, una técnica, un *pattern* de relaciones entre macho y hembra, que consiste en esto — en ciertas condiciones, tratándose, por ejemplo, de alguien que aborda el grupo en una posición privilegiada, se admite, a título de manifestación de hospitalidad, que alguien de la casa, generalmente la chica, pueda ofrecerle compartir cama, con la condición de que no haya contacto. De ahí el término *bundling* — con frecuencia envuelven a la chica en una sábana, de forma que se den todas las condiciones para el contacto, menos la última. Esto, que puede pasar por una feliz fantasía costumbrista en la que tal vez lamentemos no participar — podría ser divertido — merece alguna atención, porque sin forzar en nada las cosas podemos decir que diecisiete o dieciocho años después de la muerte de Freud, paradójicamente la situación analítica ha llegado a ser concebida y formalizada de este modo.

En el artículo de Fain y Marty se describe una sesión anotando todos los movimientos de la paciente en cuanto manifiesta cualquier cosa orientada hacia el analista, como un impulso más o menos contenido, a mayor o menor distancia, hacia aquél que se encuentra a su espalda. El texto es bastante chocante, y aunque apareció con posterioridad a que yo escribiera mi informe, demuestra que no me excedí al decir que la

reconducción de la práctica del análisis en determinada concepción se hacía con este fin y con estas consecuencias psicológicas.

Encontramos a menudo estas paradojas en los usos y costumbres de determinados islotes culturales, como, por ejemplo, aquella secta protestante de origen holandés que alguien estudió en profundidad, la secta de los Amish. Sin duda todo esto son hoy día restos que no se entienden, pero los hallamos formulados de forma coordinada y deliberada en toda una tradición que podemos llamar religiosa o incluso simbólica. Todo lo que sabemos de la práctica del amor cortés y de la esfera en la que estaba inmerso en la Edad Media implica una elaboración técnica muy rigurosa del contacto amoroso, con largas permanencias conteniéndose ante el objeto amado, para alcanzar la realización de ese más allá buscado en el amor, más allá propiamente erótico. En cuanto obtenemos la clave de estas técnicas y estas tradiciones, encontramos otras de sus formas de emergencia, explícitamente formuladas, porque este orden de investigación en la realización amorosa se ha planteado en diversas ocasiones en la historia de la humanidad de forma del todo consciente.

A lo que se apunta en este caso y efectivamente se alcanza es sin duda alguna un más allá del cortocircuito fisiológico, por decirlo así. Para alcanzarlo, se hace un uso deliberado de la relación imaginaria propiamente dicha. Estas prácticas pueden antojársele perversas a un ingenuo. En realidad, no lo son más que cualquier otro reglamento del acercamiento amoroso en una esfera definida de las costumbres o, como suele decirse, los *patterns*. Merece la pena indicarlo como punto de referencia, para saber dónde nos situamos.

Tomemos ahora el caso desarrollado en ese pequeño boletín que mencionamos la última vez, que recoge las preguntas sinceras de miembros de determinado grupo sobre la relación de objeto. Ahí se encuentra, firmado por alguien que ha medrado en la comunidad analítica, la Sra. Ruth Lebovici, la observación de lo que ella llama con razón un sujeto fóbico.

Este sujeto fóbico, cuya actividad se halla muy restringida, casi ha llegado a una completa inactividad. Su síntoma más manifiesto es el temor a ser demasiado grande, y se presenta siempre en una actitud extremadamente encorvada. En sus relaciones con el medio profesional se le ha vuelto casi todo imposible. Lleva una vida muy restringida, cobijado en su medio familiar, aunque no le falta una amante, quince años mayor que él, que le fue proporcionada por su madre. Así, cuando se encuentra en esta constelación familiar, la analista se hace con él y entonces empiezan a abordar el problema.

El diagnóstico es fino, y que se trate de fobia no plantea dificultades, a pesar del hecho paradójico de que el objeto fobígeno no da a primera vista la impresión de ser exterior. Sin embargo lo es, porque en determinado momento vemos aparecer un sueño repetitivo, modelo de una ansiedad estereotipada. En este caso particular, el objeto sólo se descubrirá en un segundo tiempo. Se trata de un objeto fóbico perfectamente reconocible, sustituto maravillosamente ilustrado de una imagen paterna completamente carente — al cabo de cierto tiempo se produce la emergencia de la imagen de un hombre con armadura, provisto de un instrumento particularmente agresivo, nada menos que un tubo de *fly-tox*, que se dispone a destruir todos los pequeños objetos fóbicos, insectos. Se revela entonces que el sujeto tiene miedo de ser acorralado y asfixiado en la oscuridad por ese hombre de la armadura, temor que no resulta banal en el equilibrio general de esta estructura fóbica.

La analista que se ocupa de este sujeto publica la observación con el título *Perversión sexual transitoria durante un tratamiento psicoanalítico*. Así que no es forzar las cosas por mi parte introducir la cuestión de la reacción perversa, porque en ello reside, según la propia autora, el interés de la observación.

Decir que la autora no está nada tranquila es poco. Se da perfecta cuenta de que la reacción que llama perversa — es una etiqueta — apareció en circunstancias muy precisas, en las cuales ella tuvo su parte. Su propia pregunta, referida a ese momento, demuestra su conciencia de que el problema está ahí. ¿Qué ocurrió? Cuando por fin vio aparecer el objeto fóbico, lo interpretó diciendo que se trataba de la madre fálica. ¿Por qué la madre fálica, si se trata en realidad de un hombre con armadura, con todo su carácter heráldico? Durante toda esta observación, las preguntas que se plantea la autora se consignan con una fidelidad a mi modo de ver indiscutible, y las destaca bastante bien en todos los casos. La autora se pregunta en particular por lo siguiente — *¿Acaso la interpretación que hice no era la correcta?* Esto demuestra que sabe dónde está el problema.

En efecto, inmediatamente después, apareció una reacción perversa, y enseguida entramos en un periodo de nada menos que tres años, a lo largo del cual el sujeto desarrolló, primero por etapas, un fantasma perverso consistente en imaginarse observado en la actitud de orinar por una mujer que, muy excitada, le solicitaba mantener relaciones amorosas. Luego hubo una inversión de esta posición y el sujeto, unas veces marturbándose, otras veces sin hacerlo, observaba a una mujer orinando. Finalmente, en una tercera etapa, se produjo la realización efectiva

de esta posición — el sujeto encontró en un cine un pequeño local provisto providencialmente de unos ventanucos que, efectivamente, le permitían observar a las mujeres en el w.c. contiguo mientras él permanecía en su cuchitril, regocijándose o masturbándose.

La propia autora se pregunta por el valor determinante de su forma de interpretación en cuanto a la precipitación de algo que, en principio, parecía la cristalización fantasmática de un elemento sin lugar a dudas ya presente en el sujeto, pero no la madre fálica, sino la madre en su relación con el falo. Pero la clave de la idea de que hay ahí una madre fálica nos la da la autora, cuando se pregunta en general por la conducción de la cura y observa que a fin de cuentas ella misma había adoptado un tono de interdicción mucho mayor que el de la misma madre del paciente. Todo indica que la entidad de la madre fálica surge por lo que la autora llama sus propias posiciones contratransferenciales. Si seguimos de cerca el análisis, no cabe la menor duda. A medida que se desarrolla la relación imaginaria, no sin la ayuda de ese paso en falso analítico, veamos qué ocurre del lado del analista.

Primero, el sujeto cuenta un sueño — se encuentra en presencia de cierta persona de su historia pasada objeto según él de fuertes impulsos amorosos, pero se ve obstaculizado por la presencia de otro personaje femenino, que también tuvo algún papel en su historia y a quien había visto orinar en un periodo mucho más avanzado de su infancia, es decir, después de la edad de trece años. La analista interviene de este modo — *Sin duda prefiere interesarse por una mujer mirándola mientras orina, en vez de esforzarse yendo al asalto de otra mujer que puede gustarle, pero está casada.* Desde luego, la interpretación es un poco forzada, porque el personaje masculino aparece tan sólo indicado en las asociaciones, pero la analista cree reintroducir así la verdad, me refiero al complejo de Edipo. Hay que reconocer que hacer intervenir al marido de la madre para reintroducir el complejo de Edipo tiene todo el carácter de una provocación, sobre todo teniendo en cuenta que este sujeto le había sido remitido a la analista por su propio marido. En este momento precisamente se produce el viraje, la progresiva inversión del fantasma de observación, del sentido *ser observado* al sentido *observar uno mismo.*

En segundo lugar, por si esto fuera poco, cuando el sujeto solicita disminuir el ritmo de las sesiones, la analista le responde — *Está usted manifestando sus posiciones pasivas, porque sabe muy bien que de todas formas no va a conseguirlo.* En este momento, el fantasma se cristaliza por completo, lo que demuestra que hay algo más. El sujeto, que comprende

algunas cosas de sus relaciones, caracterizadas por la imposibilidad de alcanzar el objeto femenino, acaba desarrollando sus fantasmas en el interior mismo del tratamiento y, por ejemplo, comunica su temor a orinarse en el diván. Empieza a tener reacciones que ponen de manifiesto cierta reducción de la distancia respecto del objeto real, como espiar las piernas de la analista, cosa que ella refiere con cierta satisfacción. En efecto, ahí hay algo que se encuentra al borde de la situación real, como si asistiéramos a la constitución de la madre, no fálica, sino afálica. En efecto, el principio de la institución de la posición fetichista es precisamente que el sujeto se detiene en cierto punto de su investigación y su observación de la mujer — de si tiene o no tiene el órgano en cuestión.

Esta posición lleva al sujeto poco a poco a decirse — *Dios mío, la única solución sería acostarme con mi analista.* Lo dice. La analista, que empieza a encontrar todo esto enervante, le hace esta observación — *Así que ahora se entretiene atemorizándose con algo que, como usted sabe muy bien, no ocurrirá nunca.* Y luego se pregunta angustiada — *¿Hice bien en decirlo?*

Cualquiera puede preguntarse por el grado de dominio que supone una intervención así. Esta forma algo brutal de recordarle las convenciones propias de la situación está totalmente de acuerdo con la noción de la posición analítica como real. Precisamente tras esta intervención que pone las cosas en su sitio, el sujeto pasa definitivamente al acto y encuentra en lo real el lugar perfecto, el lugar escogido, o sea, como dice él mismo, *la disposición del pequeño meadero de los Campos Elíseos.* Esta vez se encuentra realmente a la distancia correcta del objeto, separado por un muro, objeto que podrá observar cumplidamente, no como madre fálica sino como madre afálica. Durante cierto tiempo dejará toda su vida erótica pendiente de eso, encontrando en ello tal satisfacción, que declara haber vivido como un autómata hasta ese descubrimiento, pero que ahora todo ha cambiado.

Hasta ahí llegan las cosas. Al resumirles esta observación, tan sólo he querido hacerles ver que la noción de distancia respecto del objeto analista como objeto real, noción declarada de referencia, puede llegar a tener efectos, y a fin de cuentas tal vez no son los efectos más deseables.

No les diré cómo acaba el tratamiento, habría que examinarlo minuciosamente, tan rico de enseñanzas es cada detalle. La última sesión se elude, y por otra parte el sujeto se hace operar de alguna variz. Todo está ahí, la tímida tentativa de acceso a la castración y cierta libertad que de ello puede resultar. Después, se juzga que es suficiente, el sujeto vuel-

ve con su amante, la misma del principio, quince años mayor que él, y como ya no vuelve a mencionar su talla, se le considera curado de su fobia. Por desgracia, sólo piensa en una cosa, en la talla de sus zapatos. Tan pronto son demasiado grandes y entonces pierde el equilibrio, como son demasiado pequeños y entonces le aprietan, de forma que el viraje, la transformación de la fobia, se ha completado. Después de todo, ¿por qué no considerar esto como el final de un trabajo analítico? Seguramente, desde el punto de vista experimental no carece de interés.

La pretendida buena distancia respecto del objeto real — aquí hay como un guiño de reconocimiento entre iniciados — se considera obtenida y alcanza su cumbre cuando el sujeto percibe olor a orina en presencia de su analista. La analista considera que en este momento, la distancia respecto del objeto real — a lo largo de toda la observación se nos indica que en eso peca toda relación neurótica — se ajusta por fin a su dimensión exacta. Desde luego, este hecho coincide con el apogeo de la perversión.

No se trata propiamente de una perversión — y el autor no se engaña en este sentido —, sino más bien de un artefacto. Tales fenómenos, aunque puedan ser permanentes o muy duraderos, son de todos modos susceptibles de una ruptura o una disolución a veces bastante brusca. Así, en este caso, al cabo de cierto tiempo el sujeto es sorprendido por una acomodadora, y así desaparece de la noche a la mañana la frecuentación del lugar particularmente propicio que lo real le había ofrecido en el momento oportuno.

Sí, lo real siempre ofrece en el momento oportuno todo lo que hace falta cuando por fin le han ajustado a uno, por el buen camino, a la buena distancia.

19 de diciembre de 1956

LAS VÍAS PERVERSAS DEL DESEO

VI

LA PRIMACÍA DEL FALO Y LA JOVEN HOMOSEXUAL

Freud, la niña y el falo.
El significante Niederkommt.
Las mentiras del inconsciente.
Servir a la Dama.
El más allá del objeto.

Hoy daremos un salto para adentrarnos en un problema que normalmente no hubiéramos debido abordar hasta más adelante en nuestro discurso, de haber procedido paso a paso. Este problema es el de la perversión, entre comillas, más problemática que pueda haber en la perspectiva del análisis, es decir la homosexualidad femenina.

¿Por qué procedo de esta forma? Hay en ello alguna contingencia. Pero si hay algo seguro es que no podríamos examinar este año la relación de objeto sin dar con el objeto femenino.

El problema no es tanto saber cómo encontramos el objeto femenino en el análisis. En cuanto a esto, con lo que el análisis nos da ya sabemos a qué atenernos — la materia de ese encuentro no es natural. Ya se lo mostré suficientemente el último trimestre en la primera parte de este seminario, recordándoles que el sujeto femenino es siempre convocado, cuando el hombre lo encuentra, a inscribirse en una especie de reencuentro que le sitúa de entrada en una posición caracterizada por la ambigüedad entre las relaciones naturales y las relaciones simbólicas. En esta ambigüedad reside precisamente, como trato de demostrarles, la dimensión analítica.

El problema ahora es qué piensa de ello el objeto femenino, es decir, qué camino toma tras su primera aproximación al objeto natural y primordial del deseo, o sea el seno materno. Este camino es aún menos natural que para el sujeto masculino. ¿Cómo entra el objeto femenino en esta dialéctica?

No en vano llamo hoy a la mujer objeto, puesto que en algún momento deberá entrar en esta dialéctica en función de objeto. Sólo que tal posición es muy poco natural, pues se trata de una posición en se-

gundo grado — únicamente tiene interés calificarla así porque es un sujeto quien la ocupa.

1

Todo el análisis ha otorgado a la homosexualidad femenina un valor particularmente ejemplar, por lo que ha podido revelar sobre las etapas del camino seguido por la mujer y las detenciones que pueden marcar su destino.

Lo que al principio es natural o biológico se traslada siempre al plano simbólico, donde se trata de asunción subjetiva, al estar el propio sujeto capturado en la cadena simbólica. Aquí precisamente es donde se trata de la mujer como sujeto, pues debe hacer una elección que, sea cual sea, ha de ser, como nos enseña la experiencia analítica, un compromiso entre lo que se ha de alcanzar y lo que no se ha podido alcanzar. La homosexualidad femenina aparece siempre cuando la discusión se refiere a las etapas que la mujer ha de atravesar para cumplir su culminación simbólica. En relación con esto, vamos a agotar cierto número de textos que, por lo que a Freud se refiere, se despliegan a partir de 1923, fecha de su artículo sobre *La organización genital infantil*.

En este texto, Freud plantea como un principio la primacía de la asunción fálica. La fase fálica, etapa terminal de la primera época de la sexualidad infantil, que se termina con la entrada del periodo de latencia, es una fase típica tanto para el niño como para la niña. La organización genital da su fórmula. Los dos sexos la alcanzan. La posesión o la no posesión del falo es su elemento diferencial primordial. Así, no hay realización del macho y de la hembra, hay lo que está provisto del atributo fálico y lo que está desprovisto de él, y estar desprovisto se considera equivalente a estar castrado.

Lo preciso — tanto para uno como para el otro sexo esto se basa en un reparto erróneo, *Misslinguen*, y este mal reparto se basa en una ignorancia — no se trata de desconocimiento, sino ciertamente de ignorancia. Por un lado, ignorancia del papel fecundador del semen masculino, por el otro, ignorancia de la propia existencia del órgano femenino.

Entender estas afirmaciones inauditas requiere toda una exégesis. En

efecto, no es posible que se trate en este caso de una descripción a situar en el plano de la experiencia real.

Esta objeción la plantearon, por otra parte de la forma más confusa, autores que seguidamente entraron en acción. Gran número de hechos nos llevan a admitir que, al menos en la niña, se revela efectivamente la presencia vivida, si no del papel real del macho en el acto de la procreación, sí al menos de la existencia del órgano femenino. Que hay en la experiencia precoz de la niña pequeña algo correspondiente a la localización vaginal precoz, que hay emociones, incluso una masturbación vaginal precoz, es bastante indiscutible. Al menos se da en cierto número de casos. A partir de esto, el punto en discusión es el de saber si la predominancia de la fase fálica en la niña debe atribuirse a la existencia del clítoris, si la libido — hagamos de este término sinónimo de toda experiencia erógena — se concentra al principio exclusivamente en el clítoris y sólo se difunde tras un recorrido largo y penoso, que requiere un largo rodeo.

Seguramente la afirmación de Freud no debe comprenderse en este sentido. De situarla así, demasiados hechos, por otra parte confusos, permiten plantear toda clase de objeciones, como hace por ejemplo Karen Horney. Sus objeciones se basan en premisas realistas, con la suposición de que todo desconocimiento implica en el inconsciente cierto conocimiento de la coaptación de los sexos, y que en la niña, en consecuencia, el órgano que no le corresponde sólo puede prevalecer sobre el fondo de la denegación de la existencia de la vagina, denegación que será preciso explicar. A partir de estas hipótesis admitidas *a priori*, se reconstruye con esfuerzo la génesis del término fálico en la niña. Si entramos en detalles, veremos que se trata tan sólo de una reconstrucción, cuya necesidad procede de cierto número de premisas teóricas, expresadas en parte por la misma autora, surgidas de la comprensión errónea de la afirmación de Freud. El dato último al que se remite la autora, la experiencia primordial del órgano vaginal, está marcado por la incertidumbre, y por otra parte ella lo plantea con mucha prudencia, incluso con reserva.

La afirmación de Freud se funda en su experiencia. Aunque la lanza con prudencia, incluso con esa parte de incertidumbre tan característica en su presentación de este descubrimiento, no deja de afirmarla como algo primordial. Es un punto fijo. La paradójica afirmación del falicismo es el propio eje alrededor del cual debe desarrollarse la interpretación teórica. Esto es lo que trataremos de hacer.

Ocho años después, en 1931, Freud escribe sobre la sexualidad feme-

nina algo aún más inaudito, que desarrolla las repercusiones de su afirmación de 1923. Entretanto, se ha producido una discusión extremadamente activa entre sus alumnos, que contiene gran abundancia de especulaciones cuya huella se encuentra en Karen Horney, en Jones, así como en otros, y constituye un verdadero laberinto de imprecisiones. Después de haber tenido que dedicarme a esto a fondo durante las vacaciones, me parece extremadamente difícil dar cuenta de todo ello sin falsificarlo, pues se distingue por una profunda falta de dominio de las categorías puestas en juego.

Para dar cuenta de este debate y hacerse entender, la única forma de proceder es dominarlo, y dominarlo supone ya cambiar por completo su eje y su naturaleza, y por lo tanto, hasta cierto punto, no dar verdaderamente una perspectiva justa de lo que se trata. Este problema se corresponde verdaderamente con el segundo objetivo de nuestro trabajo de este año, que consiste en mostrar, paralelamente al examen teórico de la relación de objeto, cómo la propia práctica analítica se compromete inexorablemente en una desviación incontrolable.

Volviendo a la incidencia concreta que hoy nos ocupa, veía esta mañana que de todo el amasijo de datos podía tomarse una imagen ejemplar, recogida de uno de estos artículos.

Todos los autores admiten que, en ese rodeo de su evolución, la niña, cuando entra en el Edipo, se pone a desear un niño del padre como sustituto del falo faltante, y la decepción de no recibirlo juega un papel esencial para hacerle desandar el camino paradójico por donde había entrado en el Edipo, o sea la identificación con el padre, y para volver a encaminarla hacia la posición femenina. Para mostrar en este sentido que la privación del hijo deseado del padre puede intervenir con una incidencia actual y precipitar el movimiento del Edipo, siempre planteado como inconsciente en lo esencial, cierto autor cita como ejemplo el caso de una niña que, por estar en análisis, tenía según él más luces que otras sobre lo que ocurría en su inconsciente. Tras alguna aclaración que le habían hecho, amanecía todas las mañanas preguntando si ya había llegado el hijo del padre, si llegaba hoy o llegaría mañana. Y lo preguntaba enfadada y llorando cada mañana.

La anécdota me parece ejemplar en lo referente a esta desviación de la práctica analítica, referencia siempre presente que acompaña a nuestra exploración teórica de la relación de objeto. Aquí es palpable cómo determinada forma de comprender y de enfrentarse a las frustraciones conduce al analista, en la realidad, a una forma de intervención no sólo dudosa por sus efectos, sino manifiestamente opuesta a lo que está en juego en la interpretación analítica. La noción que podamos tener de la aparición del hijo del padre imaginario en un momento dado de la evolución, como objeto imaginario sustituto del falo faltante que desempeña en la evolución de la pequeña un papel tan esencial, no se puede hacer intervenir en cualquier momento, ni de cualquier manera. Sólo puede hacerse más tarde, o incluso en una etapa contemporánea, a condición de que dicho hijo, en la medida en que el sujeto se ocupa de él, entre en el juego de una serie de resonancias simbólicas relacionadas con las reacciones posesivas o destructivas experimentadas en el pasado, en el momento de la crisis fálica, con lo problemática que ésta resulta en verdad en la etapa correspondiente. En suma, todo lo relacionado con la prioridad o el predominio del falo en una etapa de la evolución del niño, sólo tendrá su incidencia *a posteriori*.

Sólo se puede hacer intervenir al falo en la medida en que es necesario, en determinado momento, para simbolizar algún acontecimiento, ya sea la llegada tardía de un hijo para alguien que tiene una relación inmediata con el niño, o bien por parte del sujeto mismo, ante la cuestión planteada por su propia maternidad y la posesión de un niño. Hacer intervenir un elemento que no se inscribe en la estructuración simbólica del sujeto, precipitar mediante la palabra, en el plano simbólico, determinada relación de sustitución imaginaria ante algo que el sujeto vive en ese momento de forma totalmente distinta, supone ya sancionar una organización, otorgarle una especie de legitimidad. Esto es literalmente la consagración de la frustración, instaurarla en el centro de la experiencia.

La frustración de por sí sólo puede introducirse legítimamente en la interpretación si efectivamente se ha producido en el plano del inconsciente, como nos dice la teoría apropiada. La frustración al principio no es más que un momento evanescente. Sólo tiene su función para nosotros, analistas, y en un plano puramente teórico, como articulación de lo que se ha producido. Su realización por parte del sujeto está excluida, por definición, porque es extraordinariamente inestable. La frustración, tal como se vive en el origen, únicamente tiene importancia e interés por cuanto desemboca en uno de los dos niveles que he distinguido para ustedes — castración o privación. En realidad, sólo la castración instaura, en el orden que verdaderamente le corresponde, la necesidad de la frustración, lo que la trasciende y la instaura en una ley que le da otro valor. La castración también, por otra parte, consagra la existencia de la

privación, puesto que la idea de la privación no puede concebirse de ningún modo en el plano real. Una privación sólo puede concebirla efectivamente un ser que articula algo en el plano simbólico.

Todo esto lo vemos claramente en esas intervenciones estilo *de apoyo*, esas intervenciones de psicoterapia, como aquella que les mencioné rápidamente el otro día a propósito de una niña en manos de una alumna de Anna Freud.

Aquella niña, como ustedes recordarán, presentaba el inicio de una fobia, surgida con ocasión de la experiencia que había tenido de ser efectivamente privada de algo, en condiciones distintas de la situación a la que se había visto empujada la niña del ejemplo de hoy. Les he mostrado en qué sentido esta fobia era un desplazamiento necesario y cuál era su motor — no el hecho de que ella no tenga el falo sino que su madre no podía dárselo y, más aún, que no podía dárselo porque ella misma no lo tiene.

La intervención de la psicoterapeuta consiste en decirle a la niña — y tiene razón — que todas las niñas son así. Esto puede dar la impresión de ser una reducción a lo real, pero no lo es. La niña sabe muy bien que ella no tiene falo, pero no sabe que eso es la norma. Esto es lo que le enseña la terapeuta. Así, hace pasar la falta al plano simbólico de la ley. Esta intervención no deja de ser discutible, de todos modos, y la psicoterapeuta se pregunta por su eficacia, que es sólo momentánea. La fobia reaparece con más fuerza y sólo se reducirá cuando la niña se reintegre en una familia completa.

¿Por qué? En principio, su frustración debería parecerle aún mayor que antes, pues ahora se enfrenta con un padrastro, o sea un macho que interviene en el juego familiar, cuando la madre había sido hasta ese momento viuda, y además un hermano mayor. Si la fobia se reduce claramente es porque, literalmente, el sujeto ya no tiene necesidad de ella para suplir los elementos falóforos ausentes en el circuito simbólico, es decir, los machos.

Estas observaciones críticas se refieren sobre todo al uso del término frustración. Este uso se ve legitimado de alguna forma por el hecho de que lo esencial en esta dialéctica es la falta de objeto, más que el objeto mismo. En apariencia por lo tanto, la frustración responde muy bien a una noción conceptual. Pero la cuestión es la inestabilidad de la propia dialéctica de la frustración.

Frustración no es privación. ¿Por qué? La frustración se refiere a algo de lo que uno se ve privado por alguien de quien precisamente podría

esperar lo que le pide. Lo que está en juego de este modo es menos el objeto que el amor de quien puede hacer ese don.

Nos encontramos aquí en el origen de la dialéctica de la frustración, porque todavía está al margen de lo simbólico. Este momento inicial es, a cada instante, fugaz. En efecto, el don sólo aparece al principio con cierta gratuidad. Viene del otro. Lo que hay detrás del otro, o sea toda la cadena donde se encuentra la razón del don, no se percibe todavía, y sólo más adelante el sujeto puede advertir que el don es mucho más completo de lo que al principio parecía, que está interesada toda la cadena simbólica humana. Al principio, sólo está la confrontación con el otro y el don que surge.

El don, cuando surge en cuanto tal, siempre hace desvanecerse al objeto como objeto. Si la demanda es satisfecha, el objeto pasa a segundo plano. Si la demanda no es satisfecha, el objeto se desvanece igualmente.

Pero hay una diferencia. Si la demanda no es satisfecha, el objeto cambia de significación. ¿Qué justifica, en efecto, el término frustración? Sólo hay frustración — la misma palabra lo implica — si el sujeto reivindica, si el objeto se considera exigible por derecho. En ese momento el objeto entra en lo que se podría llamar el área narcisista de las pertenencias* del sujeto.

En ambos casos, lo subrayo, el momento de la frustración es un momento fugaz. Desemboca en algo que nos proyecta a un plano distinto del plano del puro y simple deseo. La demanda supone en efecto algo perfectamente conocido en la experiencia humana, que hace que nunca pueda ser propiamente satisfecha. Satisfecha o no, se anonada, se aniquila en la etapa siguiente y enseguida se proyecta sobre otra cosa — o bien en la articulación de la cadena simbólica de los dones, o bien en el registro cerrado y absolutamente inagotable llamado el narcisismo, en virtud del cual el objeto es para el sujeto algo que es y no es él mismo, algo con lo que no puede satisfacerse, precisamente porque es y no es él a la vez. La entrada de la frustración en una dialéctica que la sitúa y la legaliza, además de darle la dimensión de la gratuidad, es una condición necesaria para el establecimiento de ese orden simbolizado de lo real donde el sujeto podrá instaurar por ejemplo como existentes y aceptadas determinadas privaciones permanentes.

* *appartenances:* el plural de *appartenance* («pertenencia») tiene también el sentido de «dependencias», referido a las «dependencias de un edificio o finca». «Pertenencias» también permite un uso similar en español, pero es menos acentuado. (T.)

Si se ignora esta condición, las diversas reconstrucciones de la experiencia y de los efectos vinculados con la falta fundamental de objeto que en ella se manifiestan introducen toda una serie de obstáculos. El error consiste en querer deducirlo todo del deseo considerado como un elemento puro del individuo — el deseo, con los contragolpes que comporta, las satisfacciones y las decepciones. Ahora bien, toda la cadena de la experiencia resulta literalmente inconcebible salvo que se plantee de entrada el principio según el cual nada se articula ni se construye en la experiencia, nada se instaura como conflicto propiamente analizable, hasta el momento en que el sujeto entra en un orden que es el orden del símbolo, orden legal, orden simbólico, cadena simbólica, orden de la deuda simbólica. Tan sólo a partir de la entrada del sujeto en un orden preexistente a todo lo que le sucede, acontecimientos, satisfacciones, decepciones, todo aquello con lo que aborda su experiencia — a saber lo que suelen llamarse sus vivencias, ese algo confuso que había antes — se ordena, se articula, cobra su sentido y puede ser analizado.

Nada mejor para demostrarles la legitimidad de este repaso — debería ser sólo un repaso — que tomar algunos textos de Freud y hacerles entrar en ellos con toda ingenuidad.

2

Algunos hablaron ayer tarde de un aspecto incierto y a veces paradójicamente salvaje de ciertos textos de Freud. Hablaron de elementos de aventura, o también de diplomacia — de todas formas no se ve por qué. Por mi parte, eso me ha incitado a traerles aquí uno de los textos más brillantes de Freud, incluso diría que uno de los más inquietantes, aunque tal vez les parezca arcaico, hasta pasado de moda. Es *Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*.

Quisiera recordarles algunas de sus articulaciones esenciales.

Se trata de una muchacha vienesa de buena familia. Para una familia de esta clase de la Viena de 1920, mandarle alguien a Freud era dar un paso considerable. Si se deciden, es que la niña — dieciocho años, guapa, inteligente, de clase social muy elevada — se había convertido en objeto de preocupación para sus padres. Ha ocurrido algo muy singular — va detrás de una persona diez años mayor que ella, una mujer de mundo.

Toda clase de detalles aportados por la familia nos indican que este *de mundo* tal vez podría considerarse *mundana*, de acuerdo con la clasificación por entonces en vigor en Viena, y merecer la calificación de respetable.

Esta relación de la chica revela ser, a medida que transcurren los acontecimientos, verdaderamente pasional, y hace bastante difíciles sus relaciones con su familia. Luego sabremos que estas relaciones no son ajenas a la instauración de la situación. Por decirlo todo, el hecho de que eso enfurezca absolutamente al padre constituye sin lugar a dudas un motivo para la chica — no es que sostenga su pasión, pero hace que la lleve como la lleva. Me refiero a esa especie de tranquilo desafío con el que mantiene su asiduidad con la dama en cuestión, sus esperas en la calle, su forma de exhibir en cierto modo el asunto. Aunque no llega a la ostentación, ya es bastante para que sus padres, y muy especialmente el padre, estén al corriente. Nos indican también que la madre no es de ningún modo alguien a toda prueba, que ha estado neurótica y no se toma la cosa tan mal, o al menos no tan en serio.

Vienen a pedirle a Freud que ponga las cosas en orden. Él destaca con toda pertinencia las dificultades que presenta un tratamiento cuando se trata de cumplir con las exigencias del entorno, y observa con razón que no puede hacerse un análisis por encargo, como quien se construye una villa. Luego introduce consideraciones aún más extraordinarias sobre el análisis, que a algunos les parecerán superadas.

Freud precisa que este análisis no llegó a su término, pero que le permitió ver muchas cosas, y por esta razón nos lo comunica. Seguramente, subraya, no le permitió cambiar gran cosa del destino de esta joven. Para explicarlo, introduce una idea no carente de fundamento aunque pueda parecer anticuada, una idea esquemática que debería incitarnos a reconsiderar algunos datos de partida, en vez de considerarnos a nosotros mismos más flexibles. Esta idea es que hay dos etapas en un análisis — la primera consiste en recoger todo lo que se pueda saber, la segunda consiste en doblegar las resistencias que todavía siguen en pie perfectamente aunque el sujeto ya sepa muchas cosas.

La comparación que entonces introduce no es de las menos chocantes — antes de un viaje hace uno las maletas, y luego se trata de embarcarse y recorrer el trayecto en cuestión. Esta referencia, en alguien con una fobia a los trenes y a los viajes, tiene miga.

Lo más inaudito todavía es que durante todo este tiempo Freud tiene la sensación de que en efecto la cosa no funciona. Pero ve muy bien lo ocurrido, y entonces destaca una serie de pasos.

En su infancia el sujeto, sin que al parecer le faltaran motivos, pudo apreciar en un momento dado, con respecto al mayor de sus dos hermanos, la diferencia que hacía de ella alguien carente del objeto esencialmente deseable, el objeto fálico. Sin embargo, dice Freud, hasta el momento la chica no ha estado nunca neurótica, el análisis no ha aportado ningún síntoma histérico, no hay nada notable en la historia infantil en la perspectiva de las consecuencias patológicas. Por eso es chocante, desde el punto de vista clínico, ver surgir, desencadenarse de forma tan tardía, una actitud en apariencia francamente anormal, o sea la singular posición que la chica ocupa respecto de esa mujer de no muy buena fama.

El cariño apasionado que manifiesta por dicha dama desemboca en un escándalo, y así es como acaba en la consulta de Freud. Si han tenido que recurrir a él es, en efecto, porque se ha producido un acontecimiento sonado.

La joven, en su actitud de coqueteo con el peligro, iba a pasearse con la dama casi bajo la ventana de su casa. Un día, el padre sale y las ve. Como hay gente, les lanza una mirada fulminante y se va. La dama le pregunta a la chica quién es esa persona — *Es papá, no parece muy contento.* Entonces, la dama se lo toma muy mal. Hasta ese momento había mantenido con la joven una actitud muy reservada, más que fría incluso, no había fomentado semejante asiduidad, no tenía especiales ganas de meterse en complicaciones. Así que le dice — *En estas condiciones, no vamos a seguir viéndonos.* En Viena hay pequeños ferrocarriles de circunvalación que atraviesan pequeños puentes, no muy lejos de allí hay uno. Y entonces la chica va y se tira. Cae, *niederkommt.* Se rompe algún que otro hueso, pero puede contarlo.

Así, nos dice Freud, hasta el momento en que manifestó esa afición, la chica no sólo había tenido un desarrollo normal, incluso todo hacía pensar que estaba bien orientada. ¿Acaso no había dado muestras hacia los trece o catorce años de un comportamiento que hacía esperar el desarrollo más simpático en la orientación de la vocación femenina, la maternidad? Cuidaba a un niño pequeño de unos amigos de sus padres, con tal ternura, que ambas familias llegaron a intimar. Sin embargo, de pronto, esa especie de amor maternal que parecía convertirla por adelantado en una madre modelo, súbitamente se detiene, y entonces es cuando empieza — porque la aventura en cuestión no había sido la primera — a frecuentar mujeres que Freud califica de ya maduras y son, al parecer, especies de sustitutos maternos.

Este esquema, sin embargo, no es tan válido para la última persona,

la que encarnó efectivamente aquella aventura dramática en la que se juega el desencadenamiento del análisis, así como la problemática de una homosexualidad declarada. El sujeto declara en efecto a Freud que, por su parte, ni hablar de abandonar ninguna de sus pretensiones, ni su elección objetal. Hará todo lo que haga falta para engañar a su familia, pero seguirá manteniendo su vínculo con aquella persona que ni de lejos ha dejado de gustarle, y además ahora es mucho más asequible, conmovida como está por su extraordinaria muestra de devoción.

A propósito de esta relación declarada y mantenida por el sujeto, Freud aporta observaciones muy chocantes y les da valor de sanción explicativa, tanto de lo ocurrido antes del tratamiento, por ejemplo la tentativa de suicidio, como de su propio fracaso. Las primeras parecen muy pertinentes. Las segundas también, pero tal vez no exactamente como él lo entiende. Es propio de las observaciones de Freud que nos aporten una claridad extraordinaria, incluso sobre puntos que a él mismo, de algún modo, le habían superado. Me refiero ahora a la observación de Dora, caso que Freud vio claro ulteriormente — con Dora había intervenido ignorando su homosexualidad, o sea la orientación de su pregunta hacia su mismo sexo. Aquí se constata un desconocimiento análogo, pero al ser mucho más profundo, resulta mucho más instructivo.

Otras observaciones que Freud nos ofrece sin aprovecharlas del todo, y no son de menor importancia, se refieren a lo que está en juego en la tentativa de suicidio, acto significativo que corona la crisis. El tema está íntimamente vinculado con el aumento de tensión, hasta el momento en que estalla el conflicto, ocurre la catástrofe.

¿Cómo lo explica Freud? A partir de la orientación normal del sujeto hacia el deseo de obtener un niño del padre. Según él, en este registro es donde hay que concebir la crisis originaria que llevó al sujeto a tomar una dirección estrictamente opuesta. Hubo efectivamente un verdadero vuelco de la posición subjetiva, que Freud trata de articular. Se trata de uno de esos casos en que la decepción debida al objeto del deseo se traduce por una inversión completa de la posición — el sujeto se identifica con dicho objeto, lo que equivale, como Freud lo articula en una nota, a una regresión al narcisismo. Cuando hago esencialmente de la dialéctica del narcisismo la relación yo-otro con minúscula, me limito a evidenciar algo implícito en las distintas expresiones que Freud le da.

¿Cuál es pues la decepción que opera este vuelco? En el momento, hacia los quince años, en que el sujeto había elegido la vía de una toma de posesión del niño imaginario — y se ocupa de ello lo bastante como

para que sea una fecha señalada en sus antecedentes —, su madre obtiene realmente otro hijo del padre. La paciente obtiene un tercer hermano. He aquí pues el punto clave.

Esto constituye el carácter en apariencia excepcional de la observación. Y no es indiferente que la intervención de un hermanito, que llega al mundo de esta manera, tenga por resultado una inversión tan profunda de la orientación sexual de un sujeto. Así, en este momento la chica cambia de posición. Ahora se trata de ver cuál puede ser la mejor interpretación.

Según Freud, el fenómeno debe considerarse reactivo. El término no se encuentra en el texto, pero está implicado, pues se supone que el resentimiento contra el padre sigue actuando. Este factor tiene aquí el papel principal. Esta pieza clave en la situación explica cómo se desarrolla toda la aventura. La chica se muestra claramente agresiva con el padre. La tentativa de suicidio tiene lugar tras la decepción producida por el hecho de que el objeto de su apego de alguna forma homólogo se le opone. Se trataría tan sólo de un fenómeno de contraagresividad, de una vuelta hacia el sujeto de la agresión contra el padre, combinada con una especie de hundimiento de toda la situación, reducida así a sus datos primitivos, que cumple simbólicamente lo que está en juego mediante una precipitación, una reducción al nivel de los objetos que verdaderamente están en juego. En suma, cuando la chica cae del puente abajo, hace un acto simbólico, que no es sino el *niederkommen* de un niño en el parto. Este es el término alemán para decir *ser parido.*

Esto nos lleva al sentido último y original de la estructura de la situación.

3

En el segundo grupo de observaciones que hace Freud, trata de explicar por qué la situación no tuvo salida en el interior del tratamiento.

Al no conseguir vencer la resistencia, todo lo que se le pudo decir a la paciente sólo consiguió interesarle muchísimo, sin hacerle abandonar sus últimas posiciones. Se mantuvo, se diría hoy día, en el plano de un interés intelectual. Freud compara metafóricamente las reacciones de la muchacha con los de una dama a quien le muestran diversos objetos y, a través de sus impertinentes, dice — *¡Qué bonito!*

Freud indica, sin embargo, que no se puede hablar de una completa ausencia de transferencia. Señala con gran perspicacia la presencia de la transferencia en los sueños de la paciente. Paralelamente a las declaraciones nada ambiguas que la paciente le hace sobre su determinación de no cambiar en absoluto sus comportamientos para con la dama, sus sueños anuncian un sorprendente rebrote de la orientación más simpática, la espera de algún esposo guapo y complaciente, no menos ansiado que un objeto fruto de ese amor. En suma, el carácter idílico, casi forzado, del esposo anunciado por el sueño, se muestra tan conforme con los esfuerzos hechos en común, que cualquiera que no hubiese sido Freud hubiera albergado las mayores esperanzas.

Freud no se engaña. Ve en ello una transferencia. Redobla esa especie de juego de contraengaño que la paciente ha jugado en respuesta a la decepción producida por el padre. En efecto, ella sólo se había mostrado agresiva y provocativa, no se exhibía de una forma escandalosa, le había hecho algunas concesiones. Se trataba tan sólo de mostrarle que le engañaba. Freud reconoce que en esos sueños se trata de algo análogo, y ésta es su significación transferencial — reproduce con él su posición fundamental, el juego cruel que ha jugado con el padre.

En este punto no podemos dejar de considerar nuevamente la relatividad profunda de la formación simbólica, porque es la línea fundamental de lo que para nosotros constituye el campo del inconsciente. Esto es lo que Freud expresa de una forma muy justa, con el único inconveniente de un énfasis excesivo, cuando nos dice — *Creo que la intención de inducirme al error era uno de los elementos formadores de este sueño. Era también una tentativa de ganarse mi interés y mi buena disposición, probablemente para causarme una desilusión aún más profunda.*

Se insinúa aquí la atribución al sujeto de una intención de cautivarlo a él, a Freud, para que se dé un trastazo, para que caiga de más alto tras quedarse enredado en la situación. En el énfasis de esta frase, se escucha sin lugar a dudas lo que llamamos una acción contratransferencial. El sueño es falaz, Freud sólo se queda con eso, y entra en una discusión que resulta apasionante encontrar en un escrito suyo. Si la manifestación típica del inconsciente puede ser mentirosa, Freud ya sabe por adelantado qué objeciones le van a hacer. Si el inconsciente también nos miente, ¿de qué podemos fiarnos? — dirán sus discípulos. Él les da una larga explicación mostrándoles cómo puede ser así, con el resultado de que no se contradice la teoría.

La explicación es un poquito tendenciosa, pero de todos modos, lo

que Freud destaca en 1920 es esto exactamente — lo esencial de lo que hay en el inconsciente es la relación del sujeto con el Otro propiamente dicho, y esta relación implica en su fundamento la posibilidad de que se efectúe como mentira. En el análisis, nos encontramos en el orden de la mentira y la verdad.

Esto lo ve muy bien Freud. Pero al parecer, algo se le escapa, a saber, que se trata de una verdadera transferencia y se le abre la vía de la interpretación de un deseo de engañar. Y en vez de tomar esta vía, por decirlo de forma algo más grosera, se lo toma como algo dirigido contra él. *Es también*, se dice, *una tentativa de enredarme, de cautivarme, de hacer que la encuentre encantadora*. Con esta frase de más, nos basta para instruirnos. Debe ser un encanto esta chica para que, como en el caso de Dora, Freud no actúe con libertad en este asunto. Cuando afirma que lo peor estaba cantado, lo que quiere evitar es sentirse desilusionado. O sea que está dispuesto a hacerse ilusiones. Si se pone en guardia contra estas ilusiones, ya ha entrado en el juego. Realiza el juego imaginario. Lo convierte en real, porque él mismo está dentro. Y eso no falla.

¿Como lo interpreta? Le dice a la chica que pretende engañarle como suele engañar a su padre. El resultado es que enseguida corta en seco lo que él mismo ha realizado como la relación imaginaria. Su contratransferencia, de algún modo, hubiera podido servirle — pero a condición de no creérsela, de no estar implicado. Como sí lo está e interpreta demasiado precozmente, introduce en lo real el deseo de la chica, cuando sólo era un deseo y no una intención de engañarle. Así, da cuerpo a dicho deseo. Opera con la paciente exactamente como la terapeuta intervenía con aquella niña, dándole a la cosa un rango simbólico.

He aquí lo que se halla en el centro de ese deslizamiento del análisis a lo imaginario, que se convirtió, más que en una trampa, en una plaga, en cuanto se instauró como doctrina. Aquí tenemos un ejemplo límite, transparente, que no podemos ignorar porque se encuentra en el texto. Con su interpretación, Freud hace estallar el conflicto y le da cuerpo, cuando se trataba precisamente, como él mismo siente, de algo muy distinto — de revelar el discurso mentiroso que estaba ahí en el inconsciente. Freud le dice que todo eso es contra él, y en efecto el tratamiento no va mucho más lejos, se interrumpe. Queriendo unir, Freud separó.

No le pasó desapercibido, en efecto, que no es ésta una relación homosexual como las otras, aunque en verdad es propio de las relaciones homosexuales presentar toda la variedad de las relaciones heterosexuales comunes, y tal vez incluso más variaciones. Cuando dice que esta elec-

ción objetal responde al tipo propiamente *männliche* y explica lo que quiere decir con esto, Freud subraya admirablemente y articula con un relieve extraordinario que se trata aquí del amor platónico en su mayor exaltación.

Es un amor que no pide más satisfacción que servir a la dama. Es verdaderamente el amor sagrado, por así decirlo, o el amor cortés en su aspecto más devoto. Freud añade algunas palabras como la de *Schwarmerei*, que tiene un sentido muy particular en la historia cultural de Alemania — es la exaltación que se encuentra en el fondo de la relación. En suma, sitúa la relación de la joven con la dama en el grado más elevado de la relación amorosa simbolizada, planteada como servicio, como institución, como referencia. No se trata simplemente de una atracción o de una necesidad, sino de un amor que en sí mismo no sólo prescinde de satisfacciones, sino que apunta muy precisamente a la no satisfacción. En este orden precisamente puede desarrollarse un amor ideal — la institución de la falta en la relación con el objeto.

Sin duda, la situación que presenta este caso es excepcional, pero su único interés consiste en tomarla en el registro que le es propio. Es excepcional porque es particular. O sea que se aclara al hacer intervenir de la forma adecuada las categorías de la falta de objeto. ¿No ven ustedes cómo se conjugan aquí en una especie de nudo los tres pisos de un proceso que va de la frustración al síntoma? — si se avienen ustedes a tomar el término de síntoma como equivalente al de enigma, puesto que a él se dirigen nuestras preguntas.

En primer lugar, tenemos la referencia, vivida de forma inocente, al objeto imaginario. Se trata de ese hijo que la interpretación nos permite concebir como un niño obtenido del padre. Como ya se nos ha advertido, las homosexuales son, en efecto, en contra de lo que se podría creer y como el análisis lo ha hecho ver, sujetos que en algún momento han desarrollado una fijación muy intensa al padre.

¿Por qué hay luego una verdadera crisis? Porque entonces interviene un objeto real. Es cierto que el padre da un niño, pero precisamente a otra persona, a la persona que le es más próxima.

Entonces es cuando se produce un verdadero vuelco. Su mecanismo, nos lo explican. Pero me parece de la mayor importancia entender que se trata de algo que ya estaba instituido en el plano simbólico. Es en el plano simbólico, y no ya en el plano imaginario, donde el sujeto se satisfacía con ese hijo, como hijo donado por el padre. Si esto la sostenía en la relación entre mujeres, es porque para ella ya estaba instituida la pre-

sencia paterna propiamente dicha, el padre por excelencia, el padre fundamental, el padre que será siempre para ella cualquier clase de hombre que le dé un hijo. La presencia del hijo real, el hecho de que el objeto se encuentre ahí, real por un instante, y se haya materializado al tenerlo su madre, junto a ella, la hace volver al plano de la frustración.

De todo lo que ocurre entonces, ¿qué es lo más importante? ¿Es el giro en redondo que la lleva a identificarse con el padre? Por supuesto, esto juega su papel. ¿Es acaso el hecho de que ella se convierta en ese hijo latente que en efecto podrá *niederkommen* cuando la crisis llegue a su término? Si contáramos con fechas, como en Dora, podríamos saber al cabo de cuántos meses ocurrió. Pero no es esto lo más importante. Lo más importante es esto — lo que se desea está más allá de la mujer amada.

El amor que la chica siente por la dama apunta a algo distinto que a ella. Este amor que vive pura y simplemente en la devoción, y que eleva a su grado supremo el apego del sujeto y su anonadamiento en la *Sexualüberschätzung*, Freud parece reservarlo, y no sin razón, al registro de la experiencia masculina. Tal amor, en efecto, se desarrolla normalmente en una relación cultural muy elaborada e institucionalizada. El reflejo de la decepción fundamental en este plano, su paso al plano del amor cortés, la salida que encuentra el sujeto en esta forma de amor, plantean la pregunta por lo que se ama en la mujer más allá de ella misma, y esto pone en tela de juicio qué es lo verdaderamente fundamental en todo lo relacionado con el amor en su punto culminante.

Lo que se desea propiamente en la mujer amada es precisamente lo que le falta. Y lo que le falta en este caso es precisamente el objeto primordial cuyo equivalente iba a encontrar el sujeto en el hijo, como sustituto imaginario al que volverá a recurrir.

En el punto más extremo del amor, en el amor más idealizado, lo que se busca en la mujer es lo que le falta. Lo que se busca más allá de ella misma, es el objeto central de toda la economía libidinal — el falo.

9 de enero de 1957

VII

PEGAN A UN NIÑO Y LA JOVEN HOMOSEXUAL

Intersubjetividad y desubjetivación.
La imagen, molde de la perversión.
La simbólica del don.
Frustración, amor y goce.
Esquema permutativo del caso.

Terminamos nuestra reunión la última vez tratando de resumir el caso de homosexualidad femenina presentado por Freud. Además de sus peripecias, de paso les esbocé lo que puede llamarse su estructura. El caso, en efecto, no tendría mucha más importancia, aparte de lo pintoresco, si no lo examinamos con el análisis estructural como telón de fondo.

Conviene volver a hablar del análisis estructural. Sólo a condición de hacerlo progresar, tanto como sea posible, tiene interés tomar esa vía para el psicoanálisis.

Si algo me parece manifiesto en todo momento, es que en la teoría analítica falta algo. El esfuerzo que aquí sostenemos, no es malo recordárselo a ustedes, es para responder a esa falta.

Esta falta, sensible en todas partes, la sentí reactivarse de nuevo en mi ánimo al presenciar la confrontación de los planteamientos de la señorita Anna Freud con los de la señora Melanie Klein.

Sin duda, más adelante, la señorita Anna Freud rebajó mucho sus pretensiones, pero basó los principios de su análisis de los niños en afirmaciones como ésta — en el niño no puede producirse transferencia, o al menos neurosis de transferencia. Al estar los niños todavía inmersos en la situación creadora de la tensión neurótica, en la relación primaria con los padres, como todo está aún en juego, según ella no puede haber transferencia propiamente dicha.

Otra observación de la misma naturaleza — dado que los niños todavía están en relación con los objetos de su vínculo inaugural, el analista ha de cambiar de posición y modificar profundamente su técnica, porque en este caso debe actuar enteramente en el plano actual.

En este sentido, la señorita Anna Freud rinde homenaje, como por

un presentimiento, a la función esencial de la palabra en la relación analítica. El niño está indudablemente, dice, en una relación con la palabra distinta de la del adulto, y hay que aprehenderla con la ayuda de los medios del juego, la técnica adecuada en su caso. La situación no permite al analista ofrecerse al niño en la posición de neutralidad o de receptividad que busca ante todo acoger la palabra, permitirle que se despliegue y, dado el caso, ser su eco. Yo diría pues que aun sin desarrollarla, o incluso sin concebirla verdaderamente, sí se indica la entrada del analista en una relación distinta que la relación de la palabra.

La señora Melanie Klein argumenta, por el contrario, que no hay nada más semejante al análisis de un adulto que el análisis de un niño, y que incluso a una edad extremadamente precoz, lo que está en juego en el inconsciente del niño no tiene ninguna relación, contrariamente a lo planteado por la señorita Anna Freud, con los padres reales. Ya entre los dos años y medio y los tres años, la situación está claramente modificada con respecto a lo que se puede constatar en la relación real, y se desarrolla una dramatización profundamente ajena a la actualidad de la relación familiar del niño. Así, por ejemplo, un niño criado como hijo único por una vieja tía que vivía muy lejos de sus padres, lo cual le dejaba en una relación dual y de aislamiento con una sola persona, no había dejado de reconstituir todo un drama familiar con padre, madre e incluso hermanos y hermanas rivales — esto es una cita. Lo que se trata de revelar pues en el análisis no está, en el fondo, en una relación inmediata pura y simple con lo real, sino que se inscribe ya en una simbolización.

¿Debemos admitir las afirmaciones de la señora Melanie Klein? Estas afirmaciones se basan en su experiencia, y esta experiencia nos es comunicada en observaciones que a veces llevan las cosas hasta extremos insólitos. Vean ese crisol de bruja, o de adivina, donde se agitan, en un mundo imaginario global que es la idea del continente del cuerpo materno, todos los fantasmas primordiales presentes desde el origen, que tienden a estructurarse en un drama aparentemente preformado, toda esa máquina que requiere en todo momento para moverse el surgimiento de los instintos más agresivos. Si los testimonios de la adecuación de toda esta fantasmagoría a los datos únicos manejados aquí por la señora Melanie Klein por fuerza han de sorprendernos, al mismo tiempo es inevitable preguntarse qué es lo que tenemos ahí y qué puede significar esta simbolización dramática, que parece irse completando cuanto más nos remontamos hacia el origen. Ocurre como si, a medida que nos acercamos al origen, más presente estuviera el complejo de Edipo, articulado

y presto a entrar en acción. Esto merece al menos que nos planteemos una pregunta.

Esta pregunta, si nos la planteamos, resurge por todas partes, y la encontraremos también en la vía precisa por la que trato de conducirles de momento, la de la perversión.

1

¿Qué es la perversión? En el interior de un mismo grupo psicoanalítico, se oyen en cuanto a esto las voces más discordantes

Unos, creyendo seguir a Freud, dicen que se debe volver pura y simplemente a la noción de la persistencia de una fijación que afecta a una pulsión parcial. Esta fijación atravesaría de alguna forma indemne toda la dialéctica que tiende a establecerse con el Edipo. No sufriría los avatares que tienden a reducir las otras pulsiones parciales y a unificarlas en un movimiento que las conduce hasta llegar finalmente a la pulsión genital, la pulsión ideal unificadora. En la perversión se trataría pues de un accidente en la evolución de las pulsiones. Con una traducción clásica de la noción de Freud según la cual la perversión es el negativo de la neurosis, estos analistas quieren pura y simplemente hacer de la perversión una entidad en la que no se habría elaborado la pulsión.

Otros, sin embargo, que sin ser ni los más perspicaces ni los mejores han aprendido de la experiencia y de una evidencia que en verdad se impone en la experiencia analítica, tratan de mostrar que la perversión está muy lejos de ser ese elemento puro persistente, que también ella forma parte de todo lo que se realiza a través de las crisis, las fusiones y defusiones dramáticas que atraviesa una neurosis, además de presentar la misma riqueza dimensional, la misma abundancia, los mismos ritmos, las mismas etapas. Tratan entonces de explicar que la perversión es el negativo de la neurosis planteando una fórmula como ésta, inspirada por todos los juegos a través de los cuales se desarrolla un análisis de la reducción de las defensas — en la perversión se trata de una erotización de la defensa.

Me parece bien, es muy ilustrativo. Pero a decir verdad, ¿eso puede erotizarse? Esta es la cuestión. ¿De dónde viene esta erotización? ¿Dónde está el poder invisible capaz de proyectar eso que parece añadirse como algo superfluo, esa coloración, ese cambio de cualidad, esa satisfacción

libidinal? En verdad, no resulta impensable, pero lo menos que puede decirse es que no se ha planteado.

No crean que Freud no procuró dejarnos a este respecto alguna noción por elaborar. Aún diría más — tenemos, en el propio Freud, un ejemplo que demuestra que su fórmula de la perversión como el negativo de la neurosis no debe tomarse como se ha tomado durante mucho tiempo, como si simplemente todo aquello que está escondido cuando estamos ante un neurótico se encontrara, en la perversión, a cielo abierto y, de algún modo, en estado libre. Algo muy distinto nos propone esta fórmula, tan apretada como otras que encontramos en Freud, y nuestro análisis deberá hallar su verdadero sentido. Primero intentaremos seguir a Freud, trataremos de ver cómo concibe el mecanismo de un fenómeno que puede calificarse de perverso, incluso el de una perversión categórica y, finalmente, podremos entender qué quiere decir cuando afirma que la perversión es el negativo de la neurosis.

Examinémoslo más detalladamente, tomando ese estudio que debería ser célebre, *Ein Kind wird geschlagen*, la *Contribución al estudio de las perversiones sexuales*.

Es característico que la atención de Freud se centre en una frase que plasma en el título, sin contentarse con una etiqueta clínica, frase extraída directamente de la declaración de los enfermos cuando abordan el tema de sus fantasmas que *grosso modo* pueden calificarse de sadomasoquistas, con independencia del papel y la función que desempeñen en cada caso en particular.

Freud nos dice que su estudio se centra en seis casos, todos neurosis obsesivas, cuatro de mujeres y dos de hombres. Detrás, está su experiencia de todo el resto de casos que no alcanza a comprender tan bien. De modo que ahí se incluye el resumen de una masa considerable de experiencias y la tentativa de ordenarla.

Cuando el sujeto declara poner en juego en el tratamiento lo que constituye su fantasma, lo expresa mediante una fórmula notable por su imprecisión, dejando abiertas preguntas que sólo responde con gran dificultad. En realidad, de entrada no puede dar una respuesta satisfactoria, porque no puede decir mucho más para caracterizar ese fantasma. Además, no lo hace sin mostrar una especie de aversión, de vergüenza, incluso se avergüenza.

Hay que destacar aquí un dato notable. Mientras que las prácticas masturbatorias más o menos asociadas con tales fantasmas no suponen para esos sujetos ninguna carga de culpabilidad, por el contrario, cuando

se trata de formular estos fantasmas, no sólo se presentan a menudo grandes dificultades, sino que además les produce una aversión considerable, repugnancia, culpabilidad. La diferencia que hay entre el uso fantasmático o imaginario de estas imágenes y su formulación hablada, por su propia naturaleza ya es como para hacernos aguzar el oído. Este comportamiento del sujeto es ya una señal que marca un límite — no es lo mismo jugar mentalmente con el fantasma que hablar de él.

¿Qué significa en estos sujetos el fantasma que se enuncia en su formulación típica — *Pegan a un niño*? Freud nos brinda lo que su experiencia le ha mostrado en este sentido. Hoy no llegaremos al fondo de este artículo. Sólo pondré de relieve ciertos elementos directamente relacionados con el camino que les llevé a tomar la última vez al abordar el problema a través del caso de la joven homosexual.

El progreso del análisis muestra según Freud que este fantasma ha sido sustituido mediante una serie de transformaciones por otros fantasmas, los cuales han tenido un papel muy comprensible en algún momento de la evolución del sujeto. Quisiera plantearles la estructura de estos estados, para permitirles reconocer elementos que son del todo manifiestos a condición tan sólo de tener los ojos abiertos, al menos hacia la dimensión en la que tratamos de avanzar y que se resume bajo este título — la estructura subjetiva. Dicho de otra manera, para darle su verdadera posición a lo que a menudo se presenta en la teoría como una ambigüedad, incluso un obstáculo o una antinomia, siempre tratamos de situar el nivel de la estructura donde el fenómeno se produce.

Hay aquí tres etapas, nos dice Freud, que se escanden en la historia del sujeto a medida que se va abriendo bajo la presión analítica y permite encontrar el origen de este fantasma.

Como Freud indica en la primera parte de su exposición, que hoy no destacaremos, se limita a hablar de lo que ocurre en las mujeres, por razones que luego precisa, hoy también las dejaremos de lado.

El primer fantasma que se puede encontrar, dice Freud, al analizar este hecho, toma la siguiente forma — *Mi padre pega a un niño que es el niño a quien odio.*

Este fantasma aparece más o menos vinculado en la historia del sujeto con la introducción de un hermano o de una hermana, de un rival que en algún momento, tanto por su presencia como por los cuidados que recibe, frustra al niño del cariño de sus padres. Se trata aquí muy especialmente del padre. Aun sin insistir en este punto, hemos de señalar que se trata de una niña implicada en un momento determinado en

el que ya está constituido el complejo de Edipo y la relación con el padre está instituida. La preeminencia de la persona del padre en un fantasma primitivo debe tener alguna relación con el hecho de que se trate de una niña. Pero dejemos para más adelante la explicación del problema.

Lo importante es que aquí nos acercamos al inicio de una perspectiva histórica que es retroactiva. El sujeto formula y organiza una situación primitiva dramática a partir del punto en que nos encontramos en el análisis, de una forma que se inscribe en su palabra actual y su poder de simbolización presente. Así, con el progreso del análisis nos encontramos con algo que se presenta como la cosa primitiva, la organización primordial más profunda.

La situación fantasmática tiene la manifiesta complejidad de constar de tres personajes — está el agente del castigo, está el que lo sufre y está el sujeto. El que lo sufre es en particular un niño odiado por el sujeto y a quien ve caído de la preferencia paterna que está en juego, y él se siente privilegiado al perder el otro tal preferencia.

Una dimensión y una tensión triples se hallan aquí implicadas. Hay una relación del sujeto con otros dos, relacionados a su vez entre ellos en virtud de un elemento centrado en el sujeto. *Mi padre*, se puede decir para acentuar las cosas en esta dirección, *pega a mi hermano o a mi hermana por miedo a que yo crea que él es el preferido.* Una causalidad, una tensión, una referencia al sujeto, implicado como el tercero en favor de quien todo esto se desarrolla, anima y motiva la acción sobre el personaje segundo, que la sufre. Este tercero, el sujeto, está presente en la situación como quien debe presenciar lo que ocurre, para hacerle saber que se le da algo, el privilegio de la preferencia, la prelación.

Hay pues una noción de miedo, es decir una especie de anticipación, de dimensión temporal, de tensión hacia adelante, introducida como un motor en el interior de la situación triple. Y hay una referencia al tercero como sujeto, dado que el sujeto ha de creer o inferir algo de determinado comportamiento que afecta al objeto segundo. Este último es tomado en este caso como instrumento de la comunicación entre los dos sujetos, que a fin de cuentas es una comunicación de amor, porque si se le declara a él, el sujeto central, lo que recibe, o sea la expresión de su anhelo, de su deseo de ser preferido o amado, es a expensas del segundo. Se trata pues de una formación ya dramatizada y reactiva, surgida de una situación compleja, que supone la referencia intersubjetiva triple, con todo lo que introduce como referencia temporal y de escansión.

La introducción del segundo sujeto es necesaria. ¿Por qué? Él es el

instrumento, el resorte, el medium, el medio, de lo que debe pasar de un sujeto a otro. Nos encontramos así ante una estructura intersubjetiva plena, en el sentido de que se establece con el franqueamiento consumado de una palabra. La cuestión no es que la cosa haya sido dicha, sino que la situación ternaria instaurada en el fantasma primitivo lleva en sí misma la marca de la estructura intersubjetiva que constituye toda palabra consumada.

Pasemos ahora a la segunda etapa.

Ésta representa con respecto a la primera una situación reducida, de forma muy particular, a dos personajes. Sigo el texto de Freud, que, sin ponderarlo, lo explica o más bien lo describe como una etapa reconstruida, indispensable para comprender la motivación de lo que se produce en la historia del sujeto. Esta segunda etapa produce el fantasma — *Mi padre me pega.*

Esta situación, que excluye cualquier otra dimensión distinta de la relación del sujeto con el agente pegador, puede prestarse a toda clase de interpretaciones. Pero todas ellas están igualmente marcadas por el carácter más ambiguo. Si el primer fantasma contiene una organización, una estructura que le da un sentido susceptible de ser indicado mediante una serie de flechas, el segundo presenta una situación tan ambigua que podemos preguntarnos por un instante en qué medida participa el sujeto en la acción de quien le agrede y le golpea. Es la clásica ambigüedad sadomasoquista. De resolverla, concluiremos con Freud que tiene relación con la esencia del masoquismo, pero que en este caso el yo se encuentra fuertemente acentuado.

El sujeto se encuentra en una situación recíproca con respecto al otro, pero al mismo tiempo excluyente. A quien pegan, es, o a él, o al otro. En este caso, es a él. Se indica algo, pero no obstante, no se resuelve. En el acto mismo de ser pegado se puede ver, y la continuación de la discusión lo demuestra, una transposición o el desplazamiento de un elemento tal vez ya marcado por el erotismo.

Que en esta ocasión pueda hablarse de esencia del masoquismo es, de por sí, indicativo. En la etapa anterior, Freud lo dice, la situación, por muy estructurada que estuviera, estaba preñada de todas las virtualidades. Ni era sexual, ni especialmente sádica, sino que contenía estos caracteres en potencia. La precipitación en uno u otro sentido, pero conservando la ambigüedad, se produce en la segunda etapa.

La segunda etapa es dual, con toda la problemática que suscita en el plano libidinal. El sujeto se ve incluido con el otro en una relación

dual y por lo tanto ambigua. Encontramos aquí ese *o bien, o bien* fundamental de la relación dual. Esta etapa, nos dice Freud, casi siempre nos vemos obligados a reconstruirla, de tan fugaz que es. Por su fugacidad, tan característica, la situación se precipita muy rápidamente hacia la tercera etapa.

En el tercer tiempo, el sujeto se ve reducido a su punto más extremo. Volvemos a encontrar aquí al sujeto en una posición tercera bajo la forma de un puro y simple observador, como en la primera etapa. Tras la reducción de la primera situación intersubjetiva, con su tensión temporal, y el paso a la situación segunda, dual y recíproca, se llega a la situación desubjetivada que es la del fantasma terminal, a saber — *Pegan a un niño.*

En este *Pegan*, en impersonal, se encuentra vagamente la función paterna, pero en general el padre no es reconocible, sólo se trata de un sustituto. Por otra parte, Freud quiso respetar la fórmula del sujeto, pero a menudo se trata no de *un niño*, sino de varios. La producción fantasmática lo hace estallar y lo multiplica por mil ejemplares, poniendo así de manifiesto la desubjetivación esencial que se produce en esta relación.

Lo que queda es en efecto una desubjetivación radical de toda la estructura, en la cual el sujeto está reducido únicamente al estado de espectador o tan sólo de ojo, es decir lo que caracteriza siempre, en el límite, al llegar a la última reducción, a toda clase de objeto. Para verlo, es preciso no siempre un sujeto, pero sí al menos un ojo, que puede ser únicamente una pantalla sobre la que se instituye el sujeto.

¿Cómo podemos traducir esto en nuestro lenguaje, en el punto preciso en que nos hallamos de nuestro proceso? Si nos referimos a nuestro esquema, la relación imaginaria, más o menos fantasmatizada, se inscribe entre los máximos *a-a'* de la relación, más o menos marcada por la especularidad y la reciprocidad, entre el yo y el otro. Pero aquí nos encontramos ante un elemento situado en la línea S-A, a saber, una palabra inconsciente, que ha habido que encontrar mediante todos los artificios de la transferencia. Puede ser tanto ésta — *Mi padre, al pegar a un niño a quien yo odio, me manifiesta su amor.* Como esta otra — *Mi padre pega a un niño por miedo a que yo crea que no soy su preferido.* O cualquier otra fórmula que destaque como sea alguno de los acentos de esta relación dramática. Esto que está excluido, que no está presente en la neurosis, pero por otra parte se manifiesta indirectamente en todos sus síntomas constitutivos, se encuentra en un elemento del cuadro clínico, que es el fantasma.

Este fantasma, ¿cómo se presenta? Contiene el testimonio, todavía muy visible, de los elementos significantes de la palabra articulada en el plano de este trans-objeto, si así podemos llamarlo, que es el Otro con mayúscula, el lugar donde se articula la palabra inconsciente, el S como palabra que es, como historia, memoria, estructura articulada.

La perversión, o mejor, para limitarnos a esto, el fantasma perverso, tiene una propiedad que ahora podemos aislar.

Hay aquí como una reducción simbólica que ha eliminado progresivamente toda la estructura subjetiva de la situación para dejar subsistir tan solo un residuo, completamente desubjetivado y a fin de cuentas enigmático, porque conserva toda la carga — pero una carga no revelada, sin constituir, no asumida por el sujeto — de lo que en el Otro constituye la estructura articulada en la cual el sujeto está implicado. En el fantasma perverso, todos los elementos están presentes, pero todo lo que es significación, o sea la relación intersubjetiva, se ha perdido. Lo que podemos llamar los significantes en estado puro se mantienen sin la relación intersubjetiva, vaciados de su sujeto. Lo que aquí se indica en el sentido de una relación estructurante fundamental de la historia del sujeto en el plano de la perversión, al mismo tiempo se mantiene, está incluido, pero bajo la forma de un puro signo.

¿Es acaso algo distinto lo que encontramos en la perversión? Represéntense ustedes ahora lo que saben por ejemplo del fetiche, explicable, les dicen, por ese más allá nunca visto, y con razón — el pene de la madre fálica. Resulta, las más de las veces tras un breve esfuerzo analítico, que está vinculado para el sujeto, al menos en los recuerdos que aún le son accesibles, con una situación precisa — el niño se detiene en su observación en el borde del vestido de la madre. Ven ustedes aquí una notable pugna entre la estructura y lo que puede llamarse el recuerdo encubridor, es decir, el momento en que se detiene la cadena de la memoria. Se detiene en efecto al borde del vestido de la madre, no más arriba del tobillo, donde está el zapato, y por eso el zapato puede, al menos en ciertos casos particulares pero ejemplares, desempeñar la función de sustituto de lo que no se ve pero está articulado, formulado, para el sujeto, como si la madre lo poseyera realmente, o sea el falo, imaginario sin duda, pero esencial para su fundación simbólica como madre fálica.

Con el fantasma, nos encontramos ante algo semejante, que fija, reduce al estado de lo instantáneo el curso de la memoria, detenido así en aquel punto llamado recuerdo pantalla. Piensen en un movimiento cinematográfico que se desarrolla rápidamente y se detiene de pronto en

un punto, inmovilizando a todos los personajes. Esta instantaneidad es característica de la reducción de la escena plena, significante, articulada entre sujeto y sujeto, a lo que se inmoviliza en el fantasma, quedando éste cargado con todos los valores eróticos incluidos en lo que esa escena había expresado — ahora es su testimonio y su soporte, el último soporte que queda.

Aquí es palpable cómo se forma lo que podemos llamar el molde de la perversión, o sea la valorización de la imagen. Se trata de la imagen como último testimonio privilegiado de algo que, en el inconsciente, debe ser articulado, y vuelto a poner en juego en la dialéctica de la transferencia, o sea que debe recobrar sus dimensiones en el interior del diálogo analítico.

La dimensión imaginaria se muestra pues predominante siempre que se trata de una perversión. Esta relación imaginaria está a medio camino de lo que se produce entre el sujeto y el Otro, o más exactamente, algo del sujeto que aún no se ha situado en el Otro, por estar, precisamente, reprimido. Se trata de una palabra que es ciertamente del sujeto, pero al ser, por su naturaleza de palabra, un mensaje que el sujeto debe recibir del Otro en forma invertida, también puede permanecer en el Otro y constituir lo reprimido y el inconsciente, instaurando así una relación posible, pero no realizada.

Decir *posible* no es decirlo todo — debe haber también alguna imposibilidad, de otro modo no estaría reprimido. Precisamente por esa imposibilidad que existe en las situaciones ordinarias, se requieren todos los artificios de la transferencia para hacer que pueda pasar de nuevo, para hacer formulable lo que debe comunicarse del Otro, el Otro con mayúsculas, al sujeto, si es que el yo (moi) del sujeto llega a ser.

Esta indicación nos la da el análisis freudiano de la forma más clara, y en su articulación va todavía mucho más lejos que esto que ahora les digo. En esta ocasión, Freud indica muy bien que el problema de la constitución de toda perversión debe abordarse a partir del Edipo, a través de los avatares, la aventura, la revolución del Edipo.

Es asombroso que se haya podido pensar siquiera en comprender la fórmula de Freud — la perversión es el negativo de la neurosis — como pretende su traducción en cierto modo popular. La perversión sería entonces una pulsión no elaborada por el mecanismo edípico y neurótico, algo que sobrevive pura y simplemente, la persistencia de una pulsión parcial irreductible. Por el contrario, en este artículo primordial y en muchos otros lugares, Freud indica de sobra que ninguna estructuración perversa, por primitiva que la supongamos — al menos las que llegan a nuestro conocimiento como analistas —, puede articularse sino como un medio, una pieza, un elemento de algo, a fin de cuentas, sólo concebible, comprensible, articulable, en, para y por medio del proceso, la organización, la articulación, del complejo de Edipo.

2

Ahora trataremos de inscribir el caso del otro día, el de la joven homosexual, en nuestro esquema de la relación cruzada del sujeto con el Otro.

En el eje S-A debe revelarse, debe establecerse la significación simbólica, toda la génesis actual del sujeto. Por otra parte, la interposición imaginaria a-a' es donde el sujeto encuentra su condición, su estructura, de objeto, que él mismo reconoce a este título, instalada en una cierta yoidad con respecto a los objetos que le resultan inmediatamente atrayentes y corresponden a su deseo, en la medida de su implicación en los carriles imaginarios constituidos por lo que se llaman sus fijaciones libidinales.

Aunque hoy no llevaremos hasta el final este ejercicio, tratemos de resumirlo. Pueden distinguirse cinco tiempos en los fenómenos mayores de la instauración de esta perversión — no importa si la consideramos fundamental o adquirida. En este caso, sabemos cuándo se insinuó, cuándo se estableció y luego cuándo se precipitó, tenemos sus mecanismos y tenemos su punto de partida. Se trata de una perversión de constitución tardía, lo que no significa que no tuviera sus premisas en fenómenos primordiales. Tratemos de entender los caminos que el propio Freud desbrozó.

Empecemos por un estado que es primordial. En el momento de la pubertad, hacia los trece o catorce años, esta joven adora a un objeto, a un niño que cuida y con quien está unida por vínculos afectivos. Se muestra así a los ojos de todos particularmente bien orientada en la dirección que esperan, la vocación típica de la mujer, o sea la maternidad.

A partir de esta base, se produce luego algo que ocasiona en ella como un giro en redondo y la lleva a interesarse por objetos de amor marcados por el signo de la feminidad. Se trata de mujeres en situación más o menos materna, neomaternizante.

Finalmente, se verá llevada a una pasión, calificada literalmente de devoradora, por aquella persona a quien nos designan como *la dama*, y no sin razón. A esta dama, la trata en efecto en un estilo altamente elaborado de las relaciones caballerescas y propiamente masculinas, una pasión que se entrega sin exigencia, ni deseo, ni esperanza siquiera de reciprocidad, como un don, proyectándose el amante más allá de cualquier manifestación de la amada. En suma, tenemos aquí una de las formas más características de la relación amorosa en sus formas más exquisitamente cultivadas.

¿Cómo concebir esta transformación? Les he dado el primer tiempo y el resultado — entre los dos se ha producido algo. Freud no dice qué. Vamos a retomarlo y a implicarlo en los propios términos que han servido para analizar la posición.

Partamos de la fase fálica de la organización genital. ¿Qué sentido tiene lo que nos dice Freud? Justo antes del periodo de latencia, el sujeto infantil, masculino o femenino, llega a la fase fálica, que indica el punto de realización de lo genital. Todo está ahí, incluso la elección de objeto. Pero de todos modos hay algo que no está, a saber, la plena realización de la función genital, realmente estructurada y organizada. Aún permanece en efecto un elemento fantasmático, esencialmente imaginario, el predominio del falo, en virtud del cual hay para el sujeto dos tipos de seres en el mundo — los seres que tienen el falo y los que no lo tienen, es decir, que están castrados.

Estas fórmulas de Freud sugieren una problemática de la que los diversos autores no consiguen salir cuando quieren justificarla por motivos supuestamente determinados en lo real para el sujeto, y así se ven obligados a recurrir a formas extraordinarias de explicación. Ya les he dicho que iba a ponerlas entre paréntesis, pero su forma general puede resumirse más o menos así. Puesto que, como todo el mundo sabe, todo está ya adivinado e inscrito en las tendencias inconscientes, y el sujeto cuenta ya, por naturaleza, con la preformación de lo que hace adecuada la cooperación de los sexos, el predominio fálico ha de ser sin duda una especie de formación en cierto modo ventajosa para el sujeto, debe haber ahí un proceso de defensa. En efecto, en esta perspectiva no es nada inconcebible, pero esto sólo es desplazar el problema. Y efectivamente, los autores se enzarzan en una serie de construcciones que se limitan a remitir al origen toda la dialéctica simbólica y se vuelven cada vez más impensables a medida que se remontan al origen.

A nosotros nos resulta más fácil que a estos autores admitir que, en

esta ocasión, el falo resulta ser el elemento imaginario — es un hecho y como tal hay que tomarlo — a través del cual el sujeto, en el plano genital, se introduce en la simbólica del don.

La simbólica del don y la maduración genital, que son cosas distintas, están sin embargo vinculadas por un factor incluido en la situación humana real, a saber, las reglas instauradas por la ley con respecto al ejercicio de las funciones genitales, en la medida en que intervienen efectivamente en el intercambio interhumano. Como las cosas se producen en este plano, la simbólica del don y la maduración genital están estrechamente vinculadas. Pero esto no tiene para el sujeto ninguna coherencia interna, biológica, individual. Por el contrario, se comprueba que el fantasma del falo, en el nivel genital, adquiere su valor en el interior de la simbólica del don. Freud insiste en ello — el falo no tiene, por una buena razón, el mismo valor para quien posee realmente el falo, o sea el niño macho, y para el niño que no lo posee, o sea el niño hembra.

El niño hembra, si se introduce en la simbólica del don es en cuanto que no posee el falo. En la medida en que ella faliciza la situación, es decir que se trata de tener o no tener el falo, entra en el complejo de Edipo. El niño, como subraya Freud, no es tanto que entre, sino que así es como sale. Al final del complejo de Edipo, cuando realiza en determinado plano la simbólica del don, es preciso que haga don de lo que tiene. La niña, si entra en el complejo de Edipo, es porque eso que no tiene debe encontrarlo en el complejo de Edipo.

¿Qué quiere decir *lo que no tiene*? Aquí estamos ya en el nivel donde un elemento imaginario entra en una dialéctica simbólica. Ahora bien, en una dialéctica simbólica lo que no se tiene existe tanto como todo lo demás. Simplemente, está marcado con el signo *menos*. La niña entra pues con el *menos*, como el niño entra con el *más*. De todos modos, tiene que haber algo para que se pueda poner un *más* o un *menos*, presencia o ausencia. Se trata del falo, eso es lo que está en juego. He aquí, nos dice Freud, por qué mecanismo se produce la entrada de la niña en el complejo de Edipo.

En el interior de esta simbólica del don, se pueden dar toda clase de cosas a cambio, tantas cosas, ciertamente, que por eso mismo vemos tantos equivalentes del falo en los síntomas.

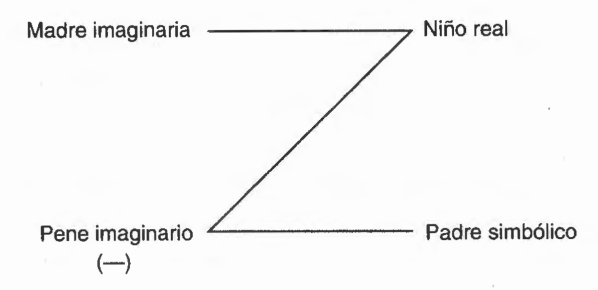
Freud va más lejos todavía, como verán ustedes indicado en su *Pegan a un niño* en términos claros y contundentes. ¿Por qué intervienen tantos elementos de las relaciones pregenitales en la dialéctica edípica? ¿Por

qué tienden a producirse frustraciones a nivel anal y oral, que realizan las frustraciones, los accidentes, los elementos dramáticos de la relación edípica, si de acuerdo con las premisas eso debería satisfacerse únicamente en la elaboración genital? La respuesta de Freud apunta a lo que tiene de oscuro para el niño eso que se produce en el nivel genital y, por supuesto, él no ha experimentado — los objetos que forman parte de las relaciones pregenitales, dice, son más accesibles a representaciones verbales, *Wortvorstellungen*.

Sí, Freud llega a decir que si los objetos pregenitales intervienen en la dialéctica edípica, es porque se prestan más fácilmente a las representaciones verbales. El niño puede decirse con mayor facilidad que lo que el padre le da a la madre es, por ejemplo, su orina, porque él conoce muy bien el uso y la función de la orina, además de su existencia como objeto. Es más fácil simbolizar, es decir añadirle un signo *más* o *menos*, un objeto que ya ha alcanzado cierta realización en la imaginación del niño. Sin embargo, esto sigue siendo difícil de aprehender y de difícil acceso para la niña.

En cuanto a la niña, su primera introducción en la dialéctica del Edipo se debe, según Freud, a que el pene que desea es el niño que espera recibir del padre, a modo de un sustituto. Pero en el ejemplo que nos ocupa, el de la joven homosexual, se trata de un niño real. La niña cuida a un niño consistente que interviene en el juego.

La joven homosexual



Por otra parte, ¿qué satisface en ella este niño que cuida? La sustitución imaginaria fálica por medio de la cual, como sujeto, se constituye, sin saberlo, como madre imaginaria. Si se satisface cuidando de este niño, es ciertamente para adquirir así el pene imaginario del que está fundamentalmente frustrada, lo que indico poniendo el pene imaginario bajo

el signo *menos*. Me limito a destacar lo característico de la frustración original — todo objeto introducido mediante una frustración realizada sólo puede ser un objeto que el sujeto toma en esta posición ambigua que es la de la pertenencia a su propio cuerpo.

Si lo subrayo, es porque a propósito de las relaciones primordiales del niño y la madre, suele ponerse todo el énfasis en el aspecto pasivo de la frustración. Sostienen que el niño experimenta por primera vez la relación del principio del placer y el principio de realidad en las frustraciones que sufre por parte de la madre, y a continuación se ve que emplean indistintamente los términos de frustración del objeto y pérdida del objeto de amor. Ahora bien, si en algo he insistido en las lecciones anteriores, ha sido en la bipolaridad o la oposición tan marcada que hay entre el objeto real en cuanto que el niño puede ser privado de él, o sea el seno de la madre, y por otra parte, la madre, en cuanto que por su posición puede conceder o no conceder ese objeto real.

Esta distinción entre el seno y la madre como objeto total la hace Melanie Klein. Ella distingue ciertamente los objetos parciales, por una parte, y por otra la madre, instituida como un objeto total, y crea en el niño la famosa posición depresiva. Es una forma de ver las cosas. Pero así se elude algo, y es que estos dos objetos no son de la misma naturaleza. En efecto, resulta que la madre, como agente, es instituida por la función de la llamada — que la madre es tomada, ya en su forma más rudimentaria, como un objeto marcado y connotado por la posibilidad de un *más* o de un *menos*, como presencia o ausencia — que la frustración realizada por cualquier cosa relacionada con la madre es frustración de amor — que todo lo que proviene de la madre en respuesta a esta llamada es don, es decir, algo distinto que el objeto. En otros términos, hay una diferencia radical entre, por una parte, el don como signo de amor, que apunta radicalmente a algo distinto, un más allá, el amor de la madre, y por otra el objeto, sea cual sea, que viene a satisfacer las necesidades del niño.

La frustración del amor y la frustración del goce son dos cosas distintas. La frustración del amor está en sí misma preñada de todas las relaciones intersubjetivas que a continuación podrán constituirse. La frustración del goce no lo está, en absoluto.

Contrariamente a lo que suele decirse, no es la frustración del goce lo que engendra la realidad, como muy bien vio el señor Winnicott, desde luego, con la confusión habitual que se lee en la literatura analítica. No podemos fundar ninguna génesis de la realidad en el hecho de que

el niño tenga o no tenga el pecho. Si no tiene el pecho, tiene hambre y sigue gritando. Dicho de otra manera, ¿qué produce la frustración del goce? Produce a lo sumo un relanzamiento del deseo, pero ninguna clase de constitución de objeto, en absoluto. Esto precisamente lleva al señor Winnicott a indicarnos algo que en verdad puede captarse en el comportamiento del niño como ilustración de un progreso efectivo, progreso que requiere una explicación original.

Si el niño fomenta la imagen fundamental del pecho de la madre, o cualquier otra imagen, no es simplemente porque sea privado de él. Es preciso tomar a la imagen en sí misma como una dimensión original. No es el pecho, sino su extremo, lo esencial en este caso, el *nipple*. A él se le sustituye y se le superpone el falo. Ambos tienen en común la característica de hacer que nos fijemos en ellos, porque se constituyen como imágenes.

Lo que en el niño sigue a la frustración del objeto de goce es una dimensión original que se mantiene en el sujeto en el estado de relación imaginaria. No es simplemente un elemento polarizador del impulso del deseo, como el señuelo que siempre orienta los comportamientos del animal. Hay algo significativo en las plumas o en las aletas del adversario que hace de él un adversario, y siempre se puede localizar lo que individualiza la imagen en lo biológico. Esto se encuentra presente, sin lugar a dudas, en el hombre, pero con otro acento, observable en el niño, para quien las imágenes se remiten a la imagen fundamental que determina su condición global. Se trata de esa forma global a la que él se adhiere, la forma del otro, imagen en torno a la cual pueden agruparse o segregarse los sujetos, como pertenencia o no pertenencia.

En suma, el problema no es saber en qué grado, mayor o menor, se elabora el narcisismo, concebido de entrada como un autoerotismo imaginado e ideal, sino por el contrario reconocer cuál es la función del narcisismo original en la constitución de un mundo objetal propiamente dicho. Por eso Winnicott se fija en esos objetos que él llama transicionales.

Sin ellos, no tendríamos ningún testimonio de cómo puede el niño constituir un mundo a partir de sus frustraciones. Por supuesto, el niño constituye un mundo, pero no debiera decirse que lo hace a propósito del objeto de sus deseos, del cual se vio frustrado en el origen. Constituye un mundo en la medida en que, al dirigirse hacia el objeto que desea, puede encontrarse con algo contra lo que tropieza, o algo con lo que se quema. No es en absoluto un objeto engendrado en modo alguno por

el objeto del deseo, no se trata de algo modelado por las etapas del desarrollo del deseo instituido y organizado en el desarrollo infantil. Es algo distinto. El objeto, en la medida en que es engendrado por la frustración, nos lleva a admitir la autonomía de la producción imaginaria en su relación con la imagen del cuerpo. Es un objeto ambiguo, que se encuentra entre las dos y a propósito del cual no se puede hablar ni de realidad ni de irrealidad. Así es como se expresa con mucha pertinencia el señor Winnicott, aunque lamentablemente, en vez de abordar el problema inaugurado por la introducción de este objeto en el orden de lo simbólico, se encuentra haciéndolo como a pesar suyo, porque a eso se llega por fuerza cuando se toma este camino.

Los objetos transicionales son esos objetos, medio reales, medio irreales, a los que el niño se aferra por medio de una especie de enganche, como por ejemplo una puntita de su sábana o de un babero. Esto no se observa en todos los niños, pero sí en la mayoría. El señor Winnicott ve muy bien la relación terminal de estos objetos con el fetiche, que llama erróneamente fetiche primitivo, pero en efecto es su origen.

El señor Winnicott se detiene en este punto y se dice que después de todo, con este objeto que no es ni real ni irreal, no le otorgamos ni una realidad plena ni un carácter plenamente ilusorio, ocurre como con tus ideas filosóficas, tu sistema religioso y todo lo que constituye el medio donde vive un buen ciudadano inglés que sabe por adelantado cómo comportarse. Esa doctrina en materia religiosa o filosófica que uno pueda tener, a nadie se le ocurre decir que te la crees a pies juntillas, como a nadie se le ocurre quitártela. Se trata de un dominio que está entre ambos extremos, y en él las cosas se instituyen con un carácter de semiexistencia. Este carácter lo indica el hecho de que normalmente a nadie se le ocurre imponerles a los demás, como un objeto en el que haya que creer, la autenticidad o la realidad pura y dura de la idea religiosa o la ilusión filosófica que él promueve. En suma, el mundo instituido de las Islas Británicas le indica a cada cual que tiene derecho a estar loco, a condición de que se quede su locura para él solo. Ahí empezaría la locura, si pretendiera imponer su locura privada al conjunto de sujetos, cada uno de ellos constituido en una especie de nomadismo del objeto transicional.

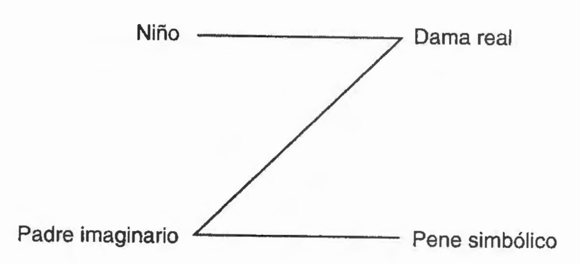
El señor Winnicott no anda desencaminado, la vida se sitúa ciertamente en medio de todo esto. ¿Cómo podría organizarse todo lo demás si no fuera por esto?

3

Para terminar, volvamos al caso de nuestra joven enamorada, de quien nos dicen que tiene su objeto transicional, el pene imaginario, cuando cuida a su niño. ¿Qué es preciso para que pase al tercer tiempo, es decir a la segunda etapa de las cinco situaciones que hoy no vamos a recorrer?

Es homosexual y ama como un hombre, nos dice Freud, *männliches Typus* — aunque el traductor lo haya traducido por *femenino* —, se encuentra en la posición viril. Esto se traduce también en nuestro esquema — el padre, que estaba en el Otro con mayúscula en la primera etapa, pasa al yo (moi). En a', está la dama, el objeto de amor que ha sustituido al niño. En A, el pene simbólico, es decir, lo que en el amor, en su punto más elaborado, está más allá del sujeto amado. Lo que se ama en el amor es, en efecto, lo que está más allá del sujeto, literalmente lo que no tiene. Si la dama es amada, lo es precisamente porque no tiene el pene simbólico pero lo tiene todo para tenerlo, siendo como es el objeto predilecto de todas las adoraciones del sujeto.

LA JOVEN HOMOSEXUAL (2)



Se ha producido pues una permutación que hace pasar al padre simbólico a lo imaginario, por identificación del sujeto con la función del padre. Simultáneamente, la dama real se traslada aquí, a la derecha, a título de objeto de amor, precisamente porque tiene ese más allá, el pene simbólico, que al principio se encontraba en el plano imaginario.

¿Qué ha ocurrido entretanto?

La característica de la observación, que aparece en el segundo tiempo y volvemos a encontrar en el cuarto, es que ha habido, en el plano de la relación imaginaria, una introducción de la acción real del padre, este padre simbólico que estaba ahí en el inconsciente.

En efecto, el deseo del pene es sustituido en la niña por el hijo que va a recibir del padre, un niño imaginario o real. En este caso, ya es bastante inquietante que sea real, mientras el padre, por su parte, permanece inconsciente como progenitor, y tanto más cuanto que el niño es real. Pero resulta que el padre da realmente un niño, no a la hija, sino a su madre. Ahora bien, la joven le había encontrado un sustituto real al niño inconscientemente deseado, sustituto en el que encontraba una satisfacción, rasgo demostrativo en ella de una acentuación de la necesidad, que da a la situación su dramatismo. Se entiende entonces que el sujeto sufriera una frustración muy particular cuando el niño real proveniente del padre como simbólico le fue dado a su propia madre.

He aquí lo característico de la observación. Cuando se dice que el motivo de que las cosas se precisaran en el sentido de una perversión es alguna acentuación de los instintos, o de las tendencias, o de determinada pulsión primitiva, ¿se distinguen bien estos tres elementos, absolutamente esenciales, a condición de poder diferenciarlos, que son lo imaginario, lo simbólico y lo real?

Pueden observar ustedes que si la situación se reveló, por razones muy estructuradas, como una relación de celos, y si la satisfacción imaginaria a la que se había entregado la chica se hizo insostenible, fue por la introducción de un real, un real que respondía a la situación inconsciente en el plano de lo imaginario. Por una especie de interposición, el padre se realiza ahora en el plano de la relación imaginaria y no ya como padre simbólico. Entonces se instaura otra relación imaginaria, que la joven completa como puede.

Esta relación está marcada por el hecho de que lo que estaba articulado de forma latente en el Otro con mayúscula, empieza a articularse de forma imaginaria, al modo de la perversión, y por otra parte, si esto acaba en una perversión es por este mismo motivo y por ningún otro. La joven se identifica con el padre y desempeña su papel. Se convierte ella misma en el padre imaginario. Se queda igualmente con su pene y se aferra a un objeto que no tiene, un objeto al que ella deberá darle necesariamente eso que no tiene.

Esta necesidad de centrar el amor no en el objeto, sino en lo que el objeto no tiene, nos sitúa precisamente en el corazón de la relación amorosa y el don. Se trata de algo que el objeto no tiene y que hace necesaria la tercera constelación de la historia de este sujeto.

La próxima vez seguiremos a partir de este punto, para profundizar en la dialéctica del don en la experiencia primordial que de ella tiene el sujeto, y también para ver su otra cara, la que hace un momento hemos dejado de lado. Pues si he acentuado las paradojas de la frustración del lado del objeto, todavía no he dicho qué resulta de la frustración de amor, qué significa en sí misma.

16 de enero de 1957

VIII

DORA Y LA JOVEN HOMOSEXUAL

La insistencia simbólica de la transferencia.
Padre potente, padre impotente.
El amor, la falta y el don.
Dora, entre pregunta e identificación.
Metonimia perversa, metáfora neurótica.

Este fascículo, segundo número de la revista *La Psychanalyse*, contiene algunos textos que les permitirán encontrar una nueva tentativa de la lógica, encontrarla ahí donde está de forma particularmente viva, es decir, en nuestra práctica. Me refiero a nuestro famoso juego de par o impar, y les remito a la introducción que como verán di a mi lección sobre *La carta robada*.

Obtendrán fácilmente los tres tiempos de la subjetividad, considerados en relación con la frustración y a condición de entender ésta en el sentido de la falta de objeto, si reflexionan de entrada sobre la posición cero del problema, o sea la oposición, la institución del símbolo puro *más* o *menos*, presencia o ausencia, que no es sino una posición objetivable de los datos del juego.

El segundo tiempo hay que encontrarlo en el hecho de que la declaración consistente en decir *par* o *impar*, es una especie de demanda que nos deja en la situación de ser gratificados o no por la respuesta del otro, pero como lo que ahora tiene en la mano son dados, entonces no depende de él satisfacer o no nuestra demanda. Aquí tenemos pues el segundo estadio de la relación dual, que instituye la llamada y su respuesta, y sobre esta última se establece el nivel de la frustración. Ven ustedes al mismo tiempo su carácter absolutamente fugaz y literalmente imposible de satisfacer.

Si el juego tiene para ustedes su interés, es evidentemente porque introducen en él la tercera dimensión que le da su sentido propio, la de la ley, bajo una forma siempre latente en el ejercicio del juego. En efecto, desde el punto de vista del demandante, ¿de qué se trata? Se supone evidentemente que el otro le sugiere en todo momento una regularidad,

dicho de otra manera, una ley, y al mismo tiempo se esfuerza por ocultársela. La institución de una ley o de una regularidad concebida como posible, el que propone la parte oculta del juego se la esconde al otro en todo momento, aunque le sugiere su nacimiento. En este momento es cuando se establece lo fundamental del juego, lo que le da su sentido intersubjetivo y lo sitúa en una dimensión no ya dual, sino ternaria.

En esta dimensión esencial estriba el valor de mi texto, a saber, que es necesario introducir tres términos para que pueda empezar a articularse algo semejante a una ley. Los tres tiempos intersubjetivos son estos que estamos siguiendo para tratar de ver cómo se introduce el objeto en la cadena simbólica. Pues por el solo hecho de ponerse a nuestro alcance, bajo nuestra jurisdicción, necesariamente, dicho objeto ha de entrar en esta cadena.

Aquí es donde habíamos llegado la última vez en la historia de nuestro caso de homosexualidad femenina.

1

Habíamos llegado a lo que llamé el tercer tiempo, es decir el tiempo constituido de la siguiente forma, que les resumo a partir de una primera situación tomada arbitrariamente como situación inicial.

Ya es hacer una concesión a un punto de vista progresivo, dense cuenta, admitir este ordenamiento cronológico de los términos desde el pasado hacia el futuro. Lo hacemos para facilitar las cosas, aproximándonos a lo que se hace habitualmente en la dialéctica de la frustración, sin olvidar que al concebirla de forma sumaria, o sea sin distinguir los planos real, imaginario y simbólico, llegamos a callejones sin salida que espero hacerles apreciar a medida que vayamos avanzando.

Pero por ahora, tratamos de establecer los principios de las relaciones entre el objeto y, por otra parte, la constitución de la cadena simbólica.

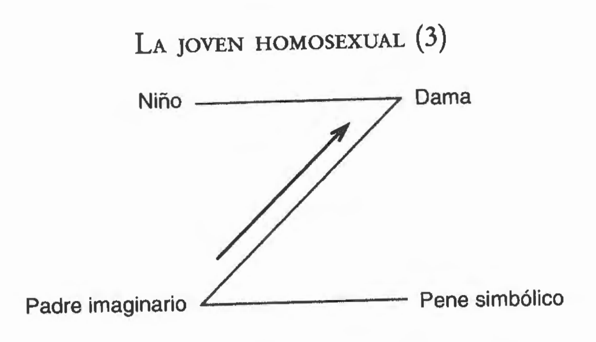
De entrada, tenemos la posición de la chica cuando se encuentra todavía en la época de la pubertad. La primera estructuración simbólica e imaginaria de esta posición se hace de forma clásica, como manda la teoría. La equivalencia pene imaginario-niño instaura al sujeto como madre imaginaria con respecto a ese más allá, el padre, que interviene como función simbólica, es decir, como quien puede dar el falo. La potencia

del padre es pues inconsciente. Nos encontramos después del declive del complejo de Edipo, y el padre, como aquél que puede dar el niño, es inconsciente.

En este estadio es cuando se produce, por así decirlo, el momento fatal en que el padre interviene en lo real para dar un hijo a la madre, es decir, que hace de ese niño con el cual el sujeto se halla en relación imaginaria, un niño real. Hay algo que se realiza y, en consecuencia, ella no podrá seguir sosteniéndolo en la posición imaginaria donde lo instituía. Nos encontramos ahora en un segundo tiempo. La intervención del padre real con respecto al niño, niño del que en consecuencia ella resulta frustrada, produce la transformación de toda la ecuación, planteada por consiguiente en estos términos — el padre imaginario, la dama, el pene simbólico.

Mediante una especie de inversión, la relación del sujeto con su padre, situada hasta ahora en el orden simbólico, pasa a la relación imaginaria. O, si ustedes quieren, hay una proyección de la fórmula inconsciente, la de su primer equilibrio, en una relación perversa entre comillas, una relación imaginaria, o sea su relación con la dama. Éste es el tercer tiempo.

La joven homosexual (3)



He aquí pues, tras una primera aplicación de nuestras fórmulas, la posición de los términos que están en juego, posición enigmática sin lugar a dudas, en la que podemos detenernos un instante. Es conveniente de todos modos observar que estos términos, sean cuales sean, imponen una estructura, es decir que si cambiamos alguno de posición, deberíamos situar de otro modo, y no en cualquier parte, todos los demás. Tratemos de ver ahora qué significa esto. El análisis nos proporciona su significación.

¿Qué nos dice Freud en el momento crucial de esta observación? Debido a una concepción determinada que se ha formado de la posición en cuestión, y por una intervención suya en este sentido, Freud cristaliza las posiciones respectivas, la de él y la de su paciente, de una forma nada satisfactoria, porque, como él mismo afirma, es entonces cuando se rompe la relación analítica. Piense lo que piense Freud, estamos lejos de inclinarnos a poner todo el peso en una posición sin salida por parte de la enferma. Su propia intervención, su concepción, sus prejuicios sobre la situación, algo habrán tenido que ver en la ruptura.

Recordemos en qué consiste esta situación y cómo nos la formula Freud. El nos dice que las resistencias de la enferma han sido insuperables. ¿Cómo materializa dichas resistencias? ¿Qué ejemplos da? ¿Qué sentido les da? Las ve expresadas particularmente en un sueño que, paradójicamente, hubiera podido dar no pocas esperanzas, o sea, de que la situación se normalizara. Es en efecto un sueño en el que se trata, nada más y nada menos, de unión, *conjugo*, matrimonio fecundo. En él la paciente está sometida a un cónyuge ideal y tiene hijos. En resumen, el sueño manifiesta un deseo que va en la dirección de lo que, si no Freud, al menos la sociedad, representada aquí por la familia, puede desear como el mejor resultado del tratamiento.

Armado con todo lo que la paciente le dice sobre su posición y sus intenciones, Freud, lejos de tomar el texto del sueño al pie de la letra, no ve en él más que una treta de la paciente, destinada expresamente a decepcionarlo, o más exactamente a ilusionarlo y desilusionarlo al mismo tiempo, como en esa práctica que mencioné hace un rato, el juego intersubjetivo de la adivinación. Esto supone, como Freud señala, que se le pueda objetar — *Pero entonces, ¿puede mentir el inconsciente?* Freud insiste mucho en este punto, lo discute y tiene cuidado de responder de forma muy articulada.

Freud toma aquí de nuevo un pasaje de *La interpretación de los sueños*. También lo hace en otra observación que vamos a ver dentro de un momento, la de Dora, a propósito de la cual hice en cierta ocasión, a continuación de un informe de Lagache sobre la transferencia, una breve intervención con el resumen de las posiciones que en mi opinión deben orientar la concepción del caso.

La *Traumdeutung*, a propósito de las relaciones entre el deseo inconsciente y el deseo preconsciente, introduce una comparación entre capitalista y empresario. El deseo preconsciente es el empresario del sueño, pero el sueño no sería en absoluto suficiente para instituirse como representante de lo que se llama el inconsciente, si no hubiera otro deseo que constituye el fondo del sueño, el deseo inconsciente. Freud distingue pues muy bien los dos deseos, sólo que no extrae las consecuencias más extremas. Es conveniente plantear la distinción entre lo que el sujeto introduce en su sueño, que corresponde al nivel del inconsciente, y el factor de la relación dual, debido a que cuando cuenta este sueño en el análisis se dirige a alguien. En este sentido digo yo que un sueño producido durante un análisis comporta siempre cierta dirección hacia el analista, y esta dirección no es siempre obligatoriamente la dirección inconsciente.

Toda la cuestión está en saber si se deben destacar las intenciones que según nos dice Freud son manifiestamente las de la enferma, o sea jugar con su padre — la misma enferma llega a formularlo — el juego de engaño, fingir que se somete a tratamiento y mantener sus posiciones, su fidelidad a la dama. Lo que se expresa en el sueño, ¿debe concebirse pura y simplemente en la perspectiva del engaño, es decir, de su intencionalización preconsciente?

No lo parece, porque si lo examinamos detalladamente, ¿qué es lo que vemos formularse? Sin duda se hace en una dialéctica de engaño, pero lo que se formula en el inconsciente, tanto en la primera como en la tercera etapa, es, devolviéndolo al significante, lo que en el origen está desviado, a saber, su propio mensaje que proviene del padre bajo una forma invertida, bajo la forma de *tú eres mi mujer, tú eres mi amo, tú tendrás un hijo mío*. Ésta es, a la entrada del Edipo, o mientras no se resuelve el Edipo, la promesa en la que se basa la entrada de la niña en el complejo de Edipo. Éste es el origen de la posición, y en el sueño se articula una situación que satisface tal promesa. Lo que se manifiesta es siempre el mismo contenido del inconsciente.

Si Freud titubea ante este contenido, es, precisamente, a falta de llegar a una formulación depurada de la transferencia. Hay en efecto en la transferencia un elemento imaginario y un elemento simbólico, y en consecuencia hay que elegir. Si la transferencia tiene sentido, si tiene sentido lo que Freud nos aportó ulteriormente con la noción de *Wiederholungszwang*, que me tomé la molestia de dedicar un año a hacerles ver cuál podía ser su significado, es que si hay transferencia es en la medida en que hay una insistencia propia de la cadena significante.

Sin duda, por definición, esta insistencia propia de la cadena simbólica no la sume el sujeto. Sin embargo, el solo hecho de que se produzca y surja en la etapa tres, subsistiendo y formulándose en un sueño, per-

mite decir que dicho sueño, aunque parezca un sueño falaz porque está en el plano imaginario y en relación directa con el terapeuta, no es menos el único representante de la transferencia en su sentido propio. En esto podía depositar Freud con toda seguridad su confianza, para intervenir con audacia. Su noción de la transferencia debería haberse basado en una posición menos oscilante, y hubiera debido pensar precisamente que la transferencia se produce en lo esencial en el plano de la articulación simbólica.

Cuando hablamos de transferencia, cuando algo adquiere su sentido al convertirse el analista en el lugar de la transferencia, es precisamente en la medida en que se trata de la articulación simbólica propiamente dicha, y ello, por supuesto, antes de que el sujeto la haya asumido, como puede verse aquí en lo que es un sueño de transferencia. Si Freud observa de todos modos que aquí se produce algo del orden de la transferencia, no extrae la consecuencia estricta, ni tampoco el método correcto de intervención.

Esta observación no sólo es válida para un caso particular. Tenemos igualmente otro caso en el cual el problema se plantea al mismo nivel y de la misma forma, sólo que Freud comete el error exactamente contrario. Es el caso de Dora.

Estos dos casos se equilibran admirablemente. Se entrecruzan estrictamente el uno con el otro. En primer lugar, porque la confusión de la posición simbólica con la posición imaginaria se produce en un sentido opuesto en cada caso. Pero más aún porque, en el conjunto de su constelación, se corresponden estrictamente, sólo que uno se organiza con respecto al otro como lo positivo es a lo negativo. Podría decir que no hay mejor ilustración de la fórmula de Freud — la perversión es el negativo de la neurosis.

Pero es preciso desarrollarlo.

2

Recordemos rápidamente los términos del caso de Dora por lo que tienen en común con los de la constelación presente en el caso de la joven homosexual.

Tenemos en el caso de Dora exactamente los mismos personajes —

en primer término, un padre, una hija y también una dama, la señora K. Nos resulta tanto más chocante que todo el problema gire de la misma forma alrededor de la dama, aunque esto se le oculta a Freud en la presentación de la situación por parte de la chica.

Se trata de una pequeña histérica que le llevan por algunos síntomas que ha tenido, menores sin duda, pero aun así inequívocos. La situación se ha hecho intolerable tras una especie de demostración o de intención de suicidio que ha acabado alarmando a su familia. El padre se la presenta a Freud como una enferma, y este mismo paso, la propia consulta, es un elemento que de por sí denota, sin lugar a dudas, una crisis en el conjunto social que hasta entonces se había mantenido en cierto equilibrio. Sin embargo, este singular equilibrio se había roto ya dos años atrás, con motivo de una situación que de entrada le ocultan a Freud, a saber que el padre tenía como amante a una tal señora K., casada con un señor llamado señor K. Esta pareja vive en una especie de relación de cuarteto con la pareja formada por el padre y la hija. La madre está ausente de la situación.

Vemos ya, a medida que vamos avanzando, el contraste con respecto a la situación anterior. En el caso de la joven homosexual, en efecto, la madre está presente, puesto que es ella quien le arrebata a la hija la atención de su padre e introduce el elemento de frustración real que habrá sido determinante en la formación de la constelación perversa. Por otra parte, en el caso de Dora, es el padre quien introduce a la dama y al parecer la mantiene ahí, mientras que en el otro caso es la hija quien la introduce.

Lo chocante es que Dora le indica enseguida a Freud su reivindicación extremadamente intensa del afecto de su padre, que, según ella, le fue arrebatado por la relación en cuestión. Le demuestra inmediatamente a Freud que siempre estuvo al corriente de la existencia de tal relación, de su permanencia y su carácter preferente, y que ha llegado a resultarle intolerable. Todo su comportamiento denota su reivindicación frente a esa relación.

Freud da entonces un paso, el primero de la experiencia freudiana, el más decisivo por su cualidad propiamente dialéctica. Lleva a Dora hasta la siguiente pregunta — *Esto que la subleva a usted como si de una disipación se tratara, ¿acaso no es algo en lo que usted misma ha participado?* Y en efecto, Freud pone al descubierto rápidamente que, hasta ese momento crítico, la situación había sido sostenida de la forma más eficaz por la misma Dora. Ella se había mostrado mucho más que complacien-

te con esta situación singular, en realidad había sido incluso su pieza clave, había protegido los apartes de la pareja del padre y la dama, incluso había sustituido en una ocasión a la dama en sus funciones, cuidando de sus hijos, por ejemplo. Por otra parte, a medida que nos adentramos en la estructura del caso, se revela incluso que Dora tiene una relación muy especial con la dama, que resulta ser su confidente y, al parecer, ha llegado muy lejos en sus confidencias.

Este caso es tan rico, que todavía permite hacer descubrimientos, y este rápido recordatorio no puede de ningún modo sustituir a una lectura atenta. Señalemos entre otras cosas el intervalo de nueve meses entre el síntoma histérico de la apendicitis y su raíz, la escena del lago — que Freud cree descubrir porque la enferma se lo proporciona simbólicamente, pero si se examina con más cuidado, veremos que en realidad son quince meses. Y estos quince meses tienen su sentido, porque el quince está por todas partes en la observación, y es un elemento útil para su comprensión, puesto que se basa en números y en un valor puramente simbólico.

Hoy sólo puedo recordarles en qué términos se plantea el problema a lo largo de toda la observación. Sin duda Freud se da cuenta **a posteriori** de que si ha fracasado, es en razón de una resistencia de la paciente a admitir la relación amorosa que la une con el señor K., algo que él le sugirió como un hecho con todo el peso de su insistencia y de su autoridad. Freud llega incluso a indicar en una nota que sin duda hubo algún error por su parte, y que hubiera debido comprender que el apego homosexual por la señora K. era la verdadera significación de la institución de la posición primitiva de Dora, así como de su crisis. Pero lo importante no es únicamente que Freud lo reconozca *a posteriori*, porque a lo largo de toda la observación pueden ustedes leer cómo se mantiene en la mayor ambigüedad en lo que se refiere al objeto real del deseo de Dora.

¿En qué términos se debe articular la posición del problema? También en este caso, se trata de dar una formulación posible de esta ambigüedad, de alguna forma no resuelta. Está claro que el señor K., su persona, tiene una importancia primordial para Dora y que con él se establece algo semejante a un vínculo libidinal. Está claro también que algo de otro orden, de una importancia igualmente considerable, juega un papel en el vínculo libidinal de Dora con la señora K. ¿Cómo concebir ambos de forma que se justifique y permita concebir, tanto la progresión de la aventura como el momento en que se detiene, su crisis, el punto de ruptura del equilibrio?

Hace cinco años abordé por primera vez esta observación y, de acuerdo con la estructura de las histéricas, indicaba lo siguiente — la histérica es alguien cuyo objeto es homosexual — la histérica aborda este objeto homosexual por identificación con alguien del otro sexo. Se trataba de un primer planteamiento, en cierto modo clínico.

Llegué más lejos. Partiendo de la relación narcisista como fundadora del yo (moi), como matriz, *Urbild*, de la constitución de esa función imaginaria llamada el yo, había mostrado que había huellas de ella en la observación. La situación de esta cuadrilla, en efecto, sólo se entiende en la medida en que el yo — sólo el yo — de Dora ha hecho una identificación con un personaje viril, el señor K., y que los hombres son para ella otras tantas cristalizaciones posibles de su yo. En otros términos, por medio del señor K., en la medida en que ella es el señor K., en el punto imaginario que constituye la personalidad del señor K., es como Dora está vinculada con el personaje de la señora K.

Llegué todavía un poco más lejos y dije — la señora K. es alguien importante, ¿por qué? No sólo es importante porque constituye el objeto de una elección entre otros objetos. No sólo es importante porque está investida con la función narcisista que se encuentra en el fondo de todo enamoramiento, *Verliebtheit*. No, como lo indican los sueños, y lo esencial de la observación gira en torno a los sueños, la señora K. es la pregunta de Dora.

Ahora tratemos de transcribir esto en nuestra formulación presente para situar lo que, en este cuarteto, se ordena en nuestro esquema fundamental.

Dora es una histérica, es decir, alguien que ha alcanzado la crisis edípica y que, al mismo tiempo, ha podido y no ha podido franquearla. Hay una razón para ello — es que su padre, al revés que el padre de la homosexual, es impotente. Toda la observación descansa en la noción central de la impotencia del padre. He aquí pues una ocasión propicia para destacar, de una forma particularmente ejemplar, en qué puede consistir la función del padre en relación con la falta de objeto que hace entrar a la niña en el Edipo. ¿Cuál puede ser la función del padre como donador?

Esta situación descansa en la distinción que ya hice a propósito de la frustración primitiva, la que puede establecerse en la relación del niño con la madre. Hay un objeto del que el niño es frustrado. Pero después de la frustración, su deseo subsiste. La frustración sólo tiene sentido en la medida en que el objeto, como pertenencia del sujeto, subsiste des-

pués de la frustración. La madre interviene entonces en otro registro — da o no da, pero en cuanto que ese don es signo de amor.

He aquí ahora al padre, que sirve para ser quien da simbólicamente ese objeto faltante. Aquí, en el caso de Dora, no lo da, porque no lo tiene. La carencia fálica del padre atraviesa toda la observación como una nota fundamental, constitutiva de la posición. Pero, también en este caso, ¿lo encontramos en un solo plano? ¿Toda la crisis se establecerá pura y simplemente en relación con esta falta? Observemos de qué se trata. ¿Qué es dar? No hay acaso otra dimensión, introducida ahí donde la relación de objeto es elevada al grado simbólico por el hecho de que el objeto puede ser dado o no? En otros términos, lo que se da, ¿es alguna vez el objeto? Ésta es la cuestión, y en la observación de Dora vemos uno de sus desenlaces, que es ejemplar.

En efecto, ella sigue muy vinculada con este padre de quien no recibe simbólicamente el don viril, tan vinculada que su historia empieza exactamente a la edad de la salida del Edipo, con toda una serie de accidentes histéricos netamente vinculados con manifestaciones de amor por ese padre que, en este momento, más que nunca, se presenta como un padre herido y enfermo, afectado en sus mismas potencias vitales. El amor que Dora le tiene a este padre es en tal caso estrictamente correlativo y coextensivo de su disminución.

Tenemos pues aquí una distinción muy clara. Lo que interviene en la relación de amor, lo que se pide como signo de amor, es siempre algo que sólo vale como signo y como ninguna otra cosa. O, por ir todavía más lejos, no hay mayor don posible, mayor signo de amor, que el don de lo que no se tiene. Pero nótese que la dimensión del don sólo existe con la introducción de la ley. Como nos dice toda la meditación sociológica, el don es algo que circula, el don que uno hace es siempre el don que ha recibido. Pero cuando se trata del don entre dos sujetos, el ciclo de los dones tiene todavía un origen distinto, pues lo que establece la relación de amor es que el don se da, digámoslo así, por nada.

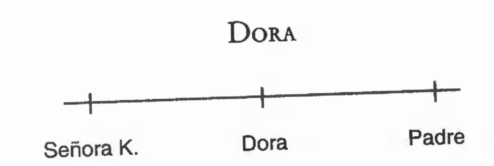
El principio del intercambio es *nada por nada*. Esta fórmula, como toda fórmula en la que interviene el ambiguo *nada*, parece la misma fórmula del interés, pero es también la fórmula de la gratuidad. En el don de amor, se da algo por nada, y sólo puede ser nada. Dicho de otra manera, lo que constituye el don es que un sujeto da algo de forma gratuita, pues tras lo que da está todo lo que le falta, el sujeto sacrifica más allá de lo que tiene. Lo mismo ocurre por otra parte en el don primitivo, tal como se ejerce efectivamente en el origen de los intercambios humanos bajo la forma del *potlatch*.

Supongamos un sujeto cargado con todos los bienes posibles, todas las riquezas, un sujeto que tenga el colmo de todo lo que se pueda tener. Pues bien, un don suyo no tendría en absoluto el valor de un signo de amor. Los creyentes se imaginan poder amar a Dios porque se supone que Dios posee una total plenitud, el colmo del ser. Pero si puede concebirse siquiera tal reconocimiento por un dios que sería todo, es porque en el fondo de toda creencia hay sin embargo esto — a este ser supuestamente pensado como un todo, le falta sin duda lo principal en el ser, es decir la existencia. En el fondo de toda creencia en el dios como perfecta y totalmente munificente, se encuentra la noción de ese no sé qué que siempre le falta y hace que de todos modos siempre se pueda suponer que no existe.

Si de algo no cabe duda es de que entonces Dora se encuentra en el momento en que ama a su padre. Lo ama precisamente por lo que él no le da. Toda la situación es impensable sin esta posición primitiva, que se mantiene hasta el final. Lo que ahora hay que concebir es cómo se ha podido soportar, cómo se ha tolerado, si el padre, ante la misma Dora, ha hecho algo, algo distinto y que Dora parece incluso haber inducido.

La observación se basa en el siguiente ternario — el padre, Dora, señora K.

Dora



Toda la situación se instaura como si Dora tuviera que plantearse la pregunta — *¿Qué es lo que mi padre ama en la señora K.?* La señora K. se presenta como algo a lo que el padre puede amar más allá de ella misma. A lo que Dora se aferra, es a lo que su padre ama en otra, en la medida en que no sabe qué es.

Esto está muy de acuerdo con lo que supone toda la teoría del objeto fálico, a saber, que el sujeto femenino sólo puede entrar en la dialéctica del orden simbólico por el don del falo. Freud no niega la necesidad real que corresponde de por sí al órgano femenino, a la fisiología de la mujer, pero nunca puede intervenir así en el establecimiento de la posición de deseo. El deseo apunta al falo como don, que ha de ser recibido

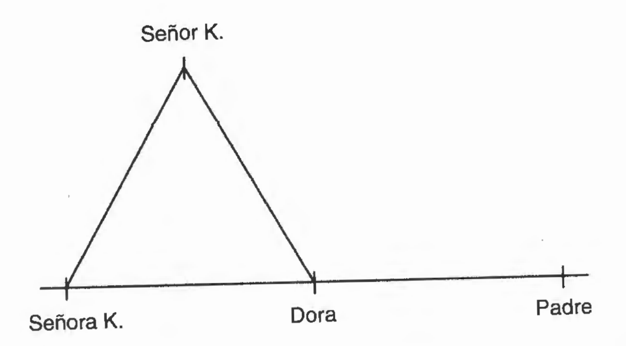
a este título. Con este fin es necesario que el falo, ausente, o presente en otra parte, sea elevado al nivel del don. Al ser elevado a la dignidad de objeto de don, hace entrar al sujeto en la dialéctica del intercambio, normalizando así todas sus posiciones, incluidas las prohibiciones esenciales que fundan el movimiento general del intercambio. En este contexto la necesidad real vinculada con el órgano femenino, cuya existencia nunca se le ocurrió a Freud negarla, tendrá su lugar y obtendrá su satisfacción accesoriamente, pero nunca será discernido simbólicamente como algo dotado de sentido, siempre será en sí mismo esencialmente problemático, situado antes de cierto franqueamiento simbólico.

De eso se trata precisamente durante el despliegue de todos esos síntomas y a lo largo de toda la observación. Dora se pregunta — *¿Qué es una mujer?* Y eso porque la señora K. encarna propiamente la función femenina, porque ella es para Dora la representación de algo en lo que dicha función se proyecta como pregunta, como la pregunta. Dora se encamina a una relación dual con la señora K., o más bien la señora K. es lo que es amado más allá de Dora, y por eso la propia Dora siente interés por esta posición. La señora K. realiza lo que ella, Dora, no puede ni saber ni conocer de esta situación en la que ella consigue alojarse. Lo que se ama en un ser está más allá de lo que es, está, a fin de cuentas, en lo que le falta.

Dora se sitúa en algún lugar entre su padre y la señora K. Si su padre ama a la señora K., Dora se siente satisfecha, a condición, por supuesto, de que se mantenga esta posición. Por otra parte, esta situación se simboliza de mil formas. Así, el padre impotente suple por todos los medios del don simbólico, incluso los dones materiales, lo que no realiza como presencia viril, y de paso hace a Dora su beneficiaria, con una munificencia que se reparten a partes iguales su amante y su hija, de modo que lleva a esta última a participar en esa posición simbólica.

Sin embargo, con eso no basta, y Dora trata de restituir el acceso a una posición que se manifiesta en sentido inverso. Me refiero a que trata de restablecer una situación triangular, no ya con respecto al padre, sino con respecto a la mujer que tiene enfrente, la señora K. Aquí es donde interviene el señor K., con quien puede cerrarse efectivamente el triángulo, pero en una posición invertida.

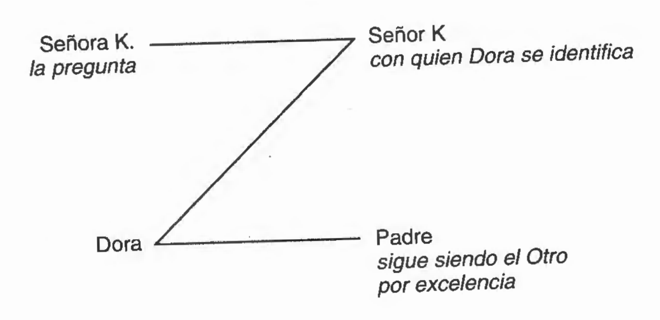
Dora (2)



Por el propio interés de su pregunta, Dora considera que el señor K. participa de lo que simboliza el lado pregunta de la presencia de la señora K., a saber la adoración, expresada igualmente mediante una asociación simbólica muy manifiesta de la señora K. con la Madonna Sixtina. La señora K. es objeto de adoración por quienes la rodean y, a fin de cuentas, Dora se sitúa con respecto a ella como participando de esta adoración. El señor K. es su forma de normativizar esa posición, tratando de reintegrar en el circuito al elemento masculino.

¿Cuándo le da una bofetada? No cuando la corteja o cuando le dice que la ama. No, incluso cuando la aborda de una forma intolerable para una histérica. Es en el momento en que le dice — *Ich habe nichts an meiner Frau*. La fórmula alemana es particularmente expresiva, tiene un sentido particularmente vívido, si damos al término *nada* todo su alcance. Lo que el señor K., dice, en suma, lo retira a él mismo del circuito así constituido, que queda establecido así en su orden propio —

Dora (3)



Dora puede admitir que su padre ame en ella, y a través de ella, algo que está más allá, la señora K., pero para que el señor K. resulte tolerable en su posición, ha de ocupar la función exactamente inversa y equilibradora. A saber, que Dora sea amada por el señor K. más allá de su mujer, pero en la medida en que su mujer es algo para él. Este algo, es lo mismo que esa *nada* que ha de haber más allá, es decir, Dora en este caso. Él no dice que su mujer no es nada para él, dice que, junto a su mujer, no hay nada. El *an* lo encontramos en mil locuciones alemanas, por ejemplo, en la expresión *Es fehlt ihm an Geld*. Es una afinidad, un añadido, que está más allá de lo que falta. Es esto precisamente lo que encontramos aquí. El señor K. quiere decir que no hay nada detrás de su mujer — *Mi mujer no está en el circuito*.

¿Qué resulta de ello? Dora no puede tolerar que sólo se interese por ella interesándose sólo en ella. Inmediatamente, toda la situación se rompería. Si el señor K. sólo está interesado en ella, es que su padre sólo se interesa por la señora K., y entonces ella no puede tolerarlo. ¿Por qué?

Sin embargo, para Freud, Dora encaja a pesar de todo en una situación típica. Como explica el señor Claude Lévi-Strauss en *Las estructuras elementales del parentesco*, el intercambio de los vínculos de alianza consiste exactamente en esto — *He recibido una mujer y debo una hija*. Pero esto, que es el principio mismo de la institución del intercambio y de la ley, hace de la mujer un puro y simple objeto de intercambio, no queda integrada ahí sin más. En otros términos, si ella misma no ha renunciado a algo, es decir, precisamente al falo paterno concebido como objeto de don, no puede concebir nada, subjetivamente hablando, que haya de recibir de otros, es decir de otro hombre. En la medida de su exclusión de la primera institución del don y de la ley en la relación directa del don de amor, sólo puede vivir esta situación sintiéndose reducida pura y simplemente al estado de objeto.

Eso mismo es lo que ocurre en este momento. Dora se rebela y empieza a decir — *Mi padre me vende a otro*. Éste es en efecto el resumen claro y perfecto de la situación, por eso se mantiene a media luz. De hecho, para el padre es verdaderamente una forma de pagar la complacencia del marido de la señora K. tolerar de forma velada que éste se dedique con Dora a lo mismo que él se ha dedicado durante años, a hacer la corte.

Así, el señor K. confiesa estar excluido de un circuito en el que Dora podría, o bien identificarlo con ella, o bien pensar que ella, Dora, es su objeto más allá de la mujer por medio de la cual ella está vinculada con él. Se rompen esos vínculos, sutiles y ambiguos sin duda, pero dotados

de sentido, perfectamente orientados, que permitían a Dora encontrar su lugar en el circuito, aun de forma inestable. La situación se desequilibra, Dora se ve relegada al papel del puro y simple objeto, y entonces empieza a ponerse reivindicativa. Reivindica el amor de su padre, algo que hasta ahora se mostraba dispuesta a considerar que recibía, aunque por mediación de otra.

3

Dora y nuestra homosexual se hallan pues implicadas en dos situaciones y dos registros distintos. ¿Qué diferencia se pone así de manifiesto?

Para ir deprisa y terminar con algo ilustrativo, les diré lo siguiente, que luego confirmaremos.

Si es cierto que lo que se mantiene en el inconsciente de nuestra homosexual es la promesa del padre, *Tendrás un hijo mío*, y si en su amor exaltado por la dama muestra, como nos dice Freud, el modelo del amor absolutamente desinteresado, del amor por nada, ¿no ven ustedes que todo ocurre como si la chica quisiera mostrarle a su padre qué es un verdadero amor, ese amor que su padre le ha negado? Sin duda en el inconsciente del sujeto existe el pensamiento de que el padre se ha puesto de parte de la madre porque así obtiene más ventajas, y en efecto esta relación es fundamental en toda entrada del niño en el Edipo, es decir la superioridad aplastante del rival adulto. Lo que la chica le demuestra aquí a su padre, es cómo se puede amar a alguien, no sólo por lo que tiene, sino literalmente por lo que no tiene, por ese pene simbólico que, como ella sabe muy bien, no va a encontrar en la dama, porque sabe perfectamente dónde está, o sea en su padre, que no es, por su parte, impotente.

En otros términos, lo que se llama por así decirlo la perversión en este caso, se expresa entre líneas, por contrastes y alusiones. Es una forma de hablar de algo muy distinto, implicando necesariamente por la secuencia estricta de los términos que intervienen una contrapartida, precisamente lo que se quiere dar a entender al otro. Aquí tienen ustedes lo que en otra ocasión llamé ante ustedes la metonimia, que consiste en dar a entender algo hablando de otra cosa muy distinta. Si no captan ustedes en toda su generalidad esta noción fundamental de la metonimia, es inconcebible que lleguen a tener alguna noción de lo que puede significar la perversión en lo imaginario.

La metonimia es el principio de lo que se puede llamar, en el terreno de la fabulación y del arte, el realismo. Una novela, hecha de un montón de pequeños trazos sensibles de lo real que no quieren decir nada, no tiene ningún valor si no hace vibrar más allá armónicamente un sentido. Así, al principio de *Guerra y paz*, el tema repetido de los hombros desnudos de las mujeres vale por alguna otra cosa. Si los grandes novelistas son soportables, es porque todo lo que se dedican a mostrarnos adquiere su sentido, de ningún modo simbólicamente, ni alegóricamente, sino por lo que hacen resonar a distancia. Lo mismo ocurre con el cine — cuando una película es buena, es porque es metonímica. Y de la misma manera, la función de la perversión del sujeto es una función metonímica.

Con Dora, que es una neurótica, ¿ocurre igual? Es muy distinto. Si consideran el esquema, se constata que en la perversión nos enfrentamos a una conducta significante que indica un significante más alejado en la cadena significante, en la medida en que le está vinculado a través de un significante necesario. En el caso de Dora, Dora tomada como sujeto se sitúa a cada paso bajo cierto número de significantes de la cadena. Encuentra en la situación una especie de metáfora perpetua.

Literalmente, el señor K. es su metáfora, porque de lo que ella es, Dora no puede decir nada. Dora no sabe dónde situarse, ni dónde está, ni para qué sirve el amor. Sabe tan sólo que el amor existe y halla una historización del amor en la que encuentra su propio lugar bajo la forma de una pregunta. Esta pregunta se centra en el contenido y la articulación de todos sus sueños — el joyero, *Bahnhof*, *Friedhof*, *Vorhof* —, cuyo único significado es esta misma pregunta. Total, si Dora se expresa como lo hace, a través de sus síntomas, es porque se pregunta qué es ser mujer. Esos síntomas son elementos significantes, pero lo son porque por debajo corre un significado en perpetuo movimiento, que es como Dora se implica y se interesa.

La neurosis de Dora adquiere su sentido como metafórica, y así es como puede resolverse. Freud quiso introducir en esta metáfora, o quiso forzar, el elemento real que tiende a reintroducirse en toda metáfora, diciéndole a Dora — *A usted le gusta eso precisamente*. Por supuesto, con la intervención del señor K., algo tendió a normalizarse, pero ese algo permaneció en estado metafórico.

Lo demuestra esa especie de embarazo de Dora posterior a la crisis de ruptura con el señor K., que Freud percibe con ese prodigioso sentido intuitivo de las significaciones, característico en él. Es en efecto un aborto extraño y significativo lo que se produce al cabo de nueve meses,

como dice Freud, porque lo dice la propia Dora, revelando así que hay una especie de embarazo. De hecho se trata de quince meses, lo que supera el plazo normal para el parto. Es significativo que Dora vea en ello la última resonancia del vínculo que la une todavía con el señor K. Encontramos aquí la equivalencia de una especie de copulación que se traduce al orden de lo simbólico de una forma puramente metafórica. Una vez más, el síntoma no es en este caso más que una metáfora. Para Dora es una especie de tentativa de recuperar la ley de los intercambios simbólicos, en relación con el hombre con el que se ha de unir o desunir.

Por el contrario, el parto que encontramos igualmente al final de la observación de la homosexual, antes de que vaya a parar a manos de Freud, se manifiesta así — de pronto, se tira desde un pequeño puente del ferrocarril. Esto se produce cuando el padre real interviene una vez más para manifestarle su irritación y su ira, intervención sancionada por la mujer que se encuentra junto a ella y le dice que no quiere verla más. La joven se queda sin recursos. Hasta ese momento, había resultado bastante frustrada de lo que debía habérsele dado, o sea el falo paterno, pero había encontrado el medio de mantener el deseo por la vía de la relación imaginaria con la dama. Cuando ésta la rechaza, ya no puede sostener nada. El objeto se ha perdido definitivamente, y ni siquiera aquella nada en la que se ha basado para demostrar a su padre cómo se puede amar tiene ya razón de ser. En ese momento, se suicida.

Como Freud subraya, esto tiene igualmente otro sentido, el de una pérdida definitiva del objeto. El falo que se le niega definitivamente, cae, *niederkommt*. La caída tiene aquí valor de privación definitiva y también de mímica de una especie de parto simbólico. Aquí tienen otra vez el aspecto metonímico del que les hablaba. Si el acto de precipitarse desde un puente del ferrocarril en el momento crítico y terminal de sus relaciones con la dama y con el padre, Freud puede interpretarlo como una forma demostrativa de convertirse ella misma en ese niño que no ha tenido, destruyéndose al mismo tiempo en un último acto significativo del objeto, es únicamente basándose en la existencia de la palabra *niederkommt*.

Esta palabra indica metonímicamente el último término, el término suicida que expresa en la homosexual lo que está en juego, el único motor de toda su perversión, a saber, de acuerdo con lo que tantas veces afirmó Freud sobre la patogénesis de cierto tipo de homosexualidad femenina, un amor estable y particularmente reforzado por el padre.

23 de enero de 1957

EL OBJETO FETICHE

IX

LA FUNCIÓN DEL VELO

El falo simbólico.
Cómo realizar la falta.
El recuerdo pantalla, detención en una imagen.
Alternancia de las identificaciones perversas.
Estructura del exhibicionismo reactivo.

Siguiendo con nuestras reflexiones sobre el objeto, hoy voy a proponerles lo que de ello se deduce a propósito de un problema que materializa la cuestión del objeto de una forma particularmente aguda, a saber el fetiche y el fetichismo.

Verán ustedes aquí de nuevo los esquemas que he tratado de aportarles en estos últimos tiempos, expresados muy especialmente en estas afirmaciones paradójicas — lo que se ama en el objeto es lo que le falta — sólo se da lo que no se tiene.

Este esquema fundamental que implica en todo intercambio simbólico, sea cual sea el sentido de su funcionamiento, la permanencia del carácter constituyente de un más allá del objeto, nos permite tener una nueva visión de esa perversión que ha tenido un papel ejemplar en la teoría analítica, y establecer de otra forma lo que podría llamar sus ecuaciones fundamentales.

Se trata pues del fetichismo.

1

Freud aborda la cuestión del fetichismo en dos textos fundamentales, escalonados de 1904 a 1927, y si otros vuelven a referirse a esta cuestión ulteriormente, estos dos son los más preciosos — el párrafo sobre el fetichismo en los *Tres ensayos para una teoría sexual* y el artículo titulado *Fetichismo.*

Freud nos dice de entrada en este artículo que el fetiche es el símbolo de algo, pero que sin duda lo que va a decirnos nos decepcionará, pues se ha dicho de todo sobre el fetiche desde que se habla, y el propio Freud habla, del análisis. Se trata, una vez más, del pene.

Pero inmediatamente después, Freud subraya que no se trata de cualquier pene. No parece que se le haya sacado demasiado partido a esta precisión en su fondo estructural, o sea en las suposiciones fundamentales que implica si se lee por primera vez sin prejuicios. Por decirlo de una vez, el pene en cuestión no es el pene real, sino el pene en la medida en que la mujer lo tiene — es decir en la medida en que no lo tiene.

Subrayo el punto oscilante donde debemos detenernos un momento para darnos cuenta de lo que normalmente se elude. Para alguien que no se sirva de nuestras claves, se trata simplemente de un desconocimiento de lo real — se trata del falo que la mujer no tiene y que debería tener por razones que dependen de la dudosa relación del niño con la realidad. Ésta es la vía común, sostenida habitualmente en todo tipo de especulaciones sobre el futuro, el desarrollo y las crisis del fetichismo, y como he podido verificar con una amplia lectura de todo lo que se ha escrito sobre el fetichismo, conduce a toda clase de callejones sin salida.

Como siempre, me esforzaré por no extenderme demasiado en esa selva de la literatura analítica. En verdad, se trata aquí de un tema que exigiría, para tratarlo eficazmente, no ya horas, sino una historia detallada, porque nada hay tan delicado, incluso pesado, como situar el punto preciso donde una materia se escabulle al evitar el autor el punto crucial de una distinción. Les daré pues aquí, en una parte de lo que voy a exponerles, el resultado más o menos decantado de mis lecturas, pidiéndoles que me sigan.

Para evitar las errancias a las que se ven llevados los distintos autores durante años si evitan este punto, para situar de forma adecuada lo que está en juego, el nervio diferencial es el siguiente — no se trata en absoluto de un falo real que, como real, exista o no exista, sino de un falo simbólico que por su naturaleza se presenta en el intercambio como ausencia, una ausencia que funciona en cuanto tal.

En efecto, todo lo que se puede transmitir en el intercambio simbólico es siempre algo que es tanto ausencia como presencia. Sirve para tener esa especie de alternancia fundamental que hace que, tras aparecer en un punto, desaparezca para reaparecer en otro. Dicho de otra manera, circula dejando tras de sí el signo de su ausencia en el lugar de donde proviene. En otros términos todavía, el falo en cuestión, lo reconocemos enseguida — es un objeto simbólico.

Por otra parte, se establece a través de este objeto un ciclo estructural de amenazas imaginarias limitadas por la dirección y el empleo del falo real. Éste es el sentido del complejo de castración, y así es como el hombre queda prendido en él. Pero hay también otro uso, que está, digamos, escondido por los fantasmas más o menos temibles de la relación del hombre con las prohibiciones, en lo que en éstas concierne al uso del falo — se trata de la función simbólica del falo. La diferenciación simbólica de los sexos se instaura porque el falo está o no está, y sólo en función de que está o no está.

Este falo, la mujer no lo tiene, simbólicamente. Pero no tener el falo simbólicamente es participar de él a título de ausencia, así pues es tenerlo de algún modo. El falo siempre está más allá de toda relación entre el hombre y la mujer. Puede ser alguna vez objeto de una nostalgia imaginaria por parte de la mujer, puesto que ella sólo tiene un falo pequeñito. Pero este falo que puede sentir como insuficiente no es el único que interviene en su caso, pues al estar implicada en la relación intersubjetiva, para el hombre hay, más allá de ella misma, el falo que ella no tiene, es decir, el falo simbólico, que existe ahí como ausencia. Esto es del todo independiente de la inferioridad que ella pueda sentir en el plano imaginario, debido a su participación real en el falo.

Este pene simbólico, que el otro día situaba yo en el esquema de la homosexual, desempeña una función esencial en la entrada de la niña en el intercambio simbólico. Porque la niña no tiene este falo, es decir también porque lo tiene en el plano simbólico, porque entra en la dialéctica simbólica de tener o de no tener el falo, así es como entra en esa relación ordenada y simbolizada que es la diferenciación de los sexos, relación interhumana asumida, disciplinada, tipificada, ordenada, objeto de prohibiciones, marcada, por ejemplo, por la estructura fundamental de la ley del incesto. Esto es lo que quiere decir Freud cuando escribe que la niña entra en el complejo de Edipo por medio de lo que él llama la idea de la castración — precisamente ésta, que ella no tiene el falo, pero no lo tiene simbólicamente, de modo que puede tenerlo — mientras que el niño, así es como sale.

Vemos en este punto cómo se justifica, estructuralmente hablando, el androcentrismo que, en la esquematización lévi-straussiana, caracteriza a las estructuras elementales del parentesco. Las mujeres se intercambian entre linajes fundados en el linaje masculino, elegido precisamente por ser simbólico e improbable. Es un hecho, las mujeres se intercambian como objetos entre linajes masculinos. Se introducen mediante un

intercambio, el del falo que reciben simbólicamente, y a cambio darán ese hijo que toma para ellas función de *Ersatz*, de sustituto, de equivalente del falo, con el que introducen en la genealogía simbólica patrocéntrica, en sí misma estéril, la fecundidad natural. Si entran en la cadena del intercambio simbólico, si se instalan en ella y ocupan su lugar, si adquieren su valor, es en la medida en que se arriman a ese objeto único central, caracterizado por no ser precisamente un objeto, sino un objeto que ha experimentado de la forma más radical la valorización simbólica.

Esto puede uno expresarlo de mil maneras en cuanto lo ve. Este tema fundamental, que la mujer se da, ¿qué expresa si se examina detenidamente, sino la afirmación del don? Nos acercamos aquí a la experiencia psicológica concreta tal como la encontramos, que es, en este caso, paradójica. En el acto del amor, quien recibe realmente es la mujer, recibe mucho más de lo que da. Todo nos indica, y la experiencia analítica lo subraya, que no hay posición más receptora, más devoradora en el plano imaginario. Si esto se invierte en la afirmación contraria, que la mujer se da, es porque así debe ser simbólicamente, o sea que debe dar algo a cambio de lo que recibe, es decir del falo simbólico.

He aquí pues que el fetiche, nos dice Freud, representa al falo como ausente, el falo simbólico. ¿Cómo no ver que hace falta esta especie de inversión inicial para que podamos comprender cosas que de otro modo serían paradójicas? Por ejemplo, el fetichista es siempre el niño, nunca la niña. Si todo residiera en el plano de la deficiencia, o incluso de la inferioridad imaginaria, el fetichismo debería declararse más abiertamente en aquél de los dos sexos que está realmente privado de falo. Pero no es así. El fetichismo es excesivamente raro en la mujer, en su sentido propio e individualizado, encarnado en un objeto tal que podamos considerar que corresponde de forma simbólica al falo como ausente.

Tratemos de ver en primer lugar cómo puede engendrarse esta singular relación del sujeto con un objeto que no es un objeto.

2

El fetiche, nos dice el análisis, es un símbolo. En este sentido casi lo ponemos en pie de igualdad con cualquier otro síntoma neurótico.

Pero si en el fetichismo no se trata de una neurosis, sino de una perversión, eso no va. Así es como se clasifican las cosas desde un punto de vista nosográfico, por razones de apariencia clínica que sin duda tienen cierto valor, pero hay que examinarlo de cerca para confirmarlo en la estructura, desde el punto de vista del análisis. En verdad, no pocos autores muestran aquí alguna vacilación y llegan a situar el fetichismo en el límite de las perversiones y las neurosis, precisamente dado el carácter simbólico por excelencia del fantasma crucial.

Partiendo de lo más elevado de la estructura, detengámonos pues un instante en esta posición de interposición, en virtud de la cual lo que se ama en el objeto de amor es algo que está más allá.

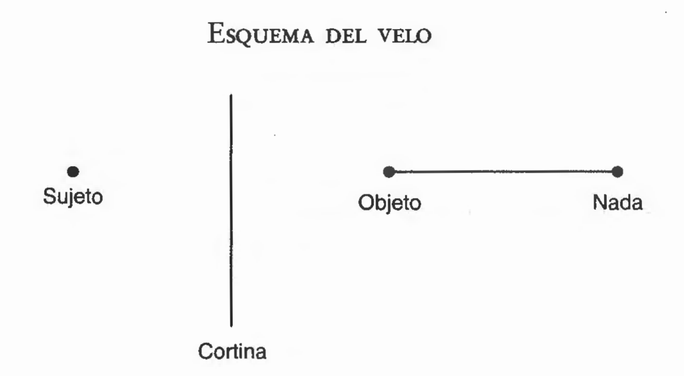
Este algo no es nada, sin lugar a dudas, sino que tiene la propiedad de estar ahí simbólicamente. Como es símbolo, no sólo puede sino que debe ser esa nada. ¿Qué puede materializar para nosotros, de la forma más neta, esta relación de interposición por la cual aquello a lo que se apunta está más allá de lo que se presenta, sino una de las imágenes verdaderamente más fundamentales de la relación humana en el mundo, el velo, la cortina?

El velo, la cortina delante de algo, permite igualmente la mejor ilustración de la situación fundamental del amor. Puede decirse incluso que al estar presente la cortina, lo que se encuentra más allá como falta tiende a realizarse como imagen. Sobre el velo se dibuja la imagen. Ésta y ninguna otra es la función de una cortina, cualquiera que sea. La cortina cobra su valor, su ser y su consistencia, precisamente porque sobre ella se proyecta y se imagina la ausencia.

La cortina es, digamos, el ídolo de la ausencia. Si el velo de Maya es la metáfora más comúnmente empleada para expresar la relación del hombre con todo lo que lo cautiva, no faltan razones, sin duda, pero con toda seguridad se debe al sentimiento de que hay cierta ilusión fundamental en todas las relaciones urdidas con su deseo. Ahí es donde el hombre encarna, hace un ídolo, de su sentimiento de esa nada que hay más allá del objeto del amor.

Tengan presente este esquema fundamental si quieren situar correctamente los elementos que intervienen en la instauración de la relación fetichista, con independencia del momento en que la consideremos.

Esquema del velo



He aquí el sujeto, el objeto y ese más allá que es nada, o bien el símbolo, o el falo en cuanto que le falta a la mujer. Pero una vez colocada la cortina, sobre ella puede dibujarse algo que dice — el objeto está más allá. El objeto puede ocupar entonces el lugar de la falta y ser también propiamente el soporte del amor, pero en cuanto que no es precisamente el punto donde se prende el deseo. En cierto modo, el deseo aparece aquí como metáfora del amor, pero lo que lo cautiva, o sea el objeto, se muestra como ilusorio, y valorado como ilusorio.

El famoso *splitting* del *ego*, en el caso del fetiche, nos lo explican diciendo que la castración de la mujer es al mismo tiempo afirmada y negada. Si el fetiche está ahí, entonces es que no ha perdido el falo, pero al mismo tiempo es posible hacérselo perder, es decir castrarla. La ambigüedad de la relación con el fetiche es permanente y se manifiesta sin cesar en los síntomas. Esta vivencia manifiestamente ambigua, ilusión sostenida y adorada, se vive al mismo tiempo en un frágil equilibrio siempre a merced de que el telón se derrumbe o se alce. Ésta es la relación que está en juego en la relación del fetichista con su objeto.

Freud, si seguimos su texto, habla de *Verleugnung* a propósito de la posición fundamental de denegación en la relación con el fetiche. Pero también dice que se trata de mantener en pie *aufrecht zu halten*, esta relación compleja, como si hablara de un decorado. La lengua de Freud, tan gráfica y tan precisa al mismo tiempo, posee términos que tienen aquí todo su valor. *El horror a la castración*, dice, *se ha erigido, con esta creación de un sustituto, un monumento*. El fetiche es un *Denkmal*. La palabra *trofeo* no aparece, pero en verdad está presente, acompaña al *signo de un triunfo, das Zeichen des Triumphes*. Muchas veces los autores, ante el fenómeno típico del fetiche, hablarán de cómo el sujeto heraldiza su relación con el sexo. Aquí Freud nos hace dar un paso más.

¿Por qué se produce esto? ¿Por qué es necesario? Lo veremos más adelante. Como siempre, se va demasiado aprisa. Si se va directamente al porqué, se entra inmediatamente en un caos pandemoniaco de todas las tendencias, que acuden en tropel a explicar por qué puede estar el sujeto más o menos lejos del objeto y sentirse detenido o amenazado por él, en conflicto con él. Por ahora, sigamos en la estructura.

Aquí está la estructura, en la relación con el más allá y con el velo. Sobre el velo puede imaginarse, es decir instaurarse como captura imaginaria y lugar del deseo, la relación con un más allá, fundamental en toda instauración de la relación simbólica. Se trata del descenso al plano imaginario del ritmo ternario sujeto-objeto-más allá, fundamental en la relación simbólica. Dicho de otra manera, en la función del velo se trata de la proyección de la posición intermedia del objeto.

Antes de ir más lejos y abordar la exigencia que hace que el sujeto tenga necesidad de un velo, veremos por qué otro rodeo se instituye también una relación simbólica en lo imaginario.

La otra vez les hablé, a propósito de la estructura perversa, de la metonimia, así como de la alusión y el mensaje entre líneas, que son formas elevadas de la metonimia. Está claro, Freud no nos dice otra cosa, salvo que no emplea el término *metonimia*. Lo que constituye el fetiche, el elemento simbólico que fija el fetiche y lo proyecta sobre el velo, se toma prestado especialmente de la dimensión histórica. Es el momento de la historia en el cual la imagen se detiene.

Recuerdo haber recurrido en otro tiempo a la comparación con la película que se detiene de pronto, precisamente antes del momento en que lo que se busca en la madre, es decir el falo que tiene y no tiene, se ha de ver como presencia-ausencia y ausencia-presencia. La rememoración de la historia se detiene y se suspende en el momento inmediatamente anterior.

Me refiero a la rememoración de la historia, porque no puede darse otro sentido al término de recuerdo pantalla, tan fundamental en la fenomenología y la conceptualización freudianas. El recuerdo pantalla, el *Deckerinnerung*, no es simplemente una instantánea, es una interrupción de la historia, un momento en el cual se detiene y se fija, y al mismo tiempo indica la continuación de su movimiento más allá del velo. El recuerdo pantalla está vinculado con la historia a través de toda la cadena, es una detención de dicha cadena, y por eso es metonímico, porque la historia, por naturaleza, prosigue. Deteniéndose ahí, la cadena indica su continuación, en adelante velada, su continuación ausente, a

saber, la represión, que es lo que está en juego, como dice claramente Freud.

Sólo hablamos de represión en la medida en que hay cadena simbólica. Si puede designarse como el punto de una represión un fenómeno que puede pasar por imaginario, pues el fetiche es de alguna forma imagen, e imagen proyectada, es porque tal imagen es sólo el punto límite entre la historia, como algo que tiene una continuación, y el momento en que se interrumpe. Esta imagen es el signo, el indicador, del punto de la represión.

Si leen ustedes atentamente el texto de Freud, verán que esta forma de articular las cosas da, en verdad, todo su peso a las expresiones que él emplea.

Una vez más, vemos cómo se distingue aquí entre la relación con el objeto de amor y la relación de frustración con el objeto. Se trata de dos relaciones distintas. El amor se transfiere mediante una metáfora al deseo que se prende al objeto como ilusorio, mientras que la constitución del objeto no es metafórica, sino metonímica. Es un punto en la cadena de la historia, allí donde la historia se detiene. Es signo de que ahí empieza el más allá constituido por el sujeto. ¿Por qué? ¿Por qué es ahí donde el sujeto ha de constituir este más allá? ¿Por qué el velo le es al hombre más precioso que la realidad? ¿Por qué el dominio de esta relación ilusoria se convierte en un constituyente esencial, necesario, de su relación con el objeto? Esta es la cuestión planteada por el fetichismo.

Antes de ir más lejos, ya pueden ver ustedes cuántas cosas se aclaran entonces, incluido el hecho de que Freud nos dé como primer ejemplo de un análisis de fetichista esa maravillosa historia de un calembur. Un señor que había pasado su primera infancia en Inglaterra y había ido a convertirse en fetichista a Alemania, buscaba siempre un ligero brillo en la nariz, y además podía verlo, *ein Glanz auf die Nase*. Esto significaba, nada más y nada menos, una mirada a la nariz, nariz que a su vez era, por supuesto, un símbolo. La expresión alemana se limitaba a trasponer la expresión inglesa *a glance on the nose*, que le venía de sus primeros años. Ya ven ustedes cómo interviene aquí, proyectándose en un punto sobre el velo, la cadena histórica, que puede contener incluso toda una frase, y más aún, una frase en una lengua olvidada.

¿Cuáles son las causas de la instauración de la estructura fetichista? Aquí, los gramáticos no nos dan ninguna garantía.

3

Desde hace algún tiempo los autores pasan buenos apuros. Por una parte, no podemos perder de vista la noción de que la génesis del fetichismo está articulada esencialmente con el complejo de castración. Por otra parte, es en las relaciones preedípicas, y en ninguna otra parte, donde se pone de manifiesto de la forma más clara que la madre fálica es el elemento central, el motor decisivo. ¿Cómo conciliar las dos cosas?

Los autores lo hacen más o menos cómodamente. Observemos tan sólo las comodidades, por otra parte medianas, que pueden encontrar aquí los miembros de la escuela inglesa, gracias al sistema de la señora Melanie Klein. Dicho sistema estructura las primeras etapas de las tendencias orales, particularmente en su momento más agresivo, introduciendo la presencia del pene paterno por proyección retroactiva, es decir retroactivando el complejo de Edipo a las primera relaciones con los objetos considerados como introyectables. Se tiene así un acceso más fácil a un material que permite la interpretación. Como todavía no me he lanzado nunca a hacer una crítica exhaustiva de lo que significa el sistema de la señora Melanie Klein, dejaremos de lado por el momento lo que pueda traer a colación en este sentido algún que otro autor. Para limitarnos a lo que nosotros mismos hemos sacado a la luz, partiremos de la relación fundamental que es la del niño real, la madre simbólica y su falo, el de ella, que para ella es imaginario.

Este esquema debe manejarse con precaución, porque se concentra en un mismo plano, cuando de hecho corresponde a distintos planos e interviene en etapas sucesivas de la historia. En efecto, durante mucho tiempo el niño no está en condiciones de apropiarse la relación de pertenencia imaginaria que constituye la profunda división de la madre con respecto a él. Este año trataremos de dilucidar esta cuestión. Siguiendo en esta vía veremos cómo y en qué momento esto entra en juego para el niño, cómo se produce la entrada del niño en la relación con el objeto simbólico, con el falo como su principal moneda. Aquí hay cuestiones temporales, cronológicas, de orden y de sucesión, que trataremos de abordar, como nos lo indica la historia del psicoanálisis, desde el punto de vista de la patología.

¿Qué nos enseñan aquí las observaciones cuando las desmenuzamos? Nos muestran fenómenos que se manifiestan correlativamente a este síntoma singular que pone al sujeto en una relación electiva con un fetiche,

el objeto fascinante inscrito sobre el velo, en cuya órbita gira su vida erótica. Digo *órbita* porque sin duda el sujeto conserva cierta libertad de movimientos, perceptibles cuando analizamos y no cuando se hace tan sólo una descripción clínica. Si se toma una observación, se ven muy bien elementos que les he articulado hoy y que Binet ya había indicado, por ejemplo ese punto asombroso del recuerdo pantalla, que fija la detención en los bajos del vestido de la madre, o de su corsé, o también la relación esencialmente ambigua del sujeto con el fetiche, relación de ilusión, que así es como se vive y así se prefiere, o bien la función particularmente satisfactoria de un objeto inerte, plenamente a merced del sujeto para la maniobra de sus relaciones eróticas. Todo esto se ve en una observación, pero hace falta el análisis para aislar mejor lo que ocurre cada vez que, por una razón cualquiera, el recurso al fetiche decae, se agota, se gasta, o simplemente se escabulle.

El comportamiento amoroso, y más simplemente la relación erótica del sujeto, se reduce a una defensa. Pueden comprobarlo si leen en el *International Journal* las observaciones de la señora Sylvia Payne, XX-2, del señor Gillespie, de la señora Greenacre, del señor Dugmore Hunter, XXXV-3, o también algunos trabajos aparecidos en el *Psycho-Analytic Study of the Child*. Esto también lo entrevió Freud y está articulado en nuestro esquema. Freud nos dice que el fetichismo es una defensa contra la homosexualidad y el señor Gillespie indica que el margen entre ambos es extraordinariamente estrecho. En resumen, en las relaciones con el objeto amoroso que organizan este ciclo en el fetichista, encontramos una alternancia de identificaciones. Identificaciones con la mujer enfrentada al pene destructor, el falo imaginario de las experiencias primordiales del periodo oro-anal, centradas en la agresividad de la teoría sádica del coito, y en efecto, muchas experiencias que el análisis saca a la luz muestran una observación de la escena primitiva percibida como cruel, agresiva, violenta, incluso asesina. A la inversa, identificación del sujeto con el falo imaginario, que le hace ser para la mujer un puro objeto que puede devorar y en el límite destruirlo.

El niño se encuentra enfrentado a esta oscilación entre los dos polos de la relación imaginaria primitiva, de una forma que podemos llamar bruta, antes de la instauración de la relación en su legalidad edípica por la introducción del padre como sujeto, centro de orden y de posesión legítima. El niño está entregado a la oscilación bipolar de la relación entre dos objetos inconciliables, que conduce de cualquier forma a un desenlace destructivo, incluso asesino. He aquí lo que se encuentra en el

fondo de las relaciones amorosas cuando emanan de la vida del sujeto, tienden a esbozarse y se tratan de ordenar. En una determinada manera de comprender el análisis, que es precisamente la vía moderna, y en esto recuerda en parte al que es mi propio camino, el analista interviene aquí para hacer percibir al sujeto la alternancia de sus posiciones y al mismo tiempo sus significaciones respectivas. Podemos decir que introduce la distancia simbólica necesaria para que el sujeto advierta el sentido.

Las observaciones son aquí extremadamente ricas y fructíferas, por ejemplo, cuando nos muestran las mil formas que puede adquirir, en la actualidad de la vida precoz del sujeto, el descompletamiento fundamental que deja al sujeto entregado a la relación imaginaria, ya sea por la vía de la identificación con la mujer, ya sea ocupando el lugar del falo imaginario, es decir, de cualquier forma, en una simbolización insuficiente de la relación tercera. Los autores notan con mucha frecuencia la ausencia a veces repetida del padre en la historia del sujeto, la carencia, como suele decirse, del padre como presencia — se va de viaje, a la guerra, etc.

Más aún, se advierte cierto tipo de posición del sujeto, a veces singularmente reproducida en los fantasmas, la de una inmovilización forzada. En ocasiones se manifiesta a través de una atadura efectivamente sufrida por el sujeto — hay un ejemplo muy bello en la observación de Sylvia Payne. A consecuencia de una extravagante prescripción médica, habían impedido a un niño que caminara hasta la edad de dos años, con ataduras efectivas que lo mantenían en su cama. Esto tuvo sus consecuencias. El hecho de haber vivido tan estrechamente vigilado en la habitación de sus padres lo dejaba en la posición ejemplar de una total entrega a una relación puramente visual, sin el menor esbozo de reacción muscular. Había asumido la relación con sus padres en el estilo de rabia y de cólera que pueden ustedes suponer. Si bien son raros los casos tan ejemplares, algunos autores han insistido en que la fobia de algunas madres que mantienen a sus hijos a distancia, sin contacto, casi como si fueran una fuente de infección, sin duda tiene alguna relación con el valor predominante dado a la relación visual en la constitución de la relación primitiva con el objeto materno.

Mucho más instructiva que tal ejemplo de enviciamiento de la relación primordial, es la relación patológica que se presenta como el reverso, o el complemento, de la adherencia libidinal al fetiche. El fetichismo es en efecto una clase que engloba nosológicamente toda clase de fenómenos cuya afinidad o parentesco con el fetichismo nos indica de algún modo nuestra intuición.

Que determinado sujeto de quien nos habla la señora Payne esté prendado de un impermeable, parece de la misma naturaleza que si lo estuviera de unos zapatos. No nos equivocamos al pensar así. Sin embargo, hablando desde un punto de vista estructural, el impermeable contiene por sí mismo ciertas relaciones e indica una posición algo distinta de las que suponen el zapato o el corsé. Estos objetos se encuentran de por sí, directamente, en la posición del velo entre el sujeto y el objeto. No ocurre igual con el impermeable, ni con el resto de tipos de fetiches vestimentarios más o menos envolventes. Por otra parte, hay que concederle un lugar a la cualidad especial que implica el plástico. Esta característica, muy a menudo presente, alberga como un último misterio, que sin duda esclarecería psicológicamente la sensorialidad que alberga el tacto especial del propio plástico. Tal vez pueda tomarse, con mayor facilidad que cualquier otra cosa, como un forro de la piel, o quizás tenga características aislantes especiales. Dejando de lado la estructura misma de los informes aportados en determinados centros donde la observación se plantea analíticamente, se ve que el impermeable juega aquí un papel no exactamente igual al del velo. Más bien se trata de algo detrás de lo cual el sujeto se centra. Se sitúa, no ante velo, sino detrás, es decir en el lugar de la madre, adhiriéndose a una posición de identificación en la que ésta tiene necesidad de ser protegida, en este caso mediante una envoltura.

Esto nos da la transición entre los casos de fetichismo y los casos de travestismo. La envoltura no es como el velo, sino una forma de protección. Se trata de una égida con la que el sujeto se envuelve, identificado con el personaje femenino.

Otra relación típica, a veces particularmente ejemplar, son las explosiones de un exhibicionismo en algunos casos verdaderamente reactivo, a veces en alternancia con el fetichismo. Esto se observa siempre que el sujeto se esfuerza por salir de su laberinto en razón de alguna puesta en juego de lo real que le deja en una posición de equilibrio inestable, y ahí se produce una cristalización o una inversión de su posición. Lo que ilustra manifiestamente el esquema del caso freudiano de homosexualidad femenina, en el cual la introducción del padre como elemento real produce un intercambio de los términos, de forma que lo que se situaba en un más allá, el padre simbólico, se implica en la relación imaginaria, mientras que el sujeto toma una posición homosexual demostrativa con respecto al padre.

Tenemos igualmente casos muy bonitos, en los que se ve al sujeto, si ha tratado de acceder a una relación plena en ciertas condiciones de

realización artificiales, de forzamiento de lo real, expresar mediante un *acting out*, es decir en el plano imaginario, lo que en la situación se encontraba simbólicamente latente. Tenemos un ejemplo de ello en el sujeto que intenta por primera vez una relación real con una mujer, pero colocándose en esa posición de experiencia consistente en ir a mostrar de qué es capaz. Lo consigue más o menos bien, gracias a la ayuda de la mujer, pero a continuación, sin que nada en él permitiera prever hasta entonces la posibilidad de tales síntomas, se entrega a una exhibición muy singular y muy bien calculada, consistente en mostrar su sexo al paso de un tren internacional, de modo que nadie puede pescarle con las manos en la masa. En este caso el sujeto se vio forzado a dar salida a algo hasta entonces implícito en su posición. Su exhibicionismo es tan sólo la expresión o la proyección en el plano imaginario de algo cuyas repercusiones simbólicas él mismo no había comprendido del todo, a saber, que a fin de cuentas el acto que acababa de realizar no era sino el intento de mostrar — de mostrar que era capaz como cualquier otro de tener una relación normal.

Encontramos en diversas ocasiones esta especie de exhibicionismo reactivo en observaciones muy próximas al fetichismo o que son claramente de fetichismo. Se trata, es de suponer, de actos delictivos que son equivalentes del fetichismo. La señora Melitta Schmideberg nos presenta por ejemplo a un hombre casado con una mujer unas dos veces más voluminosa que él, una verdadera pareja a lo Dubout,* en la que le correspondía el papel de ubuesca víctima, como un burro de carga. Un buen día, este hombre, que hacía lo que podía en esa situación horrible, se entera de que va a ser padre. Se precipita a un parque público y empieza a mostrar su órgano a un grupo de jovencitas.

La señora Schmideberg, que aquí parece un poco excesivamente annafreudiana, encuentra todo tipo de analogías con el hecho de que el padre del chico ya era un poquito víctima de su mujer y había conseguido librarse de la situación haciéndose sorprender un día con una criada, cosa que, por medio de la reivindicación celosa, había dejado a su consorte un poco a su merced. Esto no explica nada. La señora Schmideberg elude lo principal. Cree haber analizado una perversión, cree que ha hecho un *short analysis*. No tiene ninguna necesidad de maravillarse, pues no se trata en absoluto de ninguna perversión, y ella tampoco ha hecho

* Dibujante de gusto dudoso, que dibuja mujeres desmesuradas y señores pequeñitos. (T.)

ningún análisis. Deja de lado el hecho de que en esta ocasión, si el sujeto se manifestó, fue mediante un acto de exhibición. No hay ninguna otra forma de explicar tal acto sino refiriéndose a ese mecanismo de desencadenamiento por el cual algo que está de más en lo real, inasimilable simbólicamente, tiende a precipitar lo que se encuentra en el fondo de la relación simbólica, o sea la equivalencia falo-niño.

A falta de poder asumir esta paternidad, a falta incluso de creer en ella, ese buen hombre se fue a enseñar al lugar oportuno el equivalente del niño, es decir lo que entonces le quedaba del uso de su falo.

30 de enero de 1957

X

LA IDENTIFICACIÓN CON EL FALO

El travestismo y el uso del vestido.
Mostrar ≠ dar a ver.
Girl = Phallus.
El objeto y el ideal en Freud.
Frustración de amor y satisfacción de la necesidad.

El último día di un paso hacia la elucidación del fetichismo, ejemplo particularmente fundamental de la dinámica del deseo.

El deseo tiene para nosotros el mayor interés, por una doble razón. Por una parte, es con él, con este deseo, con lo que nos encontramos en nuestra práctica. No se trata de un deseo construido, sino de un deseo con todas sus paradojas, del mismo modo que nos ocupamos de un objeto con todas sus paradojas. Por otra parte, está claro que el pensamiento freudiano partió de tales paradojas. En particular, en lo referente al deseo, partió del deseo perverso. Sería verdaderamente una pena olvidarlo en nuestra tentativa de unificación o de reducción, cuando nos enfrentamos con las teorías más ingenuamente intuitivas a las que se remite hoy día el psicoanálisis.

De vez en cuando me llegan ecos de cómo reciben las pequeñas novedades que voy aportando, al menos así lo espero. Ahora bien, aquel pequeño paso que di sorprendió a algunos, que ya tenían bastante con la teoría del amor tal como la había presentado, basada en el hecho de que el sujeto se dirige a la falta que hay en el objeto. Para ellos, esto había dado ya ocasión a una meditación que les parecía suficientemente esclarecedora, aunque les resultara algo inquietante ver cómo a la relación sujeto-objeto se le añade un más allá y una falta. La última vez aporté una complicación suplementaria, con un término situado delante del objeto, o sea el velo, la cortina, el lugar donde se produce la proyección imaginaria. Aquí surge lo que convierte a la falta en una figura, el fetiche, que puede ser el soporte ofrecido a algo cuyo nombre le viene precisamente de ahí, el deseo, pero el deseo como perverso. Sobre el velo es donde el fetiche dibuja lo que falta más allá del objeto.

Esta esquematización está destinada a instaurar esos planos sucesivos que deben permitirles orientarse un poco mejor en algunos casos, frente a esa perpetua ambivalencia, esa confusión, que hace al sí equivalente al no, lo que va en una dirección equivalente a lo que va en la dirección exactamente contraria — en suma, todo lo que, por desgracia, los analistas suelen calificar, para salir de apuros, de ambivalencia.

1

Al final de todo lo que les dije la última vez acerca del fetichismo, les mostré el surgimiento de una posición de algún modo complementaria. Aparece también en algunas fases de la estructura fetichista, incluso en las tentativas del fetichista para recuperar el objeto del que se encuentra separado por eso cuya función y cuyo mecanismo, por supuesto, no comprende. Esta posición, que puede llamarse lo simétrico, la contrapartida, el polo opuesto con respecto al fetichismo, es la función del travestismo.

En el travestismo, el sujeto se identifica con lo que está detrás del velo, con el objeto al que le falta algo. Los autores lo han visto en el análisis, sin duda, y lo dicen en su lenguaje — el travestido se identifica con la madre fálica, en la medida en que ésta, por otra parte, vela la falta de falo.

Este travestismo nos lleva muy lejos en la cuestión que nos ocupa. Por otra parte, no hubo que esperar a Freud para abordar la psicología del vestido. En todo uso del vestido, hay algo que participa de la función del travestismo. Si la percepción inmediata, corriente, común, de la función del vestido es la de esconder las *pudenda*, la cuestión debe complicarse un poco a ojos del analista. Bastaría con que alguno de los autores que hablan de madre fálica quisiera darse cuenta de qué significa lo que dice. Los vestidos no están hechos tan sólo para esconder lo que se tiene, en el sentido de *tener o no tener*, sino también para esconder lo que no se tiene. Una y otra función son esenciales. No se trata siempre y esencialmente de esconder el objeto, sino también de esconder la falta de objeto. Es una simple aplicación, en el caso de la dialéctica imaginaria, de algo que demasiado a menudo se olvida, a saber, la presencia y la función de la falta de objeto.

A la inversa, en el uso masivo que suele hacerse de la relación escoptofílica, se supone siempre como algo evidente que el hecho de mostrarse es algo muy simple, correlativo de la actividad de ver, del voyeurismo. También aquí se empeñan en olvidar una dimensión.

No es cierto que, siempre y en todo caso, el sujeto se muestre sencillamente porque mostrarse sea el polo correlativo de la actividad de ver. No se trata simplemente de la implicación del sujeto en el par de la captura visual. Hay en la escoptofilia una dimensión suplementaria de la implicación, expresada en el uso de la lengua por la presencia del reflexivo, esa forma del verbo que existe en otras lenguas y se llama la voz media. Aquí sería darse a ver. Si se combinan ambas dimensiones, podemos decir que en toda una clase de actividades confundidas bajo el encabezamiento de la relación voyeurismo-exhibicionismo, lo que el sujeto da a ver al mostrarse es algo distinto de lo que muestra. Es una equivocación confundir todo esto dentro de lo que se llama en bloque la relación escoptofílica.

Autores como Fenichel, que son muy malos teóricos bajo su aparente claridad, pero no les falta experiencia analítica, se dieron perfecta cuenta. Si el esfuerzo de teorización de alguno de sus artículos se salda con un fracaso desesperante, en ocasiones encontrarán ustedes perlas clínicas muy bellas, e incluso el presentimiento de todo un conjunto de hechos que, por una especie de olfato felizmente adquirido por el analista en su experiencia, se agrupan alrededor de un tema escogido de la articulación analítica, a partir de una rama de las relaciones imaginarias fundamentales. Alrededor de la escoptofilia o del travestismo, por ejemplo, se agrupan haces de hechos distintos unos de otros en la fenomenología, pero el autor intuye de forma más o menos oscura que están emparentados, tienen algo en común.

Así, informándome de toda una extensa e insulsa literatura para ver hasta dónde han penetrado los analistas en una articulación real de estos hechos, me interesé recientemente en un artículo de Fenichel, aparecido en el *Psychoanalytic Quarterly*, volumen XVIII, nº 3, de 1949, sobre lo que llama la ecuación Girl = *Phallus*, que como él mismo advierte, no carece de relación con la serie de ecuaciones tan conocida heces = niño = pene. A pesar de una falta de orientación flagrante que nos deja en todo momento deseosos de alguna lógica que se salve, resulta de los hechos encontrados en el análisis y agrupados por el autor, que el niño puede considerarse igual al falo en el inconsciente del sujeto, especialmente el femenino.

No pocos hechos diversos quedan agrupados en este mismo paréntesis

sis, lo cual resulta ya, de todas formas, bastante sorprendente. Cuando yo me he referido al niño, no se trataba especialmente del niño femenino, mientras que este artículo apunta específicamente a la niña. Parte de aspectos bien conocidos en la especificidad fetichista, o cuasi fetichista, de determinadas perversiones, que indican que la niña puede ser interpretada como equivalente del falo del sujeto. Los datos analíticos indican igualmente que la niña — incluso de forma general el niño — puede concebirse a sí misma como un equivalente del falo, manifestarlo a través de su comportamiento, y vivir la relación sexual bajo una modalidad que supone que ella le aporta el falo al partener masculino. A veces esto se nota hasta en los detalles de su posición amorosa privilegiada, cuando se abraza al partener acurrucándose en cierto rincón de su cuerpo. Este tipo de hechos por fuerza han de llamarnos la atención y sorprendernos. A esto se añade finalmente el hecho de que, en algunos casos, el sujeto masculino puede igualmente darse a la mujer como si fuera lo que a ella le falta, como si le aportara el falo a título de lo que le falta, imaginariamente hablando.

Los hechos que aquí se destacan y se equiparan entran en una misma ecuación, que parece desprenderse del conjunto. Ahora bien, se trata de hechos de órdenes extremadamente distintos. En los cuatro órdenes de relaciones que acabo de trazar, el sujeto no se encuentra de ningún modo en la misma relación con el objeto, ya sea que lo aporte, lo dé, lo desee o incluso lo sustituya. Una vez centrada nuestra atención en estos registros, no puede pasarnos por alto que el reagrupamiento de estos hechos bajo la equivalencia así instituida va mucho más allá de una simple exégesis teórica. Que la niña pueda ser objeto de predilección por parte de cierto tipo de sujetos, pone de relieve una función que podemos llamar mítica, la cual se desprende tanto de los espejismos perversos como de toda una serie de construcciones literarias que podemos agrupar según los autores, bajo encabezamientos más o menos ilustres.

Algunos hablan de buena gana de un tipo *Mignon*. Ya conocen ustedes la creación de Goethe, Mignon la bohemia, cuya posición bisexual subraya el propio autor, que vive con una especie de protector desmesurado, brutal y manifiestamente superpaternal, llamado Harfner. En suma, le sirve como una especie de sirviente superior, pero al mismo tiempo tiene mucha necesidad de ella. Goethe dice en alguna parte de esta pareja — *Harfner, a quien ella tanto necesita, Mignon, sin quien él nada puede hacer*. Encontramos aquí emparejadas la potencia en estado bruto, brutal, y, por otra parte, algo sin lo cual dicha potencia pierde toda eficacia,

lo que le falta a la misma potencia y es a fin de cuentas el secreto de su verdadera potencia. Este algo no es más que una falta.

Aquí se sitúa finalmente la famosa magia que la teoría analítica atribuye siempre de forma tan confusa a la idea de omnipotencia. Como ya les he dicho, la estructura de la omnipotencia no está, contrariamente a lo que se cree, en el sujeto, sino en la madre, es decir, en el Otro primitivo. Quien es omnipotente es el Otro. Pero tras esta omnipotencia, se encuentra la falta última de la que se halla suspendida su potencia. En cuanto el sujeto percibe, en el objeto cuya omnipotencia espera, la falta que le hace a él mismo impotente, el mecanismo último de la omnipotencia es remitido más allá, a saber, allí donde algo no existe, en grado máximo. Se trata de lo que, en el objeto, no es sino simbolismo de la falta, fragilidad, pequeñez. Aquí es donde el sujeto acentúa el secreto y el verdadero motor de la omnipotencia. Esto es lo que hace tan interesante para nosotros lo que hoy llamamos el tipo *Mignon*, reproducido en la literatura en gran cantidad de ejemplares.

Hace tres años, anunciaba yo una conferencia sobre *El diablo enamorado*, de Cazotte. Pocos testimonios hay tan ejemplares de la más profunda adivinación de la dinámica imaginaria que trato de desarrollar ante ustedes, especialmente hoy. Hoy lo he recordado, como ilustración de primer orden que acentúa el sentido de aquel ser mágico más allá del objeto, al cual pueden adherirse toda una serie de fantasmas idealizantes.

El cuento comienza en Nápoles, en una caverna donde el autor se entrega a la evocación del diablo, quien no deja de aparecer tras las acostumbradas formalidades. Se manifiesta entonces en forma de una formidable cabeza de camello, dotada especialmente de grandes orejas, y le dice al autor, con la voz más cavernosa que pueda haber — *¿Qué quieres? Che vuoi?*

Esta interrogación fundamental nos da, de la forma más sobrecogedora, una ilustración del superyó. Pero no es éste su único interés, sino que el mismo ser supuestamente se transforma, una vez concluido el pacto, en un perrito, el cual, mediante una transición que a nadie produce sorpresa, se convierte en un joven encantador, luego en una joven encantadora, y después los dos van entremezclándose hasta el final en una perfecta ambigüedad. Este amado personaje, que tiene un nombre significativo, Biondetta, se convierte por un tiempo para el narrador en fuente inesperada de todas las felicidades, cumple todos sus deseos, le procura la satisfacción mágica de todo cuanto pueda desear. Todo está inmerso mientras tanto en una atmósfera fantasmática, de peligrosa irrealidad, de

amenaza permanente, que no deja de teñir todo el entorno. La situación se resuelve finalmente con una súbita ruptura de esta carrera alocada y cada vez más rápida, y con la disipación catastrófica del espejismo cuando el sujeto vuelve como es debido al castillo de su madre.

Otra novela, de Latouche, *Fragoletta*, presenta a un curioso personaje, claramente un travestido, de quien hasta el final no se revela nada, salvo al lector. Se trata de una chica que es un chico y juega un papel funcionalmente análogo a ese que acabo de describirles como el tipo *Mignon*. Hay una serie de detalles, de refinamientos, que dejo de lado. Todo termina en un duelo en el cual el héroe de la novela mata a Fragoletta, que se le presenta como chico sin que él la reconozca, demostrándose así la equivalencia de cierto objeto femenino de la *Verliebtheit* con el otro como rival. De este mismo otro se trata cuando Hamlet mata al hermano de Ofelia.

Hemos visto aquí en acción a un personaje fetichizado, o hechizado — es la misma palabra, las dos están vinculadas con *factiço* en portugués, origen histórico del término *fetiche*, que no es sino la palabra *facticio*. Este ser femenino ambiguo encarna, de algún modo, más allá de la madre, el falo que le falta. Lo encarna tanto mejor porque él mismo no lo posee, pero está implicado en su representación, en su *Vorstellung*, más bien todo él entero. Tenemos aquí una función más que esclarece la relación de enamoramiento tal como se puede establecer en las vías perversas del deseo. Estas pueden ser ejemplares para ilustrarnos sobre las posiciones que deben distinguirse cuando analizamos dicho deseo.

He aquí que nos vemos llevados a plantear la cuestión de lo que subyace a todo esto, perpetuamente cuestionado por esta misma crítica, o sea la noción de identificación.

2

La noción de identificación está presente en la obra de Freud desde el origen — latente, emergente en todo momento, para volver a desaparecer. Encontramos algunas implicaciones en *La interpretación de los sueños*. Su principal punto de explicación se alcanza en *Psicología de las masas y análisis del yo*, con un capítulo, el VII, expresamente consagrado a la identificación.

Este capítulo tiene la característica de mostrarnos, como a menudo

ocurre en Freud, y de ahí el valor de su obra, la mayor perplejidad del autor. Freud confiesa su desconcierto, incluso su impotencia para resolver el dilema planteado por la perpetua ambigüedad entre dos términos que precisa, la identificación y la elección del objeto. Estos dos términos aparecen en muchos casos como si se sustituyeran el uno al otro, con un poder de metamorfosis sumamente desconcertante, de tal forma que la misma transición es imperceptible. Sin embargo, es evidente la necesidad de mantener la distinción entre los dos, puesto que, como dice Freud, no es lo mismo estar del lado del objeto o del lado del sujeto. No es lo mismo que un objeto se convierta en objeto de elección o que se convierta en soporte de la identificación del sujeto.

Este hecho es en sí mismo formidablemente instructivo. No lo es menos ver la desconcertante facilidad con la que todo el mundo parece adaptarse a él, usando de forma estrictamente equivalente uno y otro, sin hacer más preguntas, trátese de observación o de teorización. Cuando alguien hace preguntas, se produce un artículo como el de Gustav-Hans Graber en *Imago*, en 1937 — *Las dos clases de mecanismos de identificación* —, que es sin duda lo más asombroso que uno pueda imaginar, porque al parecer todo se resuelve para él con la distinción de la identificación activa y la identificación pasiva. Cuando se examina detenidamente, resulta imposible no ver, y él mismo se da cuenta, que los dos polos activo y pasivo están presentes en toda clase de identificación, de modo que hemos de volver a Freud para seguir paso a paso su forma de articular esta cuestión.

El capítulo VIII de *Psicología de las masas y análisis del yo*, después del capítulo sobre identificación, empieza con una frase que enseguida nos devuelve a una atmósfera de una pureza distinta, comparada con lo que solemos leer — *El uso lingüístico sigue fiel, aun en sus caprichos, a una* Wirlichkeit, *una realidad eficaz cualquiera.*

De paso quisiera destacar que Freud había empezado a tratar de la identificación en el capítulo anterior, hablando de la identificación con el padre como del ejemplo que nos lleva a introducirnos de la forma más natural en este fenómeno. Llegamos al segundo párrafo y nos encontramos con un ejemplo de las malas traducciones francesas de los textos de Freud. Leemos en el texto alemán — *Al mismo tiempo que esta identificación con el padre, tal vez incluso un poco antes* — lo que se traduce por *un poco más tarde* — *el niño empieza a orientar hacia su madre sus deseos libidinosos* — y con esta traducción, uno puede preguntarse si la identificación con el padre no sería previa.

Encontramos otro ejemplo en el pasaje que quiero plantear esta mañana, que he escogido como el más condensado y el más apropiado para mostrarles las perplejidades de Freud. Se trata del estado de enamoramiento y su relación con la identificación. De acuerdo con el texto de Freud, la identificación es una función más primitiva, más fundamental, en la medida en que comporta una elección de objeto, pero una elección de objeto que no obstante requiere una articulación de por sí muy problemática, puesto que el análisis freudiano la vincula profundamente con el narcisismo. Para ir tan lejos como sea posible en la dirección en la que Freud lo articula perfectamente, digamos que este objeto es una especie de otro yo en el sujeto. Se trata pues de saber cómo articular *la diferencia entre la identificación y la* Verliebtheit *en sus manifestaciones más elevadas, más plenas, conocidas con el nombre de fascinación, sumisión, de* Hörigkeit, *de fácil descripción.* Leemos en la traducción francesa — *En el primer caso, el yo se enriquece con las cualidades del objeto, se lo asimila...* cuando simplemente hay que leer lo que decía Ferenczi, o sea que se introyecta. Se trata de la cuestión de las relaciones entre la introyección y la identificación.

En el segundo caso se empobrece, al darse todo entero al objeto, al eclipsarse por completo frente a él, traducen en francés. No es exactamente lo mismo que dice Freud — *objeto que ha puesto en el lugar de su elemento más constituyente.* Esto se confunde totalmente en la frase francesa, pues no se ve que algo tan articulado pueda traducirse como *eclipsarse por completo frente a él.*

Freud examina aquí la oposición entre, por una parte, lo que el sujeto introyecta, enriqueciéndose con ello, y por otra parte, lo que le sustrae algo y lo empobrece. En efecto, antes Freud se había dedicado a examinar expresamente lo que ocurre en el estado amoroso, en el cual el sujeto se desprende cada vez más de lo que es suyo, en beneficio del objeto amado. En un arrebato de humildad, cae en una completa sumisión respecto del objeto que ha investido. Este objeto a beneficio del cual se empobrece, es el mismo que pone en el lugar de su elemento constituyente más importante, *Bestandteil.*

Este es el planteamiento que Freud hace del problema. Prosigue en sentido inverso — porque no nos ahorra sus movimientos, se adelanta y, viendo que no está completo, desanda lo andado — y dice que esta descripción hace surgir oposiciones que, en realidad, no existen, *nicht bestehen*, desde el punto de vista económico — *Desde el punto de vista económico, no se trata ni de un enriquecimiento ni de un empobrecimiento, puesto que el mismo estado amoroso extremo puede concebirse como una introyección del objeto en el yo.*

La siguiente distinción se refiere tal vez a puntos más esenciales — *En el caso de la identificación, el objeto se volatiliza y desaparece para reaparecer en el yo, el cual experimenta una transformación parcial, de acuerdo con el modelo del objeto desaparecido. En el otro caso, el objeto sustituido se encuentra dotado de todas las cualidades del yo y a sus expensas.*

Eso dice el texto francés. ¿Por qué habría de volatilizarse y desaparecer para reaparecer en el yo, tras haber experimentado una transformación parcial de acuerdo con el modelo del objeto desaparecido? Más vale remitirse al texto alemán — *Tal vez lo esencial sea otra distinción. En el caso de la identificación, el objeto ha sido perdido* — es una referencia a aquella noción fundamental que se encuentra constantemente desde el principio, la formación del objeto, tal como Freud nos la explica, se basa en la noción fundamental de la pérdida del objeto — *o abandonado.* No se trata pues de un objeto que se volatiliza, ni desaparece, porque precisamente no desaparece. *Entonces vuelve a erigirse en el yo, y el yo se transforma parcialmente de acuerdo con el modelo del objeto perdido.*

En el otro caso — el de la Verliebtheit —, *el objeto es conservado, erhalten geblieben, y como tal es sobreinvestido,* überbesetz, *por parte del yo y a sus expensas.*

Pero esta distinción a su vez suscita una nueva reflexión: ¿es seguro que la identificación suponga el abandono del investimiento del objeto? ¿No puede haber una identificación con conservación del objeto? Y antes de entrar en esta discusión particularmente espinosa, debemos detenernos también un instante en esta consideración que presentamos, que hay una alternativa que permite concebir la esencia de este estado de cosas, en particular, que el objeto esté situado en el lugar del Ich *o del* Ich-Ideal, *del yo o del ideal del yo.*

La forma como progresa este texto nos pone en un aprieto. Parece que de estos movimientos hacia delante y hacia atrás no resulta nada claro. El propio lugar que deba atribuirse al objeto en estos distintos momentos de ida y vuelta, según se constituya como objeto de identificación o como objeto de la captura amorosa, está marcado por una ambigüedad que Freud hace patente, y queda casi del todo como una pregunta. Al menos es una pregunta que merece ser planteada, y por mi parte sólo he querido ponerlo de relieve. No puede decirse que éste sea el texto testamentario de Freud, aun tratándose de uno de aquellos en los que alcanzó la cumbre de su elaboración teórica.

Ahora procuremos considerar el problema a partir de los puntos de referencia que nos hemos dado en nuestra elaboración de las relaciones de la frustración con la constitución del objeto.

3

De entrada se trata de concebir el vínculo que establecemos comúnmente, en nuestra práctica y en nuestra forma de hablar, entre la identificación y la introyección. Por otra parte, en el trozo de Freud que les he leído han podido ver como aparecía desde el principio.

Les propongo lo siguiente — la metáfora subyacente a la introyección es una metáfora oral. Se habla indistintamente de introyección y de incorporación, y por lo general se produce un deslizamiento hacia las articulaciones planteadas en la época kleiniana. Se evoca, por ejemplo, la famosa constitución de los objetos primordiales, que se dividen como es debido en buenos y malos. Se habla de la introyección de los objetos, considerados como simples datos presentes en este famoso mundo primitivo sin límite, donde el sujeto formaría un todo con su propia anexión al cuerpo materno. En esta acepción, la introyección se consideraba una función estrictamente equivalente y simétrica de la proyección. Del mismo modo, el objeto se encuentra perpetuamente en una especie de movimiento que le hace pasar del exterior al interior, para resultar inmediatamente rechazado desde el interior hacia el exterior, cuando se hace demasiado intolerable en el interior. Esto deja a introyección y proyección en una simetría perfecta.

Contra este abuso, que está muy lejos de ser un abuso freudiano, se eleva lo que trataré de articular ante ustedes.

Observamos, por ejemplo, en la cura de un fetichista impulsos bulímicos manifiestos, correlativos de un momento decisivo en la reducción simbólica del objeto a la que algunas veces nos dedicamos, con mayor o menor éxito, en los perversos. ¿Cómo concebir esta correlación, la evocación en este momento de la pulsión oral? Su conceptualización resulta imposible, es imposible cualquier construcción ordenada, no sólo en nuestros pensamientos, sino en la práctica y en la clínica, si nos atenemos a la vaga noción que en estos casos está siempre a nuestra disposición — el sujeto regresa, dicen, porque evidentemente para eso está aquí. Así,

en el mismo momento en que el sujeto está progresando en el análisis, es decir, cuando trata de tomar la perspectiva de su fetiche, regresa. Siempre puedes decirlo y nadie te va a contradecir.

Yo digo, por el contrario, que cada vez que la pulsión aparece en el análisis o fuera de él, debemos concebirla, en cuanto a su función económica, en relación con el desarrollo de una relación simbólicamente definida. El esquema primitivo que les di de la estructura simbólica del amor, ¿no nos permite acaso aclararlo?

Partamos del soporte de la primera relación amorosa, de la madre como objeto de la llamada y, por lo tanto, objeto tan ausente como presente. Una parte de sus dones son signos de amor y, a ese título, sólo son eso, es decir que por este mismo hecho quedan anulados en la medida en que son algo muy distinto que signos de amor. Por otra parte, están los objetos de la necesidad, que la madre presenta al niño bajo la forma de su pecho. ¿No ven ustedes que entre ambos lo que hay es un equilibrio y una compensación? Cada vez que hay frustración de amor, se compensa mediante la satisfacción de la necesidad. Si el niño llama, si se aferra al pecho y éste se convierte en lo más significativo de todo, es porque la madre le falta. Mientras tiene el pecho en la boca y se satisface con él, por una parte el niño no puede ser separado de la madre, y por otra parte esto le deja alimentado, descansado y satisfecho. La satisfacción de la necesidad es aquí la compensación de la frustración de amor y, al mismo tiempo, casi diría que empieza a convertirse en su coartada.

El valor predominante que adquiere el objeto, en este caso el pecho o la tetina, se basa en esto — un objeto real adquiere su función como parte del objeto de amor, adquiere su significación como simbólico, y la pulsión se dirige al objeto real como parte del objeto simbólico, el objeto se convierte como objeto real en una parte del objeto simbólico. Ahí empieza toda comprensión posible de la absorción oral y de su mecanismo supuestamente regresivo, que puede intervenir en toda relación amorosa. Si un objeto real que satisface una necesidad real ha podido convertirse en elemento del objeto simbólico, cualquier otro objeto capaz de satisfacer una necesidad real puede ocupar su lugar, y de forma destacada, ese objeto ya simbolizado, pero también perfectamente materializado que es la palabra.

Si la regresión oral al objeto primitivo de devoración acude a compensar la frustración de amor, tal reacción de incorporación proporciona su modelo, su molde, su *Vorbild*, a esa especie de incorporación, la

incorporación de determinadas palabras entre otras, que está en el origen de la formación precoz llamada el superyó. Eso que el sujeto incorpora bajo el nombre de superyó es algo análogo al objeto de necesidad, no porque sea el don, sino como su sustituto cuando éste falta, lo cual no es en absoluto lo mismo.

Sobre esta base igualmente, el hecho de poseer o no un pene puede tomar un doble sentido y entrar así por dos vías en un principio muy distintas en la economía imaginaria del sujeto. En primer lugar, el pene puede situar su objeto en un momento dado como sucesor y en el lugar de ese objeto que es el pecho o la tetina. Hay pues una forma oral de incorporación del pene que juega su papel en el determinismo de algunos síntomas y algunas funciones. Pero el pene puede entrar de otra forma en la economía imaginaria. Puede hacerlo, no como objeto compensatorio de la frustración de amor, sino precisamente por estar más allá del objeto de amor y por el hecho de faltarle a este último.

Al primero, llamémoslo el pene, que sin embargo es una función imaginaria, pues su incorporación es imaginaria. El otro es el falo en la medida en que le falta a la madre y está más allá de ella misma y de su potencia de amor.

A propósito del falo como faltante les voy planteando a ustedes esta pregunta desde que empecé el seminario de este año — ¿en qué momento descubre el sujeto esta falta? ¿Cuándo y cómo hace este descubrimiento, a partir del cual se verá obligado a suplirlo, es decir, a elegir otra vía para el reencuentro con el objeto de amor que se escabulle, la de aportarle él mismo su propia falta?

Esta distinción es capital y nos permite plantear hoy un primer esbozo de lo que es más o menos exigible para que este tiempo se produzca.

Tenemos la estructuración simbólica y la introyección posible, que es propiamente la forma más caracterizada de la identificación freudiana primitiva. Es en un segundo tiempo cuando se produce la *Verliebtheit*. Ésta sólo es concebible, sólo está articulada, en el registro de la relación narcisista, dicho de otra manera de la relación especular tal como quien ahora les habla la ha definido y articulado.

Les recuerdo que es en una fecha situable y, necesariamente, no antes del sexto mes, cuando se produce la relación con la imagen del otro, que le proporciona al sujeto la matriz alrededor de la cual se organiza para él lo que yo llamaría su vivencia de incompletud. O sea el hecho de que está en falta. En relación con esta imagen que se presenta como total, y no sólo colma, sino que es fuente de júbilo por la relación específica del hombre con su propia imagen, es como capta que a él puede faltarle algo. En la medida en que lo imaginario entra en juego, y sobre la base de las dos primeras relaciones simbólicas entre el objeto y la madre del niño, puede ponerse de manifiesto que tanto a la madre como a él les puede faltar imaginariamente algo. Es en la relación especular donde el sujeto experimenta y aprehende una falta posible, que más allá puede existir algo que es una falta.

Sólo más allá de la realización narcisista y al empezar a organizarse el vaivén tensional, profundamente agresivo, entre el sujeto y el otro, que irán recubriendo, a medida que cristalizan, las capas sucesivas de lo que constituirá el yo, puede introducirse algo que le revela al sujeto, más allá de lo que él mismo constituye como objeto para la madre, esa forma, que el objeto de amor está capturado, cautivo, retenido, en algo que él mismo, como objeto, no consigue apagar — a saber, una nostalgia, relacionada con la propia falta del objeto de amor.

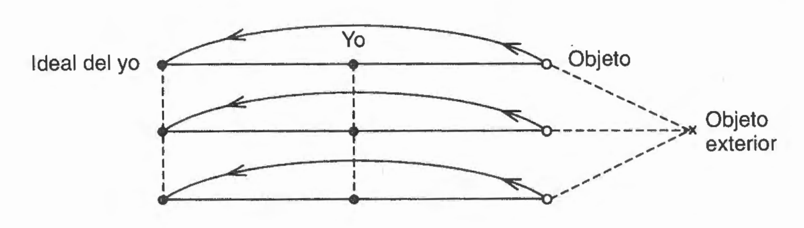
Todo esto, en el punto donde nos encontramos, depende del efecto de transmisión en virtud del cual nosotros suponemos— porque la experiencia nos lo impone y Freud lo sostuvo hasta el último momento en sus formulaciones — que ninguna satisfacción mediante un objeto real cualquiera que acuda a suplirla consigue colmar jamás la falta en la madre. Junto a la relación con el niño, sigue habiendo en ella, como un amarre de su inserción imaginaria, la falta de falo. Sólo tras el segundo tiempo de la identificación imaginaria especular con la imagen del cuerpo, que está en el origen de su yo (moi) y proporciona su matriz, el sujeto puede captar lo que le falta a la madre. La experiencia especular del otro constituyendo una totalidad es una condición previa. Con respecto a esta imagen es como el sujeto ve que puede faltarle algo a él. El sujeto aporta así más allá del objeto de amor esa falta que puede verse llevado a suplir, proponiéndose él mismo como el objeto que la colma.

Hoy les he conducido hasta la presentación de una forma que deben tener presente para que podamos partir de este punto la próxima vez. ¿A qué responde esta forma? Lo que ustedes ven dibujarse aquí, es una nueva dimensión y una nueva propiedad de lo que se presenta en el sujeto terminado, en quien están diferenciadas las funciones llamadas superyó, ideal del yo y yo. Se trata de saber, como muy bien dice Freud al final de su artículo, qué es ese objeto que en la *Verliebtheit* viene a ponerse en el lugar del yo o del ideal del yo.

En lo que les he explicado hasta ahora del narcisismo, he tenido que destacar la formación ideal del yo, sí, eso mismo, la formación del yo

como una formación ideal, en la medida en que el yo (moi) se aísla a partir del ideal del yo. No les he articulado suficientemente la diferencia que existe. Pero vayan a Freud, con sus fecundas oscuridades, y miren tan solo sus esquemas, que van de mano en mano sin que a nadie se le haya ocurrido ni por un momento reproducirlos. ¿Qué encontramos al final de este capítulo? Este esquema, donde pone los yoes de distintos sujetos.

GRAPHISCHE DARSTELLUNG DE FREUD



Se trata de saber por qué los sujetos comulgan con un mismo ideal. Freud nos explica que hay identificación del ideal del yo con objetos que son supuestamente el mismo. Pero, si miramos el esquema, vemos que ha tenido el cuidado de vincular estos tres objetos con un objeto exterior, que se encuentra detrás de todos ellos. ¿No encuentran que esto tiene un parecido chocante con lo que yo les estoy explicando? A propósito del *Ich-Ideal*, no se trata tan solo de un objeto, sino de algo que está más allá del objeto y se refleja, como dice Freud, no pura y simplemente en el yo, que sin duda se resiente de alguna forma y puede empobrecerse, sino en algo que se encuentra en los mismos cimientos del yo, en sus primeras formas, en sus primeras exigencias y, por decirlo todo, el primer velo, algo que se proyecta allí bajo la forma del ideal del yo.

La próxima vez empezaré en este mismo punto donde les dejo, la relación entre el ideal del yo, el fetiche y el objeto en cuanto que es el objeto que falta, es decir el falo.

6 de febrero de 1957

XI

EL FALO Y LA MADRE INSACIABLE

El don se manifiesta al llamar.
La sustitución de las satisfacciones.
La erotización de la necesidad.
El espejo, del júbilo a la depresión.
Papel significante del falo imaginario.

Tengo intención de retomar hoy los términos en los que trato de formularles la necesaria refundición de la noción de frustración. Sin esta refundición, en efecto, tal vez no dejará de aumentar la distancia entre las teorías dominantes en el psicoanálisis de hoy, lo que llaman sus tendencias actuales, y la doctrina freudiana, que constituye a mi modo de ver, nada más y nada menos, la única forma conceptual correcta de la experiencia fundada por esta misma doctrina.

Hoy trataré de articular, algo tal vez un poco más algebraico que de costumbre, pero todo lo que hemos hecho hasta ahora sirve como preparación.

Antes de seguir, puntuemos lo que se desprende de algunos de los términos que nos hemos visto llevados a articular hasta ahora.

1

He tratado de situarles la frustración en un pequeño cuadro triple, entre la castración, punto de partida de la experiencia freudiana, y la privación, a la que algunos la refieren. Digamos que hay referencias distintas.

El psicoanálisis de hoy pone a la frustración en el corazón de todas las faltas cuyas consecuencias analizables se manifestarían en los síntomas propios de nuestro campo. Necesitamos comprenderla en su experiencia fundamental para usar de ella de forma válida, pues si la experiencia analítica la ha puesto en primer plano entre los términos en

uso, no puede ser en absoluto sin alguna razón. Aunque su predominio no modifique profundamente la economía de nuestro pensamiento ante los fenómenos neuróticos, sin embargo, la conduce a callejones sin salida, como yo me esfuerzo en demostrarles, espero que con éxito, con no pocos ejemplos. A medida que vayan teniendo ustedes más práctica en la literatura analítica, y si mantienen los ojos bien abiertos, verán estos callejones sin salida, cada vez más comprobados.

La frustración, planteemos de entrada, no es la negación de un objeto de satisfacción en el sentido puro y simple. Satisfacción quiere decir satisfacción de una necesidad, no tengo necesidad de insistir en este punto.

Habitualmente, cuando se habla de frustración, se usa el término sin ninguna otra consideración — tenemos experiencias frustrantes, creemos que dejan huellas. Simplemente olvidamos que, si las cosas han de ser tan simples, sería preciso explicar también porqué el deseo que habría resultado frustrado de esta forma respondería a esa característica tan destacada por Freud desde un principio, a saber, que el deseo es, en el inconsciente, reprimido, indestructible, enigma que precisamente todo el desarrollo de su obra está destinado a responder.

Esta propiedad es propiamente inexplicable limitándose a la perspectiva de la necesidad. Toda la experiencia que podemos tener de lo que ocurre en una economía animal nos lo demuestra. La frustración de una necesidad acarrea modificaciones diversas, más o menos soportables para el organismo, pero si hay algo evidente y confirmado por la experiencia, es que no engendra el mantenimiento del deseo propiamente dicho. O el individuo sucumbe, o el deseo se modifica, o declina. En todo caso, no se impone ninguna coherencia entre la frustración y la permanencia del deseo, o su insistencia, para emplear el término que me vi llevado a destacar cuando hablamos del automatismo de repetición.

Además, Freud nunca habla de frustración. Habla de la *Versagung*, que se inscribe mucho más adecuadamente en la noción de denuncia, como se dice *denunciar un tratado* o se habla de retractarse de un compromiso. Esto es tan cierto, que incluso se puede poner a veces la *Versagung* en el polo opuesto, ya que la palabra puede significar a la vez *promesa* y *ruptura de promesa*. Esto sucede a menudo en las palabras precedidas de *ver-*, prefijo tan esencial en alemán y que tiene un lugar eminente en la elección de las palabras en la teoría analítica.

Digámoslo de una vez, la tríada *frustración-agresión-regresión*, planteada así, está muy lejos de tener el carácter atrayente de significación inmediatamente comprensible que se le supone. Basta con considerarla

un instante para darse cuenta de que en sí misa no es comprensible. No hay ninguna razón para no dar una secuencia distinta. Completamente al azar, podría decirles *frustración-depresión-contricción* — podría inventar otras. No se trata de preguntarnos ahora por las relaciones de la frustración con la regresión. Nunca se ha hecho de forma satisfactoria. Lo que se ha hecho, no digo que sea falso, digo que no es nada satisfactorio, porque en tal caso la propia noción de regresión no está elaborada.

La frustración no es pues denegar un objeto de satisfacción. No obedece a eso. A este respecto, quiero desplegar ante ustedes un encadenamiento de tal forma que puedan retener sus principales articulaciones para comprobar si sirven, y como me contentaré con poner a continuación una serie de fórmulas que ya han sido trabajadas aquí, estoy relativamente dispensado, salvo por alusión, de demostrarlas.

Sometámonos a la vía consistente en tomar las cosas desde el principio — no digo del desarrollo, porque esto no tiene el carácter de un desarrollo, sino en la relación primitiva del niño con su madre. Digamos que, en el origen, la frustración — y no cualquier frustración, sino la utilizable en nuestra dialéctica — sólo es concebible como la negación de un don, en la medida en que el don es símbolo del amor.

Cuando digo esto, no estoy diciendo nada que no esté en Freud con todas las letras. El carácter fundamental de la relación de amor, con lo que tiene de elaborado, no en segundo grado, sino en tercer grado, no supone estar frente a un objeto, sino frente a un ser. Así se plantea en muchos pasajes de Freud la relación que hay al principio. ¿Qué quiere decir esto? No quiere decir que el niño haya hecho filosofía del amor, que distinga, por ejemplo, el amor y el deseo. Quiere decir que de entrada se encuentra sumergido en un baño que implica la existencia del orden simbólico. Tenemos pruebas de ello en su conducta. Ocurren algunas cosas que sólo son concebibles si el orden simbólico está ya presente.

Siempre encontramos en este punto una ambigüedad cuyo origen es que tenemos una ciencia que es una ciencia del sujeto, no una ciencia del individuo. Ahora bien, sucumbimos a la necesidad de poner al principio al sujeto, olvidando que el sujeto, como sujeto, no es identificable con el individuo. Aunque el sujeto esté ajeno, como individuo, al orden que le concierne como sujeto, ese orden no deja de existir. En efecto, la ley de las relaciones intersubjetivas gobierna profundamente a aquellos de quienes depende el individuo, implicándole en dicho orden, sea o no consciente de ello como individuo. Tratar de hacer surgir, a partir de las angustias del niño en la oscuridad, la imagen del padre, es un in-

tento desesperado y que sin embargo se hace una y otra vez. Me refiero a lo que articula un tal Mallet sobre las fobias primitivas. Esta tentativa sólo puede llevarse a cabo con algún truco muy grosero. El orden de la paternidad de por sí existe, viva o no el niño terrores infantiles, los cuales sólo pueden llegar a tener un sentido articulado en la relación intersubjetiva padre-hijo, profundamente organizada simbólicamente, que forma el contexto subjetivo donde desarrolla el niño su experiencia. La experiencia del niño está en todo momento atrapada en y es retroactivamente reordenada por la relación intersubjetiva en la que se compromete mediante una serie de esbozos, que lo serán precisamente porque arrancan.

Les hablé del don. El don implica todo el ciclo del intercambio en el que se introduce el sujeto tan primitivamente como puedan ustedes suponer. Si hay don, es sólo porque hay una inmensa circulación de dones que recubre todo el conjunto intersubjetivo. El don surge de un más allá de la relación objetal, pues supone todo el orden del intercambio en el que ya ha entrado el niño, y únicamente puede surgir de este más allá con el carácter que lo constituye como propiamente simbólico. No hay don que no esté constituido por el acto que previamente lo había anulado o revocado. Sobre este fondo, como signo de amor, primero anulado para reaparecer luego como pura presencia, el don se da o no se da al llamar.

Diré más. Hablo de la llamada porque éste es el primer plano, el primer tiempo, de la palabra, pero acuérdense de lo que les decía cuando hablábamos de la psicosis. Les decía que la llamada es esencial en la palabra. Sería un error limitarme a esto, porque la estructura de palabra implica en el Otro que el sujeto reciba su propio mensaje en forma invertida. Todavía no hemos alcanzado este nivel, pero la llamada no puede sostenerse ya aisladamente, como lo demuestra la imagen freudiana del niño con su *Fort-Da*. La llamada ya exige enfrentarse con su opuesto. Llamar lo localiza. Si la llamada es fundamental, fundadora en el orden simbólico, es en la medida en que lo reclamado puede ser rehusado. La llamada es ya una introducción a la palabra completamente comprometida en el orden simbólico.

El don se manifiesta al llamar. La llamada se hace oír cuando el objeto no está. Cuando está, el objeto se manifiesta esencialmente sólo como signo del don, es decir, como nada a título de objeto de satisfacción. Está ahí precisamente para ser rechazado en cuanto nada. Este juego simbólico tiene pues un carácter fundamentalmente decepcionante. He aquí la

articulación esencial que permite situar la satisfacción y hace que tenga sentido.

No quiero decir que no haya en el niño, con ocasión de este juego, una satisfacción atribuida a algo como un puro ritmo vital. Digo que toda satisfacción implicada en la frustración lo está sobre el fondo del carácter fundamentalmente decepcionante del orden simbólico. La satisfacción aquí no es más que sucedáneo, compensación. El niño aplasta lo que tiene de decepcionante el juego simbólico mediante la incautación oral del objeto real de satisfacción, en este caso el pecho. Lo que lo adormece de esta satisfacción es precisamente su decepción, su frustración, el rechazo que puede haber experimentado.

La dolorosa dialéctica del objeto, a la vez presente y siempre ausente, en la que el niño se ejercita, nos lo simboliza aquel ejercicio genialmente captado por Freud en estado puro, en su forma aislada. Es el fondo de la relación del sujeto con el par presencia-ausencia, relación con la presencia sobre fondo de ausencia, con la ausencia como constitutiva de la presencia. El niño aplasta con la satisfacción la insatisfacción fundamental de esta relación. Despista con la incautación oral. Ahoga lo que resulta de la relación fundamentalmente simbólica.

Así, nada tiene de sorprendente para nosotros que sea precisamente en el sueño donde se manifieste la persistencia del deseo en el plano simbólico. Vuelvo a insistir en ello, ni siquiera el deseo del niño está vinculado sólo con la pura y simple satisfacción natural. Vean aquel sueño pretendidamente archisimple que es el sueño infantil, por ejemplo, el de la pequeña Anna Freud, que dice en sueños — *Frambuesa, flan*. Todos estos objetos son para ella objetos trascendentes. Tanto han entrado en el orden simbólico, que todos ellos son precisamente objetos prohibidos. Nada nos obliga a creer que la pequeña Anna Freud estuviera insatisfecha esa misma noche, al contrario. Lo que se mantiene en el sueño como un deseo, eso sí, expresado sin disfraz alguno, pero con toda la transposición propia del orden simbólico, es el deseo de lo imposible.

Y si todavía dudan que la palabra juegue en este caso un papel esencial, les haré notar que si la pequeña Anna Freud no hubiera articulado esto en palabras, nunca hubiéramos sabido nada de ello.

2

Prosigamos con la dialéctica de la frustración y preguntémonos — ¿qué ocurre en el momento en que interviene la satisfacción de la necesidad y sustituye a la satisfacción simbólica?

Por el propio hecho de esta sustitución, la satisfacción de la necesidad sufre una transformación. ¿Cuál? Como yo les digo que el objeto real adquiere entonces el valor de símbolo, podría decirles que, en consecuencia, se ha convertido en símbolo o casi, pero sólo sería un puro y simple juego de manos. Lo que adquiere carácter y valor simbólico, es la actividad, el modo de aprehensión, que deja al niño en posesión del objeto.

Así, la oralidad se convierte en lo que es. Como forma instintiva del hambre, es portadora de una libido conservadora del cuerpo propio, pero no es sólo esto. Freud se pregunta por la identidad de esta libido —¿es libido de la conservación o libido sexual? Por supuesto, aspira a la conservación del individuo, lo que también implica la *destrudo*, pero precisamente, como ha entrado en la dialéctica de la sustitución de la exigencia de amor por la satisfacción, es en verdad una actividad erotizada. Es libido en el sentido propio, y libido sexual.

Todo esto no es una vana articulación retórica, sino que responde de una forma distinta que eludiéndolas a objeciones hechas por gente sin duda no muy sutil — por ejemplo el Sr. Charles Blondel en el último número de los *Études philosophiques*, consagrado al centenario de Freud — a algunas observaciones psicoanalíticas, por ejemplo, a propósito de la erotización del pecho. Dicho autor planteaba en uno de sus artículos, como la señora Favez-Boutonnier nos recuerda — *Me gustaría entenderlo, pero ¿qué ocurre si el niño no mama del pecho de su madre, sino que es alimentado con biberón?* Precisamente a esta objeción responde lo que acabo de estructurarles. En cuanto entra en la dialéctica de la frustración, el objeto real no es en sí mismo indiferente, pero no tiene ninguna necesidad de ser específico. Aunque no sea el pecho de la madre, no por ello perderá nada del lugar que le corresponde en la dialéctica sexual, cuyo resultado es la erotización de la zona oral. Lo que desempeña aquí el papel esencial no es el objeto, sino el hecho de que la actividad ha adquirido una función erotizada en el plano del deseo, el cual se ordena en el orden simbólico.

Tanto es así, se lo advierto de paso, que puede que jugando este papel no haya ningún objeto real en absoluto. En efecto, se trata únicamente de lo que da lugar a una satisfacción sustitutiva de la saturación simbólica. Sólo esto puede explicar la verdadera función de un síntoma como el de la anorexia mental. Ya les dije que la anorexia mental no es un *no comer*, sino un *no comer nada*. Insisto — eso significa *comer nada*. Nada, es precisamente algo que existe en el plano simbólico. No es un *nicht essen*, es un *nichts essen*. Este punto es indispensable para comprender la fenomenología de la anorexia mental. Se trata, en detalle, de que el niño come nada, algo muy distinto que una negación de la actividad. Frente a lo que tiene delante, es decir, la madre de quien depende, hace uso de esa ausencia que saborea. Gracias a esta nada, consigue que ella dependa de él. Si no captan esto, no pueden entender nada, no sólo de la anorexia mental, sino también de otros síntomas, y cometerán las faltas más graves.

Les he situado pues el momento de vuelco que nos introduce en la dialéctica simbólica de la actividad oral. Luego otras actividades quedan igualmente capturadas en la dialéctica libidinal. Pero esto no es todo lo que se produce. A la inversa y al mismo tiempo, cuando se introduce en lo real el vuelco simbólico de la actividad sustitutiva, la madre, hasta ese momento sujeto de la exigencia simbólica, simplemente el lugar donde podía manifestarse la presencia o la ausencia, se convierte en un ser real, lo que plantea un interrogante sobre la irrealidad de la relación primitiva con la madre. En efecto, como la madre puede rehusar eternamente, lo puede literalmente todo. Como ya les dije, en ella aparecerá por primera vez — y no como lo plantea esa extraña hipótesis de una especie de megalomanía que proyecta en el niño algo que sólo existe en la mente del analista — la dimensión de la omnipotencia, la *Wirklichkeit*, que en alemán identifica omnipotencia con realidad. La eficacia esencial se presenta de entrada como la omnipotencia del ser real de quien depende, de forma absoluta y sin recurso posible, el don o el no don.

Les estoy diciendo que la madre es primordialmente omnipotente, que no podemos eliminarla de esta dialéctica, que es una condición esencial para entender cualquier cosa que merezca la pena entender. No les estoy diciendo, con la señora Melanie Klein, que la madre lo contenga todo. Eso es otro asunto, y sólo lo menciono de paso. Ahora podemos entrever cómo es posible que todos los objetos fantasmáticos primitivos se encuentren reunidos en el inmenso continente del cuerpo materno. Que es posible, la señora Melanie Klein nos lo demostró de forma genial, pero siempre tuvo dificultades para explicarnos cómo es posible, y sus adver-

sarios no se privaron de argüirlo para decir que soñaba. Por supuesto, soñaba, y tenía razones para hacerlo, porque eso sólo es posible a través de una proyección retroactiva de toda la gama de objetos imaginarios en el seno del cuerpo materno. Sí que están ahí, en efecto, porque la madre constituye un campo virtual de nadificación* simbólica, que dará a todos los objetos venideros, cada uno en su momento, todo su valor simbólico. Con sólo tomar al sujeto a un nivel algo más avanzado, por ejemplo, un niño de unos dos años de edad, no es en absoluto extraño que ella encuentre objetos reproyectados retroactivamente. Y puede decirse en cierto sentido que, como siempre ocurre, si estaban listos para ir a parar ahí algún día, ya estaban. En este punto, el niño se encuentra frente a la omnipotencia materna.

Como acabo de hacer una rápida alusión a la posición paranoide, tal como la señora Melanie Klein la llama, añadiré que la posición depresiva, que según ella ya se esboza por entonces, podemos sospechar que no carece de relación con la omnipotencia. Es una especie de anonadamiento, una micromanía, lo contrario de la megalomanía. Pero cuidado con ir demasiado aprisa, porque ello no resulta únicamente de que la madre, surgida como omnipotente, sea real. Para que la omnipotencia real engendre en el sujeto un estado depresivo, es necesario además que pueda reflexionar sobre sí mismo y sobre el contraste de su impotencia. La experiencia clínica permite situar este punto alrededor de ese sexto mes, destacado ya por Freud, cuando se produce el fenómeno del estadio del espejo.

Me objetarán ustedes que, como yo mismo enseñé, cuando el sujeto capta la totalidad de su propio cuerpo en su reflexión especular, cuando en cierto modo se consuma en ese otro total y se presenta a sí mismo, experimenta más bien un sentimiento de triunfo. A esto, que es una reconstrucción, no le falta confirmación en la experiencia, y el carácter jubiloso de este encuentro es indudable. Pero conviene no confundir aquí dos cosas.

Por una parte, está la experiencia del dominio, que dará a la relación del niño con su propio yo (moi) un elemento de *splitting* esencial, de distinción respecto de sí mismo, que quedará siempre ahí. Por otra parte, está el encuentro con la realidad del amo. Como la forma del dominio la obtiene el sujeto bajo la forma de una totalidad alienada de sí mismo, pero estrechamente vinculada con él y dependiente de él, hay júbilo,

* *Néantisation.* (T.)

pero es muy distinto cuando, una vez recibida ya esta forma, se encuentra con la realidad del amo. Así, el momento de su triunfo es también el heraldo de su derrota. Cuando se encuentra en presencia de esa totalidad bajo la forma del cuerpo materno, se ve obligado a constatar que ella no le obedece. Cuando entra en juego la estructura especular refleja del estadio del espejo, la omnipotencia materna sólo se refleja entonces en posición netamente depresiva, y entonces hay en el niño sentimiento de impotencia.

Aquí puede introducirse lo que mencioné hace un momento cuando les hablaba de la anorexia mental. Podríamos ir algo más deprisa y decir que el único poder a disposición del sujeto contra la omnipotencia, es decir *no* en el plano de la acción, introduciendo aquí la dimensión del negativismo, algo que no carece de relación con el momento que estoy considerando. No obstante, diría yo, ténganlo en cuenta, la experiencia nos muestra, y con razón, que la resistencia a la omnipotencia no se elabora en el plano de la acción bajo la forma del negativismo, sino en el del objeto, que se nos ha revelado bajo el signo de la nada. Con este objeto anulado, en cuanto simbólico, el niño pone trabas a su dependencia, y precisamente alimentándose de nada. Aquí invierte su relación de dependencia, haciéndose por este medio, él, que depende de esa omnipotencia ávida de hacerle vivir, su amo. Así es ella quien depende por su deseo, ella quien está a su merced, a merced de las manifestaciones de su capricho, a merced de su omnipotencia, la de él.

En consecuencia, nos es muy necesario sostener, en nuestro fuero interno, que el orden simbólico es, por así decirlo, el lecho necesario para que pueda entrar en juego la primera relación imaginaria sobre la cual se produce el juego de la proyección y de su contrario.

Para ilustrar esto ahora en términos psicológicos — pero es una degradación respecto de esta primera exposición que acabo de hacerles —, la intencionalidad de amor constituye muy precozmente, antes de cualquier más allá del objeto, una estructuración fundamentalmente simbólica, imposible de concebir sin plantear que el propio orden simbólico está ya instituido y presente. La experiencia nos lo demuestra. Como la señora Susan Isaacs nos hizo observar hace ya mucho tiempo, desde una edad muy precoz un niño distingue un castigo de un maltrato arbitrario. Incluso antes de hablar, un niño no reacciona de la misma forma ante un golpe que ante una bofetada.

Les dejo meditar sobre lo que esto implica. Me dirán ustedes que es curioso, que el animal también, al menos el animal doméstico. A esta

objeción es fácil darle la vuelta. Demuestra precisamente que el animal puede llegar a un esbozo de más allá que lo introduce en relaciones de identificación muy particulares con su amo. Pero justamente porque, a diferencia del hombre, el animal no está implicado en todo su ser en un orden de lenguaje, la cosa no va a más allá en él, salvo que es un buen perrito. No obstante, consigue algo tan elaborado como distinguir entre el hecho de recibir un golpe cariñoso y que se le aplique un castigo.

Como por ahora se trata de dejar claros los límites, tal vez hayan visto ustedes una especie de cuaderno aparecido en diciembre de 1956, como cuarto número del año del *International Journal of Psycho-Analysis*. Al parecer se han planteado que de todos modos había algo interesante en el lenguaje, y parece que algunas personas han sido llamadas a responder al encargo. El artículo del señor Lowenstein está marcado por una prudencia distante no carente de habilidad, que consiste, tras enumerar algunos personajes secundarios de Hamlet, en recordar que el señor de Saussure enseñó que hay un significante y un significado. En resumen, muestran que están un poco al corriente, pero eso queda totalmente inarticulado con respecto a nuestra experiencia, salvo para subrayar que es cuestión de tener cuidado con lo que decimos. En vista del nivel de elaboración en el que todo esto se ha quedado rezagado, disculpo al autor por no citar mi enseñanza — nosotros hemos llegado mucho más lejos.

También hay un tal Charles Rycroft que, en representación de los londinenses, trata de añadir algo más, haciendo, como en suma hacemos nosotros, la teoría analítica de las instancias intrapsíquicas y de su articulación. Tal vez debiéramos recordar, dice este autor, que la teoría de la comunicación existe. Así, nos recuerda que cuando un niño grita, se produce una situación total que incluye a la madre, al grito, al niño. En consecuencia, estamos en plena teoría de la comunicación — el niño grita y la madre recibe su grito como una señal, una señal de la necesidad. Si partimos de ahí, sugiere el autor, tal vez consiguiéramos reorganizar nuestra experiencia.

En lo que yo les estoy enseñando no se trata en absoluto de esto. Como lo demuestra lo que Freud destaca en la manifestación del niño, el grito en cuestión no se toma como señal. Se trata del grito en la medida en que reclama una respuesta, que llama, diría yo, sobre un fondo de respuesta. El grito se produce en un estado de cosas en el cual no sólo el lenguaje ya está instituido para el niño, sino que éste nada en un medio de lenguaje y se apodera de sus primeras migajas, las articula, como par de alternancia.

El *Fort-Da* es aquí esencial. El grito que tenemos en cuenta en la frustración se inserta en un mundo sincrónico de gritos organizado como sistema simbólico. Los gritos están ya virtualmente organizados en un sistema simbólico. El sujeto humano no sólo advierte en el grito algo que señala un objeto cada vez. Es falso, falaz y erróneo plantear la cuestión del signo cuando se trata del sistema simbólico. Desde el origen, el grito está ahí para que se levante acta de él, incluso para que además haya que rendir cuentas a otro. No hay más que ver la necesidad esencial que tiene el niño de recibir esos gritos modelados y articulados llamados palabras, así como su interés por el propio sistema del lenguaje. El don tipo es precisamente el don de la palabra, porque en efecto el don es aquí, por así decirlo, igual en su principio. Desde el origen, el niño se nutre de palabras tanto como de pan, y muere por ellas. Como dice el Evangelio, el hombre no sólo muere por lo que entra en su boca, sino también por lo que de ella sale.

Como ya deben haber visto — más exactamente, no lo han visto, pero he de insistir para dar este tema por concluido —, el término de regresión puede tener aquí una incidencia que no es la que ordinariamente se pone de manifiesto.

El término de regresión es aplicable a lo que ocurre cuando el objeto real, junto con la actividad dirigida a hacerse con él, sustituye a la exigencia simbólica. El hecho de que el niño aplaste su decepción saturándose y saciándose con el pecho, o con cualquier otro objeto, le permitirá entrar en la necesidad del mecanismo que hace que a una frustración simbólica pueda sucederle siempre la regresión. Una le abre la puerta a la otra.

3

Ahora se trata de construir la siguiente etapa, y para eso tenemos que dar un *jump*.

Podríamos contentarnos con decir, pero resultaría artificial, que desde la apertura que encuentra el significante con la entrada de lo imaginario, todo anda solo. En efecto, todas las relaciones con el cuerpo propio establecidas a través de la relación especular, todas las pertenencias* del cuerpo,

* *Appartenances*. También «dependencias». Véase nota pág. 99. (T.)

entran en juego y quedan transformadas por su advenimiento al significante. Que los excrementos se conviertan, durante algún tiempo, en objeto preferente del don no ha de sorprendernos, ya que evidentemente es en el material a su disposición en relación con su cuerpo donde el niño puede encontrar lo real adecuado para alimentar lo simbólico. Que la retención pueda convertirse en rechazo, tampoco debe sorprender a nadie. En suma, los refinamientos y la riqueza de los fenómenos que la experiencia analítica ha descubierto en el simbolismo anal no tienen porqué entretenernos por más tiempo.

Si les he hablado de un *jump*, es porque ahora se trata de ver cómo, en la dialéctica de la frustración, se introduce el falo.

Guárdense también en este caso de las vanas exigencias de una génesis natural. Si pretendieran deducir de determinada constitución de los órganos genitales el hecho de que el falo juegue un papel predominante en todo el simbolismo genital, nunca lo conseguirían. Sólo se librarían a contorsiones como las que espero mostrarles detalladamente, las del Sr. Jones, cuando trata de hacer un comentario satisfactorio de la fase fálica tal como Freud la sostuvo, con toda crudeza, para mostranos cómo puede ser que el falo que no tiene pueda ser de tal importancia para la mujer. Es realmente curioso de ver.

En realidad, no es ésta la cuestión. Primero y ante todo, la cuestión es una cuestión de hecho. Es un hecho. Si no descubriéramos en los fenómenos el predominio, la preeminencia del falo en toda la dialéctica imaginaria que preside las aventuras, los avatares y también los fracasos y los desfallecimientos del desarrollo genital, no habría ningún problema, en efecto.

Hay quien se empeña en destacar que el niño femenino también debe tener sus propias sensaciones en el vientre y que su experiencia es, sin duda, tal vez desde el origen, distinta de la del masculino. Esto es obvio, ésa no es de ningún modo la cuestión, como advierte Freud. Si, según él, a la mujer le cuesta mucho más que al chico hacer entrar la realidad de lo que ocurre del lado del útero o la vagina en una dialéctica del deseo que le resulte satisfactoria, es en efecto porque ha de pasar por algo con lo que tiene una relación completamente distinta que el hombre, algo que le falta, es decir el falo. Pero la razón que explica porqué es así, nunca debe deducirse de nada originado en una disposición fisiológica cualquiera. Hay que partir de la existencia de un falo imaginario.

El falo imaginario es el eje de toda una serie de hechos que exigen postularlo. Hay que estudiar ese laberinto en el que habitualmente el

sujeto se pierde y puede acabar siendo devorado. El hilo para salir de ahí es que a la madre le falta el falo, que precisamente porque le falta, desea, y que sólo puede estar satisfecha en la medida en que algo se lo proporciona.

Esto puede parecer, literalmente, como para quedarse estupefacto. Pues bien, hay que partir de lo que le deja a uno estupefacto. La primera virtud del conocimiento es la capacidad de enfrentarse a lo que no es evidente. Tal vez ya estamos algo preparados para admitir que la falta es aquí el principal deseo, si admitimos que ésta es igualmente la característica del orden simbólico.

En otros términos, si la situación se presenta así es porque el falo imaginario desempeña un papel significante de primer orden. El significante no lo va inventando cada sujeto de acuerdo con su sexo o sus disposiciones, o de acuerdo con lo fantasioso que haya salido. El significante existe. Es indudable que el papel del falo como significante es subyacente, porque hizo falta el psicoanálisis para descubrirlo, pero no por ello es menos esencial.

Dejemos por un momento el terreno del psicoanálisis, para plantearnos de nuevo la pregunta que le hice al señor Lévi-Strauss, el autor de las *Estructuras elementales del parentesco*. ¿Qué le dije? Usted nos compone la dialéctica del intercambio de las mujeres entre los linajes. Por una especie de postulado, una elección, plantea usted que se intercambian mujeres entre generaciones. He tomado una mujer de otro linaje, debo a la siguiente generación o a otro linaje otra mujer. Si esto se lleva a cabo mediante enlaces preferentes entre primos cruzados, todo circulará de forma muy regular en un círculo que no tendrá ninguna razón, ni para estrecharse más, ni para romperse, pero si se hace entre primos paralelos, pueden producirse cosas bastante molestas, ya que el intercambio tiende al cabo de cierto tiempo a una convergencia y produce fracturas y fragmentos. Planteo entonces la pregunta — ¿Y si invierte usted las cosas y se compone el círculo de intercambios diciendo que son los linajes femeninos los que producen hombres y se los intercambian? Al fin y al cabo, ya sabemos que esa falta de la que hablamos en la mujer no es una falta real. Todos sabemos que ellas pueden tener algún falo, los tienen y además los producen, hacen niños, hacen falóforos. En consecuencia, puede describirse el intercambio a través de las generaciones en el orden inverso. Es posible imaginar un matriarcado cuya ley sería — *He dado un niño, quiero recibir el hombre.*

La respuesta de Lévi-Strauss es la siguiente. Sin duda, desde el punto de vista de la formalización, pueden describirse las cosas exactamente

de la misma forma tomando un eje de referencia, un sistema de coordenadas simétrico basado en las mujeres, pero entonces habrá un montón de cosas inexplicables, y en particular la siguiente. En todos los casos, incluso en las sociedades matriarcales, el poder es androcéntrico. Está representado por hombres y por linajes masculinos. Algunas anomalías muy extrañas en los intercambios, modificaciones, excepciones, paradojas, que aparecen en las leyes del intercambio en el plano de las estructuras elementales del parentesco, sólo pueden explicarse en relación con una referencia que está fuera del juego del parentesco y corresponde al contexto político, es decir, el orden del poder y muy precisamente el orden del significante, donde el cetro y el falo se confunden.

Si el hecho de tener o no el falo imaginario y simbolizado adquiere la importancia económica que tiene en el Edipo, es por razones inscritas en el orden simbólico, que trascienden el desarrollo individual. Ésta es la razón tanto de la importancia del complejo de castración como de la preeminencia de los famosos fantasmas de la madre fálica, la cual desde su aparición en el horizonte analítico constituye el problema que ustedes saben.

Antes de conducirles hasta la articulación de la dialéctica del falo, a su culminación y su resolución en el Edipo, quiero mostrarles que también yo puedo permanecer algún tiempo en los estratos preedípicos, a condición de guiarnos por ese hilo conductor que es el papel fundamental de la relación simbólica.

En su función imaginaria, en la pretendida exigencia de la madre fálica, ¿qué papel desempeña el falo? Quiero mostrarles una vez más hasta qué punto es esencial la noción de falta del objeto, sólo leyendo a los buenos autores analíticos, entre quienes incluyo a Abraham.

En un artículo admirable aparecido en 1920 sobre el complejo de castración en las mujeres, nos da, en la página 341, un ejemplo de una pequeña de dos años que se dirige al armario de los cigarros después de la comida. El primero se lo da a papá, el segundo a mamá, que no fuma, y se mete el tercero entre las piernas. Mamá recoge toda esa panoplia y vuelve a dejarla en la caja de los cigarros. No es casualidad si la pequeña va y lo repite, porque así cada cosa está en su sitio. Lástima que el comentario no esté más articulado. Como el Sr. Abraham admite implícitamente, el tercer gesto de la niña indica que ese objeto simbólico le falta. Lo que manifiesta así es la falta. Pero de la misma forma, se lo da también en primer lugar a aquél a quien no le falta, señalando claramente en qué puede ella desearlo, a saber, como demuestra la experiencia,

para satisfacer a aquella a quien le falta. Si leen ustedes el artículo de Freud sobre la sexualidad femenina, verán que para la niña no se trata tan sólo de que le falte el falo a ella, sino de dárselo a su madre, o de darle un equivalente, como si fuera un niño.

Recordamos esta historia para introducirles a algo que es preciso que sepan representarse — no hay nada concebible en la fenomenología de las perversiones, quiero decir de forma directa, salvo partiendo de la idea de que se trata del falo. Es una idea mucho más simple que todo lo que les proponen habitualmente, esas tinieblas de identificaciones, de proyecciones, un laberinto en el que uno se pierde, hecho de los pedazos más dispares. Se trata del falo y de saber cómo capta el niño, de forma más o menos consciente, que a su omnipotente madre le falta fundamentalmente algo, y la cuestión es por qué vía le dará ese objeto que le falta y que a él mismo le falta siempre.

No lo olvidemos, en efecto, el falo del niño no es mucho más valeroso que el de la niña. Naturalmente, algunos buenos autores lo vieron, y el Sr. Jones se dio cuenta incluso de que la Sra. Karen Horney era más bien favorable a su oponente, en este caso Freud. Ella supo poner de relieve el carácter fundamentalmente deficiente del falo del niño, incluso la vergüenza que esto puede producirle, el profundo sentimiento de insuficiencia que puede experimentar, y no para tratar de allanar la diferencia entre el niño y la niña, sino para esclarecer al uno con la otra. Hay que tener presente la importancia de este descubrimiento que el niño hace sobre sí mismo, para comprender el valor exacto de sus tentativas de seducción ante la madre, de las que tanto se habla. Están profundamente marcadas por el conflicto narcisista. En esta ocasión se producen siempre las primeras lesiones narcisistas, que son sólo los preludios, incluso los presupuestos, de determinados efectos ulteriores de la castración. A fin de cuentas, mucho más que de la simple pulsión o agresión sexual, el hecho es que el niño quiere hacer creer que es un macho o un portador del falo, cuando sólo lo es a medias.

En otros términos, en todo el periodo preedípico, cuando se originan las perversiones, se desarrolla un juego, el juego de la sortija o quizá el del trilero, incluso nuestro juego de par o impar, en el cual el falo es fundamental como significante, fundamental en ese imaginario de la madre que se trata de alcanzar, porque el yo del niño se apoya en la omnipotencia de la madre. Se trata de ver dónde está y dónde no está. Nunca está verdaderamente donde está, nunca está del todo ausente de donde no está. En esto debe basarse toda la clasificación de las perversiones. Sea cual

sea el valor de las aportaciones sobre la identificación con la madre y la identificación con el objeto, etc., lo esencial es la relación con el falo.

Tomemos por ejemplo el travestismo. En el travestismo, el sujeto pone en tela de juicio su falo. Suele olvidarse que en el travestismo no se trata simplemente de homosexualidad más o menos transformada, que no se trata simplemente de un fetichismo diferenciado. Es preciso que el sujeto sea portador del fetiche. Fenichel, en su artículo *Psychoanalysis of Transvestism*, aparecido en e *IJP*, nº 2, 1930, subraya muy bien el hecho de que bajo las ropas femeninas, lo que hay es una mujer. El sujeto se identifica con una mujer, pero una mujer con falo, sólo que lo tiene a título de falo escondido. El falo siempre ha de participar de algo que lo vela. Vemos aquí la importancia esencial de lo que he llamado el velo. La existencia de las ropas materializa el objeto. Aunque el objeto real esté presente, se ha de poder creer que no está, y ha de caber la posibilidad de creer que está precisamente donde no está.

Del mismo modo, en la homosexualidad masculina, por limitarnos hoy a este caso, también se trata para el sujeto de su propio falo, pero, cosa curiosa, el suyo buscado en otro.

Todas las perversiones juegan siempre, de alguna forma, con ese objeto significante en la medida en que es, por su naturaleza y en sí mismo, un verdadero significante, es decir, algo que en ningún caso puede tomarse por su valor facial. Cuando se le pone la mano encima, cuando alguno lo encuentra y se fija a él definitivamente, como ocurre en la perversión de las perversiones, llamada fetichismo — verdaderamente la que muestra no sólo dónde está en realidad, sino también qué es —, el objeto es exactamente nada. Es un viejo vestido raído, una antigualla. Esto es lo que vemos en el travestismo — un zapato gastado. Cuando aparece, cuando se descubre realmente, es el fetiche.

La etapa crucial se sitúa justo antes del Edipo, entre la relación primera de la que partí hoy y que he fundamentado, la de la frustración primitiva, y el Edipo. En esta etapa, el niño se introduce en la dialéctica intersubjetiva del señuelo*. Para satisfacer lo que no puede ser satisfecho,

* En adelante, Lacan utiliza el término *leurre* («señuelo») y sus derivados. Ante la imposibilidad de emplear un término único, se ha recurrido a distintas fórmulas, procurando evitar el verbo «engañar», por homonimia con la traducción del término *tromper*, que se suele emplear en otro sentido en este seminario.

Leurrer: «hacer trampa»; *de leurre*: tramposo/a; *leurrant*: «engañoso»; *leurre*: «señuelo», «trampa» o «ilusión». Todos estos términos se incluyen en el campo semántico de *leurre*, y los matices quedan claros por el contexto. *Trompeur* se ha traducido como «falaz». (T.)

a saber, el deseo de la madre, que en su fundamento es insaciable, el niño, por la vía que sea, toma el camino de hacerse él mismo objeto falaz. Este deseo que no puede ser saciado, es cuestión de engañarlo. Precisamente porque el niño le muestra a la madre algo que él no es, se construye toda la progresión en la que el yo (moi) adquiere su estabilidad.

Las etapas más características están siempre marcadas, como Freud lo mostró en su último artículo sobre el *splitting*, por la profunda ambigüedad entre el sujeto y el objeto. Al hacerse objeto para engañar, el niño se compromete con respecto al otro en una posición en la cual la relación intersubjetiva está enteramente constituida. No se trata simplemente de un señuelo inmediato, como ocurre en el reino animal, donde el que se engalana con los colores del pavoneo trata de erigir toda la situación dándose a ver. Por el contrario, el sujeto supone en el otro el deseo. Lo que se trata de satisfacer es un deseo en segundo grado, y como es un deseo que no puede ser satisfecho, sólo se le puede engañar.

Siempre se olvida que el exhibicionismo humano no es un exhibicionismo como los otros, como el del petirrojo. Se abre un pantalón en un momento dado y se vuelve a cerrar. Si no hay pantalón, falta una dimensión del exhibicionismo.

Nos encontramos aquí de nuevo con la posibilidad de la regresión. Esa madre insaciable, insatisfecha, a cuyo alrededor se construye toda la ascensión del niño por el camino del narcisismo, es alguien real, ella está ahí, y como todos los seres insaciables, busca qué devorar *querens quem devoret*. Lo mismo que el propio niño había encontrado en otro momento para aplastar su insatisfacción simbólica, vuelve a encontrárselo tal vez frente a él como unas fauces abiertas. La imagen proyectada de la situación oral, la encontramos también en el plano de la satisfacción sexual imaginaria. El agujero abierto de la cabeza de Medusa es una figura devoradora que el niño encuentra como una salida posible en su búsqueda de la satisfacción de la madre.

He aquí el gran peligro que nos revelan sus fantasmas, ser *devorado*. Lo encontramos en el origen y lo encontramos nuevamente en este rodeo, y proporciona la forma esencial bajo la cual se presenta la fobia.

Lo mismo encontramos en los temores de Juanito. Ahora el caso se presenta posiblemente en condiciones algo más claras. Con ayuda de lo que acabo de aportarles hoy, verán mejor las relaciones entre la fobia y la perversión. También verán mejor lo que les indiqué la última vez, cómo se perfila sobre este fondo la función del ideal del yo. Yo diría incluso que interpretarán el caso de Juanito mejor de lo que Freud pudo

hacerlo, porque en su observación hay alguna vacilación en cuanto a cómo debe identificarse lo que el niño llama la jirafa grande y la jirafa pequeña.

Como dijo el señor Prévert, las jirafas grandes son mudas y las pequeñas son escasas.

Aunque en la observación esto es interpretado de forma errónea, sin embargo se ve bastante bien de qué se trata. Si Juanito arruga la jirafa pequeña y se sienta encima — a pesar de los gritos de la jirafa grande, que es indiscutiblemente la madre—, sólo con esto, ¿no queda ya bastante claro?

27 de febrero de 1957

LA ESTRUCTURA DE LOS MITOS EN LA OBSERVACIÓN DE LA FOBIA DE JUANITO

XII

DEL COMPLEJO DE EDIPO

La ecuación pene = niño.
El ideal monogámico en la mujer.
El Otro, entre la madre y el falo.
El padre simbólico es impensable.
La bigamia masculina.

AGENTE	FALTA	OBJETO
	Castración S	i
Madre simbólica	Frustración I	r
	Privación R	s

La última vez tratamos de rearticular la noción de castración, o al menos el uso de este concepto en nuestra práctica.

En la segunda parte de aquella lección, les situé el lugar donde se produce la interferencia de lo imaginario en esta relación de frustración, infinitamente más compleja comparada con su empleo habitual, que une al niño con la madre. Como ya les dije, si estamos progresando así, hacia atrás, trazando etapas que se sucederían en una línea de desarrollo, sólo es en apariencia. Por el contrario, se trata de captar siempre lo que, interviniendo desde fuera en cada etapa, reordena retroactivamente lo que se había esbozado en la etapa anterior. Esto, por la simple razón de que el niño no está solo. No solamente no está solo por su entorno biológico, sino que hay también un entorno mucho más importante, a saber,

el medio legal, el orden simbólico. Son las particularidades del orden simbólico, lo señalé de paso, las que por ejemplo dan el predominio a ese elemento de lo imaginario llamado el falo.

He aquí pues a qué habíamos llegado, y como esbozo de la tercera parte de mi exposición, los puse tras la angustia de Juanito. En efecto, desde el principio señalamos el carácter ejemplar de estos dos objetos, el objeto fetiche y el objeto fóbico.

Nuestro tema de hoy trataremos de articularlo con Juanito.

No intentaremos rearticular la noción de castración, válgame Dios, porque en Freud se encuentra ya poderosamente articulada, de forma insistente y repetida. Sólo queremos volver a hablar de ella porque el uso del complejo de castración, con la referencia que puede constituir, escasea cada vez más en las observaciones desde que se ha dejado de mencionarla.

Para abordar hoy la noción de castración, sólo tenemos que seguir en la línea de nuestro discurso del otro día.

1

¿De qué se trata al final de la fase preedípica y en los albores del Edipo? Se trata de que el niño asuma el falo como significante, y de una forma que haga de él instrumento del orden simbólico de los intercambios, rector de la constitución de los linajes. Se trata en suma de que se enfrente al orden que hará de la función del padre la clave del drama.

No es tan simple. Por lo menos ya les he dicho bastante sobre esto para que si les digo *no es tan simple*, surja en ustedes la respuesta — en efecto, el padre *no es tan simple*. El padre, su existencia en el plano simbólico con el significante padre y todo lo que este término supone, profundamente problemático — ¿cómo ha llegado a estar esta función en el centro de la organización simbólica?

Esto nos hace pensar que tendremos que plantearnos algunas preguntas en cuanto a los tres aspectos de la función paterna. En efecto, desde el primer año en nuestros seminarios aprendimos a distinguir la incidencia paterna en el conflicto, bajo el encabezamiento triple del padre simbólico, el padre imaginario y el padre real. En particular, vimos que sin esta distinción esencial era imposible orientarse en el caso

del hombre de los lobos, cuyo examen ocupó la segunda parte del año.

Tratemos de abordar, desde el punto a donde hemos llegado, la introducción del niño en el Edipo, que se nos presenta en el orden cronológico.

Habíamos dejado al niño en la posición de señuelo en la que se ejercita respecto de la madre. No es, se lo dije, un señuelo en el que esté completamente implicado, en el sentido etológico. En el juego del pavoneo sexual, podemos, nosotros que estamos fuera, percibir elementos imaginarios, apariencias, que cautivan al partener. No sabemos hasta qué punto los sujetos los usan como señuelo, aunque sepamos que nosotros mismos podríamos llegar a hacerlo alguna vez, por ejemplo, presentándole al deseo del simple adversario un simple escudo de armas. El señuelo en cuestión es muy manifiesto en las acciones e incluso las actividades que observamos en el niño pequeño, por ejemplo, sus actividades de seducción destinadas a su madre. Cuando se exhibe, no es una pura y simple mostración, se muestra a sí mismo y por sí mismo a la madre, que existe como un tercero. A esto se añade lo que surge detrás de la madre, la buena fe que se le puede conceder a la madre, por así decirlo. Aquí ya se esboza toda una trinidad, incluso una cuaternidad intersubjetiva.

¿De qué se trata a fin de cuentas en el Edipo? Se trata de que el sujeto se encuentre él mismo capturado en esa trampa de forma que se comprometa en el orden existente, de una dimensión distinta que la trampa psicológica que fue su vía de entrada.

Si la teoría analítica asigna al Edipo una función normativizadora, recordemos que, como nos enseña nuestra experiencia, no basta con que conduzca al sujeto a una elección objetal, sino que además la elección debe ser heterosexual. Nuestra experiencia nos enseña también que no basta con ser heterosexual para serlo de acuerdo con las reglas, y hay toda clase de formas de heterosexualidad aparente. La relación francamente heterosexual puede encubrir en ocasiones una atipia posicional que, por ejemplo, la investigación analítica nos mostrará que se deriva de una posición francamente homosexualizada. Por lo tanto, no basta con que el sujeto alcance la heterosexualidad tras el Edipo, sino que el sujeto, niño o niña, ha de alcanzarla de forma que se sitúe correctamente con respecto a la función del padre. Éste es el centro de toda la problemática del Edipo.

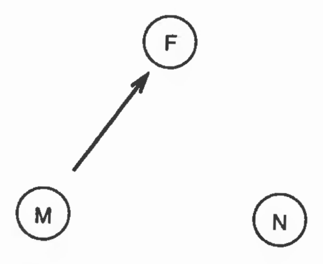
Lo hemos indicado con nuestra forma de abordar este año la relación de objeto, y Freud lo articula expresamente en su artículo de 1931 sobre la sexualidad femenina — considerada desde el punto de vista pre-

edípico, la problemática de la mujer es mucho más simple. Si en Freud parece mucho más complicada, esto se debe al orden de los descubrimientos. En efecto, Freud descubrió el Edipo antes que lo preedípico —¿cómo iba a ser de otra manera? Sólo podemos hablar de una mayor simplicidad de la posición femenina en el desarrollo que calificamos de preedípico, porque sabemos por adelantado que ha de alcanzar la estructura del complejo del Edipo.

Podríamos decir que la niña ha situado el falo en mayor o menor medida, o se ha acercado a él, en el imaginario donde está inmersa, en el más allá de la madre, mediante el descubrimiento progresivo que hace de la profunda insatisfacción experimentada por la madre en la relación madre-hijo. La cuestión es entonces en su caso el deslizamiento de este falo de lo imaginario a lo real. Esto es sin duda lo que Freud nos explica cuando habla de esa nostalgia del falo originario que empieza a producirse en la pequeña a nivel imaginario, en la referencia especular al semejante, otra niña u otro niño — y nos dice que el hijo será el sustituto del falo.

Ésta es una forma algo abreviada de lo que se produce en el fenómeno observado. Vean esta posición como yo la dibujo — aquí lo imaginario, es decir, el deseo del falo en la madre, aquí el niño, nuestro punto central, que deberá descubrir este más allá, la falta en el objeto materno. Al menos éste es uno de los resultados posibles — en cuanto el niño consigue saturar la situación y puede salir de ahí concibiendo la propia situación como posible, ésta bascula a su alrededor.

La nostalgia del falo



¿Qué encontramos efectivamente en el fantasma de la niña, y también en el del niño? En cuanto la situación bascula a su alrededor, la niña encuentra el pene real allí donde está, más allá, en aquél que puede

darle un hijo, o sea, nos dice Freud, en el padre. Por no tenerlo como pertenencia, incluso por haber renunciado a él netamente en este terreno, podrá tenerlo como don del padre. He aquí por qué razón, si la niña entra en el Edipo, nos dice Freud, lo hace por su relación con el falo, y como pueden ver de una forma simple. Luego, el falo sólo tendrá que deslizarse de lo imaginario a lo real por una especie de equivalencia — éste es el mismo término empleado por Freud en su artículo de 1925 sobre la diferencia anatómica entre los sexos — *Nun aber gleitet die Libido des Mädchens — man kann nur sagen: längs der vorgezeichneten symbolischen Gleichung Penis = Kind*. Así la niña ya queda suficientemente introducida en el Edipo.

No digo que no pueda haber mucho más y, por lo tanto, todas las anomalías posibles en el desarrollo de la sexualidad femenina, pero ahora ya hay fijación al padre como portador del pene real, como capaz de dar realmente el hijo, y para ella esto es ya suficientemente consistente como para poder decir a fin de cuentas que el Edipo, como camino de integración en la posición heterosexual típica, es mucho más simple para la mujer, aunque este Edipo comporte de por sí toda clase de complicaciones, incluso obstáculos en el desarrollo de la sexualidad femenina.

Evidentemente, esta mayor simplicidad no ha de sorprendernos, ya que el Edipo es esencialmente androcéntrico o patrocéntrico. Esta disimetría reclama toda clase de consideraciones cuasi históricas que pueden hacernos reparar en la razón de este predominio en el plano sociológico, etnográfico. El descubrimiento freudiano, que permite analizar la experiencia subjetiva, nos muestra a la mujer en una posición que es, por así decirlo — ya que he hablado de ordenamiento, de orden o de ordenación simbólica —, subordinada. El padre es para ella de entrada objeto de su amor — es decir, objeto del sentimiento dirigido al elemento de falta en el objeto, porque a través de esta falta es como se ha visto conducida hasta ese objeto que es el padre. Este objeto de amor se convierte luego en dador del objeto de satisfacción, el objeto de la relación natural del alumbramiento. Luego, sólo se requiere un poco de paciencia para que el padre sea sustituido al fin por alguien que desempeñará exactamente el mismo papel, el papel de un padre, dándole efectivamente un hijo.

Esto implica un elemento que volveremos a tratar más adelante y que da su estilo particular al desarrollo del superyó femenino. En ella se da una especie de contrapeso entre la renuncia al falo y el predominio de la relación narcisista, cuya importancia en el desarrollo de la mujer vio muy bien un Hans Sachs. En efecto, una vez efectuada esta renuncia,

abjura del falo como pertenencia y éste se convierte en pertenencia de aquél a quien desde entonces se dirige su amor, el padre, de quien ella espera efectivamente el hijo. Esta espera de lo que en adelante ya no es para ella sino algo que se le debe dar, la deja en una dependencia muy particular que hace surgir paradójicamente, en un momento dado, como lo señalan diversos autores, fijaciones propiamente narcisistas. De hecho, es el ser más intolerante a cierta frustración. Hablaremos de esto más tarde, cuando volvamos a referirnos al ideal monogámico en la mujer.

Por otra parte, la simple reducción de la situación a la identificación del objeto de amor y el objeto que proporciona la satisfacción explica el aspecto especialmente fijo, incluso precozmente detenido, del desarrollo de la mujer con respecto al desarrollo que puede calificarse de normal. En algunos momentos Freud adopta en sus escritos un tono singularmente misógino, para quejarse amargamente de la gran dificultad que supone, al menos en determinados sujetos femeninos, sacarlos de una especie de moral, dice, de estar por casa, acompañada de exigencias muy imperiosas en cuanto a las satisfacciones a obtener, por ejemplo, del propio análisis.

Me limito a hacer unas someras indicaciones. Tendremos que volver a ocuparnos del desarrollo que Freud hace a propósito de la sexualidad femenina, porque hoy queremos consagrarnos al chico.

En el caso del chico, la función del Edipo parece mucho más claramente destinada a permitir la identificación del sujeto con su propio sexo, que se produce, en suma, en la relación ideal, imaginaria, con el padre. Pero no es ésta la verdadera meta del Edipo, sino la situación adecuada del sujeto con respecto a la función del padre, es decir, que él mismo acceda un día a esa posición tan problemática y paradójica de ser un padre. Ahora bien, este acceso presenta por otra parte un montón de dificultades.

Si cada vez hay menos interés por el Edipo, no es porque no hayan visto esta montaña, sino que precisamente por haberla visto prefieren darle la espalda.

Toda la interrogación freudiana — no sólo en su doctrina, sino en la experiencia del propio sujeto Freud, que podemos seguir a través de las confidencias que nos hizo, a través de sus sueños y el progreso de su pensamiento, todo lo que ahora sabemos de su vida, de sus costumbres, incluso de sus actitudes en su familia, contada por el señor Jones de una forma más o menos completa, pero cierta — toda ella se resume a esto — *¿Qué es ser un padre?*

Éste fue para él el problema central, el punto fecundo que orientó verdaderamente toda su enseñanza.

Observen que si eso es un problema para todo neurótico, lo es también para todo no neurótico durante su experiencia infantil. ¿Qué es un padre? Esta pregunta es una forma de abordar el problema del significante del padre, pero no olvidemos que también se trata de que los sujetos acaben convirtiéndose a su vez en padres. Plantear la pregunta *¿qué es un padre?* es todavía algo distinto que ser uno mismo un padre, acceder a la posición paterna. Veamos. Si es cierto que para cada hombre el acceso a la posición paterna es toda una búsqueda, no es impensable decirse que en verdad, al fin y al cabo, nadie lo ha sido nunca por entero.

Dialécticamente suponemos, y hay que partir de esta suposición, que en alguna parte hay alguien que puede sostener plenamente la posición del padre, alguien que puede responder — *Yo soy padre*. Esta suposición es esencial para cualquier progreso de la dialéctica edípica, pero eso no resuelve en absoluto la cuestión de saber cuál es la posición particular, intersubjetiva, de quien cumple este papel para los demás, y particularmente para el niño.

Partiremos pues otra vez de Juanito.

2

La observación de Juanito es un mare mágnum. Con razón, de los *Cinco análisis*, es el que dejé en último lugar en el trabajo de comentario que estoy llevando a cabo.

Las primeras páginas del texto se sitúan exactamente donde les dejé la última vez, y a Freud no le faltan motivos para presentarnos las cosas en este orden. La primera cuestión es la del *Wiwimacher*, que han traducido al francés como *fait-pipi*. Si seguimos a Freud al pie de la letra, las preguntas que se plantea Juanito se refieren no sólo a su propio *hacepipí*, sino a los de los seres vivos, en particular los que son más grandes que él.

Ya han visto las pertinentes observaciones que pueden hacerse con respecto al orden de las preguntas planteadas por un niño. Por orden, Juanito le plantea la pregunta primero a su madre — *¿Tú también tienes un hacepipí?* Ya hablaremos de lo que le responde su madre. Entonces Juanito suelta — *Sí, sólo había pensado...*, o sea que precisamente ha esta-

do cavilando un montón de cosas. A continuación vuelve a plantearle la misma pregunta a su padre, luego se alegra de haber visto el hacepipí del león, no del todo por casualidad, y entonces, o sea antes de la aparición de la fobia, Juanito observa claramente que, si su madre tiene ese hacepipí, como en efecto ella afirma no sin alguna imprudencia, en su opinión eso se tendría que ver. Y en efecto, una noche, poco tiempo después de este interrogatorio, la espía mientras se desnuda y le dice que si lo tuviera, habría de ser tan grande como el de un caballo.

La palabra *Vergleichung* se ha traducido al francés como *comparación*. El término *perecuación* casi nos parece el mejor, si no por estricta tradición, al menos por economía. En la perspectiva falicista imaginaria en la que dejamos al sujeto la última vez, se trata en efecto de un esfuerzo de perecuación entre una especie de objeto absoluto, el falo, y su puesta a prueba por lo real. No se trata de un todo o nada. Hasta ahora, el sujeto jugaba al juego del trilis, al juego del escondite, el falo no estaba nunca donde uno lo busca, nunca estaba donde uno lo encuentra. Ahora se trata de saber dónde está verdaderamente.

Hasta ahora el niño era el que simulaba, o jugaba a simular. No es casual si, un poco más allá en la observación, vemos, como lo advierten tanto Freud como los padres, que el primer sueño donde interviene un elemento de deformación, un desplazamiento, escenifica un juego de prendas. Si recuerdan ustedes la dialéctica imaginaria tal como la abordé en las últimas lecciones, les sorprenderá verla ahí toda entera, operando en superficie, en la etapa prefóbica del desarrollo de Juanito. Está todo, incluso los hijos fantasmáticos. De repente, tras el nacimiento de su hermanita, Juanito adopta a un montón de niñitas imaginarias a quienes les hace todo lo que se les puede hacer a los niños. Realmente el juego imaginario está ahí al completo, casi sin proponérselo. Se trata de toda la distancia a franquear entre el que simula y el que sabe que existe una potencia.

¿Qué revela este primer abordaje por parte de Hans de la relación edípica? Lo que se desarrolla en el acto de comparación no nos hace salir del plano imaginario. El juego prosigue en el plano del señuelo. El niño se limita a añadir a esta dimensión el modelo materno, una imagen mayor, pero que sigue siendo homogénea en lo esencial. Si así es como se inicia para él la dialéctica del Edipo, a fin de cuentas nunca tendrá que enfrentarse sino con un doble de sí mismo, un doble ampliado. La introducción, perfectamente concebible, de la imagen materna bajo la forma ideal del yo, nos deja en la dialéctica imaginaria, especular, de la relación del sujeto con el otro con minúscula. Su sanción no nos saca de ese *o bien o bien, o él o yo*, que sigue vinculado con la primera dialéctica simbólica, la de la presencia o de la ausencia. No salimos del juego del par o impar, no salimos del plano del señuelo. ¿Qué resulta de ello?

Lo sabemos, tanto en su aspecto teórico como ejemplar — de ahí sólo vemos salir el síntoma, la manifestación de la angustia, nos dice Freud.

Él subraya desde el principio de la observación que es conveniente separar bien la angustia de la fobia. Si de las dos una viene después de otra, es por algo — una viene en auxilio de la otra, el objeto fóbico viene a cumplir su función sobre el fondo de la angustia. Pero en el plano imaginario, nada permite concebir el salto que puede sacar al niño de su juego tramposo con la madre. Alguien que es todo o nada, suficiente o insuficiente — sin duda, con sólo plantear esta pregunta, permanecemos en el plano de la profunda insuficiencia.

Éste es el esquema primero, vulgar, de la entrada en el complejo de Edipo — la rivalidad casi fraterna con el padre. Aquí nos vemos llevados a matizar, mucho más de lo que por lo común se articula. En efecto, la agresividad en cuestión es del tipo de las que entran en juego en la relación especular, cuyo mecanismo fundamental es siempre *o yo o el otro*. Por otra parte, la fijación a la madre, convertida en objeto real tras las primeras frustraciones, sigue igual. Si el complejo de Edipo rebosa de todas sus consecuencias neurotizantes, que encontramos en mil aspectos de la realidad analítica, es en razón de esta etapa, o más exactamente, la vivencia central de este complejo en el plano imaginario.

En particular, así es como vemos introducirse uno de los términos principales de la experiencia freudiana, esa degradación de la vida amorosa a la que Freud consagró un estudio especial. Por el vínculo permanente del sujeto con aquel primitivo objeto real que es la madre como frustrante, todo objeto femenino será para él tan solo un objeto desvalorizado, un sustituto, una forma quebrada, refractada, siempre parcial, con respecto al objeto materno primero. Un poco más adelante se verá lo que conviene pensar sobre esto.

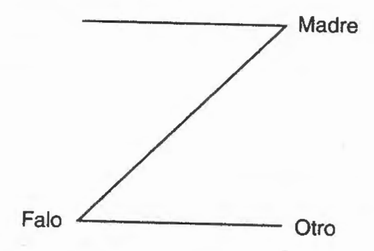
Pero no olvidemos que si el complejo de Edipo puede tener consecuencias duraderas, debidas al mecanismo imaginario que hace intervenir, eso no es todo. Normalmente, y ello desde el comienzo en la doctrina freudiana, la resolución del Edipo forma parte de su propia naturaleza. Refiriéndose a esto, Freud nos dice que sin duda el hecho de que la hostilidad contra el padre pase a un segundo plano puede relacionarse legítimamente con una represión. Pero en la misma frase, procura subrayar

que una vez más resulta palpable que la noción de represión se aplica siempre a una articulación particular de la historia, y no a una relación permanente. Admite que, por extensión, se aplique aquí el término de represión, pero, dense cuenta, el declive del complejo de Edipo, su anulación y su destrucción, normalmente entre los cinco años y los cinco años y medio, es algo distinto que lo que hemos descrito hasta ahora, algo distinto que el borramiento o la atenuación imaginaria de una formación fundamentalmente y en sí misma perdurable. Hay crisis, hay resolución. Y este acontecimiento deja un resultado, que es la formación de algo particular, datado en el inconsciente, a saber, el superyó.

En suma, nos enfrentamos aquí a la necesidad de hacer surgir algo original y nuevo, y que tenga su solución propia en la relación edípica. Para verlo, no hay más que utilizar nuestro esquema habitual.

El otro día habíamos llegado al punto en el cual el niño ofrece a la madre el objeto imaginario del falo, para satisfacerla completamente, y a modo de señuelo. Ahora bien, el exhibicionismo del niño frente a la madre sólo puede tener sentido si hacemos intervenir junto a la madre al Otro con mayúscula, de alguna forma el testimonio, el que ve el conjunto de la situación. Su presencia está supuesta por el solo hecho de la presentación, incluso la ofrenda, hecha por el niño a la madre. Para que exista el Edipo, es en ese Otro donde debe producirse la presencia de un término que hasta entonces no había intervenido, a saber, alguien que, siempre y en cualquier circunstancia, está en posición de jugar y ganar.

La presencia del Otro



El esquema del juego de prendas lo encontramos bajo mil formas en las observaciones, en la actividad del niño y también en el caso de Juanito. Lo vemos, por ejemplo, en su forma de aislarse de pronto en la oscuridad de un pequeño retrete, que se convierte así en suyo, cuando

hasta entonces era el de todo el mundo. En un momento dado todo oscila y se produce el pasaje que añade al juego la dimensión esperada, el plano de la relación simbólica. Eso de lo que les hablé el último día, característico de la madre simbólica, hasta ahora solamente llamada y vuelta a llamar, da paso ahora a la noción de que en el Otro con mayúscula hay alguien capaz de responder en cualquier circunstancia, y su respuesta es que en todo caso el falo, el verdadero, el pene real, es él quien lo tiene. Él es quien tiene el triunfo y sabe que lo tiene. Se introduce en el orden simbólico como un elemento real, inverso respecto de la primera posición de la madre, simbolizada en lo real por su presencia y su ausencia.

Hasta ahora, el objeto estaba y no estaba a la vez. Éste era el punto de partida del sujeto con respecto a todo objeto, o sea, que un objeto estaba a la vez presente y ausente, y siempre se podía jugar a la presencia o a la ausencia de un objeto. Desde este momento decisivo, el objeto no es ya el objeto imaginario con el que el sujeto puede hacer trampa, sino un objeto tal, que siempre está en manos de otro mostrar que el sujeto no lo tiene, o lo tiene de forma insuficiente. Si la castración juega este papel esencial para toda la continuación del desarrollo, es porque es necesaria para la asunción del falo materno como objeto simbólico. Sólo partiendo del hecho de que, en la experiencia edípica esencial, es privado del objeto por quien lo tiene y sabe que lo tiene, el niño puede concebir que ese mismo objeto simbólico le será dado algún día.

En otros términos, la asunción del propio signo de la posición viril, de la heterosexualidad masculina, implica como punto de partida la castración. Esto es lo que nos enseña la noción freudiana del Edipo. Precisamente porque el macho, a la inversa de la posición femenina, posee perfectamente un apéndice natural, porque detenta el pene como una pertenencia, ha de venirle de otro en esta relación con lo que es real en lo simbólico — aquél que es verdaderamente el padre. Y por eso, al fin y al cabo, nadie puede decir qué significa en verdad ser padre, salvo que es algo que de entrada forma parte del juego. Sólo el juego jugado con el padre, el juego de *gana el que pierde*, por así decirlo, le permite al niño conquistar la vía por la que se registra en él la primera inscripción de la ley.

3

¿En qué se convierte el sujeto en este drama en el que se encuentra? Tal como nos lo describe la dialéctica freudiana, es un pequeño criminal. Entra en el orden de la ley por la vía del crimen imaginario. Pero sólo puede entrar en este orden de la ley si, por un instante al menos, ha tenido frente a él a un partener real, alguien que en el Otro haya aportado efectivamente algo que no sea simplemente llamada y vuelta a llamar, par de la presencia y de la ausencia, elemento profundamente negativizador de lo simbólico — alguien que le responde.

Ahora bien, si las cosas pueden expresarse así en el plano del drama imaginario, esta experiencia debe darse en el nivel del juego imaginario. Si la imprescindible dimensión de la alteridad absoluta, de quien simplemente tiene la potencia y responde de ella, no interviene en ningún diálogo particular, es por alguna razón. Se encarna en personajes reales, pero estos personajes reales a su vez dependen de algo que a fin de cuentas se presenta como una eterna coartada. El único que podría responder absolutamente de la función del padre como padre simbólico, sería alguien que pudiera decir como el Dios del monoteísmo —*Yo soy el que soy*. Pero esta frase que encontramos en el texto sagrado no puede pronunciarla nadie literalmente.

Me dirán entonces — *Usted nos enseñó que el mensaje que recibimos es el nuestro, en forma invertida, por lo tanto todo se resuelve con un* Tú eres el que es. No lo crean, pues ¿quién soy yo para decirle esto a alguien, quienquiera que sea? En otros términos, lo que quiero indicarles es que el padre simbólico es impensable, hablando con propiedad.

El padre simbólico no está en ninguna parte. No interviene en ninguna parte.

La prueba hay que encontrarla en la misma obra de Freud. Hizo falta un espíritu como el de Freud, tan comprometido con las exigencias del pensamiento científico y positivo, para llevar a cabo esta construcción que él, como Jones nos confía, tenía en más que todo el resto de su obra. No le daba el lugar más destacado, porque su principal obra, la única — así lo escribió, lo afirmó y nunca lo desmintió —, es *La interpretación de los sueños*, pero su predilecta, la que consideraba un logro, una hazaña, es *Tótem y tabú*, nada más y nada menos un mito moderno, un mito construido para explicar lo que permanecía como un hiato en su doctrina, a saber — *¿Dónde está el padre?*

Basta con leer *Tótem y tabú* simplemente con los ojos abiertos, para advertir que si no es lo que yo les digo, o sea un mito, es absolutamente absurdo. *Tótem y tabú* sirve para decirnos que, para que subsista algún padre, el verdadero padre, el único padre, el padre único, ha de haber estado antes de la historia y ha de ser el padre muerto. Más aún — ha de ser el padre asesinado. Y en realidad, ¿cómo pensarlo siquiera, salvo en su valor mítico? Pues que yo sepa, el padre en cuestión, no lo concibe Freud, ni nadie, como un ser inmortal. ¿Por qué han tenido que adelantar los hijos su muerte de algún modo? Y todo esto, ¿para qué? Para, al fin y al cabo, prohibirse ellos mismos lo que se trataba de arrebatarle. Lo mataron sólo para demostrar que era imposible matarlo.

La esencia del principal drama introducido por Freud se basa en una noción estrictamente mítica, porque es propiamente la categorización de una forma de lo imposible, incluso de lo impensable, a saber, la eternización de un sólo padre en el origen, con la característica de haber sido asesinado. Y esto, ¿para qué, sino para conservarlo? De paso les indico que en francés, como en algunas otras lenguas, entre ellas el alemán, *tuer* viene del latín *tutare*, que significa conservar.

Este padre mítico, además de indicarnos a qué clase de dificultades se enfrentaba Freud, nos enseña a qué apuntaba en verdad con la noción del padre. Se trata de algo que no interviene en ningún momento de la dialéctica, salvo por mediación del padre real, el cual en un momento cualquiera vendrá a desempeñar su papel y su función, permitiendo vivificar la relación imaginaria y dándole su nueva dimensión. Sale del puro juego especular para dar su encarnación a aquella frase que antes calificamos de impronunciable, *tú eres el que eres*. Si me permiten el juego de palabras y la ambigüedad que exploté ya cuando estudiábamos la estructura paranoica del Presidente Schreber, no es *tú eres el que eres*, sino *tú eres el que matabas*.*

El fin del complejo de Edipo es correlativo de la instauración de la ley como reprimida en el inconsciente, pero permanente. Sólo así hay algo que responde en lo simbólico. La ley no es simplemente, en efecto, aquello en lo que está incluida e implicada la comunidad de los hombres — y después de todo, nos preguntamos por qué. Se basa también en lo real, bajo la forma de ese núcleo que queda tras el complejo de Edipo, núcleo llamado superyó — y como el análisis ha demostrado definitivamente, bajo esta forma real se inscribe lo que hasta ahora los filósofos

* Equívoco entre *Tu es celui que tu es* y *Tu es celui qui tuais*. (T.)

nos habían mostrado con más o menos ambigüedad como la densidad, el núcleo permanente, de la conciencia moral, encarnada en cada sujeto, como sabemos, bajo las formas más diversas, más descabelladas, más llenas de aspavientos.

Si toma tal forma, es porque su introducción en el *Es*, como elemento homogéneo respecto de los otros elementos libidinales, siempre tiene algo de accidental. En efecto, nunca se sabe en qué momento del juego imaginario se ha producido este pasaje, ni quién estaba ahí para responder.

Este superyó tiránico, profundamente paradójico y contingente, representa por sí solo, incluso en los no neuróticos, el significante que marca, imprime, estampa en el hombre el sello de su relación con el significante. Hay en el hombre un significante que señala su relación con el significante, y eso se llama superyó. Incluso hay muchos más, y eso se llama los síntomas.

Con esta clave y sólo con ella pueden comprender qué ocurre cuando Juanito fomenta su fobia. Lo característico de esta observación, y creo que podré demostrárselo, es que a pesar de todo el amor del padre, de toda su amabilidad, de toda su inteligencia a la que debemos la observación, no hay padre real.

Toda la secuencia del juego se desarrolla en la trampa de la relación de Juanito con su madre, que acaba siendo insoportable, angustiosa, intolerable, sin salida. O él o ella, o el uno o el otro, y nunca se sabe cuál, el falóforo o la falófora, la jirafa grande o la pequeña. A pesar de las ambigüedades de apreciación por parte de los diversos actores participantes en la observación, está claro que la jirafa grande ha de situarse como incluida en las pertenencias de la madre, y entonces se plantea la cuestión de saber quién la tiene y quién la tendrá. Es como si Juanito soñara despierto y, a pesar de los gritos que da su madre, su sueño le proporcionara la clave de la situación — y a nosotros nos indica su mecanismo de la forma más gráfica.

Quisiera añadir ahora algunas consideraciones que les permitirán habituarse al manejo estricto de la categoría de castración tal como estoy tratando de articularla ante ustedes.

La perspectiva que les aporto permite situar, en el plano correspondiente y en sus relaciones recíprocas, el juego imaginario del ideal del yo con respecto a la intervención sancionadora de la castración, gracias a la cual los elementos imaginarios adquieren estabilidad en lo simbólico, donde se fija su constelación. En esta perspectiva, ¿quién se atrevería a recurrir a la noción de una relación de objeto concebida por adelantado como armoniosa y uniforme? — como si por alguna participación de la naturaleza y la ley, idealmente y de forma constante, cada cual tuviera que encontrar su media naranja, para mayor satisfacción de la pareja, sin detenerse siquiera un instante para conocer la opinión del conjunto de la comunidad.

Si, por el contrario, sabemos distinguir el orden de la ley de las armonías imaginarias, incluso de la propia posición de la relación amorosa, y si es cierto que la castración es la crisis esencial por la que todo sujeto se introduce, se habilita para, por así decirlo, edipizarse de pleno derecho, concluiremos que es perfectamente natural — incluso en estructuras complejas, completamente libres, del parentesco, como éstas en las que vivimos, y no sólo en las estructuras elementales — plantear, al menos en el límite, la fórmula según la cual toda mujer que no esté permitida está prohibida por la ley. Una repercusión clara, eco de esta fórmula, es que todo matrimonio, y no sólo en los neuróticos, lleva con él la castración. Si una civilización, ésta en la que vivimos, ha visto florecer el ideal, la confusión ideal, del amor y del *conjugo*, es porque ha puesto al matrimonio en el lugar más destacado como fruto simbólico del consentimiento mutuo, es decir, que ha llevado tan lejos la libertad de las uniones, que siempre está bordeando el incesto.

Basta por otra parte con insistir un poco en la propia función de las leyes primitivas de la alianza y el parentesco, para darse cuenta de que toda conjunción, sea cual sea, incluso instantánea, de la elección individual en el interior de la ley, toda conjunción del amor y la ley, aunque es un punto de intersección necesario de unión entre los seres, participa del incesto. De ello se deriva que, a fin de cuentas, si la doctrina freudiana atribuye a una fijación duradera a la madre los fracasos, incluso las degradaciones de la vida amorosa, y ve en su permanencia algo que marca con una tara original el ideal deseado de la unión monogámica, no por ello debemos creer que haya una nueva forma de un *o bien o bien* que demuestre que si el incesto no se produce donde pretendemos, o sea en la actualidad, o en las parejas perfectas, como dicen, es precisamente porque se ha producido en otra parte. En uno y otro caso, se trata de incesto. Es decir, que aquí hay algo que contiene un límite, una profunda duplicidad, una ambigüedad siempre dispuesta a renacer.

Esto nos permite afirmar, de acuerdo con la experiencia, que si el ideal de la conjunción conyugal es monogámico en la mujer por las razones antes mencionadas, o sea que quiere el falo para ella sola, no ha de sorprendernos — ésta es nuestra única ventaja — que el esquema de

partida de la relación del niño con la madre tienda siempre a reproducirse por parte del hombre. Y dado que la unión típica, normativa, legal, está siempre marcada por la castración, tiende a reproducir en él la división, el *split*, que le hace fundamentalmente bígamo. No digo *polígamo*, en contra de lo que se suele creer, aunque, por supuesto, en cuanto se introduce el dos ya no hay motivo para limitar el juego en el palacio de los espejismos. Pero más allá de lo que el padre real autoriza, a quien ha entrado en la dialéctica edípica, en lo que se refiere a la fijación de su elección, más allá de esa elección es donde se encuentra aquello a lo que siempre se aspira en el amor, a saber, no el objeto legal, ni el objeto de satisfacción, sino el ser, es decir, el objeto aprehendido en lo que le falta.

Por eso, ya sea de forma institucionalizada o de forma anárquica, vemos que nunca se confunde el amor con la unión consagrada. Muchas civilizaciones evolucionadas no han dudado en hacer de ello una doctrina y la han puesto en práctica. En una civilización como la nuestra, somos incapaces de articular nada, salvo que todo se produce accidentalmente, a saber, porque se es un yo más o menos débil, un yo más o menos fuerte, y se está más o menos ligado a tal o cual fijación arcaica, incluso ancestral.

Ya en la relación imaginaria primitiva, en la que el niño se introduce desde entonces y en adelante en aquel más allá de su madre, el sujeto ve, palpa, experimenta, que el ser humano es un ser privado y un ser desamparado. La propia estructura que nos impone la distinción entre la experiencia imaginaria y la experiencia simbólica que la normativiza, pero sólo por mediación de la ley, implica que hay muchas cosas que en ningún caso nos permiten hablar de la vida amorosa como si correspondiera simplemente al registro de la relación de objeto, ni siquiera la más ideal, la más motivada por las más profundas afinidades. Esta estructura deja abierta en lo más profundo de toda vida amorosa una problemática.

Freud, su experiencia, nuestra experiencia cotidiana, están ahí para hacérnoslo palpable y también para obligarnos a afirmarlo.

6 de marzo de 1957

XIII

DEL COMPLEJO DE CASTRACIÓN

Crítica de la afanisis.
El padre imaginario y el padre real.
El «ser amado».
La angustia, del señuelo al pene que se menea.
Los animales de la fobia.

AGENTE	FALTA DE OBJETO	OBJETO
Padre real	Castración	imaginario
Madre simbólica	Frustración	real
Padre imaginario	Privación	simbólico

Hoy trataremos de hablar de la castración.

La castración está por todas partes en la obra de Freud, igual que el complejo de Edipo. Sin embargo, en uno y otro caso es distinto.

Mientras que el complejo de Edipo está presente en el pensamiento de Freud desde el principio, sólo tardíamente, en su artículo de 1924 consagrado a un tema completamente nuevo, *Der Untergang des Ödipuskomplexes*, trata de articular plenamente su fórmula. Incluso podemos pensar que el gran problema personal del que partió es éste — *¿Qué es un padre?* De esto no cabe la menor duda. Su biografía, sus cartas a Fliess, confirman sus preocupaciones y la presencia del complejo de Edipo desde el origen. Y sólo muy tardíamente empezó a explicarse al respecto.

En cuanto a la castración, no se encuentra nada parecido. Freud nunca llegó a articular plenamente su sentido preciso, la incidencia psíquica precisa de este temor, o esta amenaza, o esta instancia, o ese momento dramático — todas estas palabras se pueden mencionar igualmente, con un interrogante, a propósito de la castración.

Cuando la última vez empecé a abordar el problema haciendo surgir la castración de debajo de la frustración y el juego fálico imaginario con la madre, a muchos de ustedes, aunque entendieron el esquema que hice de la intervención del padre, de su personaje puramente simbólico en los sueños, se quedaron con algún interrogante en cuanto a la castración. ¿Qué es esta castración? En suma, para que el sujeto alcance la madurez genital, ha de haber sido castrado. ¿Que significa esto?

Éstas son las preguntas que me han llegado. Veremos cómo las contestamos.

1

Abordando la cuestión simplemente en el terreno de la lectura, podemos decir que la castración es el signo del drama del Edipo, además de su eje implícito.

Aunque no esté articulado así en ninguna parte, está literalmente implicado por toda la obra de Freud.

Se puede tratar de eludir esta formulación, tomándola a modo de un *como si*. Hacia ahí les arrastra la corriente del discurso analítico actual. Pero ¿no vale la pena fijarse un poco, como yo les incito a hacer? Que el lado abrupto de esta afirmación les parezca problemático, me parece bien — en efecto, lo es. Pero por paradójica que sea, pueden tomarla como punto de partida.

¿Qué puede significar pues semejante formulación? ¿Qué implica? ¿Qué supone? Con todo algunos autores se han fijado en la singularidad de determinada consecuencia, y entre los más notables, Ernest Jones.

Se darán cuenta si leen su obra — el señor Jones nunca llegó a superar las dificultades propias del manejo del complejo de castración. Por este motivo aportó un término que es suyo, pero que, como todo lo que él introdujo en la comunidad analítica, siguió su curso y tuvo algunos ecos, principalmente en los autores ingleses. Se trata de la *afanisis*, que en griego significa *desaparición*.

La solución que trató de dar Jones a la forma de insistencia del drama psíquico de la castración en la historia del sujeto, es la siguiente. Según su perspectiva, el temor de la castración no puede depender del accidente, de la contingencia de las amenazas que, sin embargo, tan a menudo

se reproducen en la historia de los sujetos, expresadas en el enunciado parental bien conocido — *Vendrá alguien a cortarte eso.* Lo que llama la atención de los distintos autores, no es sólo la vertiente paradójicamente motivada, no enraizada en una constante necesaria de la relación interindividual, de esta amenaza, sino la dificultad que supone integrar en su forma positiva el propio manejo de la castración, articulada por Freud, sin embargo, claramente como una amenaza referida al pene, al falo. Esto es lo que llevó a Jones — cuanto se ocupaba de la constitución del *Super-ego*, tratando de determinar su mecanismo — a destacar la noción de *afanisis*. Para que vean hasta qué punto esta misma noción plantea de todos modos algunas dificultades graves, creo que bastará con que yo mismo se las articule.

En efecto, la *afanisis* es la desaparición, pero ¿de qué? Para Jones, es la desaparición del deseo. La *afanisis*, que sustituye a la castración, es el temor por parte del sujeto de ver extinguirse en él el deseo.

Por fuerza han de ver, me parece, la relación altamente subjetivada que en sí misma representa semejante noción. ¿Es concebible que sea ésta la fuente de una angustia primordial? Tal vez, pero sin duda se trata de una angustia singularmente reflexiva. Habría que dar aquí en verdad un salto en la comprensión y suponer que el sujeto no sólo está en posición de tomar, con respecto a sus primeras relaciones con los objetos, la distancia que le da una frustración propiamente articulada, sino también vincular con esta frustración la aprehensión de un agotamiento del deseo. Realmente, esto es suponer que se ha franqueado un inmenso *gap*.

De hecho, Jones trató de articular toda su génesis del *Super-ego*, considerado como la formación a la que conduce normalmente el complejo de Edipo, alrededor de la noción de privación, por cuanto ésta suscita el temor a la *afanisis*. Así, enseguida tropezó con distinciones a las que nosotros conseguimos dar una forma algo más manejable. Además, refiriéndose a la privación, no puede, ni siquiera por un instante, dejar de distinguir la pura privación, que hace que el sujeto no esté satisfecho en alguna de sus necesidades, y la privación que él llama deliberada, cuando el sujeto tiene enfrente a otro sujeto que le rehusa la satisfacción buscada. Como no resulta fácil, partiendo de datos tan poco definidos, articular el paso de la una a la otra, sobre todo cuando se conservan en estado de sinónimos, Jones acaba naturalmente indicando que, con la mayor frecuencia, la privación es tomada por una frustración, es equivalente para el sujeto a la frustración, lo cual facilita, por supuesto, la articulación

del proceso. Pero si bien las cosas resultan así más fáciles para el que eso dice, no ha de ser igual para un oyente algo exigente.

De hecho en mi tabla no doy en absoluto el mismo sentido que Jones al término de privación. La privación de la que se trata en este caso es un término para situar con respecto a la noción de castración. En cuanto al término de frustración, trato de devolverle la complejidad de una relación verdadera, y lo hice de forma muy articulada en la sesión anterior a la interrupción de febrero. Sin duda recordarán lo suficiente para ver que no utilizo el término en la forma sumaria de su uso habitual.

No es posible articular nada sobre la incidencia de la castración sin aislar la noción de privación como lo que he llamado un agujero real. En vez de marear la perdiz tratemos por el contrario de aislarla como es debido. La privación, es la privación de la perdiz. Se trata especialmente del hecho de que la mujer no tiene pene, está privada de él. Este hecho, la asunción de este hecho, tiene una incidencia constante en la evolución de todos los casos que Freud nos expone, y en el niño varón, es el ejemplo que más salta a la vista, por así decirlo, en todo momento en los casos de Freud. La castración, que tratamos de definir, toma como base la aprehensión en lo real de la ausencia de pene en la mujer. En la mayor parte de los casos éste es el punto crucial, es, en la experiencia del sujeto macho, la base en la que se apoya, con singular eficacia y de forma angustiante, la noción de la privación. Hay en efecto una parte de los seres en la humanidad que están, dicen los textos, castrados. Desde luego, este término es del todo ambiguo. Están castrados en la subjetividad del sujeto. En lo real, en la realidad, en lo que se invoca como experiencia real, están privados.

En la enseñanza de los textos de Freud, la experiencia de la castración gira alrededor de la referencia a lo real. Tratemos de articular correctamente nuestros pensamientos al respecto para captar, nosotros mismos, de qué se trata, sin de momento ocuparnos de la experiencia del enfermo.

La propia noción de privación, tan sensible y visible en una experiencia como ésta, implica la simbolización del objeto en lo real. Ya que en lo real, nada está privado de nada. Todo lo que es real se basta a sí mismo. Por definición, lo real es pleno. Si introducimos en lo real la noción de privación, es porque ya lo hemos simbolizado suficientemente, incluso plenamente. Indicar que algo no está, es suponer posible su presencia, o sea introducir en lo real, para recubrirlo y para excavarlo, el simple orden simbólico.

El objeto en cuestión en este caso es el pene. En el momento y al

nivel en el que hablamos de privación, es un objeto que se nos presenta en el estado simbólico. En cuanto a la castración, en la medida en que resulta eficaz, en la medida en que se experimenta y está presente en la génesis de una neurosis, se refiere, como lo indica el orden necesario de la tabla, a un objeto imaginario. Ninguna castración de las que están en juego en la incidencia de una neurosis es jamás una castración real. Sólo entra en juego operando en el sujeto bajo la forma de una acción referida al objeto imaginario.

Para nosotros, el problema consiste precisamente en concebir por qué, por efecto de qué necesidad, se introduce la castración en el desarrollo típico del sujeto, en el que se trata de su entrada en ese orden complejo que constituye la relación del hombre con la mujer. En efecto, la realización genital se halla en la especie humana sometida a cierto número de condiciones.

Empezaremos pues de nuevo, como la otra vez, por la relación originaria del sujeto con la madre, en la etapa calificada de preedípica. Esta etapa, esperamos haberla articulado mejor, de forma más diferenciada que lo habitual. Incluso cuando los mismos términos aparecen en el discurso de los autores, no los manejan tan bien, no están igualmente razonados. Empezaremos por aquí de nuevo para tratar de captar, en cierto modo, en su mismo origen, la necesidad del fenómeno de castración, que se apodera de aquel objeto imaginario como de su instrumento, simboliza una deuda o un castigo simbólico y se inscribe en la cadena simbólica.

Para servirnos de guía, a fin de poder referirnos a términos anteriores, quiero que por un momento acepten como comprobada la hipótesis en la que se basará nuestra articulación, hipótesis que planteamos el otro día — detrás de la madre simbólica está el padre simbólico.

Por su parte, el padre simbólico es una necesidad de la construcción simbólica, que sólo podemos situar en un más allá, casi diría como trascendente, en todo caso como un término que, como les dije de paso, sólo se alcanza mediante una construcción mítica. A menudo he insistido en el hecho de que el padre simbólico, a fin de cuentas, no está representado en ninguna parte. El resultado de nuestro recorrido deberá confirmar si esto es válido, si es efectivamente útil, si nos ha de permitir encontrar en la realidad compleja ese elemento del drama de la castración.

Tenemos ahora en nuestra tabla el padre real y el padre imaginario. Si el padre simbólico es el significante del que nunca se puede hablar sin tener presente al mismo tiempo su necesidad y su carácter, que debemos aceptar por lo tanto como un hecho irreductible del mundo del

significante, el padre imaginario y el padre real son dos términos que nos plantean muchas menos dificultades.

En cuanto al padre imaginario, es con él con quien siempre nos encontramos. A él se refiere muy a menudo toda la dialéctica, la de la agresividad, la de la identificación, la de la idealización por la que el sujeto accede a la identificación con el padre. Todo esto se produce al nivel del padre imaginario. Si lo llamamos imaginario, es también porque está integrado en la relación imaginaria que constituye el soporte psicológico de las relaciones con el semejante, que son, hablando con propiedad, relaciones de especies, se encuentran en el fondo de toda captura libidinal y de toda erección agresiva. El padre imaginario también participa de este registro y presenta características típicas. Es el padre terrorífico que reconocemos en el fondo de tantas experiencias neuróticas, y no tiene en absoluto, obligatoriamente, relación alguna con el padre real del niño. Vemos intervenir frecuentemente en los fantasmas del niño a una figura del padre, y también de la madre, que, con todos sus aspavientos, sólo tiene una relación extremadamente lejana con lo que ha estado efectivamente presente en el padre real del niño, únicamente está vinculada con la función desempeñada por el padre imaginario en un momento del desarrollo.

El padre real es algo muy distinto, que el niño muy difícilmente ha captado, debido a la interposición de los fantasmas y la necesidad de la relación simbólica. Lo mismo nos ocurre a todos nosotros. Si hay algo en la base de la experiencia analítica en su conjunto, es que tenemos enormes dificultades para captar lo más real de todo lo que nos rodea, es decir, los seres humanos tales como son. Toda la dificultad, tanto del desarrollo psíquico como, simplemente, de la vida cotidiana, consiste en saber con quién estamos tratando realmente. Lo mismo ocurre con ese personaje del padre que, en condiciones normales, puede considerarse como un elemento constante de eso que hoy día suele llamarse el entorno del niño. Les ruego por lo tanto que de momento acepten algo que tal vez les parezca paradójico a primera vista en esta tabla, a saber, que contrariamente a la función normativa o típica que se le pretende otorgar en el drama del Edipo, es al padre real a quien le conferimos la función destacada en el complejo de castración.

Estas consideraciones no hacen más explicable la castración y lo que puede parecer por lo tanto su contingencia. ¿Por qué esta castración? ¿Por qué esta extraña forma de intervención en la economía del sujeto que se llama la castración? En sí mismo es algo chocante.

Tenemos a mano un recurso que debemos rechazar. No fue por azar, ni por algún capricho en los primeros planteamientos del tema, si el médico se fijó de entrada en esas escenas de la seducción primitiva que, como luego se reconoció, eran más fantasmáticas de lo que se había creído en un principio. Como ustedes saben, esto es una etapa en el pensamiento de Freud, antes incluso de que analizara y que planteara alguna doctrina sobre el tema. Pero en lo que a la castración se refiere, no se trata de ningún modo de fantasmatizarlo todo, como se hizo con las escenas de seducción primitiva. Si la castración merece efectivamente ser distinguida con un nombre en la historia del sujeto, siempre está vinculada con la incidencia, con la intervención, del padre real. También puede estar profundamente marcada, y profundamente desequilibrada, por la ausencia del padre real. Esta atipia, cuando se da, exige la sustitución del padre real por alguna otra cosa, lo que es profundamente neurotizante.

Partiremos de la suposición del carácter fundamental del vínculo entre el padre real y la castración, para tratar de orientarnos en los complejos dramas que Freud elabora para nosotros. Muy a menudo tenemos la sensación de que se deja guiar de antemano por una orientación, a veces tan firme — como en el caso de Juanito —, que al seguirlo tenemos la impresión también nosotros de tener en todo momento una guía, pero sin llegar a captar las razones que nos permiten elegir el buen camino en cada encrucijada.

Les ruego por lo tanto que admitan provisionalmente esta posición, sobre cuya base empezaremos a tratar de entender la significación y la necesidad del complejo de castración, tomando ahora el caso de Juanito.

2

Juanito, a partir de los cuatro años y medio, hace lo que se llama una fobia, es decir, una neurosis.

Su padre, que resulta ser uno de los discípulos de Freud, se ocupará de esta fobia. Es un buen tipo, lo mejor que pueda haber como padre real, y en verdad le inspira a Juanito los mejores sentimientos — él quiere mucho a su padre y está muy lejos de temer de él un tratamiento tan abusivo como el de la castración.

Por otra parte, no puede decirse que Juanito esté frustrado de algo.

Tal como se ve al principio de la observación, Juanito, hijo único, es la mar de feliz. No ha tenido que esperar a que apareciera la fobia para contar con las atenciones de su padre, y también es objeto de los más tiernos cuidados por parte de su madre, tan tiernos incluso que todo se lo permiten. Se requiere sin duda la sublime serenidad de Freud para aprobar la acción de la madre, cuando hoy día se le fulminarían todos los anatemas, por admitir a Juanito cada mañana en el lecho conyugal, como tercero, y esto contra las expresas reservas del padre y esposo. Éste, no sólo muestra una tolerancia muy peculiar, sino que podemos juzgar que está fuera de juego en la situación, pues diga lo que diga él, las cosas siguen su curso decididamente, mientras la madre en cuestión no tiene en cuenta lo más mínimo las observaciones respetuosamente sugeridas por el personaje del padre.

No está frustrado de nada, este Juanito, en verdad, no está privado de nada. De todos modos vemos, al principio de la observación, que su madre ha llegado a prohibirle la masturbación y ha pronunciado las palabras fatales — *Si te masturbas, haremos venir al Doctor A. y te la cortará.* Pero en este caso no tenemos la impresión de que se trate de algo decisivo. Por supuesto, el niño continúa, lo que no constituye un elemento de apreciación. Los padres están suficientemente informados, sin que ello les impida comportarse exactamente como si no supieran nada. Si bien esta intervención debe ponerse a cuenta de lo escrupulosamente que se consigna la observación, Freud no piensa ni por un instante en relacionar este momento con nada decisivo con respecto a la aparición de la fobia. El niño escucha la amenaza, yo diría casi, de la forma conveniente. Como verán, *a posteriori* acaba resultando que a un niño no se le puede decir nada más, y esto precisamente le servirá como material para construir lo que necesita, es decir, el complejo de castración. Pero la cuestión es precisamente saber por qué lo necesita. En eso estamos, en esta pregunta, y no muy próximos a darle respuesta enseguida.

Por ahora, no se trata de la castración, sino de la fobia, y del hecho de que no podemos relacionarla de forma simple y directa con la prohibición de la masturbación. Como muy bien dice Freud, la masturbación en sí misma no acarrea en ese momento ninguna angustia, el niño sigue masturbándose. Por supuesto, luego lo integrará en el conflicto, como suele decirse, que se manifestará en el momento de su fobia, pero no parece en absoluto que se trate de una incidencia traumatizante capaz de explicar su surgimiento. Las condiciones que rodean a este niño son óptimas, y la aparición de la fobia constituye un problema que hay que

saber introducir como tal, con toda su dignidad. Sólo así podremos atar todos los cabos que resultarán esclarecedores y favorecerán nuestra tentativa teórica.

Para empezar, les recordaré la situación fundamental que prevalece en lo referente al falo en la relación preedípica del niño con la madre.

La madre es aquí objeto de amor, objeto deseado en cuanto a su presencia. La reacción, la sensibilidad del niño ante la presencia de la madre, se manifiesta muy precozmente en su comportamiento. Esta presencia se articula muy rápidamente en el par presencia-ausencia que es nuestro punto de partida. Se trata de una relación tan simple como puedan suponer, y si se han planteado dificultades a propósito del primer mundo objetal del niño, es por una insuficiente distinción del propio término de objeto. Para el niño hay un objeto primordial que de ningún modo podemos considerar como constituido idealmente, es decir, en nuestra idea. Que el mundo del niño esté hecho solamente de un puro estado de suspensión, de límites indeterminados, con el órgano que le satisface, no soy yo el primero en contradecirlo. Ahí está la obra de Alice Balint, por ejemplo, para articular, de forma sin duda distinta y en mi opinión menos sostenible, lo que yo les estoy diciendo, a saber que la madre existe, sin que ello suponga aún la existencia de un yo y un no yo.

La madre existe como objeto simbólico y como objeto de amor. La experiencia lo confirma, y eso es lo que formulo con la posición que le atribuyo a la madre en la tabla. La madre es de entrada madre simbólica y sólo tras la crisis de la frustración empieza a realizarse, debido a cierto número de choques y particularidades surgidas en las relaciones entre la madre y el niño. La madre objeto de amor puede ser en cualquier momento la madre real en la medida en que frustra ese amor.

La relación del niño con la madre, que es una relación de amor, abre la puerta a lo que se llama habitualmente, a falta de saber articularlo, la relación indiferenciada primordial. De hecho, ¿qué ocurre fundamentalmente en la primera etapa concreta de la relación de amor, fondo sobre el cual tiene o no lugar la satisfacción del niño, con la significación que comporta? Se trata de que el niño se incluya a sí mismo en la relación como objeto de amor de la madre. Se trata de que se entere de esto, de que aporta placer a la madre. Ésta es una de las experiencias fundamentales del niño, saber si su presencia gobierna, por poco que sea, la de la presencia que necesita, si él mismo aporta la luz que hace que dicha presencia esté ahí para envolverle, si él le aporta una satisfacción de amor. En suma, *ser amado, geliebt werden*, es fundamental para el niño.

Sobre este fondo se ejerce todo lo que se desarrolla entre la madre y él.

Como ya se lo he indicado, la pregunta que los hechos nos plantean es cómo capta el niño lo que él es para la madre. Nuestra hipótesis básica, ya lo saben, es que no está solo. En la experiencia del niño, se articula poco a poco algo que le indica que en presencia de la madre, aun si está por él, no está solo. Alrededor de este punto se articulará toda la dialéctica del progreso de la relación madre-niño.

Una de las experiencias más comunes es que, para empezar, no esta solo porque hay otros niños. Pero nuestra hipótesis básica es que hay otro término en juego que es radical, constante e independiente de las contingencias de la historia, es decir, de la presencia o de la ausencia del otro niño. Es el hecho de que, en grados distintos en cada sujeto, la madre conserva el *Penisneid*. El niño lo colma o no lo colma, pero la cuestión se plantea. El descubrimiento de la madre fálica en el niño, el del *Penisneid* en la madre, son estrictamente correlativos del problema que estamos abordando.

No al mismo nivel. Si elegí partir de determinado punto para llegar a determinado punto, partir de la etapa preedípica para llegar al Edipo y al complejo de castración, es porque debemos considerar el *Penisneid* como uno de los datos fundamentales de la experiencia analítica y como un término de referencia constante en la relación de la madre con el niño. La experiencia demuestra que no hay forma de articular de otro modo las perversiones, pues contrariamente a lo que suele decirse, no se pueden explicar íntegramente por la etapa preedípica, aunque de todos modos requieren esa experiencia. En la relación con la madre el niño siente el falo como centro de su deseo, el de ella. Y él mismo se sitúa entonces en distintas posiciones por las cuales se ve llevado a mantener este deseo de la madre, es decir, exactamente camelándola.

A esto apuntaba la articulación de aquella lección a la que me refería hace un momento. El niño se presenta a la madre como si él mismo le ofreciera el falo, en posiciones y grados diversos. Puede identificarse con la madre, identificarse con el falo, identificarse con la madre como portadora del falo, o presentarse como portador de falo. Hay aquí un alto grado, no de abstracción, sino de generalización de la relación imaginaria que llamo tramposa, mediante la cual el niño le asegura a la madre que puede colmarla, no sólo como niño, sino también en cuanto al deseo y, por decirlo todo, en cuanto a lo que le falta. Esta situación es con toda seguridad estructurante, pues sólo en torno a ella puede articularse la relación del fetichista con su objeto, y se escalona toda la gama intermedia capaz de relacionarla con aquella otra, tan compleja y elaborada, a la que sólo el análisis ha podido dar todo su relieve hablando de travestismo, dejando aquí aparte a la homosexualidad, relacionada con la necesidad del objeto, del pene real, en el otro.

¿En qué momento algo pone término a la relación que así se sostiene? ¿Qué se lo pone en el caso de Juanito?

3

Al comienzo de la observación, por una feliz casualidad, por el feliz milagro que se produce cada vez que hacemos un descubrimiento, vemos al niño totalmente comprometido en una relación en la que el falo juega un papel evidente.

Las notas del padre, sobre lo que ha observado en el desarrollo del niño hasta la hora H del inicio de la fobia, dan fe de ello. Nos informan de que Juanito está fantaseando el falo constantemente, preguntándole a su madre sobre la presencia del falo en ella, luego en el padre, luego en los animales. Sólo se habla del falo, no se habla de otra cosa. Si nos atenemos a las frases registradas, el falo es verdaderamente el eje, el objeto central de la organización de su mundo. Nos encontramos frente al texto de Freud y tratamos de darle su sentido.

¿Qué es lo que cambia, si no ocurre nada crítico en la vida de Juanito? Lo que cambia, es que su pene, el suyo, empieza a convertirse en algo muy real. Su pene empieza a moverse y el niño empieza a masturbarse. El elemento importante no es tanto que la madre intervenga en este momento, sino que el pene se ha convertido en real. Éste es el dato bruto de la observación. Entonces, podemos preguntarnos si no hay una relación entre este hecho y lo que surge en ese momento, es decir la angustia.

En este seminario todavía no he abordado el problema de la angustia, porque hay que ir tomando las cosas por orden. ¿Cómo concebir la angustia? Pregunta que, como ustedes saben, es permanente a lo largo de toda la obra de Freud. No voy a resumirles en una frase todo el camino recorrido por Freud, pero sí les indicaré que, como mecanismo, la angustia siempre está ahí presente en las distintas etapas de su observación, y la doctrina viene luego.

¿Cómo debemos concebir la angustia en esta ocasión? Lo más cerca

posible del fenómeno. Les ruego que por un instante hagan uso del recurso consistente en demostrar alguna imaginación, y verán que la angustia, en esa relación tan extraordinariamente evanescente en la que se nos manifiesta, surge en cada ocasión cuando el sujeto se encuentra, aunque sea de forma insensible, despegado de su existencia, cuando se ve a sí mismo a punto de quedar capturado de nuevo en algo que, según los casos, llamaremos la imagen del otro, tentación, etc. En resumen, la angustia es correlativa del momento de suspensión del sujeto, en un tiempo en el que ya no sabe dónde está, hacia un tiempo en el que va a ser algo en lo que ya nunca podrá reconocerse. Es esto, la angustia.

¿No ven cómo se introduce aquí, cuando aparece en Juanito, bajo la forma de una pulsión en el sentido más elemental del término, algo que se menea, el pene real, y el niño empieza a ver como una trampa lo que durante tanto tiempo para él había sido el paraíso, la felicidad? — o sea, aquel juego en el que se es lo que no se es, se es para la madre todo lo que la madre quiere.

Como no puedo hablar de todo a la vez, me conformo con indicarles que todo esto depende, a fin de cuentas, de lo que el niño es realmente para la madre. Enseguida introduciremos alguna distinción y trataremos de aproximarnos más a lo que era Juanito para su madre. De momento seguiremos en este punto crucial que nos da el esquema general de la cuestión.

Hasta aquí, el niño se encuentra en el paraíso del señuelo. ¿Resulta satisfactorio para él? No hay ninguna razón para que no pueda seguir con este juego por mucho tiempo de forma satisfactoria. El niño trata de deslizarse, de integrarse en lo que es para el amor de la madre — y, con algo de fortuna, incluso muy poca, lo consigue, ya que basta con un índice, por débil que sea, para sancionar esta relación tan delicada. Pero en cuanto interviene su pulsión, su pene real, se evidencia ese despegue del que hablaba hace un momento. El niño cae en su propia trampa, engañado por su propio juego, víctima de todas las discordancias, confrontado con la inmensa hiancia que hay entre cumplir con una imagen y tener algo real que ofrecer — ofrecerlo *cash*, por así decirlo. Lo que nunca deja de producirse, no es simplemente que el niño fracasa en sus tentativas de seducción por tal o cual razón, o que, por ejemplo, sea rechazado por su madre. Lo que entonces juega el papel decisivo, es que eso que él puede ofrecer se le antoja — la experiencia analítica nos proporciona mil experiencias así — como algo miserable. El niño se encuentra entonces frente a esa brecha, queda prisionero, se convierte en el blanco,

en elemento pasivizado de un juego que le deja a merced de las significaciones del Otro. He aquí un dilema.

El último año se lo indiqué — precisamente en este punto es donde entronca el origen de la paranoia. En cuanto el juego se convierte en serio, sin dejar de ser un juego tramposo, el niño queda completamente pendiente de las indicaciones de su partener. Todas las manifestaciones del partener se convierten para él en sanciones de su suficiencia o de su insuficiencia. En la medida en que la situación prosigue, es decir que no interviene, por la *Verwerfung* que lo deja al margen, el término del padre simbólico, cuya necesidad comprobaremos en lo concreto, el niño se encuentra en una particularísima situación, a merced de la mirada del Otro, de su ojo. Pero dejemos estar al futuro paranoico. Para el que no lo es, la situación literalmente no tiene salida, salvo la salida llamada el complejo de castración. Para eso estoy yo aquí, para mostrárselo.

El complejo de castración traslada al plano puramente imaginario todo lo que está en juego en relación con el falo. Precisamente por este motivo conviene que el pene real quede al margen. La intervención del padre introduce aquí el orden simbólico con sus defensas, el reino de la ley, o sea que el asunto ya no está en manos del niño y, al mismo tiempo, se resuelve en otra parte. Con el padre no hay forma de ganar, salvo que se acepte tal cual es el reparto de papeles. El orden simbólico interviene precisamente en el plano imaginario. La castración afecta al falo imaginario pero de algún modo fuera de la pareja real, y eso tiene su razón de ser. Se restablece así el orden en el interior del cual el niño podrá esperar la evolución de los acontecimientos.

Tal vez esto les parezca una solución algo simple. No es la solución, sino una somera indicación, un puente que estamos tendiendo. Si fuera tan fácil, si bastara con tender un puente, ya no habría necesidad de hacerlo. Lo interesante es el punto donde nos encontramos, o sea el punto adonde ha llegado Juanito, y en ese momento, en su caso, no se produce nada parecido.

¿A qué se enfrenta Juanito? Está metido en el punto de encuentro entre la pulsión real y el juego imaginario del señuelo, y esto en relación con su madre. ¿Qué se produce entonces, dado que hay una neurosis? No les sorprenderá saber que se produce una regresión.

Preferiría que les sorprendiera, porque le doy a este término estrictamente el alcance que le di en la última sesión antes de la interrupción, cuando estuvimos hablando de la frustración. Les decía entonces que ante

la falta de la madre, el niño se hundía en la satisfacción de la crianza. De la misma manera, en este caso en el cual el niño es el centro, la regresión se produce cuando ya no alcanza a dar lo que hay que dar, y su insuficiencia le produce el más profundo desasosiego. Se produce el mismo cortocircuito con el que se satisface la frustración primitiva, que lleva al niño a apoderarse del seno para dar por cerrados todos los problemas, es decir, la hiancia abierta frente él, la de ser devorado por la madre.

Éste es el primer aspecto que adquiere la fobia, como se ve en el caso de este hombrecito. Todo caballo objeto de la fobia es sin duda también un caballo que muerde. El tema de la devoración siempre puede encontrarse por algún lado en la estructura de la fobia.

¿Es esto todo? No, por supuesto, porque eso que muerde, eso que devora, no es cualquier cosa. No podemos resolverlo todo de una vez. Como siempre que nos enfrentamos a cierto número de relaciones fundamentales, conviene dejar algunas de lado para poder articular algo claramente. Si hay algo cierto, es que los objetos de la fobia, que son en particular animales, se distinguen de entrada para el observador más superficial por este rasgo, el de ser objetos pertenecientes en su esencia al orden simbólico. El león, por ejemplo, sobre todo cuando el niño no vive en ningún lugar donde este animal represente, no ya peligro, sino alguna presencia, el lobo, la jirafa, son ante todo objetos extraños. El caballo se sitúa aquí en un límite extremadamente preciso, que demuestra cómo estos objetos se toman prestados de una categoría de significantes homogéneos, de la misma naturaleza, que los que hallamos en la heráldica. No es otro el motivo de la analogía entre el padre y el tótem, en la construcción de *Tótem y tabú*. En efecto, estos objetos tienen una función muy especial, que es la de suplir al significante del padre simbólico.

Este significante, no vemos cuál es su último término, y podemos preguntarnos por qué adquiere tal o cual forma. Desde luego, en todo esto que encontramos ha de haber algún hecho, alguna experiencia positiva, algo irreductible. Yo no les aporto una deducción, sino el aparato necesario para sostener lo que hallamos en la experiencia. Tampoco estamos aquí para resolver el problema de saber porqué la fobia adquiere la forma de determinado animal. No es ésta la cuestión.

4

Por favor, el próximo día traigan el texto de la observación de Juanito. Verán que se trata de una fobia, sin duda, pero, por así decirlo, una fobia en marcha. Los padres van detrás de ella desde el primer momento, y el padre sigue ahí hasta el final

Quiero que lean este texto. Les producirá todas las impresiones caprichosas que puede hacer brotar esta lectura, tendrán incluso la sensación, en bastantes ocasiones, de estar completamente perdidos. De cualquier forma, quiero que aquellos de ustedes que tengan a bien someterse a esta prueba me digan la próxima vez si, en lo que han leído, no les ha sorprendido cierto contraste.

En la etapa inicial, vemos a Juanito dar rienda suelta a toda clase de imaginaciones, extraordinariamente noveladas, sobre sus relaciones con los niños que adopta como propios. Es un tema de lo imaginario en el que se muestra muy a sus anchas. Es que así prolonga el juego tramposo con la madre. Y si está a sus anchas, es porque él mismo se inscribe en este juego en una posición que mezcla la identificación con la madre, pues se trata de adoptar niños, con todas las formas de relación amorosa, cómodamente desarrolladas en el plano de la ficción. En efecto, Juanito mantiene toda una gama de relaciones que van desde esa niña a la que se arrima y corteja bastante asiduamente, hija de los propietarios del lugar donde la familia pasa las vacaciones, hasta otra niña a quien ama a distancia.

Este episodio contrasta con lo que ocurre tras las intervenciones del padre. Presionado por el interrogatorio analítico de su padre, más o menos dirigido, Juanito se entrega a una especie de novela fantástica en la que reconstruye la presencia de su hermanita, años antes de que naciera, en una caja, en el coche, encima de los caballos. En suma, pone de manifiesto la gran coherencia entre lo que llamaré la orgía imaginaria durante el análisis y la intervención del padre real.

Si la fobia termina en una *cura satisfactoria* como pocas — veremos qué quiere decir cura satisfactoria a propósito de su fobia —, es porque intervino el padre real, que tan poco había intervenido hasta entonces, y por otra parte pudo intervenir únicamente porque detrás estaba el padre simbólico, que es Freud. Pero cuando interviene, todo lo que tendía a cristalizarse en el plano de una especie de real prematuro se relanza en un imaginario radical, tan radical que ya no sabe uno muy bien dón-

de está. A menudo llegamos a preguntarnos si Juanito no se estará burlando de todo el mundo. Indiscutiblemente, hace alarde de un humor refinado, porque se trata de un imaginario que interviene para reorganizar el mundo simbólico.

Una cosa es indudable, y es que la curación llega cuando se expresa con mayor claridad, en forma de una historia articulada, la castración propiamente dicha. O sea que el instalador, así llamado, viene, se la desenrosca y le pone otra. Aquí es exactamente donde se detiene la observación. Podemos concluir que la solución de la fobia está vinculada con la constelación de esta tríada — orgía imaginaria, intervención del padre real, castración simbólica.

El padre real, volveremos a hablar de ello la próxima vez, por muy sostenido y respaldado que esté por el padre simbólico, participa en todo esto como un pobre hombre. Freud se ve obligado a decir en todo momento — *Es mejor que nada, bien había que dejarle hablar. Pero sobre todo* — lo encontrarán al final de una página — *no comprendan demasiado deprisa*. Con todas esas preguntas con las que manifiestamente le mete prisa a su hijo, el padre va desencaminado. No importa, el resultado de su intervención está puntuado por estos dos momentos — la orgía imaginaria de Juanito y el advenimiento de la castración plenamente articulada, en forma de sustitución de lo que es real por algo más bonito y más grande. El alumbramiento de la castración pone término a la fobia y además muestra, yo no diría su finalidad, sino qué es lo que suple.

Como ustedes pueden apreciar, éste no es más que un punto intermedio en mi discurso, y sólo he querido darles lo suficiente para que vean dónde se abre su abanico de interrogantes. La próxima vez volveremos a hablar de la dialéctica de la relación del niño con la madre, y nos dedicaremos a determinar el valor, la verdadera significación, del complejo de castración.

13 de marzo de 1957

XIV

EL SIGNIFICANTE EN LO REAL

La red de la La Carta robada.
A solas con Mariedl.
El niño metonímico.
Lo negro en la boca.
La fobia estructura el mundo.

Empezaré por una aclaración sobre el artículo publicado en *La Psychanalyse* nº 2 con el título de *Seminario sobre «La Carta robada»*, y especialmente sobre su introducción.

Algunos de ustedes han tenido tiempo de leerlo y considerarlo con más detenimiento. A quienes se han dedicado a este examen, les agradezco su atención. Al parecer, sin embargo, no a todos les resulta fácil recuperar el contexto donde fue planteado aquí lo que recoge dicha introducción, pues caen en el mismo error realizante en el que otros quedaron atrapados cuando yo exponía las cosas en estos términos. Creían, por ejemplo, que yo negaba el azar. Lo menciono en mi propio texto, de modo que no insistiré en ello.

Ahora trataré de aclarar de qué se trata.

1

No está de más recordarles los datos iniciales.

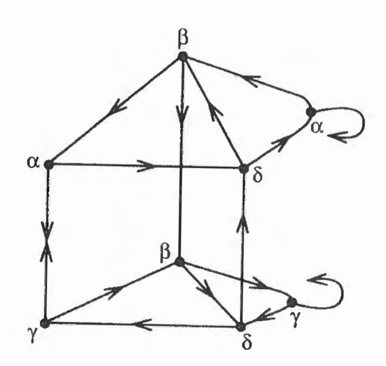
Tomamos de tres en tres los signos + y — ordenados al azar en una sucesión temporal. Ordenamos estos agrupamientos como 1, 2 y 3, según representen, o una sucesión de signos idénticos +++, — — —, o una alternancia, + — +, — + —, o bien una sucesión como ésta, + + —, pero también ésta, — — +, agrupamientos que a primera vista se distinguen por no ser simétricos. Esto es lo que llamo, con un término intraducible al francés, *odd* — lo que, de entrada, salta a la vista como fallido,

desparejo, cojo. Es una simple cuestión de definición — basta con plantearla así, mediante una convención, para que se instaure la existencia de un símbolo. Posiblemente, en mi texto esto está escrito de forma bastante concentrada, y a algunos les habrá planteado dificultades, pero el contexto impide la ambigüedad y que se tome, siquiera por un instante, esta definición por algo más que la simple convención inicial.

Ahora se trata de llamar α, β, γ, δ, otra serie de símbolos que se construyen a partir de la serie anterior. Esta operación se basa en la observación de que si se conocen los términos extremos de esta segunda serie, el término intermedio es unívoco. La convención es pues en este caso escribir un signo que, por su amplitud, incluye una serie de cinco signos de la primera línea. Ir de lo igual a lo igual, es decir, de simétrico a simétrico, ya sea de 1 a 1, de 1 a 3 o de 3 a 1, es α. De *odd* a *odd*, es γ. Partir de lo igual para llegar a *odd*, es β. Volver de *odd* a lo igual, es δ. Estas son las convenciones.

En base a esto puede construirse una red como un paralelepípedo formado por vectores. Por otra parte, cierta persona, de todos los que lo han examinado con la mayor precisión, incluso con la mayor competencia, lo ha obtenido igual.

La red



Esta red ha de estar orientada, y he aquí exactamente cómo. El α puede reproducirse indefinidamente, lo que no ocurre con el resto de puntos, salvo si se indica expresamente con el bucle así definido. En suma, esta red resume exhaustivamente las sucesiones posibles y las únicas que lo son. Una serie que no puede inscribirse en esta red es una serie imposible.

¿Por qué no lo puse en mi texto? En primer lugar, porque no se lo había representado a ustedes aquí. Es un simple dispositivo de control de los cálculos, que permite dar por definitivamente cerrado el problema y asegurarnos de no haber omitido ninguna de las soluciones posibles. Su interés consiste en que siempre puedes remitirte a él como a un instrumento fiable, que indicará, sea cual sea el problema planteado a propósito de esta serie, si has omitido una solución posible o si te has equivocado por completo.

Llegamos a un punto conflictivo. Ven ustedes que en esta red hay, de alguna forma, dos clases de γ y dos clases de δ. Si examinan los vértices así marcados, verán que siempre hay una división dicotómica que se plantea a partir de cada uno de ellos. Después de δ, hay dos resultados posibles — después de este δ de aquí, puede haber otro δ o un γ, mientras que después de este δ de aquí, puede haber un β o un α. Otro ejemplo — después de γ, puede haber α o β, por una parte, o γ o δ por otra parte.

Con respecto a esta diversidad funcional que se pone de manifiesto, hay quien ha hecho la siguiente objeción. Según ellos, podrían designarse los vértices con ocho letras distintas, en vez de designarlos con cuatro letras distintas, o bien poner α y α índice 2. Me han dicho que aquí no había una definición clara y distinta de un símbolo, y que todo lo que representaba y articulaba era sólo, en consecuencia, una especie de opacificación del mecanismo. Así, este juego de símbolos que haría surgir de sí mismo esa ley interna siempre implicada por la creación del símbolo, iría más allá de lo dado de entrada, o sea el puro azar, y aquí empieza la turbación que se produce en la mente de algunos. Creo que debo explicarme.

De alguna forma, eso es exacto. En efecto, puede decirse que la elección de los símbolos introduce cierta ambigüedad al principio, debida simplemente a la indicación de la *oddity*, es decir, de la disimetría, cuando, al haber sucesión temporal, todo está orientado y, evidentemente, no es lo mismo que haya primero 2 y luego 1, o 1 y luego 2. Confundirlos sería introducir en el propio símbolo una ambigüedad, cuando podríamos expresarnos con mayor claridad distinguiéndolos.

Se trata de saber qué significa la claridad en cuestión. Lo que ustedes llaman ambigüedad, con razón dicen que es eso precisamente lo que hay que hacer sensible. El símbolo, como *más*, supone el *menos*. El símbolo, como *menos*, supone el *más*. Siempre hay ambigüedad, a medida que vamos avanzando en la construcción, y el paso que yo di agrupando los

símbolos de tres en tres es el mínimo posible. Si no lo demuestro en el artículo, es porque mi única finalidad era recordarles el contexto en el cual había sido introducida la carta robada, *purloined*. Admitan por un instante que éste es el paso mínimo, porque lo que yo llamo la ley aparece precisamente en la medida en que el símbolo contiene esa ambigüedad.

En efecto, ¿que ocurriría si rechazáramos este paso y se reemplazaran cuatro de estos vértices por la serie ε, ζ, η, θ? Se obtendrían secuencias distintas, extremadamente complejas, porque tendríamos ocho términos y cada uno se uniría con otros dos, de acuerdo con un orden que estaría lejos de resultar inmediatamente evidente. Lo que pone de manifiesto el interés de elegir símbolos ambiguos que unen este vértice α con este otro que también hemos llamado α, aunque tenga en efecto funciones distintas. Agrupándolos así, ven ustedes cómo surge la ley extremadamente simple que expresé mediante uno de los esquemas del texto.

EL DISTRIBUIDOR

$$\frac{\alpha,\ \delta}{\gamma,\ \beta} \rightarrow \alpha,\ \beta,\ \gamma,\ \delta \rightarrow \frac{\alpha,\ \beta}{\gamma,\ \delta}$$

1er TIEMPO   2° TIEMPO   3er TIEMPO

Este esquema permite decir que, si en el primer tiempo y en el segundo puedes obtener cualquier símbolo, el tercer tiempo está sometido a una dicotomía que excluye que a partir de α o δ en el primer tiempo, en el tercero se pueda obtener γ o δ, y que a partir de γ o β en el primero, en el tercero se pueda obtener α o β.

En mi texto indiqué algunas consecuencias cuyo interés consiste en mostrar otras frases de la misma forma, las propiedades y las leyes de sintaxis que pueden deducirse de esta fórmula extremadamente simple. Traté de elegirlas de forma que fuesen metafóricas y así pudieran ustedes entrever cómo el significante es verdaderamente el organizador de algo inherente a la memoria humana. Ésta, en efecto, en la medida en que implica siempre en su trama algunos elementos significantes, está estructurada fundamentalmente de forma distinta que la memoria vital, la cual siempre se concibe en base a la persistencia o el borramiento de una impresión. Al introducir el significante en lo real, y se introduce simplemente en cuanto se habla, o menos aún, con sólo empezar a contar — lo aprehendido en el orden de la memoria se estructura de una forma fundamentalmente distinta de todo cuanto pueda llegar a hacer conce-

bir una teoría de la memoria basada en el tema de la propiedad vital pura y simple.

Esto es lo que trato de ilustrar, en este caso metafóricamente, cuando les hablo del futuro anterior e introduzco, tras el tercer tiempo, un cuarto tiempo. Tomen este cuarto tiempo como punto de llegada. En este lugar resulta posible cualquiera de los cuatro términos, porque el cuarto tiempo tiene la misma función que un segundo tiempo. Si para este lugar eligen uno de los cuatro símbolos, algunos quedarán descartados en el segundo y en el tercer tiempo, lo cual puede servir para figurar lo que se precisa en un futuro inmediato, en cuanto se convierte en el futuro anterior con respecto a un fin, un proyecto determinado. Que sólo por este hecho ya se conviertan en imposibles algunos elementos significantes, me servirá para ilustrar metafóricamente la función que podríamos dar a lo que llamaré el significante imposible, el *caput mortuum* del significante.

Sepan que no he urdido todo esto como una especie de excursión matemática, con la incompetencia universal que me caracterizaría. De creerlo así, estarían equivocados. Para empezar, no son cosas sobre las que yo haya empezado a reflexionar hace un par de días. Además, lo sometí al control de un matemático. No crean que por haber aportado estas precisiones se introduzca el menor elemento de incertidumbre o de fragilidad.

Aquí es donde interrumpí mi desarrollo. Pero como algunos podrían ergotizar aún, en nombre de una falsa evidencia, que no desaparece todo misterio, pues éste puede derivarse de las propias leyes, con lo simple que es considerarlas de forma diferenciada en los términos de los distintos vértices en la construcción paralelepipédica que les di, quiero indicales que ésta no es la cuestión. Y por eso quiero que tengan presente por un momento la siguiente noción — esto significa simplemente que en cuanto hay grafía, hay ortografía.

Se lo ilustraré enseguida de otra forma, posiblemente con mayor valor probatorio para ustedes, sin quitarle nada a mi anterior demostración.

Vuelvo a partir de la misma hipótesis, en el sentido, distinto del uso habitual, en el cual se trata de definiciones simples y de premisas de ellas derivadas. Si vuelvo a partir de la secuencia *odd* sin distinguir de entrada, como me han dicho e igualmente hubiera podido hacer, entre el *odd* con dos pies ligeros al principio y el *odd* con dos pies ligeros al final, el anapesto y el dáctilo, es porque todo el interés del asunto consiste en partir de definiciones efectivamente rudimentarias de las que se han eli-

minado ciertos elementos intuitivos, y en especial ese elemento intuitivo particularmente impactante, basado en la escansión, que supone ya alguna clase de participación corporal. Ahí empieza la poesía. Aquí, ni siquiera entramos en la poesía, sólo hacemos intervenir la noción de simetría o de asimetría. Les diré por qué me parece interesante limitar a este elemento estricto la creación del primer significante.

Vuelvo a mi tabla, y les invito a considerar lo que se produce en el sexto tiempo.

Aquí pueden inscribirse α, β, γ, δ. Ya ven qué exceso de posibilidades tenemos. De hecho, tenemos todos los símbolos posibles, y los tenemos a los dos niveles. Pero un somero examen de la situación nos muestra lo siguiente. Si uno elige como punto de llegada en el quinto tiempo una letra cualquiera, la β por ejemplo, toma como punto de partida otra letra, por ejemplo α, y dice — *Quiero obtener una serie tal que en el primer tiempo tenga α y en el quinto β* —, enseguida ve que, en el tercer tiempo, no puede haber en ningún caso γ, ni ninguna otra cosa de esta línea de aquí, pues por el simple hecho de partir de α al principio, sólo puedes obtener en el tiempo 3 lo que se produce aquí, encima de la línea de dicotomía, es decir α o β. En el cuarto tiempo, puedes obtener α, β, γ, δ. ¿Pero qué has de tener en el tiempo 3 para obtener β en el tiempo 5? En el tiempo 3 has de tener α.

De todo ello resulta que cuando tienes intención de formar una serie en la que haya dos letras determinadas, con un espaciamiento temporal 5, la letra intermedia, situada en el tercer tiempo, está determinada de forma unívoca.

Podría mostrarles otras propiedades igualmente chocantes, pero me limitaré a ésta, y espero que consiga abrir en su mente la dimensión que aquí se trata de evocar. De esta propiedad resulta, en efecto, que si tomas un término cualquiera de la cadena, puedes verificar inmediatamente, de una forma simple que no estorba a la vista — verificación que puede hacer cualquier tipógrafo —, si hay alguna falta, y con sólo remitirte al término dos veces anterior y al término dos veces posterior. En medio sólo hay una letra posible. En otras palabras, el mínimo surgimiento de una grafía hace surgir al mismo tiempo la ortografía, es decir, el control posible de una falta.

Para eso está construido este ejemplo. Les demuestra que, en cuanto surge el significante de la forma más elemental, surge la ley, con independencia de todo elemento real. Esto no significa, en absoluto, que el azar esté dirigido, sino que la ley surge con el significante, de forma in-

terna, independiente de toda experiencia. Para eso está hecha esta especulación sobre α, β, γ, δ, para demostrarlo.

A algunas sensibilidades, estas cosas parecen generarles grandes resistencias. De todas formas, me ha parecido que para hacerles apreciar cierta dimensión, ésta era una vía más simple que aconsejarles, por ejemplo, la lectura del señor Frege, matemático de este siglo que se consagró a los fundamentos de esa ciencia, en apariencia la más simple entre las simples, que es la aritmética. A él le pareció que debía dar rodeos muy considerables — cuanto más simple es algo, más difícil es aprehenderlo —, pero no menos convincentes, para demostrar que no hay ninguna deducción posible del número partiendo únicamente de la experiencia. Todo ello conduce a una serie de especulaciones filosóficas y matemáticas, prueba a la cual no me ha parecido que debiera someterles ahora, al comienzo de esta tarea.

De cualquier forma, esto es muy importante para nosotros, pues si, contrariamente a lo que podía creer el señor Jung, ninguna deducción de la experiencia puede hacernos acceder al número tres, entonces sin lugar a dudas el orden simbólico, como distinto de lo real, entra en lo real como la reja de un arado e introduce en él una dimensión original. Eso es lo que está en discusión en este caso.

Temo fatigarles, así que les haré algo distinto. Les contaré una idea que tuve, más intuitiva, pero menos segura en su afirmación.

Esta reflexión se me ocurrió un día en un formidable zoo, situado sesenta kilómetros al norte de Londres. Allí los animales parecen encontrarse en la mayor libertad, con las rejas enterradas en el suelo dentro de fosos invisibles. Estaba yo contemplando al león, rodeado de tres magníficas leonas con un aire de buen entendimiento y el humor más pacífico, y me preguntaba el porqué de esa armonía entre aquellos animales, cuando, por lo que sabemos, normalmente hubiera debido apreciar en ellos signos evidentes de rivalidad o de conflicto. No parece que mi mente diera un salto excesivo cuando me dije — *Bueno, es que el león, simplemente, no sabe contar hasta tres.*

Quiero decir que si las leonas no experimentan el menor sentimiento de rivalidad entre ellas, al menos aparentemente, es porque el león no sabe contar hasta tres. Lo someto a su reflexión. En otras palabras, nunca debemos dejar de tener en cuenta la introducción del significante para comprender lo que surge en toda ocasión cuando nos encontramos ante nuestro principal objeto en el análisis, o sea el conflicto interhumano.

Podríamos ir más lejos incluso y decir que, a fin de cuentas, si el

conflicto existe, es porque los hombres no saben contar mucho mejor que el león, a saber, nunca integran por completo el número tres, tan solo lo articulan. La relación dual fundamentalmente animal no por ello deja de prevalecer en determinada zona, la de lo imaginario, y precisamente porque no obstante el hombre sabe contar, se produce en última instancia lo que llamamos un conflicto. Si no fuera tan difícil llegar a articular el número tres, no habría ese *gap* entre lo preedípico y lo edípico que estos días tratamos de franquear como podemos, con ayuda de pequeñas escalas de cuerda y otros chismes. Se trata de ver precisamente que en cuanto uno trata de franquearlo, no tiene más remedio que recurrir a ellos. No hay ninguna clase de franqueamiento verdaderamente experiencial del *gap* entre el dos y el tres.

A este punto precisamente es donde hemos llegado con Juanito.

2

Dejamos a Juanito precisamente en el momento en que iba a abordar este paso llamado el complejo de castración.

Al principio, evidentemente, no está en eso, porque juega con aquel *Wiwimacher* que está ahí, que no está allá, el de su madre, o el del caballo grande o el del caballo pequeñito, o de papá, o el suyo también, que al parecer para él no es sino un objeto muy bonito para jugar al escondite, lo cual por otra puede procurarle el mayor placer.

Algunos de ustedes, creo, habrán ido al texto y habrán podido comprobar que en efecto éste es el punto de partida, se trata sólo de esto. Resulta que al principio este niño presenta, y sin duda es algo dirigido a sus padres, una problemática del falo imaginario, que está por todas partes y en ninguna parte. Este falo es el elemento esencial de la relación del niño con lo que constituye para él eso que Freud llama en aquel momento la otra persona, o sea la madre.

Hasta ahí ha llegado Juanito, y todo parece ir perfectamente bien, subraya Freud, gracias al liberalismo, incluso el laxismo educativo bastante característico de la pedagogía que parece haberse derivado del psicoanálisis en los primeros tiempos. El niño se desarrolla con la mayor franqueza, con la mayor claridad, con la mayor felicidad. Pero después de estos bonitos antecedentes, ocurre, para sorpresa de todos, lo que podemos llamar, sin mucho dramatismo, un pequeño tropiezo — la fobia.

A partir de determinado momento, el niño da muestras de un gran espanto ante un objeto privilegiado que resulta ser el caballo, cuya presencia ya había sido anunciada en el texto metafóricamente cuando el niño le dice a su madre — *Si tienes un hacepipí, debe ser muy grande, como un caballo.* Que la imagen del caballo aparezca en el horizonte indica ya que el niño se dispone a entrar en la fobia.

Para proseguir el trayecto que hacemos metafóricamente a través de la observación de Juanito, necesitamos entender cómo, de una relación tan simple y al fin y al cabo tan feliz, tan claramente articulada, el niño pasa a la fobia.

¿Dónde está el inconsciente? ¿Dónde está la represión? Al parecer, no la hay. Él interroga a su padre y a su madre con la mayor libertad acerca de la presencia o la ausencia del hacepipí, les dice que ha ido al zoo, donde ha visto a un león dotado de un gran hacepipí. El hacepipí juega un papel que tiende a aparecer por toda clase de razones, no del todo explicitadas al principio de la observación, pero se ponen de manifiesto *a posteriori*. Que exhibirse le produce al niño un gran placer, lo demuestran algunos de sus juegos. El carácter esencialmente simbólico del hacepipí se manifiesta cuando va a exhibirse en la oscuridad — lo muestra, pero como objeto oculto. Se sirve de él igualmente como de un elemento intermedio en sus relaciones con los objetos de su interés, es decir, las niñas a quienes solicita ayuda y les deja mirar. Se destaca la ayuda aportada en este sentido por su padre o su madre en lo que se refiere a sacárselo, que juega el papel más importante en la instauración de sus órganos como un elemento de interés, con el que cautiva alegremente la atención, incluso las caricias, de cierto número de personas de su entorno.

Para hacerse una idea de la armonía reinante antes de la fobia, observen como Juanito manifiesta en el plano imaginario las actitudes más formalmente típicas que puedan esperarse de lo que en nuestro burdo lenguaje llamamos la agresión viril. En sus relaciones con las niñas, se se dedica a cortejarlas, más o menos claramente, incluso de forma diferenciada según dos modalidades — están las niñas a quienes acosa, abraza, agrede, y hay otras a quienes trata bajo la modalidad de la distancia, *Liebe per Distanz*. Se trata de dos modalidades de relación muy diferenciadas, muy sutiles ya, casi diría muy civilizadas, muy ordenadas, muy cultivadas. Freud emplea este último término para calificar la diferenciación que opera Juanito entre sus objetos — no se comporta igual con las niñas a quienes considera damas cultivadas, damas de su mundo, y

con las hijas del propietario de la casa. O sea, que tiene toda la apariencia de un resultado particularmente feliz de la transferencia, o reinvestimiento, hacia otros objetos femeninos, de sus sentimientos por el objeto femenino bajo la forma de la madre — desarrollo facilitado, nos dicen, por la relación abierta y dialogante, que no prohibe ninguna forma de expresión, entre la madre y el niño.

¿Qué se produce entonces? Volvamos a abordar el problema, no ya sobrevolando el texto como he hecho hasta ahora, sino siguiendo paso a paso la observación para hacer su crítica.

No creo estar forzando el texto si les subrayo un detalle que nunca ha sido comentado, signo de la estructuración subyacente de la relación del niño con la madre tal como se la he planteado a ustedes, que permite concebir la llegada de la crisis por la intervención del pene real. El niño sueña que está con Mariedl, una de sus amiguitas, a quien ve durante el verano en una estación de Austria, en Gmunden, y entonces cuenta su sueño. Luego, cuando el padre le cuenta el sueño a la madre en su presencia y dice que Juanito ha soñado que estaba con la niña, él le hace una rectificación preciosa — *No solamente con Mariedl, completamente solo con Mariedl, ganz allein mit der Mariedl*. Como muchos otros elementos que pululan en las observaciones, éste es desechado alegando que son cosas de niños, pero tal réplica tiene su importancia. Freud lo dice claramente, todo tiene significación. Esta réplica únicamente es concebible en la dialéctica imaginaria que, como les he mostrado, era la situación de partida de las relaciones del niño con la madre. En efecto, esto se produce cuando Juanito tiene tres años y nueve meses, y hace tres meses que ha nacido su hermanita. No sólo *completamente solo, sino completamente solo con* — es decir que se puede estar con ella totalmente solo, sin tener, como ocurre con la madre, a esa intrusa. Sin lugar a dudas, a Juanito le cuesta seis meses acostumbrarse a la presencia de la hermanita.

Esta observación evidente, del tipo más clásico, seguro que les satisface. Pero yo no me conformo con eso, ya lo saben. Si bien la intrusión real del otro niño en la relación del niño con la madre es en verdad adecuada para precipitar determinado momento crítico, determinada angustia decisiva, no obstante, si no dudo en resaltar este *completamente solo con*, es porque parto de que, sea cual sea la situación real, el niño nunca está solo con la madre. Todo el progreso que puede conocer la relación aparentemente dual del niño con la madre se encuentra, en efecto, marcado por ese elemento esencial confirmado por la experiencia del análisis de los sujetos femeninos, y es el punto de referencia, el eje que Freud mantuvo con firmeza hasta el final en lo concerniente a la sexualidad femenina — el niño no interviene sino como sustituto, como compensación, en suma, en una referencia, sea cual sea, a lo que le falta esencialmente a la mujer. Por eso no está nunca completamente solo, *ganz allein*, con la madre. La madre se sitúa, y así va conociéndola poco a poco el niño, como marcada por esa falta fundamental que ella misma trata de colmar, y con respecto a la cual el niño le aporta tan solo una satisfacción que podemos llamar, provisionalmente, sustitutiva.

Sobre esta base se concibe toda nueva hiancia de cualquier clase, toda reapertura de la pregunta y, especialmente, la que surge con la maduración genital real, es decir, en el niño, con la introducción de la masturbación, cuando entra en juego su goce real con su propio pene real. No hay forma de entender nada, salvo en base a esta constelación de partida, en la que se introducen los elementos críticos cuyos resultados diversos constituyen un complejo de Edipo con una resolución normal. El complejo de Edipo no es nunca de por sí el principio de una neurosis o una perversión, como les enseñan habitualmente, abordándolo de forma más o menos negativizada.

Sigamos pues con lo que estábamos haciendo y planteemos una pequeña observación.

La situación entre la madre y el niño supone que éste ha de descubrir aquella dimensión, el deseo de algo más allá de él mismo por parte de la madre, es decir, más allá del objeto de placer que siente que es para la madre, en primer lugar, y que aspira a ser. Esta situación, como toda situación analítica, debe concebirse, esto es lo que yo les enseño, dentro de una referencia intersubjetiva. La dimensión original de cada sujeto es siempre correlativa de la realidad de la perspectiva intersubjetiva, tal como está arraigada en cada sujeto. Ahora bien, en toda situación intersubjetiva tal como se establece entre la madre y el niño, debemos plantearnos una pregunta previa, que probablemente sólo se resolverá al final.

Esta pregunta, aunque se trata de un punto que al principio está velado y sólo llegaremos a descubrirlo al final, ya conocen lo suficiente de la observación como para poder al menos planteársela. Se refiere a esos dos términos que en otras ocasiones he empleado, con razón o sin ella, y que articulan una división principal del abordaje significante de cualquier realidad por parte un sujeto — la metáfora y la metonimia. Sin duda es oportuno aplicar esta distinción, aunque sea con algún interrogante.

En efecto, eso que resulta tan gráfico en la función de sustitución

no quiere decir nada. Sustitución, es fácil decirlo, pero traten de sustituir un trozo de pan por una piedra, póngansela al elefante en la trompa, y verán como no se lo toma nada bien. No se trata de sustitución real, sino de sustitución significante, y de saber qué significa. En suma, se trata de saber cuál es la función del niño para la madre, con respecto a ese falo que es el objeto de su deseo. La cuestión previa es — ¿metáfora o metonimia? No es en absoluto lo mismo si el niño es, por ejemplo, la metáfora de su amor por el padre, o si es la metonimia de su deseo del falo, que no tiene y que no tendrá nunca.

¿Qué ocurre en este caso? Todo en el comportamiento de la madre con Juanito, a quien se lleva a todas partes, desde el w.c. hasta la cama, indica que el niño es para ella un apéndice indispensable. La madre de Juanito, a quien Freud adora, esa madre tan buena, que tantos miramientos tiene con el niño, *sehr besorgte*, y encima es bella, se las arregla para cambiarse las bragas delante de su hijo. Desde luego, esto tiene una dimensión muy particular. Si hay algo adecuado para ilustrar lo que les digo sobre la dimensión esencial propia de lo que está tras el velo, es sin duda la observación de Juanito — y muchas otras todavía. ¿No se ve ya que el niño es para ella la metonimia del falo?

Esto no significa que ella sea tan considerada con el falo del niño. Esa persona tan liberal en materia de educación muestra a las claras que, cuando se trata de ir al grano y poner el dedo en el pequeño aparatito que el niño le enseña pidiéndole que se lo toque, es presa de un miedo horroroso — *Das ein Schweinerei ist*. Eso es lo que suelta, con ese tono tan expresivo. Hay que tratar de darle lustre a esta observación sobre Juanito para que brille.

Así, como ven, decir que el niño es tomado como una metonimia del deseo del falo de la madre no significa que sea metonímico como falóforo — implica, por el contrario, que es metonímico como totalidad. Ahí empieza el drama. Para él todo estaría muy bien si se tratara de su *Wiwimacher*, pero no se trata de eso, lo que está en juego es él mismo, todo entero, y la diferencia empieza a plantearse muy seriamente en cuanto interviene el *Wiwimacher* real, convertido para Juanito en un objeto de satisfacción. En ese momento, empieza a producirse lo que se llama la angustia, debido a esto, a que puede medir la diferencia existente entre aquello por lo que es amado y lo que él puede dar.

Dada la posición de original del niño respecto de la madre, ¿qué puede hacer? Está ahí para ser objeto de placer. Se encuentra por lo tanto en una relación en la que fundamentalmente es imaginado, y su estado es

de pura pasividad. Si no vemos aquí la raíz de esa pasivización primordial, no podemos comprender nada de la observación del hombre de los lobos. Lo mejor que puede hacer el niño en la situación en que se encuentra, prendido en la captura imaginaria, en la trampa donde se introduce para ser el objeto de la madre, es ir más allá de ese punto y darse cuenta poco a poco, por así decirlo, de lo que él es en verdad. Como es imaginado, lo mejor que puede hacer es imaginarse tal como es imaginado, o sea, por así decirlo, pasar a la voz media. Pero desde el momento en que existe también como real, no tiene remedio. Entonces se imaginará como fundamentalmente distinto de lo deseado y, en esta medida, expulsado del campo imaginario donde, por el lugar que él ocupaba, la madre podía encontrar la forma de satisfacerse.

Como Freud destaca, de entrada aparece una angustia, pero ¿angustia de qué? Tenemos algún indicio en un sueño del que Juanito se despierta sollozando porque su madre iba a marcharse. En otro momento, le dice a su padre — *Si tú te fueras*. En ambos casos se trata de una separación. Podemos completar este término con muchos otros matices. Sus angustias se manifiestan cuando está separado de su madre y en compañía de alguna otra persona. Como Freud subraya, estas angustias aparecen al principio y el sentimiento de angustia se distingue de la fobia. Pero ¿qué es una fobia? No es tan fácil entenderlo.

Trataremos de delimitarlo.

3

Por supuesto, podemos saltar alegremente y decir que la fobia es en todo esto el elemento representativo. Me parece muy bien, pero ¿qué nos aporta esto? ¿Por qué una representación tan singular? ¿Y qué papel desempeña?

Otra trampa consiste en decirse que tendrá alguna finalidad, que la fobia ha de servir para algo. ¿Y por qué habría de servir para algo? ¿No habrá también cosas que no sirven para nada? ¿Por qué zanjar la cuestión de antemano diciendo que la fobia sirve para algo? ¿Y si precisamente no sirve para nada? Si no se hubiera presentado, todo hubiera ido igualmente bien. ¿Por qué habríamos de tener en este caso ideas de finalidad preconcebidas?

Trataremos de saber cuál es la función de la fobia. ¿Qué es la fobia en este caso? ¿Cuál es la estructura de la fobia de Juanito? Esto nos proporcionará tal vez algunas nociones sobre la estructura general de una fobia.

De cualquier forma, para empezar quiero advertirles que la diferencia entre la angustia y la fobia es aquí muy sensible.

No sé si la fobia es tan representativa, porque es muy difícil saber de qué tiene miedo el niño. Juanito lo articula de mil maneras, pero siempre queda un residuo muy singular. Si han leído ustedes la observación, sabrán que ese caballo, marrón, blanco, negro o verde — los colores no carecen de interés —, plantea un enigma que permanece sin resolver hasta el final de la observación, esa especie de mancha negra que tiene delante, delante de la cabeza, y que hace de él un animal de los tiempos prehistóricos. Y el padre le pregunta al niño — *Eso que tiene en la boca, ¿es la herradura?* — *¡Que va!*, dice el niño — *¿Es el arnés?* — *No* — *Y ese caballo de allí, ¿tiene la mancha?* — *No, no*, dice el niño. Y luego un buen día, ya cansado, dice —*Sí, ese de ahí lo tiene, ya vale*. Desde luego, está claro que nadie sabe qué es esa mancha negra delante de la boca del caballo.

Por lo tanto, no es tan simple, una fobia, porque incluye elementos casi irreductibles, muy poco representativos. Si algo produce la impresión de ese elemento negativo alucinatorio del cual se ha hablado recientemente, en uno de esos accesos teóricos que se dan regularmente en el análisis, es sin duda este elemento borroso, al fin y al cabo lo más claro en el fenómeno de esa cabeza de caballo, tan misteriosa, que recuerda algo al caballo del cuadro de Tiziano, encima de Venus y Vulcano.

Si de algo no cabe duda, es de la diferencia radical entre los dos sentimientos, el sentimiento de miedo y el sentimiento de angustia, el cual aparece cuando el niño se siente de pronto como algo que podría quedar completamente fuera de juego. Por supuesto, la hermanita prepara en alto grado este interrogante, pero, se lo repito, la crisis se abre sobre un fondo mucho más profundo, el suelo se abre bajo los pies de Juanito. El niño piensa entonces que podría no cumplir ya de ninguna forma su función, no ser ya nada, sino eso que tiene el aspecto de ser algo, pero al mismo tiempo no es nada, y se llama una metonimia.

Me refiero a un término que hemos estudiado. La metonimia es un procedimiento de la novela realista. Si una novela realista, que al fin y al cabo es sólo un cúmulo de clichés, puede interesarnos, no es por ese pequeño cosquilleo real que nos aporta. Si tales clichés nos interesan, es porque detrás apuntan siempre a otra cosa. Apuntan precisamente a lo que en apariencia sería todo lo contrario, es decir, todo lo que falta.

Por eso, más allá de todos los detalles, de todo ese chispear de guijarros que tenemos ahí, está lo que nos atrae. Cuanto más metonímico es, más allá apunta la novela.

Nuestro Juanito se ve, pues, de golpe caído, o al menos ve que puede caer, de su función de metonimia. Por decirlo de una forma más vívida que teórica, se imagina como una nulidad.

¿Qué ocurre a partir del momento en que la fobia interviene en su existencia? Lo cierto es que ante *los caballos de angustia, Angstpferde*, y a pesar del matiz que aporta esta palabra, no experimenta angustia, sino miedo. El niño teme que ocurra algo real, dos cosas, nos dice — que los caballos muerdan, que los caballos se caigan. Los caballos surgen de la angustia, pero lo que traen es el miedo. El miedo se refiere siempre a algo articulable, nombrable, real — esos caballos pueden morder, pueden caer, tienen muchas más propiedades todavía.

También es posible que lleven la marca de la angustia. Lo borroso, la mancha negra, tal vez tenga cierta relación con ella, como si los caballos recubrieran algo que aparece por debajo y cuya luz se ve por detrás, a saber, esa negrura que empieza a flotar. Pero lo que vive Juanito, lo que hay en él, es el miedo. ¿Miedo a qué? No miedo al caballo, sino a los caballos, de forma que a partir de la fobia el mundo se le aparece puntuado por toda una serie de puntos peligrosos, puntos de alarma, que lo reestructuran.

Siguiendo una indicación de Freud — que, cuando se pregunta por la función de la fobia, aconseja, para resolver, tener en cuenta otros casos — recurriremos, antes de ver si la fobia es una especie mórbida o un síndrome, a una de sus formas más típicas, más extendidas, o sea la agorafobia, que sin duda tiene valor por sí misma y nos presenta un mundo puntuado por signos de alarma dibujando un campo, un dominio, un área. Si nos vemos obligados a tratar de indicar en que dirección se insinúa, no ya la función de la fobia, no digo eso porque no debemos precipitarnos, sino su sentido, es el siguiente — la fobia introduce en el mundo del niño una estructura, sitúa precisamente en primer plano la función de un interior y un exterior. Hasta ese momento, el niño estaba, en suma, en el interior de su madre, acaba de ser rechazado, o se lo imagina, está angustiado, y entonces, con ayuda de la fobia, instaura un nuevo orden del interior y del exterior, una serie de umbrales que se ponen a estructurar el mundo.

Habría mucho que aprender aquí del estudio de ciertos elementos aportados por la etnografía sobre la construcción de los espacios en un

poblado. En las civilizaciones primitivas, los poblados no se construyen de cualquier forma, hay terrenos desboscados y terrenos vírgenes, y en el interior, límites que significan cosas fundamentales en cuanto a los puntos de referencia de los que disponen esa gente, más o menos cerca de la separación de la naturaleza. Habría mucho que aprender, y tal vez más adelante les diré algo en este sentido.

También en este caso hay umbral y hay también algo que puede presentarse como una imagen de lo que guarda el umbral — *Schützbau, Vorbau*, edificio destacado, edificio de guardia. Éste es el término expresamente articulado por Freud — la fobia está construida destacada hacia el punto de angustia.

Ya empezamos a ver algo que se articula y nos muestra su función. Pero no quiero ir demasiado deprisa, y les pido que no se conformen con eso. Lo habitual es conformarse con muy poco. Sin duda es muy bonito, hemos transformado la angustia en miedo y el miedo es, aparentemente, más tranquilizador que la angustia. Pero esto tampoco es seguro.

Sólo hemos querido puntuar que no podemos de ningún modo hacer del miedo un elemento primitivo en la construcción del yo, contrariamente a lo que articula, lo más formalmente posible, convirtiéndolo en la base de toda su doctrina, alguien a quien nunca nombro y que ocupa una posición de *leadership* en determinada escuela llamada, con más o menos razón, parisina. El miedo no puede considerarse en ningún caso un elemento primitivo, un elemento último, en la estructura de la neurosis. En el conflicto neurótico, el miedo interviene como un elemento que defiende destacándose, y contra algo completamente distinto, que por naturaleza carece de objeto, a saber, la angustia. Esto es lo que nos permite articular la fobia.

Hoy me detendré en este *Vorbau* de mi discurso, tras haberles conducido hasta el punto preciso donde se plantea la cuestión de la fobia, aquello a lo que se ve llevada a responder — por favor, entiendan esta palabra en su sentido más profundo. La próxima vez trataremos de ver a dónde puede llevarnos el curso de las cosas.

20 de marzo de 1957

XV

PARA QUÉ SIRVE EL MITO

Función y estructura de los mitos.
El Krawall *y el orgasmo infantil.*
El fantasma de las dos jirafas.
Lo agarrado, lo perforado, lo amovible.
La transposición simbólica de lo imaginario.

Continuemos nuestro paseo por la observación de Juanito.

Pasearse no es una mala forma de saber dónde está uno en un espacio dado. Pero en lo que a mí se refiere, se trata de enseñarles a imaginar la topografía de un campo fuera de los itinerarios ya recorridos. Puede volver uno sin darse cuenta al punto de partida. Por otra parte, cuando estás en un lugar tan familiar y además perfectamente autónomo como tu cuarto de baño, no se te suele ocurrir que si hicieras un agujero en la pared, te encontrarías en el primer piso de la librería de al lado, y que todos los días, mientras estás en el baño, en la librería de al lado siguen trabajando, al alcance de tu mano. Entonces, dicen — *¡Qué metafísico, ese condenado Lacan!*

Se trata de que puedan ver determinadas conexiones y de hacerles percibir al mismo tiempo todos los elementos del plano general, de forma que no se vean reducidos a lo que llamaré, intencionadamente, el ceremonial de los itinerarios establecidos.

1

Llegamos pues con Juanito al punto donde aparecen la angustia y la fobia, cuando las cosas, en aquella situación, no iban tan mal. Les recuerdo que las distinguí una de otra, ateniéndome estrictamente en este punto a lo que pueden ustedes encontrar en el texto de Freud.

Se trata de topografía y no de un paseo al azar, aunque será un paseo

nada habitual el que me permitirá, como espero, representarles esta topografía. Aunque es inhabitual, este paseo ya ha sido recorrido, se encuentra en la observación de Juanito.

Sólo quiero mostrarles cosas que el primer imbécil que viniera podría encontrar — salvo un psicoanalista, porque no es el primer imbécil. Tenemos como referencia la tabla que ya les di en nuestro penúltimo encuentro.

El objeto imaginario de la castración es, por supuesto, el falo. La madre simbólica se convierte en real en la medida en que se manifiesta rehusando el amor. El objeto de la satisfacción, el seno por ejemplo, se convierte a su vez en simbólico de la frustración, denegación de objeto de amor. El agujero real de la privación es precisamente algo que no existe. Al ser lo real por naturaleza pleno, es preciso, para hacer un agujero real, introducir un objeto simbólico.

¿De qué se trata? Hemos llegado, en el proceso llamado edípico, al siguiente punto. Para convertirse en objeto de amor para esa madre que para él es lo más importante, incluso es esencialmente lo que importa, el niño se ve llevado progresivamente a advertir que ha de introducirse como tercero, ha de meterse en alguna parte entre el deseo de su madre, deseo que aprende a experimentar, y el objeto imaginario que es el falo.

Debemos postular esta representación, porque es la más simple que nos permite sintetizar toda una serie de accidentes, imposibles de concebir salvo como fruto de la estructura de relaciones simbólica e imaginaria del periodo preedípico. Se encuentra estrictamente articulada en el capítulo de los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* titulado *Die infantile Sexualforschung*, es decir *Las investigaciones del niño*, o las *Teorías infantiles sobre la sexualidad*, donde verán formulado, como yo les digo, que las perversiones, lo que así suele llamarse, se conciben y se explican en su conjunto en relación con la teoría infantil de la madre fálica y la necesidad del paso por el complejo de castración.

Todavía hay gente capaz de sostener que la perversión es algo fundamentalmente tendencial, instintual, y que en realidad su densidad y su equilibrio se deben a un cortocircuito en el sentido de la satisfacción. Creen interpretar así la noción freudiana de la perversión como negativo de la neurosis, como si en sí misma la perversión fuera la satisfacción reprimida en la neurosis, como si fuera su positivo. Lo que dice Freud es exactamente lo contrario. El negativo de una negación no es en absoluto obligatoriamente su positivo, como lo demuestra Freud al afirmar claramente que la perversión está estructurada en relación con todo lo

que se ordena en torno a la ausencia y la presencia del falo. La perversión siempre tiene alguna relación con el complejo de castración, aunque sea como horizonte. En consecuencia, desde el punto de vista genético, está al mismo nivel que la neurosis. Puede estar estructurada como su negativo, o más exactamente su inverso, pero no menos que ella, y por la misma dialéctica, por emplear el vocabulario que suelo emplear aquí.

La importancia que enseguida le dio Freud a la propia noción de la teoría infantil y a su papel en la economía del desarrollo del niño merece, sin discusión, que la examinemos detenidamente. El pleno desarrollo de esta concepción, es decir el capítulo que les he indicado, no fue añadido a los *Tres ensayos* hasta bastante después de la primera edición — en 1915, creo, porque la edición alemana tiene el inconveniente de no recordar en cada capítulo la fecha de su incorporación a la composición del libro.

Sólo la importancia de las teorías infantiles de la sexualidad en el desarrollo libidinal debería ya enseñar a un psicoanalista a relativizar la noción, monolítica y algo peyorativa, que manipula a diestro y siniestro bajo el término de intelectualización. Algo que se presenta de entrada como situado en el dominio intelectual puede tener, evidentemente, una importancia que la simple oposición masiva entre lo intelectual y lo afectivo será incapaz de explicar. Las llamadas teorías infantiles, es decir, la actividad de investigación propia del niño en lo referente a la realidad sexual, responde a una necesidad bien distinta que eso que llamamos, además incorrectamente, con una noción vaga, la actividad intelectual, cuyo carácter superestructural admite de forma más o menos implícita el fondo de creencia que constituye el orden de la conciencia común.

Algo muy distinto es lo que está en juego en esta actividad. Es mucho más profunda, si es que podemos emplear este término. Interesa al conjunto del cuerpo. Engloba toda la actividad del sujeto y motiva todo lo que podemos llamar sus temas afectivos, es decir que dirige los afectos y las afecciones* del sujeto de acuerdo con líneas de imágenes maestras. En suma, corresponde a toda una serie de efectuaciones, en el sentido más amplio, que se manifiestan por medio de acciones irreductibles a fines utilitarios. Podemos clasificar este conjunto de acciones o actividades bajo un término que tal vez no sea el mejor, ni el más global, pero

* *Les affections, dans les deux sens du terme. (T.)*

lo tomo por su valor expresivo, el de actividades no sólo de ceremonia, sino de culto.

Ya saben ustedes todo lo que se puede introducir en este registro, tanto en la vida individual como en la vida colectiva. No hay ningún ejemplo de actividad humana que prescinda de él. Incluso las civilizaciones de tendencia marcadamente utilitaria y funcional ven desarrollarse, singularmente, estas actividades ceremoniales en los reductos más insólitos. Ha de haber alguna razón para que esto ocurra. En suma, para centrar el valor exacto de las llamadas teorías infantiles de la sexualidad y todo ese orden de actividades que en el niño se estructuran a su alrededor, hemos de referirnos a la noción de mito.

Para darse cuenta no hace falta ser muy docto en la materia, quiero decir haber profundizado en la noción de mito, lo cual sin embargo es mi intención hacer aquí. Trataré de hacerlo despacio, por etapas, pues por otra parte me parece necesario acentuar siempre la continuidad entre nuestro campo y los elementos referenciales con los que en mi opinión debo conectarlo. No pretendo en absoluto, como alguna vez me han dicho, darles aquí una metafísica general, ni cubrir todo el campo de la realidad. Sólo quiero hablarles de la nuestra y de las más vecinas, las más inmediatamente conexas. Sería del todo incorrecto caer en un sistema del mundo, como se hace con mucha frecuencia al proyectar nuestro dominio, de forma bien pobre e insuficiente, sobre toda una serie de órdenes y de campos escalonados de la realidad, pretextando que pueden tener alguna analogía de conjunto con lo que hacemos, porque lo pequeño siempre reproduce lo grande. Esta proyección no puede de ninguna manera agotar la realidad, ni el conjunto de los problemas humanos. Por otra parte, sería aberrante aislar por completo nuestro campo y negarnos a ver, no lo que en él es análogo, sino que está directamente conectado, en contacto, embragado, con una realidad a la cual podemos acceder a través de otras disciplinas, otras ciencias humanas. Establecer estas conexiones me parece indispensable para situar adecuadamente nuestro dominio, incluso tan solo para orientarnos.

Si ahora es conveniente introducir la noción del mito, es porque vamos a parar con la mayor naturalidad a la noción de las teorías infantiles. Como han podido advertir desde que les voy hablando Juan, si esta observación es un laberinto, incluso un lío a primera vista, es por el lugar que en ella ocupan toda una serie de elucubraciones de Juanito, algunas de ellas muy ricas, que dan una impresión de proliferación y de lujo. Por fuerza han de ver que todo esto entra en la cate-

goría de esas elaboraciones teóricas cuyo papel es bastante importante.

Abordaremos el mito simplemente como una evidencia primera.

Lo que se llama un mito, ya sea religioso o folklórico, independientemente de la etapa de su legado que se considere, se presenta como un relato. Pueden decirse muchas cosas sobre este relato, tomando distintos aspectos estructurales. Puede decirse, por ejemplo, que tiene algo de atemporal. Puede tratarse de definir su estructura en relación con los lugares que define. Podemos considerarlo en su forma literaria, que tiene un parentesco sorprendente con la creación poética — pero al mismo tiempo el mito es muy distinto, porque muestra ciertas constancias en absoluto sometidas a la invención subjetiva.

También indicaré el problema planteado por el carácter de ficción que el mito tiene en conjunto. Pero esta ficción presenta una estabilidad que no la hace nada maleable para las modificaciones que puedan aportarse, o, más exactamente, implica que cualquier modificación supone al mismo tiempo alguna otra, sugiriendo así invariablemente la noción de una estructura. Por otra parte, esta ficción mantiene una singular relación con algo que siempre se encuentra detrás implicado, contiene incluso su mensaje formalmente indicado — se trata de la verdad. He aquí algo que no se puede separar del mito.

En algún lugar en el *Seminario sobre «La Carta robada»*, a propósito del hecho de que estaba analizando una ficción, llegué a escribir que esta operación era, al menos en cierto sentido, completamente legítima, pues por otra parte, decía, en toda ficción correctamente estructurada es palpable esa estructura que, en la propia verdad, puede designarse como igual a la estructura de la ficción. La verdad tiene una estructura, por así decirlo, de ficción.

El mito se presenta también en cuanto a sus miras como característicamente inagotable. Por emplear un término antiguo, digamos que participa del carácter de un esquema en el sentido kantiano. Está mucho más cerca de la estructura que de cualquier contenido, y vuelve a reproducirse y a aplicarse de nuevo, en el sentido más material del término, sobre todo tipo de datos, con la eficacia ambigua que lo caracteriza. Lo más adecuado, es decir, que esa especie de molde dado por la categoría mítica es un cierto tipo de verdad que, por limitarnos a nuestro campo y a nuestra experiencia, por fuerza hemos de considerar como una relación del hombre — pero ¿con qué?

No daremos a este *con qué* una respuesta demasiado rápida, ni azarosa, ni fácil. Responder *con la naturaleza* nos dejará insatisfechos tras las

observaciones que les hice sobre el hecho de que la naturaleza, tal como se le presenta al hombre, tal como se coapta con él, está siempre profundamente desnaturalizada. Responder *con el ser* seguramente no es inexacto, pero tal vez sería ir demasiado lejos y desembocaríamos en la filosofía, aunque fuese la más reciente, la de nuestro amigo Heidegger, por pertinente que sea esta referencia. Disponemos sin duda de referencias más próximas y de términos más articulados, que son los que podemos abordar inmediatamente en nuestra experiencia.

En nuestras manos está darnos cuenta de que se trata de los temas de la vida y la muerte, la existencia y la no existencia, muy especialmente el nacimiento, es decir, la aparición de lo que todavía no existe. Se trata por lo tanto de temas vinculados, por una parte, con la existencia del propio sujeto y con los horizontes que le proporciona su experiencia, y por otra parte, con el hecho de su sujeción a un sexo, su sexo natural. A esto se consagra la actividad mítica en el niño, como nos enseña nuestra experiencia. Y demuestra estar también, por su contenido y por sus miras, completamente de acuerdo, aun sin coincidir del todo, con lo que se inscribe con el propio término de mito en la exploración etnográfica.

Los mitos, tal como se presentan en su ficción, siempre apuntan más o menos, no al origen individual del hombre, sino a su origen específico, la creación del hombre, la génesis de sus relaciones nutricias fundamentales, la invención de los grandes recursos humanos, el fuego, la agricultura, la domesticación de los animales. Vemos también como se plantean constantemente la relación del hombre con una fuerza secreta, maléfica o benéfica, pero esencialmente caracterizada por lo que tiene de sagrado.

Esta potencia sagrada, diversamente designada en los relatos míticos que explican cómo entró el hombre en relación con ella, nosotros podemos situarla como manifiestamente idéntica al poder de la significación, y muy especialmente de su instrumento significante. Se trata de la potencia que hace al hombre capaz de introducir en la naturaleza la conjugación de lo próximo y lo lejano como el hombre y el universo, capaz también de introducir en el orden natural, no sólo sus propias necesidades y los factores de transformación que de ellas dependen, sino más allá de esto, la noción de una identidad profunda siempre inaprehensible entre, por una parte, su poder de manejar el significante o de ser manejado por él, de incluirse en un significante, y, por otra parte, su poder de encarnar la instancia de este significante en una serie de intervenciones que

en su origen no se presentan como actividades gratuitas, me refiero al poder de realizar la pura y simple introducción del instrumento significante en la cadena de las cosas naturales.

La relación de contigüidad entre los mitos y la creación mítica infantil queda suficientemente indicada por las similitudes que acabo de plantearles. De ahí el interés para nosotros de la investigación de los mitos, de la mitología científica o comparada, que, desde hace algún tiempo y cada vez más, se elabora de acuerdo con un método cuyo carácter de formalización indica por sí solo que ya se ha franqueado cierto paso. La fecundidad resultante de esta formalización permite pensar que lo adecuado es continuar en esta dirección, y no con el método de las analogías, las referencias culturalistas y naturalistas, empleado hasta ahora en el análisis de los mitos.

La formalización aísla en los mitos elementos o unidades cuyo funcionamiento estructural es, en su nivel propio, comparable, sin ser idéntico, al que aíslan el estudio de la lingüística y las elaboraciones de los diferentes elementos taxonómicos modernos. Tales elementos han podido ser aislados y su eficacia puesta en práctica. Son las unidades de la construcción mítica, que definimos con el nombre de mitemas.

Si experimentamos con una serie de mitos, sometiéndolos a la prueba de esta descomposición para ver cómo funciona su recomposición, nos percatamos de una sorprendente unidad entre los mitos en apariencia más distantes, a condición de dejar de lado cualquier analogía facial. Por ejemplo, no se nos ocurriría decir que un incesto y un asesinato son cosas equivalentes, pero la comparación de dos mitos, o de dos niveles de un mito, puede ponerlo de manifiesto. En los distintos vértices de una constelación que recuerda a esos pequeños cubos que el último día les dibujé en la pizarra, disponemos, por ejemplo, los términos padre y madre, siendo la madre desconocida para el sujeto. En la primera generación hay incesto. Cuando pasas a la siguiente generación, un inventario punto por punto, de acuerdo con leyes cuyo único interés consiste en proporcionar una formalización libre de ambigüedades, muestra que la noción de hermanos gemelos es la transformación de la pareja padre-madre en la primera generación, y que el asesinato, el de Polinice, se sitúa en el mismo lugar que el incesto. Todo se basa en la operación de transformación, ya regulada por cierto número de hipótesis estructurales sobre cómo tratar el mito.

Esto nos da una idea del peso, de la presencia, de la instancia del significante de por sí, de su impacto propio. Lo que se aísla es siempre de

algún modo lo más oculto, porque se trata de algo que en sí no significa nada, pero sin duda es portador de todo el orden de las significaciones. Si existe algo de esta naturaleza, en ninguna parte es más sensible que en el mito.

Este preámbulo les indica con qué ánimo abordaremos, para someterla a esta misma prueba, la proliferación de temas, a primera vista francamente imaginativos, que encontramos en la observación de Juanito.

2

¿Hasta qué punto son auténticos estos temas imaginativos de Juanito? El propio Freud dice que bien podrían ser obra de alguna sugestión.

Pero el término de sugestión, ¿acaso debe tomarse aquí en su sentido más simple? — es decir que lo articulado por un sujeto pasa a otro en estado de verdad admitida, al menos aceptada, a la que se añade cierto carácter de creencia, y constituye de alguna manera un disfraz de la realidad. El propio término de sugestión implica alguna duda sobre la autenticidad de una determinada construcción, en la medida en que es recibida* por el sujeto, lo que introduce una crítica fácil y sin duda legítima, ¿por qué no? ¿No merece ser tomada en consideración? ¿A quién más que a nosotros le corresponde decirlo, si la organización simbólica del mundo, con los elementos culturales que la sostienen, no pertenece por su propia naturaleza a nadie y todo sujeto debe recibirla? ¿No es éste el fundamento indiscutible de la noción de sugestión?

No sólo existe esta sugestión en el caso de Juanito, sino que la vemos desplegarse a cielo abierto. El estilo interrogatorio del padre se presenta en todo momento como una verdadera inquisición, a veces acuciante, que incluso tiene el carácter de una dirección de las respuestas del niño. Como Freud subraya en muchas ocasiones, el padre interviene de forma aproximada, a bulto, incluso con evidente torpeza. En su forma de registrar las respuestas del niño se aprecian todo tipo de malentendidos, y trata de comprenderlas demasiado y demasiado deprisa, cosa que Freud subraya igualmente. Resulta evidente cuando se lee la observación — las construcciones de Juan están lejos de ser independientes de la interven-

* *Reçue* es tanto «recibida» como «admitida», «aceptada». (T.)

ción paterna, con sus fallos constantes, indicados por Freud, hay una sensible correspondencia, como también la hay en lo que se refiere a su comportamiento. Se ve incluso, a partir de cierto momento, como se acelera, se embala, y entonces la fobia adquiere un carácter de hiperproductividad muy notable.

No obstante, es en extremo interesante observar a qué corresponden los diferentes momentos de la producción mítica en Juanito, a pesar de su carácter imaginativo, con todo lo que el término contiene implícitamente, en el uso común, de invención gratuita. Recientemente, a propósito de una de mis presentaciones de enfermos, alguien me había recalcado el carácter imaginativo de algunas de las construcciones del enfermo a quien yo había interrogado, lo que según él indicaba no sé qué nota histérica de sugestión o de efecto de sugestión, cuando fácilmente se veía que no era así de ningún modo. Aunque fuese provocada o estimulada por una pregunta, la productividad predelirante del enfermo se había manifestado estrictamente de acuerdo con sus propias estructuras, con su sello propio y su poder de proliferación.

En el caso de Juan, no se tiene en ningún momento la impresión de una producción delirante. Lo que es más, tenemos la clara impresión de una producción de juego. Es incluso tan lúdica, que el propio Juan tiene alguna dificultad para concluir y mantenerse en la vía que ha tomado, por ejemplo, esa historia magnífica, disparatada, casi una farsa, sobre la intervención de la cigüeña en el nacimiento de su hermanita Ana. Así, es capaz de decir — *Además, después de todo, no os creáis lo que acabo de decir.* De todos modos, en este mismo juego, lo que aparece no son tanto términos constantes como cierta configuración. A veces es algo fugaz y otras veces se capta tan claramente que resulta chocante.

A esto quiero introducirles, a la necesidad estructural que gobierna, no sólo la construcción de cada uno de los que podemos llamar, con las precauciones de costumbre, los pequeños mitos de Juanito, sino también su progreso y sus transformaciones. En particular quiero que estén atentos a esto, que no siempre es por fuerza su contenido lo importante, quiero decir la reviviscencia más o menos ordenada de estados anímicos anteriores, por ejemplo el llamado complejo anal.

El complejo anal desempeña su papel en la observación, pero no va más allá de lo que Juan se deja llevar a mostrar a propósito del *Lumpf*. Su aparición es totalmente inesperada para el padre — Freud dice que le había dejado deliberadamente en la ignorancia respecto de dos temas que muy probablemente iba a encontrar, como él, Freud, había previs-

to, y que en efecto surgieron durante la exploración del niño por el padre, a saber, el complejo anal y, ni más ni menos, el complejo de castración.

No olvidemos que si bien en la época en que nos situamos, 1906-1908, el complejo de castración es ya una clave capital para Freud, todavía no ha sido completamente puesta en claro y revelada a todos como la clave central, ni mucho menos. Es una pequeña clave que anda por ahí mezclada con las otras, con aire de poca cosa. En resumidas cuentas, Freud quiere decir que el padre no estaba en absoluto al corriente de que el complejo de castración es el eje principal por donde pasan tanto la instauración como la resolución de la constelación subjetiva, la fase ascendente y la fase descendente del Edipo.

Así, a lo largo de toda la observación de Juanito, vemos cómo reacciona ante la intervención del padre real. Su cultivo intensivo bajo el fuego cruzado de la interrogación paterna demuestra haber sido favorable a una verdadera cultura de la fobia. Nada nos permite pensar que la fobia hubiera tenido tal continuación y tales ecos sin la intervención paterna, ni que hubiera tenido, en su núcleo, semejante desarrollo, esa riqueza, ni tampoco posiblemente esa insistencia tan imperiosa durante cierto tiempo. El propio Freud admite, asumiendo la parte que le corresponde, que momentáneamente pudiera haberse producido una inflamación, una precipitación, una intensificación de la fobia bajo la acción del padre.

Esto no son más que simples evidencias, pero había que decirlas. Volvamos al punto que nos ocupa. Para no dejarles con todo este barullo, les indicaré el esquema general alrededor del cual se ordena de forma satisfactoria para nosotros lo que trataremos de comprender del fenómeno del análisis de Juan, su comienzo y sus resultados.

Juan se encuentra pues en determinada relación con su madre, en la cual se mezclan la necesidad directa que tiene de su amor y lo que hemos llamado el juego del señuelo intersubjetivo. Este juego se manifiesta claramente y en todo momento en lo que dice el niño desde el inicio de la observación. Necesita que su madre tenga un falo, lo que no significa que este falo sea para él algo real. Por el contrario, en todo momento se evidencia en sus dichos la ambigüedad que revela a esta relación en una perspectiva de juego. Al fin y al cabo, el niño sabe algo, desde luego, al menos lo indica cuando dice — *Precisamente había pensado...* — y se interrumpe. Lo que ha pensado es — *¿Mamá tiene o no tiene?* Entonces se lo pregunta a ella, y le hace decir que sí tiene *Wiwimacher*, ¿y quién sabe si la respuesta le deja satisfecho, y hasta qué punto? *Macher* no se ha traducido del todo, porque indica la idea de un obrero, de un

agente, como en *Uhrmacher* — es un *hacedor* de pipí. En este caso está también implicado el masculino, que se encuentra igualmente en otras palabras precedidas por el prefijo *wiwi*.

Cuando las relaciones del niño con su madre están completamente impregnadas de esa intimidad que podemos ver y ambos se encuentran en la connivencia del juego imaginario, de pronto se produce cierta descompensación que se manifiesta con una angustia referida de forma muy precisa a sus relaciones con la madre.

La última vez tratamos de ver a qué respondía esta angustia. Está vinculada, como hemos dicho, con diversos elementos de real que vienen a complicar la situación. Estos elementos de real no son unívocos. Hay alguna novedad en cuanto a los objetos de la madre, a saber, el nacimiento de la hermanita, con todas las reacciones que suscita en Juan, las cuales no obstante no se manifiestan enseguida, pues la fobia no estallará hasta quince meses después. Está la intervención del pene real, con las complicaciones que introduce, pero ya está en juego desde hace al menos un año, cuando el niño confesó verbalmente la masturbación, gracias a las buenas relaciones que mantiene con sus padres.

De cualquier forma, ¿cómo pueden entrar en juego estos elementos de descompensación? La última vez lo planteamos.

Por una parte, Juan queda excluido, cae de la situación, es expulsado por la hermanita. Por otra parte, el falo interviene bajo una forma distinta— me refiero a la masturbación. Se trata del mismo objeto, pero se presenta de una forma completamente distinta por la integración de las sensaciones vinculadas, por lo menos, con la turgencia y, muy posiblemente, con algo que podemos llegar a calificar de orgasmo, sin eyaculación, claro. Esto plantea un problema, el difícil problema del orgasmo en la masturbación infantil. Freud no lo resuelve, porque por entonces no cuenta con suficientes observaciones para abordarlo, y yo mismo tampoco lo abordaré de buenas a primeras. Les indico tan solo que está en el horizonte de nuestra discusión.

Es curioso que Freud no se pregunte si el jaleo, el tumulto, *Krawall*, uno de los temores que el niño siente ante el caballo, puede tener alguna relación con el orgasmo, incluso un orgasmo distinto del suyo. En cuanto a si pudo entrever alguna escena entre los padres, Freud admite sin ninguna dificultad su afirmación de que el niño no ha podido ver nada. Es un pequeño enigma que conseguiremos resolver.

Toda nuestra experiencia nos indica que hay manifiestamente en el pasado de los niños, en sus vivencias y en su desarrollo, un elemento

muy difícil de integrar. Hace mucho que insistí — tanto en mi tesis como en un texto casi contemporáneo — en el carácter devastador, muy especialmente en el paranoico, de la primera sensación orgásmica completa. ¿Por qué en el paranoico? Trataremos de responder a esto de paso. Pero en determinados sujetos encontramos constantemente el testimonio del carácter de invasión desgarradora, de irrupción perturbadora, que presentó para ellos esta experiencia. Con eso basta para indicarnos, en este rodeo en el que nos encontramos, que la novedad del pene real debe jugar su papel como elemento de difícil integración.

Sin embargo, si esto duraba desde hacía ya algún tiempo, no es lo que se presenta en primer plano en el momento de la eclosión de la angustia. ¿Por qué se produce la angustia en ese momento y sólo en ese momento? Evidentemente, la pregunta sigue abierta.

3

Así, he aquí a nuestro Juanito cuando llega al punto en el que aparece la fobia.

Sin duda, como lo demuestra claramente la continuación de la observación, no es Freud, sino el padre, en comunicación con él, quien concibe enseguida que se trata de algo debido a una tensión con la madre. En cuanto a lo que desencadena en particular la fobia, a cuál es el detonante del trastorno, el padre no esconde, desde las primeras líneas de su carta a Freud, con la claridad que da todo su valor al primer relato de la observación, que — *No sabría decirle cuál es*, dice, y se pone a describir la fobia.

¿De qué se trata? Dejemos de lado lo que sigue y reflexionemos.

Hemos dado toda su importancia a la madre y a la relación simbólica imaginaria del niño con ella. Decimos que la madre se presenta para el niño con la exigencia de lo que le falta, a saber el falo que no tiene. Dijimos — este falo es imaginario. ¿Para quién es imaginario? Es imaginario para el niño. ¿Por qué lo decimos? Porque Freud nos dice que esto juega un papel en la madre. ¿Por qué? Me dirán ustedes, porque él lo descubrió. Pero si lo descubrió, es porque es verdad. Y si es verdad, ¿por qué es verdad?

Se trata de saber en qué sentido es verdad. Los analistas, muy especialmente los analistas de sexo femenino, a menudo objetan que no ven porqué las mujeres han de estar más destinadas que los demás a desear precisamente lo que no tienen, o a creer que les falta. Pues bien, por razones — limitémonos a esto — relacionadas con la existencia del significante y su insistencia característica. Si el falo se impone de forma predominante entre otras imágenes al deseo de la madre, es porque tiene un valor simbólico en el sistema significante y se retransmite así a través de todos los textos del discurso interhumano.

¿El problema, no es que, precisamente en este rodeo, en este momento de descompensación, el niño ha de dar un paso literalmente infranqueable por sí solo? ¿Cuál es este paso? Hasta entonces, jugaba con el falo deseado por la madre, con el falo convertido para él en un elemento del deseo de la madre y, en consecuencia, en algo por lo que se debía pasar para cautivar a la madre. Este falo es un elemento imaginario. Ahora el niño ha de advertir que este elemento imaginario tiene valor simbólico. Y esto es lo insuperable para él.

En otras palabras, el niño se introduce de golpe en el sistema del significante o del lenguaje, definiéndolo sincrónicamente, o en el sistema del discurso, definiéndolo diacrónicamente, pero no lo hace en toda la envergadura del sistema, sino de una forma puntual a propósito de las relaciones con la madre, que está presente o ausente. Pero esta primera experiencia simbólica es del todo insuficiente. No se puede construir el sistema de las relaciones del significante en toda su amplitud en base al hecho de que algo a lo que se ama está o no está. No podemos conformarnos con dos términos, se necesitan más.

Hay un mínimo de términos necesario para el funcionamiento del sistema simbólico. Se trata de saber si son tres o si son cuatro. Indudablemente, no son sólo tres. El Edipo, desde luego, nos da tres, pero sin duda implica un cuarto término, porque el niño ha de franquear el Edipo. Por lo tanto, aquí ha de intervenir alguien, y éste es el padre.

Nos explican cómo interviene el padre contándonos la historia de siempre, la rivalidad con el padre y el deseo inhibido por la madre. Aquí, cuando vamos paso a paso, vemos que nos encontramos en una situación particular. Ya lo hemos dicho. El padre de Juan tiene una curiosa forma de presencia. Lo que cuenta en todo esto, ¿es sólo el grado de carencia paterna? ¿Tenemos que fiarnos de características supuestamente reales y concretas, que tan difícil resulta averiguar en qué quedan? Porque ¿qué significa exactamente eso de que el padre real es más o menos carente?

En cuanto a esto, todo quisque se conforma con aproximaciones, y finalmente nos dicen, sin fijarse siquiera, en nombre de no sé qué lógica que sería supuestamente la nuestra, que en este punto las cosas son más contradictorias. Pues bien, por el contrario, para nosotros todo se ordena en función de que para el niño determinadas imágenes tienen un funcionamiento simbólico.

¿Qué quiere decir esto? Las imágenes que en ese momento le aporta la realidad a Juan, tal vez demasiado abundantes, presentes, proliferantes, se encuentran en un estado de incorporación manifiesto. Para él se trata de conciliar el mundo de la relación materna — que, en conjunto, había funcionado con armonía hasta entonces — con aquel elemento de abertura imaginaria, o de falta, que lo hacía tan divertido, incluso tan excitante para la madre. En algún momento se dice que la madre se irrita ligeramente cuando el padre dice que el niño se vaya de la cama, y protesta, juega, coquetea. Ese *wohl gereitz* que se traduce por *bastante irritada* quiere decir aquí muy *excitada*. Por supuesto, si Juanito está ahí, en la cama de su madre, es por algo. Ya sabremos exactamente por qué está ahí, éste es uno de los ejes de la observación.

Les ilustraré lo que voy a decirles afirmando que las imágenes son, en principio, las surgidas de la relación con la madre, pero también hay otras, nuevas, que el niño no afronta nada mal. En cuanto hay una hermanita y, en este mundo de la madre, las cosas no pueden encajar de forma tan simple, intervienen nociones como la de lo grande y lo pequeño, opuestas formando distintas antinomias, como la de lo que está y lo que no está, pero aparece, etc. Y Juanito se las apaña muy bien con estas nociones en el plano de la realidad, lo vemos manejar todo esto extremadamente bien. Cuando habla de su hermana, dice — *Todavía no tiene dientes*, lo que implica que cuenta con una noción muy exacta de esta emergencia.

Las ironías de Freud están fuera de lugar. No hace falta pensar que este niño es un metafísico. Lo que dice es completamente sano y normal, se enfrenta enseguida con nociones nada evidentes, que son tres. En primer lugar, la emergencia, la aparición de algo nuevo. En segundo lugar, el crecimiento — crecerá, o eso que no tiene crecerá, no hay porqué ironizar en este punto. Finalmente, la proporción o la talla, que es el término más simple, al parecer, pero no el más inmediato.

Le hablan de todo esto al niño y parece demasiado pronto todavía para que acepte las explicaciones que le dan. Hay quien no tiene, el sexo femenino no tiene falo, esto es lo que le dice su padre. Pero este niño,

muy capaz de manejar nociones diestramente y con pertinencia, como ya antes ha demostrado, en vez de conformarse con esto, empieza a darle tantas vueltas que a primera vista parece algo enfermizo, causa estupor, asusta. Al final se encuentra la solución al problema, pero está claro que para llegar ahí ha de seguir caminos increíblemente desviados con respecto a su aprehensión de las formas susceptibles de objetivar lo real satisfactoriamente. Encontraremos constantemente el franqueamiento, la elevación de lo imaginario a lo simbólico, y ya verán que esto no puede producirse sin una estructuración en círculos por lo menos ternarios, algunas de cuyas consecuencias les mostraré la próxima vez.

Hoy mismo les daré un ejemplo.

Siguiendo instrucciones de Freud — la próxima vez verán qué significan estas instrucciones de Freud — su padre le recalca a Juan que las mujeres no tienen falo y que es inútil que lo busque. Que sea Freud quien le haga intervenir así, es algo increíble, pero dejemos esto de lado.

¿Cómo reacciona el niño ante esta intervención del padre? Reacciona con el fantasma de las dos jirafas.

El niño aparece en plena noche, tiene miedo, se refugia en la habitación de sus padres, todavía no quiere decirles qué ha pensado, se duerme. Le llevan de vuelta a su habitación y, a la mañana siguiente, le preguntan otra vez de qué se trata. Se trata de un fantasma. Ahí, una jirafa grande, aquí, una jirafa pequeña, *zerwutzelte*, que traducen como *arrugada* y es *arrugada en forma de bola*. Le preguntan al niño qué es eso y él se lo muestra tomando un trozo de papel y haciendo con él una bola.

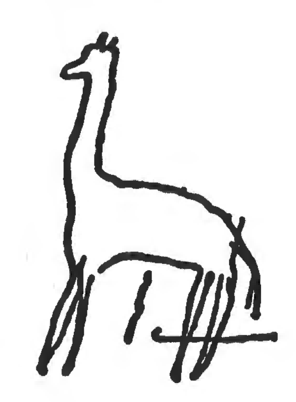
¿Cómo se interpreta esto? Inmediatamente, para el padre no cabe duda. De estas dos jirafas, la grande es el símbolo del padre. La pequeña, de la que el niño se apodera para sentarse encima de ella, mientras la grande da fuertes gritos, es una reacción frente al falo materno y está relacionada con la nostalgia de la madre y con su falta. Todo esto, el padre lo va nombrando enseguida, lo percibe, lo reconoce, lo localiza, como la significación de la jirafa pequeña, y ello no le impide, sin que le parezca contradictorio, hacer de la pareja de jirafas la pareja padre-madre. Todo esto plantea problemas muy interesantes. Puede discutirse hasta el infinito sobre si la jirafa grande es el padre, si la pequeña es la madre. En efecto, para el niño se trata de recuperar la posesión de la madre para mayor irritación, incluso cólera, del padre. Ahora bien, esta cólera nunca se produce en lo real, el padre nunca se deja llevar por la cólera, y Juanito se lo señala — *Tienes que enfadarte, has de estar celoso.* En suma,

le explica el Edipo. Desgraciadamente, el padre nunca está dispuesto a encarnar al dios del trueno.

Detengámonos un poco en algo que aquí resulta tan claro. Una jirafa grande y una jirafa pequeña, son semejantes, la una es el doble de la otra. Por una parte, hay *grande* y *pequeño*, pero por otra parte, está el *igualmente jirafa*. En otras palabras, volvemos a encontrar aquí algo del todo análogo a lo que les decía la última vez sobre el niño capturado en el deseo fálico de la madre como una metonimia. El niño, en su totalidad, es el falo. Así, cuando se trata de restituirle a la madre su falo, el niño faliciza a la madre entera, bajo la forma de un doble. Fabrica una metonimia de la madre. Lo que hasta ese momento era sólo el falo enigmático y deseado, creído y no creído, sumido en la ambigüedad, la creencia, el juego tramposo con la madre que es nuestro término de referencia, pues bien, eso empieza a articularse como una metonimia. Y por si fuera poco, para mostrarnos claramente la introducción de la imagen en un juego propiamente simbólico, para explicarnos claramente que ahí hemos franqueado el paso de la imagen al símbolo, está esa jirafa pequeña que nadie entiende, con lo visible que es. El propio Juan nos lo dice, esa pequeña jirafa es hasta tal punto un símbolo, que es sólo un dibujo sobre una hoja de papel que se puede arrugar.

El paso de lo imaginario a lo simbólico no tiene mejor traducción que a través de esos detalles aparentemente contradictorios e inconcebibles. Lo que cuentan los niños siempre lo convertimos en algo que participa del dominio de las tres dimensiones, cuando resulta que en el juego de los símbolos algo se encuentra también en las dos dimensiones. En *La Carta robada* les señalé el momento en que de la carta ya sólo queda lo que la reina tiene en sus manos, y con ella sólo se puede hacer una bola. Es como ese gesto de Juan, en su esfuerzo por hacer entender de qué va eso de la jirafa pequeña. La jirafita arrugada significa algo del mismo orden que el dibujo de una jirafa que en otra ocasión le había hecho a Juan su padre y que les voy a dar enseguida, con el hacepipí añadido por el niño. Este dibujo estaba ya en la vía del símbolo, porque mientras el resto está completamente perfilado y todos los miembros están en su sitio, el hacepipí añadido a la jirafa es verdaderamente gráfico, es un trazo, y encima, para que no podamos ignorarlo, separado del cuerpo de la jirafa.

La jirafa con Hacepipí



Ahora entramos en el gran juego del significante, el mismo a propósito del cual les di el *Seminario sobre «La Carta robada»*. La jirafa pequeña es un doble de la madre, reducido al soporte siempre necesario como vehículo del significante, o sea algo que se puede tomar, que se puede arrugar y puede uno sentarse encima. Es un testimonio. Sí, el pequeño enamorado tiene en mano algo que es una especie de notificación, un tratado.

Observen que no sólo podemos captar el paso de lo imaginario a lo simbólico en este punto, hay muchos otros, de toda clase. Vemos cómo se va estableciendo poco a poco un paralelo entre la observación del hombre de los lobos y la de Juanito, y podemos comparar las vías por las cuales, en uno y otro caso, se aborda la imagen fóbica. Todavía no hemos delimitado su significación, pero para hacerlo, primero es preciso recurrir a la experiencia de su abordaje por parte del niño. En el hombre de los lobos, es claramente una imagen, sin duda, pero una imagen que se encuentra en un libro de imágenes, y el objeto fóbico es ese lobo surgido del libro. Esto tampoco falta en Juan. En su libro de imágenes, en la misma página donde se encuentra la imagen que él mismo nos muestra, la de la caja roja donde la cigüeña trae a los niños, es decir, el nido de cigüeñas en lo alto de la chimenea, figura como por casualidad un caballo al que le están poniendo herraduras.

¿Qué encontraremos a lo largo de toda esta observación? Encontraremos, puesto que buscamos, estructuras que intervienen en una especie de movimiento rotatorio de esos instrumentos lógicos que se completan los unos a los otros, describiendo una especie de círculo por medio del

cual Juanito busca la solución. ¿La solución de qué? Es que, en la serie formada por estos tres elementos o instrumentos llamados la madre, el niño y el falo, el falo ya no es tan solo algo con lo que se juega, se ha vuelto rebelde, tiene sus fantasías, sus necesidades, sus exigencias, y arma follón por todas partes. Se trata de saber cómo se va a poner en orden todo esto, es decir, cómo se asentarán las cosas en este original trío.

Vemos aparecer aquí una tríada.

Está agarrado, mi pene, angewachsen. He aquí una forma de garantía. Desgraciadamente, en cuanto le hacen declarar que está agarrado, aparece inmediatamente un estallido de la fobia. Al parecer, también hay algún peligro en que esté agarrado.

Entonces vemos aparecer otro término, lo perforado. Si sabemos buscar este término de una forma acorde con el análisis de los temas míticos, lo vemos aparecer de mil formas. De entrada, el mismo Juanito, en un sueño, está perforado, luego la muñeca está perforada, y hay cosas perforadas de fuera adentro y de dentro afuera.

El tercer término que encuentra Juanito es particularmente expresivo, porque no puede deducirse de las formas naturales. Es un instrumento lógico que él introduce en su pasaje mítico, y junto con lo agarrado y el agujero abierto de lo perforado que deja un vacío, constituye el tercer vértice de un triángulo. Si el pene no está agarrado, entonces ya no hay nada más, y por eso hace falta una mediación que permita ponerlo, quitarlo y volverlo a poner. En resumen, ha de ser amovible. ¿Para qué le sirve todo esto al niño? Para introducir el tornillo. El instalador o el cerrajero viene y desatornilla, después el instalador o el lampista viene y le desatornilla el pene para ponerle otro mayor.

La introducción de este instrumento lógico, de este tema tomado de su pequeña experiencia de niño, de este elemento mítico, conduce a la verdadera solución del problema, a través de la noción de que el falo es también algo incluido en el juego simbólico, se puede combinar, está fijo cuando está puesto, pero es movilizable, circula, es un elemento de mediación. De ahora en adelante el niño está a punto de conseguir un pequeño respiro en su búsqueda frenética de mitos conciliadores, nunca satisfactorios, hasta llegar a la última solución que encuentra, una solución aproximada del complejo de Edipo, como ustedes verán.

Esto les indica en qué dirección deben analizarse los términos y su uso en el caso de este niño. Otro problema planteado, y no es menor, es el de los elementos significantes que toma prestados de elementos simbolizados y hace intervenir en su simbolización. Por ejemplo, el caballo

al que le están poniendo herraduras es una de las formas ocultas de solución para el problema de la fijación del elemento faltante. Éste puede ser representado por cualquier cosa y, con mayor facilidad que por cualquier cosa, por cualquier objeto lo suficientemente duro. En resumidas cuentas, el objeto que, en esta construcción mítica, simboliza el falo de la forma más simple es la piedra. Lo encontramos por todas partes, en la escena principal con el padre, que es, como veremos, el verdadero diálogo resolutivo. Esta piedra, es también el hierro golpeado por el martillo en la pezuña del caballo, que desempeña un papel en el pánico auditivo del niño. En efecto, se asusta en particular cuando el caballo golpea el suelo con esa pezuña donde han fijado algo que no debe estar completamente fijado, problema que el niño resolverá al final con la solución del tornillo.

En resumen, este progreso de lo imaginario a lo simbólico constituye una organización de lo imaginario como mito, o al menos va en la dirección de una construcción mítica verdadera, es decir, colectiva, que es lo que nos recuerda constantemente, incluso nos recuerda a los sistemas de parentesco. No llega a serlo, hablando con propiedad, porque es una construcción individual, pero su progreso se efectúa en esa vía. Para encontrar una solución, es preciso haber realizado un número mínimo de rodeos. Pueden encontrar el modelo de esta eficiencia en el esqueleto, o si lo prefieren la metonimia, que son esas historias mías de α, β, γ, δ. Algo de este orden es lo que el niño ha de recorrer hasta llegar a un punto determinado, para franquear el difícil paso de cierta carencia o hiancia y encontrar así descanso y un poco de armonía. Tal vez no todos los complejos de Edipo tengan que pasar por una construcción mítica semejante, pero indudablemente necesitan obtener la misma plenitud en la transposición simbólica. Puede que sea bajo una forma más eficaz, tal vez en acción. En efecto, la presencia del padre puede haber simbolizado la situación, por su ser o por su no ser.

Seguramente en el análisis de Juanito está implicado el franqueamiento de algo de este orden, y espero mostrárselo más detalladamente la próxima vez.

27 de marzo de 1957

XVI

CÓMO SE ANALIZA EL MITO

Dar a ver y ser sorprendido.
El Profesor Dios.
El método de Claude Lévi-Srauss.
Desnuda y en camisón.
Captura en el mecanismo permutativo.

AGENTE	FALTA	OBJETO
Padre real	Castración simbólica	Falo imaginario
Madre simbólica	Frustración imaginaria	Pecho real
Padre imaginario	Privación real	Falo simbólico

¿Qué intentamos este año?

Conservar el relieve y la articulación freudianos de la famosa y pretendida relación de objeto, que al examinarla revela no ser tan simple como dicen, incluso no haberlo sido nunca. De lo contrario, realmente no se entendería por qué la obra de Freud había de hacerles lugar a estas dos dimensiones — todavía enigmáticas y posiblemente cada vez más — llamadas el complejo de castración y la madre fálica, motivo de que hayamos concentrado nuestras investigaciones en el caso de Juanito, tratando de aplicarle el análisis para desenmarañar las relaciones fundamentales del sujeto, eso que llaman su entorno, y aislar tipos relacionales con alguna utilidad analítica.

Ayer noche pudimos ver cuánto deja que desear todavía este instrumento. Cuando abordamos esta referencia, para nosotros fundamental, hablamos de la relación dual como fijada a la madre fálica, decimos que está envuelta por la madre, o que no lo está, etc. En suma, nos queda-

mos en características que son tal vez muy generales, como dijo anoche el Sr. Prot en la sesión de la Sociedad, para permitir captar las incidencias eficaces que pudieran determinarse. En efecto, resulta singular que categorías tan flexibles como las que introdujo Freud no puedan ser adaptadas de una forma bastante corriente para permitirnos, por ejemplo, diferenciar dentro de una misma familia de relaciones entre un rasgo de carácter y un síntoma. No basta con establecer su analogía — si ocupan funciones distintas, deben entrar en juego relaciones de estructura distintas.

Esto es lo que tratamos de comprobar palpablemente a propósito de estos ejemplos eminentes que son las observaciones freudianas. Como ustedes saben, a lo largo de estos años hemos dado un sentido a las tres relaciones llamadas de lo simbólico, de lo imaginario y de lo real, que son tres modos esenciales profundamente distintos, y sin cuya distinción pretendemos que es imposible orientarse, ni siquiera en la experiencia más cotidiana. Este sentido, nos esforzamos para precisarlo en la experiencia, porque no puede darse mejor definición de un concepto que usándolo.

1

Así, la última vez habíamos llegado a formarnos la idea de que Juanito, a quien captamos en la observación en determinado momento de su biografía, está marcado por cierto tipo de relación con su madre, cuyos términos fundamentales están definidos por la presencia manifiesta del objeto fálico entre los dos.

No era como para sorprendernos. Por medio de otras observaciones, ya habíamos visto desde el comienzo de este año hasta qué punto el falo, como objeto imaginario del deseo materno, constituía un punto verdaderamente crucial de la relación madre-hijo. En una primera etapa, puede definirse el acceso del niño a su propia situación en presencia de la madre, diciendo que requiere por su parte el reconocimiento, incluso la asunción, del papel esencial de ese objeto imaginario, el objeto fálico, que entra como un elemento de composición del todo primordial en la estructuración primitiva de la relación madre-hijo.

Ninguna otra observación puede sernos más útil en este sentido que la observación de Juanito. Todo empieza en efecto con el juego entre él

y la madre — ver, no ver, acechar el falo, espiar dónde está. Subrayemos que en este punto seguimos en una total ambigüedad en cuanto a lo que se puede llamar la creencia de Juan. Tenemos toda la impresión de que al comienzo de la observación ya hace tiempo que, desde el punto de vista real, se ha formado su propia idea, como suele decirse. *He pensado en todo esto, Ich hab' gedacht*, dice cuando le dan esas respuestas rápidas, que sirven para despistar, y que los padres se sienten obligados a dar ante cualquier pregunta algo intempestiva por parte del niño.

Si la relación imaginaria puede pasar por ser eminentemente la reacción de ver y ser visto, quiero puntuar una vez más hasta qué punto es importante mantener ya a este nivel la articulación intersubjetiva, que está lejos de ser dual, como van a ver ustedes. Si la relación llamada escoptofílica, con sus dos términos opuestos, mostrar y mostrarse, merece atraer un instante nuestra atención, es porque ya es distinta de la relación imaginaria primitiva, una modalidad de captura en el campo de aquello que podríamos llamar un enfrentamiento visual recíproco.

Insistí mucho en ello en la época en que me refería al reino animal y a los singulares duelos visuales de las parejas animales, cuando se ve al animal, ya sea un lagarto o un pez, guiado por ciertas reacciones típicas llamadas de pavoneo. Entre los dos adversarios o parteners, todo se erige a base de determinado conjunto de *faneras*, de señales, de aparatos de captura visual en uno y otro — luego, sólo en este plano del enfrentamiento visual, en uno de los dos algo cede, y entonces se eclipsa, hay evasión motriz y sus colores palidecen, se aparta de la visión del que ha ocupado la posición dominante. La experiencia nos muestra que esto no siempre tiene lugar estrictamente a favor del macho y contra la hembra, sino que alguna vez una manifestación de este tipo se produce entre dos machos. Lo que se produce en el plano de la comunicación visual se prepara y se prolonga directamente en el acto de presión, incluso en la opresión, el dominio, que doblega a uno de los sujetos frente al otro, permite que uno le pueda al otro.

Si éste es el punto de referencia biológico o etológico que nos permite dar todo su relieve a la relación imaginaria en su articulación con el conjunto, no del pavoneo, sino del apareamiento,* es para dejar claro hasta qué punto las cosas son ya de entrada distintas en lo que hasta ahora he llamado la adivinación, por parte del niño, del mundo imaginario materno. La cuestión aquí no es tanto ver y experimentar el imperio

* *Parade/pariade* (T.).

de lo que se ve, sino tratar de ver, espiar, lo que a la vez está y no está. Lo que se busca en esa relación es algo que está en la medida en que permanece velado, y sostener la ilusión para mantener algo que está y no está. El drama imaginario tiende hacia una situación fundamental, cuyo carácter crucial no podemos ignorar, en la que se inserta y adquiere un sentido aún más elaborado — la situación de la sorpresa.

No pasen por alto el carácter ambiguo de este término en la lengua francesa. La sorpresa se relaciona con el acto de sorprender, en el sentido en que se dice — *lo vi por sorpresa*, la sorpresa del ejército de Eneas, o la sorpresa de Diana, que culmina en esa mitología que, como ustedes saben, no la menciono ahora porque sí, pues toda la relación acteonesca mencionada al final de mi escrito sobre *La Cosa freudiana* se basa también en este momento esencial. Pero esta palabra tiene además otro aspecto. Si Diana es sorprendida, no obstante no siente sorpresa. Por el contrario, estar sorprendido corresponde también a un descubrimiento inesperado. Quienes asisten a mi presentación de enfermos han podido comprobar en uno de nuestros pacientes transexuales, que nos la describió, el carácter verdaderamente desgarrador de la dolorosa sorpresa experimentada el día que, por primera vez, vio a su hermana desnuda.

Así, a un nivel superior al de ver y ser visto, la dialéctica imaginaria desemboca en un dar a ver y quedarse sorprendido cuando el velo se levanta. Ésta es la única dialéctica que nos permite comprender el sentido fundamental del acto de ver. Es esencial en la propia génesis de la perversión. No puede ser más evidente en el exhibicionismo. La técnica del acto de exhibir consiste para el sujeto en mostrar lo que tiene en la medida en que el otro no lo tiene. Como se desprende de sus declaraciones, lo que el exhibicionista busca levantando el velo es capturar al otro en algo que está muy lejos de ser un simple apresamiento en la fascinación visual, y así obtiene el placer de revelarle al otro lo que supuestamente no tiene, para sumirlo al mismo tiempo en la vergüenza por lo que le falta.

Sobre este fondo evolucionan todas las relaciones de Juan con su madre. La madre participa plenamente y hace participar al niño con la mayor complacencia en el funcionamiento de su cuerpo. Pero en alguna ocasión pierde el control y se muestra severa, da bufidos, profiere acusaciones, ante la participación exhibicionista solicitada por Juanito. Si el objeto imaginario juega aquí un papel fundamental, es por cuanto está ya prendido en la dialéctica del velo y de su alzamiento.

Cuando él está ahí, en este rodeo, tomamos a Juanito y le preguntamos por qué hace su fobia tras un lapso de aproximadamente un año desde que ocurrieron cosas de una importancia capital en su vida, especialmente el nacimiento de su hermanita y el descubrimiento de que es, también ella, un término esencial en la relación con la madre.

Como ya hemos indicado, esta fobia debe situarse en un proceso en el cual el niño ha de cambiar profundamente todas sus formas de relación con el mundo, a fin de admitir lo que al final será admitido y a veces los sujetos tardan toda una vida en asumir, a saber, que en ese campo privilegiado del mundo, el de sus semejantes, hay en efecto sujetos que están privados realmente de ese famoso falo imaginario.

Se equivocarían si creen que basta con una noción científica y articulable para que esto sea admitido entre las creencias del sujeto. La profunda complejidad de las relaciones del hombre con la mujer procede precisamente de lo que podríamos llamar, en nuestro rudo lenguaje, la resistencia de los sujetos masculinos a admitir efectivamente que los sujetos femeninos están verdaderamente desprovistos de algo y, con mayor razón, que estén provistos de algo distinto.

Esto nos exige una fuerte articulación a partir de los hechos y el apoyo de nuestra experiencia analítica. Aquí tiene su raíz un desconocimiento, mantenido a veces con tal tenacidad, que influye en toda la concepción del mundo del sujeto, especialmente en su concepción de las relaciones sociales. Se mantiene más allá de todo límite en sujetos que pretenden haber aceptado perfectamente la realidad, y con una sonrisa. El borramiento de este hecho en nuestra experiencia muestra hasta qué punto somos todavía incapaces de beneficiarnos de los términos más elementales de la enseñanza freudiana. ¿Por qué es tan difícil admitirlo? Conseguiremos responder a eso al término de nuestro recorrido de este año.

Por ahora, basémonos en la observación de Juanito y articulemos cómo se plantea el problema de semejante reconocimiento en este niño. ¿Por qué se hace necesario de repente? — cuando lo más importante hasta entonces era jugar a que no era así. Retroactivamente aclararemos por qué era tan importante jugar a que no.

Veamos igualmente porqué sólo puede operarse la asunción de la privación real — con resultados subjetivamente soportables para el sujeto, quiero decir que permitan su integración en la dialéctica sexual de forma que el ser humano no sólo pueda soportarla, sino vivirla — si se produce la integración de un hecho ya dado, es decir, el hecho de que la madre es ya un adulto y está atrapada en las relaciones simbólicas en el interior de las cuales se sitúan las relaciones sexuales interhumanas. Es

preciso que el propio niño tome este camino y pruebe la crisis del Edipo, con la castración como momento esencial. Esto es lo que ilustra el ejemplo de Juanito — pero tal vez no lo ilustra por completo, ni perfectamente. Y tal vez en esta incompletud se pondrá particularmente de manifiesto el movimiento esencial de la observación.

Si este análisis es privilegiado, es porque en él vemos producirse a cielo abierto la transición que hace pasar al niño, de la dialéctica imaginaria del juego intersubjetivo con la madre alrededor del falo, al juego de la castración en la relación con el padre. Este paso se da mediante una serie de transiciones que son precisamente lo que yo llamo los mitos forjados por Juanito.

¿Por qué lo vemos con tanta pureza? Ya empecé a articularlo, y ahora vuelvo al punto donde nos habíamos quedado.

2

La última vez les dejé con aquel fenómeno sorprendente — la descripción por parte de Juan del fantasma de las dos jirafas, en el que vemos como una ilustración, para el seminario, del paso de lo imaginario a lo simbólico.

Literalmente, Juanito nos muestra aquí, cual prestidigitador, que la imagen doblada de la madre, su metonimia, no es sino un trozo de papel, una jirafa arrugada sobre la que se sienta.

Aquí hay como un esbozo del esquema general, y la indicación de que vamos bien encaminados. Si hubiera querido inventar una metáfora del paso de lo imaginario a lo simbólico, nunca hubiera conseguido inventar la historia de las dos jirafas, tal como la fantaseó Juanito y como él la articula, con todos sus elementos. Se trata de la transformación de una imagen dibujada en una bola de papel, que es enteramente símbolo, elemento propiamente movilizable. Y él se sienta encima de su madre, reducida por fin al símbolo, a ese trozo de papel del que uno puede apoderarse y exclamar — *¡Vaya cartita que tiene Juanito! ¡Es papel mojado!** Por supuesto, no es suficiente, de otro modo se curaría, pero con este acto nos muestra de qué va.

* *Ah, le bon billet qu'a La Châtre!* (en este caso, *le petit Hans*), evoca una promesa de fidelidad escrita y rota estrepitosamente por Ninon de Lenclos. (T.)

Cómo ignorar aquí que los actos espontáneos de un niño son algo mucho más directo y más vivo que las concepciones mentales de un ser adulto, tras los largos años de cretinización amplificatoria que constituye por lo común eso que llaman la educación.

Veamos claramente qué ocurre sirviéndonos de nuestra tabla como si ya estuviera confirmada. ¿Qué quiere decir que ha de ser un padre imaginario quien establezca definitivamente el orden del mundo, a saber, que no todo el mundo tiene falo? Es fácil reconocerlo — el padre imaginario es el padre omnipotente, es el fundamento del orden del mundo en la concepción común de Dios, la garantía del orden universal en sus elementos reales más masivos y más brutales, él es quien todo lo ha hecho.

Me limito a ir forjando mi tabla, ahora no tienen ustedes más que remitirse a la observación de Juanito. Cuando Juanito habla del buen Dios, como hace en dos ocasiones, lo hace de una forma muy bonita. Su padre ha empezado a hacerle algunas aclaraciones, de lo que resulta una mejoría, por otra parte pasajera. El 15 de marzo, cuando sale y se da cuenta de que hay algunos coches y caballos menos de lo habitual, dice — *Qué amable es por parte del buen Dios que hoy haya puesto menos caballos, qué astuto.*

¿Qué quiere decir esto? No tenemos ni idea. ¿Quiere decir que hoy hay menos necesidad de caballos? No es imposible que así sea, pero *gescheit* no significa *amable*, sino francamente pícaro. Se tiende a creer que el buen Dios le ahorra dificultades, pero como el caballo no es sólo una dificultad, sino también un elemento esencial, eso significa que él, Juan, hoy tiene menos necesidad de caballos. De cualquier forma, el buen Dios está ahí como un punto de referencia esencial.

Resulta muy chocante ver que tras el encuentro con Freud — se produce el 30 de marzo, justo después de hacer de la madre una bola de papel, sin quedar del todo satisfecho, pero ya va por buen camino —, Juanito menciona a Dios una vez más. En fin, que el Profesor debe de hablar con el buen Dios para decir todo lo que acaba de decir. Esto, a Freud, algún cosquilleo sí que le produce, le divierte y al mismo tiempo le hace feliz. Por otra parte, él mismo plantea cierta reserva, pues sin duda algo tiene que ver con esto su propia *fatuidad*, ya que no se ha privado de adoptar esa actitud de superioridad consistente en decirle — *Mucho antes de que tú nacieras, yo ya sabía que un niño iba a querer demasiado a su madre y, por esta razón, tendría dificultades con su padre.*

Es chocante ver a Freud en esta actitud. Ni se nos ocurre reprochárselo. Ya hace mucho que les hice ver la dimensión original, excepcional,

que adquiere Freud en todos sus análisis, porque la palabra interpretativa que le da al sujeto no es un enunciado que él transmita, sino verdaderamente algo que él mismo ha encontrado y que accede directamente por su boca a la autenticidad de la palabra, referencia esencial tal como les enseño. Es imposible no darse cuenta de hasta qué punto una interpretación de Freud es distinta de todas las que nosotros podamos hacer después de él. Como a menudo hemos podido comprobar, Freud no se impone en esto ninguna clase de regla, adopta verdaderamente la posición que podríamos llamar divina — le habla al joven Juan desde el Sinaí, y él acusa el golpe.

Entiendan que la posición del padre simbólico, tal como se la he localizado en la articulación simbólica, permanece oculta. Situarse, como hace Freud, como el amo absoluto, no corresponde al padre simbólico, sino al padre imaginario, y así es como aborda Freud la situación.

Es muy importante pensar las particularidades de la relación de Juan con su analista. Si queremos comprender esta observación debemos tener claro que tiene algo absolutamente excepcional entre todos los análisis de niños. La situación se desarrolla de tal forma que el elemento del padre simbólico se distingue bastante del padre real y, como ven, del padre imaginario. A esto debemos sin duda — luego lo vamos a confirmar — la notable ausencia de fenómenos de transferencia, por ejemplo, así como la ausencia de fenómenos de repetición, y por eso tenemos la relación en estado puro del funcionamiento de los fantasmas.

El interés de esta observación es también mostrarnos que la *Durcharbeitung* no es, en contra de la opinión comúnmente aceptada, un simple ir machacando hasta que, al final, algo que sólo había sido asimilado intelectualmente acaba penetrando en la piel del sujeto como una ranura o una impregnación. Si la *Durcharbeitung* es necesaria, sin duda es porque es necesario que se recorran cierto número de circuitos, en diversos sentidos del término, para que la función de simbolización de lo imaginario se cumpla eficazmente. Por eso vemos que Juanito sigue un camino laberíntico — hasta donde podemos reconstituirlo, pues en todo momento queda quebrado, entrecortado por las intervenciones del padre, que no siempre están muy bien dirigidas, ni respetan demasiado al sujeto, como Freud subraya. Sin embargo, vemos producirse y reproducirse una serie de construcciones míticas cuyos verdaderos elementos componentes hay que discernir. En vez de contentarnos recubriendo los hechos con términos para todo uso — complejo de esto, complejo de aquello, relación anal, apego a la madre —, más vale tratar de ver las funciones,

los elementos representativos, figurativos, que nos aportan, como esos relatos tan articulados que son los mitos antiguos.

Tenemos la costumbre de atribuir masivamente equivalentes a los términos que intervienen diciendo — esto representa al padre, esto representa a la madre, esto representa al pene. Ahora bien, cada uno de estos elementos, por ejemplo, el caballo, sólo puede concebirse en su relación con cierto número de otros elementos igualmente significantes. Es imposible hacer corresponder el caballo, como cualquier otro elemento de los mitos freudianos, con una significación unívoca. El caballo es, en primer lugar, la madre, el caballo es finalmente el padre y, entretanto, ha sido también posiblemente Juanito, quien, en efecto, de vez en cuando juega a los caballos, o hace de pene, que es lo que el caballo representa en distintos momentos de la historia.

Esto, que es manifiestamente cierto tratándose del caballo, no lo es menos para cualquier elemento significante presente en las distintas formas de la creación mítica, extremadamente abundante, a la que se entrega Juanito. En un momento dado, la bañera es la madre, pero al final es el trasero de Juanito — esto lo comprenden tanto Freud como el padre, además del propio Juanito. Podemos hacer la misma operación a propósito de cada uno de los elementos que están en juego, por ejemplo, la mordedura o también la desnudez.

Para darse cuenta de todo esto, es preciso que se esfuercen en cada etapa, en cada momento de la observación, por no entender enseguida. Es una cuestión de método. Tienen que aplicarse, como Freud se lo recomienda expresamente en dos momentos de la observación, a no entender enseguida. La mejor manera de no entender es hacerse pequeñas fichas y anotar, día a día, en una hoja de papel, los elementos que Juan aborda y que deben ser entendidos a este título, como significantes. Por ejemplo, subrayé el *solo con Mariedl*. Si no comprendes nada, te quedas con este elemento significante, y como la inteligencia te vendrá comiendo, ves que eso coincide exactamente con alguna otra cosa que puedes inscribir en la misma hoja. No estar solamente con alguien, sino estar solo con alguien, ¿qué supone? Supone que podría haber alguien más.

Este método de análisis de los mitos es el que nos dio el Sr. Claude Lévi-Strauss en un artículo del *Journal of American Folklore*, de octubre-diciembre de 1955, titulado *La estructura de los mitos*. Practicándolo, se pueden llegar a ordenar todos los elementos de un mito. Se alinean de tal forma que, leídos en una determinada dirección, dan la secuencia del mito. Pero la reaparición de los mismos elementos, que no es una reapa-

rición simple, sino transformada, obliga a ordenarlos, no simplemente en una sola línea, sino en una superposición de líneas dispuestas como en una partitura, y entonces puede verse cómo se establecen una serie de sucesiones legibles tanto horizontalmente como verticalmente. El mito se lee en un sentido, pero su sentido, o su comprensión, aparece con la superposición de los elementos analógicos que reaparecen bajo formas diversas, transformados en cada ocasión, sin duda para efectuar cierto recorrido que va, como diría el Sr. Perogrullo, del punto de partida al punto de llegada, y así, algo que al principio parecía irreductible se integra en el sistema.

Del mismo modo, en la historia de Juanito comenzamos con la irrupción del pene real en el juego niño-madre, que es nuestro punto de partida, y al final el pene real encuentra cómo alojarse de forma suficiente para que Juanito pueda proseguir su vida sin angustia. He dicho suficiente y no necesaria, porque tal vez podría ser aún más plena, y esto es precisamente lo que veremos. El complejo de Edipo en Juanito tal vez no alcance una solución del todo satisfactoria. Simplemente, basta para liberarlo de la intervención del elemento fóbico, hace innecesaria la conjunción de lo imaginario con la angustia llamada la fobia y concluye con su reducción.

En efecto, yendo ahora directamente al epílogo, tengamos presente que cuando Freud vuelve a ver a Juan, a la edad de diecinueve años, él ya no se acuerda de nada. Le dan a leer su historia y todo se le ha borrado. Freud hace una bonita comparación entre este borramiento y lo que se produce cuando un sujeto se despierta de noche, empieza incluso a analizar su sueño — conocemos esto — y luego, una vez transcurrida la noche, por la mañana lo ha olvidado todo, tanto el sueño como el análisis. Esta comparación es muy tentadora y nos permite pensar, con Freud, que de lo que se trata en la observación de Juan — resulta palpable — no es de nada comparable en modo alguno con la integración o la reintegración por parte del sujeto de su historia, realizada mediante el levantamiento eficaz de una amnesia y manteniéndose los elementos conquistados. Se trata por el contrario de una actividad muy especial, en el límite de lo imaginario y lo simbólico, del mismo orden que la del sueño. Además, en esta mitificación que se produce a lo largo de toda la observación, los sueños desempeñan un papel económico asimilable en todo al de los fantasmas, incluso al de los simples juegos e invenciones de Juan.

No olvidemos lo que Freud nos dice de paso, que no obstante Juan ha captado algo en la lectura de su historia y dice al respecto — *En efecto, es muy posible que esto tenga relación conmigo.* Se trata de todo lo referido a la hermana y todas las fantasmatizaciones que se integran en la relación con ella. En ese momento los padres de Juan ya se han divorciado, como se podía llegar a prever por el curso de la observación, y eso no hace a Juan más infeliz. Sólo una cosa todavía supone para él una herida, esa hermana menor de la que ahora está separado. El curso de la vida ha llevado a esta hermanita a representar para él ese término alejado, más allá de lo que le resulta accesible al amor, que es el objeto de amor idealizado, a saber, esa *girl* = *phallus* que fue el punto de partida de nuestro análisis y permanecerá, no tenemos porqué dudarlo aunque se trate sólo de una extrapolación, como una marca que dará su estilo y su tipo a toda la vida amorosa de Juanito.

Sin duda, a pesar del magistral análisis del que Juan fue objeto, todo indica que no fue plenamente culminado y la relación de objeto resultante no es del todo satisfactoria.

3

Volvamos al punto de partida, a Freud, al padre del niño que es discípulo suyo y a las instrucciones que le da Freud, porque ya hemos visto como él asume su propio papel. ¿Cómo le dice a su agente que se comporte? Le hace dos recomendaciones.

La primera recomendación tiene dos caras. Una vez enterado de la actitud de Juanito y de los fenómenos penosos y angustiantes que padece, Freud le dice al padre que le explique al niño que esta fobia es una tontería, *eine Dummheit*, y la tontería en cuestión está relacionada con su deseo de acercarse a su madre. Además, como Juanito está interesado desde hace algún tiempo en el *Wiwimacher*, le hace saber que, como él mismo ya se ha dado cuenta, eso no está del todo bien, *unrecht*, y por eso el caballo es tan malo y quiere morderle.

Esto nos lleva lejos, porque de entrada tenemos una maniobra directa sobre la culpabilidad. Tal maniobra consiste, por una parte, en eliminar la culpabilidad diciéndole al niño que se trata de cosas simples y naturales, que sólo hay que poner un poco en orden y bajo control, pero, por otra parte, acentúa el elemento de interdicción, al menos relativa, de las satisfacciones masturbatorias. Veremos qué resultado tiene esto en el niño.

La segunda recomendación de Freud es aún más característica del lenguaje que emplea. Como la satisfacción de Juanito consiste manifiestamente en ir a descubrir — y por eso he vuelto a hablar hace un momento de la dialéctica del descubrir y el sorprender — el objeto oculto que es el pene o el falo de la madre, le quitan este deseo dejándole sin el objeto de tal satisfacción — *Dígale usted que ese falo deseado no existe*. Freud lo articula textualmente al comienzo de la observación, en las páginas 263 y 264 del volumen de las *Gesammelte Werke*. Es difícil encontrar nada mejor como intervención del padre imaginario. Aquél que ordena el mundo dice que aquí no hay nada que buscar.

Se ve igualmente hasta qué punto el padre real es incapaz de asumir semejante función. Cuando trata de hacerlo, Juan reacciona por una vía distinta de la que él le sugiere, como ya había hecho con la historia de las dos jirafas. Inmediatamente después de que se le articule afirmativamente la ausencia del falo, fantasea la siguiente historia, que es muy bonita — cuenta que vio a su madre, en camisón y completamente desnuda, mostrándole el *Wiwimacher*, que él hizo igual y tomó como testigo del comportamiento de mamá a la criada, la famosa Grete.

Magnífica respuesta, y perfectamente conforme con lo que yo intentaba articular hace un momento. Se trata, precisamente, de ver como velado lo que está velado. La madre está a la vez desnuda y en camisón, exactamente como en aquella historia de Alphonse Allaïs, que exclamaba con las manos hacia el cielo — *Miren a esa mujer, debajo de su vestido va desnuda*. Tal vez nunca hayan llegado a ponderar la incidencia y el alcance de esta observación en las subyacencias metafísicas de su comportamiento social, pero es fundamental en la relación interhumana.

Entonces, el padre de Juanito, que no se distingue por una excesiva picardía en la percepción de las cosas, le dice — *Pero una de dos, o está desnuda o en camisón*. Pero ahí está el problema — para Juan, está a la vez desnuda y en camisón, exactamente como para todos ustedes que están aquí. De ahí la imposibilidad de garantizar el orden del mundo con una intervención autoritaria. Evidentemente, el padre imaginario existe desde hace mucho, desde siempre, es una cierta modalidad del buen Dios, pero eso no resuelve todos nuestros problemas, lo sabemos de una forma no menos clara, comprobada y permanente.

Antes de esta tentativa, el padre había hecho un primer planteamiento tratando, como le había dicho Freud, de reducir la culpabilidad de Juanito. Le hace una primera aclaración sobre la relación que hay entre el caballo y algo prohibido, que es tocarse el sexo. Esta intervención, dirigida en suma a apaciguar la angustia de culpabilidad, como analistas sabemos, tras unos veinte o treinta años de experiencia, que está condenada al fracaso, que de ningún modo se debe abordar frontalmente la culpabilidad, salvo transformándola en diversas formas metabólicas. Con Juan, no podía ocurrir de otro modo. En cuanto el padre le dice que el caballo no es aquí sino un sustituto terrorífico de algo de lo que no debe hacer una montaña, el niño, que hasta ese momento tenía miedo de los caballos, está obligado, dice, a mirarlos.

Detengámonos un momento en este mecanismo, que merece la pena destacar. ¿Qué quiere decir en suma lo que le dicen? Equivale a decirle que tiene permiso para mirar los caballos. Como en los sistemas totalitarios, definidos por el hecho de que en ellos todo lo permitido es obligatorio, desde ese instante se siente obligado a hacerlo. A Juanito le dicen que está permitido acercarse a los caballos, pero como el problema no es ése, entonces se siente obligado a mirarlos.

¿Qué puede significar este mecanismo que he resumido de esta forma, *lo que está permitido se convierte en obligatorio*? En primer lugar, tenemos una transición, la eliminación de lo que antes estaba prohibido, y lo que se convierte de este modo en permitido adquiere entonces el carácter de obligación. Esto debe ser pues como un mecanismo hecho para mantener bajo una forma distinta el derecho a lo que estaba prohibido. En otros términos, lo que ahora hay que mirar es precisamente lo que antes no se debía mirar.

En cuanto al caballo, ya sabemos que prohibe algo, en la medida en que la fobia es una avanzadilla, una protección contra la angustia. El caballo marca un umbral, ésta es su función esencial. Por otra parte, está relacionado con un elemento nuevo que trastorna el conjunto del juego del sujeto, o sea con el pene real. ¿Significa esto que el caballo es el pene real? De ninguna manera. Como mil ejemplos se lo demostrarán a continuación, el caballo está muy lejos de ser el pene real, puesto que a lo largo de las transformaciones del mito de Juan, es también la madre, el padre, a veces Juanito. Hagamos intervenir aquí una noción simbolizante esencial que desarrollé para ustedes hace dos años a propósito del juego de palabras de Angelus Silesius, *Ort-wort*, y digamos que en este caso ahí es donde debe ir a alojarse el pene real, no sin provocar temor y angustia.

Con esta primera aportación del padre, todavía poco alentadora, vemos como de todas formas la estructura significante se pone en marcha. Dicha estructura resiste a las intervenciones imperativas del padre, pero

reacciona ante sus intervenciones, aunque sean torpes y confusas, y produce esa serie de creaciones míticas que, mediante una serie de transformaciones, integrarán poco a poco en el sistema de Juan el elemento nuevo que exige ir más allá de la intersubjetividad del señuelo, sin embargo fundamental, con ayuda de la cual Juan juega a sorprender, a hacerse sorprender, a presentar como ausente y al mismo tiempo, por el mismo juego, todavía presente, el primer elemento de su relación con su madre, ese objeto fálico tercero que a fin de cuentas también debe integrarse. Ese elemento nuevo e incómodo aparecido desde hace algún tiempo es, como ustedes saben, su propio pene, su pene real, con sus propias reacciones que amenazan con hacer saltar todo por los aires. Éste es para él manifiestamente el elemento de perturbación y turbador en la serie de sus creaciones imaginarias.

Como hoy estamos a 3 de abril, vayamos primero a lo que ocurre el 3 de abril de 1908, cuando padre e hijo especulan, desde su ventana, sobre lo que ocurre en el patio de enfrente. En el patio de enfrente hay ya elementos significantes que le proporcionarán a Juan un primer apoyo frente a su problema, elementos con los que hará su primera construcción mítica, *bajo el signo,* nos dice Freud, *de los medios de transporte.*

Ya saben ustedes lo que constantemente está presenciando Juanito, los caballos, los coches que se mueven, se descargan cosas, los chicos se suben encima de los paquetes, etc. ¿Pará qué servirá todo esto? ¿Creen ustedes que hay alguna preadecuación, prevista desde toda la eternidad por el padre imaginario eterno, entre los medios de locomoción en uso bajo el reinado del emperador Francisco José en la Viena de antes de 1914 y las pulsiones, las tendencias naturales que surgen de acuerdo con el buen orden del desarrollo instintual? Todo lo contrario. Estos elementos tienen también su orden de realidad, pero el niño se servirá de ellos como elementos necesarios para su juego de permutación.

Siempre vuelvo a este punto — el uso del significante sólo es concebible partiendo de que el juego fundamental del significante es la permutación. Por muy civilizado, incluso instruido, que sea uno, es torpe, en el sentido corriente de la vida, para agotar todas las permutaciones posibles. Se lo demostraré conmigo mismo. Sepan que tengo una corbata con un lado un poco más claro y otro un poco más oscuro, y para poner el lado pálido debajo y el oscuro delante, tengo que llevar a cabo mentalmente una permutación, y siempre me equivoco.

El orden permutativo es lo que está en juego en lo que construirá Juanito. No traten de entender enseguida qué quieren decir el caballo,

el coche, Juanito encima de él y la descarga. Juanito tiene ganas de subirse al coche, pero tiene miedo. ¿De qué tiene miedo? Teme que el coche arranque antes de que él alcance el muelle de descarga. Es inútil apresurarse a decir —*Ya conocemos esto, teme ser separado de su madre.* Juanito enseguida nos tranquiliza y dice —*Si se me llevan, tomaré un coche de alquiler y volveré.* Se mantiene firmemente en la realidad. De modo que se trata de otra cosa. Lo que cuenta es el hecho de estar en un coche junto a algo de lo que éste puede separarse, algo con respecto a lo cual puede desplazarse.

Cuando aíslen ustedes este elemento, lo encontrarán en mil detalles de la observación de Juanito, por ejemplo, ese fantasma surgido mucho más tarde, el del tren donde va montado, de camino a Gmunden, cuando no consiguen vestirse y bajar del tren a tiempo. Habrá muchos otros todavía, porque uno de los últimos fantasmas de Juanito, el 22 de abril, consiste en hacerse llevar por un conductor, montado triunfalmente, completamente desnudo, en un trasto sin caballo donde pasa la noche y puede continuar su viaje en el mismo chisme, sólo dándole cincuenta mil florines al conductor. No puede pasarles desapercibido el parentesco evidente que hay entre estos distintos momentos de la fantasmatización de Juanito.

Verán igualmente toda la fantasmatización alrededor de la buena, de la excelente Anita. La vemos en un momento dado con Juanito, en un coche muy parecido a los anteriores porque tiene los mismos caballos de angustia. Ana acabará cabalgando sobre uno de esos caballos, dentro de este primer mito que podemos llamar el mito del coche.

Traten ustedes de ver cómo el enganche —de esto se trata ciertamente, se está hablando en todo momento de caballo, pero puede ser con o sin coche—, cómo los distintos elementos significantes que lo componen, y los conductores, más la referencia del coche a determinado plano fijo, resultan tener significaciones distintas a medida que la historia se desarrolla. Traten de ver qué es lo más importante en todo esto y a qué responde el progreso de Juan. ¿Al papel del significante, como les expliqué en mi Seminario sobre «La Carta robada», o a alguna otra cosa? ¿Se debe, sí o no, al desplazamiento del elemento significante a las distintas personas que caen bajo su sombra y quedan inscritas en su posesión? ¿Consiste aquí el progreso en el movimiento de rotación del significante alrededor de los distintos personajes en los que el sujeto se interesa y que quedan capturados en el mecanismo de permutación? ¿O al revés? En el caso que nos ocupa, no se ve claro de qué clase de progreso podría tratarse, salvo de un progreso en el orden del significante.

Podemos decir que ninguno de los elementos de la realidad que le rodea supera verdaderamente los medios de Juan, no hay indicios en esta observación de nada que pueda llamarse regresión, y si creen que hay regresión porque en determinado momento Juanito produce una inmensa fantasmagoría anal a propósito del *Lumpf*, cometen un error de bulto — se trata de un formidable juego mítico, el cual no supone ninguna clase de regresión. Juanito mantiene, por así decirlo, su derecho a la masturbación de principio a fin durante toda la observación, sin ceder. Si algo hay característico del estilo general del progreso de Juanito, es precisamente lo que tiene de irreductible, y el propio Freud lo subraya. Si no hace una histeria, sino una fobia, sin duda es porque en un sujeto así el elemento genital es del todo sólido, está presente, instalado, es resistente, muy fuerte. Esto queda claramente articulado en la observación.

Trataremos de verlo la próxima vez. Veremos que Juanito no emplea un único mito, un único elemento alfabético, para resolver sus problemas, es decir, el paso de una aprehensión fálica de la relación con la madre a una aprehensión castrada de las relaciones con el conjunto de la pareja parental. Está la famosa historia de la bañera y el berbiquí — toda ella relacionada con lo que llamaré la función lógica de los instrumentos fabricados. Inevitablemente nos cautiva el modo en que este niño se sirve, como de instrumentos lógicos, de elementos agrupados en torno a formas de coaptación muy elaboradas en la adaptación humana. Estos elementos que se oponen entre ellos son, por ejemplo, lo que está agarrado, o incluso adherido de forma natural — lo perforado, polo temible ante el cual el niño se detiene presa de temor — lo atornillado o también atenazado, me refiero a lo que es agarrado con tenazas, con el papel esencial que juega en el otro mito, el de la bañera y el grifo.

Todo el progreso operado por Juan durante la observación reside en los detalles de esta estructuración mítica, es decir, en la utilización de los elementos imaginarios para agotar determinado ejercicio del intercambio simbólico. Esto acabará haciendo inútil ese elemento de umbral, es decir, de primera estructuración simbólica de la realidad, que era su fobia.

3 de abril de 1957

XVII

EL SIGNIFICANTE Y EL CHISTE

Regla de oro.
Valor combinatorio del significante.
Juan en Alicia en el país de las maravillas.
Burla e ingenuidad.
Lo que se va por el agujero.

La función del mito, esto es lo que nuestro avance en la observación de Juanito nos ha llevado a destacar de la crisis psicológica atravesada por este niño, función inseparable de la intervención paterna guiada por el consejo de Freud.

Esta noción global de lo que se llama mito, si la implicamos aquí no es a modo de metáfora. Le damos un valor técnico, que suponemos puede ser apreciado en su justa importancia. En efecto, si la creación imaginativa de Juan se va desarrollando constantemente al ritmo de las intervenciones del padre, que, sean más o menos diestras o torpes, están lo bastante orientadas para no apagar, sino por el contrario acabar estimulando la serie de sus producciones, de todos modos esta creación se presenta como difícilmente separable de su síntoma, es decir, de su fobia, aunque ordenable con respecto a ella.

1

La última vez llegamos al aniversario del 3 de abril, cuando se revela lo que dice Juan sobre el contenido de su fobia.

Esa misma noche, el padre dice en suma que de todos modos, si bien su hijo se comporta con más valentía bajo los efectos de la intervención de Freud del 30 de marzo, la fobia en sí misma ha adquirido mayor amplitud y parece enriquecerse, de forma ambigua y ciertamente indiscernible, con detalles cuya incidencia se vuelve más sutil y complicada, a

medida que Juan sabe confiar mejor cómo su fobia lo apremia y lo soborna.

Como ven ustedes, hago un esfuerzo para invertir, o más exactamente para restablecer en su mente la verdadera función del síntoma y sus producciones diversamente calificadas que se han resumido bajo el nombre de síntomas transitorios en el análisis. Para que se aprecie el alcance de nuestro planteamiento, trataré de establecer cierto número de términos, de definiciones y, al mismo tiempo, de reglas.

Ya les dije el último día que si queremos hacer un trabajo verdaderamente analítico, verdaderamente freudiano, verdaderamente conforme a los principales ejemplos desarrollados por Freud para nosotros, debemos darnos cuenta de un hecho que sólo se confirma con la distinción del significante y del significado — ninguno de los elementos significantes de la fobia tiene sentido unívoco, ninguno equivale a un significado único.

Podemos fijarnos en muchos de ellos. El primero es, por supuesto, el caballo. Es imposible, de cualquier forma, considerar este caballo como un puro y simple equivalente, por ejemplo, de la función del padre. Decir que el caballo responde a una carencia del padre, como una especie de neoproducción, un equivalente del padre que de alguna forma lo representa o lo encarna, según la fórmula clásica de *Tótem y tabú*, es una vía fácil. Decir que el caballo juega un papel determinado por lo que ciertamente parece plantear problemas en ese momento, o sea el paso del estado preedípico al momento — en el sentido físico del término — edípico, estaría sin duda de acuerdo con lo que yo les estoy enseñando, pero seguiría siendo del todo insuficiente. El caballo en sí mismo no es lo que tal vez podrá llegar a ser efectivamente al final, a saber, ese caballo de aspecto orgulloso que Juan ve pasar por la calle y asocia con algo relacionado con el orgullo viril del padre.

En un momento dado al final de tratamiento, en su acmé, Juan tiene esa famosa conversación con su padre, en la que le dice algo así — *Debes estar enfadado conmigo, por ocupar ese lugar, por acaparar la atención de mi madre y ocupar tu lugar en su cama.* Y esto a pesar de las negaciones del padre, quien le dice que él nunca ha sido malo. *Das muss wahr sein*, insiste Juan, *Ha de ser verdad.* Así el niño, sin lugar a dudas debidamente adoctrinado desde hace algún tiempo, saca a relucir el mito edípico con un carácter imperativo muy especial, lo cual por otra parte no dejó de impresionar a algunos autores, en especial a Robert Fliess, que tiene un artículo sobre esto en el número del *IJP* consagrado al centenario de Freud en enero-febrero de 1956.

El caballo, antes de cumplir de forma terminal esta función metafórica, ha jugado no pocos papeles distintos. Tenemos el caballo cuando está enganchado. Juan nos da en este sentido, el 3 de abril, todas las explicaciones posibles. Este caballo, ¿ha de estar enganchado, o no? ¿Ha de estarlo a un coche de un caballo o a un coche de dos caballos? En cada caso, la significación es distinta. Si en ese momento el caballo es simbólico de algo, lo es de la madre, como se verá por la continuación de forma más desarrollada. También simboliza el pene. En todo caso, está irreductiblemente vinculado con ese coche, un coche cargado, como Juan subraya en la sesión del 3 de abril, cuando explica qué clase de satisfacción se obtiene de todo ese tráfico de enfrente de su casa, con esos coches que vienen y se van, y mientras están ahí son descargados y vueltos a cargar. Poco a poco se pone de manifiesto la equivalencia de la función del caballo, así como del coche, con el embarazo de la madre y el problema de la situación de los niños en el vientre de su madre, de su salida, del nacimiento. El caballo tiene en este momento una función muy distinta.

Hay otro elemento que suscita interrogantes, tanto por parte del padre como por parte de Freud, es el famoso *Krawall*, que significa ruido, tumulto, ruido desordenado, con algunas derivaciones austríacas por las que, al parecer, se puede llegar a usar incluso para designar un disturbio, un escándalo. En todos los casos se revela el carácter inquietante y angustioso del *Krawall*, tal como lo entiende Juanito. Se produce en particular cuando se cae el caballo del ómnibus, *umfallen*, que fue, según Juanito, uno de los sucesos precipitantes del valor fóbico del caballo. Fue entonces cuando pilló la *Dummheit*, la tontería. Esa caída, que se produjo en una ocasión, estará siempre desde aquel momento en el trasfondo del temor al caballo. Es algo que puede sucederles a determinados caballos, en especial los caballos grandes enganchados a coches grandes, a coches cargados. La caída acompañada del pataleo del caballo, el *Krawall*, reaparecerá bajo más de un aspecto durante el interrogatorio de Juanito, sin que nunca, en ningún momento de la observación, nos den sobre esto una interpretación segura.

Por otra parte, es notorio que a lo largo de toda la observación ni Freud ni el padre pueden salir de dudas, deben mantener la ambigüedad, incluso abstenerse, en cuanto a la interpretación de cierto número de elementos. Se ve que por mucho que presionen al niño para hacerle confesar, aunque le sugieran todas las equivalencias, todas las soluciones posibles, sólo obtienen a cambio evasivas, alusiones, pretextos. A veces se tiene incluso la impresión de que, en cierto modo, el niño se burla.

De esto no cabe duda, a decir verdad. El carácter paródico de algunas de las fabulaciones del niño es manifiesto. Pienso en primer lugar en todo lo que se produce alrededor del mito de la cigüeña, que Juanito enriquece tanto, con todo lujo, lo carga de elementos humorísticos — la cigüeña entró, se quitó el sombrero, se sacó una llave del bolsillo, etc. Este aspecto paródico es tan caricaturesco, que no deja de resultarles chocante a los observadores.

¿Acaso se deben plantear aquí las insuficiencias de la observación, incluso su carácter incompleto? Por el contrario, en nuestra perspectiva todo esto se reordena, encuentra su lugar y nos conduce al meollo de la cuestión. Estos equívocos constituyen una fase demostrativa característica de la observación, una vía que nos muestra el camino de la forma de comprensión adecuada a lo que está en juego, por una parte en la fobia, esa formación sintomática a la vez tan simple y tan rica, y por otra parte en el propio trabajo analítico. Como esta observación es freudiana, es decir, inteligente, no hay mejor ilustración del hecho de que el significante de por sí se distingue del significado.

El significante sintomático está constituido de tal forma que por su naturaleza cubre, en el curso del desarrollo y de la evolución, múltiples significados, y de los más diversos. No sólo lo hace por su naturaleza, sino que es su función.

El conjunto de los elementos significantes que obtenemos a lo largo de este pedazo de observación, el aparato significante del caso, está hecho de tal forma que si no queremos que esta observación sea pura y simplemente un enigma, debemos imponernos al abordarla cierto número de reglas. En verdad no se ve porqué habría de considerarse confusa esta observación, incluso fallida, y no cierta observación de cierto autor que tenemos por costumbre mencionar. Aun así no ha de resultarnos menos chocante el carácter arbitrario, provocado, sistemático, de las interpretaciones analíticas, especialmente en lo que al niño se refiere. Aquí tenemos una prueba de ello, precisamente porque la observación es notablemente rica y compleja, y porque nos proporciona una abundancia de producciones muy poco habitual. Desde luego, si tenemos una sensación cuando nos adentramos en ellas, es la de perdernos. Por eso quisiera darles aquí algunas reglas que pueden formularse más o menos así.

Estas reglas, ya sea en el análisis del niño o en el del adulto, se refieren a todo aquel elemento que podamos considerar como significante en el sentido que aquí promovemos, es decir, que puede tratarse tanto de un objeto, como de una relación o de un acto sintomático, sea o no

primitivo, incluso confuso, este objeto o esta relación o este acto sintomático.

Piensen en la primera aparición del caballo, cuando surge tras un lapso en el que se manifiesta la angustia del niño. El caballo juega aquí un papel que habremos de definir y que se muestra ya singularmente marcado por un carácter dialéctico. Esto es suficientemente sensible en el siguiente hecho. Cuando se trata de que su madre se vaya, en ese preciso momento, surge la angustia — tiene miedo de que el caballo entre en la habitación. Pero, por otra parte, ¿quién entra en la habitación? Él, Juanito. Hay aquí por lo tanto una doble relación muy ambigua, vinculada por una parte con la función de la madre por la vía de la tonalidad sentimental de la angustia, pero también por otra parte con Juanito por la vía de su movimiento y de su acto. Así, en cuanto aparece, el caballo está cargado de una profunda ambigüedad. Es ya un signo para todo uso, exactamente como un significante típico. Con sólo dar un paso en la observación de Juanito, está llena de esto a rebosar.

Planteamos pues la siguiente regla — ningún elemento significante, objeto, relación, acto sintomático, por ejemplo en la neurosis, puede considerarse dotado de un carácter unívoco.

Esto tiene alguna consecuencia en lo que se refiere al tema de este año. Un elemento significante no es equivalente a ninguno de los objetos, a ninguna de las relaciones, ni a ninguna de las acciones, llamadas imaginarias en nuestro registro, en las que está basada la noción de relación de objeto tal como se usa en la actualidad, con lo que tiene de normativo, de progresivo en la vida del sujeto, genéticamente definido, referido al desarrollo. Por supuesto, esta noción, que es del registro imaginario, no carece de valor, pero presenta contradicciones insostenibles cuando se trata de articularla. Con sólo leerles pasajes de los dos volúmenes colectivos aparecidos a comienzos de este año, ya tuvieron ustedes la sensación de que estaba haciendo una caricatura. Las contradicciones al articular esta noción son flagrantes cuando tratan de expresarla en el orden de una relación pregenital que se genitaliza, con la idea de progreso que ello supone.

Así, si seguimos lo que para nosotros es una regla de oro, basada en nuestra noción de la estructura de la actividad simbólica, los elementos significantes deben definirse de entrada por su articulación con los otros elementos significantes. Esto justifica la similitud que establecemos con la teoría reciente del mito.

Ésta se ha impuesto de una forma singularmente análoga a como

la simple percepción de los hechos nos obliga igualmente a articular las cosas. ¿Qué guía al Sr. Lévi-Strauss en su artículo del *Journal of American Folklore*? ¿Cómo se abre en este texto la noción de un estudio estructural del mito? Con una observación tomada intencionadamente de uno de sus colegas, Hocart, quien dice que si a algo debe dársele la vuelta de entrada es sin duda a esa posición adquirida a través de distintas épocas en nombre de no sé qué prevención íntima anti-intelectual, consistente en rechazar las interpretaciones psicológicas fuera del dominio presuntamente intelectual, para situarlas en el terreno calificado de afectivo. De todo ello resulta, dice muy formalmente este autor, que *a las deficiencias inherentes a la escuela psicológica... se añadía igualmente el error de creer que ideas claras puedan nacer de emociones confusas.*

Lo que aquí se llama escuela psicológica es la que trata de encontrar la fuente de los mitos en una supuesta constante, en cierto modo genérica, de la filosofía humana. Se suma a este inconveniente el error de hacer derivar de él esas ideas bien definidas, claramente distintas como lo son siempre las cosas con las que nos encontramos tanto en el mito como en la producción sintomática. Se reduce así a una pulsión confusa aquello que en el paciente se presenta por lo general bajo una forma articulada — incluso lo paradójico del fenómeno es este carácter articulado, que hace que nos parezca parásito. Sería suficiente no confundirlo con lo que es juego mental, con no se qué aspecto superfluo de la deducción intelectual. Sólo podría calificarse así en una perspectiva completamente superada de la racionalización del delirio, por ejemplo, o del síntoma. Nuestra perspectiva nos proporciona por el contrario la noción de que el juego del significante se apodera del sujeto, se hace con él más allá de todo lo que él sea capaz de intelectualizar, pero sigue tratándose del juego del significante con sus leyes propias.

Quisiera evocárselo con una imagen. Cuando Juanito se pone a descubrirnos poco a poco sus fantasmas, ¿qué vemos en nuestra perspectiva, si tenemos los ojos lo bastante abiertos? De forma más general, cuando empezamos a captar la historia de una neurosis, su desarrollo en el sujeto, cómo se ha encontrado capturado o encerrado en ella, ¿qué vemos? El sujeto no entra ahí de frente, lo hace de alguna forma a reculones. En cuanto la sombra del caballo se cierne sobre Juanito, él va entrando poco a poco en un decorado que se ordena, se organiza, se edifica a su alrededor, pero más que desarrollarlo él, este decorado lo captura. Lo chocante es el aspecto articulado con el que este delirio inicia su desarrollo.

Digo *el delirio* — es casi como un lapsus, pues se trata de algo que no tiene nada que ver con una psicosis, pero el término no es inadecuado. De ningún modo podemos quedar satisfechos deduciéndolo a partir de vagas emociones. Por el contrario, tenemos la impresión de que la edificación ideica — si podemos emplear esta expresión en el caso de Juanito — tiene su motivación propia, su propio plan, su instancia propia. Puede responder tal vez a alguna necesidad o a alguna función, pero sin duda a nada que pueda justificarse por alguna pulsión, algún impulso o movimiento emocional particular que quedaría así trasladado, que incluso se expresaría así pura y simplemente. Se trata de un mecanismo totalmente distinto, que requiere el estudio estructural del mito. Su primer paso es no considerar nunca ninguno de los elementos significantes con independencia de los otros que van surgiendo y, de alguna forma, lo relevan — me refiero a que lo desarrollan en el plano de una serie de oposiciones que ante todo son de orden combinatorio.

Lo que vemos surgir en Juanito, no son temas con más o menos una equivalencia afectiva o psicológica, como suele decirse, sino que se trata de agrupamientos de elementos significantes progresivamente trasladados de un sistema a otro. Un ejemplo se lo ilustrará.

Las primeras tentativas de aclaración por parte del padre, dirigido por Freud, aíslan en el caballo ese elemento especialmente peniano que hace que Juan reaccione con una compulsión a mirar al caballo. Luego el niño se ve aliviado por la ayuda interdictiva que le aporta el padre con respecto a su masturbación. Examinaremos más detalladamente una primera tentativa de analizar la preocupación de Juan sobre lo relacionado con su órgano urinario, el *Wiwimacher*, como él lo llama. En la vía de una *Aufklärung*, de una aclaración real, el padre se esfuerza por ir directamente a lo que él considera la única base real de la angustia del niño — le enuncia al niño, y Freud lo ha incitado a intervenir en este sentido, que las niñas no tienen y que él sí tiene. Juan acusa el golpe y, de una forma cuya significación no se le escapa a Freud, subraya que su *hacepipí* está *angewachsen*, pegado o agarrado, y medrará, crecerá con él.

¿No vemos ya aquí un esbozo que parece ir en la dirección de hacer inútil el sostén fóbico? Así sería si se tratara de lo real y si aquí hubiera, pura y simplemente, un equivalente de la angustia vinculada con la aprehensión de un real que hasta ahora no ha sido plenamente realizado por su parte. Entonces es cuando vemos surgir el fantasma de la jirafa grande y la jirafa pequeña.

Les he mostrado que este fantasma nos lanza al campo de una crea-

ción cuyo estilo, así como la exigencia simbólica que en él se evidencia, son sorprendentes. Lo repito para algunos que no estaban — di toda su importancia, algo sólo posible en nuestra perspectiva, al hecho de que, para Juanito, no hay ninguna contradicción en absoluto, ni siquiera ambigüedad, en que una de las jirafas, la pequeña, pueda arrugarse. Y una jirafa arrugada, es una jirafa que se puede arrugar al igual que una hoja de papel, como Juan nos enseña. Esta intervención hace pasar un objeto que hasta entonces había tenido una función imaginaria a una simbolización radical, formulada como tal por el propio sujeto y subrayada a continuación por su gesto de apoderarse de esta posición simbólica y ocuparla, por así decirlo — se sienta encima de la pequeña jirafa arrugada, a pesar de los gritos y de las protestas de la grande. Esto es para Juanito especialmente satisfactorio. No es un sueño, es un fantasma que él mismo fabrica, va a la habitación de sus padres para contarlo y lo desarrolla.

Una vez más, la perplejidad general es en este caso manifiesta. Notarán la oscilación que se produce en la misma observación. La jirafa grande y la pequeña son de entrada, para el padre, el padre y la madre. Sin embargo, dice de la manera más formal que la jirafa grande es la madre y la pequeña su miembro, *ihr Glied*, otra forma, otro valor de la relación entre los dos significantes. No es suficiente todavía. El padre interviene de nuevo diciéndole a la madre — *Hasta luego, jirafa grande.* El niño, que hasta ahora había admitido un registro interpretativo distinto, da la siguiente respuesta, cuya entidad y agudeza no pasan a la traducción francesa — no dice *¿No es cierto?*, tal como se tradujo, sino *No es verdad, Nicht wahr.* Y añade — *¿La jirafa pequeña es Ana?*

¿Qué encontramos aquí? ¿A qué viene esta otra modalidad de interpretación? ¿Se trata realmente de Ana y de su *Krawall*? — puesto que mucho más adelante en la observación, veremos aparecer a la pequeña Ana, gritando de forma tan molesta, que no podemos dejar de identificar sus gritos con los de la madre en este fantasma, a condición de mantener el oído atento al elemento significante.

Al fin y al cabo, ¿qué significa la permanente ambigüedad en la que permanecemos en cuanto a la interpretación de los dos términos de la relación simbólica? La alegría, incluso la pizca de burla que asoma en el *No es verdad* de Juan, indica por sí sola lo inapropiado del esfuerzo del padre para hacer que los términos simbólicos y los elementos imaginarios o reales supuestamente representados se correspondan de dos en dos. El padre toma aquí el camino equivocado y Juanito está en todo momento a punto de demostrarle que no es eso, que nunca lo será.

¿Por qué no lo será? Por eso a lo que Juan se enfrenta cuando surge su fobia, eso con lo que tiene que arreglárselas en ese preciso momento. Es decir, la aprehensión de ciertas relaciones que hasta entonces para él no están constituidas y tienen su valor propio de relaciones simbólicas.

El hombre, porque es hombre, se enfrenta con problemas que son propiamente problemas de significantes. El significante, en efecto, es introducido en lo real por su misma existencia de significante, porque hay palabras que se dicen, porque hay frases que se articulan y se encadenan, vinculadas a través de un medio, una cópula, como el *¿por qué?*, o el *porque*. Así, la existencia del significante introduce en el mundo del hombre un sentido nuevo. Por decirlo en términos en los que no hace mucho me expresaba, al final de una breve introducción al primer número de la revista *La Psychanalyse* — *El símbolo se consagra a cruzar diametralmente el curso de las cosas, para darle otro sentido.* Se trata por lo tanto de problemas de creación de sentido, con todo lo que tienen de libre y ambiguo, más la posibilidad siempre abierta de que se reduzca todo a la nada arbitrariamente.

La irrupción del chiste siempre tiene un aspecto totalmente arbitrario, y Juan es como el Humpty-Dumpty de *Alicia en el país de las maravillas.* Es capaz de decir en todo momento — *Las cosas son así porque yo lo he decretado y soy el amo.* Ello no impide que esté completamente subordinado a la solución del problema surgido de su necesidad de revisar lo que hasta entonces había sido su forma de relación con el mundo materno, organizado en base a aquella dialéctica del señuelo entre él y su madre, en cuya importancia he insistido lo suficiente. ¿Quién de los dos tiene el falo, o no lo tiene? ¿Qué desea la madre cuando desea algo distinto que a mí, el niño? En eso estaba el niño, pero ya no puede quedarse ahí.

Aquí se inscribe la función del mito. Tal como nos lo descubre el análisis estructural, que es el análisis correcto, un mito es siempre una tentativa de articular la solución de un problema. Se trata de pasar de cierta forma de explicación de la relación con el mundo del sujeto, o de la sociedad en cuestión, a otra — lo que requiere la transformación es la aparición de elementos distintos, nuevos, que entran en contradicción con la primera formulación y exigen de alguna forma un paso de por sí imposible, un salto.* Esto es lo que le da al mito su estructura.

* Aquí y más adelante se juega con los dos sentidos de *impasse*: «obstáculo» y «salto», como en *faire l'impasse sur*, «saltarse». (T.)

En cuanto a Juan, es lo mismo. Se enfrenta a elementos que exigen la revisión del primer esbozo de sistema simbólico que estructuraba su relación con la madre. He aquí de qué se trata en la aparición de la fobia y, mucho más todavía, en el desarrollo de todos los elementos significantes que lleva consigo. Con esto es con lo que se enfrenta Juan. Por eso, todas las tentativas de esa lectura por parcelas a la que se dedica constantemente su padre le parecen irrisorias.

2

A propósito del estilo de las respuestas de Juan, no puedo pasar por alto pedirles que se remitan a ese obra inmensa y admirable de Freud, apenas explotada aún para nuestra experiencia, llamada el *Witz*.

Esta obra tal vez no tenga ningún equivalente en lo que podemos llamar la filosofía psicológica. No conozco ninguna obra que aporte algo a la vez tan nuevo y tan característico. Todas las obras sobre la risa, ya sean de Bergson o de otros, serán siempre de una pobreza lamentable a su lado.

El *Witz* de Freud apunta directamente, sin ceder y sin extraviarse en consideraciones secundarias, a lo esencial de la naturaleza del fenómeno. Igual que, desde el primer capítulo de la *Traumdeutung*, Freud destaca que *el sueño es un rebus*, y nadie se da cuenta — hasta ahora esta frase había pasado desapercibida —, de la misma forma, nadie parece haberse dado cuenta de que el análisis de la agudeza empieza con la tabla del análisis de un fenómeno de condensación, la palabra *famillonario*, invención basada en el significante, por superposición de *familiar* y *millonario*. Todo lo que a continuación desarrolla Freud consiste en mostrar el efecto aniquilador, el carácter verdaderamente destructor, disruptor, del juego del significante con respecto a lo que se puede llamar la existencia de lo real. Jugando con el significante, el hombre cuestiona constantemente su mundo, hasta su raíz. El valor de la agudeza, que la distingue de lo cómico, es su posibilidad de poner en juego el profundo sinsentido de todo uso del sentido. En todo momento se puede cuestionar cualquier sentido, en la medida en que se basa en un uso del significante. En efecto, este uso es en sí mismo profundamente paradójico con respecto a cualquier significación posible, porque este mismo uso crea aquello que está destinado a sostener.

La distinción entre el dominio de la agudeza y el de lo cómico, distinción clara como hay pocas, Freud sólo la aborda secundariamente en este libro y lo hace a modo de ilustración, por contraste con la agudeza. Halla en primer lugar las nociones intermedias y nos hace percibir la dimensión de lo ingenuo, tan ambigua, motivo de esta digresión que estoy haciendo.

Por una parte, de las manifestaciones de la ingenuidad puede surgir un efecto cómico, que será necesario definir claramente, puesto que existe. Pero por otra parte, vemos hasta qué punto lo ingenuo es intersubjetivo. La ingenuidad del niño, somos nosotros quienes la implicamos, sin que en ningún momento deje de cernirse sobre ella la sombra de una duda. ¿Por qué?

Tomemos un ejemplo. Freud ilustra la ingenuidad con la historia de unos niños que convocan a los adultos a una gran reunión y les prometen una breve representación teatral. Empieza la comedia. Los jóvenes autores o actores, dice Freud, cuentan la historia de un marido y una mujer sumidos en la más profunda miseria, tratan de salir de ella, el marido parte hacia países lejanos y vuelve tras realizar grandes hazañas, cargado con numerosas riquezas. Da cuenta de su prosperidad a su mujer. Ella lo escucha, corre una cortina al fondo de la escena y le dice — *Mira, yo también he trabajado mucho mientras estabas fuera*. Y aparecen al fondo diez muñecas puestas en fila.

Éste es el ejemplo que da Freud para ilustrar la ingenuidad. Pensada como una de las formas de lo cómico, puede decirse que la descarga se produce por la economía conseguida espontáneamente por el relato en cuestión. En otra situación, dicho por una boca menos ingenua, acarrearía en efecto una parte de tensión que podría llegar incluso, hasta cierto punto, a resultar molesta. El hecho de que el niño suelte directamente un disparate sin el menor apuro provoca risa. Resulta curioso, con todas las extrañas resonancias que la palabra *drôle** puede suponer.

Nos encontramos aquí en un dominio limítrofe de lo cómico. La economía se produce en relación con las sutiles mediaciones a las que esa construcción hubiera debido someterse en boca de un adulto. El niño realiza directamente lo que nos lleva al colmo del absurdo. Hace de alguna forma un chiste ingenuo. Es una historia curiosa que hace reír por-

* El término *drôle* es tanto «curioso», «divertido», como «raro», «extraño» o «dudoso». (T.)

que está en boca de un niño, y les deja a los adultos campo libre para regocijarse — *Estos chicos son increíbles*. Supuestamente, con toda inocencia, encuentran a la primera lo que a un adulto le hubiera costado mucho más encontrar, o le hubiera hecho falta adornarlo con alguna sutileza suplementaria para que pudiera resultar propiamente curioso.

Pero esta ignorancia que puede llegar a dar en el blanco, no es seguro que sea total. Las historias infantiles, cuando tienen ese carácter desconcertante que nos provoca risa, las incluimos en la perspectiva de lo ingenuo. Pero esta ingenuidad, lo sabemos muy bien, no debe tomarse siempre al pie de la letra. Se puede ser ingenuo y se puede fingir serlo. Si se atribuye al juego de la comedia infantil una ingenuidad fingida, se le restituye entonces todo su carácter de *Witz*, y tendencioso como el que más, dice Freud. Basta con casi nada, precisamente con la suposición de que la ingenuidad no es completa, para que los niños salgan ganando y sean los amos del juego.

En otros términos, Freud evidencia — por favor, remítanse al texto — que la agudeza supone siempre la noción de una tercera persona. Se cuenta el chiste de alguien frente a algún otro. Haya o no realmente las tres personas, esta ternaridad es siempre necesaria para desencadenar la risa con la agudeza, mientras que lo cómico se conforma con una relación dual. Lo cómico puede desencadenarse simplemente entre dos personas. Si una persona ve caer a otra, por ejemplo, o alguien emplea procedimientos desmesurados para realizar una acción que nos resulta más simple, puede ser suficiente, nos dice Freud. En lo que se refiere a la ingenuidad, la perspectiva de la tercera persona, aunque permanezca como virtual, siempre está más o menos implicada. Nada demuestra que más allá de ese niño que consideramos ingenuo, no pueda haber otro — por otra parte lo hay —, el que nosotros suponemos, para que eso nos haga reír tanto. Podría ser que, después de todo, el niño afectara ser ingenuo, es decir que fingiera.

Esta dimensión de lo simbólico es exactamente lo que se hace sentir en todo momento en ese juego de escondite, esa perpetua burla que matiza todas las réplicas de Juan a su padre, dándoles su carácter.

El padre interroga a su hijo — *¿Qué pensaste cuando viste caer al caballo?* Juan ha dicho que pilló la tontería con ocasión de esta caída. *Pensaste*, dice el padre de una forma que se le ve el plumero, *que el caballo estaba muerto*. Como indica el padre a continuación, en un primer momento Juan adopta un airecito de seriedad al replicar — *Sí, sí, en efecto, eso pensé*. Y luego, de repente, cambia de opinión, se pone a reír — está

indicado — y dice — *Pero no, no es cierto, sólo lo he dicho en broma, te estaba haciendo una* Spass.

La observación está salpicada de salidas de este género. Por ejemplo, ésta. Después de haberse dejado llevar un instante por el eco trágico de la caída del caballo — ¿pero es seguro que alguna vez haya habido este eco trágico, y muchos otros, en la psicología de Juanito? —, de pronto Freud piensa en la otra figura del padre, ese padre bigotudo y gafudo que ve en su consulta al lado de Juanito. Ahí está ese curioso hombrecito tan mimado y junto a él su padre, pesado, con sus gafas sucias, aplicado, lleno de buena voluntad. Por un momento, Freud vacila. Están ahí, preguntándose por esa famosa negrura que hay delante de la boca de los caballos, buscando con una linterna qué querrá decir eso, cuando Freud se dice — *Pero ahí está esa cabeza larga, es este asno*. Y me quedo corto...

Es verdad, de todos modos, que eso negro que flota delante de la boca del caballo es la hiancia real que siempre se oculta tras el velo y el espejo, destacada siempre sobre el fondo como una mancha. Hay, por decirlo todo, una especie de cortocircuito entre el carácter divino de la superioridad profesoral, acentuado por parte de Freud no sin humor, y esta apreciación que, como nos muestran las confidencias de los contemporáneos, siempre estaba presta a salir de la boca de Freud, expresada en las letras francesas con la tercera letra del alfabeto seguida de tres puntitos.* *Que*... presidente... *tan bueno*, piensa Freud, diciéndose que lo que tiene delante coincide con la intuición del carácter abisal de eso que surge del fondo, y la confirma.

En estas condiciones es indudable que Juanito no sigue el juego suficientemente bien cuando se corrige, ríe y anula de pronto la larga serie que acaba de desarrollar ante el padre. Tenemos la impresión de que le dice — *Te veo venir*. Primero acepta la palabra *muerto* como equivalente de *caído*, pero en un segundo tiempo, se dice — *Me estás repitiendo la lección del Profesor*. En efecto, es exactamente lo que acaba de insinuar el profesor, a saber, que está muy enfadado con su padre, hasta desear su muerte.

Este episodio es por lo tanto una contribución a nuestras reglas. Primero, aislar los significantes en su valor esencialmente combinatorio. El conjunto de significantes que intervienen estructuran lo real introduciendo en él nuevas relaciones combinadas. Por referirnos nuevamente al primer número de *La Psychanalyse*, no es casual si en la portada se encuen-

* C... = *con*, palabra soez con el significado de «tonto». (T.)

tra el símbolo de la función del significante como tal. El significante es un puente en un dominio de significaciones. En consecuencia, no reproduce las situaciones, sino que las transforma, las recrea.

He aquí de qué se trata, y por eso siempre debemos centrar nuestra pregunta en el significante.

3

Tratándose de Juanito, debemos prestar atención al circuito significante que efectúa, de qué parte y para llegar a qué.

Así, en cada una de las etapas recorridas durante los cinco primeros meses del año 1908, le vemos interesarse sucesivamente en lo que se carga y se descarga, o lo que empieza a moverse de una forma más o menos brusca y es capaz de separarse prematuramente del andén de salida. Aquí hay elementos significantes vinculados, diversamente fantasmáticos, que giran alrededor del tema del movimiento, o más exactamente de lo que en el movimiento es modificación, aceleración y, por llamarlo por su nombre, meneo. Este elemento es esencial en la estructuración de los primeros fantasmas, y poco a poco hace surgir otros elementos, entre los cuales no podemos dejar de prestar una atención muy especial a las dos bragas de la madre, una amarilla y otra negra.

Fuera de las perspectivas en las que trato de introducirles a ustedes, este pasaje resulta incomprensible. El padre se pierde, nunca mejor dicho. En cuanto al propio Freud, aunque dice que inevitablemente el padre lo ha dejado todo hecho un lío, al final nos indica algunas perspectivas. Sin duda el padre ha ignorado una oposición fundamental, vinculada con la diferencia de las percepciones auditivas del acto de orinar en un hombre y en una mujer.

Juanito parece decirnos cosas muy incomprensibles. Cuanto más se usan las bragas, más negras se ponen, dice, y esto tras numerosos desarrollos según los cuales, como se ve, cuando son amarillas tienen para él determinado valor, mientras que cuando son negras no lo tienen, cuando están separadas de la madre le dan ganas de escupir, cuando la madre las lleva no le dan ganas de escupir. En resumen, Freud insiste y dice que sin duda Juanito quiere indicarnos de esta forma que las bragas tienen para él una función completamente distinta cuando las lleva puestas la madre y cuando no las lleva puestas.

Tenemos pues bastantes indicaciones que demuestran que el propio Freud tiende a esbozar una relativización dialéctica total del significado de las bragas amarillas y las bragas negras. A lo largo de la extensa y complicada conversación en la que Juanito y su padre tratan de aclarar juntos esta cuestión, este par revela no tener otro valor que el de manifestar una serie de oposiciones a encontrar en rasgos que de entrada pasan desapercibidos, o al menos pasan radicalmente desapercibidos cuando se intenta identificar masivamente las bragas amarillas con la orina, por ejemplo, y las bragas negras con la defecación, que en el lenguaje de Juanito se llamaría el *Lumpf*.

De hecho, es un error identificar el *Lumpf* con la defecación omitiendo situar en sí mismo este elemento esencial para Juan. El propio testimonio del padre nos proporciona la idea de que *Lumpf* es una transformación de la palabra *Strumpf*, que en primer lugar quiere decir bragas negras y, en otro momento de la observación, Juanito lo asocia con una blusa negra. Forma parte de esa función esencial del vestido, su función de ocultación. Es también la pantalla sobre la que se proyecta el objeto principal de la interrogación preedípica de Juan, o sea el falo que falta. Que el excremento como tal sea designado por un término emparentado con la simbolización de la falta de objeto, es suficiente como muestra de que la relación instintual, la analidad interesada en el mecanismo de la defecación, es poca cosa frente a la función simbólica. Ésta, una vez más, domina.

La función simbólica está vinculada para Juanito con una pregunta que para él es esencial — *¿Qué se pierde? ¿Qué puede irse por el agujero?* Estos son los elementos primeros de lo que podemos llamar una instrumentación simbólica, y a continuación se integrarán en el desarrollo de la construcción mítica de Juanito, bajo la forma de esa bañera que, en su primer sueño, el instalador viene a desatornillar. Luego lo que será desatornillado es igualmente su trasero, así como su propio pene, para gran alegría tanto del padre como de Freud, todo sea dicho.

Esta gente tiene tanta prisa por imponerle su significación a Juanito, que ni siquiera esperan a que acabe de expresarse a propósito del desatornillado de su pequeño pene y le dicen que la única explicación posible es, naturalmente, que se trata de darle uno más grande. Juanito no dice eso en absoluto y no sabemos si lo hubiera dicho de haberle dejado hablar. Nada indica que fuese a decirlo. Juanito sólo habla de un recambio de su trasero. Desde luego, en este caso resulta palpable la contratransferencia. El padre es quien lanza la idea de que, si le cambian el pene, es

para darle uno mayor. He aquí un ejemplo de las faltas que se comenten constantemente. Lo habitual, después de Freud, ha sido no privarse de perpetuar esta tradición, con una forma de interpretación en la que siempre se busca en no sé qué tendencia afectiva la motivación, la justificación de lo dicho, que sin embargo tiene sus propias leyes, su estructura y gravitación propias, y debe ser estudiado en sí mismo.

Vamos a terminar diciendo que, en el desarrollo típico de un sistema significante sintomático, siempre debe considerarse al mismo tiempo su coherencia sistemática a cada momento y su modalidad propia de desarrollo en la diacronía. El desarrollo en el neurótico de un sistema mítico cualquiera — lo que en otra ocasión llamé el mito individual del neurótico — se presenta como la salida, el despegue progresivo de una serie de mediaciones vinculadas por un encadenamiento significante cuyo carácter es fundamentalmente circular. El punto de llegada tiene una relación profunda con el punto de partida, aun sin ser exactamente el mismo. El obstáculo, cualquiera que sea, siempre presente al principio, se encuentra de nuevo bajo una forma invertida en el punto de llegada, donde es considerado como la solución, con sólo cambiarle el signo. El obstáculo del que se partió vuelve a encontrarse siempre de nuevo, bajo una forma cualquiera, al final del desplazamiento operatorio del sistema significante.

Más adelante se lo ilustraré, en el camino que haremos después de las vacaciones, partiendo de los datos que se le plantean a Juanito de entrada.

Al principio, se encuentra capturado en la relación tramposa en la que de entrada se desarrolla el juego del falo. Con esto es suficiente para que su madre y él mantengan un movimiento progresivo cuyo sentido, su perspectiva, su sentido, es la identificación perfecta con el objeto del amor materno. Entonces aparece un elemento nuevo.

En esto estoy de acuerdo con los autores, con el padre y con Freud. Hay un problema cuya importancia en el desarrollo del niño es imposible exagerar, basado en que no hay nada ordenado previamente en el orden imaginario para permitirle al sujeto asumir el hecho con el cual se enfrenta de forma aguda en dos o tres momentos de su desarrollo infantil, el fenómeno del crecimiento. Como no hay nada predeterminado en el plano imaginario, un fenómeno completamente distinto pero que, para el niño, le está adherido imaginariamente, aporta un elemento esencial de perturbación cuando se produce la primera confrontación con el crecimiento — es el fenómeno de la turgencia.

Que el pene deje de ser pequeño y se convierta en grande en el momento de las primeras masturbaciones o erecciones infantiles, no es sino uno de los temas más fundamentales de las fantasías imaginarias de *Alicia en el país de las maravillas*, y esto es lo que da a esa obra su valor absolutamente idóneo para el estudio de la masturbación infantil. Juan se enfrenta con un problema semejante, es decir, el de integrar la existencia del pene real, la existencia distinta de un pene que puede volverse grande o pequeño, pero también es el pene de los pequeños y de los mayores.

Por decirlo todo, el problema del desarrollo de Juan está vinculado con la ausencia del pene mayor de todos, es decir el padre. La fobia se produce en la medida en que Juan debe afrontar su complejo de Edipo en una situación que exige una simbolización particularmente difícil.

Pero que la fobia se desarrolle como lo hace, que el análisis produzca tal proliferación mítica, nos indica, tal como lo patológico revela lo normal, la complejidad del fenómeno que está en juego cuando para el niño se trata de integrar lo real de su genitalidad, y subraya el carácter fundamentalmente simbólico de este momento de pasaje.

10 de abril de 1957

XVIII

CIRCUITOS

¿Por qué el caballo?
Del caballo al ferrocarril.
Las idas y vueltas de Juan.
Wegen y Wägen

Si tuviera que recordarles el carácter constitutivo de la incidencia de lo simbólico en el deseo humano, me parece que a falta de una adecuada acomodación en la experiencia más común y cotidiana, un ejemplo impactante podría encontrarse en la siguiente fórmula, que en su inmediatez y omnipresencia, a nadie puede pasarle desapercibida. Se trata de la formulación de aquel deseo que es tal vez el más profundo de todos los deseos humanos, en todo caso el más constante, deseo difícil de ignorar en algún momento decisivo de nuestra vida, la de cada cual, y en todo caso de la vida de quienes merecen nuestra mayor atención, quienes están atormentados por algún malestar subjetivo. Este deseo se llama, digámoslo de una vez, el deseo de otra cosa.

El deseo de otra cosa, ¿qué puede querer decir en términos de coaptación instintual? ¿Qué puede significar en el registro de la relación de objeto, si se concibe como una evolución del desarrollo inmanente a sí misma, que crece con un empuje continuado que no se debería sino favorecer? Si la relación de objeto se remite a un objeto típico y de alguna forma preformado, ¿de dónde puede venir el deseo de otra cosa?

Esta observación preliminar tiene la finalidad de ponerles, como dice Freud en alguna parte en sus cartas, a propósito de los dioses egipcios, en la (...).

Lo que acabo de decirles no carece de relación con mi tema, o sea con Juanito.

1

¿Qué tratamos de detectar hasta ahora en esta fomentación mítica que es la característica esencial de la observación de Juan?

Lo que llamo la fomentación mítica, son los distintos elementos significantes, tan ambiguos como les he demostrado que son cada uno de ellos, hechos para poder recubrir casi cualquier significado, pero no todos los significados a la vez. Cuando uno de los significantes cubre determinado elemento del significado, el resto de los elementos significantes en cuestión cubren otros distintos. Dicho de otra manera, la constelación significante opera por medio de lo que podemos llamar un sistema de transformaciones, es decir, un movimiento de rotación que, examinado en detalle, cubre en cada momento el significado de una forma distinta y, al mismo tiempo, parece ejercer sobre él una acción profundamente transformadora.

¿Por qué? ¿Cómo concebir la función dinámica de esta especie de operación de brujería, que tiene al significante como instrumento y, como fin o como resultado, una reorientación del significado, su repolarización o una reconstitución tras una crisis?

Si planteamos la cuestión bajo esta perspectiva, es porque creemos que se impone plantearla así. En efecto, si nos interesamos en la fomentación mítica en el niño o, por decirlo con una expresión más corriente, aunque menos adecuada, que significa exactamente lo mismo, las teorías infantiles de la sexualidad, es porque no son algo superfluo, un sueño inconsistente, sino que contienen en sí mismas un elemento dinámico. De esto se trata en la observación de Juan, de otro modo no tendría ningún sentido.

Esta función del significante, tenemos que abordarla sin ideas preconcebidas y basándonos en esta observación, porque es más ejemplar que otras. Es que está envuelta en el milagro de los orígenes, cuando, por así decirlo, el espíritu del inventor y de quienes le siguieron todavía no ha tenido tiempo de recuperar el lastre de toda clase de elementos tabú, y prescinde de la referencia a un real basado en prejuicios, los cuales vuelven a apoyarse en referencias anteriores, precisamente las mismas que son cuestionadas, demolidas, desvalorizadas, por el campo que se acaba de descubrir. La observación de Juan, en su frescura, conserva todavía todo su poder de revelación, casi diría todo su poder explosivo.

A lo largo de esta compleja evolución, el diálogo con el padre en el que está enzarzado Juanito juega un papel inseparable del progreso de esa fomentación mítica. Ante cada una de las intervenciones del padre, la fomentación mítica, de alguna forma estimulada, se reanima, se pone a replicar y luego vegeta otra vez. Pero como Freud subraya expresamente, tiene sus leyes, sus necesidades propias. Lo que nos aporta Juan no es siempre, ni mucho menos, lo que esperábamos. Hace aportaciones

sorprendentes, que el padre en todo caso ni se espera, aunque Freud nos indica que él sí las había previsto, pero también hace aportaciones más allá de lo que el propio Freud podía prever, porque Freud no disimula que muchos elementos permanecen aún sin explicación, a veces sin interpretación.

En cuanto a nosotros, ¿tenemos necesidad de que todos sean interpretados? A veces, podemos llevar un poco más lejos la interpretación hecha en colaboración por el padre y Freud. Pero lo que aquí tratamos de hacer es reconstituir las leyes propias de la gravitación, o de la coherencia, de ese significante aparentemente agrupado alrededor del caballo.

Freud nos lo dice expresamente, podríamos tener la tentación de calificar a la fobia por su objeto, en este caso el caballo, si no nos diéramos cuenta de que el caballo va mucho más allá del propio caballo. Se trata mucho más de una figura heráldica, que predomina, que centra todo el campo y está cargada de toda clase de implicaciones — ante todo implicaciones significantes.

Se requiere cierto número de puntos de referencia para indicar lo que a continuación será el progreso de nuestro camino.

No estamos abordando nada nuevo, porque el propio Freud lo articula de la forma más expresa. Este pasaje se sitúa tras el primer diálogo con el padre, cuando Juan empieza a extraer de la fobia lo que llamo sus implicaciones significantes. Lo que Juan es capaz de construir a su alrededor está cargado de todo un aspecto mítico, incluso novelesco, ya que esta fantasmatización no concierne sólo al pasado, sino también a lo que le gustaría hacer con el caballo y en relación con el caballo. Sin duda, esto modula su angustia y la acompaña, pero también tiene su propia fuerza de construcción. Tras la conversación de Juan con su padre, de la que luego volveremos a ocuparnos, Freud indica en otro momento que la fobia adquiere entonces mayor ímpetu, se desarrolla y muestra sus diversas fases. Y escribe — *Aquí experimentamos lo difusa que es en realidad esta fobia. Se refiere al caballo, pero también al coche, así como al hecho de que los caballos se caigan, o que muerdan, caballos de determinada naturaleza, coches cargados o descargados* — y patatín patatán, éste es el tono que emplea Freud. *Digamos sencillamente que todas estas particularidades dan en la clave, porque la angustia no tiene absolutamente nada que ver con los caballos, sino que secundariamente se ha trasladado a ellos y se ha fijado en el lugar* — no del caballo, sino del complejo del caballo, más exactamente — *en los elementos del complejo de los caballos, a los que se ha podido trasladar por lo tanto todo lo que se mostrará adecuado a determinadas transferencias.*

Así que está formulado en Freud de la forma más expresa — tenemos ahí dos polos. El polo principal es el de un significante que servirá de soporte para toda una serie de transformaciones, o sea para una reorganización del significado de acuerdo con todas las permutaciones posibles del significante. En principio — podemos suponerlo como hipótesis de trabajo, pues concuerda con todo lo que exige nuestra experiencia — el significado será al final distinto de lo que era al comienzo. Algo le habrá pasado al significado. En virtud del significante, el campo del significado se reorganizará o se extenderá de una forma cualquiera.

¿Por qué el caballo? Aquí podemos hacer filigranas. El caballo es un tema más bien rico en la mitología, las leyendas, los cuentos de hadas, en lo más constante, incluso lo más opaco de la temática onírica. La pesadilla se llama *nightmare*, o sea caballo de noche. Todo el libro del Sr. Jones se centra en esto. Nos muestra que no es por casualidad, que el caballo de noche no es tan solo la aparición angustiante de la bruja nocturna, que el caballo, *mare*, sustituye a la bruja. Por supuesto, según lo acostumbrado, Jones busca por el significado, lo que le lleva a descubrir que todo está en todo. No hay juego de la mitología antigua, ni incluso moderna, que se salve de ser, de alguna forma, un caballo. Minerva e Hipias, Marte, Odín, Hermes, Zeus, todos tienen caballos, todos son caballos, todo es caballo en este libro. A partir de ahí no resulta difícil demostrar que la raíz MR, que es a la vez *madre, mara* y también *la mer* en francés, contiene en sí misma esta significación, tanto más fácil de encontrar cuanto que lo cubre casi todo.

Evidentemente, no vamos a proceder por esta vía. Es cierto que el caballo, como imagen, tiene toda clase de propensiones analógicas que hacen de él, en efecto, un receptáculo favorable para la simbolización de los elementos naturales con un lugar destacado en las preocupaciones infantiles en el momento en el que encontramos a Juanito. Pero no iremos a pensar que todas las explicaciones deben encontrarse por este lado. El acento que trato de dar aquí y que siempre y en todas partes se omite, es distinto — yo subrayo que en un momento crítico de la evolución de Juanito, interviene determinado significante con un papel polarizador, recristalizador. Esto, sin duda, de forma patológica pero no menos constituyente. Desde ese momento el caballo se pone a puntuar el mundo exterior con señales. Les recuerdo que Freud, más tarde, refiriéndose a la fobia de Juanito, hablará de la función de señal del caballo. Estas señales reestructuran para Juan el mundo, marcándolo profundamente con toda clase de límites, la propiedad y función de los cuales habremos de establecer seguidamente.

Una vez constituidos estos límites, se constituye al mismo tiempo la posibilidad, por el fantasma o el deseo, ya lo veremos, de una transgresión de dicho límite, a la vez que la posibilidad de un obstáculo, de una inhibición que detiene al sujeto antes del límite. Todo esto se hace con ese elemento que es un significante, el caballo.

La vía para comprender la función del caballo no es la de buscar el equivalente del caballo — si es el propio Juanito, o la madre de Juanito, o el padre de Juanito. Es sucesivamente todo esto y muchas otras cosas. Puede ser todo esto, puede ser cualquiera de estas cosas, porque Juanito hace lo que llamaré ensayos sucesivos para aplicar a su mundo el sistema significante coherente con el caballo con el fin de reestructurarlo, y en el curso de estos ensayos, el caballo va recubriendo sucesivamente determinados elementos de entre los componentes principales de su mundo, en particular su padre, su madre, él mismo, Ana, su hermanita, sus compañeros, las niñas fantasmáticas y muchas otras cosas. La función del caballo, cuando se introduce como punto central de la fobia, es la de ser un término nuevo cuya propiedad consiste ante todo precisamente en ser *un significante* oscuro. El juego de palabras que acabo de hacerles, casi pueden tomarlo de forma completa — de alguna forma es *insignificante.** Aquí está su función más profunda — juega el papel de una reja de arado, con la función de refundir nuevamente lo real.

Podemos concebir su necesidad.

2

Hasta que surge el caballo, todo le iba muy bien a Juanito.

La aparición del caballo es secundaria. Sigue a la angustia. Freud lo subraya, el caballo entra en funciones poco después de aparecer la señal difusa de la angustia. Y siguiendo hasta el final el desarrollo de esta función, o sea todo lo que se hace con el caballo, es como llegaremos a comprenderla.

Juanito se encuentra pues de repente en una situación descompensada. ¿Por qué? Hasta determinado momento, el 5 o el 6 de febrero de 1908, es decir, alrededor de un trimestre antes de su quinto aniversario, parece sobrellevarlo todo muy bien. Para decirlo de la forma más directa posi-

* Homofonía entre *un signifiant* y *insignifiant.* (T.)

ble en los términos de referencia, los mismos que nos proporciona la observación, prosigue entre él y su madre ese juego engañoso y de seducción que hasta ahora había sido plenamente suficiente. La relación de amor con la madre introduce al niño en la dinámica imaginaria a la que poco a poco se va iniciando. Casi diría, por introducir aquí la relación con el seno bajo una nueva perspectiva, quiero decir en el sentido de regazo, que se insinúa. Ya hemos visto cómo se despliega en todo momento al principio de la observación el juego de Juan con el objeto oculto, en una especie de perpetuo velamiento y alzamiento del velo. Ahora bien, en estas relaciones con la madre que hasta entonces se desarrollaban en base a este juego, en este diálogo alrededor de lo presente o lo ausente simbólico, se produce algo, que es la introducción de determinados elementos reales. Y de repente, para Juan se violan todas las reglas.

Resultan dos cosas. La primera es ésta. En el momento en que Juan se encuentra más en condiciones de responder *cash* a ese juego, quiero decir de mostrar al fin, y de verdad, en el estado más glorioso, su pequeña verga, es rechazado. Su madre le dice literalmente que no sólo está prohibido, sino que es una *Schweinerei*, una marranada, algo repugnante. No puede pasarnos desapercibido aquí un elemento esencial. Por otra parte, Freud subraya que los efectos de la intervención despectiva no se producen enseguida, sino en forma de contragolpes. Subraya literalmente ese término de *après coup* que promuevo hasta el agotamiento situándolo en un lugar destacado de la reflexión analítica. Dice *nachträgliche Gehorsam*, obediencia *a posteriori*. *Gehör*, es el oído y la audiencia, *Gehorsam*, la sumisión, la docilidad. Así, estas amenazas y bufidos no inciden inmediatamente, sino después de cierto tiempo.

Por otra parte, aquí no voy a ser nada parcial — el significante no es lo único que está en juego, también hay un elemento real de comparación, *Vergleichung*, que Freud subraya claramente y no sólo entre líneas. Juan había conseguido, mediante elementos de comparación entre lo grande y lo pequeño, situar en su justa medida el carácter reducido, ínfimo, ridículamente insuficiente del órgano en cuestión. Este elemento real sobreañadido lastra el bufido que, para él, hace tambalearse ya hasta los cimientos el edificio de las relaciones con su madre.

Añadan a esto — segundo elemento — la presencia de la pequeña Ana. De entrada es captada bajo diversos aspectos, desde múltiples puntos de vista, de acuerdo con modos de asimilación muy diversos. Pero cada vez más se convierte en la prueba de que, de algún modo, hay ahí muy presente otro elemento del juego, capaz de ser una amenaza para

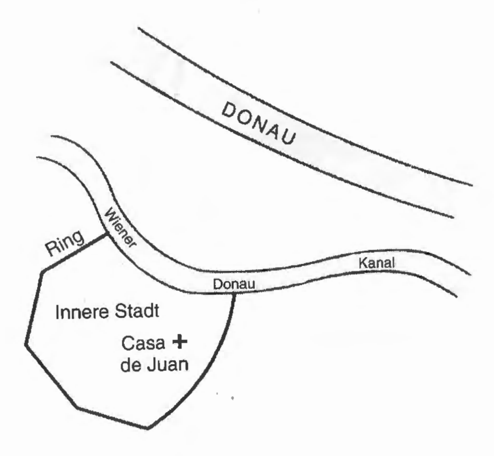
todo el edificio, los principios y las bases del propio juego, hasta convertirle a él posiblemente, dado el caso, en superfluo. Quienes tienen experiencia con niños saben que se trata de hechos de la experiencia común que el análisis del niño pone constantemente a nuestro alcance.

Lo que por ahora nos ocupa, es de qué forma operará el significante en medio de todo esto. ¿Qué hay que hacer? Ir a los textos, saber leer y construir. Cuando las cosas se reproducen con los mismos elementos, pero ordenados de otra manera, es preciso saber registrarlos tal cual, sin buscar en ellos referencias analógicas lejanas, alusiones a acontecimientos interiores extrapolados que supongamos en el sujeto. No se trata, como decimos en nuestro lenguaje ordinario, del símbolo de algo que esté cogitando, sino de otra cosa muy distinta — son leyes en las que se manifiesta la estructuración, no de lo real, sino de lo simbólico, y que interactúan entre ellas. Operan, por así decirlo, por sí solas de forma autónoma, o al menos por un tiempo nos conviene considerarlas así, para ver si en efecto esta operación de reorganización o de reestructuración es lo que opera en este caso.

Ahora voy a ilustrárselo.

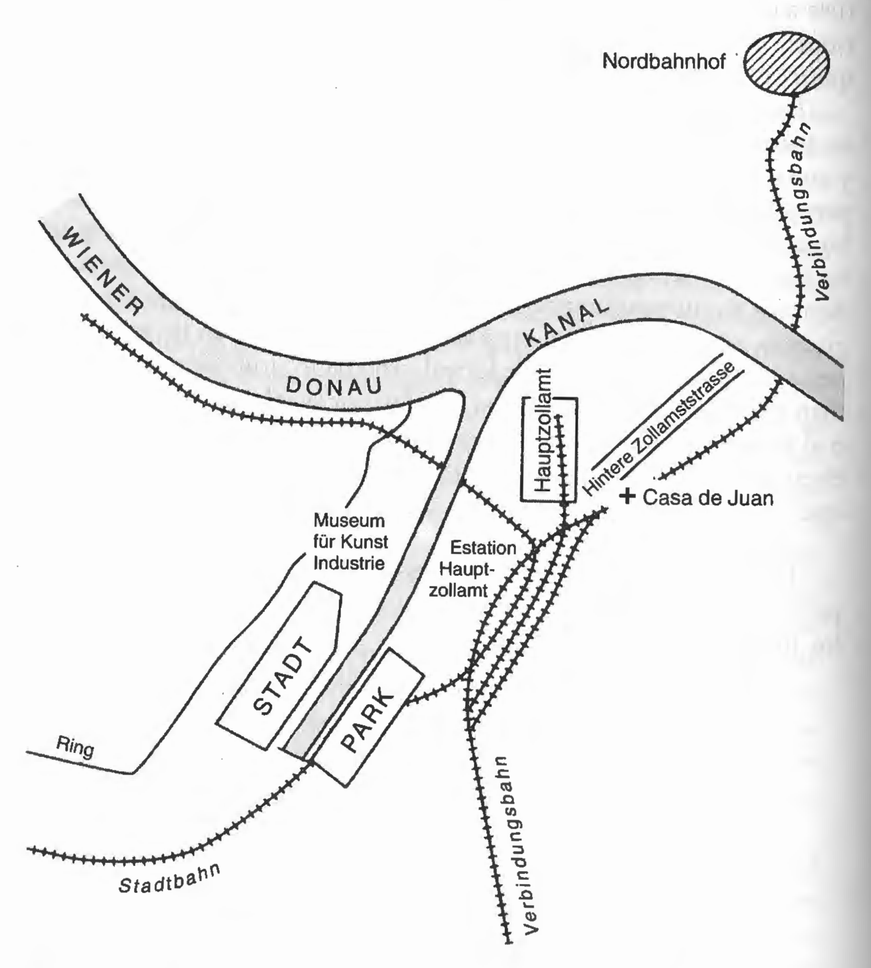
El 22 de marzo, como todos los domingos — punto esencial —, el padre ha llevado a su Juanito a Lainz a ver a la abuela. Representemos los lugares.

La casa de Juan



El núcleo de la ciudad de Viena se sitúa a orillas de un brazo del Danubio. La casa de los padres de Juanito se encuentra en esta parte de la ciudad interior, rodeada por el *Ring*.

LA RED FERROVIARIA

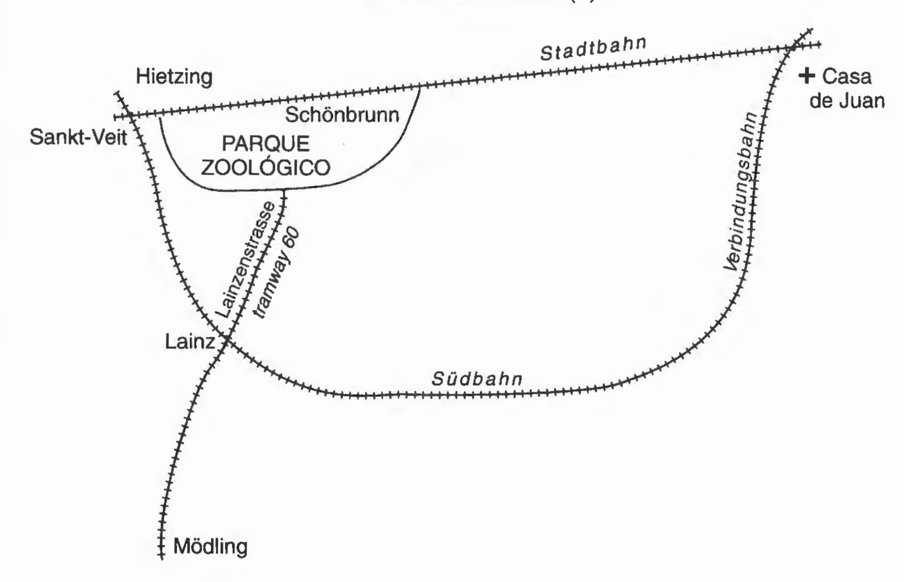


Detrás de la casa se encuentra el despacho de aduanas. Un poco más lejos, la famosa estación de la que a menudo se habla en la observación. Enfrente, tenemos un bello museo, *el Museum für Kunst Industrie.* A esta estación es a donde Juan piensa ir cuando haya hecho algún progreso y consiga atravesar un campo que hay delante de casa. Todo me lleva a pensar que la casa está situada muy cerca del final de la calle de detrás de la aduana, pues en una ocasión menciona que están muy cerca de la vía del *Nordbahn,* y el *Nordbahn* está al otro lado del canal del Danubio. Hay no pocas pequeñas organizaciones de ferrocarriles en Viena, que

vienen del Este, del Oeste, del Norte y del Sur, además de multitud de ferrocarriles locales, en particular una vía de circunvalación a un nivel inferior, probablemente aquella a la que se tiró la joven homosexual de quien les hablé a comienzos de este año. Por lo que se refiere a la aventura de Juanito, dos vías nos interesan especialmente. Hay un ferrocarril de enlace, *Verbindungsbahn,* que tiene la propiedad de conectar el *Nordbahn* con la *Südbahnstation,* detrás del bloque de casas entre las cuales se encuentra la casa de Juanito, desde donde él puede ver las vagonetas — las *draisines,* como dice Freud — en las que tanto desea ir. Entremedias todavía se pasa por otra estación. Es este ferrocarril, en algunos tramos subterráneo, el que va a Lainz.

Ese domingo 22 de marzo, el padre le propone a Juanito una ruta algo más complicada de lo habitual.

LA RED FERROVIARIA (2)



Tomarán el *Stadtbahn* y harán una parada en Schönbrunn, que es el Versalles vienés. Ahí se encuentra el jardín zoológico a donde va Juanito con su padre y que tan importante papel desempeña en la observación. Es un Versalles mucho menos grandioso. La dinastía de Habsburgo estaba probablemente mucho más cerca de su pueblo que la de los Borbones, porque se ve claramente que, aun tratándose de una época en

la cual la ciudad era mucho menos extensa, el horizonte está ahí mismo. Después de visitar el parque de Schönbrunn, tomarán un tranvía de vapor — en esa época el tranvía 60 — que les llevará a Lainz. Para darles una idea de la escala, Lainz está más o menos a la misma distancia de Viena que Vaucresson de París. Ese tranvía continúa hasta Mauer y Mödling. Cuando van sólo a casa de la abuela, toman un tranvía que pasa mucho más al sur y llega directamente hasta Lainz. Hay otra línea de tranvías que enlaza esta línea directa con el *Stadtbahn*. El trasbordo se hace en la estación del famoso Sankt-Veit.

Esto les permitirá entender lo que dice Juanito el día que fantasea que parte de Lainz para volver a casa, cuando afirma que el tren se va con él y su abuela, y el padre, que ha perdido el tren, ve llegar el segundo tren proveniente de Sankt-Veit. Esta red forma por lo tanto un bucle virtual — las dos líneas no se juntan, pero ambas permiten llegar a Lainz.

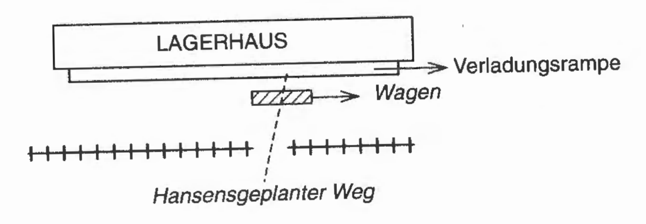
Algunos días después, en una conversación con su padre sobre las jirafas, Juanito produce algo que se incluye entre las cosas que declara haber pensado. Incluso cuando pretenden a toda costa hacerle decir que las ha soñado, él subraya que se trata de cosas que ha pensado — *Nein, nicht geträumt; ich hab' mir's gedacht.*

El punto esencial a tener en cuenta es que aquí interviene el *Verkehrskomplex*. El propio Freud nos lo indica — es natural, dice, tal como están las cosas, que lo relacionado con los caballos y todo lo que éstos hagan, se extienda mucho más allá dentro del sistema de los transportes. En otras palabras, en el horizonte trazado por los circuitos del caballo, están los circuitos del ferrocarril.

Esto es tan cierto y evidente, que la primera explicación que le da Juan a su padre cuando le confía los detalles de la vivencia de su fobia está relacionada con la presencia, enfrente de su casa, de un patio y una avenida muy ancha. Se comprende porqué atravesarlos es para Juanito todo un desafío. Delante de la casa, las vagonetas arrastradas vienen a cargar y a descargar, se alinean a lo largo de una rampa de descarga.

Así, desde la primera ocasión en que Juanito empieza a explicarse un poco sobre su fobia al caballo, queda indicada con la mayor claridad la tangencia del sistema *circuito del caballo* respecto del sistema *circuito del ferrocarril.*

LA RAMPA DE CARGA



3

¿Qué dice Juanito el 5 de abril? Que algo que le gustaría con locura sería trepar al coche, donde ha visto a los chicos jugar encima de los sacos y los paquetes. Pasaría deprisa, *geschwind*, y podría alcanzar la pasarela, o sea la rampa de carga. ¿De qué tiene miedo? De que los caballos se pongan en marcha, impidiéndole hacer todo eso rápidamente y luego, enseguida, bajarse.

De cualquier manera, esto debe tener algún sentido. Para comprender este sentido, como para comprender lo que sea en el sistema de funcionamiento significante, no hay que partir de una idea así — ¿qué puede tener que ver la pasarela con todo esto? ¿Qué será el coche? ¿Qué será el caballo? Con toda seguridad, el caballo es algo, y al final podremos decir para qué servía, cuando lo sepamos por su funcionamiento. Pero todavía no podemos saber nada.

Fijémonos en ese caballo. El padre lo hace, todo el mundo lo hace, menos los analistas, que releen sin cesar la observación de Juanito tratando de leer en ella otra cosa, por ejemplo los *Tres ensayos*. El padre, por su parte, está interesado y le pregunta a Juan por qué tiene miedo — *¿Será tal vez porque no podrías volver? — Oh, no, ¡qué va!, dice Juanito, sé muy bien dónde vivo, siempre podría decirlo y me traerían de vuelta. Hasta puede que viniera con el coche.* No hay problema.

Nadie parece fijarse, pero es patente que si Juan tiene miedo de algo, ese algo no es de ningún modo simplemente eso que a nosotros nos iría tan bien. Esto podría ir también en el sentido en el que yo les esbozo una comprensión de las cosas — en efecto, Juanito se ve arrastrado por la situación, y la historia del coche sería una bonita metáfora. Pues bien, no es así, sabe muy bien que siempre volverá a su punto de partida. Si

tuviéramos un poquito de entendederas, podríamos decir que tal vez ésta es la cuestión, o sea que en efecto, haga lo que haga, no hay manera de salir. Simple indicación que les hago de paso. Limitarnos a eso sería tal vez demostrar demasiada sutileza y no el suficiente rigor.

Más bien debemos advertir que en la observación hay situaciones que por fuerza se han de comparar con ésta. Debemos fijarnos, porque ahora vemos claro que eso es precisamente la fenomenología misma de la fobia. Vemos la completa ambigüedad entre lo deseado y lo temido. Podríamos creer que lo que angustia a Juanito es el hecho de irse y de ser arrastrado, pero de acuerdo con su propio testimonio, con el hecho de partir no es bastante, porque él sabe de sobra que uno siempre vuelve. En consecuencia, ¿qué puede significar que en cierta forma quiera ir más allá?

Sin duda, podemos aceptar provisionalmente esta fórmula, quiere ir más allá, en una especie de construcción mínima. Si todo su sistema anda algo trastornado es porque ya no se respetan las reglas del juego, Juanito puede sentirse pura y simplemente atrapado en una situación insostenible — el elemento más insostenible de la situación es no saber ya dónde situarse él mismo.

Examinaré ahora otros elementos que de alguna forma reproducen lo que indica el fantasma del temor fóbico.

Primer fantasma. Juanito va a marcharse con los caballos, la pasarela de descarga se alejará y luego él volverá a reunirse con su madre, algo demasiado deseado o demasiado temido, ¿quién sabe?

Tras leer y releer la observación, por lo menos recordamos otras dos historias.

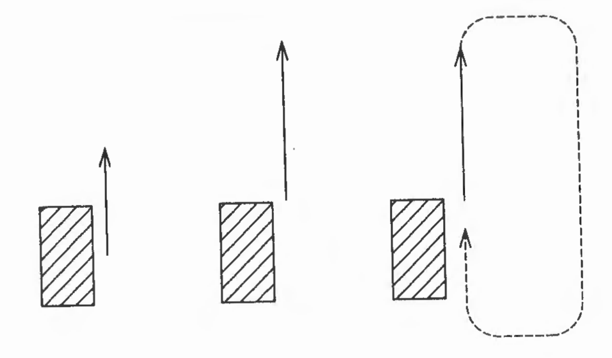
En primer lugar, se trata de un fantasma que no surge en un momento cualquiera y en él aparece supuestamente el padre. Su fecha es el 11 de abril. Esta vez, se trata también de una vía de ferrocarril, pero están dentro de un vagón. Juan está con su padre, llegan a la estación de Gmunden, donde pasarán sus vacaciones de verano, recogen sus cosas, se cambian de ropa. Se diría que en aquella época, tal vez no tan ágil como la nuestra, hacer el equipaje y facturarlo representaba siempre un quebradero de cabeza. El propio Freud lo dice en la observación de la joven homosexual, comparándolo con el desarrollo de un análisis — la primera etapa del análisis corresponde a hacer el equipaje, la segunda a embarcarlo en el tren. Cuando el tren se va, Juan y su padre todavía no han tenido tiempo de vestirse de nuevo.

Luego está el tercer fantasma que Juan le cuenta a su padre el 21 de

abril y que llamaremos la escena del muelle. Se sitúa justo antes de lo que llamaremos el gran diálogo con el padre — esto son etiquetas convencionales destinadas a facilitar la localización posteriormente. Juan ha pensado que se iba de Lainz con la abuela, a quien va a ver con su padre todos los domingos. No nos dicen absolutamente nada de ella en toda la observación, lo que hace pensar en el carácter temible de la dama, porque a los contemporáneos les resultaba mucho más fácil que a mí situar a toda la familia. La de Lainz, como la llama Juanito, se ha embarcado supuestamente con él en el tren, antes de que su padre consiguiera cruzar la pasarela, y se van, pero como pasan muchos trenes y se ve la línea hasta Sankt-Veit, Juan cuenta que llega al andén a tiempo para tomar el segundo tren con su padre.

Si Juanito se había marchado ya, ¿cómo ha vuelto? Aquí está el obstáculo, y en verdad, un obstáculo* que nadie ha conseguido dilucidar. Estas preguntas, el padre se las plantea, y la observación consagra doce líneas a lo que pudo haber pasado dentro de la cabeza de Juanito. En cuanto a nosotros, conformémonos con nuestros esquemas.

La partida imposible



En el primer esquema, parten dos, él y la abuela. En el segundo, misteriosamente, está la vía de lo imposible, de la no solución. En el tercero acaban volviendo a partir dos, él y el padre. En otros términos, hay algo que por fuerza llama la atención si se conocen ya los dos polos de la observación — al comienzo, el drama materno, que evidentemente se subraya, una y otra vez, y al final, *ahora estoy con el padre*. No puede pasar

* *Impasse*. Ver nota pág. 293.

desapercibida la relación que hay entre esa ida y vuelta implacable hacia la madre y, un día, buen día al menos, el sueño de irse de una vez con el padre. Es una simple indicación, pero está clara, sólo que es imposible y no se ve de ninguna manera cómo Juanito, si ya se había ido con la abuela, puede volver a irse con el padre. Sólo es posible en lo imaginario.

Lo que vemos aparecer aquí como en filigrana es el esquema fundamental que, como les he dicho, es el de todo progreso mítico — se parte de un imposible, de un obstáculo, para llegar a otro obstáculo y a otra imposibilidad. En el primer caso, es imposible librarse de esa madre, siempre se acaba volviendo a ella, *no me digas que si estoy ansioso es porque ella no está*. En el segundo caso, la idea es que no hay más que hacer una permutación e irse con el padre. El propio Juan lo pensaba — tanto es así, que se lo escribió al Profesor, el mejor uso que pueda uno hacer de los propios pensamientos. Pero en el texto del mito se revela que es imposible, que en alguna parte siempre hay algún hiato.

La cosa no se limita a esto. Los mismos elementos de este esquema nos permiten equipararlos con el esquema del enganche.

¿Con quién está uno enganchado? Éste es seguramente uno de los elementos primeros de la aparición de la elección del significante *caballo*, o de su empleo. La dirección en la que se produce el acoplamiento es inútil discernirla, porque Juan opera en el sentido dictado por las ocasiones favorables aportadas por la función caballo. Podemos decir incluso que esto orientó su elección del caballo. Él mismo se ocupa de mostrarnos su origen cuando nos dice en qué momento cree haber pillado la tontería. Lo dice el 9 de abril, en un diálogo con el padre, en un momento que no es cualquiera, como no lo es ningún otro, ya veremos después de qué ocurre.

Juan estaba jugando a los caballos, y entonces ocurrió algo de gran importancia para proporcionar el primer modelo del fantasma de la herida, que luego se manifestará a propósito de su padre, pero primero fue extraído de lo real, precisamente en uno de esos juegos, cuando su amigo Fritz se hirió en un pie.

A una pregunta de su padre, Juan responde que el caballo puede *ir ohne Wagen*, sin coche, y en este caso el coche permanece en casa, o por el contrario el caballo puede ir enganchado a un coche. El propio Juan articula que el caballo es en primer lugar y ante todo un elemento hecho para ser enganchado, amovible, acoplable. Este carácter amboceptor que encontramos en todo momento en el funcionamiento del caballo, está presente en la experiencia misma de donde lo ha extraído Juan. El caballo, antes de ser un caballo, es un elemento que une y coordina, y precisamente en esta función de mediación lo encontramos a lo largo de todo el desarrollo del mito. Por si fuera necesario para fundamentar lo que confirmará completamente el desarrollo que luego haré de la función del significante, el propio Juan nos lo indica expresamente, se trata de ir en esta dirección, la de la coordinación gramatical del significante.

En efecto, en el mismo momento en que articula esto a propósito del caballo, el propio Juan dice — *Entonces fue cuando pillé la tontería, da hab' ich die Dummheit gekriegt*. El verbo *kriegen*, *pillar*, empleado en todo momento a propósito de la tontería, se dice a propósito de pillar a niños — como se dice literalmente que una mujer pilla a un niño. Esto no pasó desapercibido a los autores, o sea el padre y Freud. Aquí hay una extensa nota de Freud, es algo que despierta el interés de todo el mundo, hasta el punto que se le plantea al traductor un pequeño problema, resuelto, por una vez, de forma muy elegante. Juan dice siempre — *wegen dem Pferd*, ésta es su cantinela, *a causa del caballo, pillé la tontería*. Ahí Freud no puede equivocarse y reconoce que puede hacerse una asociación de palabras entre *wegen* y *Wägen*, en plural, que quiere decir *de los coches*. Así es como funciona el inconsciente.

En otras palabras, el caballo arrastra el coche exactamente de la misma forma que eso que arrastra la palabra *wegen*. Por lo tanto, no es abusivo decir que precisamente cuando Juan está expuesto a algo que ni siquiera es un *por qué* — pues más allá del punto hasta donde se respetan las reglas del juego, sólo hay trastorno, falta de ser, falta de por qué — va arrastrando un *porque* que no responde a nada, con algo que es precisamente esa *x* pura y simple que es el caballo.

En otras palabras, en el nacimiento de la fobia, en el mismo punto donde surge, nos hallamos ante el proceso típico de la metonimia, es decir, ante el paso del peso del sentido, o más exactamente de la interrogación que supone esto que digo, desde un punto de la línea textual hasta el punto siguiente. Ésta es la definición misma de la metonimia en su estructura. Si el término *dem Pferd* adquiere su valor articulatorio y asume todas las esperanzas de solución, es porque éste es el término siguiente al que *wegen* transfiere todo su peso, el cual queda así velado. La hiancia de la situación de Juan está completamente vinculada con esta transferencia de peso gramatical.

A fin de cuentas, aquí volvemos a estar en las asociaciones concretas, no imaginadas en no sé qué hiperespacio psicológico, y las hay de dos clases — en primer lugar, la asociación metafórica, que responde a

una palabra con otra que puede sustituirla, en segundo lugar, la asociación metonímica, que responde a una palabra con la siguiente palabra que pueda haber en una frase. Estas dos clases de respuestas, las ven ustedes en la experiencia psicológica. Lo llaman *asociaciones* porque pretenden que ocurra en algún lugar en las neuronas cerebrales. Yo, de eso no sé nada. Como analista al menos, no quiero saber nada. Estos dos tipos de asociaciones que se llaman la metáfora y la metonimia, las encuentro donde están, en el texto de ese baño de lenguaje donde Juan está sumergido.

Ahí es donde encontró él la metonimia original aportada por el caballo, primer término alrededor del cual se reconstituirá todo su sistema.

8 de mayo de 1957

XIX

PERMUTACIONES

¡No te fugues de mí!
La barraca que se larga.
Sé un verdadero padre.
La pinza.

Llegamos pues a lo que se desarrolla entre el 5 y el 6 de abril. Este momento en el espacio temporal no debe confundirse forzosamente con la distancia cronológica.

Hemos seguido la explicación que Juanito da a su padre, el 5 de abril, sobre fantasmas forjados por él, en los cuales expresa las ganas que tiene de trepar un poquito al coche que suelen descargar delante de casa.

A propósito de esto hemos insistido en la ambigüedad de la angustia a la que Juan da forma en este fantasma. Puede parecer que la angustia surge ante la simple perspectiva del temor de la separación, pero como hemos señalado, lo que Juan teme no es tanto ser separado de su madre, pues a una pregunta de su padre, él mismo precisa que está seguro, casi demasiado seguro, de poder volver.

El 9 de abril por la tarde surge el *wegen dem Pferd*, cuando Juan revela un momento que le parece significativo en la forma como pilló la tontería. No es casual, ya lo saben ustedes, si en las retrospecciones de la memoria el momento en que Juan pilla la tontería está lejos de ser unívoco. Cada vez que lo dice, lo hace con la misma convicción — *Pillé la tontería*. Todo se basa en esto, porque no se trata sino de una retrospección simbólica, vinculada con la significación, presente en todo momento, de la plurivalencia significante del caballo.

Hay por lo menos dos momentos que ya conocemos en los que Juan dice — *Pillé la tontería*.

Está el momento en que hace surgir este *wegen dem Pferd* que me permitió concluir mi última lección, pero a costa de algún salto, sin tiempo para indicarles el contexto donde aparece esta metonimia manifiesta. Metonimia que es correlativa de la historia de la caída de Fritz cuando están jugando a los caballos en el campo, en Gmunden.

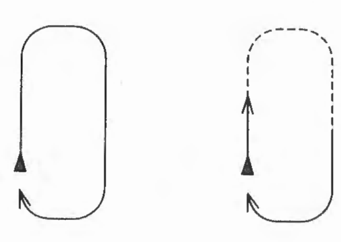
En otra ocasión dice — *Pillé la tontería cuando salí con mamá.* El propio texto indica lo paradójico de esta explicación, pues si no se ha despegado de mamá en todo el día, es porque a ella le ha tocado cargar con su angustia intensiva. De modo que ya había empezado a estar angustiado, y aún diré más — en el contexto del acompañamiento, la fobia de los caballos ya se había declarado.

He aquí en qué estamos, por una parte en el texto de Freud y por otra parte en un principio de desciframiento. Este desciframiento, se lo di la última vez en un gráfico que les dibujé, en sus tres formas.

Todo esto se refiere a cosas que Juan ha pensado, ha elucubrado. No se trata en ningún caso de un sueño. Él siempre le dice a su padre — *He pensado, gedacht*, tal cosa. Reconocemos aquí la materia misma sobre la cual estamos acostumbrados a trabajar cuando trabajamos con niños, la materia imaginaria, siempre rica en resonancias. Pero todas las resonancias imaginarias que podamos sondear, yo les muestro que no sustituyen a esa sucesión de estructuras cuya serie intentaré hoy completarles.

Dichas estructuras están marcadas todas ellas por el mismo rasgo ejemplar. En el fantasma del 5 de abril, completado por el interrogatorio del padre, encontramos la idea de que Juan vuelve con su madre, después de haberse ido en coche. En el fantasma del 21 de abril, otro momento importante de la evolución, Juan imagina, no sin razón, que parte con la abuela, y luego a través de un *gap*, una hiancia, el padre lo alcanza, a él, a Juanito, en un movimiento que también puede inscribirse en este ciclo, con sólo una condición, que hay aquí una enigmática imposibilidad, la de esos dos personajes que vuelven a reunirse tras estar separados un instante.

EL 5 DE ABRIL EL 21 DE ABRIL



Luego iremos más lejos en una exploración confirmatoria de esta exhaución de las posibilidades del significante, que es en este caso el objeto en el nivel original que les aporto. Este circuito imaginario del caballo,

manifiestamente angustiante en el primer ejemplo, manifestado como imposible en el otro, ya les indiqué su tangencia respecto del circuito más amplio constituido por el sistema de las comunicaciones. Freud enuncia exactamente su fórmula, de la forma más clara — no debe sorprendernos que Juan, que explota el sistema de las comunicaciones, pase progresivamente del circuito del caballo al del ferrocarril.

Todo tiene lugar, en suma, entre dos nostalgias — nostalgia viene de νοστος, *retorno* — venir y volver. Freud afirma que el retorno es fundamental en lo referente al objeto. El objeto, subraya, sólo consigue constituirse en el desarrollo del sujeto bajo la forma del objeto vuelto a encontrar. El alejamiento del objeto resulta necesario. Esta necesidad es, hablando con propiedad, correlativa de la dimensión simbólica. Pero si el objeto se aleja, es para que el sujeto lo vuelva a encontrar.

De esta verdad, la mitad siempre se elude, incluso se pierde, con la insistencia del psicoanálisis de hoy en acentuar la frustración, sin comprender que ésta nunca es más que la primera etapa del retorno hacia el objeto, el cual para constituirse debe ser perdido y recobrado.

1

Recordemos qué está en juego en la historia de Juanito.

Para Freud no se trata de ninguna otra cosa más que del complejo de Edipo, drama que aporta una dimensión nueva, necesaria para la constitución de un mundo humano pleno y, en particular, para la constitución del objeto. Ésta, lejos de ser correlativa de una maduración instintual pretendidamente genital, depende de la adquisición de determinada dimensión simbólica.

¿Cuál? Puedo designarla aquí directamente, dado el discurso que he sostenido y supongo que ustedes conocen. Es algo que está en juego cada vez que nos enfrentamos con la aparición de una fobia, y en este caso es manifiesto — se trata de lo que, sea como sea, se le revela al niño como la privación fundamental con la que está marcada la imagen de la madre. Esta privación es intolerable, porque, a fin de cuentas, de ella depende el hecho de que el niño aparezca como amenazado por la castración suprema, es decir, no poder colmar a la madre de ningún modo. Y es a ésta privación a lo que el padre debe aportar algo. Está tan claro como

el agua clara de la copulación — lo que no tiene, ésa de ahí, que se lo dé él — *Por Dios, que se la meta.* De esto se trata en el drama de Juanito, y se nos va revelando a medida que prosigue el diálogo.

La imagen ambiental, como se dice hoy día, del círculo familiar de Juan, no está, dicen, lo suficientemente clara. ¿Qué más quieren? — si basta con leer, y ni siquiera entre líneas, para ver desplegarse la presencia constante y aplicada del padre, mientras que a la madre ni se la menciona, salvo cuando el padre le pregunta si lo que acaba de contar es exacto. Al fin y al cabo, en la observación, la madre nunca está con Juanito, mientras que el padre, tan sensato, tan amable, tan vienés, está ahí, empeñado en mimar a su Juanito, además de trabajar. Y todos los domingos va a ver a su mamá, con Juanito, por supuesto. Por fuerza ha de resultarnos chocante, sabiendo cuáles son por entonces sus ideas dominantes, con qué facilidad admite Freud que Juanito, aun habiendo vivido en la habitación de sus padres hasta la edad de cuatro años, no ha visto jamás ninguna clase de escena capaz inquietarle en cuanto a la naturaleza fundamental del coito. El padre lo afirma en sus escritos y Freud no lo discute — tal vez debía tener alguna idea al respecto, si la madre fue paciente suya.

En un momento de esta escena fundamental, su diálogo con el padre, Juanito le dice de alguna manera — *Has de eifern.* La expresión es casi intraducible al francés, como advirtió el hijo de Fliess, que se fijó en esta escena, y si bien no sale del todo airoso, sus observaciones son muy pertinentes. Llega a apelar a las resonancias bíblicas del dios celoso, aquel dios idéntico a la figura del padre en la doctrina freudiana. Has de ser un padre, has de estar enfadado conmigo, todo esto tiene que ser verdad. Antes de que Juan llegue decir esto, habrá llovido mucho, necesitará algún tiempo para alcanzar este momento.

Por otra parte, preguntémonos a continuación si, durante la crisis, Juanito puede estar satisfecho en este punto. ¿Por qué iba a estarlo, si su padre se encuentra en esa posición crítica que aparece en el trasfondo y debe concebirse como un elemento fundamental de la abertura de donde surgió el fantasma fóbico? No resulta de ningún modo concebible que este diálogo haya, por así decirlo, psicoanalizado, no a Juanito, sino a su padre, y que cuando se acaba esta historia, liquidada bastante felizmente en cuatro meses, el padre sea más viril que al comienzo. Dicho de otra manera, aunque Juanito lanza su llamada tan imperiosa a ese padre real, no hay ninguna razón para que lo haga surgir realmente.

Si Juanito llega a una solución feliz de la crisis en la que había entrado, vale la pena preguntarnos si podemos considerar que al terminar la

crisis nos encontramos al final de un complejo de Edipo completamente normal. La posición genital alcanzada por Juanito, ¿basta por sí sola para asegurar que su relación con la mujer será en el futuro todo lo que uno pueda imaginar como más deseable?

La cuestión queda abierta. Y no sólo queda abierta, sino que podemos hacer ya muchas observaciones al respecto. Si bien Juanito está destinado a la heterosexualidad, ello no es tal vez garantía suficiente para pensar que así ya queda asegurada en su caso una plena consistencia del objeto femenino, por así decirlo.

Como ven, estamos obligados a proceder por pinceladas concéntricas. Hemos de tensar la tela, con el cuadro, entre los distintos polos a los que va clavada, para asegurar su fijación normal, formando así una pantalla que permita seguir este fenómeno particular, o sea lo que ocurre en el desarrollo de la fobia, que es correlativo del propio tratamiento.

Para ilustrar el lado poco animoso del padre en esta historia, se me ocurre un pequeño ejemplo muy simple que animará la investigación. Tras una larga explicación de Juanito a su padre sobre lo mucho que le quiere — se pasa así toda la mañana —, están desayunando juntos, el padre se levanta de la mesa y Juan le dice — *Vatti, renn nicht davon!*

La traducción, irresistiblemente marcada por no sé qué estilo de cocinera, nos da esta frase, que con todo no es falsa — *¡Papá, quédate! No te vayas al galope.* El padre destaca que la palabra *renn* le resulta chocante. Es más bien — *No te fugues de esta manera.* E incluso, porque el alemán lo permite — *No te me fugues de esta manera.* Elevamos la cuestión del análisis del significante al nivel del desciframiento jeroglífico de la función simbólica, pero aun así, estar atento al significante quiere decir en primer lugar *saber leer.* Ésta es la condición previa para saber traducir correctamente. Aquí tenemos una carencia lamentable en cuanto a la resonancia justa que puede tener para los lectores franceses la obra de Freud.

Estamos pues con el padre. Ya casi hemos inscrito en este esquema el lugar que debería ocupar, pues por medio de él, a través suyo, a través de la identificación con él, es como Juanito debería encontrar la vía normal de ese circuito más largo por el cual ya es hora de que pase. Tanto es así, que lo confirma lo que viene a redoblar la célebre consulta del 30 de marzo.

Se trata de la consulta en casa de Freud, a donde Juanito ha ido acompañado por su padre. Para mí, es la ilustración de esa duplicación, incluso la triplicación de la función paterna en la que insisto como esencial para toda comprensión tanto del Edipo como propiamente de un trata-

miento analítico, en la medida en que hace intervenir al nombre del padre. El padre conduce a Juan ante Freud, que representa al superpadre, al padre simbólico. Cuando Freud, no sin que él mismo lo indique con cierto humor, profetiza y aborda de entrada el esquema del Edipo, Juanito lo escucha con un interés divertido, del estilo — *¿Cómo puede saber todo eso? Pero si el Profesor no es el confidente de Dios...* Este intercambio verdaderamente humorístico que sostiene, a lo largo de toda la observación, la relación de Juanito con ese padre lejano que es Freud, es ejemplar y al mismo tiempo señala la necesidad de esta dimensión trascendente, y sería una equivocación encarnarla siempre con un estilo de terror y de respeto. No es menos fecunda en este otro registro, con su presencia que le permite a Juanito desplegar su problema.

Pero paralelamente, como les dije, ocurren otras cosas que tienen mucha más importancia para el progreso de Juanito. Lean la observación y verán que ese lunes 30 de marzo, cuando le llevan a casa de Freud, el informe del padre señala dos cosas, sin minimizar su importancia, pero de tal forma que su función exacta queda algo desdibujada, porque las cuenta ambas en el preámbulo, aun siendo la segunda un comentario de Juanito posterior a la consulta.

Primera cosa. Les recuerdo que hoy es lunes, al día siguiente de aquel domingo, cuando se complicó la visita a casa de la abuela con un pequeño paseo a Schönbrunn. Juanito le cuenta a su padre un fantasma — comete con él una transgresión. No puede dársele otro nombre, es la misma imagen de la transgresión. Esta transgresión extrapura está designada con una cuerda que los dos atraviesan por debajo. Es la cuerda que le había hecho preguntar a Juanito, en el jardín de Schönbrunn — *¿Por qué está ahí esa cuerda?* — *Es para que no pisen el césped*, dice el padre. — *¿Por qué no se puede pasar?* — *Lo niños educados*, responde el padre, *no pasan por debajo de las cuerdas, sobre todo si están para indicar que no se las debe atravesar.* Juan responde con este fantasma — *Entonces hagamos la transgresión juntos*. Este *juntos* es lo importante. Y luego van a decirle al guarda — *Mire qué hemos hecho.* Y ¡hop! el guarda los trinca* a los dos.

No cabe la menor duda sobre la importancia de este fantasma, considerada en su contexto. Se trata de introducirse en el ámbito del padre y hacer algo a consecuencia de lo cual los trincan a los dos, *zusammengepackt*. La cuestión del embarque fallido puede quedar clara entonces, a condición de tomar el esquema al revés, porque corresponde a la propia

* *Les embarque*, literalmente, «los embarca». (T.)

naturaleza del significante presentar las cosas de forma estrictamente operatoria. Toda la cuestión se plantea en torno al embarque — se trata de saber si se embarcará con su padre. Pero ni hablar de embarcarse con su padre, porque el padre no puede valerse precisamente de esta función, al menos en el sentido corriente de la palabra *embarcar*. Todas las elaboraciones sucesivas de Juanito le sirven para aproximarse a ese objetivo, al mismo tiempo deseado e imposible. Resulta indicativo que esto se esboce ya en el primer fantasma que acabo de explicarles, situado justo antes de la consulta a Freud.

He aquí ahora el segundo fantasma, que está ahí como para que no podamos ignorar la función recíproca de los dos circuitos, el pequeño, el circuito materno, y el grande, el circuito paterno. El fantasma se acerca todavía más al objetivo. Volviendo de casa de Freud, esa noche, Juanito se entrega nuevamente a una transgresión — reconoce haber pensado por la mañana que estaba con su padre en el tren y juntos rompían un cristal. Éste es también el mejor significante que pueda haber como significante de una ruptura hacia el exterior. En este caso igualmente, el agente de policía se los lleva a los dos juntos, *mitgenommen*. Es de nuevo el punto más extremo, terminal, del fantasma.

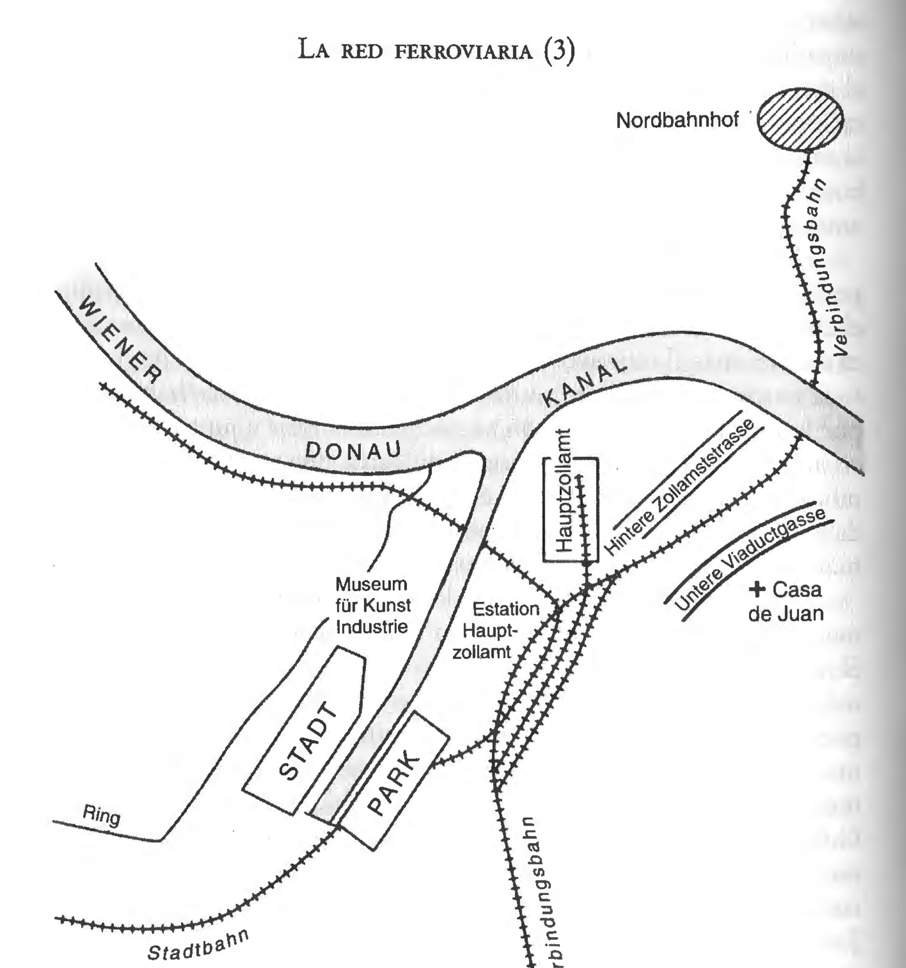
El 2 de abril, o sea tres días después de esta observación, primera mejoría, que sospechamos un poco amañada por el padre, puesto que él mismo se corrige dirigiéndose a Freud — *Tal vez esta mejoría no haya sido tan marcada como le dije*. De todos modos, hay una especie de despegue — ese día Juanito empieza declarando que puede dar unos pasos más frente a la puerta cochera. No olvidemos que esta puerta, en el contexto de la época representa en la familia el bienestar, lo que queda bien. Cuando han de cambiar de vivienda, la madre dice — *Cambiar de piso no tiene importancia, pero la puerta cochera se la debes a tu hijo*. La puerta cochera no es pues poca cosa en la topología de todo lo relacionado con Juanito.

Como les dije la última vez, esta puerta cochera, la frontera que marca, se reproduce punto por punto en algo que suele verse menos, comparado con lo que les dije la última vez, pero está a la vista, a saber, la fachada de la entrada de la estación de donde parte el ferrocarril de la ciudad, el que les lleva regularmente a casa de la abuela.

En efecto, la última vez, gracias a una información cuidadosamente recogida, les hice un pequeño esquema donde la casa de los padres de Juanito se encontraba situada en la calle de detrás de la Aduana, la *Hintere Zolamtstrasse*. No es del todo exacto. Me di cuenta gracias a algo que

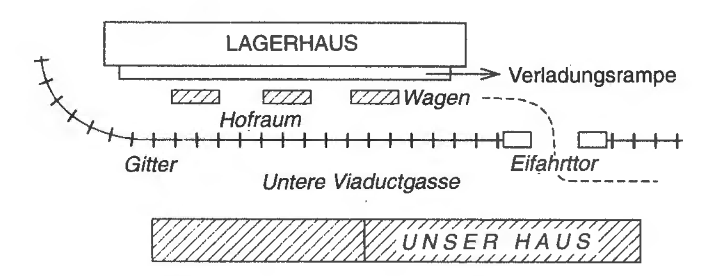
una vez más les revelará a ustedes nuestra ceguera para lo que tenemos delante de los ojos, lo que se llama el significante, la letra.

La red ferroviaria (3)



En el propio esquema que tenemos en la observación de Freud está el nombre de la calle, es la *Untere Viaductgasse.*

La *Untere Viaductgasse*



Hay una calle escondida, lo cual permite suponer que hay, a un lado de la vía, un pequeño edificio. Está indicado en los planos de Viena y corresponde a lo que Freud llama *Lagerhaus.* Es un depósito especial consagrado a la concesión de los derechos de aduana para la entrada de comestibles en Viena. Esto explica todas las conexiones que hay — la vía de ferrocarril del *Nordbahn,* la vagoneta que juega cierto papel en el fantasma de Juan, el depósito al que se refiere Freud, justo enfrente de la casa — y al mismo tiempo, la casa, que se ve bien desde la entrada de la estación.

Ya tenemos pues el decorado. En esta escena se desarrolla el drama. El espíritu poético y, si ustedes quieren, trágico, de Juanito, nos permitirá seguir su construcción.

2

¿Cómo concebir que Juanito haya necesitado pasar a un círculo más vasto?

Ya se lo he dicho — todo se debe al obstáculo que surge en las relaciones de Juan con su madre. Lo encontramos indicado constantemente. Su inserción en el mundo, era su madre quien la había sostenido hasta entonces. La crisis que conocerá entonces el niño, podemos encontrar su traducción, al pie de la letra, en esa angustia que le impide a Juanito irse más allá de determinado círculo, a la vista de su casa.

Obsesionados como estamos por cierto número de significaciones predominantes, a menudo nos ocurre que no vemos algo que sin embargo está inscrito de la forma más evidente en el texto de un síntoma tan

a flor de significante como es la fobia. En el momento de embarcarse, Juanito se vuelve ansioso hacia su casa. ¿Por qué empeñarse en no comprender que no tenemos más que traducir esto tal como Juan lo presenta? De lo que tiene miedo, no es simplemente de que falte alguien cuando vuelva a casa, tanto más cuanto que el padre no se encuentra siempre en el interior del circuito y, además, parece que la madre pone bastante de su parte. En el momento en que se encuentra Juanito, la cuestión es, como lo expresa ese fantasma en el que él va montado en coche, que toda la casa se vaya, que toda la barraca se largue. Se trata esencialmente de la casa. La casa es lo que está en juego en cuanto Juanito comprende que esa madre puede faltarle y él sigue siéndole totalmente solidario. Lo que teme, no es tanto que le separen de ella, sino que se lo lleven con ella Dios sabe dónde. Este elemento, lo vemos surgir a cada momento en la observación — en la medida en que es solidario de la madre, ya no sabe dónde está.

Sólo mencionaré un episodio. Se trata de esa segunda ocasión, el 5 de abril, que he destacado hace un momento, donde Juan sitúa el surgimiento de la tontería, de forma tal vez algo arbitraria. Estaba con su madre, dice, y precisa que era justo después de la compra del chaleco. Entonces, vieron al caballo de un ómnibus que se cayó al suelo. Se trata de esos ómnibus desde el interior de los cuales Juanito veía a los caballos. Era un caballo con la grupa grande, de aquellos que yo todavía he conocido. Y cuando cae, algo le dice a Juan — *Ahora siempre pasará lo mismo. Todos los caballos de ómnibus se caerán.*

Para hacer revivir la flor japonesa en el agua de las observaciones, ¿por qué no preguntarnos, siguiendo simplemente la curiosidad del padre, qué significa ese momento del día, cuando Juanito estaba con su madre? El propio padre le pregunta — *¿Dónde estuviste ese día con mamá?* Vemos cómo se desarrolla el programa — estuvieron en el *Skating Ring*, luego en el *Kaffeehaus*, inmediatamente después vino la caída y, por fin, — episodio distinto de todo lo anterior — fueron a la pastelería. El hecho de haber ido *beim Zuckerbäker mit der Mammi*, a la pastelería con mamá, de haber estado juntos todo el día, parece indicar que hay, yo no diría un agujero o una censura por parte del niño, sino que ha ocurrido algo. Juan subraya claramente que estaba con mamá y con ninguna otra persona que hubiera podido haber por ahí. Este *con Mamá, mit der Mammi*, tiene en el discurso de Juanito el mismo valor, el mismo acento, el mismo papel que cuando subrayaba — *Nicht mit der Mariedl, ganz allein mit der Mariedl.*

Ese tono con el que el padre lleva el interrogatorio bastante lejos, tono que luego abandona rápidamente, nos deja percibir algo igualmente confirmado más arriba, cuando Juanito va a buscar a su padre a la cama y le indica que cuando está ausente teme que no vuelva a casa. *¿Alguna vez te he amenazado con irme?* pregunta el padre. — *Nadie me ha dicho que vayas a irte, mamá me dijo un día que ella se iría.* Y el padre, para calafatear el abismo, le dice — *Te lo dijo porque te portabas mal.*

En efecto, se ve lo que está en juego en todo momento. Sin llevar más lejos una investigación de carácter policial, digamos que para Juanito se trata de lo que cuestiona la solidaridad de la pareja de sus padres, algo que encontramos perfectamente resuelto en la catamnesis de la observación. En eso reside la angustia de que se lo lleven a la barraca materna, bastante presente desde el primer fantasma.

Si el caballo tiene aquí la propiedad de representar la caída que amenaza a Juanito, por otra parte está el peligro expresado mediante la mordedura del caballo.

Esta mordedura que empieza a temer en el momento en que se abre la crisis, al no poder ya, manifiestamente, satisfacer a su madre, ¿es eso una retorsión? Se puede querer encontrar ahí eso que se explota de forma confusa en la idea del retorno del impulso sádico, tan importante, como ustedes saben, entre los temas kleinianos. Pero no se trata tanto de esto como de lo otro que les indiqué, o sea aquello en lo que el niño aplasta su decepción de amor. A la inversa, si él decepciona, ¿cómo no va a ver que está lo bastante cerca como para ser engullido? La madre, insatisfecha e insoportablemente privada, puede morderlo igualmente. El peligro se ha hecho cada vez más amenazador por su propia privación, y no hay ya por donde cogerlo, puesto que él no puede morder de la misma forma. Lo cierto es que el caballo representa a la vez caer y morder, éstas son sus dos propiedades. Se lo indico porque en el primer circuito el elemento de la mordedura lo vemos tan solo, de alguna manera, eludido.

Prosigamos y puntuemos lo que vendrá después de un momento preciso que era necesario explicar, poniendo de relieve cómo se ha producido, aun a costa de revisar uno a uno los sucesivos fantasmas de Juanito. Desde este momento, se producen cierto número de otros fantasmas que puntúan lo que llamé la sucesión de las permutaciones míticas.

El mito a nivel individual se distingue por toda clase de características de la mitología desarrollada. Ésta se encuentra en la base de todo equilibrio social en el mundo, como es patente allí donde los mitos están

presentes con su función. Pero incluso cuando están aparentemente ausentes, como sucede en nuestra civilización científica, no crean ustedes que no están en alguna parte. Aunque de ninguna manera se puede devolver el mito individual a una identidad con la mitología, sin embargo tienen una característica común — la función de solución en una situación de callejón sin salida, como la de Juanito entre su padre y su madre. El mito individual reproduce a pequeña escala este carácter profundo del desarrollo mítico, siempre que podemos comprenderlo lo suficiente. En suma, consiste en enfrentarse con una situación imposible mediante la articulación sucesiva de todas las formas de imposibilidad de la solución.

En este sentido la creación mítica responde a una pregunta. Recorre el círculo completo de lo que se presenta al mismo tiempo como una posible apertura y como una abertura imposible, impracticable. Al terminar el circuito, se ha realizado algo que significa que el sujeto se ha situado al nivel de la pregunta. En esto Juan es un neurótico y no un perverso.

No es artificial distinguir la dirección de su evolución de otra dirección posible. Este sentido está indicado en la propia observación, se lo mostraré la próxima vez. Pero puedo decirles ya que todo lo que se produce alrededor de las bragas maternas indica en negativo la vía que Juan hubiera podido tomar, del lado de lo que desemboca en el fetichismo.

Las braguitas están ahí, nada más y nada menos, para presentarnos una solución que hubiera podido consistir en que Juan se aferrara a esas braguitas detrás de las cuales no hay nada, pero en ellas hubiera podido pintar lo que se le antojara. Pero, precisamente porque Juanito no es un simple amante de la naturaleza, es un metafísico. Sitúa la pregunta precisamente donde está, es decir, donde algo falta. Y entonces pregunta dónde está la razón, en el sentido en que se dice razón matemática, de esta falta de ser. Y como cualquier espíritu colectivo de la tribu primitiva, se comportará con el rigor que ya sabemos y recorrerá el ciclo de todas las soluciones posibles, con una batería de significantes escogidos. No lo olviden, el significante no está ahí para representar la significación, sino más bien para completar las hiancias de una significación que no significa nada. Porque la significación está literalmente perdida, porque el hilo se ha perdido, como en el cuento de Pulgarcito, los guijarros del significante surgen para colmar ese agujero y ese vacío.

De estos fantasmas, les di la última vez tres ejemplos — el fantasma del coche frente al muelle de carga, el del descenso fallido del tren en

Gmunden, finalmente el de la partida con la abuela y el retorno hacia el padre, a pesar de su evidente imposibilidad.

Ahora pondremos en serie una secuencia de otros fantasmas que ilustran lo que les estoy diciendo, porque si sabemos leerlos, cubren y modifican la permutación de los elementos.

3

El primer fantasma de la serie les mostrará enseguida dónde se da el paso. Se sitúa en un momento bastante tardío del progreso del diálogo entre el padre y Juanito, el 11 de abril. Se trata del fantasma de la bañera, en el que todo el mundo se fija con una especie de confusa ternura, como si encontraran ahí no sé qué cara conocida, aunque son incapaces de decir cuál.

Este fantasma es el siguiente. Juan está en la bañera. Les he dicho de él ya lo suficiente como para que adviertan que este *en la bañera* está lo más cerca posible de *en el coche*, dicho de otra manera, lo más cerca del fundamental *en la barraca* — se trata de la conexión con ese chisme siempre dispuesto a escabullirse que es la plataforma del soporte materno. Entonces entra alguien que de alguna forma es el tercero esperado, el *Schlosser*, el cerrajero, que desatornilla la bañera y luego, con su berbiquí, *Bohrer* — Freud introduce en una nota la posibilidad de un equívoco con haber nacido, *geboren*, sin resolverlo —, perfora el vientre de Juanito.

Con los métodos habituales de interpretación que empleamos, enseguida tratan de forzar las cosas, y Dios sabe todo lo que se puede llegar a decir de este fantasma. Por su parte, el padre no deja de ponerlo en relación con la escena que se produce habitualmente en la cama de la madre, a saber, que Juanito expulsa al padre y, de alguna forma, lo reemplaza, y luego es objeto de alguna agresión por parte del padre, salvo cuando lo es por parte de la madre. No es que esto sea un error absoluto, pero para permanecer estrictamente en el plano donde se sitúan las cosas, digamos que si la bañera responde a *Wägen* — eso con lo que Juanito mantiene una relación de solidaridad, que trata de superar —, sin lugar a dudas, el hecho de que se la carguen es algo que de todas formas se debe tener en cuenta.

Igualmente debemos tener en cuenta que por otra parte, en su fan-

tasma, perforan a Juanito a la altura del vientre. En efecto, podemos concebir que en el sistema de las permutaciones es él quien acaba asumiendo personalmente el agujero de la madre, o sea el abismo, el punto crucial, el punto último en cuestión, la cosa que no se puede mirar, que flota en forma de una negrura siempre inaprehensible delante de la figura del caballo, precisamente donde muerde, la cosa dentro de la cual no se debía mirar. Ya verán como es igualmente Juanito quien lo dice, si se remiten al pasaje donde se refiere a las bragas de la madre.

Juanito, preguntado por su padre más allá de lo razonable, aporta, oponiéndose a todas sus sugestiones, dos elementos y sólo dos. El segundo, se lo diré la próxima vez cuando volvamos a analizar este momento, pero el primero es éste — *Le escribirás al Profesor y le dirás que he visto las bragas, que he escupido, que he caído por el suelo y que he cerrado los ojos para no mirar.* Pues bien, en el fantasma de la bañera, Juanito tampoco mira, pero asume el agujero, es decir, la posición materna. Tenemos aquí el complejo de Edipo invertido, el cual, como nos muestra la perspectiva del significante, es necesario porque no es más que una fase del complejo de Edipo positivo.

¿Qué ocurre luego? Con uno de los fantasmas posteriores al 22 de abril, volvemos a otra posición, que es la de la vagoneta. Juanito, perfectamente reconocible bajo la forma de un pilluelo, va montado en la vagoneta donde le han dejado desnudo toda una noche, y es algo muy ambiguo, a la vez un deseo y un temor. Esto está estrictamente vinculado con el momento inmediatamente anterior, cuando le dice a su padre, en ese diálogo que como les he indicado es capital — *Estabas ahí como un todo desnudo, als Nackter.*

En el artículo que les mencioné, Robert Fliess subraya en este sentido el carácter tajante del vocabulario del niño, como si de golpe el espíritu bíblico lo poseyera, y eso desconcierta a todo el mundo, tanto, que se precipitan a colmar el agujero poniendo entre paréntesis — *Quiere decir: descalzo.* Fliess observa con gran pertinencia que el estilo del término es destacable y que esto se inscribe claramente como una continuación de aquel momento en que, una vez más, había invocado a su padre — *Haz tu trabajo.* Al fin y al cabo, si no hay forma de ver cómo se satisface la madre, *al menos que esté satisfecha, tienes que hacerlo, ha de ser verdad. Das muss wahr sein* quiere decir *Sé un verdadero padre.*

Precisamente después de dar a luz esta fórmula, que nos muestra claramente qué es convocado en la realidad, Juanito fomenta en su fantasma que pasa toda una noche en el coche, en el circuito más amplio del

ferrocarril. Pasa ahí toda una noche, cuando hasta ese momento las relaciones con la madre se basaban esencialmente en intercambios hechos *geschwind*, a toda velocidad. Y hasta ese momento él lo ha querido así. Por otra parte, se lo explica a su padre, también en ese diálogo del que estamos hablando, el 21 de abril. En efecto, cuenta, desarrollando su fantasma — *Tendrías que dar un patada a una piedra, hacerte daño, hacerte sangre y desaparecer. Así tendría tiempo de estar en tu sitio un rato, pero tú volverías.* Tenemos aquí de nuevo el ritmo de lo que podemos llamar el juego primitivo de la transgresión con la madre, que sólo se sostiene precisamente en esta clandestinidad.

Otro fantasma, el 22 de abril. Juanito pasa toda la noche en la vagoneta y, a la mañana siguiente, le dan cincuentamil *Gulden* — en la época de la observación tiene toda su importancia — al conductor, para que le permita al niño continuar su viaje en el mismo tren.

Otro fantasma, el 2 de mayo, que parece ser el último de la historia, la cima, el final de línea, con el que Juanito termina. Esta vez se trata, no ya del cerrajero, sino del fontanero, el instalador, *der Installateur*, que viene con sus tenazas, acentuando así el carácter de desatornillamiento. Es inexacto traducir *Zange* por destornillador, *Schraubenzeicher*, con la excusa de que antes había aparecido un instrumento puntiagudo, el berbiquí, *Bohrer. Zange* es una tenaza para arrancar el tornillo. Y lo que se desatornilla, es el trasero de Juanito, para ponerle otro.

He aquí pues que se ha dado un paso más. La superposición de este fantasma con el anterior de la bañera queda suficientemente evidenciada por las relaciones de tamaño entre el trasero y la bañera, articuladas de la forma más precisa por el propio Juanito. Sólo se siente a gusto en la bañera que tienen en casa, en Viena, porque se adapta a su pequeño trasero, que así da la talla. Ésta es la cuestión — ¿da la talla, o no la da? En este caso, sí, encaja, incluso se ve obligado a quedarse ahí sentado. Pero siempre que la bañera está lejos de ofrecer las mismas garantías, se reanudan los fantasmas de engullimiento y la angustia, de forma que se niega a bañarse en ninguna otra parte, como en *Gmunden* o en cualquier otra bañera mayor.

Sin que haya, por supuesto, equivalencia de significación, hay superposición, en el esquema, del trasero desatornillado con la bañera anteriormente desatornillada. También hay correspondencia — y al mismo tiempo algo cambia — con el hecho de que el coche arranca o no arranca, arranca más o menos deprisa, de la rampa a la que momentáneamente está adosado.

Completo el último fantasma. El instalador le dice luego a Juanito — *Date la vuelta y enséñame tu Wiwi*, realidad insuficiente que no consiguió seducir a la madre. Aquí todo el mundo completa la interpretación diciendo que el instalador se lo ha desatornillado para darle uno mejor. Por desgracia, eso no está en el texto. Nada indica que al final Juanito haya cumplido completamente el recorrido significante del complejo de castración.

Si el complejo de castración es algo, es esto — en alguna parte no hay pene, pero el padre es capaz de dar otro. Aún diremos más — en la medida en que el paso al orden simbólico es necesario, hasta cierto punto siempre es necesario que el pene haya sido retirado y luego devuelto. Naturalmente, nunca puede ser devuelto, porque todo lo que es simbólico es, por definición, perfectamente incapaz de devolverlo. Ahí reside el drama del complejo de castración — el pene es retirado y devuelto sólo simbólicamente.

Pero en un caso como éste, vemos que el pene es retirado simbólicamente y no es devuelto. Por lo tanto, se trata de saber en qué medida le puede bastar a Juanito con el recorrido que ha hecho.

Puede decirse que es equivalente desde el punto de vista del examen, que Juan ha recorrido un circuito suplementario y que el solo hecho de que sea un ciclo o un circuito, basta para cumplir el rito de pasaje y para darle un valor igual que si se hubiera terminado por completo. Al menos la pregunta se plantea.

De todos modos, como podemos hacer progresar nuestra comprensión de las formaciones sintomáticas no es fuera del terreno estricto del análisis del significante. Antes de dejarles, como siempre procuro acabar con algo que les divierta, trataré de mostrárselo con una última observación.

¿Qué son estas tenazas?* ¿De dónde vienen? En ningún momento se había hablado de ellas. La madre ha podido decir — *Te la cortarán.* El padre nunca ha dicho — *Volverán a atornillártela*. Sin embargo, quedándonos en el plano del significante, con lo que el instalador interviene cuando se trata de desatornillar el trasero, no hay ninguna duda — se trata de unas tenazas o unos alicates.

Resulta que he visto que antiguamente esos dientes enormes con los que un caballo puede morderle un dedo a Juanito, se llamaban en todas

* *Pince.* En los párrafos siguientes se juega con los distintos sentidos del término en francés, «pinzas» o «tenazas». (T.)

las lenguas *pinzas*. Y además, la parte delantera de la pezuña con la que el caballo hace su pequeño *Krawall*, se llamaba también una *pinza*, en alemán *Zange*. Esta palabra tiene los mismos dos sentidos que la palabra *pince* en francés.

Les diré más — en griego, ψηλη tiene exactamente el mismo sentido. Esto no lo he encontrado hojeando en griego el manual del cerrajero, que no existe, sino por casualidad, en el prólogo de la obra *Las Fenicias*, de Eurípides.

Yocasta, antes de contar la historia de Antígona, da un detalle muy curioso sobre lo que sucede en el momento de la muerte de Layo. Con tanto cuidado como el que yo he puesto al construir esas pequeñas redes de los ferrocarriles y de las avenidas vienesas, explica por dónde han venido cada uno de ellos. Los dos iban a Delfos, se encontraron en la encrucijada, entonces se desencadena la disputa por la prioridad entre uno, que va en carro, y el otro, que va a pie. Se las tienen, llegan a las manos, y el más fuerte, Edipo, pasa delante. Entonces, Yocasta tiene cuidado de advertir — detalle que no he encontrado en ninguna otra parte — que si la disputa se reanudó es porque uno de los corceles había golpeado con su pezuña, ψηλη, el talón de Edipo.

Así, para que Edipo cumpliera su destino, no bastaba con que tuviera el pie hinchado por el hierrecito que le habían pasado por los tobillos, sino que como el padre de Juanito, ha de tener en el pie esa herida hecha precisamente por la pezuña de un caballo — pezuña que se llama en griego, como en alemán, como en francés, *pinza*, porque ψηλη designa tanto una pinza como las tenazas.

Esta observación está destinada a mostrarles que no exagero cuando les digo que, en la sucesión de las construcciones fantasmáticas de Juanito, siempre da vueltas el mismo material.

15 de mayo de 1957

XX

TRANSFORMACIONES

El phallus dentatus.
Descarga del significante.
La angustia del movimiento.
Caer y morder.
La navajita en la muñeca.

Niños bañándose.

Oh ciudades del mar, veo a vuestros ciudadanos, hombres y mujeres, con los brazos y las piernas fuertemente atados con sólidas amarras por gentes que no entenderán vuestro lenguaje, y sólo entre vosotros podréis exhalar, con quejas llenas de lágrimas, vuestro dolor y la añoranza por la libertad perdida. Porque quienes os han de atar no entenderán vuestro lenguaje, como vosotros tampoco los entendereis.

Este pequeño pasaje que saqué hace algunos meses de los *Cuadernos de notas* de Leonardo da Vinci y luego olvidé por completo, me parece adecuado para introducir nuestra lección de hoy.

Este párrafo, bastante grandioso, sólo debe entenderse, por supuesto, a título de alusión.

1

Hoy proseguiremos nuestra lectura de la observación de Juanito, tratando de entender la lengua en la que él se expresa.

La última vez les indiqué cierto número de etapas del desarrollo del significante. Su centro enigmático es el significante del caballo incluido en la fobia, cuya función es la de un cristal en una solución sobresaturada. En efecto, alrededor de este significante irá extendiéndose, como una

especie de inmensa arborescencia, el desarrollo mítico en que consiste la historia de Juanito. Ahora se trata, por así decirlo, de sumergir este árbol en lo que ha vivido Juanito, de ver cuál ha sido el papel de este árbol en lo que ha sido el progreso del niño. Y quiero indicarles enseguida a qué apunta el balance que vamos a hacer.

Puesto que se trata aquí de la relación de objeto considerada desde el punto de vista de su progreso durante el tiempo en el cual Juanito vive su Edipo, digamos que nada en la observación nos indica que debamos considerar sus resultados plenamente satisfactorios.

Si la observación acentúa algo al comienzo, es ese no sé qué que podría llamarse la madurez precoz de Juanito. No puede decirse que esté antes de su Edipo, aunque sin lugar a dudas tampoco a la salida. En otras palabras, como se subraya en la observación, la forma en que Juanito vive sus relaciones con las niñas tiene ya todas las características de una relación avanzada. No diremos que sea adulta, pero podemos reconocer en ella una analogía bastante brillante, aunque, por decirlo todo, el propio Freud nos lo presenta como una especie de feliz seductor, incluso un seductor tiránico y donjuanesco. Este término complejo que lancé aquí una vez para gran escándalo de algunos, se encuentra del todo caracterizado en la actitud precoz de Juanito, que indica la entrada del sujeto en una especie de feliz adaptación a un contexto real.

¿Qué vemos, por el contrario, al final de la observación? Al final, hay que reconocerlo, nos encontramos con las mismas niñas instaladas en el mundo interior de Juanito. Pero si leen ustedes la observación, no podrán evitar sorprenderse de hasta qué punto no sólo son mucho más imaginarias, sino verdaderamente, radicalmente imaginarias. Ahora se trata de fantasmas con los que Juanito se entretiene. La relación que mantiene con ellas ha cambiado ostensiblemente — son más bien sus hijas. Si aquí es donde hay que ver la matriz dejada por la solución de la crisis de la futura relación de Juanito con las mujeres, podemos decir que, desde un punto de vista superficial, el resultado de la heterosexualidad de Juanito está suficientemente afianzado, pero esas niñas seguirán marcadas por el estigma de su forma de entrada en la estructura libidinal. Ya veremos que él mismo habla detalladamente de cómo entraron.

El estilo narcisista de su posición con respecto a Juanito es irrefutable, y estudiaremos más detalladamente qué lo determina. Sin duda, Juanito amará a las mujeres, pero en su caso seguirán fundamentalmente vinculadas con una especie de puesta a prueba de su poder. Por eso mismo precisamente todo nos indica que nunca dejará de temerlas. Por así

decirlo, ellas serán sus dueñas. Serán las hijas de su mente y, como verán, arrebatadas a la madre.

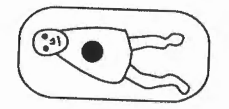
Todo esto es para indicarles cuál es el interés de tal investigación. Para confirmarlo, naturalmente, tenemos que seguir nuestro recorrido. Puesto que hemos tomado como punto de referencia la estructuración significante del mito de Juanito, necesitamos situar con respecto a ella las distintas etapas de su progreso. Y, puesto que hablamos de relación de objeto, ¿cuáles son, entre los distintos tiempos de la formación psíquica significante, los objetos que pasan sucesivamente a ocupar el primer plano del interés de Juanito? ¿Cuáles son los progresos que, correlativamente, se producen en el significado durante este periodo particularmente activo y fecundo, durante el cual la relación de Juanito con su mundo conoce una especie de renovación o de revolución? ¿Podremos captar lo que, paralelamente, van escandiendo esas sucesivas cristalizaciones que se presentan en forma de fantasmas?

Se trata, sin duda, de las sucesivas cristalizaciones de una configuración significante. La última vez les mostré lo que había en común entre sus respectivas figuras. Al menos les permití entrever cómo, en estas sucesivas figuras, los mismos elementos permutan unos con otros para, en cada ocasión, renovar la configuración significante, dejándola al mismo tiempo fundamentalmente igual.

El 5 de abril, tenemos el tema que llamé del retorno. No es lo que explica esencialmente este fantasma, pero constituye su fondo. Se trata de lo que podríamos llamar una partida angustiada. Más exactamente, el fantasma desarrolla el tema de una angustiante solidaridad con el coche, *Wägen*, que se encuentra junto a la rampa de salida. No es así como se presenta al principio, se requiere el interrogatorio del padre, que le facilita a Juanito la confesión de sus fantasmas y, por lo mismo, le permite hablarlos, organizarlos y también revelárselos a él mismo, a la vez que, de paso, nosotros podemos percibirlos.

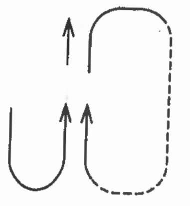
El 11 de abril, vemos aparecer el fantasma de la bañera desatornillada y, dentro de ella, Juanito con su gran agujero en la barriga, que pondremos en el centro de una silueta aproximada.

JUAN EN LA BAÑERA



El 21 de abril, encontramos el fantasma que podemos llamar de la nueva partida con el padre. Se representa manifiestamente como fantasmático e imposible — Juan parte con la abuela antes de que llegue el padre, pero cuando el padre le da alcance, no se sabe por qué milagro Juanito está ahí con él. He aquí en qué orden se presentan las cosas.

LA PARTIDA CON EL PADRE



El 22 de abril, tenemos la vagoneta en la que Juanito se va él solo.

JUAN SE VA SOLO



Por fin, un último fantasma marcará probablemente el límite de lo que podemos alcanzar hoy.

Antes del 5 de abril, ¿de qué se trata? Entre el 1 de marzo y el 5 de abril, se trata esencialmente, únicamente, del falo. A propósito del falo, el padre le sugiere la motivación de su fobia, diciéndole que la fobia ocurre porque él se toca, se masturba. El padre va más lejos, llega a sugerirle la equivalencia de lo que teme, de la fobia, con este falo, hasta el punto de ganarse una réplica por parte de Juanito, en el sentido de que un *Wiwimacher* — término con el cual se inscribe el falo en el vocabulario de Juanito — no muerde. Esto es el 1 de marzo, al comienzo de la serie de

malentendidos que gobierna el conjunto del diálogo de Juanito con su padre.

Sí, un falo, en eso que muerde y hiere, se trata de un falo. Tanto es así, que alguien que no es psicoanalista a quien hice leer la observación de Juanito, alguien que es un mitólogo, incluso alguien que, en este tema de los mitos, ha llegado bastante lejos en la comprensión del problema, me decía que es chocante ver, como subyacente de algún modo a todo el desarrollo de la observación, cierta función, no se sabe bien cuál, no de *vagina dentata*, sino de *phallus dentatus*. Sólo que, por supuesto, esta observación se desarrolla toda ella en el registro del malentendido. Yo añadiría que es lo habitual en cualquier clase de interpretación creadora entre dos sujetos. Es de esta forma como cabe esperar que se desarrolle, la menos anormal posible, y precisamente en la hiancia de este malentendido es donde se desarrollará algo distinto, que tendrá su fecundidad.

Así, cuando el padre le habla a Juan del falo, le habla de hecho de su pene real, de ése que él se toca. No va desencaminado, desde luego, porque la aparición, en este joven sujeto, de la posibilidad de la erección y de todas las emociones nuevas que le supone, cambió indiscutiblemente el equilibrio profundo de todas sus relaciones con lo que constituye en ese momento el punto estable, el punto fijo, el punto omnipotente de su mundo, o sea la madre.

Por otra parte, ¿qué juega el papel principal en el hecho de que, de pronto, aparezca esa profunda angustia que todo lo conmueve? — tanto, que cualquier otra cosa es preferible, incluso forjar una imagen angustiante y en sí misma cerrada, la del caballo, que al menos, en el centro de la angustia, marca un límite, un punto de referencia. ¿Qué es lo que, en esta imagen, le abre la puerta al ataque, a la mordedura? Es otro falo, el falo imaginario de la madre.

Así se abre para Juanito la aporía de lo que es imaginable. Lo que hasta entonces había sido el juego de mostrar o no mostrar el falo, consistía para él en jugar con un falo que desde hacía tiempo sabía era inexistente, el mismo que estaba en juego en sus relaciones con su madre. En ese plano se establecía su juego de seducción no sólo con la madre, sino con todas las niñas que, como él sabía muy bien, no tienen falo — el juego consistía precisamente en sostener que aun así lo tienen. En esto se había basado la relación hasta entonces — relación que, fundamentalmente, no es una trampa en el sentido más inmediato, sino de jugar a esa trampa.

La primera parte de la observación, después de la cual comienza la

fobia, termina en un fantasma — sólo lo es en el límite, porque es un sueño, construido sobre el modelo de un juego de prendas, en el que un niño esconde una prenda en la mano, y el que declara ser su propietario es condenado a hacer algo. A Juan se le concede el derecho a que una niña lo ponga a hacer pipí. Freud subraya que se trata de un sueño puramente auditivo, sin elemento visual, aunque se refiere al juego de mostrar o de ver que está en la base de la relación escoptofílica inicial con las niñas. El juego *¿Está? ¿No está?* ha pasado al símbolo, a la palabra. El elemento hablado ya se revela aquí como predominante.

Durante este primer periodo, toda tentativa del padre de introducir la realidad del pene con la indicación de cómo conviene usarlo, es decir, que no se ha de tocar, lleva a Juanito, con un rigor automático, a poner en primer plano los temas del juego. Por ejemplo, sale enseguida con este fantasma, que estaba con su madre *desnuda en camisón.* El padre le pregunta — *Pero ¿estaba desnuda, o en camisón?* Juanito ni se inmuta — *Llevaba un camisón tan corto que podía verla toda desnuda hasta ahí*, es decir, que justo se podía ver y, por supuesto, también no ver. Pueden ustedes reconocer aquí la estructura del borde, o de la franja, característica de la aprehensión fetichista. Lo esencial se sitúa siempre precisamente en el punto donde se podía ver un poco y a la vez no se ve lo que va a aparecer. Lo escondido que así se suscita en la relación con la madre es el falo inexistente, pero hay que jugar a que está ahí. El fantasma de Juanito viene a acentuar el carácter de lo que está en juego en ese momento, o sea una defensa contra el elemento perturbador que aporta el padre con su insistencia en hablar del falo en términos reales.

En este fantasma, Juanito apela a un testigo, una niña llamada Grete. La saca de los equipajes, de su casa, de las niñas con las que mantiene relaciones imaginarias, pero referidas a personajes perfectamente reales. Que se llame Grete y que intervenga en este fantasma, merece ser destacado, más tarde volveremos a encontrarnos con ella. Juanito la convoca como testigo de lo que están haciendo mamá y él, porque menciona el hecho de que se toca un poquito, *schnell*, muy deprisa, como a hurtadillas.

Juan tiene necesidad de reintroducir sobre el fondo de la relación fálica con la madre todo lo nuevo que interviene, no sólo en razón de la existencia real de su pene, sino también porque es ahí a donde su padre trata de arrastrarle. La formación de compromiso que de ello resulta estructura literalmente todo el periodo anterior al 5 de abril.

Esto no significa que sea lo único, porque alrededor del 30 de marzo, fecha de la consulta con Freud, aparece otra cosa. Lo que aparece no

es del todo artificial, porque, como les he dicho, lo anuncian esos fantasmas de Juanito en los cuales aparece la colaboración del padre en sus transgresiones — en cierta forma, llama al padre en su ayuda.

Entre el 1 de marzo y el 15 de marzo, cuando surge el fantasma de Grete y la madre, se trata ante todo de pene real y de falo imaginario. Entre el 15 de marzo y la consulta con Freud, el padre trata de hacer pasar completamente el falo a la realidad, diciéndole a Juan que los animales grandes tienen un falo grande y los pequeños lo tienen pequeño, lo que lleva a Juanito a decirle — *Yo lo tengo bien agarrado, y crecerá.* El mismo esquema que les indicaba hace un momento, se repite. Ante la tentativa del padre de realizar el falo, la reacción de Juanito, una vez más, no es de ningún modo aceptar eso a lo que sin embargo ha accedido, sino forjar un fantasma.

En esta ocasión, se trata, el 27 de marzo, del fantasma de las dos jirafas, en el que se realiza lo esencial, o sea la simbolización del falo materno, netamente representado en la jirafa pequeña. Cuando Juanito se encuentra atrapado entre su apego imaginario y la insistencia de lo real por mediación de la palabra del padre, toma una vía que dará su escansión, incluso su esquema, a todo lo que se desarrollará en el mito de la fobia — el término imaginario se convertirá para él en elemento simbólico.

Dicho de otra manera, lejos de constatar en la relación de objeto la existencia de una vía directa para el acceso de un nuevo real a la significación, y para lograr un manejo de este real por medio de un instrumento simbólico puro y simple, por el contrario vemos que, al menos en esta fase crítica, designada por la teoría psicoanalítica como el Edipo, lo real sólo se puede reordenar en la nueva configuración simbólica a costa de una reactivación de todos los elementos más imaginarios. Se produce una verdadera regresión imaginaria con respecto al primer abordaje planteado por el sujeto.

Desde los primeros pasos de la neurosis infantil de Juanito, tenemos su modelo y su esquema. Al padre que se adelanta como representante de la realidad, de su nuevo orden, de la adaptación a lo real, Juanito le responde con una proliferación imaginaria tanto más típica cuanto que la sostiene con una especie de profunda incredulidad, que mantendrá en todo momento. Esto lo tenemos bajo una forma casi materializada desde el inicio de la observación, y es sin duda lo que le da ese carácter excepcional, ese don del cielo que representa. El propio Juanito advierte de qué manera se puede tomar lo que está en juego — a saber, no sólo se puede jugar con ello, sino que puede uno convertirlo en papeles arru-

gados. La primera imagen de la jirafa pequeña es ya el principio de la solución. Es la síntesis de lo que Juanito aprende a hacer — aprende cómo se puede jugar con las imágenes.

No es que él lo sepa, sino que simplemente se ve introducido ahí por el solo hecho de hablar, de ser un hombre pequeñito, de estar metido en un baño de lenguaje. Pero él sabe muy bien qué precioso le resulta el hecho de poder hablar y lo destaca constantemente. Cuando dice esto o aquello y le responden que está bien o que está mal — *No importa, dice, aun así está bien porque se lo podemos enviar al Profesor.*

No se trata sólo de hablar, sino de hablarle a alguien. En la observación encontramos más de una indicación de esta clase, cuando Juanito manifiesta su sensación de fecundidad, favorecida por el hecho de que al fin y al cabo tiene con quien hablar. Sería asombroso que no nos diéramos cuenta en este caso de que lo precioso y lo eficaz del análisis es esto.

Así es este primer análisis llevado a cabo con un niño.

2

En la consulta del 30 de marzo, esa forma que tiene Freud de plantear su mito de Edipo, crudamente, completamente construido, sin la menor tentativa de adaptarlo a nada que sea inmediato y preciso en el niño, es uno de los puntos más chocantes de la observación. Deliberadamente, Freud le dice — *Voy a contarte esa gran historia que inventé y que sabía antes de que tú vinieras al mundo. Un día iba a venir un Juanito que querría demasiado a su madre y por esta razón detestaría a su padre.*

Así, su propio autor implica aquí al Edipo en una operación que pone al descubierto su carácter fundamentalmente mítico, el carácter de mito original que tiene en la doctrina de Freud. Se sirve de él como desde siempre se le ha enseñado al niño que Dios creó el cielo y la tierra, o muchas otras cosas, según el contexto cultural donde está implicado. Es un mito de los orígenes y así es como se da, porque se da fe de la orientación, de la estructura que determina, como avenida para la palabra en el sujeto que es su depositario. Lo que está en juego es literalmente su función de creación de la verdad. Freud no se lo plantea de una forma distinta a Juanito, y Juanito da una respuesta marcada por la misma ambigüedad que deja una marca en su asentimiento a todo lo que

vendrá a continuación — *Es muy interesante,* dice más o menos, *es muy excitante, qué bien que está, desde luego tiene que haber hablado con el buen Dios, el Profesor, para que se le haya ocurrido semejante cosa.*

¿Con qué resultado? Freud nos lo articula muy claramente, por sí mismo, de su cosecha, como hacemos nosotros aquí — no es de esperar que esta comunicación dé fruto a la primera, se trata de que produzca sus efectos en el inconsciente y los haga surgir, *unbewussten Produktionen vorzubringen*, permitiendo así a la fobia desarrollarse. De modo que es una incitación. Se trata de implantar otro cristal, por así decirlo, en la significación inacabada que en ese momento representa Juanito, en todo su ser. Así, por una parte, tenemos lo que se ha producido por sí solo, la fobia, y por otra parte Freud, que aporta aquí, entero, lo que debe ser su culminación. Por lo tanto, Freud no se imagina ni por un instante que el mito religioso del Edipo produzca inmediatamente sus frutos, espera que ayude a lo otro, es decir, la fobia, a desarrollarse, a lo sumo trazándole sus vías a lo que hace un momento llamé el desarrollo del cristal significante. No hay forma más clara de decirlo que las dos frases de Freud en esa fecha, el 30 de marzo.

Por parte del padre, hay con todo una pequeña reacción, que no durará mucho. Al padre, en las relaciones de objeto, que son las que hoy tratamos de captar en el interior de las distintas etapas de la formación significante, sólo lo encontramos verdaderamente al final. No es para sorprenderse. Lo veremos ocupar el primer plano, justo antes del fantasma de la vagoneta, en el momento del enfrentamiento con el padre en el diálogo del Edipo — *¿Por qué estás tan celoso?* Más exactamente — *apasionado, eifern,* éste es el término empleado. El padre protesta — *No lo estoy.* — *Debes estarlo.* Éste es el punto de encuentro con el padre, o más bien con la carencia que en ese momento representa la posición paterna. No encontramos más que una primera aparición, un primer choque. Ahí está el padre, y ya veremos cómo, está de una forma bien brillante, como quien dice *brillar por su ausencia.*

Así es como reacciona Juanito a la mañana siguiente — busca a su padre y le dice que ha venido a verle porque tenía miedo — por otra parte, hubiera ido igualmente. De lo que tiene miedo es de que el padre se haya ido. El padre le pregunta enseguida — *Pero ¿cómo podría ocurrir algo así?* Esto nos llevará más lejos, pero detengámonos en este miedo a la ausencia del padre y aprendamos a escandir lo que hay verdaderamente en el miedo.

En suma, es una pequeña cristalización de la angustia. La angustia

no es el miedo a un objeto. La angustia, es la confrontación del sujeto con la ausencia de un objeto en la que se pierde, que lo atenaza, y cualquier otra cosa es preferible a ella, incluso forjar el más extraño y el menos objetal de los objetos, el de una fobia. El carácter irreal del miedo en cuestión se manifiesta precisamente, si sabemos verlo, por su forma — es el miedo de una ausencia, quiero decir de ese objeto que acaba de designársele. Juanito tiene miedo de su ausencia, entiéndase como en la anorexia mental, cuando les digo que debe entenderse no que el niño no coma, sino que come nada. Aquí, Juanito tiene miedo de la ausencia del padre, ausencia que está ahí y él empieza a simbolizar.

El padre, por su parte, se devana los sesos para saber por qué rodeo y mediante qué contragolpe el niño manifiesta un miedo que no sería más que el reverso del deseo. No es completamente falso, pero sólo toma el fenómeno por sus inmediaciones. De hecho, el sujeto empieza a captar que el padre no es precisamente lo que Freud le había dicho que era en el mito, y así se lo dice a su padre — *¿Por qué me dices que prefiero a mi madre, si es a ti a quien quiero? Si resulta que tengo que odiarte a ti, entonces la cosa no va de ninguna manera.*

Desde donde estamos, podemos decir que, por lamentable que esto sea, aun así ya es algo que te muestren el camino en cuestión y poder situar con respecto al mito el lugar de una ausencia. Esto se registra inmediatamente, la observación lo indica, y debe entenderse como una simbolización. Si llamamos I mayúscula al significante alrededor del cual la fobia ordena su función, digamos que entonces algo se simboliza, algo que podemos llamar sigma, σ, y es la ausencia del padre, p^0.

Es decir —

$$I(\sigma p^0).$$

Esto no significa que eso de ahí sea todo lo que contiene el significante del caballo, ni mucho menos. El caballo no se desvanecerá de golpe porque le digan a Juanito —*Es de tu padre de quien tendrás miedo, de quien has de tener miedo.* Con todo, el significante caballo queda inmediatamente descargado de algo, y la observación lo registra — *Nicht alle weissen Pferde beissen*, Juan ya no tiene miedo de todos los caballos blancos, a algunos de ellos ya no los teme, y el padre, aunque él no sigue la vía de nuestra teorización, comprende que algunos son *Vatti*, papá, y entonces ya no se les tiene miedo.

¿Por qué ya no se les tiene miedo? Porque *Vatti* es muy bueno. Porque el padre comprende sin comprender del todo, incluso sin comprender en absoluto, hasta el final, que ése es precisamente el drama, que *Vatti* sea tan bueno. Si hubiera habido un *Vatti* de quien se habrían podido tener miedo de verdad, se hubieran podido cumplir las reglas del juego y hacer un verdadero Edipo, un Edipo que te ayude a alejarte de las faldas de mamá. Pero como no hay un *Vatti* a quien temer, como *Vatti* es demasiado bueno, en cuanto se menciona la posible agresividad de *Vatti*, en esa misma medida el significante del *hippos* se descarga, lo cual se registra esa misma tarde.

No estoy forzando nada en esto que les cuento, porque está en el texto, a condición de aislar imperceptiblemente el punto de perspectiva, para que la observación deje de ser un laberinto donde uno se pierde y, por el contrario, cada uno de sus detalles adquiera sentido. Si puede parecer que voy bastante despacio y vuelvo a empezar por el principio, es porque quiero que comprueben que a esta puesta en perspectiva no se le escapa ningún detalle. En cuanto vean cómo se articula la relación del significante — suscitado en su estado espontáneo, natural, en Juanito y registrado en bruto por Freud — con el significado dando a luz, por fuerza han de advertir que sólo con introducir al padre, se registra enseguida un efecto de descarga, de sustracción, que resuena en las funciones significantes y se inscribe de forma cuasi matemática, como si se tratara de una balanza.

Hay dos clases de angustia, nos dice Freud, añadiendo algo más a lo que acabo de decir. En efecto, opone la angustia alrededor del padre, *um der Vater*, a la angustia ante el padre *vor der Vater*. No tenemos más que tomar nota de la forma como el propio Freud nos presenta las cosas, para encontrar exactamente los dos elementos que acabo de describirles — la angustia alrededor del lugar vacío, hueco, que representa el padre en la configuración de Juanito, busca su soporte en la fobia, en la angustia ante la figura del caballo. En la medida en que se ha podido suscitar, aunque sea en estado de exigencia, de postulado, una angustia ante el padre, la angustia alrededor de la función del padre se descarga. El sujeto puede tener al fin una angustia ante algo.

Por desgracia, eso no puede llegar muy lejos, porque el padre, aunque está ahí, no es en absoluto apto para soportar la función establecida que responde a las necesidades de la formación mítica correcta, al mito de Edipo en su alcance universal. Y esto es precisamente lo que obliga a nuestro Juanito a encontrarse de nuevo con su dificultad. Como Freud lo había previsto, después su dificultad empieza a desarrollarse, se encar-

na, se precipita en las producciones que deben desarrollarse de la fobia *seine Phobie abzuwickeln.* Y enseguida se empieza a ver más claro.

Aparece el primer fantasma, el del 5 de abril, de donde partí la última vez como de un primer término y cuyas transformaciones vamos encontrando hasta el final. Este fantasma, con todo lo que lo acompaña y lo anuncia, pone de relieve el peso de una pregunta que Juanito empieza a articular bien el día inmediatamente anterior — *¿Qué es lo que me da miedo?*

Ya se empieza a ver. Tiene miedo cuando el caballo gira, *umwendet.* Entonces el padre hecha el resto y hace verdaderamente psicoanálisis, es decir, que de vez en cuando no sabe muy bien hacia dónde ir, lo que le permite encontrar cosas. Articula muy bien — A, B, C, D — las cuatro modalidades bajo las cuales el caballo da miedo a Juan. Todos ellos son términos que ponen en juego un elemento dotado de un valor especial para un hombre, es decir, para un animal destinado, a diferencia de los otros animales, a saberse existir. Este elemento muestra aquí su instancia más perturbadora. Esto es precisamente lo que desarrollará y articulará Juanito en las neoproducciones de la fobia. Este elemento, es el movimiento.

Entiendan bien que no se trata del movimiento uniforme, del que sabemos desde siempre, o al menos desde hace algún tiempo, que es un movimiento en el que uno no se siente, un movimiento en el que uno está a salvo. Ya es así desde Aristóteles, porque la discriminación entre el movimiento lineal y el rotatorio no tiene otro sentido. En un lenguaje más moderno, se dirá que hay una aceleración. Es lo que nos dice Juanito — el caballo, como arrastra algo tras él, resulta temible cuando se larga, más cuando arranca deprisa que cuando arranca despacio. Cuanto hay un ser capturado en este movimiento, sin estar totalmente implicado en él, y puede sentir la inercia correlativa de la aceleración por ese mínimo desprendimiento de la vida que consiste precisamente en lo que acabo de llamar saberse existir, ser un ser consciente de sí mismo — entonces hay angustia.

Esta angustia todavía hay que analizarla. En efecto, no se refiere sólo al hecho de verse arrastrado por el movimiento, sino también a su reverso, o sea el fantasma de ser dejado atrás, abandonado. La introducción de lo que lo arrastra de golpe hacia un movimiento representa para Juan una profunda caída, porque este movimiento, al modificar profundamente sus relaciones con la estabilidad de la madre, lo deja frente a ella como ante un elemento verdaderamente subversivo de su mundo en su misma

base. Juan nos lo dice en lo que dice del caballo — ella *umfallen und beissen wird, se caerá y morderá.*

La mordedura, ya sabemos con qué está vinculada — con el surgimiento de lo que se produce cada vez que el amor de la madre falta. Cuando va a caer, a la madre no le queda otra salida que lo que para el propio Juanito es la reacción de angustia de necesidad, la reacción llamada catastrófica. Primera etapa — morder. Segunda etapa — caer, revolcarse por el suelo, *Krawall gemacht.*

Hay que tener presentes las estructuras de la fórmula con la que Juanito, de forma completamente fantasmática, trata de restituir el momento en que pilló la fobia — desde ahora, siempre, *jetzt immer,* dice, los caballos enganchados al ómnibus se caerán.

En esta fórmula se encarna para Juanito lo que está en juego, a saber, el cuestionamiento de todo lo que hasta entonces había constituido la estabilidad de su mundo.

3

Esto nos lleva hasta el 9 de abril. Es una elaboración en torno al tema de la angustia del movimiento. ¿Qué puede aportar alguna moderación?

El padre carece por completo de efecto, porque efectivamente, para un ser como el hombre, cuyo mundo se estructura en lo simbólico, nada puede resolver ese devenir sentido, por así decirlo, que lo arrastra a un movimiento.

Por eso es necesario que, en su estructuración significante, Juanito haga esa conversión consistente en pasar por etapas del esquema del movimiento al esquema de una sustitución.

Primero se producirá la introducción del tema de lo amovible y luego, con su ayuda, se conseguirá la sustitución. Éstas son las dos etapas esquemáticas que se expresan en la formación de la bañera.

Primera etapa — la desatornillan. No la desatornillan gratis, como ya les dije, de modo que Juanito tendrá que hacerse un agujero. Este paso jamás se produce sin algún coste, y Juanito no sólo sufre la castración, sino que ésta queda formalmente simbolizada por ese gran berbiquí que penetra en su vientre, detalle que no se destaca lo suficiente en la observación.

Segunda etapa — cuando se desatornilla algo, puede atornillarse otra cosa en su lugar. Esta forma significante escande la operación de transformación que traduce el movimiento como sustitución, la continuidad de lo real como discontinuidad de lo simbólico. Toda la observación lo demuestra, y si no se sigue este mismo camino, resultan incomprensibles sus etapas y su progreso.

¿Qué pasa en el significado? ¿Cómo comprender eso tan confuso y patético que le sucede a Juanito entre el 5 de abril, cuando produce el esquema del fantasma del coche que arranca, con todo lo que con él se relaciona en la fobia, y el desmantelamiento fantasmático de la bañera el 11 de abril, cuando empieza a esbozarse la simbolización de la sustitución posible? ¿Qué hay entre estas dos fechas? Hay toda una zona en la que me veo obligado a despejar material, un largo pasaje en el que tan sólo se trata del único elemento, perteneciente a la situación anterior, susceptible de introducir la amovibilidad como instrumento fundamental de la reestructuración de su mundo. ¿Cuál es este elemento?

Este elemento es precisamente aquél que, como les dije, es el único que necesitamos introducir en la dialéctica de mostrar y no ver, de suscitar lo que no está como algo que está, pero escondido — este elemento es el propio velo.

Hay dos días de interrogatorio ansioso por parte del padre, que no entiende nada y en este caso se entrega como nunca a un torpe tanteo, como el mismo Freud destaca, precisando que ésta es la parte fallida de la investigación analítica. Pero no importa, tenemos suficiente para ver algo que Freud tiene el cuidado de destacar como lo esencial, lo que sucede frente al velo, es decir, el par de braguitas.

Las braguitas están ahí, con sus detalles cuidados y refinados, las braguitas amarillas y las braguitas negras. Se trata, nos dicen, de una atrevida reforma, de una novedad para las mujeres que van en bicicleta. En efecto, ya sabemos que la madre de Juan va a la vanguardia del progreso. Ya volveremos a encontrarnos con ella, y algunos juiciosos extractos de comedias muy bonitas de Apollinaire, especialmente *Las tetas de Tiresias*, nos ayudarán a hacer un retrato más preciso. Como dice alguien en este drama admirable — *Ellas son todo lo que somos y, sin embargo, no son hombres.*

Ahí está ciertamente el drama. Así empezó todo desde el principio. No se trata simplemente de que la madre de Juanito sea más o menos feminista, se trata de la verdad fundamental inscrita en los versos que acabo de citarles. Freud nunca nos disimuló su valor decisivo, ya que

nos recuerda la frase de Napoleón según la cual — *La anatomía, es el destino.* De eso se trata, sin duda, y eso leemos nosotros cuando Juanito articula lo que tiene que decir. Las apasionadas preguntas del padre lo interrumpen constantemente, de forma que es difícil hacer una criba de las respuestas, pero Freud la lleva a cabo y nos dice qué es lo esencial.

Lo que queda más claro en todo esto es que Juanito reconoce y establece una diferencia entre las bragas, en dos etapas. Pero esto se proyecta sobre su dualidad de forma confusa, como si cada una de ellas pudiera en un momento dado cumplir con más de una de las funciones de la otra. Lo esencial es esto — las bragas en sí mismas están relacionadas para Juan con una reacción de asco. Lo que es más, Juanito pide que le escriban a Freud que cuando vio las bragas escupió, cayó al suelo y además cerró los ojos. A causa de esta reacción precisamente la elección está hecha — Juanito no será nunca un fetichista.

Si por el contrario hubiera reconocido a esas bragas como su objeto, o sea aquel misterioso falo que nadie verá nunca, se habría quedado sa-tisfecho con ellas y se habría convertido en fetichista, pero como el destino lo ha dispuesto de otra forma, Juanito siente asco ante las bragas.

Pero precisa que cuando su madre las lleva puestas, es distinto. Entonces no tienen nada de repugnantes. Ésta es la diferencia. Cuando las bragas se le ofrecen como objeto, cuando están ahí en sí mismas, las rechaza. Sólo conservan su virtud, por así decirlo, cuando están en funciones, cuando él puede seguir sosteniendo el engaño del falo. Aquí está el nervio que nos permite aprehender la experiencia.

La realidad tiene un lugar destacado en ese largo interrogatorio en el que Juanito trata de explicarse. Si lo hace tan mal, es porque se ve empujado en direcciones divergentes y confusas, pero lo esencial es la introducción, por medio de ese objeto privilegiado, del elemento de amovibilidad que volveremos a encontrar a continuación y que nos hace pasar al plano de la instrumentación. Veremos desarrollarse un formidable instrumental que en adelante predominará en la evolución del mito significante.

Ya he traído a colación algunos de esos instrumentos, incluso les mostré hasta qué punto en las ambigüedades del significante había ya inscritas cosas singulares, por ejemplo, esa extraordinaria homonimia entre la *pince*, la pezuña y los dientes del caballo. Podría desarrollárselo mucho más si les dijera que el punto medio de la pezuña se llama *pince* y que sus dos lados se llaman *mamelles*.

La última vez, hablándoles del *Schraubenzieher*, que quiere decir des-

tornillador, les dije que no es esto precisamente lo que figura en el fantasma del instalador, sino que se trata de una pinza, unas tenazas. Freud nos sale otra vez con su *Zange*, sin ver muy claras las ventajas que le ofrecía este instrumental. No crean que es el único. En los objetos que a partir de ahora se impondrán progresivamente, verán ustedes aparecer no sólo las relaciones de la madre con el niño, sino esa amovibilidad profunda que se expresa para el hombre en la cuestión del nacimiento y la muerte. Y detrás, el personaje enigmático, inquietante, burlesco, de la cigüeña.

No olviden que la cigüeña tiene también un estilo muy distinto. A este Señor Cigüeña — *der Storch* —, le verán ustedes llegar con su extravagante silueta, un sombrerito y unas llaves que no se mete en los bolsillos, porque no tiene, las lleva en el pico, y se sirve igualmente de su pico como de un forceps, como báscula y como candado.

En adelante quedaremos sumergidos por el material, y esto es lo característico de como continúa la observación. Para que no se vayan sin algo concreto, subrayaré el momento axial, decisivo, de todo lo que se producirá en torno a la madre y el niño.

La próxima vez, examinaremos todo esto paso a paso y veremos, por medio de algunas formas significantes precisas, cómo esta madre y este niño siguen siendo en todo momento los mismos, transformados. El coche se convertirá en una bañera, luego en una caja, etc. Todos estos elementos encajan los unos en los otros.

Una vez se han hecho bastantes progresos con la madre, ya verán cuáles, interviene un fantasma precioso. Es un juego con una muñequita de goma a la que Juan llama, como por casualidad, Grete. *¿Por qué?* — le preguntan. — *Porque yo la llamaba Grete.* Si uno ha leído bien la observación, ve algo que parece haberle pasado desapercibido al padre, o sea que se trata de la misma que había sido testigo del juego con la madre.

Pero ahora ya se han hecho progresos, se ha adelantado bastante en lo que se refiere al dominio de la madre. Este término de dominio debe emplearse en su sentido más técnico, y ya verán quién le ha enseñado Juanito a llevarla con un toquecito de riendas, incluso a darle algún que otro golpecito.

Juanito introduce en la muñequita un cuchillo que la atraviesa, luego introduce algo para que sobresalga. Rehace esta pequeña perforación, pero ahora con una navajita, que previamente ha metido por el agujerito que hace *¡cuic!*

Juanito ha encontrado definitivamente la clave, el colmo de la farsa. La madre tenía en la cabeza, escondido, un cuchillito para cortársela. Y Juanito ha encontrado la forma de hacerlo salir de ahí.

22 de mayo de 1957

XXI

LAS BRAGAS DE LA MADRE Y LA CARENCIA DEL PADRE

El Lumpf *y el vestido.*
El desatornillado de la bañera.
Fóllatela un poco más.
La suplencia del padre.
Infecunda castración materna.
La Idea de Ana.

9 de abril	las dos bragas
11 de abril	la bañera y el taladro
13 de abril	la caída de Ana
14 de abril	la gran caja...
15 de abril	... y la cigüeña
16 de abril	el caballo fustigado
21 de abril	el embarque imaginario con el padre
«	el gran diálogo
22 de abril	la consagración en la vagoneta
«	la navajita en la muñeca
24 de abril	el cordero
26 de abril	Lodi
30 de abril	*bin ich der Vatti*
2 de mayo	el instalador

Retomemos hoy nuestra charla sobre Juanito, que desde hace algún tiempo es objeto de nuestra atención.

Recuerden con qué propósito se desarrolla este comentario. En suma, ¿qué es Juanito? La palabrería de un niño de 5 años entre el 1 de enero y el 2 de mayo de 1908. Esto es Juanito para un lector que no esté al corriente. Y si lo está y no tiene inconveniente en estarlo, sabe que esta palabrería tiene su interés.

¿Por qué lo tiene? Lo tiene porque se plantea, al menos en principio, una relación entre esta palabrería y algo bien consistente, a saber, una fobia, con todas las molestias que supone en la vida del joven sujeto, todas las inquietudes que suscita en su entorno, todo el interés que despierta en el profesor Freud.

Las relaciones entre esta palabrería y esa fobia, considero de suma importancia elucidarlas. No ha lugar tratar de hacerlo en un más allá de la palabrería, que de ninguna manera se nos expone en la observación. Esta idea sólo se nos ocurre *a posteriori*, con todo el carácter imperioso de un prejuicio. Como ejemplo, ahí tienen el comentario que hice la última vez, sobre la historia de la muñeca que Juanito atraviesa con una navajita.

Hoy he recompuesto una cronología. Creo que todos, con el tiempo, no sólo han leído, sino releído la observación de Juanito, y estas indicaciones tienen ya vida propia.

1

Me entretuve la última vez en las reacciones de Juanito con respecto a las dos bragas de su madre, con todo lo que el diálogo con el padre tiene en ese momento de problemático, lleno de interrogaciones, de un profundo malentendido.

Con Freud, puse el acento en lo que en su opinión era el residuo esencial de este diálogo, o sea la afirmación, de ninguna manera inducida ni sugerida por el interrogatorio, de que las dos bragas no tienen en absoluto el mismo sentido si están ahí sueltas — en este caso Juanito escupe, se revuelca por el suelo, monta todo un número, manifiesta un asco cuya clave no nos entrega, pero manifiesta igualmente el deseo de que se lo comuniquen al Profesor — o si las lleva la madre, y en tal caso tienen para él un sentido muy distinto.

Luego ha llegado a mis oídos no sé qué sorpresa por parte de algunos por el hecho de que yo habría eludido en este sentido la conexión de las *Hosen* en cuestión, las bragas de la madre, con el *Lumpf*.

En el vocabulario de Juanito, el *Lumpf* son los excrementos. Los nombra de esta forma atípica, como ocurre en los niños, en quienes con excesiva frecuencia esta función recibe un nombre fortuito, cuando no desafortunado, a partir de una primera denominación vinculada con determinada conexión de su ejercicio. Veremos de qué se trata.

En suma me imputan elidir, por no sé qué espíritu de sistema, ese estadio anal que surge al punto en nuestra mente, exactamente como cuando pulsando un botón se provoca alguna reacción condicionada del perro de Pavlov. En cuanto oyen ustedes hablar de excrementos — *¡Estadio anal! ¡Estadio anal! ¡Estadio anal!* Pues bien, hablemos de estadio anal, porque todo tiene que desarrollarse con normalidad.

Quisiera que consideraran esta observación con alguna perspectiva y advirtieran que en todo caso hay algo que de ninguna forma está indicado en el proceso de esta cura rápida. ¿Es una cura? Ciertamente, no he dicho que fuese una cura, he dicho que era un texto con una función especial en nuestra experiencia de análisis, como cada una de las grandes observaciones de Freud. En ninguno de estos casos se encuentra nada que pueda inscribirse en el registro frustración-regresión-agresión.

A lo largo de toda esa cura, Juanito no sólo no se ve sometido a ninguna frustración, sino que lo colman. ¿Regresión, agresión? Agresión, sin duda, pero desde luego no vinculada con ninguna frustración, ni con ningún momento de regresión. Si hay regresión, no es en el sentido instintual, ni en el sentido de resurgimiento de algo anterior.

Si en efecto hay un fenómeno de regresión, es de un registro como aquél que les he indicado como posible en diversas ocasiones. Es lo que ocurre cuando, por la necesidad de elucidar su problema, el sujeto persigue la reducción de determinado elemento de su ser en el mundo, de sus relaciones, por ejemplo, la reducción de lo simbólico a lo imaginario, incluso alguna vez, como es manifiesto en esta observación, de lo real a lo imaginario. Se trata, en otras palabras, del cambio del abordaje significativo de los términos presentes. Esto es lo que se ve producirse a lo largo de esta observación, cuando Juanito prosigue su elaboración con esa especie de rigor, de esa manera imperiosa, característica del proceso significante tal como Freud lo definió, como inconsciente. Aunque el sujeto no puede darse cuenta, aunque no sabe literalmente nada de lo que está haciendo, con sólo incitarle a desarrollar la incidencia significante que él mismo ha producido como necesaria para su sustentación psicológica, ya es suficiente para que al desarrollarla obtenga cierta solución, no forzosamente una solución normativa, ni la mejor solución, pero sí una solución que, en el caso de Juanito, tiene como efecto, a todas luces, la resolución del síntoma.

Volvamos al *Lumpf*.

Con respecto a los signos de asco manifestados ante las bragas de la madre, Freud habla de una *relación con el Lumpf, Lumpf-Zusammenhang.* El padre plantea preguntas en esta dirección, seguramente porque Juanito había dado muestras de que la cuestión de los excrementos no carecía para él ni de significación ni de interés. Pero esta *relación con el Lumpf* se invierte — podemos decir a la inversa que el *Lumpf* es traído a colación a propósito de las bragas.

¿Qué queremos decir con esto? No es solamente que Juanito se vea llevado a hablar de las funciones excremenciales a propósito de la reacción de asco que manifiesta ante las bragas de la madre. ¿Cómo intervienen los excrementos y lo anal en la observación? Sin duda Juanito se toma un interés por el *Lumpf* que tal vez no carece de conexión con su propia función excremencial. Pero en este momento se trata de la participación de Juan en las funciones excremenciales de la madre, plenamente aceptada por parte de ella.

Cada vez que se pone o se quita las bragas, tiene ahí pegado a Juanito, dando la lata, y la madre se disculpa ante el padre, quien por otra parte está bastante al corriente, pero entonces pone al día su pequeña investigación — *No puedo evitar llevarlo conmigo al lavabo,* dice ella. Entre Juanito y su madre hay este juego de ver y no ver, pero también de ver lo que no puede ser visto porque no existe, y Juanito lo sabe muy bien. Para ver lo que no puede ser visto, es preciso verlo detrás de un velo, es decir, que se ha de poner un velo delante de la inexistencia de lo que se trata de ver. Detrás del tema del velo, de las bragas, del vestido, se disimula el fantasma esencial de las relaciones entre la madre y el niño — el fantasma de la madre fálica. Alrededor de este tema es como se introduce el *Lumpf.*

En consecuencia, si dejo el *Lumpf* en el plano que le corresponde, es decir, en este segundo plano, no es por espíritu sistemático, sino porque en la observación aparece únicamente en esta conexión. En un análisis no basta con percibir un aire familiar para quedarse encantado, como quien está entre amigos, y contentarse entonces con un estribillo, es decir, en este caso, el complejo anal. Se trata de saber en determinado momento del análisis cuál es la función precisa de este tema. Si este tema es siempre importante para nosotros, no es simplemente por esa significación puramente implícita, en sí misma vaga y vinculada únicamente con ideas de genetismo que pueden ser cuestionadas en cada caso concreto y en cada momento de una observación. Es por su conexión con el sistema completo del significante en su evolución, tanto mientras hay

síntoma, como en el curso de la enfermedad y en el proceso de la cura. Si aquí el *Lumpf* tiene un sentido suplementario en el interior del sistema, es por su estricta homología respecto de la función de las bragas, es decir, la función de velo. El *Lumpf,* como las bragas, es algo que puede caer. El velo cae, y en la medida en que el velo ha caído, Juanito tiene un problema. Este velo, por así decirlo, él lo levanta, le levanta los faldones, porque el fantasma de la bañera, o sea la introducción de un elemento estrechamente relacionado con la caída, lo veremos aparecer inmediatamente en función de la experiencia del 9 de abril, la larga explicación sobre las bragas. La combinación de esto que cae más el otro término presente en la fobia con el que Juan se enfrenta, o sea el mordisco, da en efecto el tema de la amovibilidad, del desatornillamiento, un elemento esencial de reducción de la situación en la sucesión de los fantasmas.

La sucesión de los fantasmas de Juanito debe concebirse sin ninguna duda como un mito en desarrollo, un discurso. En la observación no se trata sino de una serie de reinvenciones de este mito con la ayuda de elementos imaginarios. Se trata de comprender la función de este progreso que va rotando, de esas sucesivas transformaciones del mito, y lo que, a un nivel profundo, representa para Juan la solución del problema, el de su posición en la existencia, en la medida en que ha de situarse en relación con determinada verdad, determinado número de referencias de verdad con respecto a las cuales él debe ocupar un lugar.

Si hiciera falta alguna prueba suplementaria de esto que les digo — insisto, porque se me ha hecho esta objeción y, ya que he tropezado con ella, quiero seguirla hasta el final —, añadiría que Juanito, de vuelta de casa de la abuela el domingo 12 de abril por la noche, en el vagón de tren, da muestras de que los cojines negros del compartimento le dan asco, porque es *Lumpf.* ¿Qué es lo que se compara con la negrura del *Lumpf* en la explicación posterior con el padre? Una blusa negra y unas medias negras. La estrecha relación del tema del *Lumpf* con los vestidos de la madre, es decir, con el tema del velo, la revela el propio Juanito, eso sí, interrogado por su padre.

Por otra parte, ¿qué es este *Lumpf,* y de dónde sale? ¿Por qué Juanito llama *Lumpf* a los excrementos? En la propia observación nos dicen igualmente que es por comparación con las medias negras.

En resumen, en el segmento de observación que todavía estamos examinando, el *Lumpf,* es decir, el excremento, interviene siempre en determinada función de la articulación significante, relacionada con el tema

del vestido, del velo, tras el cual se esconde la ausencia negada del pene de la madre. Esta es su significación esencial.

En consecuencia, no estamos modificando para nada la dirección de la observación con espíritu partidario de ninguna clase, cuando tomamos este eje para comprender el progreso de las transformaciones míticas a través de las que se efectúa en el análisis la reducción de la fobia.

2

Habíamos llegado al 11 de abril y al fantasma de la bañera.

Como les dije, con la bañera empieza a movilizarse la situación, o en otros términos, la realidad asfixiante y única de la madre, a la que por x razones Juan se siente vinculado, con máxima producción de angustia. Desde el momento en que se siente a la vez librado a la madre, amenazado y anulado por ella, la madre representa la situación de peligro, peligro por otra parte innombrable en sí mismo, angustia propiamente dicha. Se trata de ver cómo sale el niño de esta situación.

Les recuerdo el esquema fundamental de la situación del niño respecto de la madre, en el trance de perder su amor.

Niño *Es*	Madre S	iS(i)
Pene real	Pecho R	Ana

La madre es la madre simbólica, primer elemento de la realidad simbolizado por el niño, en la medida en que puede estar ausente o presente. Cuando ella rehusa el amor, la compensación se encuentra en el pecho real, por aplastamiento bajo la satisfacción real, lo que no impide que entonces se produzca una inversión. En efecto, en la misma medida en que el pecho se convierte en una compensación, se convierte al mismo tiempo en el don simbólico, mientras que la madre se convierte en un elemento real, es decir, omnipotente, que rehusa su amor.

El progreso de la situación con la madre consiste en esto, en que el niño ha de descubrir, más allá de la madre, lo que ella ama. El elemento

imaginario no es el niño, sino el i, es decir, el deseo del falo de la madre. A fin de cuentas, lo que el niño ha de hacer — no quiere decir que lo haga —, es llegar a formular esto — i S(i). Eso es lo que nos muestra el juego de ocultación del niño todavía *infans*, con su comportamiento de alternancia acompañado de una contrapartida simbólica, una oposición vocalizada.

Para Juanito, este esquema se ha complicado con la introducción de dos elementos reales. Por una parte, Ana, es decir, un niño real, complica la situación, las relaciones con el más allá de la madre. Y además, hay algo que sin duda le pertenece, pero no sabe qué hacer con ello, un pene real que empieza a menearse y en su momento tropezó con una mala acogida por parte de la persona que lo ponía en funcionamiento. Juanito le había dicho a su madre — *Es bonito, ¿no?* Su tía se lo había dicho a él un día — *No hay ninguno más bonito.* Por el contrario, su iniciativa fue muy mal recibida por parte de su madre, y entonces el asunto se complica mucho.

Para apreciar esta complicación, no tienen más que tomar los dos polos de la fobia, o sea los dos elementos que hacen temible al caballo — el caballo muerde y el caballo cae.

El caballo muerde, es decir — *Como ya no puedo seguir satisfaciendo a mi madre, ella va a satisfacerse tal como yo lo hago cuando ella no me satisface, o sea que va a morderme como yo la muerdo, mi último recurso cuando no estoy seguro de su amor.*

El caballo cae — Cae exactamente como a mí me dejaron caer desde que sólo están por Ana.

Por otra parte, está claro que, en cierto modo, es preciso que Juanito sea comido y mordido. Lo es porque eso corresponde a una revalorización de ese pene que le ha despreciado, que le ha rechazado su madre, y si ha de llegar a ser algo — a eso aspira Juanito — ha de ser mordido. El mordisco, que la madre lo tome, es algo tan deseado como temido.

Lo mismo ocurre con lo de caer. La caída del caballo, Juanito no sólo la teme, también puede desearla. Juanito desea ver caer más de un elemento de la situación. En cuanto introducimos en la observación la categoría de lo caído, el primer elemento que se presenta es la pequeña Ana. Desea que caiga, si puede ser, a través de los barrotes excesivamente separados del balcón estilo secesión — porque es una casa de gente vanguardista —, al cual por otra parte fue necesario añadirle una reja inmunda, no fuera que Juanito se diese demasiada prisa por lanzar a la pequeña Ana al espacio.

La función del mordisco, como la de la caída, se dan en las estructuras más aparentes de la fobia. Son elementos esenciales. Como ven, se trata de elementos significantes de dos caras. Éste es el verdadero sentido del término ambivalencia. La caída, como el mordisco, Juanito no sólo los teme. Estos elementos pueden intervenir igualmente en sentido opuesto. El mordisco, en cierto modo, es deseado, porque desempeñará un papel esencial en la solución de la situación. La caída es igualmente un elemento deseado, y si bien la niña no caerá, la madre sí describirá una trayectoria de caída tras la aparición de la curiosa función instrumental del desatornillado, surgido por primera vez de forma enigmática en el fantasma de la bañera.

Como les dije la otra vez, de lo que se trata es de una angustia referida no tan solo a la madre, sino a todo el conjunto, a todo el medio, a todo lo que hasta entonces había constituido la realidad de Juanito, los puntos de referencia fijos de su realidad, lo que llamé la última vez la barraca. Con el primer fantasma en el que aparece aquel *Schlosser* que desatornilla la bañera, empiezan a desmontársela pedazo a pedazo.

Esto no es de ninguna manera una conexión abstracta que haga yo, es algo perfectamente contenido en la experiencia. La observación nos revela que ya han desatornillado alguna que otra bañera delante de Juanito, porque cuando iban a Gmunden de vacaciones se llevaban una bañera dentro de una caja. Por otra parte, sabemos de más de una mudanza anterior, en fechas que, lamentablemente, no conocemos con precisión, pero deben situarse en la época cubierta por la anamnesis de la observación, es decir, dos años antes de la enfermedad, de los que tenemos algunas notas parentales.

Las mudanzas, así como el transporte de la bañera a Gmunden, han proporcionado ya a Juanito material significante sobre lo que significa eso de desmontar la barraca. Ya sabe que eso puede ocurrir, es una experiencia más o menos integrada en su manipulación propiamente significante. El fantasma de la bañera desatornillada es como un primer paso en la percepción del fenómeno de la fobia, que primero se presenta con un carácter opaco, con señales de inhibición, de detención, de frontera que no se puede traspasar. Todo esto, sólo puede movilizarlo la misma fobia, con sus elementos que se pueden combinar de distinta forma.

La última vez les expliqué la significación plural de la *pince*, que tanto en la lengua alemana como en la lengua francesa y en algunas otras, especialmente en la lengua griega, designa el aparato mordedor del caballo, sus dientes delanteros, así como algo que significa pinza o tenazas.

Aquí es donde aparece por primera vez el personaje que interviene con pinzas y tenazas, introduciendo un elemento de evolución, insisto, puramente significante. No vayan a decirme que en el niño ya hay huellas instintivas capaces de explicar que le desatornillen el trasero. En el significante, y en ninguna otra parte, es decir, en el mundo humano del símbolo que comprende igualmente el útil o el instrumento, se desarrollará la evolución mítica en la que se empeña Juanito, con la colaboración oscura y dubitativa establecida entre él y esos dos personajes volcados en su caso para psicoanalizarlo.

Me detendré un momento en lo siguiente, en que no sólo está la bañera y el desatornillado, también está el *Bohrer*, el berbiquí. Como siempre, los testigos del periodo exploratorio del análisis tienen una percepción muy viva, vinculada con la frescura del descubrimiento, y no les cabe la menor duda sobre lo que es este berbiquí — *Es el pene paterno*, dicen. También aquí aparece cierta ambigüedad en el texto — este pene, ¿apunta a Juanito o apunta a la madre? Esta ambigüedad es completamente válida, tanto más a medida que vamos comprendiendo mejor de qué se trata.

Vean en ello una prueba de lo que les digo, que no basta con tener en la cabeza el fichero más o menos completo de las situaciones clásicas del análisis, o sea, que hay un complejo de Edipo invertido, y que en una percepción del coito de los padres un niño puede identificarse con la parte femenina. Es verdad que podemos encontrar ahí una identificación, ¿por qué no? — pero con una sola condición, que comprendamos en qué sentido es verdad, porque conformarse con decirlo, no sólo no tiene ningún interés, además no pega de ninguna manera con ninguno de los pormenores de lo que aparece en el fantasma — el niño imaginándose y articulando que algo le ha hecho un gran agujero en la barriga. Esto sólo puede tener su sentido en el contexto, en la evolución significante en cuestión.

Digamos que en este momento, Juanito le explica a su padre — *Méteselo de una vez por todas donde hace falta*. De eso se trata, sin duda, en la relación de Juanito con su padre. En todo momento tenemos presente esta carencia y el esfuerzo que hace Juanito para restituir, no diré una situación normal — no es así, porque el padre está desempeñando el papel que desempeña con Juan, es decir, el de suplicarle que crea que él, papá, no es malo — sino una situación estructurada. Y en esta situación estructurada, hay importantes razones para que mientras Juanito acomete el desatornillado de la madre, provoque correlativamente y de forma

imperiosa la entrada en funciones de este padre con respecto a la madre.

Lo repito — en el curso de un análisis, los fantasmas de pasividad del niño, sus identificaciones con la madre en una relación fantasmática con el padre, pueden intervenir de mil formas, en mil perspectivas.

Sin ir más allá de mi propia experiencia analítica, no hace mucho escuché a un hombre, no más homosexual en mi opinión que lo que Juanito haya podido llegar a ser, articular que en un momento dado de su infancia se había fantaseado sin duda alguna en la posición materna. En este caso, se trataba precisamente de ofrecerse como víctima en su lugar. Toda su situación infantil, en efecto, la había vivido a partir de la importunidad de la insistencia sexual del padre, personaje muy exuberante, incluso exigente en sus necesidades frente a una madre que las rechazaba con todas sus fuerzas, y justificadamente o no, el niño percibía que ella vivía la situación como una víctima.

Esta identificación estaba integrada en el desarrollo de la sintomatología de este sujeto — sujeto neurótico, de forma que no podemos detenernos en la posición simplemente feminizada, hasta homosexual, que representa funcionalmente, en un momento dado del análisis, el surgimiento de este fantasma, cuyo contexto le da en este caso un sentido completamente distinto, incluso opuesto a lo que ocurre en la observación de Juanito.

Juanito le dice a su padre — *Fóllatela un poco más*, mientras que mi paciente le dice — *Fóllatela un poco menos*. No es lo mismo, aunque en los dos casos tengan que emplear el término *Fóllatela*, incluso *Fóllame a mí en su lugar si hace falta*. Así, es la conexión significante del término lo que permite apreciar de qué se trata.

Tal como se la acabo de presentar a ustedes, aparentemente la situación así creada no tiene salida, porque el padre tampoco interviene. Me dirán — *Pero el padre existe, el padre está ahí*. ¿Cuál es la función del padre en el complejo de Edipo? Evidentemente, sea cual sea la forma en que se presenta el callejón sin salida en la situación del niño con la madre, debe introducirse otro elemento.

Hay que repetir las cosas. Si no se repiten, se pierden. Por eso vamos a rearticular el complejo de Edipo una vez más.

3

Por supuesto, no voy a hacerles una rearticulación del complejo de Edipo. Como se trata de un esquema fundamental, por definición hay que explicarlo de mil formas distintas. Sin embargo, hay elementos estructurales que son los mismos y que siempre podemos encontrar, al menos en cuanto a su disposición y su número.

En un plano determinado, el padre se introduce como tercero en la situación entre el niño y la madre. Considerado en otro plano, se introduce como cuarto, porque ya hay tres elementos, debido a ese falo inexistente. He aquí el *en sí* de la situación, si me perdonan ustedes esta expresión que no me gusta mucho, pero me veo obligado a emplearla para ir deprisa. Quiero decir que considero de momento al padre en la medida en que debe estar ahí, en la situación, con los otros, independientemente de lo que ocurrirá para el *para sí* del sujeto. Tampoco me gusta mucho esta expresión, pues podrían creer ustedes que este *para sí* se da en la conciencia del sujeto, cuando en su mayor parte está en su inconsciente, tratándose de los efectos del complejo de Edipo. Por lo tanto, si señalo que el padre debe estar ahí *en sí*, es para marcar la diferencia. ¿Cuál debe ser su papel?

No puedo rehacer ahora toda la teoría del complejo de Edipo. Digamos de todos modos que el padre es quien posee a la madre, la posee como padre, con su pene de verdad, un pene suficiente, a diferencia del niño, víctima del problema de un instrumento a la vez mal asimilado e insuficiente, cuando no rechazado y desdeñado.

¿Qué nos enseña la teoría analítica sobre el complejo de Edipo? ¿Qué lo hace de alguna manera necesario? No me refiero a una necesidad biológica, ni a una necesidad interna, sino a una necesidad al menos empírica, puesto que si se descubrió fue en la experiencia. Si quiere decir algo que el complejo de Edipo exista, es que el brote natural de la potencia sexual en el niño no se produce solo, ni en un tiempo, ni en dos tiempos. Se produce efectivamente en dos tiempos, si consideramos pura y simplemente el plano fisiológico, pero la sola consideración de este brote biológico no basta en absoluto para explicar lo que ocurre.

Es un hecho — para que la situación se desarrolle en condiciones normales, me refiero a las que le permiten al sujeto humano conservar una presencia suficiente, no sólo en el mundo real, sino también en el mundo simbólico, o sea para que se soporte a sí mismo en el mundo

real, pero en el mundo simbólico, es decir, para que se soporte en el mundo real tal como está organizado, con su trama simbólica, no basta tan solo con la percepción de lo que llamé la última vez el movimiento, con esa aceleración que arrastra al sujeto y lo transporta, ha de haber además detención y fijación de dos términos. Por una parte, es preciso que el verdadero pene, el pene real, el pene válido, el pene del padre, funcione. Por otra parte, el pene del niño, que se sitúa en comparación con el primero, en una *Vergleichung*, ha de adquirir su misma función, su realidad, su dignidad. Y para conseguirlo, es preciso pasar por esa anulación llamada el complejo de castración.

En otros términos, en la medida en que su pene resulta momentáneamente aniquilado, el niño estará destinado a acceder a una función paterna plena, o sea ser alguien que se sienta legítimamente en posesión de su virilidad. Y resulta que este *legítimamente* es esencial para un feliz funcionamiento de la función sexual en el ser humano. Todo lo que decimos sobre el determinismo de las eyaculaciones precoces y los distintos trastornos de la función sexual no tiene ningún sentido, salvo en este registro.

He aquí el problema del complejo de Edipo, resituado. La experiencia nos lo indica, y por otra parte no era previsible. El esquema de la situación que acabo de darles tampoco es en sí mismo previsible. Como lo demuestra que la experiencia analítica, descubridora del Edipo como integración en la función viril, nos permita llevar más lejos las cosas a propósito del padre simbólico.

El padre simbólico, es el *nombre del padre*. Es el elemento mediador esencial del mundo simbólico y de su estructuración. Es necesario para ese destete, más esencial que el destete primitivo, por el que el niño sale de su puro y simple acoplamiento con la omnipotencia materna. El nombre del padre le es esencial a toda articulación de lenguaje humano, y por esta razón dice el Eclesiastés — *El insensato ha dicho en su corazón: no hay Dios.*

¿Por qué lo dice en su corazón? Porque no puede decirlo en su boca. Por otra parte, es insensato, hablando con propiedad, decirse en el corazón que no hay Dios, simplemente porque es insensato decir algo que es contradictorio con la misma articulación del lenguaje. Saben muy bien que no estoy haciendo aquí profesión de deísmo.

Hay el padre simbólico. Hay el padre real. Como la experiencia nos enseña, en la asunción de la función sexual viril juega un papel esencial la presencia del padre real. Para que el sujeto viva verdaderamente el com-

plejo de castración, es preciso que el padre real juegue de verdad el juego. Debe asumir su función de padre castrador, la función de padre en su forma concreta, empírica, casi iba a decir degenerada, pensando en el personaje del padre primordial y la forma tiránica y más o menos horrible bajo la cual nos lo presentó el mito freudiano. En la medida en que el padre, tal como existe, cumple su función imaginaria en lo que tiene de empíricamente intolerable, incluso indignante cuando se deja sentir su incidencia castradora, sólo en esta perspectiva, se vive el complejo de castración.

El caso de Juanito lo ilustra maravillosamente. Hay un padre simbólico, y el padre de Juanito, que no es un insensato, cree en él enseguida — Freud es el buen Dios. Éste es para Juanito uno de los elementos esenciales en la instauración del equilibrio. Naturalmente, cree como todos creemos en el buen Dios — cree sin creer. Cree porque la referencia a una especie de testimonio supremo es un elemento esencial de cualquier clase de articulación de la verdad. Hay alguien que lo sabe todo, lo ha encontrado, es el profesor Freud. Qué suerte tener al buen Dios en la tierra. No todos tenemos tanta suerte.

Esto le resulta muy útil, pero no suple en absoluto la carencia del padre imaginario, del padre verdaderamente castrador. Aquí está todo el problema. Para Juanito, se trata de encontrar una suplencia para ese padre que se obstina en no querer castrar. Ésta es la clave de la observación.

Se trata de saber cómo va a poder soportar Juanito su pene real, precisamente porque no está amenazado. Aquí está el fundamento de la angustia. Esto es lo intolerable de su situación, esta carencia por parte del castrador. De hecho, a través de toda la observación, no se ve aparecer nada que represente la estructuración, la realización, la vivencia, ni siquiera fantasmática, de algo que se llame una castración.

Juanito reclama imperiosamente una herida. Cualquier cosa le sirve. Contrariamente a lo que dice Freud, en la experiencia de Fritz hiriéndose en el pie con una piedra no hay nada que por sí mismo haya suscitado esta conexión. El deseo de que el padre sufra tal herida como una circuncisión mítica aparece enseguida en el gran diálogo del 21 de abril, cuando Juanito le dice — *Tendrías que llegar ahí como un desnudo, als Nackter.* Todos se quedan tan estupefactos, que se preguntan qué puede querer decir ese niño. Se dicen que ese niño empieza a hablar en lenguaje bíblico. En la propia observación, se abre un paréntesis para explicar que esto sería como decir que ha de ir descalzo. Pero es Juanito quien tiene razón. Se trata de saber si el padre pasará la prueba, si se enfrentará

como un hombre a la temible madre y si también él, el padre, ha pasado o no por la iniciación esencial, por la herida, por el golpe contra la piedra. Es tanto como decirles hasta qué punto este tema, bajo su forma más fundamental, la más mítica, es algo a lo que Juanito aspira con todo su ser.

Desgraciadamente, no es así. No basta con que Juanito dijera lo que dijo en el diálogo con su padre. Todo lo que mostró en ese momento es que se moría de un imperioso deseo de ver los celos del dios celoso — *eifern* es el término empleado en la Biblia —, o sea un padre que le tenga rencor y que lo castre. Pero no lo tiene y la situación resulta ser muy distinta. Enseguida les diré cómo podemos concebirla.

Si, por parte del padre, no hay un castrador, tenemos por el contrario cierto número de personajes que están en el lugar del castrador — el *Schlosser* que empezó desatornillando la bañera y luego perfora, después otro, no estrictamente implicado en la función que se espera del padre, a quien el propio Juanito llama el instalador, y está presente en el fantasma del 2 de mayo que viene a concluir la situación. Como el dios no desempeña demasiado bien todas sus funciones, hacen venir al *deus ex machina*, el instalador, a quien Juanito le hace desarrollar una parte de las funciones del castrador requerido por el complejo de castración.

Hay que saber leer el texto. Nada puede ser más chocante que el último fantasma, el que cierra literalmente la cura y la observación. Lo que el instalador viene a cambiar es el trasero de Juanito, su misma base. Ya han desmontado toda la barraca, pero no basta, tienen que cambiarle algo a Juanito. Aquí tenemos, sin duda, el esquema de simbolización fundamental del complejo de castración.

Se ve en la propia observación hasta qué punto el propio Freud se deja llevar por el esquema. Aun cuando en el fantasma de Juanito no hay ningún indicio de que le reemplacen lo de delante, el padre fantasea y dice — *Evidentemente, también te han dado otro pene*. Y Freud le sigue. Por desgracia, no hay nada de eso. Le desatornillan el trasero, le dan otro y luego le dicen — *Date la vuelta*. Eso es todo, hay que tomar el texto tal como es. Ahí está la especificidad de la observación y lo que debe permitirnos comprender todo el conjunto.

En efecto, si tras haber estado tan cerca la cosa no llegó más lejos, es que no podía ir más lejos, porque si hubiera ido más lejos no hubiera habido fobia, sino un complejo de Edipo y de castración normal. Y no hubiera habido necesidad de tantas complicaciones, ni de la fobia, ni del

síntoma, ni del análisis, para llegar a un punto que no es forzosamente lo estipulado, lo típico.

Esto es lo que nos sitúa de forma aproximada la función del padre en este caso. Está ahí, indiscutiblemente, actuando, y resulta útil en el análisis. Pero al mismo tiempo, está ahí en funciones predeterminadas por el conjunto de la situación, manifiestamente incompatibles con la función eficaz del padre castrador.

Si hay castración, es en la medida en que el complejo de Edipo es castración. Pero la castración, no en vano se ha visto, y de forma tenebrosa, que tiene tanta relación con la madre como con el padre. La castración materna — lo vemos en la descripción de la situación primitiva — implica para el niño la posibilidad de la devoración y del mordisco. Hay anterioridad de la castración materna, y la castración paterna es un sustituto suyo.

Esta última no es tal vez menos terrible, pero es sin duda más favorable que la otra, porque es susceptible de desarrollos, lo cual no ocurre con el engullimiento y la devoración por parte de la madre. Del lado del padre, existe la posibilidad de un desarrollo dialéctico. Es posible una rivalidad con el padre, es posible un asesinato del padre, es posible una emasculación del padre. Por este lado el complejo de castración es fecundo en el Edipo, mientras que no lo es del lado de la madre. Y ello por una simple razón, que es imposible emascular a la madre, porque no hay nada que se pueda emascular.

Volvamos al punto donde habíamos dejado a Juanito. Lo tenemos pues en una encrucijada.

Ya vemos dibujarse el modo de suplencia que le permitirá superar la situación primitiva, dominada por la pura amenaza de devoración total por parte de la madre. Algo así se esboza en el fantasma de la bañera y el berbiquí. Como todos los fantasmas de Juanito, es un inicio de articulación de la situación. Se produce, por así decirlo, un retorno al remitente, es decir, la madre, de la amenaza. Se desmantela a la madre y se llama al padre a desempeñar el papel del perforador.

Tampoco en este caso hago más que tomar al pie de la letra lo que nos aporta Freud. Él está tan encantado con el papel del perforador, que hace una observación — sin resolver el problema, y por una buena razón, que habría que sondear en la filología, la etnografía, los mitos, etc. — sobre la relación que podría haber entre *Bohrer*, el berbiquí, y *geboren*, nacer. No hay relación entre las dos raíces. Es toda la diferencia que hay, en latín, entre *ferio*, golpear, y *fero*, llevar. No es la misma raíz, per-

manecen perfectamente distintas en las diferentes lenguas. En tercer lugar, está *forare*, perforar, que evidentemente es distinto. Pero lo importante es que Freud se detiene aquí en un hallazgo significante, en la problemática puramente significante que se plantea, en la evocación de Prometeo, que es un perforador, en la diferencia entre lo perforado, *gebohrt*, y lo nacido, *geboren*, que designa el transporte fundamental, el alumbramiento del niño. Paréntesis incidental para subrayar el interés de Freud por el significante.

¿De acuerdo con qué línea se desarrollará luego la solución, o mejor dicho la suplencia, producida por Juanito? Si la solución no es sino una suplencia, es porque de alguna forma se ve impotente para hacer madurar — permítanme esta expresión, en este caso no se trata de maduración instintual — o para conducir en una dirección que no lleve a un callejón sin salida el desarrollo dialéctico de la situación. Hay que creer que llega a algo, porque hay un desarrollo. Se trata de comprenderlo, y comprenderlo en conjunto. Hoy sólo voy a poder indicárselo.

¿Por qué rodeo pasa todo el desarrollo desde mediados de abril? Ana se introduce como un elemento cuya caída es posible y deseada. Lo mismo ocurre con la mordedura de la madre, tomada como elemento instrumental, sustituto de la intervención castradora y desviada en lo que a su dirección se refiere, ya que no afecta al pene, sino a algo distinto, que desemboca en un cambio en el último fantasma. Hay que creer que este cambio tiene ya por sí mismo cierto grado de suficiencia, en todo caso de suficiencia en cuanto a la reducción de la fobia. Al final, Juan cambia. Esto es lo que se consigue. El próximo día veremos todas las consecuencias que esto tiene, consecuencias capitales para el desarrollo de Juan y que, además, son fascinantes.

Ana interviene en el juego. Es el otro término inasimilable de la situación. Todo el proceso de los fantasmas de Juan consiste en resituar este elemento intolerable de lo real en el registro imaginario en el que puede ser reintegrado. Este proceso se escande en etapas que nos esforzaremos por describir una a una.

Lean o relean la observación con esta clave. Vean como Ana es reintroducida bajo una forma completamente fantasmática. Juanito nos dice por ejemplo — *Hace dos años, Ana ya vino con nosotros a Gmunden.* De hecho, por entonces se encontraba en el vientre de su madre, pero Juanito nos cuenta que la habían llevado en una pequeña maleta detrás del coche, donde se daba la gran vida. O bien, que todos los años anteriores también la habían llevado, porque la pequeña Ana siempre ha estado ahí.

Lo que a Juan le resulta intolerable, lo que no puede ni imaginarse, es que haya habido una Ana distinta de la que conoció durante las vacaciones en Gmunden, y compensa este hecho mediante una reminiscencia.

Empleo de forma muy precisa este término con su acento platónico, como opuesto a la función de la repetición y el objeto recobrado. Juanito hace de Ana un objeto cuya idea está presente desde siempre. De la misma forma que Platón debía contar sin duda con alguna explicación para nuestro acceso al mundo superior, pues podemos entrar en él aunque no formemos parte de él, Juanito reduce a Ana a algo que se recuerda desde siempre. Esta reminiscencia es la primera etapa de la imaginificación de ese real, y esto tiene un sentido distinto que las historias de regresión instintual.

Segunda etapa. En cuanto Ana es una Idea en el sentido platónico del término, incluso un ideal, ¿qué le hace hacer? La hace montar a caballito sobre el caballo de angustia. Es a la vez humorístico, brillante, mítico y épico. Encontramos aquí todas las características de esos textos épicos en los que nos esforzamos por describir dos estados de la condensación, dos etapas de la epopeya, y suponemos toda clase de interpoladores, de comentadores, de mistificadores, para explicar lo que, tanto en la epopeya como en el mito, se debe a esto, a que se trata de explicar tanto lo que ocurre en el mundo imaginario como lo que ocurre en el mundo real.

En este caso, Juanito no puede eliminar al cochero, pero por otra parte, también es preciso que la pequeña Ana lleve las riendas. Entonces, en la misma frase, dice que las riendas las llevaba uno, pero también el otro. Tienen aquí, en vivo, esa especie de contradicción interna que a menudo nos hace suponer que en los mitos hay incoherencia, confusión de dos historias, cuando en realidad el autor, ya sea Homero o Juanito, se enfrenta a una contradicción que es simplemente la de dos registros esencialmente distintos.

En suma, desde el momento en que es una imagen, esa hermana se convierte en su yo (*moi*) superior. Esta clave les da la significación de todas las apreciaciones hechas a partir de cierto momento en relación con el tema de Ana, incluyendo las apreciaciones admirativas. No son simplemente irónicas, apuntan al otro con minúscula que tiene enfrente, y le son esenciales a su posición. Juanito le hace hacer algo que a él le permitirá empezar a dominar la situación. Cuando la pequeña Ana haya montado lo suficiente el temible caballo, luego, inmediatamente, entonces Juanito podrá fantasear que también él doma al caballo, e in-

mediatamente después aparece el caballo fustigado. De este modo Juanito empieza a experimentar la verdad de la advertencia de Nietzsche — *Si vas con mujeres, no te olvides del látigo.*

No vean en esta escansión lo esencial de la lección que hoy quiero aportarles. Es sólo un corte exigido por lo avanzado de la hora a la que nos ha llevado este discurso.

5 de junio de 1957

XXII

ENSAYO DE UNA LÓGICA DE CAUCHO

El padre en la nevera.
La gavilla y la hoz.
La metáfora paterna.
La madre desdoblada.
Una paternidad imaginaria.

El año avanza y Juanito, esperémoslo, toca a su fin.

Conviene que les recuerde en el umbral de esta lección que este año nos habíamos dado como objetivo la revisión de la noción de relación de objeto. No me parece inútil tomar por un instante un poco de distancia, con tal de mostrarles, no el camino recorrido — siempre se recorre alguno —, sino cierto efecto de desmistificación que como ustedes saben me importa mucho en materia de análisis.

Hay, me parece, un mínimo exigible en la formulación analítica, y es darse cuenta de esto. Sin duda, el hombre algo tiene que ver con sus instintos — instintos en los que yo creo, digan lo que digan, incluido el instinto de muerte. Pero no obstante, la aportación del psicoanálisis nos permite prever que las cosas no pueden resumirse en una fórmula tan simple, tan simplona, como ésa a la que vemos sumarse por lo común a los analistas, o sea que finalmente todo se resuelve cuando las relaciones del sujeto con su semejante son, como suele decirse, relaciones de persona a persona y no relaciones con un objeto.

No porque haya tratado de mostrarles aquí la relación de objeto en su complejidad real rechazo la expresión de relación de objeto. ¿Por qué no habría de ser nuestro semejante, con toda validez, un objeto? Aún diría más — Dios quisiera que lo fuese. En verdad, el análisis nos muestra que por lo común es todavía mucho menos que un objeto. Es algo que ocupa su lugar de significante en el interior de nuestra interrogación, si es cierto que la neurosis es, como yo les digo y redigo, una pregunta.

Un objeto, no es algo tan simple. Un objeto es algo que sin duda se conquista, incluso, como Freud nos lo recuerda, no se conquista nun-

ca sin haber sido previamente perdido. Un objeto es siempre una reconquista. Sólo si recupera un lugar que primero ha deshabitado, el hombre puede alcanzar lo que impropiamente llaman su propia totalidad.

Es ciertamente deseable el establecimiento de una relación entre nosotros y algunos sujetos primordiales que representan, en efecto, la plenitud de la persona. Pero desde luego, en este terreno es de lo más difícil avanzar, porque favorece todos los deslices y todas las confusiones. Una persona, se imaginan por lo común, es aquel ser a quien reconocemos como a nosotros mismos el derecho de decir *yo (je)*. Pero es demasiado evidente que nos resulta embarazoso a más no poder tener que decir yo (je) en su sentido pleno, como la experiencia analítica lo pone de relieve de forma poderosa, y en cada ocasión, cuando se trata de pensar en el otro como alguien que dice yo (je), nos deslizamos por lo común a hacerle decir nuestro propio yo (je), es decir, lo inducimos a nuestros propios espejismos.

En resumen, como subrayé el año pasado al final de mi seminario sobre las psicosis, no es el problema del *yo (je)* sino el del *tú*, el de más difícil realización cuando se trata del encuentro con la persona. Este tú, todo indica que es el significante límite. A fin de cuentas, no lo alcanzamos nunca, nos detenemos a medio camino. Sin embargo, de él es de quien recibimos todas las investiduras, y no en vano al final de mi seminario del año pasado me detuve en — *Tú eres aquél que me seguirás, o que no me seguirás, que harás esto o no lo harás.*

Si algo nos ha enseñado la experiencia analítica, es que toda relación interhumana se basa en una investidura proveniente en efecto del Otro. Este Otro está ya en nosotros bajo la forma del inconsciente, pero en nuestro propio desarrollo no se puede realizar nada, salvo a través de una constelación que implica al Otro absoluto como sede de la palabra. Si el complejo de Edipo tiene sentido es precisamente porque plantea como fundamento de nuestra instalación entre lo real y lo simbólico, así como de nuestro progreso, la existencia de aquél que tiene la palabra, de aquél que puede hablar, del padre. Por decirlo todo, lo concreta en una función que en sí misma es problemática. La pregunta *¿qué es el padre?* está planteada en el centro de la experiencia analítica como eternamente irresuelta, al menos para nosotros, analistas.

En este punto quiero seguir hoy con el problema de Juanito, para mostrarles dónde se sitúa él con respecto a lo que el padre es y no es. Pero tenemos que tomar esta cuestión desde más arriba.

1

Empezaré advirtiéndoles que el único lugar desde donde pueda responderse de forma plena y válida a la pregunta por el padre es una determinada tradición. No se trata de la habitación de al lado, como digo a menudo a propósito de los fenomenólogos, sino de la puerta de al lado.

Si el padre ha de encontrar en algún lugar su síntesis, su sentido pleno, es en una tradición que se llama la tradición religiosa. No en vano vemos formarse a lo largo de la historia la tradición judeocristiana, la única que trata de establecer un acuerdo entre los sexos en base a una oposición entre la potencia y el acto que encuentra su mediación en un amor. Fuera de esta tradición, digámoslo claramente, toda relación con el objeto implica una tercera dimensión. La vemos articulada en Aristóteles, pero enseguida quedó eliminada por, yo diría, el Aristóteles apócrifo, el Aristóteles de una teología que se le atribuyó mucho más tarde. Todo el mundo sabe que existe y sabe que es apócrifa. El término aristotélico esencial en lo que se refiere a la constitución del objeto, que se añade como tercer principio a la forma, εἶδος, y a la materia, ὕλε, es στέρησις, la privación.

La relación de objeto tal como se establece en la literatura analítica y en la doctrina freudiana gira alrededor de esta noción de la privación, de la que partí este año. Esta noción es central para comprender que todo el progreso de la integración del hombre y de la mujer a su propio sexo exige el reconocimiento de una privación. Privación que debe asumir uno de los dos sexos —en cuanto al otro, privación que se debe asumir igualmente para asumir plenamente el propio sexo. En suma, *Penisneid* por una parte, complejo de castración por la otra.

Todo coincide con la experiencia más inmediata. Es bastante singular ver cómo se replantea, bajo una forma más o menos camuflada, pero hasta cierto punto deshonesta, la idea de que la maduración de la genitalidad conlleva oblatividad y reconocimiento pleno del otro, consiguiéndose establecer por este medio la supuesta armonía preestablecida entre el hombre y la mujer, que como muy bien vemos, sin embargo, es un fracaso perpetuo en su experiencia cotidiana.

Ve a decirle a la esposa de hoy en día que es —como se expresa el teólogo inscrito bajo la denominación de Aristóteles, tras toda una tradición medieval y escolástica— ve a decirle a la esposa actual que ella es

la potencia y tú, el hombre, eres el acto. Obtendrás una respuesta inmediata — *Eso es poca cosa, ¿tan blanda te crees que soy?* Y sin duda, está claro, la mujer ha ido a dar con los mismos problemas que nosotros. Sin necesidad de abordar el aspecto feminista o social de la cuestión, basta con citar la bella estrofa de Apollinaire con la profesión de fe que ponía en boca de Teresa-Tiresias, o más exactamente de su marido, que mientras huye de un policía le dice:

Soy una mujer honrada — señor
Mi mujer es un hombre — señora
Se ha llevado el piano el violín el chollo
Es soldado ministro miérdico

Mantengámonos firmes y en el terreno de nuestra experiencia. Si ésta ha hecho hacer algún progreso al problema sexual, cada vez más presentificado en toda nuestra experiencia del desarrollo de la vida, incluso de la neurosis, es en la medida en que ha sido capaz de situar las relaciones entre los sexos en los distintos peldaños de la relación de objeto. Esto significa, como se ve claramente, con sólo descorrer el velo de un pudor indigno, de un falso pudor, reconocer que si le debemos algún progreso al análisis, es precisamente en el plano de lo que debemos llamar por su nombre — el erotismo.

En este plano es donde se elucidan efectivamente las relaciones entre los sexos, como encaminadas a dar una respuesta a la pregunta planteada a propósito de su sexo por el sujeto, como algo que al mismo tiempo ha entrado en el mundo y por otra parte no halla nunca en él su satisfacción, a saber, la famosa oblatividad perfecta donde se encontraría la armonía ideal entre el hombre y la mujer. Esto sólo lo encontramos en un horizonte límite, que ni siquiera nos permite designarlo como el objetivo a realizar mediante el análisis.

Para tener una perspectiva salubre sobre el progreso de nuestra investigación, hay que darse cuenta de que en la relación del hombre y la mujer queda siempre abierta una hiancia. En última instancia, ¿qué puede resultar de ello que sea admisible para el filósofo, es decir, uno que escurre el bulto, salvo que después de todo la mujer, especialmente la esposa, tiene para él esencialmente la función que tenía para Sócrates, o sea, poner a prueba su paciencia? — su paciencia ante lo real.

Para entrar más enérgicamente en lo que hoy puntuará esto que estoy afirmando y nos conducirá nuevamente a Juanito, les comunicaré

una información recogida por uno de mis excelentes amigos en el diario de información por excelencia. Esta pequeña noticia nos viene de lo más profundo de América. Tras la muerte de su marido, una mujer, comprometida con él por el pacto de un amor eterno, se hace hacer un hijo suyo cada diez meses.

Esto puede parecerles sorprendente. No crean que se trata de un fenómeno partenogenético. Se trata, por el contrario, de inseminación artificial. Durante la última enfermedad que llevó a su marido a la muerte, esta mujer, tras hacer voto de fidelidad eterna, hizo almacenar una cantidad suficiente del líquido que habría de permitirle perpetuar a voluntad la raza del difunto, en los plazos más breves y a intervalos repetidos.

Esta pequeña noticia, que parece muy poca cosa, hemos tenido que esperar a que se produjera, cuando nos la hubiéramos podido imaginar. Es la ilustración más sobrecogedora que podamos dar de lo que llamo la x de la paternidad. Cuando les digo que el padre simbólico es el padre muerto, aquí tienen ustedes una ilustración. Pero si esto introduce algo nuevo, dando todo su relieve a la importancia de esta observación, es que, en este caso, el padre real también es el padre muerto.

No se les escapan a ustedes los problemas que introduce semejante posibilidad. ¿En qué se convierte en estas condiciones el complejo de Edipo? En el nivel más cercano a nuestra experiencia, sería fácil hacer algunos chistes sobre lo que en el límite significa el término de mujer fría. *A mujer fría*, diría el nuevo proverbio, *marido refrigerado*. Puedo mencionar igualmente el eslogan inaugurado por uno de mis amigos, como reclamo para una marca de frigoríficos. Aunque el efecto de este eslogan es algo difícil de concebir, adquiriría todo su valor para espíritus anglosajones. Imagínense un bello cartel con damas con un aire repipi y la siguiente inscripción — *She didn't care her frigid air until her friend received a frigidaire*. Eso es lo que ocurre en este caso.

En verdad, esta historia ilustra magníficamente que la noción real del padre no se confunde en ningún caso con la de su fecundidad. El problema es otro, como se ve cuando nos preguntamos qué pasa entonces con la noción del complejo de Edipo. Encárguense ustedes de hacer esa extrapolación — ahora que hemos tomado este camino, dentro de cien años les haremos a las mujeres niños que serán hijos directos de los hombres geniales vivos en la actualidad y luego conservados en botecitos como oro en paño. En esta ocasión le han cortado algo al padre, y de la forma más radical — además de la palabra. La cuestión entonces es saber cómo, por qué vía, bajo que modalidad, se inscribe en el psiquismo del niño

la palabra del ancestro, cuyo único representante y único vehículo será la madre. ¿Cómo hará hablar al ancestro escarnecido?*

Esto, que no es en absoluto ciencia ficción, tiene la ventaja de poner al descubierto una de las dimensiones del problema. Y como hace un rato les mandé a la puerta de al lado a buscar la solución ideal para el problema del matrimonio, sería interesante ver cómo se las arreglará la Iglesia para tomar posición frente al problema de la inseminación póstuma por el esposo consagrado. Si recurre a lo que suele poner por delante en tales casos, o sea al carácter fundamental de las prácticas naturales, se le podrá advertir que si una práctica semejante es posible, es precisamente porque hemos conseguido separar a la perfección la naturaleza de lo que no lo es. Por lo tanto, tal vez será conveniente precisar el término natural, y se acabará destacando el carácter profundamente artificioso de lo que hasta ahora se ha llamado la naturaleza. En suma, llegado el momento tal vez no resultaremos del todo inútiles como término de referencia. Al mismo tiempo, nuestra buena amiga Françoise Dolto, incluso uno de sus alumnos, se convertirá posiblemente en un Padre de la Iglesia.

La distinción de lo imaginario, lo simbólico y lo real no bastará tal vez para plantear los términos de este problema, cuya solución no me parece próxima, ya que puede introducirse en la realidad. Pero esta historia nos facilitará la formulación que hoy espero hacer del término en el cual puede inscribirse la sanción de la función del padre, no en sí, sino para el sujeto.

2

Después de hacer pasar esta corriente de aire que desnuda las columnas del decorado, cualquier introducción, por así decirlo, de la función paterna nos parece que es, para el sujeto, del orden de una experiencia metafórica. Se lo voy a ilustrar recordándoles bajo qué rúbrica introduje, el año pasado, la metáfora.

La metáfora es aquella función que procede empleando la cadena sig-

* *Mis en boîte*, literalmente, «metido en una caja». Tiene el sentido de «tomar el pelo» o «burlarse». (T.)

nificante, no en su dimensión conectiva en la que se instala todo empleo metonímico, sino en su dimensión de sustitución. El año pasado me impuse buscar alguna en una obra verdaderamente al alcance de cualquiera, el diccionario Quillet, de donde tomé el primer ejemplo que da, a saber, el verso de Hugo — *Su gavilla no era avara ni tenía odio.*

Me dirán que la suerte me ha favorecido, porque hoy nos viene como anillo al dedo en mi demostración. Les responderé que cualquier metáfora puede servir para una demostración análoga.

¿Qué es una metáfora?

No es, como dijeron los surrealistas, el paso de la chispa poética entre dos términos imaginariamente tan dispares como sea posible. Esta definición parecería que sí pega en este caso, pues no se trata de que esa pobre gavilla sea avara o tenga odio, y desde luego es una rareza muy humana eso de poner en relación el sujeto con el atributo por medio de una negación, la cual, por supuesto, se plantea sobre el fondo de una afirmación posible. No se trata en absoluto de que la gavilla sea avara o tenga odio. La avaricia y el odio son atributos propiedad de Booz no menos que la gavilla — él hace de sus propiedades, como de sus méritos, el uso adecuado, sin pedir opinión ni dar parte de sus sentimientos, ni a unos ni a otros.

¿Entre qué y qué se produce la creación metafórica? Entre lo que se expresa en el término *su gavilla* y aquél otro a quien *su gavilla* sustituye, o sea ese señor de quien un momento antes nos habían hablado en términos muy ponderados, llamado Booz. La gavilla ha ocupado su lugar, ese lugar donde Booz, en plan un poco acaparador, se ve provisto ya de sus cualidades de no ser avaro y no tener odio, tras quedar desembarazado de algunas virtudes negativas. Éste es el lugar que viene a ocupar la gavilla y, por un instante, literalmente, lo anula. Encontramos aquí de nuevo el esquema del símbolo como muerte de la cosa. En este caso, aún es mucho mejor — el nombre del personaje queda abolido y su gavilla es lo que lo sustituye.

Si hay metáfora, si tiene sentido, si es un tiempo de la poesía bucólica, es precisamente porque su gavilla, es decir, algo esencialmente natural, puede sustituir a Booz. Y Booz, tras quedar eclipsado, oculto, reaparece en el resplandor fecundo de la gavilla. En efecto, no conoce ni la avaricia ni el odio, es pura y simplemente fecundidad natural.

Esto, precisamente, tiene su sentido en el texto que sigue. De lo que se trata en el poema es, en efecto, de anunciar, o de hacer anunciar a Booz, el sueño que vendrá a continuación — que a pesar de su avanzada

edad, como él mismo dice, ochenta años, pronto va a ser padre, o sea que de él y de su vientre sale aquel gran árbol a cuyo pie cantaba un rey, dice el texto, y en su copa moría un Dios.

Toda creación de un nuevo sentido en la cultura humana es esencialmente metafórica. Se trata de una sustitución que mantiene al mismo tiempo eso que sustituye. En la tensión entre lo suprimido y aquello que lo sustituye, pasa esa dimensión nueva que de forma tan visible introduce la improvisación poética. Tal dimensión nueva, manifiestamente encarnada en el mito booziano, es la función de la paternidad.

Sin duda, como es habitual, el viejo Hugo está lejos de mantenerse en todo momento en una vía rigurosa, titubea, un poco a la derecha, un poco a la izquierda, pero lo que esta muy claro es que —

Mientras él dormía, Rut, una moabita,
Se había acostado a los pies de Booz, el pecho desnudo,
Esperando quién sabe qué rayo desconocido,
Cuando viniera del despertar la luz súbita.

El estilo de esta estrofa se sitúa en una zona ambigua donde el realismo se mezcla con una especie de fulgor demasiado crudo, turbio incluso, que nos recuerda el claroscuro de los cuadros de Caravaggio. Con toda su rudeza popular, tal vez sea lo que aún hoy día puede darnos de la forma más elevada el sentido de la dimensión sagrada.

Así, un poco más abajo, sigue tratándose de lo mismo —

Inmóvil, abriendo a medias el ojo bajo su velo,
Qué dios, qué cosechero del verano eterno
Había, al irse, arrojado con descuido
Esa hoz de oro en el campo estrellado.

Ni en mi enseñanza del año pasado, ni en lo que recientemente he escrito sobre esta gavilla del poema de Booz y Rut, llevé la investigación hasta el último extremo de la metáfora desarrollada por el poeta. Dejé de lado la hoz, pues por otra parte, fuera del contexto de lo que estamos haciendo aquí, a los lectores les hubiera podido parecer un poco forzado. Sin embargo, todo el poema apunta a una imagen cuyo carácter intuitivo y comparativo ha despertado admiración desde hace un siglo.

Se trata en efecto del claro y fino creciente de la luna. Pero no se

les puede escapar a ustedes que si la cosa funciona, si es algo más que una pincelada muy bella, que un trazo amarillo sobre el cielo azul, es porque la hoz del cielo es la eterna hoz de la maternidad, la misma que ya jugó algún papel entre Cronos y Uranos, entre Zeus y Cronos. Es la potencia de la que les hablaba hace un momento y que está claramente representada aquí en la espera mística de la mujer.

Con esa hoz dejada al alcance de su mano, la espigadora segará en efecto la gavilla en cuestión, de donde brotará el linaje del Mesías.

Nuestro Juanito, en la creación, el desarrollo y la resolución de su fobia, sólo puede escribirse correctamente como ecuación a partir de los términos que acabamos de aislar.

En el complejo de Edipo tenemos el lugar x, donde se encuentra el niño con todos sus problemas con respecto a la madre, M. En la medida en que se haya producido algo que haya constituido la metáfora paterna, podrá introducirse aquel elemento significante, esencial en todo desarrollo individual, llamado el complejo de castración, y ello tanto en el hombre como en la mujer.

Por lo tanto, debemos plantear la siguiente ecuación:

$$\left(\frac{P}{x}\right) M \sim \text{ɔ} + s$$

P es la metáfora paterna.

x está más o menos elidida según los casos, es decir, según el momento del desarrollo y los problemas respecto de la madre, M, a los que el periodo preedípico ha conducido al niño.

Con esta especie de S tumbada escribimos el vínculo de la metáfora edípica con la fase, esencial para todo concepto del objeto, constituida por esa C invertida, que representa la hoz del complejo de castración, más la significación, s, es decir, aquello en lo que el ser se encuentra y la x encuentra su solución.

Esta fórmula sitúa el momento esencial del franqueamiento del Edipo. Le da su lugar a lo que encontramos en el caso de Juanito, es decir, como les he explicado, el problema insoluble planteado por el hecho de que la madre sea algo tan complicado como esta fórmula, con todas las complicaciones que supone:

$$(M+\varphi+A)$$

Esto, que se ha de leer *Madre más Falo más A*, de Ana, designa el callejón sin salida donde se encuentra Juanito. No puede salir de él porque no hay padre, no hay nada para metaforizar sus relaciones con su madre. Por decirlo todo, no hay una salida por el lado de la hoz, de la C mayúscula del complejo de castración, no existe la posibilidad de una mediación, es decir, de perder y luego recuperar el pene.

En el otro lado de la ecuación, Juanito no encuentra más que la posible mordedura de la madre, la misma con la que él se precipita golosamente sobre la madre, porque le falta. No hay ninguna otra relación con la madre, salvo ésta que destaca toda la teoría actual del análisis, o sea la relación de devoración. Como ha llegado a tal callejón sin salida, no conoce otra relación con lo real, sino ésta que suele llamarse, con o sin razón, sádico-oral. Esto es lo que escribo m, añadiendo todo lo que para él es lo real, en particular ese real que acaba de surgir y no deja de complicar la situación, a saber P, su propio pene. Esto se resume en la fórmula siguiente —

$$(M+\varphi+A)\ M \sim m+\Pi$$

Dado que así es como se le presenta el problema a Juanito, resulta necesaria la introducción, porque no hay ningún otro, de ese elemento de mediación metafórica que es el caballo, anotado como ‘I, a lo bruto. La instauración de la fobia se escribe por lo tanto con la misma fórmula que les he dado hace un momento:

$$\left(\frac{‘I}{M+\varphi+\alpha}\right) M \sim m+\Pi$$

De todos modos, esta fórmula, equivalente a la metáfora paterna, no resuelve el problema de la mordedura, que constituye para Juanito el peligro principal de toda su realidad, especialmente esa que acaba de surgir, o sea su realidad genital.

Estas fórmulas pueden parecerles artificiales. En absoluto, no lo crean. Primero sírvanse de ellas y luego verán si eso puede resultarles útil. Puedo mostrarles mil aspectos en los que son inmediatamente aplicables. He aquí uno.

El caballo es ese elemento del que se dice que muerde, que constituye una amenaza para el pene y también que se cae, y por eso mismo,

según nos dice el propio Juanito, se ha recurrido a él. En primer lugar, ha sido introducido porque, puesto a la cabeza del furgón que ha de transportar el equipaje de la pequeña Lizzi, puede darse la vuelta y morder. Fue entonces, el 1 de marzo, nos dice Juan, cuando pilló la tontería. En otro momento, el 5 de abril, Juan nos dice igualmente que pilló la tontería cuando, estando con su madre, vio como se caía el caballo de un ómnibus. Más exactamente, Juanito ha tomado un elemento ya enganchado a una significación como algo que va más allá de toda significación, y lo sanciona con este aforismo o afirmación definicional — *De ahora en adelante, todos los caballos se caerán.*

Ahora bien, la función de la caída es precisamente el término común a todo lo que figura en la parte inferior de la ecuación. M — ya hemos subrayado el elemento caída de la madre. φ — el falo de la madre, lo que no puede seguir sosteniéndose y está fuera de juego, aunque Juan hace todo lo posible para mantener la existencia de ese juego. Finalmente, α — los niños, en particular la pequeña Ana, lo que se desea ver caer más que ninguna otra cosa en el mundo, incluso ayudándola un poquito.

Así, el caballo cumple de forma eficaz, gráfica y activa, todas las funciones de la caída reunidas. A este título empieza a introducirse como un término esencial de esta fobia, y ahí tenemos la confirmación de lo que son verdaderamente los objetos para el psiquismo humano.

Tal vez se trate de algo merecedor de este nombre, pero nunca se insistirá lo bastante en el capítulo especial de la calificación de objeto que es necesario introducir en cuanto nos ocupamos del objeto de la fobia o del fetiche. Por supuesto, ya sabemos hasta qué punto existen como objetos, porque constituirán en el psiquismo los verdaderos mojones del deseo, en el caso del fetiche — de sus desplazamientos, en el caso de la fobia. Así, el objeto está también ahí en lo real, pero al mismo tiempo es manifiestamente distinto. Por otra parte, no es de ningún modo accesible a la conceptualización, salvo por medio de esta formalización significante.

Hasta ahora, digámoslo claramente, nadie ha aportado ninguna más satisfactoria. Si en apariencia les presento la fórmula del objeto bajo una forma un poco más complicada, comparada con lo que se había hecho hasta ahora, les advierto que así es como Freud acaba planteándola al final de su obra, y no de otra forma. Articula plenamente que el caballo es un objeto que sustituye a todas las imágenes y todas las significaciones confusas alrededor de las cuales la angustia del sujeto no llega a decantarse. Hace de él un objeto casi arbitrario, y por eso lo llama una señal,

la cual permitirá, en este campo de confusiones, definir límites que, si bien son arbitrarios, aun así introducen el elemento de delimitación que hace posible esbozar un orden, primer cristal de una cristalización organizada entre lo simbólico y lo real.

Esto es sin duda lo que se produce a lo largo del progreso del análisis de Juan, si es que se puede llamar análisis, en el sentido pleno del término, lo que ocurre en esta observación. Los psicoanalistas no parecen haber entendido muy bien todavía, al menos si leemos al Sr. Jones, que Freud planteó algunas reservas sobre el caso, diciendo que era excepcional, porque lo había conducido el propio padre del niño, eso sí, bajo su dirección. En consecuencia, confiaba muy poco en la posible extensión de este método. Los analistas parecen sorprenderse de tanta timidez en Freud. Más les valdría examinar la cuestión con mayor detenimiento. En efecto, ¿no podríamos preguntarnos si, por el hecho de que el análisis lo llevara a cabo el padre, presenta características especiales que excluyen, al menos parcialmente, la dimensión propiamente transferencial? Dicho de otra manera, la sandez proferida habitualmente por la señorita Anna Freud, de que no hay transferencia posible en los análisis de niños, ¿no será aplicable precisamente a este caso, por tratarse del padre?

Es demasiado evidente que en todo análisis de un niño practicado por un analista, hay verdaderamente transferencia, tan sencillamente como la hay en el adulto y mejor que en ninguna otra parte. En este caso se trata de algo un poco particular, cuyas consecuencias nos veremos llevados a mostrar a continuación.

De cualquier forma, esta fórmula permite escandir de la forma más rigurosa todo el progreso de la intervención del padre.

La próxima vez me propongo hacerles ver que esta fórmula nos permite verdaderamente saber por qué determinadas intervenciones del padre son infecundas, no tienen eco, y por qué otras, por el contrario, ponen en marcha la transformación mítica.

3

El caso de Juanito nos muestra en su desarrollo las transformaciones de esta ecuación cuyas posibilidades de progreso, más su riqueza metafó-

rica implícita, se han manifestado con la mayor rapidez posible. Hoy me contentaré con indicarles su término último y extremo, escrito en la misma formalización. Ya les he dicho lo suficiente como para que puedan concebir su importancia.

Lo que vemos al final, es con toda seguridad una solución que instaura a Juanito en un registro de las relaciones objetales que resulta vivible. ¿Está plenamente conseguido desde el punto de vista de la integración edípica? Antes de estudiarlo más de cerca la próxima vez, vamos a ver inmediatamente en qué sentido lo está y en qué sentido no lo está.

Si leemos el texto en el que Juanito formula su posición al final, nos dice — *Ahora yo soy el papá, der Vatti*. No tenemos necesidad de preguntarnos cómo se le ha podido ocurrir semejante idea — con un padre a quien ha tratado de estimular a lo largo de toda la observación, suplicándole — *Haz tu trabajo de padre*. El último fantasma, tan bello, con el padre, nos lo muestra consiguiendo por los pelos alcanzarle en el andén de la estación, mientras que Juanito ya se ha largado hace rato, y se ha ido ¿con quién? Como por casualidad, con la abuela.

Lo primero que le pregunta el padre es — *¿Y ahora qué harías en mi lugar si fueras el padre? — Oh, es muy fácil, te llevaría todos los domingos a ver a la abuela*. No ha cambiado nada en la relación entre el hijo y el padre. Por lo tanto, puede presumirse que aquí no hay una realización completamente típica del complejo de Edipo.

En efecto, lo vemos enseguida si sabemos leer el texto. Todos los vínculos con el padre están lejos de haberse roto, incluso quedan fuertemente anudados con toda esta experiencia analítica, pero como muy bien dice Juanito, *ahora tú serás el abuelo*. Lo dice, pero ¿en qué momento? Lean bien el texto — cuando empieza diciendo que él es el padre.

Este término de abuelo tiene aquí un lugar aparte. Primero se ha hablado de la madre, y ya veremos qué clase de madre será. Luego se habla de la otra mujer, que es la abuela. Pero ningún vínculo entre ese abuelo y esa abuela, en la perspectiva de Juanito para sí.

Freud no se equivoca cuando subraya, con una satisfacción que no nos deja del todo tranquilos, ni mucho menos, que la cuestión del Edipo ha sido resuelta de forma muy elegante por este pequeño hombrecito, convertido así en esposo de su madre tras mandar al padre de vuelta con la abuela. Digamos que es una forma elegante, incluso humorística, de eludir la cuestión. Pero nada, en todo lo que escribe Freud, nos indica por ahora que pueda considerarse esta solución, por muy evidente que pueda parecer, como una solución típica del complejo de Edipo.

Vemos claramente, por parte de Juanito, una elaboración que mantiene cierta continuidad en el orden de los linajes. Si no se hubiera llegado al menos hasta ahí, Juanito no hubiera resuelto nada de nada y la función de la fobia hubiera sido nula. En la medida en que se concibe a sí mismo como el padre, Juanito es función de algo que se escribe aproximadamente como sigue:

$$p\ (M)\ (M')$$

Se trata de la madre y la abuela. La madre, al final del proceso, se desdobla. Éste es un punto muy importante, que le permite al niño encontrar un equilibrio con tres patas, base mínima para establecer la relación con el objeto. El tercero que no ha encontrado en su padre, lo encuentra en la abuela, cuyo valor decisivo, aplastante incluso, en las relaciones de objeto, ha captado perfectamente bien.

Precisamente porque detrás de la madre él añade otra, Juanito, por su parte, se instaura en una paternidad. ¿Qué clase de paternidad? Una paternidad imaginaria.

A partir de este momento, ¿qué dice Juanito? ¿Quién tendrá hijos? Él lo dice muy claro. Pero cuando su padre mete la pata y le pregunta — *¿Es con mamá con quien vas a tener hijos?* — *¡Qué va!*, le responde Juanito, *¿Qué quieres decir con todo eso? Me dijiste que el padre no puede tener hijos él solo y ahora quieres que yo los tenga.*

Este momento tan chocante de oscilación en el diálogo muestra el carácter reprimido de todo lo referente a la creación paterna, porque desde ese instante, por el contrario, dice que va a tener hijos — pero serán hijos imaginarios.

Como dice con la mayor precisión, desea tener hijos, pero por otra parte no quiere que su madre los tenga. De ahí las garantías que desea para el futuro. Para que la madre no tenga más niños, está dispuesto a todo, incluso a sobornar generosamente — sea como sea, estamos ante un retoño de capitalistas — al gran genitor por excelencia, el Señor Cigüeña, el de la extraña figura. El próximo día veremos qué lugar y qué función debemos otorgarle, cuál es su verdadero rostro. Para que no haya ningún otro niño real, Juanito llega a sobornar a Papá Cigüeña.

La función paterna que el niño asume es imaginaria. Juan sustituye a la madre y tiene niños tal como ella los tiene. Se ocupará de sus hijos imaginarios de la misma manera como consiguió resolver por completo la noción de niño, incluida la de la pequeña Ana.

¿En qué consiste todo su fantasma sobre la caja, la cigüeña y Ana, que existía mucho antes de haber nacido? En imaginarizar a su hermana, en fantasmatizarla. Así que tendrá hijos imaginarios. Se convertirá en un personaje esencialmente poeta, creador en el orden imaginario.

A la última forma de sus creaciones imaginarias le da el nombre de Lodi. Su padre está muy interesado — *¿Qué significa esta Lodi? ¿Es chocolodi?* — *No, es saffalodi.* En efecto, *saffaladi* significa *salchichita.* El carácter faliforme de la imagen indica claramente la transmutación imaginaria operada en ese falo no devuelto y a la vez eternamente imaginado por la madre. Al final lo encontramos reproducido bajo la forma de la pequeña Lodi.

La mujer nunca será para él más que el fantasma de esas pequeñas hermanas-hijas en torno a las cuales habrá girado toda su crisis infantil. No será del todo un fetiche, porque por otra parte será, si me permiten, el verdadero fetiche. Juanito no se habrá detenido en lo inscrito sobre el velo, habrá encontrado la forma heterosexual típica de su objeto, lo cual no impide que en adelante y para siempre, sin lugar a dudas, su relación con las mujeres esté marcada por esta génesis narcisista en la que se fue situando en ortoposición con respecto al partener femenino. Por decirlo todo, el partener femenino no se habrá engendrado a partir de la madre, sino a partir de los hijos imaginarios que él puede hacerle a la madre, herederos a su vez de ese falo alrededor del cual ha girado todo el juego primitivo de la relación de amor, de captación del amor, con la madre.

Si nos orientamos en nuestra ecuación, tenemos pues al final, por una parte, la afirmación de la relación de Juan, como nuevo padre, como *Vatti*, con un linaje materno, y por otra parte, la pequeña Ana montada en el caballo y que adquiere posición de dominio con respecto a toda la expedición, todo el carro, todo lo que acarrea la madre tras ella.

En efecto, es por mediación de Ana como Juanito consigue dominar a la madre, no simplemente darle con la fusta sino, como nos muestra la continuación de la historia, ver lo que tenía en la barriga. Una vez extraída la navajita castradora, resulta mucho más inofensiva.

$$p\ (M)\ (M') \sim \left(\frac{\alpha}{\varphi}\right) \Pi$$

Tal es la fórmula, opuesta a la anterior, que marca el punto de llegada de la transformación de Juanito.

Seguramente tendrá toda la apariencia de un heterosexual normal. Sin embargo, el camino que habrá recorrido en el Edipo para llegar hasta ahí es un camino atípico, vinculado con la carencia del padre. Tal vez les sorprenda a ustedes que ésta sea tan grande, pero la línea de la observación nos muestra constantemente los desfallecimientos del padre y sus carencias, subrayados en todo momento por la llamada del propio Juanito. Así, no tiene nada de sorprendente que la carencia paterna marque la resolución de la fobia con una atipia terminal.

Sólo quiero que se fijen en estos dos extremos y admitan que es concebible articular la transformación de uno a otro a través de una serie de etapas.

Sin duda, en esto es conveniente no ser demasiado sistemático. Esta clase de lógica es nueva. Si tiene alguna continuación, tal vez deba ser simplemente introducir cierto número de cuestiones referentes a su formalismo. ¿Tiene las mismas leyes que lo que se ha formalizado en otros dominios de la lógica?

Freud ya empezó en la *Traumdeutung* a decirnos algo de la lógica del inconsciente, dicho de otra manera, de los significantes en el inconsciente. Desde luego, no es la misma que nuestra lógica habitual. Una cuarta parte, por lo menos, de la *Traumdeutung* está consagrada a mostrar cómo cierto número de articulaciones lógicas esenciales, el *o lo uno o lo otro*, la contradicción, la causalidad, pueden trasladarse al orden del inconsciente. Esta lógica se puede distinguir de nuestra lógica habitual. Así como la topología es una geometría de goma, en este caso se trata también de una lógica de goma.

De goma no quiere decir que todo sea posible. Dos anillos enlazados uno con otro, aunque sean de goma, hasta nueva orden nada nos autoriza a separarlos. Esto es para decirles que la lógica de goma no está condenada a una libertad completa. Exige cierto número de definiciones de términos, que será necesario establecer.

En suma, en la resolución de la fobia de Juanito se presenta determinada configuración, que es ésta. A pesar de la presencia, la insistencia incluso, de la acción paterna, Juanito se inscribe en una especie de linaje matriarcal o, por decirlo más simplemente, incluso de forma más estricta, de duplicación materna, como si fuera necesario un tercer personaje y, a falta de que lo haya sido el padre, lo es la famosa abuela.

Por otra parte, ¿qué pone a Juanito en relación con el objeto que de ahora en adelante será el objeto de sus deseos? Como ya he subrayado, en la anamnesis encontramos el testimonio de algo que lo vincula

con Gmunden, con su hermana, con las niñas, es decir, con los niños, como hijas de su madre pero también sus propias hijas, sus hijas imaginarias. Esta estructura originalmente narcisista de sus relaciones con la mujer está indicada en el resultado, el punto de llegada, de la solución de su fobia. ¿Qué huellas quedarán del paso por la fobia? Algo muy curioso — el corderito, aquél con el que se entrega a juegos muy particulares, como hacerse derribar por él.

Un día trató de poner a su hermana a caballo encima de ese corderito. En esta posición se encuentra, sobre el caballo, en el fantasma de la caja grande, última etapa antes de la resolución de la fobia. La hermana ha tenido que dominarlo para que él, Juanito, pueda tratar al caballo como se merece, o sea zurrarlo. En este momento se confirma la equivalencia entre el caballo y la madre — golpear al caballo es también golpear a su madre. La hermanita montada en el corderito, ésta es pues la configuración que queda al final.

Ni puedo negarme el placer, ni puedo reservarme el enigma, de mostrarles la obra a propósito de la cual nuestro maestro, Freud, planteó su análisis de Leonardo de Vinci, o sea, no la *Virgen de las rocas*, sino el gran cartón de *Santa Ana*, en el Louvre, precedido por un dibujo que se encuentra en Burlington House. Es éste.

Todo el análisis que hizo Freud de Leonardo de Vinci gira alrededor de esta Santa Ana, con su figura tan extrañamente andrógina — por otra parte se parece al San Juan Bautista —, esta Virgen y el Niño. Y como aquí se subraya, a diferencia del cartón de Londres, el primo, o sea, Juan Bautista, es precisamente un corderito.

Esta configuración no le pasó desapercibida a Freud, y constituye verdaderamente el núcleo de su demostración en esa obra tan singular que es su estudio *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*. Espero que se tomen la molestia de leerlo de aquí a fin de año, porque tal vez llegue a servirme de él para hacerles la clausura de mi seminario.

Por fuerza han de apreciar el carácter inverosímilmente enigmático de toda la situación en la que por primera vez se introduce el término de narcisismo — la audacia casi insensata de escribir algo semejante cuando fue escrito. Luego hemos conseguido escotomizar, ignorar la existencia de cosas como ésta en la obra de Freud.

Léanlo y verán hasta qué punto es difícil saber qué puede significar a fin de cuentas. Pero léanlo al mismo tiempo para ver hasta qué punto se sostiene, a pesar de todos sus errores — los hay, pero no importa.

Tendremos que volver a referirnos a esta singular configuración, cuya

finalidad es presentarnos una *humanissima trinita*, una trinidad muy humana, opuesta a la *divinissima*, a la que sustituye.

Lo que he querido indicarles, para que quede como un punto de apoyo, es la singular necesidad de un cuarto término que vemos ahí como un residuo bajo la forma de este cordero, término animal donde encontramos el propio término de la fobia.

19 de junio de 1957

XXIII

«ME DARÁ SIN MUJER DESCENDENCIA»

De la intersubjetividad al discurso.
El objeto en función de significante.
La metáfora fóbica.
Del mordisco al desatornillamiento.
Ana, dueña del caballo.

La verdad sobre Juan, nos dice Freud, no llega a obtenerse por completo. Hoy tenemos que formalizar la observación de forma algo distinta. El único interés de la operación, si tiene alguno, es ceñirnos más y aislar de forma más rigurosa lo que sucede.

Por supuesto, esta observación está llena de puertas. Como de todas formas se trata de una fobia al caballo, por ejemplo, podríamos delirar hasta el infinito sobre el caballo. Se trata de un animal muy singular que aparece repetidamente en toda la mitología. Pueden establecerse analogías válidas con el caballo de Juanito.

Robert Fliess, el hijo del corresponsal de Freud, que ocupa un lugar honorable en el psicoanálisis, hizo en el *IJP*, bajo el título *Phylogenetic versus Ontogenic Experience*, para el número conmemorativo del centenario de Freud, una elucubración meritoria, demasiado chocante. Lo es por su carácter manifiestamente inadecuado. El autor se empeña en resolver los enigmas que presenta el texto de la observación de Juanito, adjuntando al expediente una increíble extrapolación, y suponerlo resuelto, sin razón, no es su único inconveniente.

Lo centra todo, de forma completamente válida, en el famoso diálogo entre Juanito y su padre, el que yo llamo el gran diálogo, que culmina el 21 de abril. Les recuerdo que en esa ocasión es cuando Juanito invoca literalmente a su padre para que desempeñe su papel de padre, diciéndole — *Tienes que estar celoso*. Resulta impensable que el padre no esté implicado, de alguna forma, en el surgimiento de esta frase que parece como si todo lo anterior la hubiera hecho madurar. En este diálogo, Juan desarrolla el fantasma en el cual su padre, antes de dirigirse a la habitación de la madre, se golpea contra una piedra y se hace una herida, como le

había ocurrido en otra ocasión a Fritz. Tiene que haber sangre. El diálogo concluye con la frase de Juan — *Por mucho que lo niegues temerosamente, Das ist wahr, das musst wahr sein, debe ser verdad.*

Nuestro autor insiste aquí con gran sutileza en el uso de las palabras que dan a lo que dice Juanito su *style soutenu* — en francés en el texto — más que en ninguna otra parte, y destaca muy bien en este punto las insuficiencias de la traducción inglesa. Estas observaciones, que con toda seguridad tienen todo su valor, ponen de manifiesto la sensibilidad de los miembros de la primera generación analítica en lo referente al relieve propiamente verbal, al acento, al papel esencial de determinados significantes. Pero lo más interesante es una especulación bastante sutil sobre el papel del padre en esta ocasión.

En efecto, es el propio padre quien por primera vez introduce una palabra, *Schimpfen*, que en francés traducen por *gronder* — *Al fin y al cabo, ¿por qué iba a reñirte?* El autor observa con razón que esta intervención resulta un poco inadecuada en este momento del diálogo, y que interrumpe el diálogo con Juanito. Pero entonces especula sobre lo que podría ser la participación del padre en algo que supuestamente se encontraría en el yo (moi) de Juanito, quien en ese momento estaría desarrollando un superyó. Esta elucubración no constituye una extrapolación demasiado osada, sino que simplemente traduce la necesidad que tiene el autor de aplicar al caso un registro preformado. Podemos captarlo en sus vacilaciones — traduce el fenómeno en cuestión diciendo que el superyó se encuentra *in statu nascendi*, está naciendo, o que no ha nacido en absoluto, o que eso es el nacimiento del superyó. Es muy extraño.

Entonces introduce una referencia a los trabajos de Isakower, quien insistió mucho en el predominio de la esfera auditiva en la formación del superyó. Seguramente debió presentir el problema que, por nuestra parte, no hemos dejado de plantear a propósito de la función de la palabra en la génesis de esa crisis normativa llamada el complejo de Edipo. Le debemos algunas observaciones pertinentes sobre la forma en que puede manifestarse en este caso esa especie de aparato cuya armazón podemos captar, esa red de formas que constituye el superyó. Lo capta en los momentos en los que el sujeto escucha modulaciones puramente sintácticas, palabras vacías propiamente dichas, pues sólo se trata de su movimiento. En estos movimientos de cierta intensidad, podemos, dice, captar al natural algo relacionado con un elemento arcaico — el niño integra la palabra del adulto aun cuando todavía no percibe su sentido, sino tan solo su estructura. En suma, sería una interiorización. Tendríamos aquí la primera forma que nos permite concebir qué es el superyó.

Esta observación también es interesante y sería concebible, en el marco de un seminario, confrontarla con el diálogo entre Juan y su padre. Pero no se trataría en absoluto de encontrar ninguna afinidad. Por una parte, se considera que el superyó, como instancia interna, se funda en una integración por parte del sujeto de la palabra en su movimiento general y su estructura fundamental. Por otra parte, se trata del diálogo más exteriorizado — ¿creerán eliminar sus paradojas remitiéndose a la anterior observación?

Sin duda, admito que busquemos referencias generales para lo que estamos describiendo, incluso debemos hacerlo en todo momento. Pero siempre he subrayado la necesidad de ceñirnos al máximo a la experiencia misma. Sólo con esta condición tendremos la oportunidad de hacer progresar los conceptos de la experiencia analítica y su manejo.

Por nuestra parte, no procedemos en absoluto como el Sr. Fliess.

1

Todo lo que hemos hecho hasta ahora se basa en cierto número de postulados — que no lo son del todo, porque se fundan en nuestro anterior trabajo de comentario, lo cual supone toda una reflexión sobre la experiencia analítica y lo que ésta nos proporciona. Uno de tales postulados es éste — la neurosis es una pregunta planteada por el sujeto en el plano de su propia existencia.

Esta pregunta adquiere en la histeria las formas siguientes — *¿Qué supone tener el sexo que tengo? ¿Qué quiere decir tener sexo? ¿Qué significa que pueda incluso preguntármelo?* En efecto, por el hecho de la introducción de la dimensión simbólica, el hombre no es simplemente macho o hembra, sino que está obligado a situarse con respecto a algo simbolizado que se llama macho y hembra.

Si la neurosis está relacionada con el plano de la existencia, lo está todavía de forma más dramática en la neurosis obsesiva, en la que se trata no sólo de la relación del sujeto con su sexo, sino de su relación con el propio hecho de existir. Así, las siguientes preguntas se sitúan como obsesivas — *¿Qué es existir? ¿Cómo soy con respecto a lo que soy sin serlo, ya que de alguna forma puedo dispensarme de ello, distanciarme lo bastante como para concebirme como muerto?*

Si la neurosis es pues una especie de pregunta cerrada para el propio sujeto, pero organizada, estructurada como pregunta, los síntomas se pueden entender como los elementos vivos de esta pregunta articulada sin que el sujeto sepa lo que articula. Por así decirlo, la pregunta está viva y el sujeto no sabe que él está en esa pregunta. Él mismo es a menudo uno de sus elementos, que puede situarse a diversos niveles — a un nivel elemental, casi alfabético, o a un nivel más elevado, sintáctico, en el cual nos permitimos hablar de función metafórica y de función metonímica, partiendo de la idea, tomada de los lingüistas, al menos algunos de entre ellos, de que éstas son las dos grandes vertientes de la articulación del lenguaje. Si nos resulta difícil no perder el hilo en el comentario de las observaciones, es porque siempre hemos de tener cuidado de no decantarnos de forma demasiado absoluta hacia uno u otro lado.

Para que una observación sea descifrable, hemos de empezar por analizar. Al ser en efecto lo propio de la pregunta del neurótico su carácter absolutamente cerrado, no hay razón alguna para que se confíe a quien se conforma con tomar nota de ella — no sería más que un texto indescifrable, enigmático, jeroglífico. Por este motivo pudieron llevarse a cabo observaciones de neurosis durante décadas antes de Freud, sin llegar a sospechar siquiera la existencia de esa lengua. Porque la neurosis es una lengua.

Así, si llegamos a captar sus transformaciones y podemos proceder a las manipulaciones que nos confirman que se trata verdaderamente de un texto, donde encontramos cierto número de estructuras, es siempre en la medida en que interviene un inicio de desciframiento. Dichas estructuras aparecen sólo si manipulamos el texto.

Podemos hacerlo a modo de un puro y simple recorte, como se hace en casos particularmente cerrados, con los enigmas, de una forma no muy distinta de la que vemos expuesta en no sé qué texto de Poe, que nos recuerda las prácticas comunes de desciframiento de los despachos enviados en un estilo codificado o archicodificado. Calculando los signos repetidos un mayor número de veces, conseguimos hacer suposiciones interesantes, a saber, qué signo corresponde a determinada letra en la lengua a la que creemos se debe traducir el texto codificado.

Por suerte, en las neurosis nos dedicamos a operaciones de un orden más elevado, y en ellas encontramos ciertos conjuntos sintácticos con los que estamos familiarizados. Evidentemente, el peligro es siempre entificar estos conjuntos sintácticos, acercarlos excesivamente a eso que podemos llamar las propiedades del alma, incluso forzarlas un poco en el

sentido de una especie de instintualización natural. Esto es desconocer que lo dominante es el nudo organizador por el cual estos conjuntos adquieren el valor de una unidad de significación, lo que suele llamarse una palabra. Así, por ejemplo, últimamente me referí a la identificación del niño con la madre, mostrándoles que tal identificación nunca se hace en relación con el movimiento general del progreso de un análisis. Según la enérgica indicación de Freud en la observación de Juanito, en la página 319 del texto alemán, *la vía del análisis nunca puede repetir el movimiento del desarrollo de la neurosis.*

Hemos llegado pues al meollo del tema. En nuestro esfuerzo de desciframiento, debemos seguir lo que fue efectivamente anudado en el texto de la neurosis. Ahora bien, este texto está sometido a la utilización, en la situación actual, de un elemento del pasado del sujeto como elemento significante. He aquí una de las formas más claras de la *x* de la condensación. Por lo tanto, cuando abordamos los elementos significantes del texto, no podemos hacer abstracción del hecho de que se descompone en dos términos situados en dos puntos muy alejados de la historia del sujeto, y sin embargo hemos de resolver las cosas en su forma de organización actual. Esto nos obliga a buscar las leyes propias de la solución de cada uno de tales discursos organizados, bajo cuya forma se nos presentan las neurosis.

Pero no sólo está el discurso organizado, también está la forma en que se desarrolla un diálogo destinado a solucionar este discurso, de modo que las cosas se complican todavía más. Que se establezca dicho diálogo supone en efecto ofrecer nuestro lugar como aquél donde deberá realizarse una parte de los términos del discurso. Virtualmente y al principio, este discurso, por el solo hecho de serlo, supone en alguna parte a ese Otro que es el lugar, el testimonio, el garante, el lugar ideal de su buena fe.

Aquí es precisamente donde nos situamos en principio, en el diálogo revelador en el que se formulará el sentido del discurso. Ahí se nos reclama y ahí vemos emerger los elementos del inconsciente del sujeto, es decir, los términos que irán tomando el lugar que ocupamos. El diálogo descifra progresivamente el discurso, mostrándonos cuál es la función del personaje que en él ocupamos. Esto es lo que se llama la transferencia. A lo largo del análisis este personaje no deja de cambiar.

Así es pues como tratamos de dar a luz el sentido del discurso. Nosotros mismos, como personas, estamos integrados a modo de elemen-

tos significantes en el discurso de la neurosis, y a este título se nos permite, a veces se nos exige, resolver su sentido.

Es esencial tener siempre presentes estos dos planos de la intersubjetividad como la estructura fundamental en la que se desarrolla la historia del desciframiento. Esto debe ocupar siempre su lugar propio en las observaciones.

En el caso de Juanito, teníamos que poner de manifiesto la complejidad de la relación con el padre. En efecto, no olvidemos que este último es quien lleva a cabo el análisis. Tenemos pues el padre real, actual, que dialoga con el niño. Éste es ya un padre que tiene la palabra. Pero más allá de él, está ese padre a quien se le revela esta palabra y es como el testimonio de su verdad, el padre omnipotente, representado por Freud. Ésta es una característica esencial de la observación que merece ser considerada. En cuanto a la estructura en cuestión, debe localizarse en cualquier clase de relación del analizado con el analista. De la misma forma, esta especie de instancia superior es tan inherente a la función paterna, que siempre tiende a reproducirse bajo una modalidad cualquiera.

Esto es por cierto lo específico de los casos en los que el paciente se las tenía con el padre Freud en persona. Aquí no había desdoblamiento, no existía tras él la superautoridad, el paciente notaba perfectamente que se encontraba frente a alguien que había hecho surgir un nuevo universo de significación, una nueva relación del hombre con su propio sentido y su propia condición, y ello para uso de ese paciente. No se explica de otra forma lo que nos parece paradójico en esos resultados a veces muy sorprendentes que Freud podía obtener, así como sus formas de intervención tan chocantes, propias de su técnica.

Dicho esto, nos permite situar mejor hacia dónde se ha deslizado nuestro interés. A lo largo de los años precedentes, me han visto ustedes elaborar el esquema subjetivo fundamental, o sea, la relación simbólica entre el sujeto y ese Otro, el personaje inconsciente que lo dirige y lo guía, mientras que el otro imaginario, el pequeño, juega un papel intermedio, el de una pantalla. Poco a poco nuestro interés se ha ido desplazando y nos hemos visto llevados a reflexionar sobre la propia estructura del discurso en cuestión, que presenta problemas distintos y no menos originales.

A lo largo de este mismo año, hemos desplazado progresivamente nuestro interés. Por supuesto, hay leyes de la intersubjetividad. Son las leyes que rigen la relación del sujeto con el otro con minúscula y con el Otro con mayúscula. Pero no sólo nos ocupamos de esto. La función

original del discurso, en la cual se trata esencialmente de lenguaje, merece que nos la planteemos paso a paso. El discurso también tiene sus leyes, y la relación del significante con el significado es algo distinto que la intersubjetividad, aunque puedan recubrirse, como las relaciones entre lo imaginario y lo simbólico.

Así, en nuestro movimiento de este año a propósito de la relación de objeto, hemos visto cómo se iba aislando el lugar original de elementos que son realmente objetos, en un estado original, fundador, incluso formador de los objetos, pero que con todo son completamente distintos de los objetos en el sentido acabado. En todos los casos son muy distintos de los objetos reales, porque están extraídos de la psicopatología, es decir, del malestar.

Son objetos puestos en función de significantes.

2

El objeto en función de significante, lo aislé primero a propósito del fetiche, y de aquí a fin de año sólo habré alcanzado a considerar la fobia.

Aun así, si han entendido bien lo que hemos tratado de poner en juego cada vez que hemos hablado de la fobia de Juanito, encontrarán ahí un modelo mental a partir del cual todo progreso ulterior puede concebirse como una profundización, una extensión a las otras neurosis, especialmente la histeria y la neurosis obsesiva.

En la fobia, esto es particularmente simple y ejemplar. Cada vez que, en un sujeto joven, se enfrenten ustedes a una fobia, podrán advertir que el objeto de dicha fobia es siempre un significante. Es relativamente simple en apariencia, aunque su manejo no lo sea, en cuanto uno entra en su juego. Pero en lo elemental es un significante.

Este es el sentido de la fórmula que les di:

$$\left(\frac{\text{‘I}}{M + \varphi + \alpha}\right) M$$

Los términos que figuran bajo la barra representan lo que fue complicando progresivamente la relación elemental con la madre, de la que partimos cuando les hablé del símbolo de la frustración, S (M), cuando

la madre está presente-ausente. Así se establecen las relaciones del niño con la madre a lo largo de las distintas edades, en la secuencia del desarrollo.

El caso de Juanito nos conduce primero a aquella fase extremadamente ardua en que la madre se complica con elementos suplementarios de toda clase. En primer lugar, el falo, φ. Les dije que era con toda seguridad el elemento crítico de hiancia en esa relación de a dos que la dialéctica analítica actual nos presenta como tan cerrada. Por el contrario, es preciso advertir hasta qué punto el propio niño está en relación con una función imaginaria en la madre. Por otra parte, está el otro niño, α, que, ni que fuese por un instante, echa, expulsa al niño del cariño de la madre.

Siempre verán aparecer una fobia en el niño en este momento crítico, que es típico — algo falta, algo que vendrá a jugar su papel fundamental en la salida de la crisis, aparentemente sin salida, de la relación del niño con la madre. Para demostrarlo, no necesitamos hacer hipótesis. Toda construcción analítica se apoya en la consistencia del complejo de Edipo, que puede esquematizarse así:

$$(P)\ M \sim$$

Si el complejo de Edipo significa algo, es que a partir de cierto momento la madre es considerada y vivida en función del padre. El padre se merece en este caso una P mayúscula, porque suponemos que es el padre en el sentido absoluto del término. Es el padre al nivel del padre simbólico. Es el *nombre del padre*, que instaura la existencia del padre en la complejidad con la que se nos presenta. Esta complejidad, toda la experiencia de la psicopatología nos la descompone bajo el encabezamiento del complejo de Edipo. La introducción de este elemento simbólico aporta una dimensión nueva, radical, a la relación del niño con la madre.

Para completar la segunda parte de la ecuación, debemos partir de los datos empíricos. Todo aquello cuya existencia nos indican puede, en líneas generales y a reserva de comentarios, instaurarse poco más o menos así:

$$(P)\ M \sim (-p)\left(\frac{x}{\Pi}\right)$$

Lo que escribo p bajo x sería el pene real. (—p) es lo que se opone al niño en una especie de antagonismo imaginario. Es la función imaginaria del padre, en la medida en que éste juega el papel agresivo, represivo, supuesto por el complejo de castración.

La experiencia freudiana, si queremos formalizarla, debemos tomarla al pie de la letra, admitirla al menos provisionalmente. Dicha experiencia afirma la constancia del complejo de castración. Sean cuales sean las discusiones a las que se haya podido prestar posteriormente, en ningún momento dejamos de tenerlo como referencia, y la experiencia pone de relieve su coherencia con el complejo de Edipo.

Por una parte, en las relaciones con la madre ocurre algo que introduce al padre como factor simbólico. Él es quien posee a la madre, quien goza de ella legítimamente. Es una función fundamental y al mismo tiempo problemática, que en ocasiones puede debilitarse o fragmentarse.

Por otra parte, hay algo cuya función es hacer entrar en el juego de los instintos del sujeto y en la asunción que éste hace de sus funciones una significación esencial, verdaderamente específica del género humano, el cual se desarrolla con la dimensión suplementaria del orden simbólico. Esta significación que está presente ahí, que se vive en la experiencia humana, se llama la castración.

El análisis representa la castración de la forma más instrumental — unas tijeras, una hoz, un hacha, un cuchillo. Son significantes que se estampan en las funciones sexuales. Forman parte, por así decirlo, del mobiliario instintivo de la relación sexual en la especie humana. Podríamos tratar de detallar el mobiliario de tal o cual especie animal. Es probable, por ejemplo, que la pechera pectoral coloreada del petirrojo pueda considerarse como un elemento de señal, tanto para el pavoneo como para la lucha intersexual. De cualquier forma, en el animal se encuentra el equivalente del carácter constante de ese elemento paradójico que está, en el hombre, vinculado con un significante llamado el complejo de castración.

He aquí pues cómo podemos escribir la fórmula del complejo de Edipo con su correlativo, el complejo de castración. Pero debe prestarse atención al hecho de que el propio complejo de Edipo se organiza en el plano simbólico, lo cual supone detrás de él la existencia constituyente del orden simbólico. Un episodio de la observación de Juanito nos lo muestra perfectamente.

En cierto momento del diálogo, el padre trata de llevar a Juanito a la consideración de toda clase de explicaciones fisiológicas. Como siempre, el padre, tímido, no lleva las cosas hasta el final. Pero como el pobre Juanito dice no entender bien la función del órgano femenino, el padre,

como último recurso, acaba explicándoselo, cuando los fantasmas del niño muestran que sabe muy bien que todo eso está en la barriga de mamá, sea o no simbolizada por un caballo o por un coche. Pero lo que el padre no ve, es que al niño, por su parte, sólo le interesaba la construcción genealógica.

Este interés representa un momento normal del progreso del sujeto. Aquí puede estar reforzado por las dificultades propias de la neurosis, pero es normal, e interviene en Juanito en la medida en que estamos en un punto ya muy avanzado de la observación. El niño sólo ha desarrollado esa larga discusión para construir las posibilidades genealógicas existentes, es decir, las diferentes formas de relación posibles de un niño con un padre y con una madre, y lo que esto significa.

Llega a construir una teoría sexual de lo más original, y Freud subraya que no ha encontrado algo así en el niño con demasiada frecuencia — y en efecto, hay en toda la observación elementos particulares. Esta teoría es la siguiente — los niños dan a luz a las niñas y las niñas dan a luz a los niños. No crean que ésta es una teoría imposible de encontrar en la organización genealógica. Incluso puede decirse que hay algo de verdad ahí y que es conforme a las estructuras elementales del parentesco.

Precisamente porque las mujeres hacen hombres, luego los hombres pueden hacerles ese favor esencial de permitirles desarrollar su función de procreación. Pero por supuesto, ello supone que lo consideremos en el orden simbólico, es decir, en cierto orden que determina una sucesión regular de las generaciones. En el orden natural, como tantas veces se lo he advertido, no hay ningún obstáculo para que todo gire de forma exclusiva alrededor del linaje femenino, sin discriminación alguna en cuanto al producto, y no es imposible que el hijo deje encinta a la madre y, en la medida de su tiempo de fecundidad posible, a las siguientes generaciones. Lo que le interesa a Juanito, es el orden simbólico, que es como el centro de gravitación de toda su construcción, tan extraordinariamente exuberante y fantasiosa.

Por decirlo ahora en términos generales, la interrogación del orden simbólico emerge en el niño a propósito de P mayúscula en forma de pregunta — *¿Qué es un padre?* El padre es en efecto el eje, el centro ficticio y concreto del mantenimiento del orden genealógico, que le permite al niño inmiscuirse de forma satisfactoria en un mundo que, con independencia de cómo haya que juzgarlo, cultural, natural o sobrenaturalmente, es donde se nace. El niño aparece en un mundo humano organizado por el orden simbólico, y a eso ha de enfrentarse.

El descubrimiento del análisis, ¿no es acaso mostrarnos cuál es el mínimo de exigencias a cumplir por parte del padre real para que comunique, transmita y haga sentir al niño la noción de su lugar en este orden simbólico? Se presupone igualmente que todo lo que sucede en las neurosis es precisamente para, de alguna forma, suplir alguna dificultad, alguna insuficiencia, en la forma como el niño se había enfrentado al Edipo.

Otra cosa viene a complicar la situación. Es lo que se llaman regresiones. Se trata de elementos intermedios provenientes de la relación primitiva con la madre, que comprenden ya algún simbolismo dual. Entre esta relación primitiva y el momento en que se constituye el Edipo propiamente dicho, pueden producirse toda clase de accidentes, debidos tan solo a que distintos elementos de intercambio del niño van a desempeñar su papel en la comprensión del orden simbólico. En suma, lo pregenital puede integrarse en el nivel edípico, complicando así la pregunta de la neurosis.

En el caso de la fobia, tenemos algo simple. Nadie discute que, en este caso, el niño ha alcanzado, al menos por un momento, lo que se llama la fase genital, cuando se plantean en su forma plena los problemas de la integración del sexo del sujeto. En este ámbito debemos concebir por lo tanto la función del elemento fóbico.

Freud consideraba la función del elemento fóbico homogénea a la función primitiva que había aislado la etnografía de su tiempo, la del tótem. Probablemente, esto ya no es muy sostenible a la luz del progreso actual de la antropología estructural, en la que el tótem ya no juega ningún papel predominante ni axial, y se verá sustituido por algo distinto. Pero nosotros, analistas, en nuestra experiencia práctica — pues a fin de cuentas, sólo en el plano de la fobia manifestó Freud claramente que el tótem adquiriese su significación en la experiencia analítica —, con todo, debemos trasponerlo a una formalización menos sujeta a caución que la relación totémica. Por eso introduje la última vez aquello que llamé la función metafórica del objeto fóbico.

Es decir, el objeto fóbico viene a desempeñar el papel que, por alguna carencia, por una carencia real en el caso de Juanito, no desempeña el personaje del padre. Así, el objeto de la fobia juega el papel metafórico que aquel día traté de ilustrarles con esta imagen — *Su gavilla no era avara ni tenía odio.*

Les mostré cómo utilizaba el poeta la metáfora para poner de manifiesto en su originalidad la dimensión paterna a propósito de ese viejo

en decadencia, para darle nuevo vigor con todo lo que naturalmente brota de la gavilla.

No es otra la función del caballo, en la poesía que es en este caso la fobia. Es el elemento alrededor del cual van a gravitar toda clase de significaciones, formando a fin de cuentas un elemento que suple lo que le faltó al desarrollo del sujeto, es decir, a los desarrollos proporcionados por la dialéctica del entorno donde está inmerso. Pero esto sólo es posible imaginariamente.

Se trata de un significante en bruto. No le falta alguna predisposición, transmitida por todo ese remolque de la cultura que el sujeto va arrastrando. Al fin y al cabo, el sujeto sólo ha tenido que buscarlo donde pueden encontrarse toda clase de blasones — en un libro de imágenes. No se trata de imágenes naturales, sino de imágenes dibujadas por la mano del hombre, que contienen todo un presupuesto de historia, en el sentido en que la historia está historiada con mitos, con fragmentos de folklore. Ahí, en su libro, junto a la imagen de la caja de la cigüeña sobre una chimenea roja, fue donde encontró Juanito la imagen de un caballo al que le estaban poniendo herraduras. Está ahí, a nuestro alcance — es un caballo representado.

No tiene porqué sorprendernos que los sujetos recurran regularmente a formas que se pueden llamar típicas, pues aparecen siempre en determinados contextos, en determinadas conexiones o asociaciones que les pueden pasar desapercibidas a quienes son sus vehículos. El sujeto elige una para cumplir una función muy precisa, la de permitir la momentánea estabilización de ciertos estados — en este caso, el estado de angustia. Para cumplir la función de transformar esta angustia en miedo localizado, el sujeto elige una forma que constituye un punto de detención, un término, un pivote, un soporte, a cuyo alrededor se va enganchando todo lo que vacila, amenazado por la corriente interior surgida de la crisis de la relación materna. Tal es, en el caso de Juanito, el papel del caballo.

Sin duda, parece un estorbo para el desarrollo del niño, y para su entorno es un elemento parasitario y patológico. Pero la instauración analítica nos muestra que también tiene una función de enganche, un papel fundamental de punto de detención. Alrededor de este punto, el sujeto puede seguir haciendo girar lo que de otro modo se declararía con una angustia imposible de soportar.

Todo el progreso del análisis consiste en este caso en extraer, en poner de manifiesto, las virtualidades que nos ofrece el uso, por parte del niño, de este significante esencial para remediar su crisis. Se trata de per-

mitirle a este significante que desempeñe el papel que le ha reservado el niño en la construcción de su neurosis, para afirmar su relación con lo simbólico, tomándolo como auxilio y como punto de referencia en el orden simbólico.

Esto es lo que desarrolla la fobia. Le permite al sujeto manejar ese significante, obteniendo de él posibilidades de desarrollo más ricas que las que contiene. En efecto, el significante no contiene en sí mismo por adelantado todas las significaciones que le haremos decir, las contiene más bien por el lugar que ocupa, el lugar donde debería estar el padre simbólico. Al estar ese significante ahí en la medida en que corresponde metafóricamente al padre, permite que se efectúen todas las transferencias, todas las transformaciones necesarias en todo aquello que es complicado y problemático en la relación inscrita en la línea inferior — o sea la madre, la función fálica y el niño —, que requiere en cada ocasión, con respecto a la madre real, un triángulo distinto. Para ello se necesita un término que para el niño sea imposible de dominar, que dé miedo, incluso que muerda.

Por eso escribimos en el otro lado lo que está más amenazado, o sea el pene del niño:

$$\frac{`I}{(M + \varphi + \alpha)\ M \sim m + \Pi}$$

3

¿Qué nos muestra la observación de Juanito? Que ante semejante estructura, es inútil meterse con su verosimilitud o su inverosimilitud.

Todo eso no se va a movilizar seriamente diciéndole al niño que es una tontería, *Dummheit*, ni tampoco haciéndole observaciones muy pertinentes sobre la relación existente entre el hecho de que se toque su hacepipí y que experimente con mayor intensidad los temores inspirados por la tontería, al contrario.

Si leen ustedes la observación a la luz del esquema que acabo de darles, advertirán que estas intervenciones, aunque tienen algunos efectos, nunca tienen el alcance persuasivo directo de la experiencia inicial, la

eficacia deseable. Por el contrario, todo el interés de la observación consiste en mostrar claramente que en estas ocasiones el niño reacciona reforzando los elementos esenciales de su propia formulación simbólica del problema. Vuelve a jugar el juego del escondite fálico con su madre — *¿Lo tiene? ¿No lo tiene?* —, mostrando a las claras que se trata de un símbolo, que a ese título le importa mucho y que no se trata de desorganizárselo. De ahí la importancia de un esquema como éste.

Para nosotros en el análisis se trata tal vez, en efecto, de hacer evolucionar este esquema, de permitirle al niño que desarrolle las significaciones de las que el sistema está preñado, no quedarse en la solución provisional consistente para él en ser un pequeño fóbico temeroso de los caballos. Pero esta ecuación sólo puede resolverse según sus propias leyes, las de un discurso determinado, de una dialéctica bien precisa y no de otra. No se puede empezar sin tener en cuenta el orden simbólico que esta ecuación está hecha para sostener.

Ahora podremos dar el esquema general de lo que constituye su progreso.

No es superfluo que intervenga el padre, tanto el gran Padre simbólico que es Freud como el pequeño, ese padre amado que sólo comete un error, pero un gran error, el de no cumplir verdaderamente su función de padre y, al menos por un tiempo, su función de padre, o de dios, celoso, *eifern*, según la invectiva que le dirige Juanito.

Si bien el padre le habla con mucho cariño, con dedicación, de todas formas no puede ser sino lo que había sido hasta ahora, o sea un padre que en lo real no cumple plenamente con su función. En cuanto al niño, hace literalmente lo que se le ocurre con su madre y, por ejemplo, se mete en la cama con ella a pesar del padre. Esto no significa que no quiera a su padre, sino que para él su padre no cumple la función que permitiría encontrarle una salida esquemática y directa a la situación. Nos encontramos por lo tanto con una complicación — el padre empieza a intervenir directamente sobre el término Π, de acuerdo con las instrucciones de Freud, lo que demuestra, en lo que a éste último se refiere, que las cosas no están todavía en su punto.

En este sentido podríamos entrar en el detalle de las articulaciones que nos permitirían formular de forma completamente rigurosa lo que está en juego, mediante una serie de formulaciones algebraicas que se transforman unas en otras. Me resisto un poco a hacerlo, por temor a que los espíritus no estén todavía del todo abiertos o lo que, creo yo, es el futuro del análisis clínico y terapéutico de la evolución de los casos. Cualquier caso, al menos en sus etapas esenciales, debería llegar a resumirse en una serie de transformaciones.

La última vez les di un ejemplo, poniendo en la pizarra la formulación inicial —

$$(M + \varphi + A)\,M \sim m + \Pi$$

luego la formulación terminal:

$$\left(\frac{\text{‘I}}{M + \varphi + \alpha}\right) M \sim m + \Pi$$

y finalmente:

$$p\,(M)\,(M') \sim \left(\frac{\alpha}{\varphi}\right) \Pi$$

Todo esto incluido en una Λ mayúscula, en una logificación.

$$\Lambda_{p}^{P}\left(\frac{\text{‘I}}{M + \varphi + \alpha}\right) M \sim m + \Pi$$

Desde el momento en que se habla y este Λ queda entre P mayúscula y p minúscula, podríamos preguntarnos en qué momento fundamental se produce la transformación. ¿Cuándo intervendrá p minúscula aquí, en m + Π, y P mayúscula en ‘I mayúscula? Hasta ahora no he entrado en estas transformaciones sucesivas, pero nada nos impide hacerlo, siguiendo lo que ocurre en la observación y la evolución de las cosas.

Inmediatamente después de la intervención de Freud, se produce, el 5 de abril, un fantasma que juega un papel fundamental y dará lugar a todo lo que se sitúa bajo el signo del *Verkehr*, es decir, de los transportes, en el ambiguo sentido de la palabra. Puede decirse que aquí, en cierto modo, se encarna bastante bien en el fantasma el primer término de nuestra ecuación.

En efecto, el fantasma que Juan desarrolla entonces consiste en ver que el carro donde se habría subido para jugar es repentinamente arrastrado por el caballo. Este fantasma demuestra que se ha producido una

transformación en sus temores y constituye un primer intento de dialectización de la fobia, que puede escribirse así:

$$\boxed{\frac{H}{M + \varphi + \alpha}} \rightarrow {}^{\text{`}}I$$

El caballo es aquí un elemento de arrastre, mientras que Juanito se sitúa en el mismo carro donde se ha acumulado toda la carga de sacos, los cuales representan, como demuestra la continuación de la observación, a todos los niños posibles, virtuales, de la madre. A nada temía más Juanito que a ver a su madre nuevamente cargada, *beladen*, es decir, embarazada, rodando, arrastrando, como esos coches cargados que tanto miedo dan, a los niños dentro de su barriga. Como lo demuestra la continuación de la observación, tanto el coche como, en algún caso, la bañera tienen la función de representar a la madre. El fantasma significa pues — *Habrá un montón de esos niños pequeñitos para transportar, yo mismo los meteré ahí.*

Se trata, digamos, de un primer ejercicio imaginado. La imagen que les doy, aunque esté lo más lejos posible de cualquier asentimiento natural de la realidad psicológica, por el contrario es extremadamente expresiva desde el punto de vista de la estructura de la organización significante. Juanito obtiene aquí un primer beneficio de una dialectización de la función del caballo, elemento esencial de su fobia.

Ya habíamos visto a Juanito muy empeñado en el mantenimiento de la función simbólica, por ejemplo, en uno de sus fantasmas, el de la jirafa. Aquí, en todo lo que sigue a la intervención de Freud, lo vemos hacer de alguna manera todas las pruebas posibles, todo el juego que puede dar este agrupamiento. Primero Juanito está en el coche en medio de todos los elementos heteróclitos que tanto teme sean arrastrados, quién sabe dónde, por una madre que, desde ahora, no es para él sino una potencia incontrolada, imprevisible, con la cual no se puede jugar o, por emplear un término muy expresivo del lenguaje coloquial, *se acabó el amor*, es decir, no hay reglas del juego, porque intervienen otras reglas — además, porque el propio Juanito complica el juego haciendo intervenir, no ya tan solo un falo simbólico para jugar al escondite con la madre y las niñas, sino un pequeño pene real, con el que se gana un pescozón.

Como se ve, aunque el niño no se ha creído nada de lo que contaba ese señor que hablaba como el buen Dios, si sólo ha encontrado que

hablaba bien, de todos modos, en consecuencia, él mismo ha podido empezar a hablar, es decir, a contar cuentos.

Lo primero que hará será mantener una distinción que deja clara la diferencia entre el esquema real y el esquema simbólico. Le dirá a su padre — *¿Por qué me dices que quiero a mamá, si es a ti a quien quiero?* Así, deja las cosas en su sitio.

Y después, ¿qué resulta de todo esto? Juanito inicia todo el movimiento de su fobia, haciéndole dar al caballo todo lo que puede dar, todas sus posibilidades virtuales. El caballo puede ir enganchado o desenganchado, morder o caerse, etc. Por eso tenemos todas esas paradojas.

No olviden que incluso cuando Juan tenía más miedo del caballo, significante preñado de todos los peligros, entre el 3 y el 10 de marzo, se permitía jugar a caballos en compañía de una nueva criada, ocasión para entregarse a todas las incongruencias posibles, para gastar las maneras más impertinentes, para amenazarla con desnudarla, explicándole que entonces se le vería el *Wiwimacher.* Todo esto forma parte del papel de las criadas en Freud. Ya ven que en ese momento el caballo no le intimidaba en absoluto.

Así, aunque mantiene la función del caballo, Juan aprovecha todas las ocasiones que le proporciona para captar y dilucidar el problema. En suma, ha descubierto una propiedad esencial de la situación — en cuanto el conjunto está logificado, se puede jugar con él, es decir, que se puede dedicar uno a cierto número de intercambios y de permutaciones de los significantes así agrupados. Éste es el punto de transformación inicial. De otro modo, no se ve por qué habríamos de dedicarle más tiempo a escrutar lo que cuenta el niño.

Lo mismo y ninguna otra cosa encontraremos en la transformación que mostrará ser decisiva, la de la mordedura en desatornillamiento de la bañera. De un extremo a otro, la relación entre los personajes cambia por completo. No es lo mismo morder vorazmente a la madre, aprehensión de su significación natural, incluso temer que le devuelva ese famoso mordisco encarnado por el caballo — o desatornillar a la madre, desmantelarla, movilizarla en todo esto, hacer que también ella entre en el conjunto del sistema y, por primera vez, como un elemento móvil y al mismo tiempo equivalente a los demás. El sistema se presenta entonces como un gran juego de bolas con el que el niño tratará de reconstituir una situación sostenible, incluso introducir los nuevos elementos que permitan recristalizar la situación.

Esto es lo que ocurre en el momento del fantasma de la bañera. Po-

dría escribirse, por ejemplo, poco más o menos, así, con una permutación que daría:

$$\left(\frac{\text{'I}}{M + \varphi + \alpha} \right) \Pi \sim M\,(m)$$

El símbolo P representa la función sexual de Juanito y m minúscula la madre, en la medida en que él la hace entrar en la dialéctica de los elementos amovibles, haciendo de ella un objeto como otro cualquiera que por lo tanto se permite manipular. Puede decirse entonces que toda esta especie de progreso que es el análisis de la fobia representa, de alguna manera, el declive de la madre con respecto al niño, el dominio que de ella adquiere progresivamente.

La siguiente etapa, con la que concluiré la próxima vez, se desarrolla enteramente en el plano imaginario. Es pues de alguna forma, con respecto a lo que ha habido hasta ahora, regresiva, pero en otro sentido indica indudablemente un progreso.

Juanito hace intervenir a su propia hermana — ese elemento tan arduo de manejar en lo real — en la dimensión imaginaria. Despliega a su alrededor una construcción sorprendente, una brillante fantasía, consistente en primer lugar en suponer que siempre estuvo en el maletero, casi desde toda la eternidad.

Esto supone en él una organización significante muy avanzada. Si, incluso antes de nacer, su hermana estaba ya en el mundo, ¿de qué manera? Imaginariamente, por supuesto. Tenemos la explicación de Freud. Aquí se representa algo bajo una forma imaginaria infinitamente repetida, constante, permanente, bajo la forma de una reminiscencia esencial. La pequeña Ana siempre estuvo ahí, en el gran maletero detrás del coche donde, en ocasiones, viaja ella sola. Juanito no deja de insistir en que está ahí, tanto más cuanto que en realidad sabe muy bien que no lo estaba. Precisamente el primer año, cuando todavía no había nacido, insiste en que sí había nacido y se dedicaba a hacer todo lo que él mismo había hecho, lógicamente, dialécticamente, en su discurso y en sus juegos, durante la primera parte del tratamiento.

En otro momento, nos cuenta que ella está junto al cochero, que cabalga sin estribos y lleva las riendas — no, dice, no llevaba las riendas. Hay aquí como una dificultad para distinguir la realidad de la imaginación, una ambigüedad entre *Wirklichkeit* y *Phantasie*, indicada por Freud. Pero precisamente por medio de este niño imaginario presente desde siempre, por otra parte siempre lo estará, Juanito prosigue su fantasma, y entonces se esboza para él una relación, igualmente imaginaria, mediante la cual se estabilizará su relación con respecto al objeto materno. Este objeto de un eterno retorno le abre camino hacia esa mujer a la que todo hombrecito habrá de acceder.

Juanito se sirve literalmente de su hermanita como de una especie de ideal del yo. Ella se convierte en la dueña del significante, la dueña del caballo, lo domina, y a su través Juanito puede llegar a fustigar al caballo, a golpearlo, a dominarlo, a adueñarse de él. Así es como se encontrará desde ahora en una relación de dominio con respecto a lo que en adelante se inscribirá en el registro de las creaciones de su mente — dominio de ese otro imaginario que para él será cualquier clase de fantasma femenino, lo que podríamos llamar las niñas de su sueño. Para él se tratará siempre de esto, de ese fantasma narcisista en el que se encarna la imagen dominadora. Aun resolviéndole la cuestión de la posesión del falo, esta imagen dejará en un plano esencialmente narcisista e imaginario el dominio adquirido por el sujeto de la situación crítica.

Esto marcará con su profunda ambigüedad lo que se producirá después, a modo de salida o normalización de la situación. La observación indica suficientemente sus etapas. Tras el desarrollo lúdico de sus fantasmas y la reducción a lo imaginario de los elementos una vez fijados como significantes, se constituirá la relación fundamental que le permitirá a Juanito asumir su sexo. Lo asumirá de una forma que, por muy normal que sea, podemos suponerla marcada por una deficiencia.

Sólo podré mostrarles todos sus acentos la próxima vez, pero hoy les diré algo para indicarles cuál es el defecto del punto alcanzado por el niño para sostener su lugar.

En este sentido, lo más significativo se expresa en el fantasma terminal de desatornillamiento, en el que le cambian al niño su sostén para ponerle un trasero más grande — ¿y por qué? Para adaptarse a ese lugar que ha convertido en mucho más manejable, esa bañera en la que puede entrar el tema de la caída para dialectizarlo y, en su momento, evacuarlo. Ahí se ve el carácter atípico, anómalo, casi invertido, de la situación.

La fórmula normal del complejo de castración implica que el niño, por hablar sólo de él, posee su pene únicamente con la condición de recuperarlo en la medida en que se le devuelve tras haberlo perdido. En el caso de Juanito, el complejo de castración es constantemente invocado por el niño, él mismo sugiere su fórmula, junta sus imágenes, casi ordena al padre que le haga pasar por esa prueba, de forma refleja fomenta

y organiza la misma prueba sobre la imagen de su padre, le hace una herida, desea que esa herida se realice. ¿No es impresionante ver que después de todos estos esfuerzos estériles para alcanzar y franquear esa metamorfosis del sujeto, lo que ocurre en definitiva no afecte a su sexo, sino a su misma base — es decir su relación con su madre?

En adelante, Juanito podrá rellenar ese lugar, pero este resultado es definitivo, a expensas de algo que no aparece en esta perspectiva. Se trata de la dialéctica de la relación del sujeto con su propio órgano. Aquí, a falta de que sea el órgano lo que cambia, es el propio sujeto quien, al final de la observación, se asume como una especie de padre mítico, tal como ha llegado a concebirlo. Vete a saber si ese padre no es un padre del todo como los demás, pues se trata de un padre que, en los fantasmas de Juan, es capaz de engendrar. Como le dice el marido al policía en *Las tetas de Tiresias* —

> *Vuelva esta noche para ver cómo la naturaleza*
> *Me dará sin mujer descendencia.*

Por eso no puede decirse que esté asumido todo lo correspondiente a la posición relativa de los sexos y la hiancia que queda en la integración de dichas relaciones.

¿Cómo juzgar el resultado de determinado progreso analítico, sino por la inversión paradójica de ciertos términos, expresable en una notación simbólica con *más* y *menos*? En este caso, puede decirse que Juanito no ha pasado por el complejo de castración, sino por otra vía. Y esta otra vía, como indica el mito del instalador que le cambia el trasero, lo ha llevado a convertirse en otro Juanito.

Éste es todo el sentido de aquella última pincelada con la que Freud hizo el epílogo del caso. Cuando, mucho más tarde, vuelve a ver a Juanito, ya mayor, es para oírle decir — *Ya no me acuerdo de nada de todo eso.* Vemos aquí el signo y el testimonio de un momento de alienación esencial.

Ya conocen ustedes la historia que cuentan de un sujeto que se había marchado a un isla para olvidar algo. Cuando lo encuentran, van y le preguntan qué era eso que quería olvidar, y entonces no puede responder. Como dice finamente la historia — lo había olvidado.

En el caso de Juanito, sin embargo, hay algo que nos incita a rectificar el acento, diría incluso la fórmula, de esta historia. Si hay algún estigma de lo inacabado, tanto del análisis de Juanito como de la solución

edípica postulada por su fobia, es éste. Esas vueltas y esos rodeos del significante que revelaron ser tan saludables, que hicieron desvanecerse progresivamente la fobia, que hicieron superfluo el significante del caballo — si operaron, fue a partir de esto, que Juanito, no olvidó, sino que *se* olvidó.

26 de junio de 1957

ENVÍO

XXIV

DE JUAN EL FETICHE AL LEONARDO DEL ESPEJO

La salida por el ideal materno.
Juan, hija de dos madres.
El buitre era un milano.
El Otro convertido en otro.
La inversión imaginaria de Leonardo.

Hoy es nuestro último seminario del año. No he querido tener que repetirme hoy para resumir, lo cual, sean cuales sean sus efectos, no es un mal método.

La última vez dejé de lado cierto número de cosas, de forma que tal vez no he llevado hasta el final mi análisis.

He formalizado algunas pequeñas letras y traté de indicarles en qué dirección se podría hacer un esfuerzo para habituarse a escribir las relaciones, dándose de este modo puntos de referencia fijos que no sea necesario reconsiderar en la discusión, que no puedan eludirse una vez establecidos, aprovechando la excesiva elasticidad que puede haber habitualmente en este juego entre lo imaginario y lo simbólico, tan importante para nuestra comprensión de la experiencia.

Lo que les he esbozado, sería pues un inicio de esta formalización. Sé muy bien que no he justificado todos sus términos. Así, puede parecerles que subsiste alguna indeterminación en la forma de vincular estos términos entre ellos. No se puede explicar todo a la vez. En el artículo que aparecerá en el tercer número de la revista *La Psychanalyse* con el título *L'instance de la lettre*, verán ustedes una justificación tal vez más ajustada del orden de algunas de estas fórmulas, a saber, las de la metáfora y la metonimia.

En el punto a donde hemos llegado, lo importante es, me parece, que les he sugerido la posibilidad de emplear semejantes fórmulas para situar las relaciones entre el sujeto y las diferentes formas del otro, las cuales no pueden articularse de otro modo, porque el lenguaje habitual no nos proporciona las bases adecuadas para hacerlo.

Así que he dejado atrás algunas cosas. Después de todo, ¿por qué no

iba a hacerlo? ¿Por qué pretender, aunque sea en el propio caso de Juanito, dar una fórmula completa de la cuestión planteada por este caso?

Ya saben ustedes que trato de hacer mi comentario en el registro de las cuestiones planteadas por Freud. Esto no supone que quiera hacer de cada una de sus obras, de la totalidad de sus obras, un sistema cerrado. Lo importante es que hayan aprendido ustedes, y que sigan haciéndolo cada día más, que Freud cambia las mismas bases de la consideración psicológica, introduciendo en ella una dimensión que le es ajena. El carácter distinto de esta dimensión con respecto a toda fijación psicológica del objeto constituye la originalidad de nuestra ciencia, además del principio de base con el que debemos plantear nuestro progreso.

Cerrar la interrogación freudiana, reducirla al campo de la psicología, conduce a lo que llamaré, sin más formalismos, una psicogénesis delirante. Esta psicogénesis, la ven ustedes desarrollarse cada día de forma implícita, en la forma en que los psicoanalistas consideran los hechos y los objetos que les conciernen. Su sola supervivencia es tan paradójica, tan ajena a todas las conceptualizaciones vecinas, tan chocante, y al mismo tiempo, finalmente, es tan tolerada, que debe sumarse al principal del problema, para resolverlo todo a la vez en la solución que aportaremos al problema de la dimensión freudiana, es decir, del inconsciente.

1

He dejado pues de lado en la observación de Juanito todo este juego que ahora pueden ustedes seguir.

Ya tienen un conocimiento suficiente de sus elementos para advertir en la relectura del texto el juego mítico en el que se cumple lo que llamaré la reducción a lo imaginario de la secuencia del deseo materno, tal como la escribí en la fórmula M φ α, notación de la relación de la madre con ese otro imaginario que es su propio falo, y luego con los elementos nuevos que pueden aparecer, es decir, los otros niños, en este caso Ana, la hermanita.

La mitificación infantil en el juego imaginario desencadenado por la intervención, digamos, terapéutica, nos manifiesta un fenómeno cuya originalidad debe entenderse como un elemento esencial de la *Verarbeitung* de la progresión analítica. Es un elemento dinámico y cristalizador

en el progreso simbólico que constituye de por sí la curación analítica.

Aunque en efecto no he llevado más lejos el análisis, quiero indicarles los elementos que he dejado intactos. En realidad, los he indicado de paso, pero sin explicarles su función exacta con respecto a las artimañas míticas a las que se dedica el niño estimulado por la intervención analítica.

Hay un elemento correlativo de la gran invención mítica a propósito del nacimiento de Ana y su permanencia desde toda la eternidad, tan bellamente fomentada por Juanito en su especulación mitificante. Se trata de ese personaje misterioso y verdaderamente digno del humor negro de la mejor tradición, que es la cigüeña — aquella cigüeña que llega con su sombrerito cuando no hay nadie, que saluda, que mete la llave en la cerradura. Presenta aspectos completamente insólitos si sabemos escuchar lo que dice Juanito — *Vino a tu cama*, dice. Que es tanto como decir — *en tu lugar*. Luego se corrige — *a su cama*. Luego la cigüeña se va, sin que nadie se dé cuenta, aunque hace un poco de jaleo, da alguna que otra sacudida a la casa después de irse. En resumen, este personaje que va y viene, con un aire imperturbable, incluso inquietante, no es sin duda una de las creaciones menos enigmáticas de Juanito, y bien merecería que le dedicáramos un buen rato. Es conveniente indicar su lugar en la economía general del caso en este momento del progreso de Juanito.

Juanito, sometido a la sugestión del padre psicoterapeuta, retocado por Freud, sólo consigue fomentar su manipulación imaginaria de los distintos términos presentes aislando algo que se anuncia, claramente, justo antes de la gran creación mítica — el nacimiento de Ana, y al mismo tiempo la cigüeña. El propio texto de Juanito, además del padre, revela la tesis de la muerte, porque Juanito tiene un bastón — no se sabe por qué razón nunca se había hablado de él anteriormente — con el que golpea el suelo preguntando si debajo hay muertos.

La presencia del tema de la muerte es estrictamente correlativa del tema del nacimiento. Es una dimensión esencial que debe destacarse para la comprensión y para el progreso del caso. En verdad, este tema, esta potencia de una generación llevada al grado más elevado de misterio, entre la vida y la muerte, entre la existencia y la nada, plantea problemas particulares, distintos del de la introducción del significante del caballo. No son homólogos, se trata de algo distinto que tal vez veremos el año próximo, y lo dejo en reserva. La rúbrica que elegiré para lo que voy a desarrollarles el año próximo, es muy probablemente ésta — *las formaciones del inconsciente*.

Por otra parte, como destacaré una vez más, es significativo que Juanito, al término de la crisis que resuelve la fobia y la disuelve, se instale en algo tan esencial como el rechazo de nuevos nacimientos. Se establece entonces con la cigüeña y con la madre una especie de tratado. Verán ustedes el sentido de un pasaje donde se trata de las relaciones de la madre con Dios, en cuanto a la posible venida de un niño, cuestión tan elegantemente resuelta en la propia observación con esa notita de Freud — *Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere*. En efecto, eso fue lo que le dijo la madre — *Al fin y al cabo, eso depende de mí.*

Por otra parte, en el mismo movimiento, Juanito dice que quiere tener hijos y que no quiere que haya otros niños. Desea tener hijos imaginarios, porque para él toda la situación se ha resuelto mediante una identificación con el deseo materno. Tendrá hijos de su sueño, de su mente. Por decirlo todo, tendrá hijos estructurados al estilo del falo materno, del cual hará finalmente el objeto de su propio deseo.

Pero queda claro que no habrá más niños, y esta identificación con el deseo de la madre como deseo imaginario sólo en apariencia es un retorno al Juanito de antaño, aquél que jugaba con las niñas a ese juego del escondite primitivo que tenía a su sexo por objeto. Ahora a Juan ya no se le ocurre jugar al escondite, o más exactamente, sólo se le ocurre mostrarles su bella estampa de Juanito, es decir, un personaje que, de algún modo, se ha convertido al fin y al cabo — a eso voy — en algo así como un objeto fetiche.

Juanito se sitúa en determinada posición pasivizada, y cualquiera que sea la legalidad heterosexual de su objeto, no podemos considerar que agote la legitimidad de su posición. Se acerca en este sentido a determinado tipo que no les parecerá ajeno a nuestra época, el de la generación de cierto estilo que conocemos, el estilo de los años 1945, esa gente encantadora que esperan que las iniciativas vengan del otro lado — esperan, por decirlo todo, que les quiten los pantalones. En este estilo veo dibujarse el porvenir de este encantador Juanito, por muy heterosexual que parezca.

Entiéndanme bien. Nada en la observación nos permite pensar, en ningún momento, que se resuelva de ninguna otra forma, sino con el dominio del falo materno, en la medida en que Juan ocupa su lugar, se identifica con él, ciertamente lo domina. Todo lo que pueda corresponder a la fase, o al complejo, de castración, lo vemos dibujado en la observación bajo la forma de la piedra con la que uno se hiere. La imagen que surge, por así decirlo, es mucho menos la de una vagina dentada,

diría yo, que la de un *phallus dentatus*. Todo asalto masculino será víctima de esta especie de objeto, que es un objeto imaginario, y se herirá con él.

En este sentido podemos decir que la crisis edípica de Juanito no conduce propiamente a la formación de un superyó típico, quiero decir un superyó tal como se produce de acuerdo con el mecanismo indicado en lo que hemos enseñado aquí sobre la *Verwerfung*, es decir, lo rechazado en lo simbólico reaparece en lo real. Ésta es la verdadera clave, en el nivel más cercano, de lo que ocurre tras la *Verwerfung* edípica.

En efecto, en la medida en que el complejo de castración es franqueado pero, al mismo tiempo, no puede ser plenamente asumido por el sujeto, se produce una identificación con una especie de imagen bruta del padre, imagen portadora de los reflejos de sus particularidades, con todo su peso, que llega a ser aplastante. Una vez más vemos aquí renovarse el mecanismo de la reaparición en lo real, pero esta vez de un real en el límite de lo psíquico, en el interior de las fronteras del yo — un real que se le impone al sujeto de una forma casi alucinatoria, cuando este sujeto, en un momento dado, despega de la integración simbólica del proceso de castración.

Nada parecido se manifiesta en el presente caso. Juanito no tiene que perder su pene, porque de todas formas no lo adquiere en ningún momento. Si Juanito está identificado con el falo materno, ello no significa que pueda asumir la función de su pene propiamente dicha. No hay ninguna fase de simbolización del pene. De alguna forma, el pene se queda al margen, desengranado, como algo que sólo ha sido vilipendiado, reprobado por la madre, y lo que se produce únicamente le permite integrar su masculinidad por el mecanismo de la formación de la identificación con el falo materno, de un orden muy distinto en todo caso que el superyó, esa función sin duda perturbadora, pero también equilibradora, que es el superyó. Es una función del orden del ideal del yo.

Juanito se instala en la existencia porque tiene alguna idea de su ideal, porque él es el ideal de la madre, a saber, un sustituto del falo. Digamos que si, en lugar de tener una madre judía y progresista, hubiera tenido una madre católica y piadosa, ya ven ustedes por qué mecanismo, posiblemente, Juanito se hubiera visto suavemente conducido al sacerdocio, si no a la santidad.

En un caso como éste, en el cual el sujeto se introduce en una relación edípica atípica, el ideal materno es muy precisamente lo que induce determinado tipo de situación y de solución en la relación del sujeto con

el sexo. La salida se produce por identificación con el ideal materno.

Aquí tienen ustedes trazados, poco más o menos, los términos en los que les sitúo el resultado del caso de Juanito. A lo largo de toda la observación, tenemos índices que lo confirman, y a veces muy conmovedores.

Así, al final, Juanito, decididamente desanimado por la carencia paterna, hace él mismo, fantasmáticamente, su ceremonia de iniciación, poniéndose desnudo, como si esperara el acercamiento, en esa pequeña vagoneta donde deberá velar toda una noche, como un joven caballero, y después, gracias a algunas monedas entregadas al conductor del tren — la misma moneda que servirá para calmar el poder terrorífico del *Storch* —, ya tenemos a Juanito circulando en el gran circuito. El asunto está resuelto. Juanito no será sino un caballero, un caballero más o menos cubierto por el régimen de las seguridades sociales, pero un caballero al fin y al cabo — y no tendrá padre. Y no creo que nada nuevo en la experiencia de la existencia llegue a dárselo jamás.

Hay enseguida una intervención del padre, con algo de retraso. Cómo se van abriendo las entendederas del padre a medida que avanza la observación, no es una de las cosas menos interesantes. Después de haber jugado con las cartas sobre la mesa, creyendo a pies juntillas todas las verdades aprendidas del buen maestro Freud, el padre, a medida que progresa en su manejo, ve hasta que punto esta realidad es mucho más relativa. Y cuando Juanito se dispone a iniciar su gran delirio mítico, deja escapar una frase que apenas llama la atención en el texto, pero tiene toda su importancia.

Se trata del momento en que están jugando a decir y Juanito se contradice constantemente, — *Es verdad, no es verdad, da risa, pero aun así es muy serio.* El padre, que no es un estúpido y aprende lo suyo en esta experiencia, dice — *Todo lo que se dice es siempre un poco verdad.* Y entonces, el padre — a él, que en su propia posición ha fracasado, es a él a quien debían hacer pasar por el análisis — trata de enderezar todo esto, cuando ya es demasiado tarde, y le dice a Juanito — *Al fin y al cabo, me tenías rencor.*

Esta intervención retardada suscita en Juanito ese precioso gesto que la observación destaca especialmente — mientras el padre le está hablando, deja caer su caballito. La conversación ha terminado, el diálogo caduca, Juanito se ha instalado en su nueva posición en el mundo.

Ahora Juanito es un hombre en potencia de niños, capaz de engendrar indefinidamente en su imaginación y de satisfacerse por com-

pleto con sus creaciones. Al igual que su madre vive en su imaginación.

Como les dije, él es, Juanito, no hija de una madre, sino hija de dos madres. Es un punto notable, enigmático, que ya observamos la última vez. Sin duda, la otra madre es aquélla cuyo poder y cuya presencia ha tenido demasiadas ocasiones y razones para conocer — la madre del padre. Sin embargo, que el sujeto asuma esta duplicidad o este desdoblamiento de la figura materna que entra en las condiciones del equilibrio terminal, es ciertamente uno de los problemas estructurales planteados por la observación.

En ese punto terminé mi penúltimo seminario, estableciendo la comparación con el cuadro de Leonardo de Vinci y, al mismo tiempo, con el caso de Leonardo de Vinci, que no por casualidad le interesó tanto a Freud.

A este texto consagraremos hoy el tiempo que nos queda. Por supuesto, no pretendemos agotar el *Recuerdo infantil de Leonardo de Vinci* en una sola lección. Será una breve lección antes de las vacaciones, como es costumbre en mi enseñanza, a modo de un respiro para un grupo tan atento como son ustedes, cosa que yo les agradezco.

Dejemos a Juanito a su suerte. Pero antes de dejarlo, les indicaré todavía que si a propósito de él me he referido a cierta evolución de las relaciones entre los sexos y he hablado de la generación de 1945, ha sido seguramente para no caer en una excesiva actualidad. El cuidado de describir y de definir lo que puede ser la generación actual, de dar su expresión directa y simbólica, se lo dejo a otros, por ejemplo a Françoise Sagan. No cito este nombre al azar, sólo por gusto de hablar de cosas de actualidad, sino para aconsejarles, como lectura para las vacaciones, en el número de *Critique* de agosto-septiembre de 1956, el estudio de Alexandre Kojève, con el título *Le Dernier Monde nouveau*, sobre dos libros, *Bonjour tristesse* y *Un certain sourire*, del autor de éxito que acabo de nombrar. Podrán ustedes ver lo que un austero filósofo, habituado a situarse únicamente al nivel de Hegel y la política más elevada, puede extraer de obras aparentemente tan frívolas.

Sin duda les resultará instructivo. Y, como suele decirse, no les hará ningún daño, no corren ningún peligro. El psicoanalista no se recluta entre quienes se entregan por entero a las fluctuaciones de la moda en materia psicosexual. En eso están ustedes, por así decirlo, demasiado bien orientados, incluso están un poco demasiado fuertes en la materia. Esta lectura puede tener la ventaja de hacerles entrar en un baño de actualidad, activando así la perspectiva sobre lo que hacen. Esto les enseñará

también que deben tener en cuenta los cambios profundos en las relaciones entre el hombre y la mujer que hayan podido producirse a lo largo de un periodo no más largo que el que nos separa de la época de Freud, cuando, como suele decirse, se estaba cociendo lo que había de ser nuestra historia.

Todo esto es para decirles también que el donjuanismo no ha dicho tal vez su última palabra, digan lo que digan los psicoanalistas. Si bien en este sentido han hecho aportaciones interesantes, si se ha entrevisto algo pertinente con la noción de la homosexualidad de Don Juan, no debe tomarse como habitualmente se toma.

Estoy profundamente convencido de que Don Juan es un personaje demasiado alejado de nosotros en el orden cultural para que los analistas hayan podido tener de él una percepción ajustada. El *Don Juan* de Mozart, si lo tomamos como la cumbre del personaje y como algo que significa la culminación propiamente dicha de una pregunta, en el sentido en que yo la entiendo aquí, es seguramente algo muy distinto de un personaje-reflejo, tal como quiso construírnoslo Rank. Sin lugar a dudas, no se debe entender únicamente por este sesgo del doble. En mi opinión, contrariamente también a lo que suele decirse, Don Juan no se confunde pura y simplemente, ni mucho menos, con el seductor en posesión de pequeños trucos efectivos en toda ocasión. Creo que Don Juan ama a las mujeres, incluso diría que las ama lo bastante como para saber, dado el caso, no decírselo, y que las ama lo bastante como para que, cuando se lo dice, ellas le crean.

No es banal, y revela muchas cosas, que para él la situación sea siempre una situación sin salida. Me parece que hay que indagar en el sentido de la noción de la mujer fálica.

En las relaciones de Don Juan con su objeto, hay sin duda algo relacionado con un problema de bisexualidad, pero precisamente en el sentido de que Don Juan busca a la mujer, y se trata de la mujer fálica. Como la busca de verdad, como va a buscarla, como no se contenta con esperarla ni con contemplarla, no la encuentra, o sólo acaba encontrándola bajo la forma de aquel invitado siniestro que en efecto es un más allá de la mujer, inesperado, y que no en vano es efectivamente el padre. Pero no olvidemos que cuando se presenta, lo hace, cosa curiosa, bajo la forma del invitado de piedra, de esa piedra con su lado absolutamente muerto y cerrado, más allá de toda vida de la naturaleza. En suma, ahí es donde Don Juan acaba quebrándose y encuentra la culminación de su destino.

Muy distinto es el problema que nos presenta Leonardo de Vinci.

2

Que Freud se interesara en Leonardo de Vinci, no es un hecho que haya de plantearnos preguntas. Por qué ocurrió una cosa, en lugar de no haber pasado, ésta debería ser en general la última de nuestras preocupaciones. Freud es Freud, precisamente porque se interesó en Leonardo de Vinci.

Ahora se trata de saber cómo se interesó en él y qué podía ser para Freud Leonardo de Vinci. Para responder a esta pregunta, no hay nada mejor que leer *Un recuerdo infantil*. Se lo advertí con la suficiente antelación para que algunos de ustedes lo hayan hecho y hayan advertido el carácter profundamente enigmático de esta obra.

He aquí a Freud en 1910, una vez llegado a lo que podemos llamar la cima de la felicidad de su existencia. Al menos así es como las cosas aparecen exteriormente y, a decir verdad, él mismo nos lo dice. Tiene el reconocimiento internacional, y todavía no ha tenido que conocer ni la tristeza ni el drama de las separaciones de sus alumnos más preciados. Aunque se avecinan importantes crisis, hasta ese momento puede decirse que ha recuperado el tiempo perdido en los diez últimos años de su vida.

Y resulta que Freud se ocupa de Leonardo de Vinci. Todo en sus antecedentes, en su cultura, en su amor por Italia y por el Renacimiento, nos permite comprender que le haya fascinado este personaje. ¿Pero qué nos dirá él en este sentido? En lo que nos dice, no demuestra un conocimiento menor, ni tampoco una sensibilidad reducida, en cuanto al relieve del personaje, ni mucho menos.

Por lo tanto, en conjunto, el texto de Freud sobre Leonardo de Vinci se relee con interés, incluso con un interés más bien creciente con el paso del tiempo. Aunque sea una de las obras de Freud más criticadas — y resulta paradójico ver que es una de las que él se sentía más orgulloso —, quienes en estos casos suelen ser más reticentes, y Dios sabe que lo han sido, me refiero a los especialistas en pintura y en historia del arte, acaban con el tiempo, y a medida que se revelan, no obstante, los mayores defectos en esta obra, dándose cuenta de su importancia. De modo que esta obra de Freud ha sido poco más o menos universalmente rechazada, despreciada, incluso desdeñada por los historiadores del arte, y aun así, a pesar de todas las reservas que sigue habiendo y sólo han podido quedar reforzadas con la aportación de nuevos documentos demostrativos de los errores cometidos por Freud, alguien como Kenneth

Clark, antiguo director de la National Gallery, en una obra no muy antigua, reconoce el gran interés del análisis realizado por Freud del cuadro que les enseñé el otro día, la *Santa Ana* del Louvre, junto con el célebre cartón que se encuentra en Londres, las dos obras alrededor de las cuales Freud planteó la profundización que hizo, o pretendió hacer, del caso de Leonardo de Vinci.

Supongo que no he de resumirles el recorrido de este pequeño opúsculo.

En primer lugar, hay una presentación rápida del caso de Leonardo de Vinci, de su rareza. Esa rareza, que en su momento consideraremos con nuestros propios medios, Freud la vio muy bien, ciertamente, y en conjunto lo que dice está correctamente situado con respecto al enigma del personaje. Luego se pregunta por la singular constitución de este pintor, incluso su predisposición, y sobre su paradójica actividad. Por el momento digo este pintor, cuando en realidad al mismo tiempo era algo muy distinto. Freud recurre finalmente a ese fragmento que tanto puso de relieve en todos sus desarrollos, o sea el único recuerdo infantil que tenemos de Leonardo de Vinci — *Me parece que estoy destinado a ocuparme del buitre. Uno de mis primeros recuerdos infantiles es en realidad que estando aún en la cuna, vino a mí un buitre, me abrió la boca con su cola y me golpeó con ella varias veces entre los labios.*

He aquí un desconcertante recuerdo infantil, nos dice Freud, y lo enlaza, y con este enlace nos lleva a donde quiere llevarnos. Nosotros le seguimos, porque estamos habituados a ese juego de prestidigitador consistente en hacer que se superponga en la dialéctica y en el razonamiento lo que a menudo se confunde en la experiencia y en la clínica, cuando se trata sin embargo de registros del todo diferentes. No digo que Freud los maneje de forma impropia, creo por el contrario que los maneja de una forma genial, es decir, que va al meollo del problema. Pero cometemos la equivocación de seguirle con una absoluta pereza intelectual, aceptando por adelantado todo lo que nos dice, a saber, que se trata en este caso de una especie de superposición o de sobreimpresión de la relación con el pecho materno y una felación, al menos imaginaria, planteada así de entrada y además con la significación de una verdadera intrusión sexual.

Freud plantea esto desde el principio, y sobre esta base articula su construcción, para conducirnos progresivamente a la elaboración de lo que tiene de profundamente enigmático, en el caso de Leonardo de Vinci, la relación con la madre. En ello basa todas las particularidades de

su extraño personaje, a saber, en primer lugar su probable abstinencia y, por otra parte, su relación singular, única, con su propia obra, hecha de una actividad siempre en el límite de lo realizable y de lo imposible, como él mismo lo escribe alguna vez — esa serie de rupturas en las diferentes etapas de la empresa de su vida — esa singularidad que lo deja aislado en medio de sus contemporáneos y hace de él, ya en vida, un personaje de leyenda, supuestamente dotado de todas las cualidades y de todas las competencias, un genio universal. Toda la idealización que, ya en su tiempo, rodea a Leonardo de Vinci, Freud va a deducírnosla de su relación con la madre.

Comienza, como les digo, con este recuerdo de infancia. Ese buitre de cola temblorosa que viene a golpear al niño está, nos dice, construido como el recuerdo encubridor de algo que es el reflejo de un fantasma de felación. Freud no duda ni un instante en plantearlo así, y con todo, preciso es reconocer que, para una mente no prevenida, eso al menos plantea un problema, porque precisamente todo el interés de la investigación freudiana consiste en revelarnos que, hasta una edad situable probablemente entre los tres y los cuatro años, Leonardo no contó con ninguna otra presencia aparte de la presencia materna, y sin duda ningún otro elemento de seducción sexual, salvo lo que él llama los besos apasionados de la madre, ni otro objeto que pudiera representar al objeto de su deseo aparte del pecho materno. A fin de cuentas, la revelación, en cuanto al papel premonitorio que puede tener, el propio Freud la sitúa en el plano del fantasma.

En suma, todo esto se basa en un punto, que es nada más y nada menos la identificación del buitre con la madre, porque ella sería precisamente el personaje origen de la intrusión imaginaria.

Ahora bien, en todo este asunto ocurrió lo que podemos llamar un accidente, incluso una falta — pero es una falta feliz. Freud sólo leyó este recuerdo infantil en la cita que de este pasaje hizo Herfeld, o sea que lo leyó en alemán. Pero Herzfeld tradujo como *buitre* algo que no es en absoluto un buitre. El hecho fue señalado por diversos eruditos, y últimamente por Meyer Shapiro, en un artículo aparecido en el *Journal of History of Ideas*, nº 2, 1956.

Freud hubiera podido sospecharlo, pues, como era su costumbre, hizo el trabajo con el mayor cuidado, y la traducción lleva la referencia a las páginas de los manuscritos, en este caso el *Codex Atlanticus*, un volumen de Leonardo de Vinci que se encuentra en Milán. Ha sido traducido casi a todas las lenguas y, por otra parte, en francés hay una traducción, muy

insuficiente aunque completa, bajo el título *Carnets de Léonard de Vinci*, con las notas manuscritas dejadas por Leonardo, a menudo al margen de sus dibujos. Así, Freud hubiera podido remitirse a esta referencia en las notas de Leonardo de Vinci, que por lo general tienen cinco, seis, siete líneas, media página como máximo, mezcladas con dibujos. Ésta se encuentra justo al lado de un dibujo, en una hoja que se refiere al estudio del vuelo de los pájaros, distribuido en distintos lugares de la obra de Leonardo. Leonardo de Vinci dice — *Me parece que estoy destinado a ocuparme particularmente...* no del buitre, sino precisamente de lo que hay al lado, dibujado, y que es un milano.

Que el milano resulta particularmente interesante para el estudio del vuelo de los pájaros, es una observación que ya se encuentra en Plinio el Viejo. Según él, merece la atención de los pilotos, porque el movimiento de su cola es particularmente ejemplar para la acción del timón. Leonardo también se ocupó de él. Es muy bonito seguir a través de los tiempos las aventuras de este milano, conocido desde la Antigüedad, reproducido por muchos autores, de entre los cuales me referiré incidentalmente a algunos, y que ha acabado hoy día, me han asegurado, en manos del Sr. Fokker, quien se dedicó a estudiar *in situ* el movimiento de la cola del milano en determinada época entre las dos guerras mundiales, cuando estaba fomentando unas preciosas preparaciones de la maniobra del vuelo en picado, parodia repugnante — espero que en esto sean de mi opinión — del vuelo natural. No podía esperarse nada mejor de la perversidad humana.

Este milano, por otra parte, lo tiene todo para provocarla. Es un animal que no tiene nada especialmente atrayente. Belon, que compuso una obra muy bella sobre los pájaros y había estado en Egipto, así como en otros lugares del mundo, por cuenta de Enrique II, había visto algunos milanos en Egipto y nos los describe como sórdidos y poco amables.

Debo decirlo, por un momento tuve la esperanza de que todo iba a arreglarse, es decir, que el buitre de Freud, por muy milano que fuese, iba a tener alguna relación con Egipto, y acabaría siendo a fin de cuentas el buitre egipcio. Por desgracia, no es así.

Hay milanos en Egipto, incluso puedo decirles que mientras desayunaba en Luxor tuve la sorpresa de ver, al borde de mi campo visual, algo que hizo ¡zum! y se largó en diagonal con una naranja que había sobre mi mesa. Por un instante creí que se trataba de un halcón, pero enseguida vi que no era así. No era un halcón, porque esa bestia se había posado en la esquina de un tejado, había dejado la naranjita para mostrar que

era sólo una broma, y se veía muy bien que se trataba de una bestia rojiza, con un estilo particular. Enseguida comprobé que era un milano. Ya ven que es un animal familiar y observable.

Pero la situación es complicada. Hay un buitre egipcio que se le parece mucho y hubiera podido arreglarlo todo. Se trata del mismo al que se refiere Belon, quien lo llama el *sacro egipcio*, conocido desde Herodoto bajo el nombre de Hierax. En Egipto hay muchos y, naturalmente, es sagrado, es decir, según nos instruye Herodoto, en el antiguo Egipto no lo podía uno matar sin buscarse las peores complicaciones. Se parece algo al milano y al halcón. Es el mismo que, en los ideogramas egipcios, corresponde más o menos a la letra *aleph*, de la que he hablado en mis discursos sobre los jeroglíficos y su función ejemplar para nosotros. Aquí tienen al buitre, es decir, más o menos el *sacro egipcio* en cuestión.

El Buitre Egipcio



Todo iría muy bien si hubiera sido éste el que se empleaba para la diosa Mut, mencionada por Freud a propósito del buitre. Pero eso no va, y Freud se equivocó de verdad, porque el buitre que se emplea para la diosa Mut es éste de aquí.

El *Gyps fulvus*



Éste, a diferencia del otro, no tiene valor fonético. Sirve como elemento determinativo, en el sentido de que se añade. O bien designa por sí mismo a la diosa Mut y, en este caso, le añaden una banderola, o bien se contentan con hacerlo equivaler a *M*, añadiendo de todas formas una

t para fonetizar el término. Se encuentra en más de una asociación, tratándose siempre de una diosa madre.

Este buitre tan distinto, un verdadero *Gyps*, que no se parece en absoluto al anterior, el que está en el límite entre los milanos y los halcones, además de otros animales parecidos, sí es el buitre con el que se relaciona todo lo que Freud extrae de la tradición del bestiario, por ejemplo, de Horapolo, de la época de la decadencia egipcia. Los escritos de este último, por otra parte fragmentarios, transcritos mil veces, recopiados y deformados, dieron lugar en el Renacimiento a cierto número de recopilaciones, con la aportación de pequeños emblemas por parte de los grabadores de la época, que se suponía proporcionaban el valor significativo de cierto número de jeroglíficos egipcios principales.

Esta obra, de la que ven ustedes aquí la edición de 1519, hecha en vida de Leonardo por Aldo Manucio, debería resultarles familiar a todos ustedes, porque de aquí tomé el dibujo que adorna la portada de la revista *La Psychanalyse*. Horapolo da la descripción que veo escrita aquí — *Una oreja pintada significa la obra hecha o por hacer.*

Pero nosotros no nos dejaremos llevar por los malos hábitos de una época que no hay que imitar en todo.

De Horapolo es de quien Freud tomó la referencia según la cual el buitre tiene la significación de la madre, pero encontró también una anotación mucho más interesante, que le hizo dar un paso más en la dialéctica, a saber, que se trata de un animal carente de sexo femenino. Es una vieja patraña zoológica que, como muchas otras, se remonta muy lejos y se encuentra mencionada en la Antigüedad, y no en los mejores autores, pero aun así es admitida de forma generalizada en la cultura medieval. Freud admite que, como Leonardo de Vinci era una persona leída, debía conocer esta historia. Es probable y nada tendría de extraordinario que así fuera, porque estaba muy difundida, pero no hay ninguna prueba de ello. Y puesto que no se trata de un buitre, demostrarlo no tiene ningún interés.

Dejo de lado el hecho de que san Ambrosio toma la historia del buitre hembra como un ejemplo que la naturaleza nos aporta expresamente, para favorecer la penetración en nuestra mollera de la concepción virginal de Jesús. Freud parece admitir, sin crítica, que esto se encuentra en casi todos los Padres de la Iglesia. Debo decirles que no he ido a comprobarlo, porque hasta esta mañana no he sabido que está en San Ambrosio. En realidad, ya lo sabía, porque un tal Piero Valeriano, que hizo una colección de esos elementos legendarios de la época en 1566, primera edición, me pareció una fuente particularmente importante a consultar para ver lo que podía ser por entonces el milano, además de otros elementos simbólicos, y él indica que san Ambrosio lo menciona. Se refiere también a Basilio el Grande, pero no a todos los Padres de la Iglesia, como parece admitirlo el autor a quien se remite Freud.

El buitre sólo era hembra, como el caracol sólo era macho. Era una tradición, y tiene su interés relacionar al uno con el otro, porque el caracol es un animal terrestre, trepador, mientras que, de forma correlativa, el buitre concibe en el cielo, ofreciendo generosamente su cola al viento, según una muy bella imagen.

La historia del buitre tiene su interés, como un montón de historias de esta especie, que pululan en Leonardo de Vinci, muy interesado en ciertas fábulas construidas en base a estas historias. Puede leerse por ejemplo en sus notas que el milano es un animal muy propenso a la envidia y que maltrata a sus hijos. Vean lo que hubiera resultado si Freud hubiera tropezado con esto, y la distinta interpretación que podríamos dar de la relación con la madre a partir de ahí.

¿Creen que trato de mostrarles que de todo esto no queda nada, que de toda esta parte de la elaboración freudiana no debemos tomar nada? No, si se lo cuento no es por esta razón. No recurriría a la ventaja fácil de criticar *a posteriori* una invención genial. A menudo ocurre que, aun con toda clase de fallos, la visión del genio se ha guiado con algo muy distinto que esas pequeñas investigaciones, y ha llegado mucho más lejos que esos apoyos puestos a su alcance de forma accidental.

La cuestión es saber qué quiere decir esto, qué es lo que nos permite ver.

3

Seis años después de los *Tres ensayos* y diez o doce años después de la primeras percepciones que Freud había tenido de la bisexualidad — con lo que Freud había despejado hasta entonces sobre la función del complejo de castración, por una parte, y sobre la importancia del falo, del falo imaginario como objeto del *Penisneid* de la mujer, por otra parte — ¿qué novedad introduce el ensayo sobre Leonardo de Vinci?

Introduce precisamente, en mayo de 1910, la importancia de la fun-

ción madre fálica, y mujer fálica. No para la que es el sujeto de esta función, sino para el niño que depende de dicho sujeto. Ésta es la arista de lo que Freud nos aporta en esta ocasión.

Que el niño está vinculado con una madre que, a su vez, está vinculada en el plano imaginario con el falo como falta, ésta es la relación que Freud introduce, completamente distinta de todo lo que había dicho hasta entonces sobre la relación de la mujer con el falo. En esta estructura original he centrado yo toda la crítica fundamental de la relación de objeto que he procedido a hacer este año, en la medida en que está destinada a instituir determinada relación estable entre los sexos, fundada de acuerdo con una relación simbólica. Creo que en el análisis de Juanito la he despejado por completo. Aquí, encontramos un testimonio de esto mismo en el pensamiento de Freud, algo que por sí solo nos permite acceder al misterio de la posición de Leonardo de Vinci.

Dicho de otra manera, el hecho de que el niño, aislado en la confrontación dual con la mujer, se encuentra al mismo tiempo enfrentado al problema del falo en cuanto falta para su partener femenino, es decir, en este caso, para el partener materno — alrededor de esto gira todo lo que Freud elucubra a propósito de Leonardo de Vinci. A ello se debe el relieve y la originalidad de esta observación, que por otra parte resulta ser, y no por casualidad, la primera obra donde Freud menciona el término de narcisismo. Se trata pues propiamente del inicio de la estructuración del registro de lo imaginario en la obra freudiana.

Ahora debemos dedicarle un momento a lo que llamaré el contraste y la paradoja del personaje de Leonardo de Vinci, para preguntarnos sobre el otro término que Freud introduce aquí, no por primera vez, pero que aparece con una particular insistencia — la sublimación.

Freud se refiere de vez en cuando a cierto número de los que pueden llamarse rasgos neuróticos de Leonardo de Vinci. Quiero decir que en todo momento busca huellas de un pasaje crítico, de una indicación dejada en no sé qué repetición de términos, en una especie de lapsus obsesivos. Este no sé qué paradójico en la sed de saber de Leonardo, en su *cupido sciendi*, designación tradicional de la curiosidad que le animaba, Freud hace de él casi un rasgo obsesivo, puesto que lo llama una compulsión a curiosear, *Grübelzwang*. No puede decirse que no haya algunas indicaciones en este sentido. De todas formas, toda la personalidad de Leonardo de Vinci no se explica por la neurosis. Y como uno de los resultados esenciales de lo que queda de la tendencia infantil exaltada, incluso fijada, presente en el caso de Leonardo, Freud hace intervenir, no

sin antes haberla introducido ya en los *Tres ensayos*, la noción de sublimación.

Como ustedes saben, aparte de que la sublimación es una tendencia que se dirige a objetos distintos de los primitivos, los objetos más elevados de entre todo lo que se ofrece a la consideración humana e interhumana, Freud sólo añadió algunos complementos, para mostrar el papel que podía jugar la sublimación en la instauración de los intereses del yo.

Desde entonces, cierto número de autores de la comunidad psicoanalítica se han referido a este término, vinculándolo con la noción de neutralización, de desinstintualización del instinto. Debo decir que es algo muy difícilmente concebible — una deslibidinización de la libido, una desagresivización de la agresividad. Estos términos tan amables son los que habitualmente vemos florecer en la pluma de Hartmann y Lowenstein. No nos aclaran gran cosa sobre el mecanismo de la sublimación.

El interés de un estudio como el de Freud sobre Leonardo es que podemos tomar de él algunas ideas, al menos esbozar una reflexión capaz de dar al término de sublimación una base más estructurada que la noción de instinto desinstintualizado, así como la de un objeto que, según dicen, se convierte en más sublime — pues al parecer, de acuerdo con nuestros psicólogos del *ego*, ésta sería la *Stuff* de la sublimación.

El propio Leonardo de Vinci fue objeto de una idealización, si no de una sublimación, que empezó estando él en vida y que tiende a considerarlo una especie de genio universal, además de un sorprendente precursor del pensamiento moderno. Esto es lo que sostienen algunos, incluso críticos muy eruditos, que empezaron, como Freud por otra parte, a desbrozar el problema. Otros hacen lo mismo en planos distintos que el arte. Duhem, por ejemplo, dice que Leonardo de Vinci había entrevisto la ley de la caída de los cuerpos, o incluso el principio de inercia. Un examen más ajustado desde el punto de vista de la historia de la ciencias demuestra que no es así. Sin embargo, está claro que Leonardo de Vinci hizo hallazgos sorprendentes y que nos dejó dibujos relacionados con la cinemática, la dinámica, la mecánica, la balística, que a menudo ponen de manifiesto una percepción extraordinariamente pertinente, muy adelantada respecto de su tiempo — pero eso no nos permite de ninguna manera creer que no hubiera, en todas estas materias, trabajos ya muy avanzados en la matematización, especialmente, por ejemplo, de la cinemática.

Sin embargo, por un resto de tradición aristotélica, es decir, una tradición fundada en determinadas evidencias de la experiencia, no se ha-

bía podido realizar la conjunción de la formalización matemática bastante avanzada de toda una cinemática abstracta con el dominio de la experiencia, me refiero al de los cuerpos reales y existentes, aparentemente entregados a la ley de la gravedad, que tanto estorbó con su evidencia experiencial a la mente humana, hasta el punto que costó mucho tiempo, como ustedes saben, llegar a dar su formulación correcta. Tengan en cuenta que encontramos todavía en Leonardo, tanto en sus dibujos como en los comentarios que los acompañan, anotaciones como ésta — un cuerpo cae tanto más deprisa cuanto más pesado es. Lo encontramos explícitamente y, más aún, implícitamente. Creo que todos ustedes recuerdan lo bastante de su enseñanza secundaria como para saber que es un teorema de una profunda falsedad, aunque la experiencia, como suele decirse, parece imponerlo, la experiencia en el nivel bruto de la experiencia común.

De todas formas, ¿en qué consiste la originalidad de estos dibujos? Si tomamos una parte de lo que nos dejó, por ejemplo, los dibujos de esa obra de ingeniero que tanto sorprendió, incluso fascinó, a sus contemporáneos y a las generaciones sucesivas, vemos que a menudo se trata de cosas extraordinariamente adelantadas con respecto a su época, aunque no pueden rebasar ciertos límites todavía no franqueados en cuanto a la utilización y, por así decirlo, la entrada viviente de las matemáticas en el orden del análisis de los fenómenos de lo real.

Dicho de otra manera, lo que él nos aporta es a menudo absolutamente admirable por su inventiva, su construcción, su creatividad, y ya es bastante ver, por ejemplo, con qué elegancia determina los teoremas que pueden servir de base para la evaluación del cambio progresivo de una fuerza que actúa sobre un cuerpo en rotación, o sea que puede girar alrededor de un eje. Esta fuerza se aplica a un brazo y el brazo gira. ¿Qué variación se producirá en la eficacia de esta fuerza a medida que gira la palanca? He aquí en qué problemas destacará Leonardo, traduciéndolos mediante lo que llamaré una especie de visión del campo de fuerza, determinada no tanto por su cálculo como por sus dibujos. En suma, el elemento intuitivo, el elemento de imaginación creadora, se vincula en su caso con cierto predominio dado al principio de la experiencia, fuente de toda clase de intuiciones fulgurantes, originales, pero a pesar de todo parciales, semejantes a los croquis de un ingeniero.

No es poca cosa. Aquí tienen ustedes toda la diferencia, nos dice un crítico de la historia de las ciencias como Koyré, entre un dibujo y un croquis de ingeniero. Un croquis de ingeniero, si por sí sólo puede manifestar toda clase de elementos intuitivos, determinadas cantidades o valores que se representan y se materializan con la sola disposición de los dispositivos, no es capaz de resolver determinados problemas de nivel más elevado, primarios simbólicos. A fin de cuentas, encontraremos en Leonardo de Vinci una teoría insuficiente, incluso falsa, del plano inclinado, que sólo quedará firmemente resuelta con Galileo y, por emplear una vez más un término de Koyré, con esa revolución que constituye la matematización de lo real, el hecho de decidirse a purificar radicalmente el método, es decir, poner la experiencia a prueba con los términos, con los planteamientos del problema, que parten decididamente de lo imposible.

Entiéndase que en primer lugar hay que separar de cualquier pretendida intuición de lo real la formulación de las fórmulas sometidas a la hipótesis, renunciar, por ejemplo, a una evidencia como la de que los cuerpos más pesados caen más deprisa. Sólo entonces se puede empezar a elaborar desde un punto de partida distinto, el de la gravedad, el correcto, es decir, a partir de una fórmula que de alguna forma no puede satisfacerse en ninguna parte, pues las condiciones de experiencia siempre serán impuras para realizarla.

La experiencia puede realizarse correctamente y se empieza a instaurar una física matematizada porque se parte de una formalización simbólica pura. Podemos decir que tras siglos enteros de esfuerzos para conseguirlo, no se consiguió hasta que se tomó la decisión de empezar separando lo simbólico de lo real, algo que los investigadores, de generación en generación, no habían logrado por medio de la larga serie de sus experiencias y tanteos, la cual por otra parte resulta apasionante seguir. Ahí reside todo el interés de una historia de las ciencias. Hasta ahora estábamos entre dos aguas, en algo incompleto, parcial, imaginativo, fulgurante, que pudo hacerle formular al propio Leonardo de Vinci — a eso voy — que en suma su posición era esencialmente una relación de sumisión a la naturaleza.

El término de naturaleza desempeña otro papel esencial en la obra de Leonardo de Vinci. La naturaleza es para él, en todo momento, algo cuya presencia se ha de captar. Es el elemento absolutamente primordial. Es un otro al que hay que oponerse, cuyos signos se trata de descifrar, haciéndose su doble y, si puede decirse así, su cocreador. Por otra parte, todos estos términos se encuentran en las notas de Leonardo de Vinci.

Desde tal perspectiva interroga él a esa naturaleza, para llegar a una

confusión de lo imaginario con una especie de otro que no es el Otro radical del que nosotros nos ocupamos y que les he enseñado a dibujar como el sitio, el lugar, del inconsciente. ¿De qué otro se trata?

En este sentido es importante ver cuánto insiste Leonardo de Vinci en decir que no hay voz en la naturaleza, y nos da demostraciones tan curiosas, tan divertidas, que valdría la pena ver hasta qué punto esto se convierte para él en una preocupación obsesiva propiamente dicha demostrar que no puede haber nadie que le responda, eso en lo que todo el mundo cree entonces, un espíritu que habla en alguna parte, en el aire. Insiste en ello una y otra vez, y en efecto, había gente para quienes proclamar esta verdad era escandaloso.

De cualquier forma, Leonardo de Vinci interroga a la naturaleza como a un otro que, al mismo tiempo, no es un sujeto, pero cuyas razones se pueden leer. Lo digo porque está en Leonardo de Vinci — *La naturaleza está llena de infinitas razones que nunca han estado en la experiencia.*

La paradoja de esta fórmula, si hacemos de Leonardo de Vinci, como se hace muy a menudo, una especie de precursor de la experimentación moderna, nos demuestra precisamente la distancia que nos separa de él, así como lo difícil que es captar *a posteriori*, una vez producido cierto despejo del pensamiento, en qué andaba metido el pensamiento de aquél a quien llaman un precursor.

La posición de Leonardo de Vinci con respecto a la naturaleza es la de una relación con un otro que no es un sujeto, pero hay que detectar su historia, su signo, su articulación y su palabra, se trata de captar su poder creador. En suma, este otro transforma el carácter radical de la alteridad del Otro absoluto en algo accesible mediante una determinada identificación imaginaria.

Me gustaría que tuvieran ustedes en cuenta a este otro en el dibujo al que Freud se remite, donde advierte, como un enigma, esa confusión de los cuerpos por la que santa Ana se distingue mal de la Virgen.

Esto es tan cierto, que si le dan ustedes la vuelta al dibujo verán el cuadro del Louvre, y se darán cuenta de que las piernas de la santa quedan del lado donde antes había, de la forma más natural y poco más o menos en la misma posición, las piernas de la Virgen, y que donde están las piernas de la Virgen, antes estaban las piernas de santa Ana.

Que se trata de una especie de doble, cuyos aspectos van surgiendo uno tras otro, de eso no cabe duda. Que el niño, en el dibujo de Londres, prolonga el brazo de la madre casi como una marioneta en la que se inserta el brazo de quien la mueve, no resulta menos sobrecogedor.

Pero además, vean que la otra mujer, sin que por otra parte se sepa cuál, perfila junto al niño aquel índice levantado que encontramos en toda la obra de Leonardo de Vinci, en el San Juan Bautista, el Baco, el ángel de La Virgen de las rocas, y constituye también uno de sus enigmas. Aquí hay algo que representa muy bien la ambigüedad de la madre real y la madre imaginaria, del niño real y el falo escondido. Si hago del dedo su símbolo, no es porque reproduzca groseramente su perfil, sino porque ese dedo, presente por todas partes en Leonardo de Vinci, es la indicación de esa falta de ser* cuyo término encontramos inscrito por toda su obra.

Se trata aquí de cierta toma de posición del sujeto con respecto a la problemática del Otro, que es, o bien ese Otro absoluto, ese inconsciente cerrado, esa mujer impenetrable, o bien, detrás de ella, la figura de la muerte, el último Otro absoluto. La forma en que determinada experiencia compone algo con este término último de la relación humana, cómo reintroduce en su interior toda la vida de los intercambios imaginarios, cómo desplaza la relación radical y última con una alteridad esencial para hacerla habitar por una relación de espejismo, esto es lo que se llama la sublimación. En todo momento, en el plano del genio y de la creación, la obra de Leonardo nos da un ejemplo de ello.

Esto es también, me parece, lo que se expresa en este dibujo, una especie de singular criptograma, un dibujo que no es único, sino el doble de otro hecho para un cuadro que Leonardo de Vinci nunca pintó, para la capilla de los Servitas. En él reproducía el tema de santa Ana, la Virgen, el Niño y un cuarto término del que hemos hablado, es decir, san Juan, que por otra parte es el cordero.

En el cuarto término de esta composición de a cuatro, hemos de encontrar de nuevo, evidentemente — como cada vez que les hablo de esto, en cuanto se instaura la relación de a cuatro — el tema de la muerte. ¿Dónde está? Naturalmente, está en todas partes, pasa de uno a otro.

La muerte es también lo que dejará muerta la sexualidad de Leonardo de Vinci, porque éste es su problema esencial, en torno al cual Freud planteó su interrogación. No encontramos en ninguna parte en la vida de Leonardo de Vinci el testimonio de un verdadero vínculo, de que quedara cautivado de una forma que no fuese ambigua y pasajera.

Pero no es ésta la impresión que da a fin de cuentas su historia. Es una paternidad de ensueño. Leonardo protegió, patrocinó a algunos jó-

* *Manque-a-être.* (T.)

venes para ambientes refinados, y ellos pasaron por su vida, varios, pero ningún vínculo importante marcó su estilo verdaderamente — y si hubiera que calificar a alguien como homosexual, sería más bien a Miguel Angel.

¿Está la muerte en esa especie de doble, o sea el que está ahí frente a él y es tan fácilmente sustituido por este cordero?

Piero de Novellara escribía a Isabela de Este, el 8 de agosto de 1501, que toda Florencia había desfilado durante dos días delante de este cartón preparatorio de una obra para el altar mayor de la Annunciata de Florencia, que Leonardo nunca llegó a hacer. Y todos examinaban esta escena de a cuatro, donde vemos al niño retenido por la madre cuando se disponía a montarse sobre el cordero, y todos se preguntaban por su sentido. Todos comprendían que éste es el signo de su drama, de su pasión, de su futuro destino, mientras santa Ana, dominándolo todo, retiene a la madre para que no lo aparte de su propio destino y de su sacrificio. Y en efecto, Freud había hecho partir de la separación del sujeto respecto de la madre toda la dramatización que hubo luego en la vida de Leonardo de Vinci.

El último personaje, el más enigmático de todos, es santa Ana restaurada, instituida en una relación puramente femenina, puramente materna, Otra, con A mayúscula, necesaria para dar todo su equilibrio a la escena.

Santa Ana está muy lejos de ser, contrariamente a lo que dice el señor Kris, una invención de Leonardo. Tampoco Freud creyó ni por un instante que el tema Ana, la Virgen, el Niño, más el cuarto personaje aquí introducido, fuese una invención exclusiva de Leonardo de Vinci.

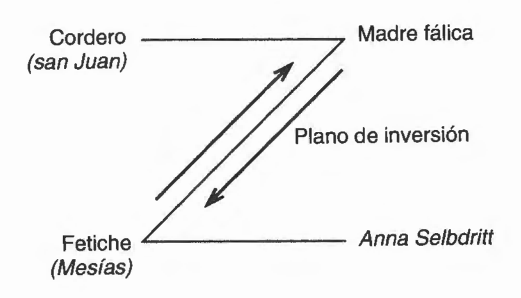
Si bien el cuarto personaje plantea en la historia de los motivos religiosos un problema bastante específico de Leonardo de Vinci, no sucede igual con el hecho de representar juntos a santa Ana, la Virgen y el Niño. Basta con tener la mínima noción de lo ocurrido en aquella época, basta con haber leído un poco cualquier historia, para saber que fue precisamente entre 1485 y 1501 cuando el culto de santa Ana fue promovido en la cristiandad a un alto grado de elevación, vinculado con la crítica dogmática sobre la Inmaculada Concepción de la Virgen. Hay que ver en ello el resultado de un tema de la espiritualidad, y de algo muy distinto de la espiritualidad, porque era la época de la campaña de las indulgencias, y Alemania se llenaba de toda clase de pequeños panfletos donde estaban representados Ana, la Virgen y el Niño, que proporcionaban, comprándolos, unos diezmil, incluso veintemil años de indulgencia para

el otro mundo. De modo que no es un tema inventado por Leonardo de Vinci, y no es cierto que Freud le atribuyera tal invención. Nadie salvo el señor Ernst Kris dice que Leonardo fuera el único que representó un trío semejante, cuando hubiera bastado con ir a Freud para ver el tema de este cuadro representado con el título *Anna Selbdritt*, es decir Anna Sui-Trina — en italiano, *Anna Metterza*.

La trinidad de Ana es una función surgida en un momento sin lugar a dudas crítico, que no vamos a replantear por nuestra parte, porque no podemos dejarnos llevar demasiado por las críticas históricas de la devoción cristiana. Digamos que encontramos en la historia la constancia de una sui-trinidad, si me permiten la expresión, y que tiene todo su valor hallar en Leonardo de Vinci su encarnación psicológica.

¿Qué quiero decir con esto? Leonardo fue ciertamente un hombre situado en una posición profundamente atípica en cuanto a su maduración sexual, que contrasta, asimétricamente, con lo que por otra parte hay en él, es decir, esa sublimación llevada a un grado excepcional de actividad y de realización. En la elaboración de su obra, cien veces repetida y verdaderamente obsesiva, no pudo estructurarse nada sin que algo reprodujera esa relación del yo con el otro y la necesidad del Otro con mayúscula, inscritos en el esquema con el cual a veces les pido que se orienten en relación con estos problemas.

La inversión de Leonardo



¿Qué debemos pensar de la atipia realizada por el compromiso especialmente dramático de este ser en las vías de lo imaginario? Que la habilidad de sus creaciones esenciales la extrae de esta escena trinitaria que encontrábamos al final de la observación de Juanito, eso es una cosa. Pero por otra parte, ¿no nos aporta esto alguna luz sobre una perturbación correlativa de su propia posición de sujeto? Me refiero a su inversión.

La inversión de Leonardo de Vinci, si es que puede hablarse de su inversión, está muy lejos para nosotros de poder reducirse sólo a la paradoja, incluso la anomalía, de sus relaciones afectivas. En todo caso, este registro nos parece marcado por una singular inhibición en aquel hombre adornado con todos los dones.

Tal vez se haya repetido demasiado que en Leonardo no hay en ninguna parte un tema erótico. Posiblemente es ir demasiado lejos. Es cierto que en la época de Freud todavía no se había descubierto el tema de Leda, es decir, una muy bella mujer y un cisne que se une con ella en un movimiento de ondulación no menos delicado que sus formas. Es bastante chocante que sea una vez más el pájaro lo que representa el tema masculino, en un fantasma imaginario. Pero dejémoslo.

Si nos atenemos a la experiencia que podemos tener de Leonardo, hay un elemento que no podemos obviar. Son sus manuscritos.

No sé si alguna vez los han hojeado ustedes en algún volumen de reproducciones. Desde luego, produce cierto efecto ver que todas las notas de un señor están escritas en espejo. Luego, cuando las lees, ves que todo el rato está hablando consigo mismo, llamándose a sí mimo *tú* — *Harás esto, le preguntarás a Juan de París el secreto de la pintura seca, irás a buscar dos pizcas de lavanda o de romero a la tienda de la esquina*. Son cosas así, todo está mezclado. ¿Cómo no va a resultarnos sobrecogedor?

Por decirlo todo, la relación de identificación del yo con el otro que en este caso se instauró me parece esencial para comprender cómo se constituyen las identificaciones a partir de las cuales progresa el yo del sujeto. Se diría, me parece, que correlativamente a toda sublimación, es decir, al proceso de desubjetivación o de naturalización del Otro que constituiría su fenómeno esencial, vemos siempre producirse en el plano imaginario, bajo una forma más o menos acentuada según la mayor o menor perfección de tal sublimación, una inversión de las relaciones entre el yo y el otro.

Así, tendríamos verdaderamente, en el caso de Leonardo de Vinci, alguien que se dirige y se da órdenes a sí mismo a partir de su otro imaginario. Su escritura en espejo se debería pura y simplemente a su propia posición con respecto a sí mismo. Tendríamos aquí la misma clase de alienación radical que aquélla con la que concluí mi último seminario a propósito de la amnesia de Juanito.

En esa ocasión, planteaba una pregunta. También hoy terminaré con una pregunta — la de saber si acaso el proceso que llamaremos sublimación, o psicologización, o alienación, o yoización, supone en su misma

dirección una dimensión correlativa, aquélla por la que el ser se olvida a sí mismo como objeto imaginario del otro.

En efecto, para el ser hay una posibilidad fundamental de olvido en el yo imaginario.

3 de julio de 1957

AUSTRIA-HUNGARY

INCLUDING

DALMATIA AND BOSNIA

HANDBOOK FOR TRAVELLERS

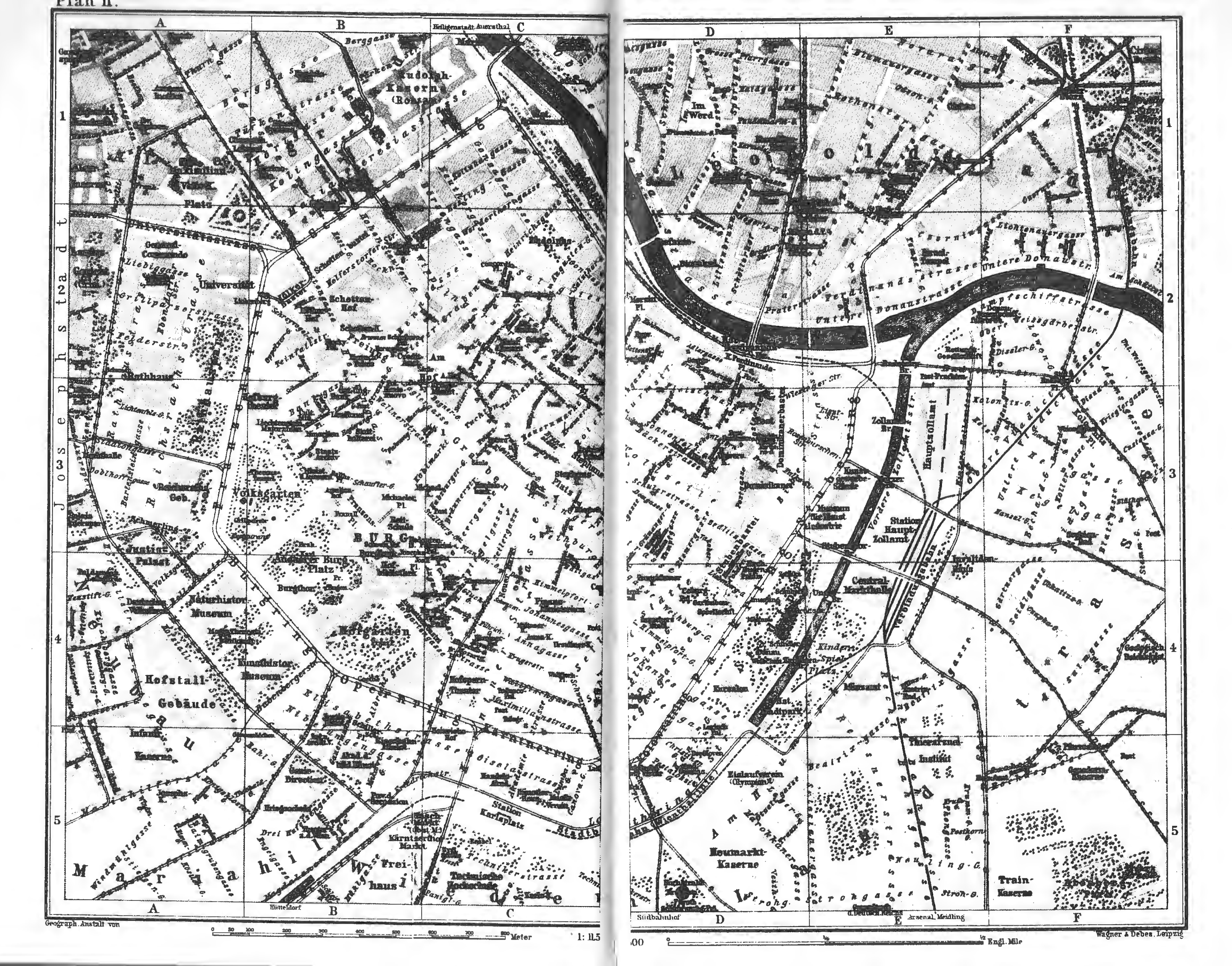
BY

KARL BAEDEKER

WITH 33 MAPS AND 44 PLANS

TENTH EDITION, REVISED AND AUGMENTED

LEIPZIG: KARL BAEDEKER, PUBLISHER
LONDON: DULAU AND CO., 37 SOHO SQUARE, W.
NEW YORK: CHARLES SCRIBNER'S SONS, 153/7 FIFTH AVE.
1905



Plan II.
A
B
C
D
E
F
1
2
3
4
5
Josephstadt
Berggasse
Rudolph-Kaserne (Rossau)
Kolingasse
Universitätsstrasse
Universität
Liebiggasse
Grillparzerstrasse
Felderstr.
Rathhaus
Schotten-Hof
Am Hof
Volksgarten
Burg
Burgthor
Justiz-Palast
Naturhistor. Museum
Kunsthistor. Museum
Hofgarten
Hofstall-Gebäude
Infant. Kaserne
Opernring
Elisabethstrasse
Nibelungengasse
Giselastrasse
Maximilianstrasse
Hofoperntheater
Station Karlsplatz
Kärntnerthor-Markt
Freihaus
Technische Hochschule
Im Werd
Praterstrasse
Ferdinandsstrasse
Untere Donaustr.
Untere Donaustrasse
Dampfschiffstrasse
Zollamt Br.
Hauptzollamt
Station Haupt-Zollamt
Central-Markthalle
Invaliden-Haus
Verbindungsbahn
Kinder-Spiel-Platz
Stadtpark
Münzamt
Thierarznei-Institut
Eislaufverein (Olympia)
Beatrixgasse
Heumarkt-Kaserne
Train-Kaserne
Heiligenstadt Ausstatt
Hütteldorf
Südbahnhof
Arsenal, Meidling
Geograph. Anstalt von Wagner & Debes, Leipzig
Meter
1: 11.5
Engl. Mile

NOTA

La obra colectiva citada en el primer capítulo se titula *La Psychanalyse d'aujourd'hui*: aparece comentada en «La dirección de la cura y los principios de su poder», *Escritos*, págs. 585-645, passim.

El boletín mencionado en los capítulos IV y V es el *Bulletin d'activités de l'Association des psychanalystes de Belgique*, nº 25, 118, rue Froissart, Bruxelles (cf. *Écrits*, Seuil, págs. 609-612).

El cuadro evocado en la página 246 no ha podido ser identificado, como tampoco la carta de Freud mencionada en la página 303. Puede que el cuadro no sea de Tiziano, sino de Veronese, y que se trate de *Venus y Marte unidos por Amor*, que está en New York en el Metropolitan Museum.

Cierto número de indicaciones manuscritas de Jacques Lacan figuraban en el ejemplar dactilografiado que él me remitió. He podido consultar las notas tomadas en aquel entonces por Paul Lemoine; doy gracias a mi querida amiga Gennie Lemoine por haberme autorizado a usarlas para el establecimiento de *La Relación de objeto*, así como para el conjunto de los seminarios.

Vaya igualmente mi agradecimiento a: Claude Cherki, quien, tras Paul Flamand y Michel Chodkiewicz, dirige las Editions du Seuil; a Evelyne Cazade-Havas, que ha tomado el relevo de François Wahl en lo que se refiere a la edición del Seminario; ella fue la primera lectora del manuscrito y tuvo la gentileza, a petición mía, de controlar los esquemas vieneses registrados por Paul Lemoine; a Jean-Claude Baillieul, que ha escudriñado el texto en las distintas etapas de la fabricación del libro.

He de mencionar finalmente con mi reconocimiento la amable acogida de la Biblioteca de l'École de la Cause freudienne, 1, rue Huysmans, Paris VI.

Dado que el establecimiento del Seminario de Jacques Lacan es un *Work-in-progress*, agradeceré las posibles correcciones o adiciones que reciba en la dirección del editor.

J.A.M

Los croquis de las páginas 265 («La jirafa con el hacepipí»), 313 («La rampa de carga») y 327 («La *Untere Viaductgasse*») se han tomado de «Analyse der Phobie eines 5-Jährigen Knaben», vol. 7 de las *Gesammelte Werke* de Sigmund Freud, publicadas por S. Fischer Verlag (Frankfurt am Main) (© 1941, Imago Publishing Co., London).

El plano de Viena (págs. 442-443) proviene de la edición de 1905 de la guía Baedeker Austria-Hungría, cuya portada reproducimos en pág. 441.

LACAN
EL SEMINARIO

La Relación de Objeto

4

TEXTO ESTABLECIDO POR JACQUES-ALAIN MILLER

Esta madre insaciable, insatisfecha, a cuyo alrededor se construye toda la ascensión del niño por el camino del narcisismo, es alguien real, ella está ahí, y como todos los seres insaciables, busca qué devorar, querens quem devoret. Lo mismo que el propio niño había encontrado en otro momento para aplastar su insatisfacción simbólica, vuelve a encontrárselo tal vez frente a él como unas fauces abiertas. [...] He aquí el gran peligro que nos revelan sus fantasmas, ser devorado. [...] proporciona la forma esencial bajo la cual se presenta la fobia. Lo mismo encontramos en los temores de Juanito. [...]

Con ayuda de lo que acabo de aportarles hoy, verán mejor las relaciones entre la fobia y la perversión. [...] Yo diría incluso que interpretarán el caso mejor de lo que Freud pudo hacerlo. *(Del capítulo XI)*

Pero la castración, no en vano se ha visto, y de forma tenebrosa, que tiene tanta relación con la madre como con el padre. La castración materna —lo vemos en la descripción de la situación primitiva— implica para el niño la posibilidad de la devoración y del mordisco. Hay anterioridad de la castración materna, y la castración paterna es un sustituto suyo. *(Del capítulo XXI)*

ISBN 950-12-3904-7

